SAGA ARIEL BLOOM 2

HAEREDITATEM

JAVIER COBO

Avant
narrativa

HAEREDITATEM

(Saga Ariel Bloom II)

Javier Cobo García

avant
editorial

Primera edición, diciembre de 2022
© Javier Cobo García2022
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)
Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com
ISBN: 978-84-19584-04-5
IBIC: FF

SAGA ARIEL BLOOM:
1 – CISMA
2 - HAEREDITATEM

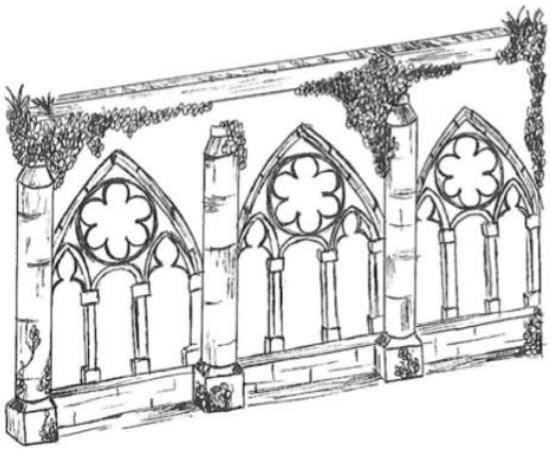

Ilustración: Raquel del

Estos momentos, por fugaces que sean, nos atestiguan.
Son los testigos silenciosos de una razón a punto de pasar;
No puedo dejar de admitir, ignorando descuidadamente la finitud de la vida,
que estoy llena de miedo y preocupación... y de tanta vergüenza a causa de ello.
Bueno, todo lo que veo, sí, todas las imágenes están borrosas...
Es difícil adivinar el futuro en el mundo miope.
¿Cómo debería ignorarse a la ligera esta simple desventaja?
Considerando la espantosa ceguera con la que nací.
Deberíamos haberlo hecho, pero aquí nunca celebramos nada,
y escucho que los muertos están gritándome:
«la tristeza acecha en las horas más oscuras ... ¡justo antes del amanecer!».

Anna-Varney Cantodea

Éramos imparables. No nos importaba nada.

El sol iluminaba su cara, y estaba guapísima. Me sonreía, y me miraba con esos ojos... Podía perderme en ellos.

No nos importaban las horas de viaje, ni nada de lo que había pasado... Estábamos juntas.

—Pero nunca llegasteis a vuestro destino.

20 de septiembre

Una voz interrumpió su relato. Era suave, tranquilizadora. Ariel la miró. A través de los cristales de unas limpísimas gafas se distinguían unos ojos cansados. Eran las seis de la tarde, y la luz penetraba suave a través de unas cortinas de seda blanca, posándose sobre las estanterías, y dotando de un cálido color a los diversos libros que descansaban en los estantes: Historia de España, un par de tomos de psicología, narrativa del siglo pasado... Alguna que otra figurita de porcelana la observaba desde aquella privilegiada posición.

Sobre una alfombra que parecía tejida a mano se situaban dos sendos sillones ahora ocupados por dos personas que, a priori, no podían ser más distintas. En el lado izquierdo de la sala, la prestigiosa psicóloga Esperanza Fernández, una mujer de cerca de sesenta años, vestida con la camisa mejor planchada que nunca nadie había visto, unos pantalones que parecían no haberse arrugado jamás, y un chal cubriendo sus hombros. Toda ella parecía seguir un mismo patrón, una gama cromática exquisitamente diseñada para conseguir tranquilizarte sólo con un vistazo rápido.

Frente a ella, Ariel Bloom, inspectora de policía, conocida por la mayoría por haber sacado a la luz los crímenes de la secta de los Carmelitas de la Santa Faz.

Los medios de comunicación habían encontrado en ese caso un caramelo, y lo habían chupado hasta comerse el envoltorio.

La cara de Ariel era ya familiar para muchas personas que habían visto el telediario durante el mes de julio de ese año, aunque probablemente, ahora serían incapaces de ni tan siquiera adivinarla: su pelo había crecido sin ningún tipo de control, tapándole parte de los ojos, siempre enrojecidos, bajo los cuales se habían posado unas ojeras que se antojaban eternas; su piel había palidecido hasta unos niveles enfermizos, y su voz sonaba rota. Vestía unos pantalones vaqueros que había encontrado en el armario. Estaban arrugados, al igual que su camiseta, en la cual era difícil distinguir el dibujo. Era la primera vez en meses que no llevaba chándal, y se sentía extraña.

—No, nunca llegamos —respondió.

—¿Por qué, Ariel?

La voz de la psicóloga sonaba suave. Ariel estaba incómoda. No le gustaba expresar sus sentimientos en voz alta.

—Discutimos.

—¿Por qué?

—Llevábamos varias horas viajando. Yo estaba cansada, nerviosa...

—¿Y qué pasó?

—Me vine abajo. —Sus ojos se humedecieron—. Pensé en Alejandro. El mundo se me vino encima. Sentí como un pinchazo en el corazón.

—¿Fue eso lo que desencadenó la discusión?

—No lo sé... Yo... no quería que ella se diese cuenta de cómo estaba, y me aguantaba las lágrimas, pero... no se callaba... No era capaz de callarse. Parecía que ya se había olvidado de todo, y ni siquiera había pasado un día. Yo no era capaz de escucharla, sólo estaba intentando controlarme... Budy empezó a ladrar... y yo no podía más. Necesitaba salir de ese coche.

—¿Y qué hiciste? —La psicóloga anotaba en una libreta roja frases sueltas.

—Grité. No lo pude controlar. La grité.

—¿Qué le dijiste?

—Bueno... no lo recuerdo exactamente...

—Haz un esfuerzo.

—Le dije algo como... ¿puedes callarte de una puta vez? No sé qué me pasó... Necesitaba soltarlo... pero no podía controlarme... De pronto, no podía parar de decirle cosas horribles... cosas que ni siquiera pensaba...

—Pagaste tu ira con ella... A veces nos desahogamos con nuestros seres queridos porque tenemos confianza... pero eso no está bien.

La psicóloga miró a Ariel a los ojos. Estaba aguantándose las lágrimas.

—Zoe... estaba en *shock*... Había frenado el coche y se había quedado mirando a la carretera.

—¿Qué dijo?

—Sólo dijo: «Esto ha sido un error».

—¿Qué hicisteis después?

—Llevó el coche hasta un área de servicio, sacó sus maletas y pidió un taxi. Me dijo: «Ojalá puedas ser feliz algún día» y se fue.

Una lágrima se dibujó en su mejilla. Ariel la limpió con su mano.

—Bien Ariel, creo que has hecho bien en venir. —Dejó la libreta en un estante cercano—. Tenemos mucho que trabajar. Es evidente que eres una persona reservada, y está claro que la muerte de tu compañero y la ruptura de

tu relación, una relación muy intensa, han sido el cóctel perfecto para crear el estado en el que te encuentras hoy. Te voy a recomendar que nos veamos dos veces por semana, y quiero que sepas que puedes llamarme si lo necesitas a cualquier hora.

—Gracias...

—Nos vemos dentro de dos días a la misma hora, ¿de acuerdo? —Ariel asintió, y la psicóloga le dedicó una sonrisa—. Te acompaño a la puerta.

Se despidieron de forma cordial. Cuando se cerró la puerta, Ariel se quedó unos instantes pensativa, observando el rellano. El edificio era viejo, y las paredes estaban cubiertas con mármol. Cada sonido, por mínimo que fuese, se intensificaba, creando un eco claustrofóbico. Decidió usar el ascensor. Bajó en él mirando su reloj. Quedaban escasos veinte minutos para que su autobús saliese.

Abrió la puerta que daba a la calle, y una algarabía la desorientó. Las calles de Burgos estaban llenas de gente que aprovechaba esos últimos días de verano. Avanzó por una calle hasta llegar a la plaza Mayor. Un montón de críos jugaban con patinetes eléctricos mientras sus padres y madres se tomaban un café en las cafeterías cercanas.

Mucha gente caminaba con bolsas de tiendas de ropa, y aún vestían prendas típicas de meses más calurosos. Observó a una pareja: un chico moreno y una chica rubia. Juntos parecían el *ying* y el *yang*. Compartían un helado entre besos y risas, y se fotografiaban con el móvil.

Ariel se refugió en sus auriculares y se dirigió a la estación de autobuses. Una vez allí se sentó en un banco mientras veía cómo la gente corría temiendo perder el viaje, cómo discutía por los asientos o cómo preguntaba al personal tonterías.

Cuando llegó el conductor, le mostró el billete sin mediar palabra.

El bus era viejo, y estaba destartalado: las fundas de los asientos estaban rotas y con quemaduras, las ventanas tenían arañazos y los respaldos estaban llenos de chicles. Se recostó en el asiento, y subió el volumen de la música. *Poligrafo bakarra*, de Berri Txarrak. Y es que esa había sido su esperanza, su lema durante esos meses. El tiempo es el único polígrafo.

Cerro los ojos, y el autobús comenzó a moverse.

Como todo el mundo
elijo mi máscara antes de salir a la calle,
me apego a la distorsión para hacer oídos sordos

a las preguntas en mi interior
o para responderlas todas de un solo golpe.
El tiempo es el único polígrafo,
lo demás son conjeturas

***

Cuando llegó a Aranda ya comenzaba a anochecer. La gente que quedaba en el autobús se peleaba por ver quién salía antes. Ella permaneció sentada, impasible, contemplando aquel patético espectáculo.

Unos minutos después, logró pisar suelo firme. La estación de autobuses era fea y decadente, y así se sentía también ella. Comenzó a caminar camino a casa, sin quitarse los auriculares. Para ella esa era su vía de escape.

Tenía que atravesar el puente de la ciudad, y eso significaba cruzarse con gente, e incluso tener que establecer algún tipo de contacto gestual o visual con ellos. Esa idea la asqueaba. Al pasar al lado del hospital aceleró el paso, y no lo redujo hasta llegar a la puerta de su casa. Introdujo torpemente la llave en la cerradura y empujó. La madera emitió un chirriante sonido, precedido por una breve calma, solo interrumpida por los ladridos de Budy, su perro, que esperaba ansioso a su amiga. Se lanzó corriendo escaleras abajo y comenzó a lamer la cara de Ariel mientras esta le acariciaba.

—¿Qué tal ha ido? —Su madre la observaba desde las escaleras.

—Bien.

—¿Qué te ha dicho?

—Mamá, no me apetece hablar de esto.

—Sólo quiero ayudarte.

—Pues yo no quiero que me ayudes, ¡joder! ¡No puedes! —gritó, tan fuerte que su garganta se quebró al acabar la frase.

Le puso la correa a Budy, salió de casa y cerró de un portazo. Fuera echó a correr sin rumbo mientras su perro la seguía con cara de no entender nada. Llegó a la iglesia de San Juan. Se sentó mirando al frente. El cielo se había teñido de morado con los últimos rayos de sol del día. Rompió a llorar.

***

Cenó poco. Sentía arcadas con cada bocado de comida. Apenas llego a ingerir tres uvas antes de irse a la cama. Su madre no sabía qué hacer. Estaba

desesperada por ayudar a su hija, pero sentía que se estaba perdiendo en un pozo de tristeza que cada vez se hacía más y más profundo y del que pronto le sería imposible salir.

Esa noche Ariel durmió abrazada a Budy. El *cavalier* dormitaba ajeno a cualquier tipo de drama, y con cada respiración, irradiaba un olor reconfortante.

Ella tomó una pastilla sin ni tan siquiera beber agua, y aun así pasaron horas hasta que consiguió dormir.

***

—Ariel...

Estaba rodeada de barro. Los pies se hundían en aquel lodazal. A su alrededor sólo había lluvia, y no podía ver nada. De pronto, una mano le agarró el tobillo. Se giró precipitadamente para ver qué era aquello. Alejandro suplicaba por su ayuda desde el suelo, que se abría formando un agujero negro. Pronto unas hendiduras comenzaron a cerrarse a su alrededor. Eran dientes. Escuchó la risa de Coruggio. Miró a Manjón, que lloraba, e intentó agarrarle las manos. El agujero se cerró arrancándoselas de cuajo. Ariel sujetaba la mano de su amigo, y gritó horrorizada.

Abrió los ojos. Estaba empapada en sudor. Buscó a tientas su móvil en la oscuridad para mirar la hora; aún eran las seis de la mañana. Se arrastró desde la cama hasta el suelo, y salió de la habitación procurando no hacer ruido. Era imposible en su casa. Se sentó en el salón y encendió la televisión. Repetían los capítulos de alguna serie de los noventa. Cambió de canal en busca de dibujos animados, y cuando los encontró, se quedó mirando fijamente a la pantalla.

Un rato después sus ojos se volvieron a cerrar.

***

A las nueve de la mañana su madre la despertó. Le comunicó que había hecho café, y Ariel se dirigió a la cocina. Miró su móvil. Cero mensajes. No tenía amigos. No tenía a nadie. La perspectiva de un nuevo día se le antojaba insoportable dentro del tedio que era su vida. No tenía ganas de leer, de cantar, de escribir... Tampoco tenía ganas de comer ni de dormir.

Hacía días que los pantalones le quedaban anchos y las camisetas le caían de más. Sus costillas habían tomado protagonismo cuando se miraba frente al

espejo, y las ojeras crecían sin parar.

Bebió un poco de café e hizo un esfuerzo sobrehumano para ingerir una galleta. Poco después se dirigió a la ducha.

Se desnudó con desgana y se quedó un rato observando su reflejo. Su piel se había vuelto tan blanca que casi se podía ver a través de ella. Se metió en la bañera y dejó que el agua mojase su cabello. Al echarse champú se hizo daño, pues los nudos de su pelo cada día eran mayores y, por ende, los tirones cada vez que intentaba lavarlo o peinarlo.

Se quedó más de media hora bajo el agua. Cuando notó las yemas de sus dedos arrugadas se decidió a salir. Se envolvió en una toalla, se sentó en el suelo, y se quedó allí sin hacer nada, mirando la puerta. Su móvil se iluminó, y se abalanzo sobre él. Era una boba notificación. Le quedaba poca memoria. Entró en WhatsApp y buscó a Zoe. Observó su foto de perfil. Sonreía. Estaba en línea. Las manos le temblaban. Comenzó a escribir. «Hola». Borró el mensaje.

***

—¿Qué es lo que sientes? —La psicóloga la observaba detenidamente.

—Nada. No siento nada.

Ariel estaba de nuevo frente a ella. Vestía una camiseta de su equipo de fútbol y un pantalón vaquero. Se había intentado peinar, pero el resultado había sido desastroso. Tenía las uñas mordidas, y evitaba el contacto visual.

—No sentir nada es muy difícil. Somos seres vivos. Las emociones forman parte de nuestra vida. Seguro que estos días has experimentado todo tipo de emociones.

—Odio.

—¿Hacia qué? —Esperanza anotó en la libreta roja.

—Hacia mí. Me odio.

—¿Por qué te odias?

—Me doy asco. No soporto mi forma de ser. No soporto mi forma de vivir. Odio cada palabra que sale de mi boca... cada acto que he cometido... Me odio. Me odio por haberla perdido. —Ariel contuvo una lágrima.

—¿Y si eso era lo mejor? Quizá necesitéis un tiempo las dos. Quizá necesites ser la persona que quieres ser.

—La perdí... porque soy una imbécil.

—No, Ariel. No te trates así. No puedes entrar en ese círculo de destrucción, porque es muy difícil salir de él.

—Ahora mismo... me daría igual morir. Cerrar los ojos y no despertar.

—¿Y tu madre?

—Lo pasaría mal unos meses... pero luego lo superaría. No soy nadie.

—Eres alguien, Ariel. Alguien muy importante para mucha gente. Entiéndelo. —Apartó las gafas de su rostro y las limpió delicadamente con una gamuza—. Necesitas distraerte. Tienes que intentar salir de casa... Quedar con amigos.

—No tengo amigos. —Fue cortante—. Nunca he tenido.

—¿Por qué?

—Me llamaban rara. Se reían de mí. Nunca se me ha dado bien encajar en la sociedad... desde pequeña.

—Hemos tocado un punto muy importante a tratar. Tenemos que seguir trabajando, Ariel... Nos queda mucho camino. ¿Podemos vernos este lunes a las cinco y media? —Ariel asintió—. Perfecto.

Se despidieron cordialmente. Ariel bajó por el ascensor en silencio. Miró el móvil. Nada. Aún eran las seis, y su autobús salía a las ocho. Tenía casi dos horas. Se planteó qué hacer mientras caminaba por la plaza Mayor. ¿Entrar a un bar? No, le daba vergüenza ir sola. ¿Pasear? Podía ser buena idea.

Se puso los auriculares. Los primeros acordes de *Dear McCartney* de Dover sonaron. Su corazón se encogió. Comenzó a caminar. Atravesó toda la plaza y llego al paseo del Espolón. Los árboles que unían sus ramas formando un túnel estaban plagados de hojas que se encontraban a unos días de terminar su transición del verde veraniego al ocre otoñal. La gente seguía en las terrazas. Se oían risas, conversaciones... Subió el volumen de los auriculares y aceleró el paso.

De pronto, se encontró frente a un edificio de estilo isabelino. Lo observó. Tenía cuatro plantas, y sendos arcos a modo de puertas, cuya madera estaba coloreada de azul. Lo reconoció enseguida: era el teatro principal. Vio a un par de chicos fumando en la puerta con mochilas a sus espaldas, y alcanzó a leer un letrero: «Biblioteca».

Entró. El silencio precedía a un enorme pasillo en el que no había nadie. Para llegar hasta la biblioteca había que subir cuatro pisos. Lo hizo en un ascensor, que pensó estaba averiado, debido al tiempo que estuvo esperando. Era lento y ruidoso. Una vez arriba, avanzó por otro pasillo de tonos azulados

cubierto por una moqueta. Una pequeña máquina de café e infusiones y varias esculturas de arte moderno eran la decoración. A través de las ventanas se podía observar por un lado la catedral de Burgos, y por otro el río Arlanzón.

Varias corcheras colgaban de las paredes, y, sujetos mediante chinchetas, algunos anuncios de clases particulares, actividades extraescolares o exposiciones luchaban por ser los más vistosos.

Llegó a la puerta de la biblioteca. Miró a través de sus cristales. Había bastante gente. Accionó el pomo y entró dentro.

Un montón de mesas alargadas formaban un laberinto de pasillos. Sentados frente a ellas, multitud de jóvenes con sus apuntes desperdigados. Se quedó parada sin saber muy bien cómo reaccionar. Un par de caras se giraron para observarla. Dio unos pasos, y cerró la puerta tras de sí.

A su frente, una mesa presidida por dos personas que intuyó eran los responsables del lugar: un hombre de unos cincuenta años, con una melena que a todos los aspectos resultaba inadecuada para el conjunto de su cuerpo. Tenía aspecto chulesco y agrio; sentada a su lado, una mujer bajita y rechoncha de gesto afable, con unos auriculares puestos, que no despegaba la vista de su ordenador. Ni la miraron.

Miró a su derecha. Unas chicas la observaban y cuchicheaban entre sí. Se sintió avergonzada y se dio la vuelta para salir, pero entonces chocó de bruces contra un chico que entraba, haciendo que varios libros que sujetaba cayesen al suelo. Se escuchó una risa lejana. Se agachó avergonzada y le ayudó a recoger los libros. Sus manos se rozaron y se sintió incómoda, así que se lanzó a una estantería cercana y agarró un libro al azar. Era una novela gráfica policiaca. Se sentó en una de las mesas y observó aquella estancia un poco más. No había reparado en que había un segundo piso con mesas más cómodas. Estaba casi desierto.

Se pasó un rato intentando leer la novela sin conseguir pasar de la primera hoja. La mayor parte del tiempo la dedicaba a mirar disimuladamente al resto de personas que compartían ese espacio. Cada uno tenía sus hábitos propios y maniáticos.

Había agotado ya la lista de reproducción de Spotify, y estaba buscando alguna canción más cuando se dio cuenta de que quedaban escasos veinte minutos para que su bus partiese, así que decidió salir de allí.

Pulsó el botón de aleatorio en su móvil y comenzó a sonar una de sus canciones favoritas: *Pensiero stupendo*, de Patty Pravo.

Devolvió el libro a su estantería correspondiente, y emprendió el camino hacia la puerta. Estaba apenas a unos centímetros de ella cuando de pronto se abrió coincidiendo con la voz de Patty.

Una chica joven, con el pelo castaño recogido en un moño, la tez pálida como la luz de la luna, y los labios rosados apareció tras ella. Vestía un jersey gris bastante ancho, que dejaba al descubierto parte de su hombro derecho, y unos pantalones vaqueros negros rotos. Se miraron por un breve instante y Ariel se perdió en aquellos ojos; eran una mezcla entre marrón y verde, como los suyos, y su pupila era hipnótica. La chica le sonrió y pasó de largo. Ariel se quedó ensimismada unos instantes. No podía adivinar su edad, y tampoco podía dejar de mirarla. Pronto se dio cuenta de que varias personas comenzaban a observarla y a cuchichear, y salió casi corriendo. Se quedó pensativa unos instantes y comenzó a caminar.

«¿Qué coño acaba de pasar?», pensó y lo hizo durante todo el camino de regreso a Aranda.

Pensiero Stupendo,
Nasce un poco strisciando...
Si potrebbe trattare di bisogno d'amore...
Meglio non dire,
O prima o poi,
Poteva accadere sai...
(Maravilloso pensamiento,
Nacido un poco arrastrándose...
Podría tratarse de una necesidad de amor...
Mejor no decirlo
O tarde o temprano
podría haber pasado, ya sabes...)

26 de septiembre

Sonaban las suaves notas del piano. Debussy. Olor a humedad. Olor a leña. El sonido del viento se colaba entre las rejillas de aquella desdeñada ventana, tapada histéricamente con recortes de periódicos y tapas de libros, imitando el ulular de un búho. La estancia estaba llena de objetos extraños: vinilos amontonados en columnas —muchos de ellos rotos—, tomos de libros desgastados, figuras de porcelana, alguna imitación de esculturas famosas recreadas pobremente en arcilla…

En un primer vistazo, cualquier persona pensaría que aquel sitio era una especie de almacén que había sido abandonado hacía tiempo.

A pesar de que alguien había intentado tapar algún agujero de la pared colgando de mala manera varios cuadros, el frío hallaba el camino y penetraba en toda la estancia cortando la piel y el aliento.

Uno de los ángeles de Bouguereau observaba atemorizado desde el interior de su marco a la Medusa de Rubens.

Aquel lugar estaba despojado de la humanidad que se suele encontrar en una casa, pero los restos de latas de conservas esparcidos por el suelo, de huesos de pequeños animales y de creciente suciedad humana adivinaban que alguien habitaba allí.

Un lienzo se alzaba enorme en medio de toda esa vorágine. Estaba a medias. Era una copia de *El deterioro de la mente a través de la materia*, de Otto Rapp. Una mano aplicaba el color negro al fondo del cuadro, mientras la melodía de *Claro de Luna* iba *in crescendo*. La mano intentaba seguir delicadamente los contornos de las figuras. Era una tarea ardua, y al poco tiempo, su pulso le jugó una mala pasada, haciendo que la brocha pasase por encima de una de las figuras. Un grito sin voz, lleno de un aire afónico, enmudeció el panorama, y un severo puñetazo resquebrajó el lienzo, que estuvo a punto de caerse. Varios botes de pintura habían caído al suelo, formando un extravagante charco de un color que aún estaba por nombrar.

Un pequeño golpeteo empezó a hacerse cada vez más y más fuerte. La lluvia chocaba contra uno de los periódicos de la ventana, agujereándolo. El agua poco a poco comenzó a entrar en el habitáculo, encontrando a su paso varios objetos.

La persona que antes estaba allí había desaparecido. Sólo quedaba ese conato de cuadro. Las gotas de lluvia lo acariciaron brevemente y, pronto, casi de forma poética, comenzaron a corroer aquella pintura, mezclando sus colores, desdibujando sus formas... creando arte.

21 de octubre

Había pasado varias semanas repitiendo la operación. Cada vez que volvía a Burgos por la terapia, visitaba la biblioteca. Empezó a llevarse libros de casa, cuadernos... Cualquier cosa. Iba allí, se sentaba, y dejaba que pasasen las horas escuchando música. Pero también la esperaba a ella.

No entendía muy bien por qué, pero había encontrado en esa chica algo que le resultaba cercano, familiar. Ni siquiera sabía su nombre, y especulaba todos los días con su edad. Había imaginado todos los escenarios posibles. Ya conocía todas sus manías, sus costumbres... hasta sus horarios. A veces se sentía como una *stalker*... pero esos eran los únicos minutos del día en los que el pensamiento de Zoe se borraba de su cabeza. Hasta que caía otra vez y la buscaba en Instagram, con el miedo en el cuerpo a encontrarla con otra persona.

Ese día la chica sin nombre no había acudido a su cita con la biblioteca, y Ariel tuvo una sensación de decepción que le recorrió todo el cuerpo. Se sintió un poco ridícula, pues hasta se había arreglado sin saber muy bien por qué.

Quizá arreglarse era una palabra un poco exagerada, porque lo único que había hecho era peinarse y buscar algo de ropa en su armario que no fuese de chándal, así que se había plantado unos vaqueros ceñidos y una camisa. Varios chicos la miraban, pero eso a ella le daba igual. Seguía sintiéndose incapaz de gustarle a nadie, y no sabía si las sesiones con la psicóloga estaban sirviendo de algo.

Buscó una canción que pudiese animarla algo. Se sabía de memoria toda su biblioteca de Spotify, y no había ni una sola melodía alegre en toda ella.

Durante estos últimos meses sus agobios repentinos se habían ido intensificando. De pronto, un extraño calor se apoderaba de ella y hacía presa a su cuerpo dentro de una cárcel inexistente. En esos momentos tenía ganas de arrancarse el pelo y comenzar a gritar de rabia. No estaba para hacer nada ni hablar con nadie. Se levantó de la silla abruptamente buscando la salida de la sala. Una vez fuera se apoyó en la pared e intentó respirar. Dirigió una rápida mirada hacia la máquina de café, y sintió ver un oasis en medio de un caluroso desierto de arena seca y ardiente. Se acercó hasta ella y pasó unos instantes mirando la lista de bebidas disponibles. Iban desde varios tipos de cafés a

infusiones y chocolates. Era nerviosa por naturaleza, así que pulsó la tecla de la manzanilla. La pantalla led se iluminó indicando el importe a introducir: 40 céntimos. Hurgó en sus bolsillos en busca de alguna moneda. No tenía nada. Se sintió patética, y poco a poco, alzó la mirada esperando que nadie la estuviese observando.

Una figura a su espalda hizo que se sobresaltase. Pegó un breve respingo hacia atrás, y entonces allí estaba: la chica sin nombre.

—¡Dios! —exclamó Ariel. La chica rio ruborizada. Llevaba el pelo recogido en una coleta, un jersey ancho, esta vez de color musgo, y una mochila rosa a su espalda.

—Oh, lo siento, no quería asustarte. Estaba esperando para pillar un café, pero como te he visto tan concentrada no he querido molestarte.

—¿Cuánto llevas ahí?

—Un ratito... ¿No te decidías? En la biblioteca lo mejor es tomar café para no dormirte —dijo la chica mientras introducía las monedas en la hendidura de la máquina.

—Sí, sí, yo bebo muchísimo café —mintió.

—Bueno, me voy a meter ya, que tengo muchísimo que estudiar y hoy voy súper tarde. —Cogió su vaso de la máquina y puso rumbo al interior de la sala mientras se despedía de Ariel con la mano—. ¡Adiós!

—A... diós... mío —susurro Ariel mientras se dejó caer en un banco que estaba tras ella—. Qué ridícula soy.

Sacó su móvil y buscó a Zoe en Instagram. Miró sus historias. Reconoció el salón de su casa en un *selfie* que había subido. Estaba preciosa. Las manos de Ariel temblaban.

—¿Por qué soy así de ridícula? —dijo y dejó caer su móvil al suelo.

21 de octubre - 03.18 a.m.

La oscuridad reinaba envuelta en aquel absoluto silencio. Las calles de la ciudad habían sido cubiertas por la densa capa de color azul oscuro que anunciaba que era hora de dormir, en caso de estar aún despierto.

Un par de gatos hurgaban entre los contenedores que yacían en las traseras de un restaurante de la plaza de Huerto del Rey esperando al camión de la basura.

Era fácil no ser visto de noche en aquella ciudad. Apenas quedaba un alma en la calle a partir de las nueve.

Un par de pasos rompían la silenciosa monotonía de las horas de la madrugada. Alguien osaba interrumpir la quietud de los muros y las estatuas. La figura paseaba con la tranquilidad de saber que no era observada. Encapuchada, forrada en un hábito negro, sin nada a la vista más que sus ojos y sus manos. A su espalda, una mochila. Tras la tela que le cubría la cabeza, unos auriculares encontraban su sitio en los oídos. A través de ellos se distinguían las notas de la primera de las *Gnossiennes* de Satie.

La figura enfiló hacia la calle del Cardenal Segura, y giró a la derecha hacia la calle de la Paloma. Al final de la misma, se encontraba, inmensa ante la noche, la catedral. A cualquier persona le habría conmovido, o al menos impresionado la visión de aquella maravilla. A la figura no. La odiaba. La detestaba.

La música se intensificaba.

Atravesó la plaza del Rey San Fernando y subió por la calle Cadena y Eleta hasta llegar a la plaza de Santa María. Paró junto a la fuente unos segundos y observó la portada.

Descolgó con delicadeza la mochila de sus hombros, apoyándola en el suelo casi con ternura. Deslizó la cremallera, y sacó de su interior varios utensilios de pintura. Se arrodilló, inhaló una gran bocanada de aire, y cerró los ojos.

22 de octubre - 9.04 a.m.

Eran apenas las nueve de la mañana. Ariel no había desayunado, y estaba sentada en la silla de la consulta de Esperanza Fernández. No había dejado de hablar durante más de media hora, y tenía ganas de irse de allí. A veces tenía la incómoda sensación de que ni siquiera estaba siendo escuchada.

La psicóloga vestía hoy una camisa color beis a juego con sus pantalones, perfectamente planchados, dejando una raya en medio.

—Ariel, ya hemos hablado de esto muchas veces. Tienes que evitar los pensamientos obsesivos... Los comportamientos obsesivos. No es sano que mires qué está haciendo si lo que necesitas es salir de este bache.

«Qué fácil es decirlo», pensó Ariel.

—Lo sé, pero no puedo evitar pensar en ella. Cada cosa que veo... cada canción que escucho... Hasta mi cuerpo me recuerda a ella. —La psicóloga anotó en su cuaderno rojo, y Ariel se apretó la superficie de la mano derecha con las uñas hasta dejarla marcada.

—¿Has intentado socializar como te recomendé?

—Bueno… voy a la biblioteca a leer mientras espero a que llegue la hora de coger el bus.

—Muy bien, en la biblioteca siempre hay mucha gente.

—Pero nadie se va a fijar en mí.

—¿Por qué no? Eres una mujer culta y atractiva. —Ariel se sintió un poco incómoda ante ese comentario.

—Porque soy... una mierda.

—No puedes autocompadecerte. Tienes que intentar distraerte para alejar ese tipo de pensamientos. Quizá en la biblioteca conozcas a alguien y te ayude a pasar página.

Su estómago se encogió. Se disponía a hablar cuando la psicóloga le espetó que había acabado el tiempo de terapia. Acordaron la nueva cita, y se despidieron.

Tenía ganas de llegar a casa y tumbarse en la cama. Apenas había dormido. Abrió la puerta que daba a la calle, y un gélido viento petrificó su negra cabellera. Se oían muchos ruidos, charlas, sirenas... No era normal a esas horas de la mañana.

En el bar de enfrente unos señores mayores leían el periódico. El camarero miraba la televisión maldiciendo en voz alta. Ariel se acercó hasta la mampara de cristal intentando vislumbrar qué era lo que miraba ese hombre. Sólo alcanzó a leer las palabras «vandalismo juvenil» en el rótulo de algún programa matinal.

Una conversación cercana le hizo girar la cabeza. Dos mujeres de mediana edad, vestidas con horripilantes abrigos de piel, con guantes y gorros a juego, criticaban ocultas tras unas desproporcionadas gafas de sol.

—¡Es una vergüenza! —gritaba exaltada una de ellas—. Ya ni siquiera respetan la historia de la ciudad.

—La catedral... Ver para creer.

No hacía falta ser muy inteligente para atar cabos. Ariel avanzó por la calle de la Paloma hasta llegar a la plaza: estaba llena de coches de policía local, bomberos, curiosos y cámaras. Intentó abrirse paso entre la multitud.

Un policía gordo y canoso, encantado de tener más atención e importancia que en toda su vida, pedía al gentío que no molestase. Ariel avanzó hasta la portada del Sarmental como pudo. Estaba precintada, pero era imposible no ver el porqué de tanto alboroto: todas las figuras de la fachada habían sido mancilladas. Alternando el negro y el rojo, habían sido recubiertas completamente todas y cada una de ellas. Los apóstoles que descansaban en las jambas, con los ojos ahora inyectados en sangre... Los ángeles de las arquivoltas, ahora con un aspecto amenazador gracias a sus alas negras.

Todo tenía un aspecto lúgubre. Los 24 ancianos del Apocalipsis observaban impasibles. Eran los únicos que se habían librado de ese horror.

Por su parte, el Cristo Pantocrátor del tímpano había sido recubierto con pintura blanca, exceptuando sus ojos, rojos.

La pintura, aún fresca, goteaba, mezclándose con la del resto de las figuras, dándoles un horrible aspecto, como si estuviesen hechas de cera y poco a poco estuviesen siendo consumidas por el calor. Los borbotones de pintura caían hasta el suelo, creando salpicaduras de una sangre multicolor.

Ariel apretó los ojos para intentar ver mejor. La figura del Cristo sujetaba con su mano izquierda el libro de sabiduría, en el que se había escrito algo en rojo, pero no alcanzaba a ver el qué. Su otra mano estaba alzada, y en ella aparecía ensartada la cabeza de un gato. Tenía un gesto horrible, de puro pánico en sus ojos. Ariel sintió como la bilis subía por su garganta.

Cerca de ella, un fotógrafo gordo y despeinado no paraba de disparar instantáneas con su cámara, que llevaba incorporada un enorme teleobjetivo. Ariel se acercó a él.

—Perdone...

—Las fotos las puede ver luego en mi blog. Estoy trabajando —respondió sin tan siquiera mirarla.

—No, para nada. —Ariel ya estaba instantáneamente irritada por la poca amabilidad de aquel hombre—. ¿Me podría decir lo que pone en el libro? Con ese objetivo tan grande seguro que lo ve mejor que yo. —El fotógrafo la miró.

—Oh, perdone. No sabía que era usted. Ahora mismo. —Ariel quedó extrañada por esa respuesta. El tipo se llevó el visor a su ojo derecho, y comenzó a mover el foco con unos aspavientos exagerados—. La caligrafía no es muy buena... pero creo que pone «Hay una bestia en el hombre que debe ser ejercitada, no exorcizada». —Ella arqueó las cejas—. Siento haberle contestado así antes inspectora. No sabía que era usted. Seguí con mucho interés el caso del palmar. —Rio—. Menuda sarta de locos, ¿eh?

—Estoy de baja. Muchas gracias.

Ni le miró, y se alejó como pudo de allí. Hacía meses que nadie mencionaba al palmar delante de ella. Las pesadillas en las que veía una y otra vez cómo Alejandro era asesinado eran constantes. Le veía a diario, y ella no podía hacer nada. Coruggio le asesinaba de todas las maneras posibles mientras ella observaba, sin poder moverse. Tenía miedo a dormir... a soñar. Se pasaba las noches en vela viendo alguna serie, algún documental sobre crímenes sin resolver o películas de serie Z.

Las ojeras ya eran parte de su rostro diario.

Buscaba a diario información sobre Coruggio. El hijo de puta seguía vivo. Vegetal, pero vivo. No podía soportarlo.

El comentario de ese fotógrafo había terminado de encenderla. «Vaya sarta de locos». Esos locos habían matado a su amigo... a su... no lo sabía. Tenía que salir de allí. Comenzó a correr sin parar. Atravesó el arco de Santa María, el paseo del Espoloncillo, y llegó hasta la orilla del río. Allí gritó. Un único grito ensordecedor. Un hombre en chándal que paseaba a un *border collie* se la quedó mirando. Su perro también. Ariel les devolvió la mirada y estos decidieron que era mucho mejor continuar su paseo. Ella, por su parte, se dejó caer sobre la hierba. El sol le quemaba la cara, y estableció contacto visual directo con él. Miró a la enorme estrella. La miró hasta que unas psicodélicas formas

empezaron a desfilar en su retina. Le daba igual quedarse ciega... sólo quería volver a sentir algo. Aunque fuese dolor.

Estuvo así un par de minutos, hasta que un juguetón labrador se acercó a ella y comenzó a lamerle la cara para saber si estaba viva. Ariel rio y se incorporó para acariciarlo. La felicidad fue breve.

—¡Thor! —Un pequeño grito de su dueña y el perro ya corría hacia ella.

Le miró partir decepcionada. Tocó el agua con la punta de las manos y se mojó la cara. Pensaba en esa frase: «Hay una bestia en el hombre que debe ser ejercitada, no exorcizada». No tenía ni idea de qué podía ser. Sacó el móvil del bolsillo trasero de su pantalón, y googleó rápidamente. Un par de páginas satanistas —no muchas— fueron los primeros resultados de su búsqueda. La frase estaba atribuida a un hombre llamado Anton Szandor Lavey. Otra búsqueda rápida con el nombre. La pantalla se llenó de fotografías de un señor calvo, con una barba perfectamente recortada, formando un dibujo geométrico alrededor de su boca, cejas enfadadas, y ojos hipnóticos. Abrazaba a una serpiente. Tras él se erguía el dibujo de un pentagrama invertido. Cliqueó en Wikipedia.

> «Anton Szandor LaVey (nacido Howard Stanton Levey; Chicago, Illinois, 11 de abril de 1930 —San Francisco, California, 29 de octubre de 1997) fue un escritor y músico estadounidense, de ascendencia judía, icono dentro del Satanismo, el Sionismo y la cultura popular por ser el fundador de la iglesia de Satán y también por ser proclamado como el papa negro.»

Sintió un pinchazo en el estómago. Pensaba que a estas alturas ya no necesitaba alimentarse, pero su cuerpo le decía lo contrario. Bloqueó el móvil y se dirigió a una cafetería que estaba cerca. Las mesas de la terraza del café Ibáñez ya habían sido ocupadas por varias señoras mayores.

Un hombre canoso, vestido con una camisa amarillenta debido al paso de los años y un gorro de paja en las últimas, apuraba los últimos suspiros de lo que parecía haber sido un enorme puro mientras leía un periódico.

Ariel entró en el local. La decoración tipo años cincuenta le gustó. Había varias mesitas libres, así que pidió una tila y se sentó en una de ellas a esperar ser servida. Mientras tanto, se dedicó a buscar alguna noticia sobre lo que podía haber sucedido en la catedral.

VANDALISMO
EN LA CATEDRAL DE BURGOS

> La puerta del Sarmental ha amanecido esta mañana llena de pintura, en un vergonzoso acto vandálico. La policía trabaja con la hipótesis de que ha sido obra de algún adolescente. Los costes para reparar la que es la portada más antigua del gótico hispano serán tremendamente elevados.

La noticia estaba ilustrada con una fotografía en la que se apreciaba la cara del Cristo Pantocrátor. Sus ojos sanguinolentos, perdidos en ese mar blanco eran terroríficos.

La camarera dejó la infusión a su lado y Ariel le dedicó una breve sonrisa. Buscó información sobre la portada de la catedral. Había pasado miles de veces por delante de ella, pero nunca se había parado a observarla detenidamente.

> El tímpano va delimitado dentro del muro por tres arquivoltas. La primera decorada por una hilera de ángeles y serafines que, portando cirios, adoran al Creador, mientras en las dos restantes encontramos a los 24 ancianos del Apocalipsis (sólo veintitrés y un serafín) tañendo instrumentos, reyes bíblicos y santos.

Apocalipsis. La imagen del papa negro volvió a su mente, a la vez que se quemaba los labios con el hirviente agua de la infusión.

***

8.36 a.m.

La emoción hacía que su corazón le latiese al límite. El sudor empapaba su cara. Sus manos temblaban. No había dormido. Hoy todos hablarían de lo que había hecho la noche anterior. Sería el centro de atención. Miraba a través de uno de los agujeros de la roída madera. Las calles aún estaban desiertas. Esperaba algo, una señal para lanzarse a ellas.

Llevaba puesta una sudadera negra, con la capucha cerrada que sólo dejaba ver sus labios secos, ajados; tanto que si sonreía comenzarían a sangrar. Le gustaba el sabor de la sangre. A veces se mordía la lengua, las mejillas... y

cuando el líquido carmesí brotaba, lo retenía unos instantes, lo saboreaba, y después lo tragaba.

Era la primera vez que iba a salir de día en mucho tiempo. Tenía que salir todo bien. No podía permitirse llamar la atención. A través de sus gruesas gafas de sol apenas era capaz de sentir el calor de la luz. Eso estaba bien.

Se iba acercando la hora.

Con mucha delicadeza, cogió unos guantes de seda de la mesilla. Aún yacía allí el cuerpo de ese gato. No sintió pena cuando lo mató. Tenía que alimentarse. Era un depredador.

Una sirena captó su atención. Eran los bomberos. Era el momento. Se abrió paso hasta la puerta de entrada. El suelo seguía lleno de lienzos a medio terminar, bocetos, esbozos. Muerte. Pisó varios cadáveres de palomas, ya secos. Apagó un pequeño candil y se dispuso a cruzar la enorme puerta de madera verdosa.

***

8.29 a.m.

Sandro Benavente llegaba particularmente pronto a la comisaría ese día. Se había plantado el traje y había salido de casa tras una noche de mierda.

Sandro no había encontrado el amor. Lo había intentado de todas las maneras posibles, hasta se había descargado una *app* de citas, pero nada. No lo entendía. A pesar de sus cincuenta y tres años, se conservaba bastante bien, o eso pensaba él. Si le dolían las piernas, no era por el sobrepeso, era porque había andado mucho. Si dormía poco no era por tomar demasiado azúcar, era porque estaba muy estresado. Si le salían canas, no era por la edad, era porque pensaba demasiado. Si le costaba andar, era por el asma que el mismo se había diagnosticado.

Vivía con su padre, que llevaba diez años sin moverse de la cama y sin articular palabra. La vida de Sandro era ir a la comisaría, llegar a casa, darle de comer, limpiarle el culo a su padre, y dormir. No entendía cómo, siendo un partidazo, no encontraba pareja.

Su hermana Juana se había casado, a pesar de ser siempre —según él— más fea, más gorda, y más siesa. Había conocido a su marido en la universidad —qué tópico—, y había tenido un hijo con él, al que habían llamado Antonio. El chaval ya tenía diez años. A veces Sandro le llevaba al parque a comer pipas.

No hablaban nada. Compraba el paquete, las devoraban, y volvían a casa. El niño era fuerte, como él. Once años antes, cuando Juana les anunció que estaba embarazada, su padre le dirigió las últimas palabras: «Toma nota».

Cruzó la puerta de entrada y saludó a Benigna Blanco, o Maligna, como él la llamaba. Era la inspectora: alta, rubia, cuarenta y tres años perfectamente pasables por treinta, con una sempiterna coleta que disimulaba aún más las pocas arrugas que tenía. Cuando no estaba en la comisaría, estaba en el gimnasio. Cuando no estaba en el gimnasio, estaba cuidando de su hija Nadia. Tenía seis años. Una niña maravillosa, que siempre tenía una sonrisa en los labios y una palabra adecuada. Daría su vida por ella. Ya lo había hecho, prácticamente. No había sido un parto fácil. Su novio, Jon, se había asustado por sus futuras responsabilidades como padre y la había abandonado unos días antes. No le importó. En el momento en el que tuvo a Nadia en sus brazos, nada más podía importarle.

Se mataba a trabajar. Y esperaba lo mismo de los demás. Con excepciones: de Sandro ya no esperaba nada.

Llevaba toda su vida en el cuerpo sin ningún tipo de ambición. Todos sus compañeros habían ido desplazándose... ascendiendo... menos él. Él estaba en el mismo lugar que hacía veintitrés años. Benigna le devolvió el saludo de mala gana mientras apuraba un café tan cargado como un petrolero. Ya llevaba un rato preparando la jornada del día.

Sandro ya se había acomodado en un sillón y miraba ensimismado la televisión; el canal 24 horas. Beni apretó los puños. Sí, Beni. Lo de Benigna no le gustaba nada. Para ella era como ponerse cuarenta años encima de un golpe.

Su móvil empezó a vibrar. Descolgó. Una llamada breve y concisa.

—Voy para allá.

La catedral. Eso iba a ser gordo. O al menos gordo para un martes cualquiera. Casi tan gordo como Sandro. No, porque Sandro no estaba gordo, estaba muy fuerte. Eso decía él. Le detestaba. Respiró hondo antes de articular unas palabras que no quería decir. Allá van.

—Sandro, conmigo.

—Joder... ¿no hay otro?

«Literalmente no hay otro», pensó.

***

8.57 a.m.

Gente, gente, gente. Alta, baja, gorda, flaca. Ancianos, la mayoría. A esas horas qué va a haber un martes por la calle. Tantas personas observando su obra. El sol incidía directamente en la lana negra de su sudadera. La figura estaba protegida bajo ella. Tras sus gafas. Tras sus guantes.

Había mucho alboroto. Demasiado ruido. Todos querían enterarse de qué había pasado ahí. Se escabulló como pudo entre la gente. Tenía que estar delante en su gran estreno. Poco a poco, se alzaba imponente delante de sus ojos.

La pintura aún estaba fresca. Eso le gustaba. Miró al gato. Su vidriosa mirada clavada en la suya. Le gustó la sensación. Agudizó sus oídos intentando captar alguno de los comentarios de su público.

—¡Qué vergüenza! —exclamó una mujer vestida con un abrigo negro.

—Putos adolescentes. Seguro que ha sido algún panchito o algún moro —dijo un viejo de apenas medio metro, con un bosque de pelo en sus oídos.

«Incultos», pensó. Observó cómo una policía hablaba con uno de los encargados de seguridad de la catedral. Era rubia. Muy alta. Organizada.

—Ahora quién va a pagar este desastre, ¿eh? —hablaba un hombre cercano a los sesenta que estaba a su lado.

—Los de siempre, Paco —respondió su amigo—. Nosotros.

—Habría que clavarlos en una puta estaca.

Su corazón se encogió. ¿Tan incultos eran? ¿No entendían la belleza? Observó como un policía gordo le daba explicaciones a una señora.

—Chavales con ganas de jarana. No hay duda. ¿Quién iba a hacer esta mierda sino?

«Chavales»

Empezó a sentir mucho calor. Tenía que salir de allí. El sol comenzaba a abrasar tras la tela. Lo sentía. La gente le rozaba. Notaba sus lorzas. Sus manos ajadas. Su aliento pesado.

Se escabulló entre un par de mujeres que fumaban. Allí podría respirar. Había un poco de sombra en aquella abarrotada plaza.

A través del oscuro cristal de sus lentes le era fácil observar sin ser vista.

Una delicada figura captó su atención. Pálida como la muerte. El pelo negro como la noche. Hablaba con un tipo que llevaba una cámara de fotos. ¿Se habría fijado en el libro? Sí, lo había hecho.

Las manos temblaban. De pronto, la mujer se iba. Corrió tras ella, pero ella corría más. Se había lanzado hasta el borde del río. No podía correr ese riesgo. Quemaba demasiado. Notaba el humo.

La mujer estaba gritando. No podía dejar de mirar su rostro. Era perfecto.

Se estaba abrasando. Tenía que volver a casa. Dio la vuelta para emprender el rumbo sin apartar la mirada. Chocó con un hombre. La piel se pegaba a la sudadera creando una purulenta explosión de dolor. Gritó. El hombre no sabía que decir. Corrió. Se perdió.

***

20.35 p.m.

Dio un pequeño paseo con Budy alrededor de la iglesia de San Juan. Sentada en uno de los bancos, observaba la puesta de sol mientras el *cavalier* olisqueaba los rastros del resto de perros que habían pasado por allí durante el día. Le llamó por su nombre. Él la miró unos instantes, pero prefirió quedarse con los olores.

Sintió el viento. Era frío.

Buscó en su bolsillo el móvil. Ritual: contraseña-Instagram-Zoe. La miraba desde sus historias. Estaba tomando una cerveza con una amiga. Sonreía a la cámara. Ariel la miró y comenzó a sollozar.

Budy se acercó y le limpió las lágrimas con su lengua. Ya era costumbre.

***

21.36 p.m.

Terminó de freír unos empanados vegetales que había comprado en el supermercado, los sirvió en un plato, y se sentó a la mesa. Su madre pelaba una manzana. Era una de esas noches en las que no tenía mucha hambre para cenar.

El informativo atronaba desde la televisión con su estridente música. Abrían con un par de peleas en el congreso de los diputados. Ariel observaba la pantalla como excusa para evitar hablar.

—¿Qué tal la sesión de hoy?

—Bien. —Se llevó un cacho del empanado a la boca.

—¿Avanzas mucho? —Ariel tragó agua. Casi se atraganta.

—Mucho.

—Qué difícil es hablar contigo, de verdad.

Su madre dio un mordisco a la manzana. Ariel apretó los labios. No sabía por qué estaba enfadada, pero todo la irritaba, y tenía que pensar muy bien antes de explotar, porque no quería hacerlo, ya que no llevaba razón. Era muy consciente de ello. La voz del presentador rompió la tensión.

«Otras noticias: la puerta del Sarmental de la catedral de Burgos ha amanecido hoy de esta manera tras sufrir un acto vandálico. La policía señala que podría haber sido obra de algún adolescente. La proliferación del denominado "arte urbano" comienza a ser un problema en algunas ciudades. Se calcula que la restauración de la fachada podría costar cerca de cien mil euros.»

—¿Tú te crees?, no hay derecho de verdad. ¿Qué le puede llevar a un chaval a hacer algo así?

—No creo que haya sido un chaval. No uno cualquiera al menos —respondió Ariel mientras le daba el resto de su empanado a Budy, que ladraba en busca de comida.

—¿Por qué lo dices?

—He estado allí esta mañana. Había una inscripción hecha con sangre en el libro que sujeta Cristo... «Hay una bestia en el hombre que debe ser ejercitada, no exorcizada». —Su madre la miró inquisitiva—. Es una frase del fundador de la iglesia de Satán.

—¿Y por qué no la podría haber escrito un adolescente?

—Podría haberlo hecho, pero hay una intención detrás de esa frase. Una intención de hacer pensar. No es vandalismo porque sí. Ha intentado crear una obra de arte en base a la original.

—Qué cosas dices, Ariel. Eso no es arte. Eso es un escándalo.

—El arte es escándalo.

—¿Cómo puedes defender algo así?

—No lo estoy defendiendo. Me parece horrible lo que ha hecho. Pero sé que no es vandalismo sin más... hay algo detrás.

—Inspectora Bloom. ¿No te planteas volver de momento?

—No. Ya sabes que hasta que no esté preparada no voy a pasar por la evaluación psicológica. —Se levantó de la mesa. Su madre la miró con pena.

***

02.41 a.m.

Untó uno de los nachos de la bolsa en el bote de guacamole. Estaba tumbada en el sofá del salón con la televisión a un volumen moderado para no molestar. Stefano se acercaba a la iglesia mientras la música se intensificaba. *La casa de las ventanas que ríen*, de Pupi Avati. La había visto mil veces, pero le daba igual.

—*Ma che cosa* —repitió ella a la vez que lo decía el protagonista, en un sincronismo casi perfecto.

Su móvil vibró, y lo cogió como si le fuese la vida en ello. Era solo el recordatorio de su medidor de emociones.

«¿Qué tal ha estado tu día?», rezaba una carita sonriente de color morado. «Horrible», marcó sin mirar. «¿Qué has estado haciendo?». Lo cerró.

Se metió a Instagram. Buscó @bessoindezoe. Se lo sabía de memoria. Siempre le había gustado. Quería ver si había subido alguna historia más. No le apareció en el buscador. Su corazón empezó a latir muy rápido. Googleó el usuario, y una página online le mostró el perfil de Zoe. Al acceder apareció un mensaje en la pantalla: «No puede ver el perfil de este usuario porque le ha bloqueado». Empezó a temblar. No podía respirar.

Lanzó el móvil al suelo con rabia, y se encogió en una postura cercana a la fetal. Hiperventilaba. Intentó levantarse como pudo. La música de la película acompañaba a la extraña escena.

Se arrastró a la cocina, cogió el paquete de Dormidina, y se metió dos a la boca. Volvió al salón. Comprobó si Zoe la había desbloqueado. No era así. Quería gritar, pero no podía despertar a su madre. Lloró. A la media hora, los parpados le pesaban, y no sentía sus extremidades. Cerró uno de sus ojos. Por el otro podía ver a una vidente que desde la pantalla leía las cartas. Apoyó la cabeza en el brazo del sofá, y se durmió.

***

—Ariel...

La voz sonaba tan dulce.

—Te amo.

Abrió los ojos. Zoe la miraba desde el otro lado de su cama, sonriendo. Su pelo olía fruta. Ariel la abrazó.

—Te amo Zoe. Lo siento... No te vayas nunca, por favor.

Zoe comenzó a reír. Su cara se deformó, y sintió miedo. La habitación ahora era oscura. No distinguía nada.

—Ya me he ido, imbécil. ¿Pensabas que iba a esperar toda la vida a alguien como tú? ¿Quién te va a esperar? No vales para nada.

Una voz de hombre resonó tras ella. Alejandro. Pero no era Alejandro. Estaba lleno de barro, y no tenía ojos. Ariel se llevó las manos a la cara. No quería ver más.

—Estoy muerto por tu culpa. No fuiste capaz de salvarme.

—¡No! —gritó ella.

—Pero al menos no está muerto en vida como tú.

Zoe se acercó hasta Alejandro. Le rodeó con sus brazos, y comenzó a besarle. Ariel lloraba. El beso era apasionado e intenso. La piel de Zoe empezó a tornarse negra y escamosa. Unas horribles costras brotaron en ella. De pronto, su brazo se cayó al suelo, y se convirtió en polvo. También lo hizo el de Alejandro. Ariel gritaba.

Un disparó reventó las cabezas de ambos, y salpicó la cara de Ariel, que ahora estaba llena de barro negro y denso que penetraba en sus ojos y en su boca. No podía ver nada. Se limpió con las manos, y en su campo de visión apareció Coruggio. Desnudo y con el cuerpo lleno de hematomas. Se acercaba a ella. Ariel retrocedió hasta quedarse en el borde de la cama.

—Eres mía, *troia*. *Per sempre*.

Ella se echó hacía atrás y se cayó de la cama. Miró al suelo. Sólo había vacío. Se agarró a las sábanas. Su textura era rugosa, como si estuviesen hechas de papiro. Se aferraba a ellas. Entonces sintió como un horrible hedor ascendía a través de sus fosas nasales. Miró hacia arriba. Coruggio sonreía con unos dientes putrefactos. Uno de ellos se desprendió y cayó en su cara, dejando un rastro de babas y sangre.

—*Ciao*, *troia*.

Soltó la sabana, y Ariel se precipitó al vacío envuelta en aquella mortaja.

***

Se despertó empapada en sudor. El bote del guacamole había caído al suelo, dejando un engrudo verdoso que Budy ya estaba rebañando.

En la televisión había comenzado la primera edición del telediario. Miró la esquina inferior izquierda de la pantalla para ver la hora: las 7.43. Hoy no tenía

nada que hacer. Miró a su perro, y se planteó levantarse del sofá para limpiar el suelo. Desechó la idea y cerró los ojos. Iba a ser un día aburrido.

23 de octubre - 07.54 a.m.

Había intentado retener ese rostro en su mente. Ese pelo negro. Esa tez pálida.

A sus pies, un montón de papeles arrancados con esbozos de ojos, narices, bocas... No conseguía revivirla vívida en su memoria.

Ya casi era la hora de dormir y no había cenado.

Aquel abovedado techo de mármol albergaba grietas y humedades. Sus paredes habían servido de lienzo. Las formas de los capiteles de las columnas que sustentaban esa bóveda eran de tipo corintio. Sobre ellos, se alzaba aquel enorme mural. Había sido pintado a pincel durante años y a conciencia. Un montón de cadáveres se pudrían en una oscura llanura. De sus descompuestos rostros brotaban gusanos e insectos. La montaña era inmensa. Encima de ella, una figura encapuchada se alzaba tenebrosamente divina. A su alrededor un aura luminosa la envolvía. Era fuego. Sobre ella, un tragaluz había sido tapado con un círculo de madera, pintado con burdos brochazos rojos, amarillos, blancos: el sol. Incidía directamente sobre la figura encapuchada, iluminándola tan solo a ella. El resto de cadáveres permanecía en penumbra mientras ella ardía. Bajo la misma, una inscripción: «Si tu corazón está herido, el mío sangra con el tuyo».

La figura de carne y hueso seguía trabajando en un lienzo bajo esa inmensa imagen. La cara de Ariel se alzaba vívida en él. La figura no sabía su nombre, pero sentía que estaba unida a ella. Su mano temblaba mientras retocaba con el carboncillo una de las cejas. Tenía que comer antes de desfallecer. Se quedo petrificada. Necesitaba oír. Un agudo sonido le hizo voltear la cabeza. Su rostro estaba cubierto bajo un velo de seda negro. Se acercó. El nido de las ratas estaba vació. ¿Cómo había podido descuidarlo tanto? Golpeó con el puño la pared, y una rata gorda se asomó asustada. Era la hembra. La cogió y se la acercó a la cara. El pequeño animal pataleaba asustado. Le había visto hacer eso miles de veces. De sus vidriosos ojos casi podía escaparse una lagrima. No la buscaba a ella, buscaba al macho. Se percató de una cola enterrada en la tierra. Tiró de ella. Era el macho. La rata negra y vieja estaba muerta. La hembra había intentado enterrarlo para protegerlo de su destino. Aún estaba caliente. Podría aprovechar la sangre. Soltó a la hembra dentro del

nido, y se acercó a la muerta a la boca. La olió unos instantes, y le arrancó la cabeza de un mordisco. La hembra intentaba escapar trepando por las paredes sin éxito entre gritos de terror. La sangre explotó en su boca, y se sintió bien. Aguantaría por unas horas. Era momento de dormir.

***

12.16 p.m.

Se había vestido para ir al supermercado. No tenía nada mejor que hacer. Gafas de sol, pantalones de chándal con tres líneas blancas en cada lateral, deportivas y una camiseta de color bermellón de su equipo, el Mallorca. «¿Y tú por qué eres del Madrid, si has nacido en Burgos?» es lo que respondía siempre que le preguntaban por qué ese era su equipo. En el dorsal podía leerse «ARIEL, 13».

El hipermercado estaba un poco lejos de su casa, pero había ido andando. Como apenas conocía a nadie en su propia ciudad, el camino era rápido, no tenía que pararse a hablar. No tenía amigos. Ni ahora, ni nunca. Es cierto que en su adolescencia había intentado encajar en el instituto, pero al final acabó cansándose de fingir ser alguien que no era.

El edificio del supermercado se encontraba al lado de la carretera. Había que cruzar una vía de tren —abandonada hace muchos años por la desidia de los diversos gobiernos de la comunidad— para llegar hasta allí.

Se quedó unos instantes observando un hormiguero. Las hormigas trabajaban rápido transportando migas de pan de algún bocadillo que alguien había extraviado cerca de la ermita de San Antón.

Las puertas del supermercado se abrieron automáticamente al detectar su presencia. Pasó unos instantes en la sección textil. Echó un par de bragas de color blanco al carro y unos paquetes de calcetines. De ahí se fue directa a la sección de animales. Cogió un par de paquetes de chucherías para Budy. Después visitó la sección vegana. Arrasó con la mayoría de platos que había en los estantes, cogió varios botes de hummus y de guacamole —tenía que reponer—, y alguna pizza.

Última parada: bebida. Cerveza, muchos botellines y latas, y vino. Ya estaba lista.

Para acudir a las cajas había que atravesar un largo pasillo dónde se encontraba el material escolar. Una estantería soportaba el peso de muchos

libros de pasta gorda. «TOP VENTAS» se leía en el cartel superior. Los ojeó. Varios títulos de novela negra que, según las reseñas de sus portadas, reinventaban el género —todos ellos—. En el top 1 se encontraba un libro que le llamó la atención. La imagen de la basílica de nuestra madre del palmar coronada se levantaba imponente; el título: *Los crímenes del palmar*. Lo cogió. La foto de la contraportada no dejaba lugar a dudas. Jonás. «Le ha faltado tiempo», pensó, y arrojó el libro con asco a la estantería. Al hacerlo, un pequeño volumen cayó al suelo. Su portada era negra, y en ella destacaba de nuevo el símbolo del pentagrama invertido con una cabeza de cabra en su interior. *Enigmas y mitos de la historia*. La autora era una tal Kate McAllorey. Buscó su foto. Estaba impresa en la primera página. Era una mujer de unos cincuenta años, rubia, vestida con una camisa blanca. De un primer vistazo, cualquiera podría pensar que se trataba de Aramís Fuster.

«Durante años, el ser humano ha sentido curiosidad por ver más allá. Sectas, criaturas sobrenaturales, apariciones fantasmales... En este pequeño libro, hablaremos de las más destacables, e indagaremos en sucesos reales que, a día de hoy, no tienen explicación.»

Costaba cinco euros, así que lo echó al carrito. Agarró un Red Bull morado de una pequeña nevera que había junto a la caja, depositó toda su compra en cuatro bolsas, y se dispuso a marcharse, no sin antes ponerse los auriculares. No iba a dejar que el mundanal ruido le alejase de sus pensamientos, que se basaban únicamente en por qué Zoe la había bloqueado.

Play. *Special Death*, de Mira.

Salió a la calle con los acordes de guitarra y las notas del xilófono. Había comprado un poco de pan, y lo iba desmigando para dárselo a las hormigas. Al acercarse vio cómo el hormiguero había sido arrasado. Alguien lo había pisoteado, y tirado dentro una colilla de un cigarro, humeante aún. Una hormiga, boca arriba, pataleaba desesperada. Ariel se agachó, y le ofreció su dedo índice. La hormiga trepó por él. Ariel la observó unos instantes. Se acercó a unas briznas de hierba que había al lado, y ofreció a la hormiga el posarse en ellas. La hormiga caminó, y se situó en una de las briznas. Ariel echó las migas de pan alrededor, y se quedó observándola.

***

15.33 p.m.

Cualquier persona normal habría notado el horrible hedor, pero la figura no era normal. Estaba acostumbrada a hacer ese recorrido. Había decidido refugiarse en su verdadero hogar.

El subsuelo de la ciudad olía a aguas fecales y suciedad. Estaba oscuro, muy oscuro, pero no necesitaba luz. Se movía a la perfección.

Un riachuelo de ponzoñosa agua bañaba sus pies. El sonido de ese asqueroso río era acompañado por los cánticos de los animales que allí habitaban, pequeños roedores sobre todo. Eso era lo que necesitaba.

Se pegó a la pared. Escuchó. Oía el agudo sonido. Se estaban dando un festín con algo que alguien había tirado por el desagüe. La gente se sorprendería de todo lo que tiran por el retrete: restos de comida, huesos, juguetes... incluso cadáveres de animales. Muchas veces esos restos se acumulaban allí, y por eso proliferaban las ratas.

A la figura eso le venía genial.

Por el olor, hoy eran restos de comida, ya estropeados. Avanzó. Percibió movimiento. Clavó su mirada. Efectivamente, una pequeña montaña de residuos putrefactos se alzaba delante de sus ojos. En ella se revolcaban ratas. Buscó a la jefa. Era gorda. Inmensa. Casi tan grande como su cabeza. Sus ojos rojos se encontraron mientras la rata arrancaba la carne de un hueso. No tenía nada que hacer. La figura era más rápida. Se abalanzó contra la montaña, y ya estaba en sus manos. Aprovechó para desayunar. No había hecho ese viaje en vano. Su boca rebosó con la sangre de varias ratas, cuyas cabezas escupió en el montón de basura. Ya se las comerían ellas mismas. Su negra ropa le pesaba por culpa de los fluidos.

La rata que había cazado intentaba escabullirse mordisqueándola. No podía sentirla, llevaba guantes, y la agarraba firmemente del cuello.

Avanzó siguiendo el cauce del asqueroso riachuelo. La vieja piedra de la pared rezumaba moho y musgo. Poco a poco, el camino se estrechaba. Tuvo que elegir entre las bifurcaciones que se presentaban ante él: de frente, izquierda, derecha, o abajo. Giró a la derecha. Encogió su cuerpo, y reptó durante unos metros —bastantes metros— hasta que llegó. Un hueco en la pared anunciaba la presencia del hogar. Atravesó el agujero con delicadeza, y una vez dentro, movió una roca rectangular para taparlo.

Todo era oscuridad, solamente rota por el tenue tintineo de una vela.

Cuando recuperó el aliento, se levantó, y avanzó hacia ella. La agarró por la base. La cera caliente se derramó en sus manos. Acercó la mecha a un candil,

que instantáneamente se encendió. Hacía muchísimo frío. Esas paredes dejaban pasar la humedad y el hielo, que se aferraba a ellas en un eterno abrazo. Fue prendiendo varios candelabros, y por fin, la imagen de la estancia se abría poco a poco hueco entre luces anaranjadas.

Era verdaderamente imponente. El suelo era arenoso, completamente desgastado por el paso de los años. Había sido cubierto con piezas irregulares pertenecientes a varias alfombras. Las paredes tenían una multitud de cuadros colgados en ellas. Las imágenes eran tétricas: un caballo, tan delgado que sus huesos se transparentaban, frente a un pueblo destruido; un paisaje horripilante, formado por fémures y otras piezas; un montón de personas moribundas, cuyas almas escapaban de su cuerpo...

La sala era alta para lo que cabría esperar. Había una estantería repleta de libros ajados; estos tenían un aspecto tan húmedo, que daba la sensación de que podrían romperse con tan solo tocarlos. Varios útiles de pintura estaban desparramados por el suelo: pinceles de diversos tamaños, una paleta, lienzos... y muchísimos bocetos. Un par de garrafas de plástico yacían junto a ellos. Estaban sucias y vacías; una sustancia grumosa se enquistaba en el fondo. Su color era negruzco, pero se podía adivinar que antes había sido de un rojo intenso.

La sala acababa en un agujero. Estaba hecho en la pared frontal. Encima de él, otro cuadro observaba a todo aquel que entrase. En él estaba pintada una pared muy estropeada. Sus grietas dejaban ver el ladrillo que asomaba tras la pintura, aunque también dibujaban unas formas parecidas a las nubes un día tormentoso. Un bosque de hierbas cubría toda la parte inferior del cuadro. Estaban dibujadas como si fuesen unos abetos negros... lacios. Sobre ellos, nacían flores amarillas, y tras ellas, en la pared, se abría una puerta. No se veía el fondo... Era un agujero negro. En medio del mismo, un rostro blanco, sin cuerpo, observaba a pesar de no tener ojos.

La figura se acercó hasta el cuadro, se agachó, y reptó por el agujero. Al igual que antes, este se bifurcaba en varias direcciones. Elevó una de sus manos, y palpó a tientas hasta sentir el tacto del óxido. Se aferró, y trepó por la pequeña escalera. Poco a poco podía sentir el aire. Y llegó.

Salió del agujero, y avanzó hasta el nido de las ratas. La hembra la miraba asustada. Lanzó con asco al macho, que le mordía la mano, sangrante ya debido a sus afilados dientes. La rata gorda se escondió, y el macho corrió desesperado, intentando escapar.

Si todo iba bien, en unos días ya habrían procreado, y tendría un montón de crías con las que alimentarse. Miró hacia el techo. El imponente mural empezaba a estar deteriorado. Unas gotas se formaban en la pintura, y caían al suelo. Una de ellas acertó en uno de los bocetos que tenía tirados. Ahí estaba ella. La observó. La gota dibujo una lagrima en el papel.

26 de octubre

La semana de Ariel se había resumido en comer y ver la televisión. Había vuelto a leerse todos los libros de *Harry Potter* en un par de días, y los había acompañado con las películas. Su compañía eran los *snacks*, la cerveza y Budy, que dormía la mayor parte del tiempo, pero que cuando la escuchaba comer, se despertaba por arte de magia para ver si el recibía algo también.

Zoe la seguía teniendo bloqueada —lo comprobaba cada hora—, y no hacía más que darle vueltas a ese tema.

Se levantó de la cama —ya era la una—, y se dirigió a la ducha. Se miró en el espejo. Su pelo estaba hecho un verdadero asco... Intentó pasar un peine, pero lo único que consiguió fue un tirón. Su media melena se había transformado en una melena a secas, tapándole parte de la cara. Se quitó la camiseta y dejó caer sus pantalones al suelo. Observó su cuerpo. A pesar de toda la basura que comía estaba más delgada que nunca. Accionó el grifo de la ducha, y cuando el agua estuvo lo suficientemente caliente, se metió debajo. El agua caía por su cuerpo mientras ella se enjabonaba el cabello. Era imposible. Los tirones se acrecentaban, y Ariel gritó de frustración. Se frotó los ojos con las manos, y se quedó quieta unos instantes. Pensó en Zoe. Arrancó la alcachofa del soporte, y fue haciéndola descender poco a poco por sus pechos y su vientre... pero se paró en seco. No tenía ganas... Hacía meses que no las tenía.

Unos minutos después, estaba ya vestida y bajaba hacia la calle, con el pelo húmedo aún.

—¡¿Dónde vas?! —gritó su madre.

—A la peluquería. —Y cerró la puerta.

—Ya era hora, hija...

***

04.54 a.m.

—Tías, fua, me encanta esta puta canción de verdad. Va, pide eso y vamos a perrear, joder.

Se apretaban en la barra, cuya iluminación pasaba del rosa al azul al ritmo de la música. *Espada* de Javiera Mena hacía su entrada con sus triunfales primeros compases. La camarera les sirvió unos chupitos de una sustancia verdosa. Las cuatro chicas brindaron. Olga y Sara se conocían desde pequeñas. Habían ido a la guardería, al colegio y al instituto juntas, y ahora ambas se habían animado a estudiar un grado superior. Era su primer año fuera de su pueblo. Ambas vivían en Anguix, a escasa media hora de Aranda, y nunca habían pasado más de un par de semanas lejos de allí. Era su primer mes en Burgos, y su primera vez viviendo solas.

Olga lo llevaba bien. Siempre había sido muy independiente. Sara pensaba que lo era. Tenían esa fantasía de compartir piso desde hacía muchos años, pero ese último mes se lo había pasado encerrada en la habitación llamando a su madre a escondidas para llorar. La echaba muchísimo de menos. Todos los fines de semana volvía a casa, pero ese sábado Olga la había convencido para quedarse y salir de fiesta. Susana y Lore eran compañeras suyas de clase. Eran majas, pero... ¿tanto como para salir de fiesta con ellas? Apenas las conocían. Olga salía todos los fines de semana... Para Sara era la primera vez allí.

Se había puesto un vestido negro. Sus lentejuelas brillaban cada vez que la luz incidía sobre él. Olga le había dicho que era exagerado. Había dejado su melena suelta; estaba cansada de la coleta.

Olga llevaba un pantalón negro y un top a juego. Sus amigas vestían parecido. Se tomaron los chupitos. Sara solo pudo con la mitad, y su cara de asco la delató. No le gustaba beber... No le gustaba la fiesta... Quería irse a casa.

Corrieron a la pista a bailar la canción. Ella observó desde la barra, sujetando un vaso de plástico lleno de un líquido naranja que apestaba a ron barato.

—Hola.

Un chico, vestido con la camiseta del Real Madrid se acercó a ella. Ella le miró de reojo, y se fijó en la camiseta.

—Ni de coña.

El chico se marchó avergonzado. Buscó con la mirada a Olga, que seguía bailando con sus amigas. Los tres minutos de la canción se le hicieron eternos. *La despedida* de Daddy Yankee empezó a sonar a través de los altavoces de la sala y entre gritos de la gente, poniendo de manifiesto que conocían la canción.

Olga se acercó a la barra limpiándose el sudor de la frente.

—¿Qué te pasa tía? —dijo mientras recogía su vaso. Los dedos de ambas se rozaron.

—Estoy cansada... Creo que me voy a ir a casa. —Olga casi se atragantó con el ron.

—¿Qué dices tía? Joder, para un puto día que sales.

—Joder, estoy puto cansada y me aburro, ¿vale?

—Tía, eres un coñazo.

—Es verdad, son el triple de divertidas esas. —Pegó un rápido vistazo a la pista de baile. Susana y Lore bailaban como posesas mientras unos chicos las miraban.

—Por lo menos están. ¿Dónde coño estas tú?

Sara abrió la boca. Su réplica se quedó en la punta de la lengua. La música sonaba alta.

Antes que te vayas dame un beso.

Sara agarró su bolso y se marchó hacia la puerta, empujando a su amiga, que la miraba con sorpresa. Se quedó unos instantes así, hasta que la vio salir. Entonces se acercó a Susana y Lore, que la preguntaron con la mirada qué había pasado. Olga giró su dedo índice alrededor de su cabeza cómo diciendo «está loca». Dio otro sorbo a su cubata y se puso a bailar.

La calle estaba llena. La gente bebía, vomitaba, cantaba, lloraba... El olor era apestoso. Sara caminaba rápido, intentando alejarse de la zona de bares. El piso estaba lejos de allí, y tenía frío. Escuchó un silbido. Giró la cabeza para ver a tres chicos. Vestían ropa de deporte. El más alto de ellos era el que silbaba. Llevaba una gorra blanca de Adidas, chándal con rayas doradas, y un pendiente con forma de diamante.

—Guapísima, ¿te invitamos a algo?

Sara siguió andando. Aceleró el paso. Estaba temblando. Giró para meterse por un callejón. Un chaval vaciaba su vejiga contra una pared.

—Un poquito de intimidad, ostias. —Rio.

El charco de orines inundaba la calle, y su hedor, mezclado con el del vómito y el alcohol pesaba en el ambiente. Siguió su camino. Una chica lloraba con una intensidad desmesurada mientras sus amigas la consolaban. Dos machitos amenazaban con pegarse. Odiaba la fiesta.

Sus pasos crujían con cada pisada. Todo estaba lleno de cristales rotos. Por fin, llegó a la calle Santander. La escultura del toro era inconfundible. En apenas cinco minutos estaría en su casa. Un reloj digital marcaba las cinco y

diez de la mañana. La tranquilidad que se respiraba en esa calle era totalmente opuesta al ambiente de Llanas. Allí no había nadie. Sacó su móvil, conectó los auriculares y abrió Spotify.

Son las seis de la mañana,
Vuelves a tierra,
La ciudad busca escondites,
Sálvese quien pueda

Fauna, de Monterrosa. La canción no podía ser más adecuada. Cruzó la carretera, y avanzó por la calle mientras gesticulaba al ritmo de la música. Los focos que iluminaban la Casa del Cordón dibujaron una sombra en la pared. Ella se asustó, y vaciló unos instantes. Una paloma salió volando, dejando la fachada completamente iluminada de nuevo. Respiró aliviada. Caminó. Sólo tenía que seguir recto hasta llegar a la calle Vitoria. Giró para meterse por la calle Cordón. No pudo. Algo se abalanzó sobre ella. Una mano le tapó la boca. Notó una textura parecida a la lana en su cara. Una aguja se hundió en su cuello, de una forma tan brusca, que unas gotas de sangre brotaron de él. Sintió cómo una áspera lengua las lamió. Estaba seca, no dejaba saliva a su paso. Intentó luchar. Todo había sido muy rápido. Perdía las fuerzas poco a poco. La mano extraña llevaba un guante negro, y apretaba de forma durísima su boca y su nariz. Un olor a humedad ascendía por él y se asentaba en sus fosas nasales. Le dolía la cabeza. Estaba mareada.

De pronto todo fue oscuridad.

***

—¿Cómo te llamas?

—Sara... ¿tú?

—Olga. ¿Quieres ser mi amiga?

Tenía cuatro años. Estaba en el patio de la guardería, metiendo arena húmeda en unos recipientes de plástico con formas para luego crear animales. Desmoldó uno de ellos, dejando a la vista una sonriente tortuga de arena. A su lado, una estrella de mar y otro sonriente pez. Sara asintió tímidamente, y Olga se sentó a su lado, y comenzó a introducir arena en un molde con forma de caballito de mar. De pronto su cara cambió. Sus facciones se volvieron adultas en un cuerpo de niña.

—¡¿Dónde coño estas tú?! —gritó.

Sara abrió los ojos. No acertaba a ver en la oscuridad. Estaba desnuda. Tenía mucho frío. Intentó moverse, pero no pudo. La habían atado a una cama. El colchón estaba amarillo y sucio, y apestaba. El techo era de piedra. Estaba rodeada de cuadros. Eran horribles. Analizó la estancia mientras se espabilaba. Buscaba algo, pero no sabía el qué.

La soga con la que estaba atada le hacía daño. Cada vez que se movía, el esparto la arañaba, rasgando su piel y dejándole marcas en los tobillos y las muñecas.

Se dio cuenta de que no estaba sola. Una figura estaba concentrada dibujando en un lienzo. Apretó los ojos para intentar distinguirla. La estaba dibujando a ella... sin vida. Vestía una sudadera negra, y la capucha tapaba su cara, por lo que no atisbaba a ver si se trataba de un hombre o una mujer. Sus manos eran delicadas, y frotaban el carboncillo contra el lienzo. Se fijo en ellas: parecían no pertenecer a un ser vivo. Estaban secas y llenas de pústulas. Su color era rojizo, como si hubiesen sido quemadas. Contuvo un grito.

La figura se dio la vuelta. Su cara estaba tapada por un paño de seda negro con dos agujeros en sus ojos. Eran de un amarillo intenso. Se acercó hasta Sara. Esta suplicaba. Podía notar su aliento. Apestaba a muerte. La figura sacó un embudo de debajo de la cama. El plástico del mismo estaba pasado y descolorido. Sara apretó sus labios... No pudo hacer nada. La figura rebuscó en uno de los bolsillos de su sudadera, y de él extrajo una especie de mordaza. La cinta negra culminaba en un círculo metálico. Sara había visto alguna de esas en internet, se llamaban *mouth gags*, y sabía para que servían. Sintió pánico, e intento inútilmente zafarse de sus ataduras. La figura empujó su cabeza contra el colchón y con una fuerza sobrehumana apretó la *mouth gag* contra su boca. Sara intentó resistirse. Su labio se partió por la mitad, llenando su boca y su barbilla de sangre. La figura seguía haciendo fuerza. La carne del labio colgaba de un hilo, desprendiéndose finalmente y cayendo por el suelo. Los incisivos de Sara cedieron, rompiéndose en un estallido de dolor. Esta abrió la boca y gritó. Las piezas de sus dientes rotos se introdujeron por su garganta, haciéndola atragantarse.

La figura ató la *mouth gag* por detrás de su cabeza. Ya no podía cerrar la boca. Introdujo el embudo en la misma, y sacó una garrafa de agua. La volcó encima del embudo. El agua comenzó a correr por la garganta de Sara. No había ningún filtro, y no tenía tanta capacidad para tragar. Se estaba ahogando. Sentía arcadas. Comenzó a vomitar. La figura la agarró la cabeza y la puso

contra el suelo. El vómito cayó allí. Sara pudo ver como una rata roía la piel que antes había formado parte de su labio.

Una vez hubo vaciado todo su vómito, la figura volvió a introducir el embudo, e hizo que siguiese tragando agua. Sara no podía más. Su vejiga le dolía, estaba a punto de explotar. La figura le propinó un puñetazo en el vientre, y ella no pudo aguantarse. El colchón se empapó con el orín, intensificando el color amarillo del mismo.

La figura apartó el embudo y le quitó la *mouth gag*. Sara comenzó a llorar. No sabía qué estaba pasando. No podía articular palabra. El pico del embudo había raspado su garganta. Notaba el sabor a sangre. Casi podía respirar... Su nariz estaba llena de vómito y mocos.

Observó a su atacante. Estaba dado la vuelta, manipulando algo. Alcanzó a ver un arcón de metal. Las asquerosas manos sacaron de él una cánula. Se volvió a acercar a ella. Esta temblaba. Vio cómo en su mano derecha llevaba una aguja. Se sentó en uno de los bordes del colchón, e inmovilizó su brazo. No le hizo falta realizar un esfuerzo sobrehumano, Sara apenas podía moverse. Notó cómo el frío metal se desplazaba por debajo de su piel, provocando una extraña sensación. La sangre comenzó a brotar a borbotones. La figura hizo encajar el extremo de la cánula con la aguja. El tubo trazaba un esperpéntico recorrido, girando y retorciéndose, hasta desembocar en una garrafa. Sara observó cómo su propia sangre dibujaba extrañas formas. Le recordó a la pajita de un batido de fresa. Rio. Sus ojos se cerraban poco a poco. Pensó en su madre. Le sonreía, y se abrazaban. Sus ojos se cerraron, y su brazo se deslizó por el colchón hasta rozar el suelo.

28 de octubre - 17.31 p.m.

—Veo que te has cortado el pelo.

—Sí...

El salón de la psicóloga estaba iluminado por una cálida luz anaranjada. El otoño acercaba el cambio de hora, y los días eran ya más cortos. Hacía frío en la calle, y Esperanza había decidido colocar un pequeño radiador de aceite para calentar la estancia. La media melena de Ariel había vuelto. Sus delicadas facciones se embellecían con ese corte de pelo. Por primera vez en meses, esa mañana se había mirado en el espejo y se había visto guapa. Hasta se había tomado un par de minutos en elegir su ropa. No se atrevía a usar la que llevaba cuando estaba con Zoe porque aún conservaba su aroma, y puede que hasta su tacto... o eso pensaba ella.

Se había puesto unos vaqueros ajustados y una camiseta blanca con un estampado en el que se podía leer «*90's babe*». No le gustaban los abrigos, y si podía evitarlos, lo hacía. Total, para el tiempo que estaba en la calle.

—¿Y cómo es que has tomado esa decisión? —preguntó Esperanza con una sonrisa. El cuaderno rojo descansaba sobre su falda.

—Bueno... llevo meses sintiéndome horrible después de todo lo que pasó... pero quiero cambiar... poco a poco.

—¿Has vuelto a tener algún sueño?

—Sí... —Ariel la observó dubitativa. Los ojos de la psicóloga eran intensos incluso tras los cristales de sus gafas. Le contó el sueño sobre Alejandro y Zoe.

—Es un sueño muy específico. La muerte de tu amigo está aún muy reciente, y tú te sigues culpando por ella, Ariel. —Esta agachó la cabeza—. No puedes culparte siempre... No podías hacer nada...

—Ese cabrón...

—Quedó en estado vegetal. No hay peor castigo que ese. —Dio un sorbo a su infusión—. Sigues soñando con Zoe, y es normal también. Cuando una relación termina siempre nos repercute de alguna manera, y en tu caso piensas que tienes cosas que hablar con ella... que solucionar. Quizá el que te haya bloqueado en Instagram sea lo mejor que te puede pasar.

Ariel torció el gesto con desaprobación. Esperanza continuó hablando.

—Voy a llamar a Marina para ver si puede verte mañana.

—¿Quién es Marina? —Se puso nerviosa.

—La psiquiatra que te corresponde por el seguro. Es una gran amiga.

—¿Y por qué quieres que me vea mañana? —Las manos le temblaban.

—Para que te haga la evaluación, Ariel. Llevas cuatro meses de baja. Hace un mes, cuando viniste por primera vez, vi que teníamos mucho que trabajar para que salieses del agujero en el que estabas... pero a día de hoy...

—No puedo enfrentarme al trabajo, Esperanza.

—¿Por qué no lo probamos? El estar todo el día en casa no te hace bien.

—Simplemente no puedo. —Elevó la voz casi sin querer.

—¿Por qué no dejamos que eso lo valore Marina? Voy a intentar que te haga un hueco mañana por la mañana.

Ariel se estaba ahogando. Sólo pudo respirar cuando estuvo fuera de la consulta. Bajó a la calle corriendo, y pasó unos instantes apoyada en la puerta. A su izquierda, una vidriera transparente dejaba a la vista el interior de un bar. Entró sin pensarlo y pidió una cerveza. El camarero, un chico joven con media melena y los brazos y el cuello llenos de tatuajes le sonrío mientras accionaba el grifo. Estaba tan desconcentrado mirándola que la caña quedó demasiado espumosa, así que le puso otra gratis.

Pasó al menos una hora en el bar, y se bebió tres cervezas mientras observaba la televisión. Un canal ponía videoclips retro. Desde la pantalla Chris de Burgh la miraba mientras cantaba *Lady in red*.

Dirigió su vista al exterior. Se podía ver toda la plaza Mayor de Burgos. Un matrimonio se besaba mientras empujaba el carrito en el que transportaban a su bebé. Una mujer mayor paseaba a su perro, y una pareja de adolescentes se comía la boca en uno de los bancos, sin importarles las miradas de la cuadrilla de jubilados que tenían en frente. Unos niños jugaban a asustar a las pobres palomas, que volaban atemorizadas. Tras la nube de plumas emergió una figura que le resultaba conocida. La chica sin nombre atravesaba la plaza en compañía de otras cuatro chicas, con mochilas a sus espaldas. Ariel se fijó en ella. Llevaba puesto un abrigo de lana rojo. Su melena reflejaba la luz de los últimos rayos del sol, que habían emergido de detrás de una nube solo para iluminarla.

Ariel intentó apartar la vista avergonzada, y cuando volvió a mirar vio cómo los ojos de la chica se habían clavado en ella. Dirigió su mirada hacia sus manos, completamente nerviosa. La chica sin nombre besaba a sus amigas en señal de despedida. Estas continuaron su camino en dirección a la biblioteca,

mientras que ella se había quedado allí mirando el móvil. De pronto, un par de gotas de agua se convirtieron en tormenta. El agua caía con violencia del cielo, entre estallidos de relámpagos, que iluminaban los edificios creando un tétrico efecto. La chica sin nombre corrió hacia los soportales. Ariel sintió un pinchazo en el estómago al ver cómo se acercaba, y sin saber muy bien por qué, se levantó del taburete y salió al exterior. Ella llegó un par de segundos más tarde. Estaba empapada. Su pelo chorreaba agua, y se rio al llegar a donde estaba Ariel.

—¡Hola! —exclamó.

—Hola... ¿te has mojado?

«¿Enserio eso es lo mejor que se te ocurre?», pensó.

—¿Tu qué crees? —respondió riendo ella. Ariel sonrió avergonzada.

—¿No tienes frío?

—No... bueno, no sé. ¿tú?

—Sí —mintió—. ¿Quieres entrar?

La chica miró el reloj con gesto ambiguo. Sus cejas se arqueaban en una adorable expresión. Ariel observó detenidamente su cara. Sus facciones eran finas, y su tez pálida. Sobre ella se dibujaban unos delicados rasgos. La blancura del rostro se rompía en sus mofletes, rosados como sus labios. Sus ojos eran redondos, y se volvió a perder en su mirada.

—Oh... es que se me hace un poco tarde... Mañana tengo examen y todo eso.

—No pasa nada. —Sonrió Ariel, que sintió un pinchazo en el pecho.

—Lo siento... otro día, ¿vale?

Ariel asintió. La chica sonrió y se dio la vuelta. La mochila era casi más grande que ella. La observó unos instantes y acarició el pomo con la mano para abrir la puerta. La canción había cambiado: ahora Fleetwood Mac tocaban *Little lies*. Puso un pie dentro del bar.

—¡Espera!

Se giró. La chica sin nombre la miraba desde los soportales. Sus ojos expresaban timidez.

—¿Qué pasa?

—Bueno... —Se acariciaba la mano mientras pensaba en las palabras adecuadas—. Ya he estudiado bastante por hoy... —Esbozó media sonrisa, y Ariel se la devolvió.

La chica sin nombre se acercó, y juntas entraron al bar. Ariel se aproximó a la barra.

—Me pones otra cerveza cuando puedas... —Miró hacia atrás—. ¿Y tú?

—Mmm... un café con leche, por favor.

El camarero se giró y empezó a trabajar en las bebidas. Ariel le dedicó una discreta mirada a la chica. Observaba a través de sus vidriosos ojos la televisión, y se acariciaba las manos, nerviosa. De su cabello aún se desprendían unas pocas gotas de agua, que caían hacia el suelo en un curioso baile. Se acercó a ella ya con las bebidas y se sentó, sin saber muy bien cómo comenzar una conversación.

—Bueno... ¿tienes examen o algo?

—Sí —dijo ella sorprendida, al tiempo que se acercaba la taza de café, aún humeante.

—¿Y qué tal lo llevas?

«Qué banal», pensó.

—Bien, bien, la verdad. No me cuesta mucho estudiar... de hecho me gusta, aunque te suene repelente. —Ariel sonrió, y la chica, al verlo, bajó sus ojos hacia la taza.

—No, para nada. Si te gusta algo... es mucho más fácil. A mí me gustaba mucho la academia.

—¿Academia?, ¿de inglés o así? —Ariel se atragantó con la cerveza.

—¡No! —Rio—. De policía.

—¡Guau!, ¿eres poli? —La chica abrió la boca en señal de sorpresa. Ariel asintió tímidamente.

—Sí... bueno, eso creo. —Sonrió.

—No lo habría adivinado jamás. —Se llevó el café a los labios y se quemó, pero lo disimuló.

—¿Por?, ¿tan raro te parece? —La sonrisa de Ariel ahora se reflejaba en sus ojos.

—¡No, no!, es sólo que... eres muy joven. —Apretó los labios y dio un pequeño sorbito.

—¿Y qué estudias tú?

—No me hagas esta pregunta. —Rio. Ariel la miró desconcertada—. Es que no hago otra cosa que no sea clase, biblioteca, casa... y me apetece desconectar un poco...

—Oh, lo entiendo. ¿Y de qué prefieres hablar?

—No sé... —Se detuvo a observar la camiseta de Ariel—. ¡Me encanta! —exclamó—. ¿Eres de los noventa?

—Del 96 —respondió tímidamente.

—¿Mes?

—Agosto.

—Leo. Fuego... pasional... ¿valiente?

—No sé yo... ¿Te va lo del horóscopo?

—Cuando me aburro lo leo, tampoco te creas. —Sonrió.

—¿Y tú qué eres?

—Géminis.

—Curiosa e inteligente, ¿no? —La chica abrió la boca en señal de sorpresa, y Ariel volvió a reír—. Soy Aramís Fustér, *bitch*.

—¿Quién?

—Oh... nadie. —Miró al suelo avergonzada.

—Oye, ¿y cómo te llamas? Llevamos un rato hablando y aún no lo sé. —Los labios de Ariel estaban a punto de formar una «A» cuando la chica la interrumpió—. ¡No espera!, ¡deja que lo adivine!

—Es difícil, eh.

—Mmm... por tus rasgos yo creo que tienes que tener un nombre dulce... u oscuro... ¿Ana? —Negó con la cabeza—. ¿Luna?, ¿Marta?, ¿Natalia?

—No, no, y no. —Sonrió.

—Me rindo...

—Me llamo Ariel. —La chica ahogó un pequeño grito.

—¡Me encanta!, yo me llamo... —Hizo una pausa enfática. Ariel estaba expectante. Por primera vez la chica sin nombre iba a pasar a tenerlo— Alba.

Rebañó la espuma de la taza con la cuchara y se la llevó a la boca en un gesto que a ojos de cualquiera era adorable. Sus pómulos color melocotón lucían más rojos que de costumbre, y sus redondos ojos buscaron brevemente el contacto con los de Ariel.

—Encantada, Alba.

—Encantada, Ariel.

Rieron. Las pocas gotas de lluvia que aún caían del cielo se estrellaban contra la vitrina del bar. En ella, un folio tamaño A4 se sujetaba como podía. Una foto de una chica sonriente destacaba sobre él. En negrita y mayúsculas, sobre ella, se formulaba una pregunta: «¿Me has visto? Sara Castillo, vista por

última vez el día 26 de octubre en la zona de Llanas. Si tienes alguna información, llama a este teléfono».

La lluvia hacía que el cartel se despegase poco a poco. Una gota se estampó encima de la fotografía, dibujando en ella una lagrima, mientras, de fondo, dentro del bar, Buffalo Tom cantaba *Taillights fade*.

***

20.09 p.m.

El olor a humedad lo envolvía todo. En un viejo gramófono se escuchaba el clavicémbalo que servía de base para la melodiosa voz que interpretaba *Aire*, de *Alcidiane et Polexandre*, el ballet de Lully.

Las manos habían recuperado cierta palidez, pero las marcas de las pústulas seguían ahí. Trabajaban sin pausa, aunque con muchísima delicadeza. Cosían, unían trozos, cortaban...

Esta vez, había dejado su cabeza al descubierto. Un par de mechones grises crecían en medio del desierto ajado, seco... arrugado. Marcas de venas en las prominentes calvas... coágulos...

Sus movimientos eran delicados, casi tanto como la música.

Del techo, ayudado de unos finos hilos, colgaba lo que parecía un maniquí.

La figura agarró unas tijeras plateadas de una patena que descansaba junto al maniquí. Estaba llena de diferentes instrumentos: hilos, alfileres, un estilete, pinzas hemostáticas...

Cortó una tela con muchísima suavidad, y la acercó a la cara del maniquí.

El olor a cuero era penetrante.

Las ratas observaban con miedo.

La música se desvanecía poco a poco.

Casi estaba lista.

Casi era hora.

29 de octubre

Se despertó pronto, aunque no se podía decir que hubiese dormido mucho. Se había ido feliz del bar la noche anterior, aunque poco a poco el mismo tema de siempre había vuelto a rondarle la cabeza.

No le daba tiempo a ir a Aranda y volver, así que había alquilado una pequeña habitación en un hostal del centro.

Observó a través de la ventana cómo la ciudad se iba desperezando paulatinamente. Los comerciantes iban abriendo sus tiendas, y las furgonetas que les llevaban los productos aparcaban de cualquier manera en medio de la calle. El ruido de las persianas metálicas abriéndose era el despertador de muchas de las personas que vivían en el centro.

Se dio una ducha rápida, se peinó, y se vistió. No tenía ropa de recambio, así que la noche anterior había lavado las prendas que había podido en el lavabo de la habitación y las había secado.

Bajó por las escaleras sin hacer ruido. La chica de la recepción dormitaba. Ya había pagado, así que se marchó sin despertarla, y se acercó a una cafetería cercana. El desayuno siempre le había causado repulsión, pero conocía su cuerpo, y tenía que obligarse a comer si no quería que su estómago empezase a gruñir en medio de la evaluación psicológica. Le aterraba pensar que estaba a escasos minutos de enfrentarse a eso.

Pidió un té verde y una tostada con mermelada de frambuesa, y tragó los alimentos casi sin respirar. Tenía que estar allí antes de las nueve y media según el mensaje que le había dejado la noche anterior Esperanza.

Se dirigió a la parada del bus mientras en sus auriculares sonaba *Sometimes*, de No Doubt. Estaba nerviosa.

En apenas diez minutos, se encontraba allí. El edificio era grande. Parecía un bloque de pisos normal a primera vista, pero el letrero lo delataba: «Centro Médico». La fachada, de mármol oscuro, estaba recubierta por unos extraños bloques de hierro. Ariel observó la puerta, y dudó unos instantes antes de entrar. Cuando lo hizo, ante ella se encontró un enorme alboroto. A pesar de ser primera hora de la mañana, una enorme cola de señores mayores ya esperaba para ser atendidos por su médico de cabecera. Las enfermeras iban de aquí para allá, un par de doctores charlaban mientras se ponían la bata...

Buscó con la mirada hasta que encontró un mostrador en el que, sorprendentemente, no había casi nadie. Se acercó y le preguntó a una chica joven por la consulta de psiquiatría. Esta le pidió su tarjeta, y le indicó que estaba en el segundo piso. Subió las escaleras. Miró los letreros de las puertas hasta que encontró el que buscaba: «DRA. MARINA SÁENZ. PSIQUIATRÍA».

Se sentó en las sillas que había de espaldas a la puerta. A su derecha estaba la consulta de fisioterapia, y a la izquierda, de logopedia.

Al principio, todo era paz, pero poco a poco, aquello empezó a llenarse de niños gritones. Ariel se compadeció de la logopeda. Estuvo allí sentada poco más de media hora. En ese lapso de tiempo pudo observar la mecánica de aquel lugar. Era casi igual de estresante que una comisaría.

Una chica muy joven pasó por delante de ella. Era fisioterapeuta. Miró a Ariel y le dedicó una sonrisa. Era muy guapa. Ariel se ruborizó. Un par de segundos más tarde, la puerta de la consulta de psiquiatría se abrió, y de ella salió una mujer con un chico adolescente. Desde dentro se escuchó una voz:

—¿Ariel Bloom?

Ariel se levantó y entró en la consulta. Sentía un calor horrible y empezó a sudar, notando como el pelo se le pegaba a la frente.

La sala, de color azul, estaba llena de carteles sobre salud mental. Había un póster de Mafalda, que vestía una bata de médico, y una estantería repleta de libros. Tras una mesa, poblada de papeles, bolígrafos, calendarios y un ordenador de torre, se sentaba una mujer con el pelo rizado de un color negro intenso. Su cara era afable, pero expresaba cansancio. Se vislumbraban unas ojeras que había intentado disimular con algo de maquillaje, sobre las cuales descansaban unos ojos tremendamente expresivos. Llevaba un collar de perlas, a juego con sus pendientes, y los labios de un color rosa palo. Bajo su bata se distinguía un jersey color esmeralda, y sobre ella, un clip sujetaba un lazo plateado.

Escribía algo en un bloc de notas. Ariel se había quedado de pie sin saber si avanzar hasta las sillas.

—Pasa, pasa, por favor —dijo sin mirarla. Su voz era algo ronca, pero conservaba resquicios de haber sido dulce en algún momento. Ariel se sentó, y esperó a que la mujer acabase de escribir. Cuando lo hizo, por fin la miró—. Perdona, pero es que llevamos unos días con un montón de trabajo. —Sonrió

—. Ariel, ¿verdad? Te manda Esperanza para que hagamos la evaluación psicológica.

—Sí... —Jugueteó con sus dedos.

—Bien, pues vamos a empezar si te parece. ¿Me hablas un poco de ti?

—¿De mí? —repitió extrañada.

—Sí, vamos a relajar un poquito el ambiente. Esto no es nada doloroso, ni malo. Simplemente voy a evaluar si estas en condiciones de volver a trabajar, o si necesitas un poco de tiempo más, ¿vale?, así que, sin presión, y sin miedo. —Sonrió, y Ariel también lo hizo—. Si quieres, empieza contándome algo de ti... como tus aficiones, por ejemplo.

Ariel se acarició las manos y comenzó a hablar.

***

10.00 a.m.

—Me voy al bar.

—Son las diez, Sandro. Has entrado hace menos de cinco minutos —le espetó Benigna. El hombre la miró con furia.

—Joder.

—Ni joder, ni nada. ¿Tienes algo sobre lo de la chica desaparecida?

—Nada, pero vamos, que lleva dos días, no entiendo el pollo que está montando la madre. Seguro que aparece en algún pueblo de por aquí. Ya sabes como son los chicos a esa edad.

—¿Cómo son? —preguntó fulminándole.

—Pues... borrachones, joder.

—Me voy a ahorrar contestarte. Tenemos un par de horas antes de que esto pase a la nacional, así que mueve el culo, interroga a la amiga, o haz algo, pero no te quiero ver aquí sentado comiendo, joder.

—Vale, vale... zorra —murmuró.

***

10.28 a.m.

Ariel estaba exhausta. Había pasado más de una hora respondiendo preguntas, realizando diferentes pruebas, y hablando del caso del Palmar, su familia... y de

Zoe y Alejandro. La psiquiatra escribía en varias hojas de papel. Había sido muy amable durante todo el proceso.

—Bueno Ariel, creo que ya lo tenemos.

—¿Ya?

—Sí. Estarás cansada, ¿no?

—Un poco. —Ambas sonrieron.

—Bueno, tengo que comentarte algo. Ayer hablé con Esperanza y me puso al tanto sobre tu historial, y sobre todo lo que habíais tratado durante las sesiones. Me ha contado que poco a poco había visto una ligera mejoría, y creo que es palpable. —Ariel abrió los ojos incrédula. Marina continuó hablando—. Es evidente que queda mucho camino por recorrer. Has tenido cuadros de ansiedad durante los últimos meses, pesadillas recurrentes, y pensamientos que te han impedido tener un ritmo normal de vida, pero que, según tu relato, cada vez son menos habituales, y se basan sobre todo en el duelo por la muerte de un amigo, cosa completamente comprensible, y por la pérdida de un amor, igual de comprensible.

—Pero entonces...

—Entonces, te digo. La evaluación cognitiva es favorable, y, mi opinión profesional es que deberías volver al trabajo. No he visto nada que deba impedirte retomar la actividad laboral... es más, creo que debe ser positivo. No es sano que te martirices ni que te quedes en casa. Necesitas actividades que te ayuden a superar el duelo.

—Pero...

—Esperanza me dijo que cuando empezó a trabajar contigo no te importaba tu físico, tu forma de vestir... y sin embargo hoy estás aquí maquillada, bien conjuntada... Te parecerá una tontería, pero no lo es. Estas pequeñas cosas son indicadores de mejoría. Además, has sido clara conmigo en todo momento, y es obvio que sabes perfectamente cuáles son las cosas que te afectan. Ahora hay que seguir trabajando para conseguir salir de ahí, poco a poco, pero estás en el buen camino.

—Entonces me está diciendo...

—Que te voy a firmar el alta. —Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Ariel. No se sentía nada segura. La psiquiatra comenzó a teclear, y estuvo así unos minutos—. Bueno, con esto te acercas a la comisaría para notificarles, y en cuanto ellos te avisen, ya sabes. —Le alcanzó un papel que salía de la impresora, y le dedicó una sonrisa.

Ariel salió del edificio como un fantasma. Casi se podía ver a través de ella. Se planteó qué hacer durante unos minutos. Sólo quería correr. Tenía miedo. Mucho miedo.

Finalmente se dirigió a la comisaría de la policía nacional.

***

23.25 p.m.

Ya no quedaba casi nadie en la calle. Los bares retiraban sus terrazas, la poca gente que rondaba aún por la acera volvía a sus cálidos hogares...

Desde un banco observaba. El paseo del Espolón lucía trémulo bajo la amarillenta luz de las farolas. El edificio poco a poco se iba quedando sin luz. Lo tenía calculado, pero necesitaba asegurarse. Un minuto después, a las once y veintiséis, un hombre mayor, cuya cabeza la poblaba un peluquín negro que no conjuntaba con su bigote blanco, salía por la puerta mientras se ponía el abrigo encima del uniforme.

El hombre sacó un paquete de tabaco de la gabardina, y se llevó a los labios una faria. El resplandor del mechero iluminó su rostro, y la llama se reflejó en los cristales de sus gafas, dibujándole unos demoníacos ojos por unos instantes. Disfrutó del humo, con el que se recreaba, y observó el cielo. Sacó su móvil y miró WhatsApp. Probablemente tendría uno o dos mensajes, o quizá ninguno, pero ya se había convertido en un hábito. Un par de minutos después, cerró la puerta con llave y se dispuso a marchar.

La figura se levantó del banco. El hombre venía en su dirección. Sabía que le iba a doler, pero tenía que hacerlo. Chocó contra él. El hombre se asustó, y le pidió disculpas. Para entonces su mano ya estaba dentro del bolsillo de la gabardina. Le hizo un gesto con la mano, y siguió hacia delante. El hombre miró desconcertado, pero al poco siguió su camino.

Una vez le hubo perdido de vista, la figura se apoyó en una pared, y se dolió. El choque había sido fuerte para su magullado cuerpo, pero había merecido la pena. Apretó fuertemente su mano derecha, y a través de la tela de sus guantes sintió el tacto metálico. Esas llaves ahora eran suyas.

31 de octubre

Ariel se despertó en el sofá. Se había quedado dormida viendo *Halloween III*. También se sabía los diálogos de memoria. A su lado, un bol de palomitas medio vacío, y una lata de cerveza. Eran las ocho de la mañana. Demasiado pronto. Desbloqueó su móvil: cero notificaciones.

Se desperezó como pudo, intentando no hacer ruido para no molestar a Budy, que dormía acurrucado en el otro sofá del salón.

En la cocina, se preparó un zumo de pomelo, y se apoyó en la encimera. Pudo ver su reflejo en el cristal de la batidora. Se intentó peinar. Había una nota pegada: «Pon la lavadora. Te quiero, mamá».

Lo hizo. Puso la televisión. No había nada, en absoluto. Cambió de canal un rato mientras bebía el zumo, que ya se le había quedado caliente. En el canal provincial hablaban de la desaparición de una chica. Miró sin prestar mucha atención, pues aún no se había espabilado, y apagó la tele.

No sabía qué hacer, así que pensó en ir a correr. Hacía meses que no lo hacía, y necesitaba recuperar algo de forma, y más si iba a volver al cuerpo. Se puso un pantalón corto y una camiseta de la selección italiana en la que se podía leer «Pirlo, 21». Estiró unos instantes en la calle, y se puso a correr. El frío del último día de octubre terminó de despertarla, y le gustó la sensación.

Subió el volumen de sus auriculares. WAS gritaban que *It's all about the music*. Corrió. Pasó por el parque del Barriles, por el Sol de las Moreras, por su antiguo instituto... y paró en unas eras a respirar. Eran las ocho y media. Unas nubes se teñían de morado mientras tapaban el sol. Observó unos instantes, y sonrió.

Su móvil interrumpió la calma. No conocía el número. Descolgó.

—¿Hola?

—Hola. Ariel... ¿Blun?

—Bloom. Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Ah, hola. Soy el comisario Amaro Rodríguez. Ya hemos tramitado todo el tema del alta. ¿Se podría acercar hoy a la comisaría?

—¿Hoy?, ¿a qué hora?

—Pues como a las diez si le va bien.

Ahora sí que tenía que correr.

***

09.53 a.m.

Se había duchado y metido en el coche sin apenas desayunar. Tenía que llegar a Burgos lo antes posible, y, encima, dar buena impresión. Había apretujado en una mochila ropa interior, un par de conjuntos, y muchos calcetines.

Estaba tan nerviosa que había conducido todo el camino en silencio, agarrando rígidamente el volante con las dos manos como si se aferrase a una tabla en medio del océano.

Entró en la ciudad, sin ni siquiera pararse a pensar en que era la primera vez que cogía el coche desde la baja. Esquivó a varios coches que entraron sin mirar en la rotonda de la plaza del Rey, y tocó el claxon. Avanzó en dirección a la comisaría de policía. Un semáforo le indicó mediante su luz roja que debía parar. Lo hizo, y observó: al fondo de la calle se levantaba el edificio que había evitado pisar los últimos meses. No era bonito, la verdad. Tras unos muros grises, se alzaban unas paredes difíciles de describir: tres plantas de grandes ventanas, rodeadas de placas de hierro —que el óxido había ido comiendo poco a poco— y cemento. En la esquina del complejo, justo encima de la entrada, destacaba una especie de torre de forma truncada.

Conocía el lugar. Después de la academia, había hecho unos pocos meses de prácticas allí, hasta que se marchó a Aranda a la espera de plaza, y la llamaron para acudir a Utrera.

Aparcó el vehículo en las inmediaciones. Giró la llave, y cuando el motor dejó de hacer ruido, se apoyó en el reposa cabezas, cerró los ojos, e intentó respirar por la nariz, expulsando el aire por la boca, para bajar así sus pulsaciones. Estaba temblando, y el corazón se le iba a salir del pecho. Conocía muy bien esa sensación. Buscó el tacto de la manilla de la puerta con su mano izquierda, y se aferró a él antes de accionarlo. Sintió el aire frío en la cara. Apoyó ambos pies en el suelo, y avanzó hacia la puerta.

Había que subir una pequeña escalinata, y pasar un control rutinario. Se identificó en la secretaría, donde un hombre que no se dignó a mirarla a la cara le indicó que la esperaban en una sala del piso superior y le entregó un pase.

El interior de la comisaría era como cualquier otro, quizá algo más moderno. Había un montón de ajetreo, dado que nada más entrar se encontraba la sala donde la gente acudía a renovar sus DNI o pasaportes.

Ariel subió las escaleras observándolo todo a su alrededor. Varios agentes charlaban tranquilamente y la miraban como si fuese una extraña. Era la única que no iba de uniforme. Se había vestido con una camisa de finas rayas amarillas y blancas, bajo la que ocultaba una camiseta básica. El conjunto lo completaban sus *jeans* ceñidos, por supuesto. Estaba guapa. Hasta se había maquillado, y puesto —quizá— demasiado perfume.

Llegó a un pasillo. Observó la distribución de las puertas. La de su izquierda estaba abierta, y varias mujeres trabajaban en unos ordenadores. Todo estaba lleno de puertas. Al fondo del mismo vislumbró una sala de conferencias.

Caminó con cautela, hasta que encontró la placa que buscaba: «Comisario A. Rodríguez». Se leía perfectamente. Se retocó el pelo, y golpeó suavemente con los nudillos. Dos toques. Tres siempre le habían parecido demasiados. Abrió con timidez.

La sala era vacua, casi no había nada en ella. Un par de estanterías llenas de archivadores, un armario que parecía más una consigna, una mesa con un ordenador, una carpeta perfectamente situada en el centro, un bote con un lápiz y un bolígrafo, y una placa donde se leía el mismo nombre que en la puerta. Tras ella, sentado, un señor mayor, vestido con el uniforme del cuerpo.

Su pelo era muy canoso, prácticamente blanco como la nieve. Sus cejas, del mismo color, y bajo ellas, unos ojos claros, casi transparentes. Era curioso que su bigote estropease la simetría del conjunto, siendo este de un gris ceniza. Observaba la carpeta fijamente.

Tras él, una ventana cuyas vistas daban a la carretera y al centro comercial cercano. Era grande. Mirando a través de ella, de espaldas, había una chica joven, vestida de calle, con una camiseta blanca holgada que realzaba su figura, y unos *jeans* azules. Su larga melena anaranjada le caía por la espalda, y formaba un curioso río de color en medio de la claridad de su ropa. Parecía que no se habían dado cuenta de que estaba allí, así que Ariel decidió hablar.

—Hola... soy Ariel Bloom.

El hombre alzó la mirada y sonrió, dejando a la vista una dentadura perfecta bajo su fino bigote. La mujer se dio la vuelta. Tenía más o menos la misma edad que Ariel. Su tez era pálida, y sobre ella destacaba el color rosado de sus mejillas. Su nariz era simétricamente perfecta, y bajo ella se situaba una boca rodeada por unos labios finos, pero a su vez carnosos, a juego con sus mejillas. Ariel la miró a los ojos. Eran de un verde penetrante, y sobre ellos destacaban

unas cejas color café con una curiosa forma que otorgaba más belleza aún a esa cara.

—¡Ah, hola!, ¡buenos días! —Era el hombre el que hablaba. Se levantó del asiento—. Perdona, que estaba justo leyendo tu expediente. Soy el comisario Amaro Rodríguez, tanto gusto. —Le tendió la mano, y Ariel se la estrechó. Era algo áspera—. Esta es la agente Verónica...

—Gaztelua.

Fue ella la que completó la frase, acercándose hacia dónde estaba Ariel, y tendiéndole la mano. La suya era suave. Sus facciones eran casi perfectas. Sus profundos y alegres ojos verdes la observaban bajo aquellas espesas cejas que, seguía pensando, dotaban a su cara de un toque característico y bello. Sus finos labios rosados formaron una sonrisa, y el blanco de sus dientes casi la cegó.

—Encantada.

—Siente, siéntese por favor —indicó Amaro. Ariel obedeció—. Bien, bien, vamos a ver... —Abrió la carpeta y pasó las páginas con algo de apuro—. Ya te digo, justo estaba mirando tu expediente... Licenciada con honores de la academia... La nota más alta en las oposiciones del año pasado... —Ariel se removió incómoda en el asiento. No le gustaba que hablasen de sus logros. Verónica la observaba, y lo notó, emitiendo una silenciosa risa—. Luego esta lo de tu primer caso... el Palmar de Troya... vaya suerte, ¿eh? —dijo irónicamente—, toda España pendiente de vosotros. Y lo resolviste, y además diste con una red de tráfico de drogas y destapaste toda una trama de corruptela. Aunque claro... no sé cómo tocar este punto sin que suene escabroso... Ese caso acabó con la vida de un comisario.

—Giancarlo Coruggio acabó con su vida. La vida de Alejandro Manjón —respondió Ariel con sequedad.

—Desde luego, fue un suceso terrible... Tras aquello solicitaste voluntariamente la baja laboral para lidiar con una... —«Que no lo diga», pensó Ariel— depresión. —Lo dijo. La palabra mágica. Esta asintió—. Bueno, han pasado meses, has estado en tratamiento, y veo que los informes psicológicos son favorables. Es más, la evaluación psiquiátrica recomienda una reincorporación al trabajo casi inmediata.

—Bueno, yo diría más bien progresiva... No sé si estoy preparada para afrontar un caso como aquel.

—Ya sé que tu especialidad son los homicidios, pero aquí no tenemos demasiado jaleo, así que no creo que tengas problema. —Ariel asintió—.

Bueno, yo creo que los temas de burocracia me los vais a dejar a mí, total, con el visto bueno de la psiquiatra, por esta parte sería más que suficiente. Lo que sí necesito es que vosotras os vayáis al gimnasio.

—¿Cómo? —preguntó confundida.

—Claro, a hacer las pruebas físicas.

Ariel se desmayó en su interior. No había pensado en eso, y llevaba meses alimentándose a base de nachos, guacamole, palomitas y cerveza. Y encima esa mañana había ido a correr y ni siquiera había estirado después. Perfecto.

—¿Hoy?, o sea, ¿ya?

—Sí, sí. Además, vas con Verónica que tiene que pasarlas también.

—¿Por?

—Yo estoy de prácticas —respondió sonriendo—. Acabo de entrar en el cuerpo.

—Literalmente —añadió Amaro—. Hoy es su primer día en la comisaría, y aunque pasó las pruebas en los exámenes, nosotros hacemos aquí una «segunda evaluación». —Esto último lo dijo entrecomillando la expresión con los dedos, un gesto que Ariel detestaba, aunque ese hombre pareciese agradable.

Un par de minutos más tarde, salían del despacho camino al gimnasio. Ariel estaba un poco incómoda, y no quería forzar una conversación con Verónica. No le hizo falta hacerlo.

—¿Te puedo confesar algo?

—Mmm... si no es muy fuerte sí.

—Soy un poco fan tuya. —Verónica se llevó las manos a la boca mientras hablaba, como si le diese vergüenza reconocerlo. Ariel se ruborizó.

—¿Fan mía?, pero ¡si yo no he hecho nada en la vida! —respondió riendo.

—Cuando pasó todo lo del Palmar, yo estaba aún en la academia, y leía todo sobre el caso. Como te involucraste en él... Para mí eras como, ¡guau!, un modelo a seguir. Una chica súper joven, recién llegada al cuerpo... dejando calladitos a muchos machotes...

—De esos hay muchos en la academia, ¿verdad?

—Demasiados...

—Yo no lo pasé muy bien en la academia —comentó Ariel con seriedad—. Siempre sentía las miradas de algunos... Cómo me juzgaban... Cómo se reían al principio en las pruebas físicas... Y ellos no eran casi capaces de formar una frase coherente.

—Qué me vas a contar...

—Pero mira, aquí estamos nosotras, y muchos de ellos se han quedado atrás. —Verónica sonrío.

—¿Te afectó mucho el caso del Palmar?

—Siento sonar algo brusca... pero no me apetece hablar mucho de eso...

—¡Oh!, ¡lo siento mucho! —Verónica volvió a llevarse las manos a la boca, avergonzada.

—No, tranquila... —comentó con suavidad—. Mira, ya estamos aquí.

Ante ellas, una sala, no demasiado grande, pero sí lo suficiente, repleta de material deportivo. Las paredes estaban llenas de espalderas, había dos canastas en cada extremo del lugar, y varias máquinas de gimnasio.

Una puerta abierta dejaba entrever un almacén en el que una mujer ordenaba material. Al percatarse de la presencia de las dos chicas salió a recibirlas. Vestía un chándal con su identificativo, y llevaba su media melena rizada recogida en un moño. Comentó que se llamaba Julia, y, al parecer, ya estaba al tanto de todo.

—Os he preparado la ropa, la tenéis en las consignas.

Sacó unas pequeñas llaves plateadas de uno de sus bolsillos y se las entregó. Ariel asintió y Verónica y ella se dirigieron a los vestuarios. En la etiqueta que colgaba de la llave podía leerse «13A», así que fue directa a esa taquilla. Al abrirla, vio que estaba prácticamente vacía. En el fondo de la misma yacían un pantalón de chándal corto y una camiseta con el escudo de la policía. Ariel comenzó a desvestirse ante la mirada de Verónica, que se dio la vuelta ruborizada. Se sentía fea, así que se puso la camiseta rápidamente, al igual que el pantalón.

Verónica tardó algo más en ponerse el chándal, y estuvo un rato retocándose la coleta que se acababa de hacer para que estuviese perfecta.

Al cabo de diez minutos, ambas salían del vestuario, para comprobar que Julia ya lo tenía preparado todo.

Había construido un circuito ayudada de conos, banderines y vallas. Les pidió que fuesen calentando. Ariel trabajó en sus articulaciones, y se fijó en Verónica, que estiraba al lado de una espaldera. Su flexibilidad era increíble.

Unos instantes después, Julia les indicó que iban a comenzar. Colgó de su cuello un silbato y se lo llevó a los labios. Verónica sería la primera en hacer el circuito. Se puso en posición, y cuando el silbato sonó, comenzó a correr. Era ágil, y estaba en forma. Esquivó perfectamente todos los conos, y pasó por

debajo de la primera vaya sin ni tan siquiera rozarla. Al cabo de nueve segundos había terminado, y ni se había despeinado.

Ariel abrió la boca en señal de admiración. Era una marca increíble, y muy difícil de superar. Felicitó a Verónica, que le dedicó una sonrisa, y se colocó en la línea de salida. Cogió aire y cerró los ojos. Cuando escuchó el sonido del silbato se lanzó a correr como loca. Durante unos instantes sintió que no tenía el control sobre su cuerpo. Sin duda, los meses de sofá y nachos habían hecho mella en ella y, además, tenía agujetas por la carrera de la mañana. Esquivó los conos sin problema, y pasó por debajo de la valla sin rozarla, casi milagrosamente. En la segunda repetición casi chocó con la valla al saltar, pero no lo hizo, y completó el circuito sin ninguna pega.

—Un poquito más lenta —dijo Julia mirando el cronometro—. 10,7 segundos... —Verónica le dedicó una cálida sonrisa, y Ariel se sintió algo mejor —. Bueno, vamos al segundo ejercicio. Acercaos a las barras esas de ahí, por favor.

Obedecieron. Aquella mujer imponía.

Unas barras colgaban de la pared. Ya sabían cómo iba aquello, pero Julia lo explicó por si acaso. Debían aguantar el máximo tiempo posible colgando de ellas, ayudadas solo de sus brazos, y con la cabeza por encima de la barra. Ariel odiaba ese ejercicio.

Esta vez lo harían las dos a la vez, así que se colocaron, y el silbato volvió a sonar con su estridente chiflido. Intentó concentrarse en ella, y no pensar en nada. No había reparado hasta ese momento en que un enorme reloj colgaba de la pared de enfrente. No pudo evitar fijarse en sus manillas, cuyo sonido se amplificó en el silenció de aquella sala, reverberando por todos los rincones y taladrando sus oídos. Cada segundo era como una hora. Sabía que tenía que aguantar por lo menos un minuto para aprobar, así que en su interior intentó pensar en alguna canción para que el tiempo se le hiciese más llevadero. No se le ocurría ninguna. Empezaba a sentir dolor en sus brazos, y las palmas de las manos comenzaban a sudar, haciendo difícil la adherencia a la barra. Intentó poner la mente en blanco. Había leído en algún libro que esa era la mejor manera de superar momentos de dolor, pero siempre que lo había intentado había fracasado. Era demasiado nerviosa e impaciente. Cerró los ojos y pensó en las nubes, el mar, un río... y un montón de bobadas. De pronto, su cabeza empezó a llenarse de vívidos recuerdos. Vio su primer beso con Zoe, su primera noche juntas, a las dos abrazadas... y sintió su aroma. El corazón le

latía demasiado rápido, y podía sentir la sangre bombeando en su cabeza. Se quedó sin fuerzas, y cayó al suelo. Aunque estaba de pie, era como si se acabase de despertar. Le llevó unos instantes reaccionar, y cuando lo hizo, vio como Julia anotaba algo en una libreta.

Verónica seguía colgada, con los ojos cerrados, y sin una mueca de dolor en la cara. La observó con admiración. Su resistencia era increíble, y su forma física más aún.

Poco después Julia volvió a hacer sonar el silbato.

—Has hecho el tiempo máximo. Ya puedes bajar. —Verónica descendió y sacudió los brazos—. Ariel, sesenta y seis segundos. Verónica cien. Enhorabuena. Vamos a la última prueba.

Ariel se sentía furiosa consigo misma. No estaba consiguiendo ninguna buena marca, y se sentía horrible por no haber hecho ningún tipo de ejercicio durante los últimos meses.

La última prueba consistía en comprobar la resistencia aeróbica. Para ello, ambas debían recorrer un kilómetro en el menor tiempo posible. La velocidad era su especialidad, y era muy competitiva en este aspecto. No podía fallar.

Ambas se colocaron en posición de salida, y el silbato volvió a sonar por última vez. Ariel dejó atrás enseguida a Verónica, y en menos de tres minutos ya había llegado a la meta. Verónica tardó algo más, y cuando llegó y recuperó el aliento, miró impresionada a Ariel.

—Ariel, dos minutos con cuarenta y cinco segundos. Récord en esta comisaría. Verónica, cuatro minutos con ocho segundos. Si me dais un minuto os digo los resultados. —Ambas asintieron y se miraron, algo nerviosas, mientras la mujer realizaba un par de cálculos en la libreta—. Bien, ya sabéis que para superar esto necesitabais como mínimo un total de quince puntos. Verónica, tú has obtenido veinte puntos, y Ariel, tu veinticuatro. Enhorabuena a ambas. Podéis ir a cambiaros.

Después de darle las gracias, marcharon hacia el vestuario.

—Vaya resistencia —comentó Ariel—, yo no aguantó en la barra nada, tía.

—¿Y tú velocidad?

—Lo único que se me da bien.

Se sonrieron. Verónica sacó una toalla de su taquilla y se cubrió con ella para desnudarse.

—Me voy a ir duchando. ¿Quieres que tomemos algo ahora?

—Eh... sí, claro. —Le tembló un poco la voz—. Me espero a que acabes de ducharte y me doy yo una ducha rápida.

—¡Vale!

Ariel se quedó sentada en el banco, pensativa. Cogió el móvil de su taquilla, y se metió en Instagram. Pulsó sobre la historia que había subido por la mañana. Era una foto del amanecer con la canción de WAS que había escuchado haciendo ejercicio. Deslizó para ver cuánta gente la había visto, y de pronto lo vio. El usuario de Zoe aparecía en los espectadores, junto a su icono. Una extraña sensación se apoderó de su corazón, como si una mano lo oprimiese.

Pulsó sobre la fotografía de Zoe, y vio que la había desbloqueado. Apagó el móvil, y se frotó los ojos con las manos. No habló. No lo hizo ni cuando Verónica salió de la ducha, ni cuando subieron por las escaleras a ver a Amaro. Sólo se limitó a responder educadamente a la conversación que la chica intentaba forzar.

Cuando llegaron al despacho, el policía estaba tecleando algo en el ordenador y las invitó a sentarse.

—Acabo en un minuto, ¿eh? Llevamos un mesecito... entre lo del gamberro que pintó la catedral y ahora lo de la chica esta...

—¿Qué chica? —preguntó Verónica.

—Una chica de veinte años... Desapareció hace pocos días por Llanas, y los de la local nos están pasando todo lo que han investigado, que es más bien poco.

—Oh.

—Bueno, acabo ya. —Dejó de teclear y las miró—. Ya he visto los resultados. Enhorabuena. Ya está formalizado todo el papeleo, así que sólo necesito que firmes un par de historias y estaría listo, Ariel. Te lo he preparado aquí. —Le tendió una carpeta. Ariel estaba absorta, y rubricó todo sin leer—. Perfecto pues. Creo que esto es tuyo. —Le tendió la placa. Ariel la observó un rato. Su color dorado emitía algún destello cada vez que la luz incidía sobre ella —. Ya te conoces esto de sobra —continúo Amaro—, así que creo que no te tengo que decir nada. Vas a estar a cargo de Verónica mientras ella esté de prácticas.

—Sí, ya lo había imaginado. Pero no sé si soy la persona idónea... Me acabo de reincorporar y...

—Con tu historial, inspectora —le cortó Amaro— lo eres. —Le guiñó el ojo, y Verónica sonrió—. Hay que recoger un par de paquetes de informes del tema este de la chica. ¿Os podéis acercar vosotras?

—Claro. ¿Cómo se llama?

—Sara. Sara Castillo. —Les ofreció un cartel. Ariel lo examinó. La foto de la chica, sonriente, joven, mirándola directamente, la impresionó.

—¿Lleva cinco días desaparecida?

—Sí, nadie denunció la desaparición hasta el lunes. La compañera de piso dice que se marchó cuando estaban de fiesta, y que pensó que se había ido a su ciudad. Habían discutido o algo así. No se le ocurrió llamar a los padres hasta el lunes.

—Joder...

—El lunes los de la local reciben el aviso, y la madre empieza a empapelarlo todo con estos carteles. Y los de la local nos lo cuentan hoy. En fin...

—Bueno. Vamos para allá a ver qué nos dicen ellos.

—De acuerdo. Antes de salir pide en la oficina que te den el pase y la identificación. Que no se te olvide.

—De acuerdo.

Cruzaron la puerta. En menos de 24 horas había pasado de estar tumbada en el sofá de su casa viendo películas de Dario Argento a estar ocupándose de un caso otra vez, y no sabía si eso le gustaba.

***

12.34 p.m.

—¡Me las han robado!, ¡se lo estoy diciendo, carajo!

—Tranquilícese.

—Me están tratando de imbécil.

El hombre del peluquín y del bigote movía histéricamente las manos ante la pasiva mirada de Sandro. Benigna intentaba que el hombre se relajase.

—Caballero, estamos aquí para ayudarle.

—Este señor... ¡me está intentando decir que soy bobo! —dijo refiriéndose a Sandro.

—Sandro, ¿puedes ir al coche un momento? —Benigna le fulminó con la mirada. Él también a ella. Pero se lo tomó bien. En el coche sólo tenía que estar sentado—. ¿Me puede contar otra vez la cronología de sucesos?

—A ver, yo, yo salí de trabajar como siempre, sobre las once y media. —Le temblaba la voz—. Me fumé un cigarrito en la puerta, que aunque me ha dicho el médico que no debo, pues es de las pocas cosas que me hacen feliz al cabo del día. Me paso la vida aquí, rodeado de adolescentes que… que… que se ríen de mí y se meten con mi… mi… mi p-p... ¡pelo! —Benigna intentó no mirarle el peluquín—. Pues como le digo, yo estaba fumando y digo, no tenía prisa para ir a c-c... casa, así q-q... que dije, me voy a dar un p-p... paseo. Ahí entonces de la nada salió una cosa extraña, como un demonio. Me choq... qué con él, y le p-p... pedí perdón. —Su tartamudez se acentuaba según avanzaba el relato—. Y ya c-c... claro, después de tamaño suceso digo, marcho a c-c... c... asa, por q-q... que no vaya a ser que tenga mal fario hoy. Y hoy al llegar aquí he v... visto q-q... que no tenía las llaves.

—¿Creé que se las pudo quitar esa persona?

—No lo c-c... creo... lo sé. Eso no era una p-p...persona.

—¿Y que era?

—Un d... demonio, carajo.

***

12.55 p.m.

El cuartel de la local no quedaba demasiado lejos de las dependencias de la nacional. Era un vetusto edificio alargado, situado en la avenida Cantabria, al lado de la carretera.

Se habían acercado en el coche patrulla, un Toyota Prius, cuyas llaves le habían entregado a Ariel al salir, junto con su identificación, su arma y su placa. El trayecto había sido silencioso. Ella pensaba en Zoe, y Verónica jugueteaba con sus manos. Aparcaron entre dos furgones de la local, y se apearon del vehículo.

Cuatro banderas ondeaban colgadas de sus respectivos mástiles en la fachada: la de Burgos, la de Castilla y León, la de España, y la europea. Estaban ya algo raídas debido al paso de los años y a la incidencia del sol.

La comisaría no era bonita. Prácticamente parecía un bloque de hormigón con ventanas. Era como si la hubiesen trasladado ya montada en una grúa y la hubiesen colocado allí.

Subieron juntas las escaleras. Ariel se sentía aún ajena en ese lugar. No estaba cómoda.

Los coches pasaban a una enorme velocidad, y su chasis emitía un estridente sonido al cortar el viento, frío, casi helado.

El interior estaba iluminado por neones amarillentos. Un par de policías charlaban alrededor de una máquina de café con sus humeantes tazas en la mano. No se podía decir que hubiese un ambiente muy ajetreado.

Buscaron la secretaría, y vieron a una mujer con el pelo morado hablando por teléfono dentro de esa especie de cubículo de cristal. Le preguntaron por los agentes a cargo del caso de Sara Castillo, y tras responder con evasivas, tecleó en un ordenador viejo, cuya carcasa había pasado de ser blanca a ser grisácea.

—Ese caso lo lleva la inspectora, Benigna Blanco. —Se dignó a responder por fin—. Pero ha salido ahora. Un tema de un robo.

—¿No hay más agentes para esas menudencias? —dijo Ariel, visiblemente molesta.

—Escasez de personal, señorita. —La mujer del pelo morado habló con una voz parecida a la de una hurraca—. Pueden sentarse ahí a esperar si quieren. —Señaló unas sillas con su dedo rechoncho, dónde algunas personas aguardaban su turno para realizar diversos trámites.

—¿Sales a fumar? —preguntó Verónica.

—Oh, yo no fumo...

—¿No?

—No, para nada. Nunca lo he hecho.

—Pero, ¿me acompañas?

—Vale.

En la calle ahora soplaba más el viento. Verónica buscó refugio entre la pared y la puerta para prenderse el cigarrillo. Se lo llevó a la boca sujetándolo entre el índice y el corazón e inhaló el humo cerrando los ojos. Su melena naranja ondeaba, y el humo, de alguna manera, dotaba a su figura de algún tipo de misticismo.

—Ya sé que es un vicio de mierda, pero... no tengo fuerza de voluntad. —Ariel le sonrió—. Empecé a fumar por gustarle a un chaval, y al final... puta mierda. —Volvió a inhalar.

—¿De dónde eres?

—¿De dónde crees?

—Por tu apellido diría que de Euskadi, ¿no? —Verónica sonrió y le hizo un gesto de aprobación con los dedos.

—Oso ondo. De Laguardia. ¿Te gusta el vino?

—Me encanta.

—Pues no lo vas a probar mejor.

—Bueno, eh... no sé si sabes que yo soy de Aranda de...

Un coche de la local paró justo delante de ellas. A través de sus ventanillas podía verse a dos personas visiblemente alteradas. Una mujer rubia gritaba y gesticulaba, mientras que un hombre gordo y peludo hacía aspavientos con los brazos. Se quedaron mirando un rato, hasta que la puerta del copiloto se abrió, y el gordo salió del vehículo sudando. El uniforme le quedaba justo, y no imponía ningún respeto.

— ¡Nos llaman para hacernos perder el tiempo, joder! —vociferó al pasar al lado de Ariel y Verónica.

—¿Qué coño...?

La mujer que continuaba dentro del coche había cerrado los ojos y respiraba intentando calmarse. Ayudada de una goma que llevaba en la muñeca se hizo una coleta que tensó toda su frente, y por fin salió.

—¿Todo bien? —preguntó Verónica mientras apagaba el cigarrillo.

—Sí, sí, tranquila... ¿Necesitabais algo?, que veo que sois de la nacional. —Su voz era firme.

—Estamos esperando a la inspectora, por el caso de Sara Castillo.

—La tienes delante. Benigna Blanco, encantada. —Estrechó la mano de ambas—. ¿Lleváis mucho aquí?

—Nada, un par de minutos —respondió Ariel mientras analizaba la cara de esa mujer. Las bolsas bajo sus ojos que esta había tratado de disimular con maquillaje delataban que llevaba un par de días durmiendo mal, aun así, sus movimientos rebosaban energía. La coleta estiraba su piel hacia atrás, liberándola de cualquier arruga.

—Perdonad, de verdad. Hemos tenido un aviso de un robo y hemos tenido que salir.

—¿Aparcan el caso de la desaparición por un robo? —se atrevió a decir Verónica. Benigna la atravesó con la mirada.

—Recortes de personal.

—Habrá sido algo grande, imagino —continuo Verónica.

—Unas llaves. —Ariel y ella enmudecieron—. Pero han aparecido en el paseo del Espolón. Las ha encontrado una señora. Si me acompañáis dentro os pongo al corriente.

Se adentró en el edificio y Ariel y Verónica la siguieron.

—Dejan de buscar a una chica por unas llaves. Yo estoy alucinando, tía. Luego se quejan de la mala fama.

—Pues acabamos de empezar —corroboró Ariel.

Benigna les condujo a un pequeño despacho repleto de cajas, cuyo mobiliario se basaba en una mesa de metal y tres sillas. Tomaron asiento mientras esta les ofrecía un café, que ambas rechazaron. Apoyó la taza sobre la pulida superficie plateada. En ella se podía leer «*best mum in the world*» escrito a mano, y con corazones rojos dibujados. Ariel asumió que tenía una hija pequeña. La mujer agarró con una mano una caja que estaba en el suelo. La levantó como si fuese una pluma, por lo que, o la caja no pesaba demasiado, o las horas de gimnasio estaban dando resultado, y se la ofreció a Ariel.

—Este es el sumario del caso. Como veis no tenemos mucho.

Ariel levantó las solapas de cartón. Sólo había una carpeta, y en su interior, una copia de la denuncia y la declaración de los padres.

—¿Mucho?, no tenéis nada —comentó Verónica. Benigna apretó sus labios, que se tornaron morados.

—¿Sólo la declaración de los padres? —dijo calmadamente Ariel. La inspectora asintió—. Tengo entendido que la noche de la fiesta estaba con unas amigas.

—Así es.

—¿Y no se les ha interrogado?

—No ha habido tiempo.

—¿Se ha trazado por lo menos un recorrido hasta el lugar de la desaparición?, ¿buscado posibles testigos?, ¿hablado con los camareros de los locales de la zona?

—Eh, eh, eh. Calma.

Era una voz leñosa, grasienta. Parecía mentira que nadie se hubiese dado cuenta de que esa mole de carne y huesos hubiese entrado en la habitación. Sandro las observaba desde la altura. Eran guapas, muy guapas. Habría pensado algún comentario lascivo para intentar coquetear, pero era demasiado vago para eso, así que, como siempre que veía a una mujer atractiva, se conformaba con mirarles el escote o las nalgas. Aquí no había posibilidad de eso.

—¿Quién es usted?

—Sandro Benavente. Yo soy el que ha estado a cargo de este caso hasta ahora.

—Gran trabajo. —La voz de Verónica sonó más sarcástica que nunca—. Imagino que estar a cargo significa que estabas aquí cuando vinieron a poner la denuncia.

—Exacto.

—Y no le preocupó lo más mínimo que una chica hubiese desaparecido, ¿no?

—Oye... —Se rascó el mentón, y un poco de caspa se perdió entre los pelos de su brazo—. ¿Cuántos años tienes?

—¿Perdona?

—Pareces joven. Quizá acabas de llegar al cuerpo, recién salida de la academia y te crees que esto es una película.

—Sandro, por favor. —Intentó cortarle Benigna. Verónica observaba con una expresión que mezclaba perfectamente el asco y la sorpresa.

—No, no. Déjame, esto le viene bien a esta pelirroja. Que alguien le explique cómo funciona una investigación.

—Sandro.

—Esta ciudad está llena de estudiantes. Salen, se emborrachan, se pierden, y vuelven a casa. ¿Qué pretendes, qué paremos el mundo cada vez que una chavala no vuelve? —Verónica estaba a punto de estallar, pero no fue ella quien lo hizo.

—¡Cómo se atreve a dar lecciones a nadie con este informe! —Ariel se levantó de la silla agitando los papeles en la cara del hombre—. Las primeras horas de una investigación son primordiales, y más cuando hablamos de un perfil de riesgo, como el de una chica joven. ¿Sabe acaso cuántos casos de desapariciones hay?, ¿sabe cuánto hijo de puta hay suelto en la calle? No, no tiene ni puta idea, porque claro, usted es un hombre. Usted sale del bar a la hora a la que le da la gana, y va a su casa sin miedo, pero nosotras no. No tiene ni idea de lo que es asustarse al cruzarse con un hombre de noche, aguantar los comentarios, las insinuaciones, tener que fingir hablar por teléfono para sentirse protegida, o tener que buscar cobijo en cualquier amiga.

»Y por culpa de gente como usted no se confía en los cuerpos de policía de este país, y no me extraña. Desaparece una mujer y usted no es capaz de informar, ni de entrevistar a la última persona que la vio... no es capaz ni tan siquiera de intentar buscar algo, cualquier cosa, porque supongo que no ha

puesto ni un pie en el lugar de la desaparición. —Sandro estaba mudo. Ariel formó una mueca de desagrado con los labios—. Joder, bravo. Y tiene usted la poca decencia de darle lecciones a mi compañera, sólo porque es mujer, y usted, desde su puta posición de hombre, se cree en el derecho de hacerlo. Si no tiene nada que aportar, lárguese de aquí, porque nosotras estamos trabajando.

Ariel se sentó y cogió aire. Verónica la observaba boquiabierta. Benigna sonrió. Tenía agallas, y eso le gustaba. Sandro intentó decir algo, pero un gesto de su inspectora le hizo abandonar cualquier esperanza, y salió del despacho.

—Supongo que no necesitáis que os diga por qué discutíamos en el coche. —Ambas la compadecieron con la mirada—. Bueno... siento no poder ayudaros más con esto. La investigación ha estado mal enfocada desde el principio. Ni tan siquiera se me informó de la denuncia hasta horas después de la visita de los padres... y su declaración no nos sirve de mucho, sólo para hacernos una idea de cómo es la personalidad de la chica.

—¿Y cómo es?

—Introvertida, familiar, disciplinaria... —Ariel anotaba en un pequeño bloc todo—. Ahora el caso es vuestro, pero cualquier cosa, lo que sea que necesitéis, podéis contar con… —Pensó si decir nosotros o dejarlo en singular. Se decidió por lo segundo— …migo. —Volvieron a estrecharse las manos, y salieron de la sala. Benigna se volvió a apretar la coleta, acabó de beberse el café, y caminó hacia el puesto de información—. Candi —que así se llamaba la mujer del pelo morado—, ¿dónde está Sandro?

—Acaba de salir.

Chasqueó la lengua y se llevó la mano a la boca en un gesto fácilmente reconocible. Benigna puso los ojos en blanco. Ya sabía dónde encontrarle. El Bar Danubio estaba justo enfrente de la comisaría. Un bareto que poco tenía de parecido con el majestuoso río. Estaba sucio, desgastado, y su clientela coqueteaba con el limbo entre la vida y la muerte. Sandro estaba en la barra, bebiéndose un «Segoviano», así lo llamaba él. Así demostraba una vez más su ranciedad.

—No me lo puedo creer. ¡NO ME LO PUEDO CREER!

El vaso se le cayó al suelo del susto, estallando en mil pedazos, y mojando la pegajosa alfombra de residuos en la cual se pegaban los pies de cualquiera que se osase a pisarla.

—Inspectora...

—¡EN HORARIO DE TRABAJO, SANDRO!

El camarero ni se inmutó ante el griterío, y siguió frotando un vaso absorto en la televisión, que parecía monocromática por la roña, como si se tratase del encargado del bar del Overlook.

—Es agua.

—Se ha acabado. Te he pasado muchas, pero no puedo más. Nos has hecho quedar como unos incompetentes delante de la nacional. Mancha tu reputación, si es que te queda algo de ella, todo lo que te dé la gana, pero a mí no me toques. Estas suspendido de empleo y sueldo hasta nueva orden, y voy a abrirte un expediente disciplinario. Ya estoy harta. ¡Harta!

Un nudo se formó en su garganta. No fue capaz ni de insultarla mientras esta cruzaba la puerta del local.

***

13.43 p.m.

Ariel conducía por la avenida de los Reyes Católicos buscando un sitio para aparcar. Verónica la miraba.

—Joder Ariel.

—¿Qué?

—No, nada... joder...

—¿Qué pasa?

—Que... ¡Joder, ha sido la hostia, tía!, ¡le has dejado mudo!

—No aguanto a la gente así... tratándonos como estúpidas... No soporto que me digan cómo tengo que hacer mi trabajo... Ya he soportado a muchos tíos como él.

—¿En Utrera? —Verónica parecía ansiosa por hablar del caso del Palmar.

—En todas partes.

Encontró un hueco, y metió el coche en él, entre medias de una moto y un utilitario. Reyes Católicos era una de las zonas más anchas de Burgos. A ambos lados del río Arlanzón, todo había sido urbanizable. Edificios de pisos se levantaban uno tras otro, compitiendo por ver cuál era el más grande, y el más feo.

No había acudido allí por gusto. Un par de breves búsquedas les habían indicado que el piso de Sara se erguía en el 34 de aquella calle.

Habían aparcado frente al 32. Bajaron del coche, y echaron un rápido vistazo, intentando ubicar el número que buscaban. Verónica comentó que tenían que cruzar la calle. No había ningún paso de cebra cercano, así que esperaron a que los pocos coches que avanzaban por el asfalto las dejasen atrás para poder alcanzar la otra acera.

Atravesaron un pequeño puente, bajo el cual una mujer paseaba a su pomeranian, y observaron las edificaciones de esa parte de la avenida. Un letrero amarillo colocado de forma vertical anunciaba la presencia de un hotel. El numero 34 era el edificio contiguo. El portal era moderno en contraposición a la estructura del lugar. Las paredes estaban lacadas, y eran de un mármol negro. A través de la cristalera se podían ver dos ascensores y unas escaleras. Observaron el portero automático: once plantas, cuatro viviendas por escalera. El 7ºA era el que buscaban. La pegatina amarillenta estaba casi despegada. Ariel pulsó el botón, y unos pocos segundos después una voz habló a través del interfono. Era como si las estuviese esperando.

—¿Sí? —Sonaba distorsionada.

—Hola, ¿Olga Martín?, somos de la policía.

Un chirriante zumbido precedió a la apertura. Entraron en el portal. Una mezcla de olores penetró por los orificios nasales de ambas. Alguien cocinaba un cocido, alguien freía unos filetes, alguien acababa de poner una lavadora...

En el ascensor se encontraron con una anciana, que al verlas uniformadas les recriminó que no hiciesen nada para acabar con los botellones. Verónica suspiró, y Ariel sonrió condescendientemente. Cuando alcanzaron el séptimo piso, no les hizo falta buscar la puerta. Olga ya esperaba allí.

Estaba en pijama. Llevaba unos pantalones de terciopelo grises, a conjunto con una camiseta en la que se dibujaban las huellas de un perro. Su pelo negro estaba recogido en un moño, y las ojeras que se posaban bajo sus ojos denotaban que llevaba días sin descansar. Esperaba cruzada de brazos, fumando un cigarro.

—Hola, ¿eres Olga?

—Sí...

—Estamos aquí por tu amiga Sara. ¿Podemos pasar?

—Sí, sí...

Entraron, y Olga cerró la puerta tras ellas. No había forma de disimular que aquello era un piso en el que vivían estudiantes. Un montón de cajas de Papa John's Pizza se acumulaban en una cómoda que estaba justo en la entrada,

esperando a que alguien se dignase a sacarlas, al igual que varias bolsas de basura, que estaban colmadas y colocadas en el suelo. Desde el recibidor se alcanzaba a ver la cocina, que estaba enfrente. Era alargada, y podían verse varias cazuelas y sartenes sucias que formaban una torre que desafiaba la ley de la gravedad encima de la pila. Olga les indicó que pasasen a través de una puerta que estaba a la izquierda. Esta tenía un boquete en el centro que dejaba ver el aglomerado de madera.

Las paredes del salón estabas empapeladas de una imitación de gotelé, y de ellas colgaban algunos cuadros, sin relación aparente entre sí. Una enorme cristalera daba salida a un balcón, y por ella entraba toda la luz que se podría necesitar para iluminar la estancia. Un rápido vistazo bastaba para ver que el propietario del piso no se había esmerado demasiado en tenerlo acondicionado para su alquiler. Los muebles eran viejos, reutilizados, y escasos: una mesa para comer rodeada de cuatro sillas anticuadas, y a su lado, un tendedero cargado de ropa que llevaba días seca; unas enormes estanterías con muchos cajones, y la televisión acomodada en medio. Sobre ella, un espacio cubierto por un cristal amarillo a través del cual se podían ver algunas tazas de café que llevarían años sin ser usadas; una mesita con una superficie de mármol suponía el centro del lugar; pegado a la pared, un sofá, y a los lados, dos sillones, cuyos brazos estaban recubiertos de cinta de carrocero para tapar sus jirones.

Ariel se acomodó en el más cercano a la puerta, y Verónica en el otro. Olga se sentó en el sofá, apuró lo poco que quedaba del cigarro, y lo apagó en un cenicero rosa. La ceniza desbordaba el mismo, y el olor a tabaco inundaba el lugar, pegándose en la ropa. Sobre la mesita había varios vasos de agua, bolsas de aperitivos empezadas, yogures a medio comer, una bolsa de tabaco de liar y un mechero.

—Perdonad el desorden —se excusó esta algo avergonzada—, somos tres compañeras, pero aquí solo recogemos Sara y yo, y bueno... —Su voz temblaba.

—Tranquila, aquí hemos sido estudiantes todas —le respondió Verónica sonriente.

—Olga, siento ser tan directa, pero...

—No, no... joder... —Se llevó las manos a la cara.

—¿Cuándo viste a Sara por última vez? —preguntó Ariel

—El sábado... salimos de fiesta...

—¿Solíais salir?

—No... Sara no... No le gusta, pero yo insistí... —Cogió un cigarrillo que tenía preparado y lo puso en sus labios. Intentó prenderlo varias veces, sus manos temblaban también.

—¿Y dónde estuvisteis?

—Pues cenamos unas pizzas aquí y estuvimos bebiendo... Luego nos fuimos todas juntas al Calabria...

—¿Me puedes decir con quién estabas?

—Con dos compañeras de clase... Susana y Lore...

—No quiero agobiarte a preguntas, pero si recuerdas sus apellidos nos puede venir muy bien... —Ariel hablaba con calma, y con una voz muy dulce, y eso parecía tranquilizar a Olga.

—Susana... García, y Lorena Martos. —Verónica anotó los nombres en una libreta, y apartó con el pie un envoltorio de magdalena que yacía en el suelo.

—¿Tú notaste algo fuera de lo común en ella esa noche?

—Bueno, no... No sé... —Se frotaba el brazo y observaba sus piernas, intentando evitar el contacto visual. El cigarro se consumía entre sus dedos poco a poco—. Ella quería irse a casa. No le gustaba salir, yo la convencí... Discutimos un poco. —Una lágrima se dibujó en su mejilla.

—¿Sobre qué?

—Me enfadé porque se quería ir... Era pronto, y yo lo estaba pasando bien... Le eché en cara que nunca estaba ahí... y era mentira. —Ahogó un llanto y se tapó la cara con las manos.

—Tranquila —le dijo Ariel—. Las primeras horas tras una desaparición son las más importantes. Es muy necesario que tracemos un mapa con los movimientos de Sara esa noche, que nos lleve al lugar en el que se pierde su pista. ¿Por dónde solíais volver a casa?

Olga dio una calada al cigarro, y se dio cuenta de que sólo quedaba el filtro. Se lio otro, temblorosa y aún con lágrimas en los ojos.

—Pues... volvíamos de Llanas... No lo sé... yo siempre vuelvo por plaza España... pero Sara siempre se da un paseo para escuchar música cuando va sola, así que no lo sé...

—¿Crees que esa noche pudo dar un paseo?

—No lo sé... Estaba muy agobiada dentro de la discoteca... Quizá quería llegar a casa cuanto antes, o quizá quería desconectar antes de dormir... No lo sé, de verdad... —Rompió a llorar.

—Olga... muchas gracias por hablar con nosotras. No te vamos a molestar más hoy.

—No... no me molestáis... Sólo quiero que vuelva...

Ariel sonrió con tristeza.

—¿Te importa si entro a su habitación?

Olga negó con la cabeza y se levantó para conducirlas hasta el dormitorio. Estaba tras una puerta que se situaba en el mismo salón. Al caminar, Ariel vio como un pequeño pasillo daba paso a las otras dos habitaciones y el cuarto de baño. Abrió la puerta.

—No he tocado nada...

Ariel asintió. La habitación presentaba un perfecto orden en contraposición con la casa. Un aroma floral las envolvió, y pudo imaginar que ese era el olor característico de Sara. La mesa estaba llena de libros, y la mochila estaba apoyada en una de sus patas. Las paredes blancas habían sido recubiertas de pósteres. Se fijó en ellos. Eran películas románticas. Había varias fotografías de sus amigas. Se acercó para poder verlas mejor. Sara sonreía abrazada a Olga. Debajo podía leerse «*forever*». Olga se había quedado apoyada en el quicio de la puerta, y tuvo que alejarse al ver la foto. Había otra imagen con sus padres, en la playa, felices.

De la lampara colgaba un atrapasueños con largas plumas grisáceas, y encima del escritorio, un cartel enmarcado con un dibujo de una noche estrellada. «*Always dream*». Los libros de la mesa eran los relacionados con el grado, pero también había varias novelas que parecían literatura adolescente, y tres velas rosas casi consumidas.

Salieron del cuarto, y se despidieron de Olga. Casi no hablaron en el camino hacia el coche.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Poner en marcha una investigación seria. Tenemos que ir a la comisaría para informar a Amaro y que prepare el operativo. Lo primordial es que sepamos cuál fue el recorrido exacto de Sara hasta su desaparición: a quién vio, con quién estuvo y, sobre todo, por dónde pasó. A partir de ahí nos podemos poner a trabajar con el material de las cámaras de seguridad de los locales. Si tenemos suerte, y no me equivoco mucho, no desapareció muy lejos del centro, así que podremos encontrar bastantes imágenes suyas.

—¡Guau! —exclamó Verónica.

—¿Qué pasa?

—Que llevas un par de horas en el cuerpo y ya estas a *full*.

Ariel sonrió avergonzada.

***

14.56 p.m.

Amaro había convocado una reunión de urgencia. La sala, compuesta de una alargada mesa color crema, rodeada por sillas grises, se fue llenando paulatinamente de gente.

Ariel llevaba un rato allí, preparando la documentación del caso. Aquel espacio era muy diferente al pequeño cuarto de Utrera. A través de las enormes cristaleras podías ver varios edificios y la carretera, una vista parecida a la del despacho de Amaro, pero situada en el extremo contrario del edificio.

El primero en entrar fue un chico joven, de aspecto desaliñado y gesto torcido. A través de unas gafas de pasta se entreveían unos ojos marrones rodeados de pecas. La comisura de sus labios no estaba bien dibujada, y unos pelos intentaban formar sin éxito una barba. Tras él, un hombre alto, musculoso, con la cabeza rapada. Sus brazos eran del tamaño de la cabeza de Ariel. A pesar de su imponente presencia, su cara tenía un gesto gracioso. Ariel pensó en Humpty Dumpty y esbozo una boba sonrisa.

Verónica entró con dos vasos y se sentó junto a Ariel.

—Te he traído un café. No sé cómo lo tomas así que lo he cogido solo. ¿Está bien?

—Oh, gracias, pero... —Se fijó en la cara de Verónica. Había tenido un detalle, no podía rechazárselo diciéndole que no tomaba café—. Gracias, así me encanta —mintió.

Un par de minutos después entraron por la puerta dos chicas. Una de ellas era alta, joven, con una tez perfecta. Sus ojos azules destacaban sobre el color oscuro de su piel. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta, y su ceñido uniforme ponía de manifiesto su buena salud física. A su lado, otra mujer, de más o menos cuarenta años. Media melena castaña, labios anaranjados, y cejas expresivas. Ambas se sentaron juntas. Por último, Amaro hizo acto de presencia.

—Hola a todos, buenas tardes. Vamos a ahorrarnos formalidades e ir al grano, porque el asunto lo exige, pero antes, os tengo que presentar a Ariel Bloom. Va a ser la inspectora a cargo del caso. —Un pequeño murmullo

precedió al silencio. Ariel sonrió tímidamente. Notó miradas amables, y miradas tensas—. Ariel, ella es Naia García. —La chica de los ojos azules sacudió la mano sonriente—. Y ella Marisa Simón. —La mujer de al lado le dedicó un gesto afable—. Ambas son de la científica. Ellos son Roberto Basurto —el hombre calvo expresó un sonoro «¡Hey!» señalándola con el dedo — y Andrés Gómez. —El chico pecoso no levantó la cabeza—. Ambos son agentes muy valorados en el cuerpo.

—Hola —su voz sonó entrecortada— a todos. Encantada de trabajar con vosotros.

—¿Puedes ponernos al día con todo lo relativo al caso, por favor? —pidió Amaro amablemente.

—Claro. —Ariel sacó de una carpeta un folio con una fotografía de Sara, y la clavó en una corchera que se encontraba frente a la mesa—. Ella es Sara Castillo, veinte años. No es natural de Burgos, sino de un pueblo cercano a Aranda de Duero, Anguix. Es estudiante de educación infantil. El pasado sábado 26 de octubre desapareció tras salir de fiesta con sus amigas. Olga Martín, Susana García y Lorena Martos —colocó las fotografías de las tres chicas debajo de la de Sara— habían salido por el centro, y fue vista por última vez alrededor de las cinco de la mañana en un local llamado Calabria. Hemos hablado con Olga... al parecer esa noche tuvieron una pequeña discusión, y Sara se marchó a casa algo afectada. Los primeros en hacerse cargo de la denuncia por desaparición fueron los de la local, y su trabajo no ha sido muy eficiente que digamos. No han buscado posibles testigos, no han trazado un recorrido, y no han pedido las imágenes de seguridad del local.

—¿La chica tiene pareja? —preguntó Amaro.

—No, y tampoco la ha tenido en el pasado. Creo que es de vital importancia que podamos reconstruir el camino que hizo hasta el momento de la desaparición. Podemos intentar basarnos en las cámaras de seguridad de los locales de la zona. Según la dirección que tome, podremos tener una idea bastante clara de dónde estuvo, y buscar más imágenes y testigos. También es importante que sepamos quién estaba en el local. Deberíamos acercarnos a pedir las imágenes de las cámaras de seguridad.

—Eso está hecho —dijo Basurto.

—Gracias. Y buscar fotografías en la página de Facebook de la discoteca, Instagram... Cualquier cosa que nos permita saber quién estuvo allí con ella y si alguien la siguió.

—Podemos hacerlo —dijo la chica de ojos azules—. Si hacemos una búsqueda rápida de perfiles es muy fácil situar a la gente que estuvo en el local.

—Perfecto, gracias. No hay mucha más información que os pueda aportar, pero creo que ya vamos retrasados en el caso, así que, por favor, tenemos que darnos prisa para intentar encontrarla cuanto antes. Cada minuto que pasa las posibilidades de que este viva se reducen, y, siento decirlo así de brusco, pero es la realidad.

—Gracias Ariel. —Amaro se levantó de la silla—. Basurto, Gómez, acercaos al Calabria para ver si conseguimos algo por las buenas con el tema de las cámaras de seguridad. Yo voy a ir solicitando una orden por si las moscas. García, Simón, redes sociales. Necesitamos tener algo antes de esta tarde. A trabajar señores.

***

19.32 p.m.

Le escocían los ojos. Estaban más rojos que nunca. A su alrededor se había formado una capa legañosa que se adhería a la piel como un crustáceo a una roca. Se intentó quitar alguna legaña, y se arrancó parte de su apostillado párpado. No salió sangre, pero el músculo se tornó rosado.

Habitualmente aprovechaba un par de horas de luz para dormir, pero tenía que ultimar todos los detalles. Todo iba bien.

En la bóveda del techo habían anidado un par de murciélagos. Quizá, si lograba cazar alguno, podría cenar algo distinto. La rata seguro que se sentiría aliviada.

Su obra se alzaba, casi completa, casi perfecta. Si en su interior hubiese hueco para los sentimientos, podría haberse emocionado.

Se acercó al tocadiscos. No se quitó los guantes, y dejó caer la aguja sobre un vinilo cuya superficie estaba desgastada por el uso. El *Introitus* del *Réquiem* de Mozart resonó en las cóncavas paredes.

Observó su arte. Aquel cuerpo que antes había estado vivo ahora albergaba más vida que nunca.

A sus pies yacían cientos de bocetos y varios libros de pintura surrealista.

Salió de la estancia. El pasillo se hacía más y más pequeño según disminuía la temperatura. En la sala contigua, junto a la antigua piedra que formaba un muro, una estantería soportaba el peso de varios frascos llenos de sustancias de

color bermellón. Un bidón estaba posado en el suelo. Lo tenía reservado para el momento exacto, pero tenía hambre. Cenaría y descansaría algo. Lo necesitaba.

Desenroscó la tapa con un delicado movimiento, y posó sus ajados labios sobre el plástico. Lo alzó, y pronto el espeso líquido comenzó a caer por su garganta. Manchó su barbilla y su cuello, y se relamió. Sus afilados dientes amarillentos se habían tornado marrones gracias a la mezcla. Sonrió, y emitió una risa muda, silenciosa, que se mezcló con el sonido de los violines. Era el momento.

Réquiem aeternam dona eis, Domine,

Et lux perpetua luceat eis.

***

20.12 p.m.

El ambiente en la comisaría se tornaba pesado y grisáceo. Un aura de cansancio caía sobre los componentes del equipo de investigación asignado al caso. Las dos chicas de la científica habían buscado en los perfiles de la discoteca, en los que se habían colgado las fotografías tomadas el sábado, y habían logrado identificar a varios testigos gracias a los perfiles de Instagram de los mismos. Eso suponía una cantidad de gente considerable a la que interrogar. Ariel y Verónica lo habían intentado ya con varios. Nadie había visto nada, nadie conocía a Sara.

Sobre las cinco de la tarde, Basurto y Gómez habían llegado a las dependencias policiales con una tarjeta SD que contenía las imágenes de las cámaras de seguridad del Calabria, y las del exterior del local de enfrente. Ariel las había analizado junto a Naia. Sara estaba en la discoteca, sola. Nadie había hablado con ella exceptuando sus amigas y un chico con una camiseta deportiva.

Poco después salía del local, sola de nuevo. Se ponía los auriculares, y comenzaba a caminar hacia su izquierda.

—¿No vivía en Reyes Católicos? —preguntó Naia

—Sí, ¿por qué lo dices?

—Porque ese camino que ha cogido es mucho más largo...

—La compañera de piso comentó que le gustaba caminar...

—Ya, pero no tiene sentido, ¿no?, quiero decir, si estaba agobiada dentro de la discoteca, lo lógico sería que se marchase rápido a casa.

—Bueno, quizá quería dar un paseo para despejarse. Yo lo hago mucho cuando algo me sobrepasa —sentenció Ariel—. ¿Qué tiendas hay por esa zona que puedan tener cámaras?

—Bastantes. Es una calle muy céntrica. Hay varias tiendas de ropa, un banco...

—Genial. Vamos a dibujar varios recorridos posibles en un mapa, e iremos por cada tienda que tenga cámaras exteriores. Lo del banco nos viene genial, hay muchas posibilidades por ahí.

—Vale, pero para hoy va a ser difícil encontrar nada... —Naia se llevó un bolígrafo a los labios.

—¿Si tú quisieses dar un paseo...?

—Joder, es muy subjetivo... Yo me iría por la calle Santander para mirar escaparates, pero a esas horas...

—Me sirve. Ese va a ser nuestro primer recorrido. Ponme un mapa del centro, por favor. —Naia tecleó a una velocidad impresionante. Pronto, ante ellas se mostraba un amasijo de calles y nombres. Lo imprimió, y Ariel dibujó una cruz sobre la discoteca—. Si pasó por aquí, junto a la estatua del toro, tendríamos una posible tirada de las cámaras del banco, o con mucha suerte, de la gasolinera. —Trazó una línea con un bolígrafo rojo, recorriendo toda la calle—. Vamos a pedir las imágenes del banco, y de todas las tiendas. Son grandes superficies, así que nos aseguramos que hay cámaras. ¿Para cuándo lo podemos tener?

—Para mañana, como muy pronto.

—Joder... yo no puedo estarme parada hasta mañana...

—Es una putada, pero... ya lo sabes.

Ariel le dio las gracias a Naia y salió del cuarto. Aún no había llamado a su madre, y aún no tenía dónde pasar la noche. Se acercó a una de las ventanas y observó cómo el sol se escondía tras unos edificios, dejando a su paso una luz anaranjada que anunciaba el final del día. Miró su reflejo. Su corta melena estaba perfecta por primera vez en meses, aunque ella se seguía viendo fea.

—¿Habéis avanzado algo con el tema de las cámaras?

Verónica se había acercado sigilosamente por detrás.

—Bueno... algo, pero hasta mañana no tendremos más imágenes, y me siento como una mierda.

—¿Por qué?

—Joder, porque hay una chica desaparecida, y no tenemos nada.

Se pasó una mano por la cara, apartándose de ella varios pelos. Verónica se acercó.

—Ariel, vamos a darlo todo para encontrarla. Hoy no podemos hacer más. Podríamos estar aquí toda la noche, pero con las pruebas que tenemos, no íbamos a llegar a ningún sitio. Necesitamos descansar.

—Sí... pero tengo una mala sensación...

—¿Quieres ir a tomar algo?

—Eh... —Ariel se quedó sobresaltada por el repentino cambio de tema, sin saber muy bien que responder —. No sé si puedo, tengo que ir hasta Aranda...

—¿Ahora?, ¿a qué?

—A dormir, supongo.

—¡¿Qué dices?!, ¿No vives aquí?

—No... y todo esto me ha cogido así, de sorpresa...

—Te puedes quedar en mi casa hoy si quieres. Bueno, comparto piso con una chica, pero es muy maja... Si quieres pillamos algo de cenar y...

—No sé, Verónica. Me da mucha vergüenza, la verdad.

—Nada, está hecho. Vamos a tomar algo, y luego a descansar, así podemos hablar un poco.

Verónica era un torbellino, y Ariel se vio arrastrada dentro de el sin saber ni cómo ni cuándo.

***

20.56 p.m.

Vivía cerca de la comisaría, así que entraron en un bar cercano, al lado del centro comercial. Ariel pidió una cerveza, y Verónica un Martini seco.

La decoración del local era bastante curiosa. Todo estaba lleno de plantas y libros, y del techo colgaba una lampara de araña que casi hacía que la gente se agachase al pasar por debajo. A través de la ventana podían ver a algunos niños disfrazados celebrando la noche de Halloween.

Ariel dio un sorbo a su cerveza. No sabía muy bien cómo iniciar una conversación, y el móvil le quemaba en el bolsillo. Necesitaba ver si Zoe había subido algo. Necesitaba saber por qué ahora la había desbloqueado. Verónica empezó a hablar.

—¿Y cómo te dio por entrar en la policía?

—¿Eh? —Estaba despistada—. Pues... la verdad, no lo sé. Yo quería ser cantante de pequeña...

—¿En serio? —Sonrió.

—Sí... pero no lo sé... Supongo que pensé en un trabajo estable...

—¿Y te gusta?

—Bueno... no lo sé.

—Joder Ariel, que indecisa. —Rio y dio un trago a su Martini—. ¿Y no les da miedo a tus padres todo esto?, los míos están siempre acojonados.

—Mi madre... No tengo padre.

—Oh, perdona, no lo sabía. —Dio un sorbo de su copa refugiándose avergonzada tras ella.

—No, está bien. Supongo que sí tengo padre, pero nunca le he conocido, ni le he preguntado a mi madre. Está bien así. ¿Y tú?, ¿cómo llegaste aquí?

—Bueno, movidas de instituto... —Acarició su cabello intentando esquivar el tema—. Además, mi primer novio era de la Ertzaintza. —Rio—. Y ahí me pico el gusanillo. Siempre me ha gustado, no sé. En mi pueblo todos me decían que eso no era cosa para una niña pija como yo, así que aquí estoy, callando bocas. —Volvió a beber.

—Me alegra. En la academia mucha gente me trató así, y en Utrera...

—Tuvo que ser muy duro...

—Sí... bueno, prefiero no hablar de ello.

—No pasa nada. Yo leí bastante del caso, y para mi eres como... guau... —Hizo u gesto con las manos simulando una explosión que hizo que Ariel se sonrojara.

—Te lo agradezco... pero...

—Perdona...

—No es nada... Me dejé bastante allí.

En los altavoces que se escondían tras la barra, la guitarra de Tim Buckley arañaba los primeros acordes de *Song to the siren*.

Sin darse cuenta, se había terminado la cerveza. Verónica comentó que tenía sueño. Ariel asintió. Sabía que para ella sería otra noche en vela. Sacó el móvil, y buscó en WhatsApp a Zoe. «Te echo de menos». Lo borró antes de enviarlo.

¿Soñé que soñabas conmigo?

¿Estabas aquí cuando navegaba a toda vela?

Ahora mi necio bote yace apoyado,
roto y sin amor, contra tus rocas.

***

03.33 a.m.

Había tardado más de tres horas en tenerlo todo preparado. No era fácil transportar objetos por aquellas galerías tan estrechas. Los había cargado en la parte de atrás de la furgoneta. Estaba sucia y llena de barro. No solía conducir, no le gustaba.

Se aseguró de que no había nadie en la calle.

Llevaba puesto el atuendo que tenía reservado: una capa traslucida y roída lo envolvía, y cubría un jersey de lana, pantalones de pana, y unas botas negras. Su cara permanecía oculta tras una máscara que había fabricado con sus propias manos. Era tétrica. Su color blanco pálido se iba tornando oscuro a medida que bajaba de la frente a la boca. No tenía más rasgos que unos ojos hundidos, tristes, asustados, cuyo contorno había pintado de azul, y su iris de negro, y una pequeña nariz afilada. De las orejas, hechas de yeso, al igual que el resto de la máscara, colgaban unos grandes aros. Se ajustó los guantes, y arrancó la furgoneta.

Efectivamente, no había ni un alma en la calle. Había comenzado a llover y todo el mundo había buscado refugio dentro de los bares. La noche de Halloween era idónea.

Condujo tranquilamente, intentando no hacer ruido, e incluso respetó los semáforos y las señales.

En menos de cinco minutos había llegado al centro. El teatro estaba ya a su vista. Se dispuso a aparcar el coche cuando una luz azul penetró en el interior de la furgoneta. La figura estaba paralizada. Apagó el motor y se quedó a oscuras dentro del vehículo. Sólo podía ser la policía. Si la veían estaba perdida.

La luz se fue acentuando, le hacía daño en los ojos. Un ruido estruendoso la acompañaba. Se aferró al volante, tan fuerte que le dolían las manos.

Un camión de la basura dobló la esquina. Respiró. Las garras metálicas de este agarraron con firmeza un contenedor de vidrio. Parecía que no pesase nada. El sonido de las botellas resquebrajándose le hacía daño en los oídos. Las alarmas del camión también.

El camión colocó el contenedor en el suelo de nuevo, dio una vuelta alrededor de la rotonda del Cid, y se perdió por la calle de al lado. Volvió a encender el motor, y acercó la furgoneta hasta la puerta del teatro. Echó un rápido vistazo a la parte de atrás. Una camilla estaba cubierta con una tela blanca, y bajo ella se adivinaba una forma humana. A su lado, varios maletines de herramientas, y una mochila. Cerró los ojos. No iba a dejar que los nervios tomasen el control.

1 de noviembre - 07.55 a.m.

Ariel no había dormido casi nada. El piso de Verónica era muy pequeño. Lo compartía con una chica llamada Lola, que estaba preparando las oposiciones.

La habían acomodado en el sofá, y después de una cena en la que no comió casi nada por vergüenza, la habían dejado sola allí. El salón compartía espacio con la cocina, y el ruido del motor de la nevera la había mantenido despierta durante toda la noche. Se había quedado en el sofá porque no quería molestar a nadie, pero sabía que no iba a dormir.

Cuando por la ventana empezó a penetrar un pequeño halo de luz, se levantó, y se dirigió al cuarto de baño. Era tan estrecho que casi tenía que entrar de lado. Se sentó en el inodoro, y vació su vejiga. Ya le dolía de aguantarse. No era su casa, y no estaba a gusto, así que miraba el móvil para intentar relajarse. Buscó a Zoe en Instagram. Había subido una historia. Era un atardecer. Distinguió la iglesia de Utrera, dónde le había hecho una foto... dónde el estómago le había hecho cosquillas.

Había añadido una canción a la historia: *Believe*, de Mumford & Sons. La canción que sonaba la primera vez que estuvieron juntas. Ariel temblaba. Vio que, en una pequeña esquina, había escrito una frase: «*I hope you're ok*...». El corazón le latía demasiado deprisa. Bloqueó el móvil. Se quedó mirando los azulejos del baño, asustada. Era el cuarto tan pequeño que casi los podía rozar con la nariz. Se frotó la cara con las manos, y se acercó a la ducha. Necesitaba despejarse.

***

07.56 a.m.

Se había levantado a las seis, como siempre. Se había duchado, peinado el bigote, y ajustado el peluquín. Poco a poco, el bote de perfume de un litro que había comprado rebajado en el supermercado se iba acabando; tenía que plantearse adquirir otro.

Había puesto una cafetera a calentar. Su cocina aún era de butano, y el culo de la cafetera presentaba ya un color marrón oscuro debido al óxido y al fuego.

Había desayunado escuchando la radio. Un montón de pan dentro de un tazón de leche y luego una taza de café. Se había puesto el uniforme, y salía camino de su trabajo.

El incidente de las llaves del día anterior le había puesto en el punto de mira. Ya tenía una edad, y ese trabajo era lo único que le quedaba. Hacía frío en la calle. Saludó a la mujer del quiosco, y compró el periódico. Por la mañana no había mucho que hacer. Se cruzó con varias personas que se dirigían temprano al cementerio. Entonces cayó en la cuenta de que era el Día de Todos los Santos. No tenía que abrir ni la biblioteca ni el teatro.

Se quedó un rato pensativo, y decidió que, ya que se había vestido, no pasaba nada por dar un paseo y comprobar que todo estuviese bien.

Posó una faria sobre sus labios, y dio una larga calada. Tosió. Tenía que ir a mirarse esa tos.

El suelo de la calle estaba húmedo, y los huesos se le empapaban. Aceleró el paso, y pronto llegó hasta la puerta del teatro. Se apoyó en una de sus puertas azules y apuró la faria. Se palpó el bolsillo asegurándose de que hoy sí tenía la llave, y se dirigió a la puerta de personal.

Abrió, cerró. No había nadie dentro.

Se quitó el abrigo y lo posó en el perchero. Dejó el periódico sobre la mesa, y encendió la lámpara. No pudo. Accionó varias veces el interruptor. Nada. Se dirigió a la máquina de café, y vio que estaba apagada. Intento, sin éxito dar la luz del techo. Murmuró una palabra malsonante, y abrió un cajón de la mesa. Rebuscó entre unos papeles y sacó una linterna. Salió de la garita. Todo era oscuridad. Su oído ya no era lo que fue algún día, pero pudo distinguir una reverberación. Parecían cantos. Provenían de la sala principal del teatro. Notó que la tripa se le soltaba.

—¿Hola?, ¡¿Quién va?!

Fue su propio eco el que le contestó. Avanzó por el pasillo y abrió la puerta que conducía al salón rojo. Las cortinas estaban echadas, y no entraba nada de luz. Apuntó con la linterna. La poca luz que emitía no le alcanzaba para ver mucho. Pudo distinguir los sillones, cuyo color iba a juego con el nombre del salón, y los estucos de techo y paredes. Siguió avanzando. Quería llegar al vestíbulo del teatro. Casi se cayó al tropezar por un escalón.

La música retumbaba por las paredes. Los violines y el coro le hacían estremecerse. Si hubiese sabido algo de música clásica, habría podido adivinar

que la pieza que sonaba no era otra que el *Offertorium* del *Réquiem* de Fauré. No era ese el caso.

En el vestíbulo había menos luz todavía. Se sobresaltó al iluminar el cartel de una obra de títeres, en el que una cabeza de un guiñol sonreía arcaicamente. El sudor que le caía de la frente debilitaba el pegamento del peluquín, que por primera vez le molestaba. Buscó el cuadro eléctrico. Estaba completamente destrozado. Soltó otra maldición que a un beato no habría gustado en absoluto.

Decidió seguir la música. Cayó en la cuenta de que unos candelabros, con unas velas casi consumidas, invitaban a entrar a la sala principal. Se acercó, y corrió la cortina.

Una hilera de velas señalaba todo el camino entre las butacas hasta el escenario. La sala era enorme. Su techo, altísimo, y sus colores, rojo oscuro y dorado, lucían tenues bajo la luz de las velas. Un foco iluminaba desde el techo el centro del escenario. Había una persona. No la veía bien. Comprobó cómo un generador dotaba de energía el foco, y un par de altavoces conectados a un gramófono. Cuando la grabación se acababa, un pequeño hilo movía la aguja, y hacía que volviese a empezar.

Un olor muy extraño penetró por sus fosas nasales. No sabía distinguirlo, era como una mezcla entre barniz y amoníaco. Siguió avanzando entre las butacas. Se sentía observado por un millón de ojos invisibles que descansaban en los lujosos palcos. Desde abajo se sentía pequeño e indefenso.

—O... oiga... no se puede estar aquí... —Se atrevió a decir.

Poco a poco la vista se le aclaraba. Parecía una mujer. Estaba frente a él, con una mano sobre el pecho, y la otra flexionada, como si le estuviese hablando o invitando a acercarse. Sus piernas estaban juntas, y parecía que se preparase para bailar.

Subió los escalones que conducían al escenario al compás del órgano y de las fantasmales voces. Dejó caer la linterna, y comenzó a temblar. Notó como su estómago regurgitaba, y el contenido del desayuno viajaba desde él hacia su garganta, dejando un amargo sabor a su paso. Hizo un esfuerzo para no vomitar, y cayó al suelo mudo, aterrado.

Ante él se levantaba lo que en algún momento había sido una persona. Su cuerpo estaba seco, cosido, lleno de cicatrices. Una le atravesaba el vientre, y había sido remendada con hilo gordo y una precisión milimétrica, dando la sensación de que un ciempiés enorme estuviese posado sobre él. Otra subía

por su abdomen, y bifurcaba en sus pechos, que habían sido mutilados. Encima del derecho tenía varios puntos de sutura y cortes.

El cuerpo presentaba un aspecto de extrema delgadez, tanto que todas las venas se le marcaban, al igual que los huesos, y la barriga mostraba numerosas arrugas por causa de la misma. La piel tenía un color verdoso. La habían vestido como una grotesca bailarina de ballet, con unas bragas amarillas de las que salía una tela parecida a la de un tutú.

Miró su cara. Había sido despojada de cualquier rasgo humano. La boca estaba cosida con el mismo hilo, y parecía formar una H y una X. No tenía ojos, ni cuencas. Habían sido tapados con trozos de piel. A la cabeza le habían cosido una tela ajada, que se sujetaba con un gancho, y que se amoldaba a las incisuras que presentaba su cráneo. De la oreja izquierda le colgaba un pendiente en forma de aro. Observó cómo un montón de hilos transparentes eran los encargados de sujetar el cadáver, de que mantuviese esa postura tan natural. Estaba rodeado de velas.

Ahogó un grito. Intentó levantarse, pero resbaló, derramando alguna de las velas, y llenando sus zapatos de cera. Corrió. La música volvió a comenzar.

No se atrevió a mirar atrás. No quería correr el riesgo.

***

08.06 a.m.

—Madre mía, qué pronto te has despertado, ¿no?

—No me gusta mucho dormir...

Verónica salió de su habitación. Cualquiera diría que acababa de despertarse. Su melena naranja caía por sus hombros formando unas ondas que parecían de peluquería, y su cutis era tan perfecto que Ariel pensó que se había maquillado. Llevaba un camisón negro de raso que le encajaba como un guante. Ariel ya se había terminado de vestir, y estaba sentada sujetando el móvil entre las manos.

—¿Te apetece café?, tengo uno que me traen de Italia que es una maravilla.

—¿Tienes té?

—Mmm, creo que sí, déjame que lo mire. —Se agachó para abrir un cajón del armario que tenía delante. Ariel no pudo evitar mirar sus piernas, y apartó la vista rápidamente, avergonzada—. Lola tiene aquí unas bolsas de tomillo... ¿te vale?

—Me encanta.

Un rato después, sujetaba una humeante taza blanca con la burbujeante bolsita de la infusión flotando en el medio, mientras esperaba a que Verónica se duchase. Se acercó a la ventana. Se podía ver la comisaría. Se dio cuenta de que en la acera de abajo Amaro caminaba con un periódico bajo el brazo. Le observó hasta que entró en el edificio.

Volvió al sofá, y desbloqueó el teléfono para leer el periódico. Le gustaba ojear las noticias políticas, porque todos los días había alguna estupidez. Alguien de algún partido había llamado algo sin sentido a alguien de otro partido, los que robaban acusaban a otros de hacer eso mismo que ellos hacían... Un circo. Sintió la tentación de siempre, y buscó en Instagram a Zoe. No había subido nada. Bajó para ver sus fotos. Aún tenía colgada una imagen en blanco y negro de las manos de ambas. Permaneció ensimismada unos minutos, hasta que el móvil empezó a vibrar. No tenía guardado el número.

—¿Sí?

—¿Ariel?, soy el comisario Rodríguez. Os necesito ya.

—¿Hay algún avance?

—Tenemos un cuerpo. Id al Teatro Principal, y lo antes posible.

Su mano flaqueó brevemente, y derramó un poco del agua de la infusión en el suelo.

***

08.30 a.m.

La sirena les taladraba los oídos, pero era la única manera de ahorrarse las aglomeraciones propias de un día festivo.

Ariel se había puesto algo de colorete. En el espejo se había visto tan apagada como un cadáver y se había asustado. Su negra cabellera acentuaba la palidez de su rostro, que, a ojos de cualquiera, la dotaba de un enorme atractivo, pero a los suyos no. Todo el mundo la había considerado siempre una chica guapa, pero ella jamás se lo había creído.

Frenó en un semáforo para dejar pasar a todos los coches que venían por la izquierda. Observó a Verónica desde el retrovisor. Ella se había maquillado algo más. Llevaba un *gloss* muy sutil que embellecía sus finos labios, algo de sombra de ojos, y también un poco de colorete realzando así sus mejillas. Sin duda los más característico de su rostro eran las cejas, gruesas pero a su vez

sutiles, y de un color más oscuro que su pelo. Miró sus ojos, y se dio cuenta de que ambas los tenían muy parecidos, con un iris verdoso, y una profundidad en la que podrías perderte eternamente intentando descifrar. Llevaba su larga melena separada por una línea en medio. Naranja, oscura, como el plumaje de un fénix. Ariel llevaba tiempo planteándose el teñirse, pero siempre desechaba la idea al no convencerle ningún color. Verónica la miró, y Ariel apartó los ojos del retrovisor. El semáforo ya estaba en verde, así que aceleró.

La fachada del teatro estaba acordonada. Una multitud de gente esperaba tras el vallado que se había instalado. Vieron un furgón de la nacional, y varios coches de policía. Un agente les indicó que aparcasen en medio del paseo del espolón, y así lo hicieron. Bajaron del vehículo, y sus oídos casi se taponaron por el estruendo de voces que allí había. Un montón de gente que seguramente había salido para disfrutar de esa mañana libre se apretujaba intentando averiguar qué había pasado. Dos agentes de la local vigilaban que nadie entrase en el perímetro. Ariel reconoció a Benigna, y la saludó con la mano. Esta le devolvió el saludo con un gesto severo.

En la puerta del edificio estaba Amaro. Les hizo un gesto para que se acercasen.

—Buenos días.

—Comisario —saludó Ariel—. ¿Qué sabemos de momento?

—Poca cosa. Esta mañana uno de los vigilantes de seguridad se ha pasado por el edificio para dar una vuelta. Según el, no había luz porque alguien había reventado el cuadro de luces. Al parecer ha escuchado una música que venía del salón principal, y cuándo se ha asomado... joder. —Amaro expulsó una bocanada de aire por la boca. Los pelillos del bigote se movieron tímidamente y las gafas se le empañaron.

—¿Qué había? —preguntó Verónica.

—Un cadáver... pero... yo no he visto algo así en la vida... tan tétrico, tan enfermizo...

—¿Ha tocado alguien algo de la escena?

—No. Primero quiero que le echéis un vistazo. La forense ha pedido un par de fotografías. Te la voy a presentar ahora para que empecemos a trabajar cuanto antes. —A pesar del frío, la frente de Amaro estaba empapada de sudor.

—Comisario... ¿se encuentra bien? —le dijo Ariel muy educadamente.

—Sí... es solo que... joder... jamás me habría imaginado algo así. Quiero que entréis bien mentalizadas de lo que vais a ver... porque es... maldad, en estado puro.

Entró en el vestíbulo del edificio apartando las cortinas de terciopelo rojo. Ariel y Verónica le siguieron. Dentro, el ruido de *walkies*, sirenas y voces se fue desvaneciendo. El vestíbulo estaba lleno de policías y personal de seguridad del edificio.

—Ya han restablecido la electricidad.

—¿Algo en el cuadro?

—Nada. Naia y Marisa ya lo han comprobado.

—Joder...

Ariel observó cómo de las grandes lámparas de araña del techo emanaba una luz que atravesaba los flecos de cristales, creando unos breves destellos. Amaro sujetó delicadamente otra cortina que cubría la puerta que daba acceso al salón principal, y Ariel y Verónica entraron.

Los ojos se perdían en aquella sala, sin saber hacia dónde mirar primero.

Era la primera vez que Ariel entraba en esa zona, a pesar de haber visitado con frecuencia la biblioteca de la planta superior. El lugar era majestuoso. No era tan grande como esperaba, pero daba una extraña sensación de inmensidad. Las filas de butacas rojas dejaban a ambos lados sitio para los palcos, cuyas paredes estaban decoradas con motivos dorados. En el suelo, un montón de velas, ahora apagadas y derretidas, conducían al escenario. Caminaron hacia él, y poco a poco, distinguieron a Naia y Marisa, que tomaban fotografías de lo que, a primera vista, parecía un maniquí. Pronto se dieron cuenta de que no lo era. Verónica se llevó una mano a la boca, asustada, y Ariel sintió un ligero temblor en las piernas.

—¿Qué cojones es esto? —Fue lo primero que logro articular.

—Una salvajada.

Del techo y de las paredes salían unos hilos transparentes que sujetaban ese cuerpo sin vida, magullado, seco, vejado...

—Os lo he avisado.

Amaro intentaba no posar sus ojos demasiado en aquella escena. Verónica seguía sin aliento. Ariel logró recomponerse ligeramente para hablar.

—¿Sabemos algo? —preguntó con un hilo de voz.

—A primera vista, por la complexión, es una chica joven, de no más de treinta años.

Una gruesa mujer apareció por el pasillo. Rondaba los sesenta. Su pelo era gris, despeinado y corto, al igual que su estatura. Llevaba unas pequeñas gafas redondas que se posaban sobre su rechoncha nariz. Sus ojos eran algo pequeños, pero las lentes los agrandaban extrañamente. Su forma de vestir resultaba un tanto extraña: había combinado un pantalón de color rosa palo con unas manoletinas rojas. La parte de arriba iba cubierta por una camisa de franela embutida dentro de un chaleco beis cerrado. En los bajos se podían ver las arrugas de la ropa, que sobresalía. La panza luchaba contra la cremallera, y no estaba muy claro quién iba ganando.

—Soledad Campo. —Le extendió la mano.

—Encantada. Yo soy Ariel Bloom, y ella es Verónica Gaztelua, mi compañera. —Le apretó la mano. Era pequeña y rechoncha. Verónica se limitó a sonreír.

—Es la forense —aclaró Amaro.

—Por favor, Amaro, no subestimes la inteligencia de estas chicas, creo que estaba claro. —Rio con su nariz, emitiendo un sonido silencioso pero similar al gruñir de un cerdo—. Vaya, vaya, ¿habíais visto algo así alguna vez? Yo no. —Se puso unos guantes azules y se agachó para abrir un maletín.

—¿Qué le ha pasado en la piel? —preguntó Ariel.

—La han abierto, y posiblemente le han extraído los órganos, cuándo hagamos la autopsia te lo podré decir... —Su boca se quedó entreabierta mientras extendía el sonido de la erre—. ¡Ah!, y la han vaciado. —Naia realizó un par de disparos a la cara, que se iluminó con el *flash*.

—¿Vaciado?

—Que le han sacado la sangre, vaya. Este cuerpo está vacío. ¿No ves que no pesa nada? —lo dijo como si llegar a esa conclusión fuese lo normal.

—Está como... seca —pudo decir Verónica

—Parece que han iniciado un proceso de disecado, sí, y es un trabajo muy fino. Nada parece estar hecho por que sí.

—¿Fino?

—Así es. Esta persona tiene unos conocimientos básicos de taxidermia y cirugía.

—Pero estas heridas... están cosidas de una forma muy salvaje —apuntó Ariel.

—Podría decirse que sí, pero todas siguen el mismo patrón. ¿No os recuerda a algo este cadáver? —Soledad las miró con el ceño fruncido.

—¿A qué?

—No lo sé, os pregunto. A mí me recuerda a algo que he visto pero no te sé decir tampoco el qué. Al final del día una lee y ve tantas cosas que a estas edades ya es imposible quedarse con todo. A mí no me gusta estarme quieta. El día que me saquen con las patas por delante lo harán también con un libro entre las manos. —Volvió a emitir la risa acerdada mientras tomaba unas muestras con unas pinzas. Ariel no sabía si debía reírse por cortesía, así que sonrío.

—¿Quién la ha encontrado?

—Ven.

Amaro tenía ganas de salir de allí, y cuando lo hizo, exhaló aire.

—Es intensa, eh. Como la dejes hablar no te suelta. —Ariel le dedicó otra sonrisa.

—Parece simpática.

—Para pequeñas dosis. Es una mujer muy inteligente. Yo creo que salió de su madre leyendo y con las gafas puestas. —Verónica soltó una risa tímida al imaginar a un bebé rechoncho con la cara de esa mujer—. Pero es que...

Pronto llegaron hasta la garita. Dentro de ella, un hombre con la mirada perdida sostenía un vaso desechable con café. Un médico le tomaba la tensión, y otro intentaba, con poco éxito hablar con él.

—Manuel Varea, uno de los encargados de la seguridad. Se lo ha encontrado todo esta mañana.

Ariel se acercó.

—Hola Manuel, buenos días, soy la inspectora Ariel Bloom, del cuerpo nacional de policía. ¿Le importa si le hago unas preguntas muy breves?

—Suerte... —la espetó uno de los médicos. Manuel la miró a los ojos. Estaba temblando.

—Yo... no...

—Tranquilo.

—Yo... esta mañana... no había luz y... —Era incapaz de articular una frase coherente.

—¿Había alguna cerradura forzada?

—No... no... no sé cómo... pero esa música...

Ariel se acercó a Amaro, y le dieron la espalda a ese pobre hombre.

—No creo que nos pueda ayudar mucho —dijo ella.

—Ya... al fin y al cabo, él fue quien se encontró el percal, pero no ha visto nada.

—Quiero ver la escena del crimen con calma, si es posible.

—Sí, claro.

Volvieron al salón principal. Amaro indicó a todo el mundo que saliese durante unos instantes. Soledad apretó el morro, pero obedeció. Ariel le pidió a Verónica que se quedase. Se acercó al cadáver.

—Joder... —Observó la cara. La falta de rostro del cuerpo era terrorífica. Los labios cosidos, la tela...

—¿Qué clase de persona puede hacer algo así?

Ariel se arrodilló para poder ver de cerca los pies. Los habían cubierto con unos zapatos de ballet. Las piernas tenían un color verde más claro que el resto del cuerpo.

—Alguien que lleva tiempo preparándolo.

—¿Por qué ha hecho esto?, quiero decir...

—Te he entendido... y no lo sé, pero, lo que ha dicho la forense me ha dejado pensando... Hay algo en la puesta en escena que me resulta conocido, y no lo consigo adivinar... —Sus ojos recorrieron el torso desnudo de la víctima, lleno de heridas cosidas y arrugas formadas por la piel. Sintió un pinchazo en la barriga—. Es... teatral. El centro del escenario, la bailarina de ballet, la música... incluso las velas... Es como si fuese algún tipo de representación...

—Y nosotras somos las espectadoras.

***

09.47 a.m.

¿Qué hacían ahí dentro tanto tiempo? ¿Habían entendido su obra?, ¿la estaban analizando, quizás? Sintió un extraño cosquilleo en sus extremidades. No había querido estar en primera fila, no podía permitirse el lujo de llamar la atención. Además, el cansancio iba pasando factura. Esas eran sus pocas horas de sueño al día. Su sudadera negra estaba algo mohosa, pero le cubría bien. Esa mañana no hacía sol, el ambiente era algo lluvioso. Lo agradecía. La braga que llevaba puesta le cubría desde el cuello hasta los ojos, estando estos a su vez tapados por unas gafas de sol oscuras. La capucha de la sudadera, siempre puesta.

Delante, un montón de gente que se apretujaba intentando obtener la mejor vista. Era como un *déjà vu* de la catedral, pero esto iba a ser mucho más grande.

Tanto trabajo... tantas horas...

Una reportera y su cámara grababan imágenes para ser posteriormente emitidas. Una mujer bien entrada en los sesenta, vestida con una chaqueta Barbour negra bajo la cual se intuía lo que parecía ser un pijama, había aparcado el carrito de la compra, del que asomaban las cabezas de unos puerros, justo detrás de la valla. Se notaba que le gustaba ser el centro de atención, algo que, seguramente, no solía suceder en su casa. Comentó en voz alta: «¡¿Nos va a decir alguien algo?!», como si la responsabilidad de la policía fuese informar en primicia a toda esa gente de algo que, para nada, era de su incumbencia. Las treinta personas que más o menos estaban en primera fila murmuraron dándole la razón.

Llegaba más y más gente, formando una barrera humana bajo la cual la figura se sentía prisionera. El roce de los cuerpos le daba asco, y los empujones herían su delicada piel.

—Mantengan las distancias, por favor.

Era una policía rubia la que hablaba. La reconoció del día de la catedral.

—¡Queremos saber qué ha pasado! —le espetó la mujer del carrito.

—Estamos trabajando, señora.

Se estaba agobiando. No sabía cuánto más iba a aguantar. De pronto, unos médicos aparecieron por la puerta del teatro, escoltados por varios agentes, arrastrando una camilla sobre la cual, un saco de color dorado, envolvía un cuerpo. El murmullo se elevó hasta convertirse en griterío, acentuado por los aspavientos de aquella mujer, que movía las manos de una ridícula forma buscando llamar la atención de la cámara.

Se escuchó el sonido de varios *flashes* mientras los sanitarios depositaban la camilla en el interior de una ambulancia, a la que se subía una mujer rechoncha y con andares patosos, ocupando ella el asiento del copiloto. Pocos minutos después, el vehículo arrancaba, y partía escoltado por un coche patrulla. Del interior del edificio salían ahora cuatro mujeres y un hombre. Observó a una de ellas. Su pelo negro, sus delicadas facciones, su tono de piel tan pálido... Era ella: la mujer más preciosa que había visto jamás, y a la que tantas veces había dibujado desde la primera vez que la encontró con la mirada. ¿Era policía? A su derecha, una chica de cabello color fuego que le recordó a Simonetta Vespucci, la *Venus* de Botticelli, y a su izquierda, otra muchacha, cuya oscura piel era la contraposición a su blancura; eran como el *ying* y el *yang*. El corro habló durante unos segundos y se dispersó. Dos de las mujeres se subieron a

un furgón en el que previamente habían cargado varios maletines de color azul, y el hombre a un coche patrulla.

La figura se fijó en la policía rubia de la coleta. Le había hecho un gesto con la mano a la chica del pelo negro, y esta se había acercado.

Dudó. Quería quedarse, pero era peligroso. La chica se acercaba. Necesitaba verla de cerca.

***

09.55 a.m.

—Ariel, buenos días.

—Hola Benigna. —Estaba sorprendida de que la hubiese llamado.

—¿Todo bien?

—No te puedo decir mucho... pero...

—Ya. —Se llevo las manos a la cintura—. Oye, no sé si recuerdas el otro día, cuando vinisteis a la comisaría y yo tuve una discusión en el coche con Sandro...

—Como olvidarlo... —dijo Verónica

—Un rato antes habíamos estado atendiendo una denuncia por robo... unas llaves, ya os lo comenté...

—Sí.

Ariel observaba a la multitud que estaba tras la valla. Poco a poco se iban dispersando, pero había algo ahí que no era normal.

—Bien, pues las llaves que habían desaparecido eran las de uno de los encargados de seguridad del teatro. —Ariel miró a Benigna a los ojos.

—¿Manuel Varea?

—Exacto. Cuando fue a abrir por la mañana no encontró las llaves. Al parecer la noche antes, cuando salía de trabajar, se había chocado con una persona extraña... Nos dio una vaga descripción.

Ariel buscó con los ojos entre el público. Tenía una sensación extraña. Cada vez quedaba menos gente. Una señora enorme y que hablaba demasiado alto comentaba lo ocurrido, inventándose la mayor parte de ello, con otra mujer de estatura mucho menor. Ambas se dieron la vuelta. Detrás de ellas permanecía inmóvil alguien. No se distinguía si era hombre o mujer, pues llevaba una sudadera negra con la capucha puesta, gafas de sol y una braga que le tapaba media cara. Ariel lo miró. Ambos se miraron unos instantes.

—¿Qué descripción? —preguntó Verónica

—Dice que iba tapado completamente. No le pudo ver la cara. —Ariel volvió la vista hacia Verónica.

—Y las llaves aparecieron al día siguiente, si no me equivoco.

—Así es. Aparecieron tiradas en el paseo del Espolón. Pero, ¿no os parece extraño?

—Una persona se choca con el guardia de seguridad, las llaves desaparecen, pero vuelven a aparecer, y poco después, alguien entra en el teatro, sin forzar la puerta, y coloca... —No acabó la frase.

—Eso es.

—¿No os dijo algo más sobre la persona con la que se chocó?

—Bueno... nos dijo que era como... Te va a sonar extraño, como si no fuese una persona...

—¿Y qué era entonces? —preguntó Verónica con las cejas arqueadas.

—El demonio.

Ariel miró de nuevo detrás de la valla. Ya no quedaba nadie allí.

***

11.32 a.m.

—Me escuecen los ojos ya.

Naia, Ariel y Verónica llevaban ya un buen rato repasando las grabaciones de las cámaras de seguridad que habían conseguido Basurto y Gómez. Sara no estaba en ninguna de las imágenes correspondientes a los comercios adyacentes de Llanas.

—¿Probamos suerte con las del banco? —preguntó Naia.

—Sí, a ver si ahí tenemos más suerte.

Había hecho una copia en un disco duro externo que estaba conectado a la torre del ordenador. Cerró una pestaña e hizo clic en una carpeta, en la cual había distribuido las imágenes en varios apartados según el comercio al que correspondiesen.

«Banco». Clic.

Ante ellas, un archivo de video de ocho horas de duración y 4 GB de peso. Lo pusieron. La esquina superior derecha indicaba el día y el tiempo. Empezaba a las doce de la noche. El tiro de cámara permitía ver las personas que se paraban a sacar dinero del cajero y algo de la acera de la calle.

—Vamos a darle caña

Según lo decía, lo hacía, así que Naia aumentó la velocidad de reproducción. La una, las dos, las tres. Nada. La afluencia de gente disminuía. Un treintañero meaba frente a la cámara. Lo avanzaron más rápido. En un lapso de dos horas, nadie pasaba por delante. A las cinco de la mañana, la imagen de una chica las hizo reaccionar.

—¡Para! —gritaron Ariel y Verónica

—Ya, ya lo he visto. —Rebobinó.

De perfil, y con muy mala calidad, se apreciaba lo que parecía un vestido negro y una melena a juego.

—¿Crees que...?

—Puede ser —dijo Ariel—. Vamos a ver hacia dónde va. —La chica seguía andando recto—. Parece que va a cruzar. ¿Qué hay en frente?

—Una tienda de colchones —respondió Naia.

—¿Tenemos las imágenes?

—Creo que sí.

Así era. Las cámaras de la tienda de colchones habían captado perfectamente a la chica cruzando el paso de peatones.

—La ropa se corresponde con la que llevaba esa noche. Si pudiésemos ver la cara mejor...

—Esta es la calidad que nos da... tiene muy poca resolución. Vamos a ver si se acerca algo más.

La chica seguía caminando, y se ponía de perfil. El corazón de Ariel se agitó.

—Es ella. Es Sara. Necesitamos saber qué dirección toma. —Sara continuaba caminando hacia su derecha, la izquierda en el monitor—. ¿Qué tiendas tenemos allí?

—Mmm. —Naia se mordió el labio—. Un servicio técnico de móviles, una pastelería... una de ropa...

—Dime que había cámaras...

—Del exterior sólo en el servicio técnico... Pero al final de la calle esta la casa del Cordón. Ahí hay mogollón...

—Crucemos los dedos.

Efectivamente, Sara pasaba por delante de la tienda de móviles, y ahí se perdía su rastro. Naia buscó entre las carpetas del disco duro. Lo hizo varias veces ante la nerviosa mirada de Ariel y Verónica.

—¿Qué pasa?

—Que no hay nada de la casa del Cordón.

—¿Qué dices?

Naia se levantó de la silla, y salió al pasillo. Ariel la siguió, y Verónica, que no quiso quedarse rezagada, la imitó.

Frente a la máquina de café, Gómez apuraba un chocolate con leche mientras veía un vídeo en su móvil.

—¡Andrés!

El chico se asustó y dejo caer al suelo el móvil, que por fortuna no se rompió. El sol que penetraba a través de la ventana acentuaba las pecas de su cara, multiplicándolas por cien, y tiñendo de rubio su intento de barba.

—¿Qué cojones?, ¿tú crees que son formas?

—¿Por qué no hay imágenes de la casa del Cordón? —Naia hizo caso omiso a las quejas del chaval.

—Porque sólo nos pedisteis comercios —dijo el imitando su voz—. No es culpa mía que no os sepáis expresar, chicas.

Intentó aplastar el vaso desechable, pero la poca fuerza que emanaban sus escuálidos brazos sólo le permitieron arrugarlo un poco. Lo lanzó a la papelera.

—Creo que nos expresamos perfectamente. Necesitábamos todas las cámaras de seguridad de la calle. Ahora gracias a vosotros perdemos la pista de Sara allí.

—Gracias a nosotros no, gracias a que no sabéis hablar. Le dan la investigación a la primera que llega y pasan estas cosas...

Ariel apretó los labios, pero no quiso entrar al trapo.

—A lo mejor ya han borrado las imágenes. Si no las solicita nadie es lo que suelen hacer, ¡joder!

—Chica, ahora voy, hostias. —Se dio la vuelta, y murmuró algo en voz baja —: Puta negra de los cojones.

Naia estalló.

—¡Dímelo a la puta cara, mierdas! —Andrés giró asustado la cabeza, y se metió en un ascensor—. Lo tiene todo el hijo de puta.

—Pero ¿este tío es imbécil? —preguntó Verónica.

—Aún no habéis visto nada. Un puto enchufado, niño de papa, machista, racista asqueroso... Su padre tiene un cargo tocho, y aquí está el niñito, sin hacer nada... Si no de qué va a entrar este mierdas aquí. Todo el puto día con

lo mismo. Estoy harta. —Se acercó a la máquina e introdujo una moneda de 50 céntimos en la ranura. Esta la ingirió—. Necesito un café para seguir siendo persona. ¿Queréis algo?

Ambas negaron con la cabeza. Naia tecleó en la máquina, y al cabo de unos segundos, esta escupió las vueltas y el café al mismo tiempo. Ariel aprovechó la pausa. Sacó el móvil de su bolsillo y volvió a buscar a Zoe en Instagram. No había subido nada. Notó que Verónica intentaba ver que hacía, así que escondió de nuevo el teléfono en su bolsillo y volvió junto a ellas.

***

11.36 a.m.

Por fin había llegado. El amasijo de pasadizos y piedras se le había tornado interminable. Movió la losa y se dejó caer. Quedó unos instantes en el suelo, respirando. No notaba el olor a moho y podredumbre.

Bajo la tela negra que le cubría el rostro se había dibujado una arcaica sonrisa. Se arrastró. Necesitaba descansar y comer. Se quitó los guantes. Las manos ajadas y llenas de heridas se aferraron a la desgastada roca del suelo. Las uñas largas y amarillentas acababan en punta. Le eran muy útiles así.

Se acercó al nido. El macho y la hembra habían procreado, y esta ya empezaba a tener una barriga prominente. No podía esconderse. El macho pataleó e intentó huir. La figura lanzó su dedo índice a través del pesado aire. Su asquerosa uña se tiñó de un color granate al atravesar al animal, que chillaba dolorido. La hembra hacía lo mismo. Le gustaba sentirlos vivos en su boca. Se dejó caer en un butacón y se llevó al macho a su boca, arrancándole la cabeza con los dientes en un estallido de sangre. La escupió al suelo, y cayó junto a restos óseos y de latas. Comenzó a beber del grotesco manantial. Pensó en la chica policía. Su rostro era una obra de arte, perfecta. En el caballete que tenía en frente había un lienzo a medio terminar. Lo apartó. Sin soltar a la rata, que aún pataleaba, hizo un par de trazos en el papel. La cara de Ariel era reconocible por cualquiera. Terminó de comer. La vela que iluminaba la estancia estaba a punto de consumirse. La observó hasta que lo hizo.

Era hora de dormir.

***

12.45 p.m.

—Ha llamado Soledad. —Amaro entró en la sala. Su voz era grave—. Los resultados del ADN no van a estar hasta mañana, pero esta tarde podéis pasar, ya habrá terminado la autopsia.

—¿Qué creé ella?

—No se atreve a asegurarlo... pero nos preparamos para lo peor.

Ariel asintió. Amaro se marchó, dejando tras de sí un ambiente apesadumbrado y cargado de incertidumbres. El teléfono sonó.

—¿Sí?

—¿Jefa? —Le resultó rarísimo que alguien la llamase así. Era Basurto—. Nos dicen los del Cordón que hasta mañana no pueden tener las imágenes, que se las tienen que pedir a la empresa de seguridad.

—Joder... ¿y no podemos hacer nada?

—Poca cosa... esperar.

Ariel colgó y se levantó.

—*FUCK*! Pero ¡¿es que aquí nadie se da cuenta de que ha desaparecido una chica, joder?! —Se frotó los parpados con las manos y respiró, dejándose caer de nuevo en la silla—. Lo siento. Me cabreo muy fácil... perdón.

—Te tomas en serio tu trabajo. No tienes que pedir perdón por ello.

Verónica le sonrió, y Ariel le devolvió la sonrisa, algo avergonzada. Dio un sorbo a su manzanilla, que ya se había quedado helada.

***

19.56 p.m.

No habían avanzado nada desde esa mañana. Sin el ADN, y sin las imágenes que les faltaban no eran capaces de completar el rompecabezas. Habían estado allí realizando un montón de conjeturas sin ningún tipo de sentido, y sintiéndose inútiles, por eso habían celebrado la llamada de Soledad.

Se habían dirigido inmediatamente al Hospital Universitario, un complejo que parecía sacado de una película de alienígenas. Sus diversos pabellones se alzaban entre un montón de columnas blancas que los atravesaban por todas partes.

El complejo hospitalario ocupaba una gran franja de terreno, terrestre y aéreo. Era impresionante. Alrededor todo era cemento. No tuvieron problema

en aparcar en un parking que resultaba inmenso para una ciudad como Burgos. Dentro, una mujer les había indicado cómo llegar al depósito de cadáveres. Descendieron varias plantas de colores azulados, aquellos que Ariel tanto odiaba, atravesaron numerosos pasillos y cogieron un par de ascensores hasta que llegaron a un amplio corredor, al final del cual se encontraba una doble puerta que daba paso a la zona de trabajo de la forense. Había varias camillas junto a la pared.

—Que yuyu me dan estos sitios —comentó Verónica.

—Tampoco son mi lugar favorito, la verdad.

Ariel empujó la doble puerta. Era muy pesada. Una ráfaga de aire frío las atravesó. Analizaron el lugar con la mirada. A la izquierda, un enorme armario metálico de menos de metro y medio de altura, sobre el cual se encontraban varios grifos y mucho instrumental. De frente, varias camillas sobre las cuales descansaban cuerpos que habían sido cuidadosamente tapados con una sábana. Al lado de cada una, una mesita con ruedas con todo el material que la forense podría necesitar. Al fondo, el depósito, que era enorme, con diez filas horizontales de cuatro huecos cada una. A la derecha, una mesa, metálica también, con una pequeña lámpara verde, y sobre la cual yacían una variedad de objetos extrañamente curiosos. Se acercaron a ella. Ariel observó un manuscrito que parecía medieval, envuelto por un plástico. A su lado, una enorme lupa de aumento. Había muchísimos libros por todas partes, sin ninguna relación entre sí... Títulos sobre música, cine, literatura, arte... Una réplica de un cráneo humano las miraba a pesar de tener las cuencas vacías. Sobre su frente, una pequeña rana en la que se podía leer «Recuerdo de Salamanca». Junto a ella, un reloj de arena, una figura de hierro de un caballero con armadura, y un libro que parecía datar de principios de siglo y cuyo título era *Los usos de las sanguijuelas en medicina.*

—Pues parece que no está aquí, ¿no? —Llegó a decir Verónica.

De pronto, desde debajo de la mesa, apareció una cabeza. Verónica dio un grito y le agarró el brazo a Ariel, que sintió un pinchazo en el corazón del susto. Las gafas redondas sobre la rechoncha nariz aumentaban los ojos de Soledad, que emergió desde el suelo.

—Perdonad, se me había caído un bolígrafo y lo estaba buscando. —Llevaba puesta una bata, y encima de esta, el mismo chaleco que llevaba por la mañana. Su pelo estaba muy alborotado para ser tan corto. En su mano izquierda llevaba una bolsa con peladuras, y en la derecha, una naranja—.

Acabo ya, ¿eh? Es que justo me habéis pillado merendando. —Emitió de nuevo la risa porcina—. Y estaba además estudiando este manuscrito tan interesante. Es una réplica, claro, pero es antigua, de un libro que se encontró en el monasterio de Suso, en San Millán de la Cogolla, y habla del origen del castellano, ya sabéis, las glosas Emilianenses y todo eso, y como cada vez veo peor, pues tengo que usar esta lupa. —La risa de nuevo—. Es un tema muy interesante el del origen del castellano, pero no tengo tan claro yo que surgiese como se piensa, ¿sabéis?

Se llevó la naranja a la boca, y absorbió su jugo, despojándola de la cascara, que lanzó a una papelera que había al lado. Ariel sintió que era el momento de interrumpirla.

—Es un tema muy interesante. —Los ojos de Soledad se iluminaron mientras masticaba aún los gajos—. A lo mejor lo podemos comentar un día tranquilamente, pero...

—Mmmm, mmm. —Hizo un gesto con la palma de la mano porque aún tenía la boca llena. Tragó—. La autopsia. Dadme un minuto que me lavo las manos y los dientes y vuelvo.

Abrió un cajón, y de él sacó un cepillo de dientes de bambú, un bote de dentífrico y una pastilla de jabón blanca y bastante desgastada. Se acercó a la pila que tenía más cercana, y accionó el grifo. Estuvo al menos dos minutos frotando con insistencia sus dientes, en un lavado de lo más exhaustivo, y uno con sus manos. «Hay que cantar dos veces el cumpleaños feliz para calcular bien el tiempo», comentó. Por fin volvió a la mesa, depositó todo en el cajón, que cerró con muy poco cuidado, se limpió la boca con las mangas de la bata, y se arrastró con su silla de ruedas hacia la camilla que les quedaba más cercana.

—Bueno, en treinta y seis años de profesión no había visto algo así nunca.

Tiró de la sábana y dejó al descubierto el cuerpo de la mujer. Estaba completamente desnuda. La había despojado de la braga, el tutú, y de la tela que le habían cosido a la cabeza. El aspecto era más horrible todavía. El color verdoso de la piel se acentuaba bajo el neón que iluminaba la enorme estancia. Su pecho y vientre dejaban paso a un enorme agujero negro. Era escalofriante.

—Dios...

—Ha sido difícil hacer la disección, tenía muchísimos cortes que han dificultado que pudiese hacer uno limpio, pero... como ya te dije esta mañana, no tiene órganos. Se los habían sustituido por esto. —Se acercó a la mesa

colindante y les ofreció una bolsa de plástico llena de papeles de periódicos arrugados que formaban bolas de un tamaño mediano.

—¿Con que sentido?

—Para rellenar el cuerpo y dar esa sensación de realidad. Se hace mucho con los animales que se disecan. Además, facilita que el cadáver pese menos. Estaba sujeto por unos hilos de fluorocarbono bastante fuertes, pero un cuerpo sigue siendo muy pesado... sólo con los huesos...

—¿Tienes alguna idea de la causa de la muerte? —preguntó Ariel. Verónica se había apartado y procuraba mirar lo mínimo posible.

—Sí. Mira, basándome en que estas heridas se las hicieron *post mortem* —señaló la cicatriz que se observaba en la piel que le colgaba del vientre—, me atrevo a afirmar que murió desangrada. Si te fijas en su muñeca izquierda tiene una pequeña herida, casi invisible, pero es un pinchazo. Juzgando que el cadáver no tiene restos de sangre, creo que el asesino pudo extraérsela mediante una cánula hasta su muerte, porque no tiene ninguna otra herida que le pueda permitir perder cinco litros de sangre.

—¿Ni siquiera la cicatriz del vientre?

—No... ya te digo, eso se lo hicieron *post mortem*, y de una forma muy sutil. Podría parecer todo lo contrario, pero el trazo sigue un patrón bastante similar.

—¿Crees que estaba imitando algo?

—Eso creo, sí. Desde luego, no es un asesinato casual.

—La puesta en escena...

—Exacto. Imagino que, una vez la desangró, aprovechó para sacarle los órganos. No tenía ninguno en tórax ni abdomen...

—¿La víctima estaba consciente?

—Si no la drogó previamente, y me es imposible saberlo, porque no puedo obtener muestras de sus fluidos, seguramente lo estuvo un rato, pero con la pérdida de sangre acabaría por desmayarse. —Ariel se fijó en los genitales del cuerpo. Estaban cosidos también. Soledad se adelantó—. Sí, también le ha cosido los genitales, con el mismo hilo del resto de heridas. Aún no me ha dado tiempo a retirárselo, pero si miráis esa bandeja de ahí, tenéis los pertenecientes a boca, abdomen y pecho correctamente etiquetados. —Miraron la bandeja. Un hilo negro y muy grueso se retorcía en ella como una serpiente—. Es hilo de tipo Kevlar, negro, y muy grueso. Hay tres metros en total.

—Disculpadme... —Verónica salió de la sala. Su afrutado perfume se quedó en el ambiente. Ariel lo agradeció.

—Soledad... la cara...

—Sí, esa parte es peliaguda. Mira, cuando le retiré el hilo de la boca, pude ver esto. —Agarró la boca del cadáver con las manos—. Al igual que las cuencas, había sido cubierta con trozos de piel para crear la sensación de que no tiene. Fueron extraídos de los glúteos y la espalda, pero al hacer una pequeña incisura con el bisturí, podemos ver su boca.

El corte del bisturí había dibujado una mueca recta en el rostro. Ariel por primera vez se percató de que no tenía ojos, sólo unas cuencas vacías. La primera vez que había visto el cuerpo, estas habían sido tapadas con piel y tela. Soledad usó sus manos para abrir su boca.

—No tiene dientes —apuntó Ariel.

—Así es, se los han arrancado uno por uno, pero fíjate en sus labios. —Soledad apartó la piel que colgaba por debajo del corte del bisturí—. Están incompletos. Un trozo de la piel se arrancó en algún momento, como si le hubiesen golpeado con un material muy duro. Además, la tráquea esta dañada. Tiene un agujero de unos dos centímetros.

—Sumado a las heridas de los labios... ¿Crees que le pudieron meter algo por la boca?

—Eso creo...

—Pero, ¿con qué sentido?

—Eso es vuestro trabajo ya... —Ariel asintió—, pero sí que te tengo que apuntar que, efectivamente, se había iniciado una fase de disecado en el cuerpo. La piel ha sido tratada con polvo bórax durante al menos cuarenta horas. He encontrado muestras en los orificios de las heridas, pero vamos, fíjate en el tacto de la misma... es como si tuviese epidermólisis... Lo que no termino de relacionar es el por qué... ¿Por qué tomarse tantas molestias? Hay algo...

—La tela de la cara... ¿cuál es el sentido?

—La tienes detrás... Es un paño de seda normal y corriente… pero le ha arrancado los ojos, y ha seguido el mismo procedimiento... cubrírselos con piel. Taparla después con la tela y coserla es pura puesta en escena, igual que la braga y el tutú... Aunque sí es cierto que cubría un corte muy basto que tiene en la cabeza. —Estiró la piel del rostro hacia delante, dejando al descubierto parte del cráneo. El hueso estaba astillado por varias partes—. Le hizo una

incisión coronal, como puedes observar por estos cortes, que van desde un pabellón auricular al otro, y le atravesó el periostio, pero lo debió hacer con mucha fuerza, porque acabó dañando el hueso... Imagino que no tenía el material, porque el corte que tiene en el cráneo es muy basto, casi como si se lo hubiesen hecho con una sierra al uso.

Apartó la tapa del cráneo como si estuviese destapando un bote de caramelos. Ariel se quedó impresionada. Soledad le pidió que se asomase.

—Tampoco tiene cerebro...

—No. Se lo han extraído también.

Volvió a colocar la tapa, y puso la piel en su posición. Ariel seguía impresionada por el tono verdoso del cadáver.

—¿Y el color?

Soledad se dio un golpe en la frente, manifestando que se la había pasado.

—¡Casi se me olvida lo más curioso! Los cuerpos, cuando llevan un par de días a la intemperie, empiezan a adquirir esta tonalidad, pero aquí ha querido acelerar el proceso. La piel estaba cubierta de una pintura muy porosa, mezclada con algún tipo de resina para que se adherirse bien. He tenido que esmerarme mucho para limpiarla. Además, le inyectó pintura mezclada con algún líquido. He tomado una muestra de ambas y las he mandado a laboratorio. Si te fijas, al no tener sangre, las venas se acentúan, y ahí es donde mejor se ve el color.

—Soledad, te tengo que preguntar por la postura. ¿Cómo es posible que un cuerpo aguantase en esa posición?, el hilo no es tan resistente.

—Mira de nuevo. —Le señalo la bandeja—. Le he extraído eso de brazos y espalda. —Tres alambres muy finos y alargados, de al menos un metro cada uno, creaban unas extrañas formas, como si fuesen parte de una escultura de arte moderno—. Son hilos de hierro. Se usan mucho en soldadura para unir piezas. Le habían introducido uno por el cuello. Este sujetaba el cráneo, y penetraba por los cuerpos vertebrales para asegurarse de que la cabeza se iba a mantener erguida. Los otros dos los tenía en los brazos. He respetado la forma lo máximo posible al extraérselos, ambos recorrían desde los hombros hasta los dedos de la mano. Puedes ver que al final tienen cinco ramificaciones, una para cada dedo.

—Joder... es demasiado maniático... Busca una perfección casi enfermiza, como si quisiese demostrar algo...

—Y lo quiere demostrar. Ya ha puesto de manifiesto lo que es capaz de hacer... pero... hay algo que me está rondando la cabeza y no consigo dar con ello... Yo he visto antes algo muy parecido...

—Y yo. Desde que lo dijiste esta mañana no he parado de darle vueltas... —Ambas se quedaron un rato en silencio. Ariel observó la cabeza. Se la habían rapado—. ¿Por qué crees que le afeitó el pelo de la cabeza?

—No lo sé. Puede que sea un fetichista. Desde luego es lo que menos llama la atención, pero también le ha afeitado el vello púbico. La zona presentaba algo de irritación en el pubis. Aún no he podido examinarla, pero dudo mucho que la haya violado...

—La victima llevaba un pendiente en la oreja izquierda. —Observó Ariel.

—Cierto. Aquí esta. —Se acercó a la bandeja y se lo ofreció. Era un aro de color negro—. Es una pieza muy curiosa, y parece artesanal.

—¿Por qué lo crees?

—Porque la soldadura es burda, y la pintura es acrílica, mira, si rascas, se desprende. —Lo hizo—. El cuerpo está en un estado... Me es imposible saber el momento aproximado de la muerte... Es como intentar saber cuándo murió el jabalí cuya cabeza tenía colgada en el salón el bobo de mi primo. Qué asco...

Llegadas a este punto, Soledad consideró que no había necesidad de exhibir más aquel maltrecho cuerpo, y lo cubrió. Volvió a la mesa, y se sentó. Desechó los guantes en una papelera cercana, y sacó otra naranja del mismo cajón en el que guardaba el jabón y el cepillo de dientes.

Ariel no se sentó.

—¿Para cuándo crees que estarán los resultados del ADN?

—Buf... —Sus labios vibraron al expulsar el aire —. He metido prisa, pero ya sabes... ¿por qué lo preguntas?

—Necesito identificar a la víctima. —Soledad abrió los ojos enormemente.

—¿Cómo identificar?, pensé que Amaro ya había hablado contigo, porque ya se lo había comentado al fiscal...

—¿A qué te refieres?

—Vamos, el ADN nos lo corroborará, pero yo ya he sometido al cuerpo a un examen facial para hacer una posible identificación... —Ariel dejó de respirar.

—¿Y?

—Es más que probable que la víctima sea Sara Castillo.

***

21.02 p.m.

La noticia la había dejado helada. Verónica la había conducido hasta el mismo motel del centro en el que ya se había hospedado. En el *hall*, iluminado por neones rojos, había reservado una habitación de forma indefinida. Ambas habían hablado poco en el recorrido en el coche. Aún lo estaban digiriendo. Ahora estaba sola. Se tumbó en la cama del motel unos instantes, llamó a su madre, y hablaron durante media hora de todo. Laura se ofreció a llevarle ropa, y Ariel le dijo que no era necesario, pero conociendo a su madre tal y como la conocía, sabía que era imposible discutir, y que esa misma semana se presentaría en Burgos con una maleta.

Cuando colgó, cerró los ojos unos instantes, y decidió que era buen momento para darse una ducha.

El agua que caía desde el grifo la relajó. Frotó su melena con ambas manos, realizando un pequeño masaje en su nuca. Al salir del baño, se dio cuenta de que no había comido nada en todo el día, y sintió un hambre terrible. Se le pasó al recordar la imagen del cuerpo de Sara. Sintió una arcada.

Su móvil vibró. Un mensaje de WhatsApp de un número que no tenía guardado:

¿Te apetece tomar algo?

Se quedó dubitativa hasta que apareció el siguiente mensaje:

Soy Verónica.

Ariel no se metió en la conversación para no tener que responder. Volvió a caer en la tentación de Instagram. Zoe había subido una historia. Estaba cenando con sus amigas en el restaurante vegetariano dónde ambas habían tenido su primera cita. Entró a WhatsApp y respondió a Verónica:

Sí.

***

22.33 p.m.

Habían quedado en un bar cercano a la calle San Juan. Ariel no lo conocía. Se había peinado, pintado los labios, puesto colorete, e incluso sombra de ojos.

Había sacado de la mochila un top negro, y lo había combinado con unos *jeans* ajustados del mismo color. No sabía por qué se estaba arreglando tanto.

Tenía hambre, así que salió antes de tiempo y se acercó a un 24 horas para comprar algo. Había tenido suerte, hacían pizzas. Pidió un trozo de cuatro quesos, una cerveza y un paquete de chicles. Estaba algo nerviosa. Se zampó la pizza con cuidado de no mancharse, y cuando terminó, escribió la dirección del bar en el GPS de su móvil.

Caminó. Había ambiente en la calle. Mucha gente había reservado esa noche festiva para salir a cenar, pero muchos otros salían de fiesta. Iban disfrazados. Se fijó en un grupo de chicas que vestía como animadoras zombis, un par de momias, vampiros... Cayó en la cuenta de que era uno de noviembre. Se notaba que era poco fiestera.

Cruzó el paso de peatones, y llegó a la calle. Estaba llena de gente. Fue buscando entre los nombres de los bares. Uno de ellos tenía un par de taburetes de colores fuera, y una enredadera iluminada: El Bosque Animado. Ahí era.

Ariel entró. Estaba bastante lleno, y la gente también iba disfrazada. Había buen ambiente. En los altavoces sonaba *Viaje a los sueños polares*, de Family. El interior del bar era como de cuento de hadas. Un árbol crecía en medio del mismo, y sus ramas invadían el techo. De ellas colgaban farolillos, manzanas rojas y lucecitas amarillas. Las paredes mezclaban el estampado con la piedra, y estaban repletas de objetos curiosos, como relojes, espejos, o figuritas de duendes. En cada mesa, una vela roja que con su aroma endulzaba el ambiente.

Buscó a Verónica con la mirada, y la encontró en la mesa del final, la más alta. Se acercó. Llevaba una camisa roja algo transparente y un pantalón negro, además de unos tacones a juego. Se había vuelto a pintar los labios de un rojo intenso, y todo su maquillaje acentuaba sus rasgos, que bajo aquella escasa luz se tornaban misteriosos. Sonrió al verla y se levantó para dar un abrazo a Ariel. Ambas se sentaron de nuevo. Ariel se fijó en que Verónica ya había vaciado una copa.

—Me he adelantado. —Rio.

La camarera se acercó para tomarles nota. Verónica pidió un Martini seco, como la otra noche. Ariel no quiso parecer poco sofisticada, así que mandó preparar un Campari Soda.

—Oye, siento si te ha pillado de sorpresa —comenzó a hablar Verónica—. Pero después de lo de hoy, y con todo lo que se nos viene encima... necesitaba

relajarme...

—No, tranquila... me viene genial. Siempre me acabo encerrando en mí misma, y no es nada bueno, así que me alegra que me hayas escrito.

—Guay... no conozco a casi nadie aquí, y bueno...

Ambas se quedaron un rato en silencio. La canción cambió. Ariel pudo reconocer los primeros acordes de *Never miss a beat* de Kaiser Chiefs, y sonrió.

—¿Qué te pasa? —Rio Verónica.

—Es que me encanta esta canción... no lo puedo disimular.

La camarera se acercó con los cócteles, y los dejó encima de la mesa junto con un pequeño bol con ositos de gominola.

—¡No te pega nada!

—¿Y por qué no?

—No sé... la verdad es que no me imagino qué música puedes escuchar tú.

—Pues de todo, la verdad. No me gusta esa gente que se encasilla en un estilo y pasa de todo lo demás... A mí me gusta todo...

—Todo seguro que no...

—Pruébame.

—Seguro que no escuchas nada en euskera.

—*Ikasteko presa daukat eta...* —comenzó a cantar Ariel

—¡No!, ¿Te molan Berri Txarrak? —Ariel asintió mientras daba un trago a su copa. Disimuló el amargor del Campari bajo un extraño gesto. Verónica aplaudió.

—¿Seguro que no lo estas diciendo para impresionarme?

—Por favor, tengo un *crush* en Gorka Urbizu. Creo que tiene que ser igual de raro que yo. En el buen sentido, eh.

—¿Tú también compones?

—Lo intento, ya te dije, quise ser cantante, pero... todo lo que hago es muy triste. —Bebió de la copa otra vez.

—Seguro que está guay.

—¿Y tú? —cambió de tema—. ¿Qué querías ser de pequeña?

—Aún no he bebido lo suficiente para responder a eso... pero modelo. —Torció los labios—. No te rías.

—No lo hago. ¿Y por qué cambiaste?

—Vamos... eso es muy superficial... y lo que todo el mundo esperaba de una chica como yo. Siempre me decían, desde pequeña: «Eres muy guapa, ¿por qué

no te metes a modelo?». —Puso una voz chillona—. Yo quiero romper estereotipos, estoy harta de que todo el mundo...

—Ya, te entiendo. Mi ex decía lo mismo.

Verónica vio como la cara de Ariel se ensombrecía, así que comenzó a hablar de otra cosa, y sin darse cuenta, ambas se enzarzaron en una conversación que cambiaba constantemente. Vaciaron varias copas, pero estaban a gusto. Al cabo de un rato, Ariel sintió la necesidad imperiosa de ir al baño. Subió las escaleras que la separaban del mismo, y echó el pestillo. Sentía que iba algo bebida, pero coordinaba bien. Se sentó en el retrete, y miró el móvil para distraerse. De pronto comenzó a pensar otra vez en Zoe. ¿Por qué su cerebro la traicionaba así? Se puso a llorar, y dio un grito. Respiró. Se levantó. En el espejo, se aseguró de que no se le hubiese estropeado el maquillaje. Salió del cuarto de baño. Sonaba *Called out in the dark*, de Snow Patrol. Comenzó a cantar.

—*It's like we just can't help ourselves... cause we don't know how to back down... (Es como si no pudiésemos ayudarnos a nosotros mismos… porque no sabemos cómo retroceder…)*

Bajó las escaleras, y se puso a bailar. Verónica rio. Ariel tenía los ojos cerrados, y dejaba que la música fluyese a través de su cuerpo. No se daba cuenta de que todo el mundo la miraba. Cantaba y acariciaba su rostro y su melena.

—*We are listening, and we're not blind... this is your life, this is your time! (Estamos escuchando, y no somos ciegos. ¡Esta es tu vida, este es tu momento!)*

Cuando la canción acabó, se escuchó una ovación, y entonces volvió a la realidad. Se acercó a la mesa avergonzada.

—¡GUAU! ¡Ha sido increíble!

—Dios, qué vergüenza, no sé qué me ha pasado...

—Te has dejado llevar... y eso está genial.

La camarera se acercó a ellas con dos vasos pequeños.

—Dos chupitos, invita la casa —dijo sonriendo. Era muy joven. Ariel se intentó tapar la cara con las manos, pero se bebió el vaso de un trago. Estaba muy dulce.

—¿Qué hora es?

—Las dos.

—Joder... Verónica...

—¿Qué?

—¿No crees que deberíamos irnos?, mañana trabajamos... Dios, qué vergüenza estoy pasando...

Verónica rio y asintió. Pagaron la cuenta y salieron fuera del local. En la puerta, Verónica se puso el abrigo, y sacó un paquete de tabaco. Ofreció un cigarrillo a Ariel que esta declinó.

— ¿No fumas?

—No.

—Pues tienes toda la pinta...

—Me han dicho eso muchas veces, y no sé cómo tomármelo. —Ambas rieron. Verónica dio una calada al cigarro, y disfrutó del humo antes de expulsarlo.

—Oye... ¿Tú estás bien?

—¿A que te refieres? —preguntó Ariel algo molesta.

—Antes, cuándo has hablado de tu ex... ¿era uno de esos típicos tíos posesivos? Jonan, mi ex...

—No, no... era... la chica más dulce que he conocido nunca.

—Ah...

Verónica se quedó cortada. Fumó el resto del cigarrillo en silencio. Observaron la calle. Un par de parejas se besaban, varios amigos gritaban... ambiente de fiesta.

Cuando terminó de fumar, apagó la colilla en un cenicero que estaba sobre una mesa, y dejó allí los restos. Abrazó a Ariel.

—Lo he pasado muy bien... Vales mucho Ariel. —Esta pudo oler de nuevo su perfume.

—Gracias...

Se despidieron, y Ariel emprendió el camino de vuelta al motel. Llegó a la calle Santander, y vio la tienda de teléfonos móviles. Decidió seguir el recorrido de Sara. Se acercó hasta la casa del Cordón. La calle estaba vacía. Había una callejuela, y al final de la misma, una franquicia de comida rápida y un gimnasio. Pensó que era un muy buen *marketing*. Miró hacia arriba. Una cámara de seguridad. Si Sara salía en las imágenes de la misma podrían tener un buen retrato del secuestrador.

Siguió andando. Nunca había estado en las calles de Burgos con la noche tan entrada. Pensó en visitar Llanas. Dicho y hecho. En menos de un minuto estaba allí. Todo estaba repleto de adolescentes, y no tan adolescentes, disfrazados.

La música se mezclaba con el griterío cada vez que se abría una puerta. El suelo estaba pegajoso y lleno de cristales y sustancias líquidas de las que Ariel prefirió no plantearse el origen. No sabía muy bien por qué había ido allí. Siguió andando, intentando pasar desapercibida. Un grupo de chicos que iban disfrazados de tigres hicieron un comentario en voz alta sobre su culo. Ariel lo obvió, y estos rieron.

Sacó el móvil del bolso. ¿Lo iba a hacer otra vez? Sí. Zoe había subido otra historia. Estaba de fiesta. Reconoció la discoteca. Sintió de nuevo ese pinchazo en el corazón.

Avanzó rápidamente, y se metió por un estrecho callejón. En él había un par de bares, y multitud de gente. Le llegó un olor a marihuana horrible, no lo soportaba. Camuflado bajo unos soportales, se fijó en un local llamado La Espadería. Entró en él. Estaba oscuro, y lleno. Por algún motivo un montón de chavales gritaban alrededor de una mesa. Vio que había una especie de campeonato de *beerpong*.

Se acercó a la barra. Un camarero alto le preguntó qué quería. Pidió una jarra de cerveza. Cuando se la sirvió, dio un enorme trago, y se refugió en su móvil. Odiaba la música que sonaba. Una de esas listas de reproducción de Spotify con lo mejor del rock español. «Ahí tengo un estilo de música que no me gusta», pensó para sí misma.

Estaba absorta, con la cabeza en cualquier parte, cuando de pronto escucho una voz.

—¿Ariel?

Sonaba dulce y cercana. Miró sorprendida a su alrededor. Una chica la observaba con una sonrisa y los ojos muy abiertos.

—Alba... hola...

—Qué casualidad, ¡¿no?! —Ariel la miró. Se había soltado el pelo. Tenía una melena castaño oscuro más larga que la suya. Sus mejillas estaban algo rojas por el calor. Se fijó en su pequeña nariz.

—Sí... —Sonrió tontamente—. Había salido a tomar algo con una amiga, pero ya me iba a casa...

—¿Ya?, venga, te dejo irte si adivinas de qué voy disfrazada.

Ni se había dado cuenta de que llevaba un disfraz, se había vuelto a perder en sus ojos. El alcohol empezaba a hacer efecto. Miró su conjunto: una camisa azul con un roto en el hombro izquierdo, sobre el que se había dibujado una

cicatriz con sangre falsa, y un pantalón vaquero en el que había pillado la camisa. No tuvo que pensarlo mucho.

—Eres Laurie Strode. —Alba abrió la boca sorprendida—. ¿Qué pasa?

—Guau. Nadie lo ha adivinado. Todos piensan que me he caído y me he roto la camisa.

—Estás hablando con una Myers. —Ambas rieron—. Bueno... debería irme a dormir, mañana trabajo...

—Oh... bueno...

—¿Qué?

—Nada...

—Has mirado al suelo y jugueteas con tus manos, algo te pasa.

—Como se nota que eres poli. —Rio—. Es sólo... que me estoy aburriendo bastante, la verdad.

—¿Y eso?

—No me gusta mucho salir, pero no quería hacerles el feo a mis amigas. Dicen que me paso la vida estudiando. —Ariel fue a beber de la cerveza, pero se dio cuenta de que la había acabado—. Ahora quieren ir al Calabria, que está ahí al lado, pero no me apetece nada.

Ariel hizo la conexión en su cabeza. Quizá encontrase algo en ese bar que pudiese usar para el caso. Quizá solo quería estar con Alba. El caso es que tomó una decisión.

—Va, te acompaño.

—¿En serio? —A la chica se le iluminó la cara.

—Claro. —Sonrió.

—Espera, ven, que te presento a mis amigas. —Le agarró la mano. Su piel era suave. Se acercaron a un grupo—. ¡Chicas!, esta es mi amiga Ariel. Es poli.

—Ostia que mal rollo —dijo una de ellas.

—¡Eso no se dice, Alba!

Rieron. Ariel las miró una por una. Eran cinco, contando a Alba. Una era bastante alta. Tenía el pelo rizado, y un rostro muy bonito. La típica chica de la que todos se enamoran. Se llamaba Virgina. Otra era rubia, y algo bajita, con una cara muy divertida, y su nombre era Eva. Las otras dos eran hermanas, y bastante idénticas. Ambas con coleta, rasgos muy finos y ojos achinados. María y Carmen. Una vez realizadas las presentaciones, pusieron rumbo al bar. Ariel pensó que Eva parecía algo más pequeña que el resto.

A la puerta del local había un montón de chicos que no se habían molestado en quitarse el chándal para salir a la calle bebiendo y fumando. Les dijeron algo, pero no se pararon para escucharles. Empujaron la puerta tras recibir la aprobación del portero, un tipo de dos metros de altura, con perilla y barriga, y gesto de más importancia de la que su puesto tenía. Una bocanada de calor emanó de dentro como una lengua de fuego. La música reverberaba. Ariel no conocía la canción, pero el resto de chicas sí, porque se lanzaron a la pista gritando la letra.

—*¡Tú me dejaste caeeeeeeer, pero ella me levantó!*

Ariel rio, y se dirigió a la barra. Esperó a que un camarero algo delgado terminase de servir unos chupitos a un grupo de chicas, y le pidió una copa de amaretto. Se notaba algo bebida, porque si no jamás se hubiera atrevido a pedirlo por el miedo a que le preguntasen «¿qué es eso?». Por suerte, el camarero sí lo sabía. Le llenó un vaso. Ariel le pidió que no pusiese hielos. Pagó, y al ir a darse la vuelta, volvió a escuchar la voz de Alba.

—Wep. ¿Qué bebes?

—Amaretto. —Dio un trago e hizo un gesto cómico.

—¿Qué es eso?

—¿No lo conoces? —Negó con la cabeza—. ¿Quieres probarlo? —Le ofreció el vaso. Alba olió y torció el gesto.

—Buf... huele mucho a alcohol... —Acabó cediendo y dio un trago. Ariel no consiguió adivinar qué significaba el gesto de su cara—. ¡Está rico! —dijo. Rieron. Ariel bebió.

—Además tiene una historia súper bonita. —Sonrió bobamente.

—¿Ah sí? —Alba rio con timidez.

—Sí... según la leyenda, un pintor discípulo de Leonardo da Vinci, Bernardino Luini, fue a Saronno porque le habían encargado un retrato de una Virgen, y usó de modelo a la hija de una posadera. Pasaron mucho tiempo juntos, y poco a poco, ella se fue enamorando, así que le preparó una bebida con muchas de las cosas que tenía en su jardín: huesos de albaricoque, almendras... plantas y hierbas aromáticas... Desde entonces la gente cree que esta —señaló el vaso— es una bebida afrodisiaca. —Volvió a beber. Alba rio.

—¿Y por qué me lo cuentas?

—Me lo has preguntado...

—Ya, pero, ¿por qué me lo cuentas? —Ariel se quedó pensando en esa pregunta. Alba agarró la copa, y bebió lo que quedaba de ella—. Eres igual de

tímida que yo, Ariel.

—Pues hoy no pareces muy tímida. —Sonrió.

—Porque he bebido, igual que tú.

—*That's right.*

¿Cómo tú te llamas?, yo no sé.

¿De dónde llegaste?, ni pregunté.

Lo único que sé, es que quiero con usted,

quedarme contigo hasta el amanecer

Alba reconoció la canción. Ariel no tenía ni idea de cuál era.

—Ven a bailar... me da mucha vergüenza bailar sola...

—No, no, no... yo no tengo ni idea de cómo se baila esto...

—Qué más da...

Alba se marchó hacia la pista. El sonido de la percusión de reggaeton empezó a atronar a través de los altavoces. Ariel observó a Alba. Esa noche estaba muy suelta, no tenía nada que ver con la chica tímida que había conocido. Era el alcohol. Ella tampoco tenía nada que ver con la Ariel triste de hace un par de horas. Sabía que al día siguiente se golpearía contra la realidad, pero en ese momento no le importó. Vació la copa y se lanzó a la pista. Bailó junto a Alba ante la atónita mirada de sus amigas. Ambas reían. Se sentían cómplices.

***

05.32 a.m.

Ya había descansado demasiado. Era la noche perfecta. La máscara tapaba su ajado rostro. Había recibido algún comentario por la calle, todos referentes a la calidad de su disfraz. Incultos.

Se había sentado en un banco del parque del Doctor Vara. No estaba iluminado por la noche. La espesura de los árboles era buen refugio. Un par de sintechos se habían acercado para dormir, pero al ver aquella figura fantasmal decidieron que era mejor idea buscar otro sitio.

Los ojos inexpresivos, azulados, se tornaban más inertes en la noche, y el yeso de la escayola parecía hueso bajo la luz de la luna. Esperó durante horas a que la calle estuviese más tranquila.

Descartó varios objetivos. No era el físico que buscaba. Una yonqui que se tambaleaba junto a una farola se echó a dormir al césped. No podía usarla, su

sangre estaría sucia de todas las sustancias que se habría inyectado. Siguió esperando.

A las cinco y treinta y dos por fin su desacompasado corazón se emocionó. Por la pendiente de la calle apareció una chica rubia. Llevaba un disfraz de vampiro. Observó su físico. Parecía deportista, y tenía unas facciones equilibradas. Se levantó del banco y caminó lentamente. La chica se dio la vuelta. Vivía en el edificio de enfrente. Buscó las llaves en su bolso. La figura se acercaba. Su búsqueda era ruidosa. Monedas, un paquete de chicles, el tabaco, pero no aparecían las llaves, y cuando lo hicieron, cayeron al suelo. Se agachó para recogerlas, y al levantarse para introducirlas en la cerradura, vio el fantasmal reflejo en los cristales del portal. La cara blanca y los ojos inexpresivos la observaban. Gritó, y se giró furiosa.

—¡JODER!, ¡QUÉ SUSTO ME HAS DADO GILIP...!

No pudo terminar de decirlo. Ya tenía una aguja clavada en el cuello. De pronto se sintió sin aire. No podía hablar. Intentó luchar, pero sus manos no le respondían, y sus pies tampoco. Se aferró a las barras del portal, pero era inevitable. Sus ojos se entrecerraron. La figura la cogió con mucho esfuerzo, y la arrastró hasta la furgoneta. Estaba aparcada al lado de la farola dónde la yonqui se había desmayado. Sólo un par de metros... Abrió las puertas traseras, y tumbó allí a la chica. Estaba sudando, y la piel le escocía debido al contacto del asqueroso líquido salado con sus pústulas.

Había vaciado la furgoneta, pero estaba sucia y marrón, y apestaba. Pensó que era una pena desperdiciar una presa tan fácil... podría utilizarla para algo... Se acercó a la yonqui. Sacó otra jeringuilla y se la acercó al cuello. Era una mujer alta, extremadamente delgada, y con unas facciones aguileñas. Tenía el pelo costroso, y la ropa asquerosa. Se dispuso a clavarle la jeringuilla cuándo escuchó unos pasos. Se escondió delante del contenedor. Una chica con el pelo negro y un top del mismo color caminaba tarareando.

—*Quedarme contigo hasta el amanecer...*

La reconoció. Era la policía. Estaba preciosa. Se dio cuenta de que la puerta de la furgoneta estaba abierta y empezó a temblar. Desde el vehículo, la chica intentaba mantenerse despierta. Escuchó la voz que cantaba. Quería gritar, pero de su boca solo salió aire. Pronto, empezó a expulsar una baba traslucida, y se quedó dormida.

La policía giró por la calle contraria. No llegó a ver la furgoneta. La figura no esperó ni un sólo segundo. Decidió no gastar la anestesia en esa yonqui que

ya estaba dormida. Se acercó a ella y le agarró la cabeza con las dos manos. La yonqui abrió los ojos asustada. Crack. Su cuello se partió por la mitad, y su lengua quedó colgando por fuera de su amarillenta dentadura. La echó en la furgoneta, y se subió al asiento del conductor.

Estaba muy débil. No tenía tanta fuerza. Se tumbó en el respaldo, y cerró los ojos unos instantes. Pensó que se estaba alimentando poco. Apenas había bebido nada del bidón de la sangre de la otra chica. Debería comer cuándo llegase. Pisó el freno y el embrague, giró la llave. El oxidado motor rugió. Marcha atrás, primera, segunda, tercera. Ya había desaparecido.

***

No había paredes. Avanzaba por un camino oscuro iluminado por un neón invisible. El sonido de sus pasos reverberaba, y el eco la perseguía, mezclándose con el ruido del viento entre los árboles, a pesar de que no podía ver ninguno.

Oscuridad.

Oscuridad.

Oscuridad.

Un grito.

Se paró en seco. Era una voz femenina. La reconoció. Echó a correr. Sin darse cuenta había llegado al borde un acantilado. Casi resbaló en el oscuro suelo de mármol. Unas delicadas manos se aferraban a la baldosa. Se asomó, y distinguió la cara de Zoe. Le pedía socorro, llorando. El aire removía su pelo violentamente, metiéndoselo en la boca y provocándola arcadas. Se resbaló. Ariel se lanzó a por ella. Cayeron juntas por el precipicio, y se besaron. La caída se prolongaba, al igual que la sensación de vértigo en el estómago. Llegaron al fondo, y rebotaron. Todo estaba oscuro. Miró a su alrededor. Un apestoso olor a basura penetró por sus fosas nasales.

—¡ZOE! —gritó.

Tan sólo la respondió su eco, transformado en carcajada. Estaba sola allí. Se apoyó en el suelo para levantarse, y notó cómo atravesaba algo viscoso. Una luz la cegó, y vio que entre sus manos se deshacía la cabeza de Alejandro. Estaba podrida. De las cuencas de sus ojos salían un montón de diminutas lombrices. Ariel gritó, e intentó zafarse de ellas. Recorrían todo su brazo. Comenzó a llorar.

—Troia...

Una araña gigante, con más de doce patas peludas y el cuerpo rojo y negro se acercaba a ella desde el fondo. Tenía la cara de Coruggio. De su boca salían unas afiladas pinzas que goteaban un líquido carmesí. Agarró su cuerpo con ellas, y apretó. Ariel sentía que iba a partirse por la mitad. El dolor era insoportable. Gritó.

2 de noviembre - 07.30 a.m.

El estridente chillido del despertador la sacó de aquella espantosa pesadilla. Buscó a tientas el móvil y apagó el sonido. La cabeza le daba vueltas, y notaba la boca seca. Le costó reaccionar. Se quedó con los ojos abiertos unos instantes en la cama. No tenía fuerzas. Sabía que si se levantaba iba a vomitar. Se frotó los párpados con la palma de las manos, e intento obviar los impulsos que su cerebro mandaba a su estómago, y que se traducían en forma de nauseas. Paso allí al menos tres minutos. Aún no era de día.

Hizo un esfuerzo sobrehumano y se arrastró a la ducha. Accionó el grifo, y se dio cuenta de que aún llevaba puesta la ropa del día anterior. Se desnudó sin levantarse del suelo mientras el agua se calentaba. Lanzó el top y los pantalones dentro del bidé. Apoyó las manos en la pila, y se ayudó de sus brazos para levantarse. Se quedó frente al espejo con la mirada perdida. Dejó caer el sujetador al suelo, e hizo lo mismo con las bragas. Por fin entró dentro del cubículo. El agua resbaló por su pelo recorriendo sus hombros y sus senos. Se sentó de nuevo en el suelo, y estuvo allí casi diez minutos frotándose con desgana con el jabón que el motel había dejado en una bandejita. No le entusiasmaba el olor.

Cuando hubo terminado, se envolvió en una toalla, y volvió a tirarse en la cama. Agarró el móvil.

Rutina diaria: Instagram-Zoe. No tenía mucha actividad en su perfil. Al fin y al cabo, no tenía amigos y se pasaba la mayor parte del día sola.

«Un nuevo seguidor». Se quedó algo sorprendida. «@albaroura». Clic. Apenas tenía diez fotos. Una en blanco y negro sonriendo tímidamente a la cámara, paisajes, sus amigas, un *selfie* con otra chica en la que mostraba una sonrisa muy alegre... Se fijó en esa foto. Alba llevaba un gorro de lana rosa y un abrigo. El frío había teñido sus mejillas de rojo otra vez. Su sonrisa era adorable. Ariel pulsó el botón de seguir en la pantalla, y bloqueó el móvil.

***

07.55 a.m.

Llegó a la comisaría la primera. Le dolía mucho la cabeza, así que había entrado en una farmacia de guardia y comprado un paquete de Espidifen. Compró una botella de agua en la máquina, y tragó la pastilla. Distinguió la voz de Amaro. Tenía el bigote despeinado y los ojos rojos. Se notaba que no había pasado su mejor noche. Saludó a Ariel.

—Vaya mañana... —Su voz sonaba rota. Ariel notó por el olor que había estado fumando—. Vienen los padres de la chica para identificar el cuerpo, y tengo que estar allí. Soledad no tiene demasiado tacto, como ya habrás comprobado. —Ariel asintió. Intentó parecer entera.

—Comisario...

—Amaro, por favor...

—De acuerdo... Amaro... ¿no les podemos ahorrar eso a sus padres?

—Tienen derecho a despedirse de su hija, Ariel...

—El estado del cuerpo... es horrible... Lo que le han hecho a esa chica...

—Lo sé, pero es el procedimiento a seguir. No puedo hacer más.

Enfiló hacia su despacho. Se le veía claramente afectado. Ariel respiró y se sentó en una de las sillas que estaban de espaldas a la cristalera. Bebió un poco de agua y cerró los ojos.

—*Egun on*! —Sólo había pasado un minuto cuando escucho la voz de Verónica—. ¿Qué tal te encuentras?

—Mmm... me sabe la boca a arena. —Esta rio.

—¡Pero si no bebimos tanto!

—Shhh, que no se enteren.

—Vale, vale. —Sonrió.

Otra voz las sorprendió. Era demasiado enérgica para esas horas del día.

—Buenos días chicas. ¿Nos ponemos con las imágenes del Cordón? —Era Naia.

—¿Ya las tenemos?

—Sí, han traído un disco duro hace nada.

Naia sacó un café de la máquina, Ariel una manzanilla, y se dirigieron a la sala de informática. Los ordenadores tardaron un rato largo en encenderse. Ariel observó el lugar. No había caído en la cuenta de que, junto a la pantalla del ordenador, había una foto de Naia con un chico pelirrojo. Supuso que era su novio. Las torres de las máquinas emitían un molesto ruido que se asemejaba al motor de un avión en diminuto. Por fin se iluminó una de las pantallas y apareció en ella un fondo azul con el escudo del cuerpo de policía.

Naia tecleó sus datos, y accedió al escritorio. Conectó el disco duro. Sólo había una carpeta en él, en la cual se leía «26/10 - copia». Clicó en ella. Un único archivo de vídeo de 24 horas de duración.

—Vamos a ver qué tiro de cámara nos da —dijo Ariel. La pantalla mostraba justo el cruce en el que se había parado bajo la cámara el día anterior—. Genial. Perdíamos a Sara sobre las cinco de la mañana. Avancemos hasta esa hora, por favor.

Pulsó un comando, y todo el mundo empezó a andar a cámara rápida. Pronto las figuras se desvanecían dejando paso a destellos de colores, y el color de la imagen iba cambiando de cálido a oscuro y, por último, al naranja de las farolas.

Naia devolvió la velocidad normal al video. A las cinco y dos minutos, Sara estaba ahí debajo.

—Su cara se distingue perfectamente —dijo Verónica—. Si conseguimos una buena imagen del asesino...

Sara giraba para meterse por el callejón, y de pronto, algo se abalanzaba sobre ella. No tenía posibilidad de luchar.

—¡PARA! —gritó Ariel—. Retrocede. —Rebobinó—. Ponlo a cámara lenta.

Clic. Los movimientos de Sara se habían ralentizado. La calidad de la imagen era bastante decente. Aquella especie de figura aparecía desde atrás, y con una mano le tapaba la boca, mientras que con la otra le clavaba algo en el cuello.

—¿Qué hace?

—Le está inyectando algo, posiblemente un somnífero —aclaró Ariel—. Y uno rápido. Mira qué pronto se desmaya... Soledad dijo que no podía asegurar que se hubiese usado droga dado que el cuerpo no tenía restos sanguíneos, pero ahí tenéis la prueba.

—¿Qué coño lleva puesto? No se ve nada...

—Parece una sudadera... guantes... Lleva la capucha, joder —expresó enfadada Naia.

—Fijaos en su estatura. Es muy alto...

—¿Y?

—Pues que es un rasgo que nos puede ayudar a identificarlo. Necesito que hagas una captura de esto, Naia.

—De acuerdo.

—Ponlo de nuevo.

Sara caía en los brazos de la figura. Esta la arrastraba con mucho esfuerzo, y desaparecían del campo de visión de la cámara. Ariel se quedó pensativa. Le resultaba familiar... muy familiar...

La impresora vibró, y expulsó una hoja de papel. En ella ya estaba impresa la fotografía. El último halo de vida de Sara Castillo.

***

23.14 p.m.

Esperaba que extraer la sangre de la chica joven fuese fácil. La yonqui le había dado más problemas. Su sangre era espesa y de un color marrón oscuro. La había desechado. Observaba su delgado cuerpo. Escuchó un conato de grito que se escapaba a través de los huecos de la pared. Bajo tierra nadie la podía oír.

La yonqui yacía sobre una mesa de madera. Le iba a ser muy fácil trabajar con ella. Su cuerpo era horrible de por sí, no necesitaría esmerarse mucho. Estaba desnuda, y prácticamente se podía ver a través de su piel. Sus brazos estaban llenos de heridas, pinchazos y hematomas. El tamaño de sus pechos se había reducido hasta prácticamente convertirse en sacos de piel arrugada y venosa. Estaba sucia. Sus ojos permanecían abiertos, igual que su boca, con una mueca de terror.

Humedeció una toalla en un barreño, y limpió su vientre y sus brazos delicadamente. Los intentos por gritar de la otra chica la estaban desconcertando. Se acercó al tocadiscos que estaba en la sala principal.

La gestación de la rata seguía su ciclo correcto. Ojeó la mohosa estantería, y extrajo de ella un vinilo. El cartón casi se deshacía en las manos por culpa de la humedad. La portada mostraba una imagen de una Madonna con lágrimas en los ojos. Era el *Stabat Mater* de Pergolesi. Colocó el disco sobre el aparató, y empezó a girar. Tras un breve sonido arenoso, comenzaron a sonar las primeras notas del *Stabat Mater Dolorosa.*

Volvió a la estancia, iluminada por una enorme lámpara redonda fabricada en hierro, que colgaba del techo gracias a unas gruesas cadenas. Sostenía esta a su vez cuatro enormes cirios. Cerca de las paredes, candelabros, y velas casi derretidas. La cera, adherida a la roca del suelo, formaba una alfombra blanca. Las paredes estaban ya ahumadas. Era como estar dentro de una escena

medieval. En el centro de la estancia se situaba la mesa con el cuerpo yacente. Sus largas y amarillentas uñas tantearon el instrumental. Un afilado cuchillo serviría, el mismo que había usado con la otra chica. Lo agarró firmemente, e hizo un corte en forma de V siguiendo el camino de la clavícula. Después, el cuchillo atravesó el pecho, y bajó hasta más allá del vientre, esquivando el mismo, formando una línea recta de una perfecta ejecución. Desde una perspectiva cenital, parecía haber dibujado una I griega en el cuerpo.

Con mucha delicadeza, separó la carne, dejando al descubierto el mecanismo interno. Arrancó las vísceras, y extrajo con cuidado los órganos. Pulmones, corazón, riñones... La tarea le llevó casi una hora, hasta haber vaciado por completo el tórax y el abdomen. Fue colocando los órganos en una caja de cartón. Tenía muy clara la idea que quería plasmar, pero el cuerpo estaba incompleto. Lo agarró. Ahora era más fácil transportarla. Condujo el cadáver hasta un cuarto colindante. Era similar al anterior, pero el suelo dibujaba agujeros con formas corpóreas, cómo si hubiese sido parte de una especie de necrópolis. Había de varios tamaños. Colocó el cuerpo en una de forma alargada. La profundidad de la misma era de al menos medio metro. Lo estiró, y se aseguró de que las heridas estuviesen abiertas. El agujero que subía desde el vientre era similar a las puertas de un armario. En la esquina del cuarto había un enorme saco. Pesaba. Vació parte de su contenido sobre el cadáver, hasta cubrirlo de un fino polvo blanco parecido a la sal. Observó el montículo, y salió del lugar. Necesitaba comer. Ahora tenía un buen botín. Un armario en medio de aquel extraño pasillo era el encargado de preservarlo. Lo abrió. Las diferentes baldas contenían diversas partes igual de apetecibles: dos riñones, varios pedazos de pulmón mordisqueados en la de abajo, vísceras envueltas en papel de periódico y un cerebro anaranjado en la del medio, y, por último, un corazón y dos ojos en la de arriba; estos se habían tornado amarillos. Los órganos estaban encogiendo, y alguno empezaba a oler, pero no los podía preservar de otra forma. Los tenía que comer así. Agarró uno de los riñones y clavó sus afilados dientes en él. Eran como amarillos cuchillos, cómo si la boca de una hiena estuviese dando cuenta de los restos de algún animal. Disfrutó cada mordisco de la seca carne. Se dirigió revitalizada al trabajo. Los gritos habían cesado.

La chica ni siquiera estaba encerrada, tan sólo se encontraba encadenada a una camilla. La sombra se empequeñecía según se acercaba. Ya estaba allí. La chica comenzó a vocear. Estaba afónica. Estaba asustada. Había empapado las

sábanas del pánico. No entendía qué le pasaba, pero su cuerpo no reaccionaba a sus impulsos. Apenas se podía mover.

La figura se acercó. Su rostro le hizo enmudecer de miedo. Estaba inmovilizada gracias a dos cinturones, uno en los tobillos, y otro en el vientre, que apretaban fuertemente sus brazos hasta casi dejarlos sin circulación. La figura observó que el colchón estaba amarillo. No necesitaría el agua, ya había expulsado el calmante. La sangre era buena. De la estantería metálica que estaba junto a la pared sacó la jeringuilla y la cánula. La chica gritó, y su garganta se rompió. De pronto estaba muda. No pudo articular ninguna palabra cuándo la aguja atravesó su piel. Tampoco cuando la sangre viajó a través del tubo de plástico hasta una garrafa ocre. Menos aun cuando cerró los ojos. Nunca volvería a despertar.

7 de noviembre - 20.32 p.m.

Cinco. Eran los días que el caso llevaba estancado. La fotografía no servía de nada. El sujeto iba tapado de arriba a abajo. Sólo sabían que no destacaba por su estatura. El ADN había confirmado que el cuerpo pertenecía a Sara Castillo, aunque el llanto de su madre el día que vieron el cadáver valía más que cualquier otra prueba científica.

Ariel estaba en una encrucijada. No tenía nada con lo que trabajar. La jugosa noticia había saltado además a la prensa, que se había hecho eco de la investigación, recreando morbosamente los últimos momentos de vida de Sara, y acosando a los padres en su domicilio, intentando sonsacarles alguna declaración. Su pequeño pueblo se había volcado en defenderlos de esos buitres, insultándolos cada vez que los veían colocar alguna cámara.

Había acudido a ver a Esperanza, aunque sentía que, últimamente, hablaba por hablar. No le había contado nada de Alba, ni de Verónica. Siempre hablaba de Zoe. Tampoco había hablado con Alba desde esa noche, aunque su sonrisa había rondado su pensamiento. Estaba hecha un lío, y no se sentía capaz de seguir adelante con el caso.

Naia había conseguido localizar el móvil de Sara un par de días antes. Estaba dentro de una alcantarilla de la calle Cordón. No les había servido de mucho. Ariel observaba el tintineo de una bombilla. Estaba segura de que Sara no iba a ser la única. Había dado orden de que se le informase de cualquier caso de persona desaparecida inmediatamente. No había llegado nada en todo ese tiempo. Dos días antes, su madre vino desde Aranda para traerle ropa. Pudo hablar con ella y pasar un rato con Budy. Eso la reconfortó brevemente.

Dio un trago a su Red Bull. No aguantaba más de pie, y había sucumbido ante las tentaciones del azúcar.

—Ariel.

Amaro la sacó del letargo en el que estaba sumergida.

—Comisario.

—Nos acaba de llegar una denuncia. Se trata de una desaparición.

Le ofreció una ficha. Ariel se levantó al instante y se la arrancó de las manos. La fotografía mostraba a una chica rubia, de ojos marrones. Era joven. Leyó su nombre. María Recio. Nacida el 8 de octubre de 1994 en Tardajos.

—¿Cuánto lleva desaparecida?

—Su madre ha puesto la denuncia hoy. No son muy cercanas, pero la llamó el día 5 varias veces y no contestó. Lo intentó de nuevo ayer, y lo mismo. Se ha presentado aquí hace un rato.

—Joder... podría llevar desaparecida semanas. ¿Sigue en el edificio?

—Está abajo. La reconocerás, tiene el pelo corto de color verde.

Ariel corrió escaleras abajo. Buscó en el *hall*. Había una enorme cantidad de gente. Localizó a la mujer, que se encontraba sentada en una silla, mandando un audio de WhatsApp con el móvil muy pegado a su boca. Vestía un conjunto de mallas púrpuras con estampado de leopardo, un jersey negro de brillos, muchos anillos y pulseras de bisutería, y grandes aros colgándole de las orejas.

—Disculpe, ¿es usted la madre de María Recio? —La mujer apartó la vista del móvil y observó a Ariel.

—Sí, soy yo. Susy. —No se la veía muy afectada. Su piel lucía un color cetrino causado por un paupérrimo bronceado falso, y su cuerpo emanaba olor a colonia infantil.

—Soy la inspectora Ariel Bloom, llevo el caso de su hija. ¿Podemos hablar en un sitio más tranquilo?

La mujer asintió, y Ariel la condujo a un pequeño despacho. Avisó a Verónica, que acudió al instante con una libreta. Le ofreció a la madre un café, que aceptó de buena gana. Cuando agarró el vaso se fijó en su manicura, unas uñas de gel color fucsia del tamaño de una almendra.

—Quiero ser muy delicada en lo que le voy a decir, pero necesito ser directa y sincera. —Moduló el tono de voz para intentar tranquilizar a aquella mujer, pero parecía estar más tranquila que Ariel. Asintió—. Vamos a tratar la desaparición de su hija cómo una desaparición de alto riesgo.

—¿Y eso por qué?

—Tenemos nuestros motivos para hacerlo. Por eso necesito que me diga todo lo que recuerde de su última conversación con ella.

La mujer se rascó la cabeza, moviendo su pelo verde. Ariel se preguntó por qué a cierta edad algunas mujeres apuestan por colores tan estrambóticos para su cabello.

—Buf —resopló—. No te puedo decir demasiado... no nos llevamos muy bien, la verdad... Yo vivo en Tardajos y ella estudia aquí... Tiene un piso alquilado cerca del arco de San Gil...

—¿Dónde estudia?

—En la UBU. Educación Social. —Verónica anotó en la libreta.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaron?

—Hace tres semanas por lo menos... La llamé para ver si me podía dejar dinero. Yo tengo una peluquería, pero últimamente no llego...

—Entonces María tenía trabajo, ¿no?

—Sí, sí... trabajaba de camarera en un restaurante ahí en la calle San Lorenzo... El Mariscal, pero me dijo que la habían despedido...

—¿Y sabe el motivo?

—Llegaba tarde... Creo que se quedaba a estudiar en la biblioteca y muchas veces se dormía... —Ariel pensó si se la podía llega a haber cruzado alguna vez. Verónica escribió el nombre del restaurante.

—¿Por qué la llamó el otro día?

—Para lo mismo... necesitaba dinero...

—Pero su hija está en paro...

—Y mi marido no me pasa la pensión. Yo tengo que comer. —Miró de reojo el reloj de la señora. Era de TOUS. La mujer se dio cuenta y se lo tapó con la manga.

—¿Y por qué no ha denunciado hasta hoy?

—Pues no sé. Siempre me dice que quiere vivir su vida sola... Yo no sabía si se había ido por ahí con algún chico... No tengo ni idea de la vida que lleva, la verdad.

No iban a sacar mucho más de esa mujer. Le pidieron que tuviese el móvil operativo las 24 horas y se despidieron de ella.

—Voy a llamar a la universidad.

Subieron al cuarto de ordenadores. Ariel le pidió a Naia que le buscase el teléfono de la facultad. Un minuto después hablaba con una secretaría, y cinco más tarde, con el rector. La voz cansada del mismo auguraba una colaboración nula, pero la insistencia de Ariel le hizo asegurar que iba a comprobar con secretaría los datos de asistencia. Media hora después estaba con él al teléfono de nuevo.

—¿Oiga?, mire, ya sabe que en la universidad la asistencia a las clases no es obligatoria, pero el pasado lunes tuvo un examen al que no se presentó, al igual que el martes.

Ariel le agradeció la colaboración y colgó. Se pasó las manos por la melena, tal y como hacía cada vez que estaba nerviosa. Verónica le preguntó qué

pasaba.

—Podría llevar desaparecida más de una semana —sentenció.

***

02.21 a.m.

No podía dormir. Era incapaz de hacerlo sabiendo que una chica podía estar en manos de un psicópata. Se sentía culpable de la muerte de Sara. Se sentía culpable de la muerte de Alejandro. Cuando estaba ocupada todo iba bien, no pensaba en todo eso... No pensaba en Zoe... pero cuando caía en la tentación y lo hacía se odiaba.

Daba vueltas en la cama. El vientre le ardía. Le agobiaba no poder dormir. Tanteó la mesilla con la mano, y dio con el bote de melatonina. No sabía si verdaderamente servía para algo, pero se metió dos pastillas en la boca, y las tragó. Se llevó los auriculares a los oídos y desbloqueó el teléfono. Spotify. *Play*. *See Me Now* - WURST.

Se acercó a la ventana. La luz verde y roja del neón de la pizzería de enfrente iluminó su rostro, tiñendo su piel de ambos colores. Buceó en su galería. Zoe y ella la observaban desde el sofá de su casa. Se besaban mientras a Ariel se le dibujaba una sonrisa en los labios. Una foto de Zoe recién levantada, una foto de sus manos juntas... Esa era su primera foto. La pantalla se mojó con sus lágrimas.

Se dejó caer al suelo deslizándose por la pared, y colocó la cabeza entre sus piernas para llorar. No podía parar de pensar en ella... en si estaba con alguien... en si la recordaba... Cualquier opción que se planteaba en su mente era mucho peor que la más viable. Estar enamorada de Zoe era su enfermedad. Se pellizcó la piel de su mano izquierda para ver si era capaz de sentir algo.

Allí estaba, llorando, iluminada solamente por los neones y la luz de su pantalla. Se metió en Instagram para buscarla. Apareció una publicación. «@albaroura, hace dos horas». Era un *selfie*. Alba suspiraba con la cabeza apoyada en su mano. Llevaba un moño que dejaba ver su cara. Ariel pensó que era preciosa, y se odió por pensarlo. La imagen no tenía texto debajo, sólo un par de emojis: una cara de agobio y unos libros. Tenía varios comentarios de sus amigas. Los leyó, y sin saber por qué, comentó. Un corazón negro. Bloqueó el móvil y cerró los ojos.

***

06.12 a.m.

El móvil vibró con violencia, dándole un buen susto. Saltó de la cama para contestar. Sus ojos no se habían acostumbrado aún a la oscuridad, y se dio un golpe en el pie. La luminosa pantalla la cegó brevemente. Descolgó.

—Ariel Bloom.

—¿Ariel?, soy Amaro. Te necesito en el paseo del Arlanzón. Hay otros dos cuerpos.

***

06.31 a.m.

Lo primero que vio fue dos camiones de bomberos, un cordón policial, y muchas luces de diversos colores. Había acudido a pie, más bien corriendo. Saludó a dos agentes que levantaron la cinta para que pudiese entrar.

Observó el humo que emanaba de unos árboles cercanos al río. Conocía bien el enclave. Había paseado muchos días entre esos árboles. Le gustaba esa especie de bosquecito perdido en medio de la ciudad.

Amaro acudió a recibirla. Parecía cada vez más viejo, y desconocía si siempre había tenido tantas arrugas. Sus ojos presentaban alguna que otra legaña, y alrededor de su pupila ramificaban montones de venas rojas.

—Ariel... buenos días...

—Buenos días, comisario. ¿Qué ha pasado?

—Una vecina ha alertado a los bomberos. Al parecer estaba dormida cuándo ha empezado a oler a humo. Se ha asomado a la ventana y ha visto un montón de llamas que venían de unos árboles. Cuando han llegado los bomberos...

Caminaron hasta la arboleda. Un par de operarios aún mojaban las ascuas que se resistían a enmudecer su cálido color bajo el agua. El suelo estaba ya seco y renegrido, igual que los árboles, que habían quedado destrozados. El olor a cenizas húmedas era penetrante. Ariel bajó la vista. No supo bien qué era la primera vez que lo vio. Se acercó dejando a Amaro atrás. Sintió de nuevo ese pinchazo en el pecho que la impidió reaccionar durante unos instantes.

Un cuerpo se arrastraba por el suelo. Al principio pensó que estaba vivo. No lo veía bien entre el humo. Desechó la idea rápido. Su torso tenía un color negro profundo, parecía que lo hubiesen bañado en alquitrán. Tuvo que iluminarlo con una linterna para asegurarse de que eso, en efecto, era el torso. De él brotaban unos delgadísimos brazos que se aferraban a la tierra, y unas piernas dobladas por tres partes que lo mantenían a cuatro patas. No parecían piernas. Se acercó algo más. No lo eran. Tenía cuatro brazos. Su propio par, y uno ajeno que le había sido cosido en la posición en la cual deberían estar sus piernas. Los habían roto por tres lugares distintos, creando una extraña forma poligonal. Las manos eran delgadas y afiladas, cómo las de un reptil. Podías adivinar la posición de cada hueso en ese cuerpo debido a su extrema delgadez. Iluminó su rostro. Estaba cubierto por vendas blancas, formando una máscara, y en el centro de la misma, una mancha roja, hecha sin duda de sangre, que brotaba desde dónde se suponía que estaban los ojos, hasta la barbilla.

—Joder...

—¿Crees que...?

—Tiene que serlo —respondió Ariel—. La puesta en escena concuerda con la de la biblioteca... Es demasiado...

Se escuchó una voz nasal tras ellos.

—PERO ¡¿QUÉ HAN HECHO?!, ¡¡POR EL AMOR DE UNA MADRE!!

—Nuestro trabajo, señora —respondió con calma una voz.

Soledad bajaba a duras penas por las escaleras. Llevaba su maletín bien agarrado, unos pantalones verde aceituna, y una camisa amarilla. Sobre ella, el mismo chaleco. Su pelo blanco tenía ya vida propia, y sus torcidas gafas también.

—La escena está destrozada... Pero ¡¿a quién se le ocurre echar agua a la escena de un crimen?!

—¡Señora!, ¿no ve que estaba ardiendo?

Corrió hacia el cadáver y se arrodilló sin saludar a Ariel ni a Amaro.

—¡Santo Onofre! ¿Este cuerpo estaba así?

—Así es.

—¿Dónde están las de la científica? ¡Necesito fotos de todo!

—En la otra escena —contestó Amaro.

—Ah, ¿qué hay más? —preguntó Soledad, y Ariel creyó percibir en sus ojos cierto brillo de ilusión.

Siguieron a Amaro por el camino de tierra, y subieron unas pequeñas escaleras para llegar al paseo de la Isla. Aquella especie de jardín botánico estaba lleno de esculturas a las que la luz de las linternas dotaba de un aire extremadamente misterioso. Pasaron al lado de un estanque. El ruido del agua distrajo a Ariel, que la iluminó con su linterna. Pudo ver una estructura de piedra que formaba una gruta por la que caía una cascada, y en medio del agua, un par de sirenas y unos tritones disfrutando del amanecer. Soledad se percató de la curiosidad que había generado el monumento en la cabeza de Ariel, y se dispuso a hablar.

—Es muy curioso este paseo, y sobre todo ese estanque. Se construyó con calizas de los páramos, aunque también hay estalactitas y estalagmitas de Atapuerca. Esas formas tan curiosas que tienen son fruto de la disolución de las calizas... ya sabes, al recibir el CO_2 del agua de la lluvia, reacciona con el carbonato cálcico de la caliza y forma anhídrido carbónico... o quizá al soportar infiltraciones de aguas ácidas desde su interior... Es la famosa karstificación. Las figuras de los tritones antes estaban en una fuente al lado del Teatro Principal, pero la retiraron para construir el Polisón...

Ariel se limitaba a asentir, pero no escuchaba nada de lo que aquella mujer decía. El paseo se le estaba haciendo eterno. Había cantidad de monumentos: el crucero de una iglesia, una pila bautismal y por fin, unos arcos. Seis, en concreto, sujetos por columnas campaniformes. Las blancas piedras que aún estaban unidas a los laterales de la estructura indicaban que en algún momento habían formado parte de un complejo más grande. Eran preciosos. Los *flashes* de las cámaras los iluminaban. Allí no había ningún curioso, solo varios agentes, que se entretenían colocando la cinta policial, con caras muy largas y extremadamente callados. Ariel saludó a Naia y Marisa, que hacían fotos.

Se abrió paso para llegar hasta ellas. Apartó a dos agentes, y comprendió el porqué del silencio. Frente a los arcos se alzaba una enorme silla de madera, de al menos metro y medio de altura. Sus patas y respaldo estaban exquisitamente decorados, tallados a mano. Las formas que las adornaban eran finas, pero a su vez grotescas. Parecían olas, pero también se asemejaban a los huesos, e incluso se podía llegar a distinguir alguna cara en ellas. Parecía que en ellas estuviesen atrapadas un montón de almas que luchaban por escapar de la madera. El centro del respaldo estaba trabajado de una manera distinta. Parecía un espejo, pero era un lienzo. Dibujaba un lago gris, y un cielo nuboso. Un

paisaje postapocalíptico, y, frente a él, el horror. Una tela blanca se elevaba unos centímetros, no más de treinta. Estaba arrugada. Sobre ella descansaba una cabeza humana. Sus ojos estaban abiertos completamente, y eran de un color negro que helaba la sangre. Negro era también su cabello, que le caía por los lados hasta cubrir parte de los laterales de la cara. Su piel era pálida, blanca, tan blanca como la tela. Tenía la pequeña boca cerrada, y una terrible expresión de tristeza. Parecía que la tela sobre la cual levitaba y ella eran un mismo ser, una especie de espíritu. Ariel se quedó petrificada. Soledad se acercó con toda la cautela que su fofo cuerpo le permitía, y juntó su cara a la de la cabeza hasta casi poder tocarle la nariz.

—Sublime —dijo—. Parece una escultura.

—Es ella —respondió Ariel en un halo de voz.

—¿Cómo?

Buscó su móvil en el bolsillo. Allí tenía la foto.

—Es María Recio.

***

07.01 a.m.

—¿Cámaras de seguridad?

—Nada. —Ariel se llevó las manos a la cara y frotó desesperada.

—¿Testigos oculares?

—Ninguno.

—Joder...

—¿Cómo es posible que alguien pueda transportar todo esto a un parque del centro y nadie lo vea? —preguntó Verónica, que había llegado unos minutos antes.

—Es muy cuidadoso. Escoge horas y lugares que conoce bien. Seguramente los investiga antes. En la biblioteca pudo estar observando semanas... incluso llegó a robar las llaves del guardia de seguridad... Pudo hacer una réplica después... —analizó Ariel—. Pasa desapercibido. Esa es su mayor ventaja. Las imágenes que tenemos de él no valen para nada.

El cuerpo de la arboleda había sido trasladado al depósito ya. No habían conseguido tumbarlo. Las extremidades no cedían en su mortal postura. La forense trabajaba ahora en la cabeza que habían encontrado frente a los arcos.

—Son muy curiosos estos arcos —le comentaba a Marisa, que escuchaba resignada—, formaban parte de la Granja de arcos que Don García Muñoz Jalón, el que era conde de Catilfalé, por eso se llaman así, tenía junto al camino de Villalonquejar. Esta fue construida en el siglo XVI por la familia de los Maluendas. Estos arcos no son lo único que donó este hombre... también dio su palacio a la ciudad, que es dónde hoy está el archivo municipal...

Marisa disimuló un bostezo mientras tomaba muestras de unas huellas que habían hallado en un charco cercano. Soledad agarró delicadamente la cabeza con sus manos. La tela se elevó, dejando al descubierto una estructura fabricada en hierro soldada a la silla.

—No puedo quitar la cabeza aquí. Esta unida a la silla mediante este hierro. Esta clavada a él. Necesito instrumental. Nos la tenemos que llevar así.

Amaro, al descubrir que bastantes personas acudían al jaleo, y temeroso de la presencia de los medios de comunicación, ordenó que la cubriesen con cualquier cosa.

Entre varios agentes la metieron dentro de un furgón de la policía. La estructura era demasiado grande para entrar en una ambulancia, y marcharon junto a soledad rumbo al hospital. Ariel miró a su alrededor. Apenas unas horas antes, en ese mismo espacio, había estado ese psicópata, sembrando un reguero de muerte a su paso. Se mareó. Verónica acudió al verla palidecer.

—Estoy bien... es sólo una bajada de tensión.

—¿Estas comiendo algo, Ariel?

—Sí —mintió.

***

07.10 a.m.

Quería quedarse para observar la escena, pero era demasiado arriesgado. Había tardado demasiado en prepararlo todo. La silla no había quedado perfecta. No le había dado tiempo a medir bien la posición. Las sirenas de los bomberos la habían alertado. Por poco...

Tenía enfrente el enorme edificio del centro comercial. En el parking habilitado para caravanas no había nada, a parte de un enorme vehículo blanco del que salía mucho humo y olor a aceite. Era una churrería portátil. Estaba en el asiento. Aquella máscara daba mucho calor. Se le pegaba a la cara. Revisaba las fotografías que había tomado con la polaroid. Muchas estaban borrosas.

No encontraba ninguna que mereciese la pena... ninguna que estuviese a la altura de sus altas expectativas. Eligió la más decente. La posición del cuerpo se apreciaba bien, y las llamas también. Era un infierno. Sonrió, y al hacerlo, notó el salado tacto de la piel de la máscara. Le gustó. Metió la fotografía en un sombre acartonado, y escribió en ella con pluma y su mejor caligrafía: «Inspectora».

Bajó de la furgoneta. Estaba algo nerviosa. Se puso la capucha por precaución en la calle. El sol aún no había terminado de salir. Era el momento perfecto. Aun así había demasiada luz... pero al menos la piel no le quemaba.

Caminó con tranquilidad. Vio al autobús de la ruta 1. Estaba vacío. Aún quedaba una hora para el primer timbre de los institutos. Iba bien. Dos chicos y dos chicas vestidos con el uniforme de alguna empresa de limpieza fumaban apoyados en la pared del Camino de Plata. No los miró. Tenía que llegar a su objetivo.

Cruzó el paso de peatones. Pasó por delante de una tienda de muebles. Tenía un reloj digital colgado del escaparate. Las siete y cuarto. Más rápido. Aceleró el paso. Ya veía la comisaría ante sus ojos. Aquel esperpento construido sin ningún tipo de gusto por la estética. Estaba a dos metros de ella. No se arriesgó a entrar. Esperó a que dos agentes que charlaban fuera se montasen en su coche. Estaba allí parado en medio de la calle como una estatua. Miró al guardia de la garita. Jugaba a algo en su móvil. Primer escalón. Segundo escalón. El guardia no tenía pinta de ir a levantar la mirada. Es más, cerró los ojos. Parecía cansado. Subió rápido el resto de escalones que la separaban de la entrada. Las puertas se abrieron al detectar su presencia.

La invadió una extraña mezcla de olores, como si estuviese inhalando plástico mezclado con café y algún ambientador. Buscó el mostrador. Un hombre vociferaba como un loco. Pudo adivinar por las palabras sueltas que, de vez en cuando dejaba caer en la conversación, que había tenido algún siniestro con el coche. La agente que le atendía hablaba por el teléfono y le hacía gestos al hombre para que bajase la voz. Un paso. Dos. Tres. Estaba muy cerca del mostrador. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Deslizo su mano dentro del bolsillo de la sudadera. Ocho. Nueve. Diez.

—Disculpe.

Se quedó paralizada. La voz de la agente. Se refería a ella. Miró al suelo. El sudor comenzó a brotar. Le escocía la piel. No sabía que hacer. Palpó con los guantes, y se aferró a la foto.

—Si espera su turno, se lo agradecería.

Relajó los músculos que había tensado. La mujer ni la había mirado. Aun así asintió. Agarró con cuidado el sobre con la fotografía, y lo colocó encima del mostrador. Retrocedió tres pasos. Buscó las cámaras de seguridad. Localizó una frente a ella. Bajó la cabeza y se quitó la capucha. Una melena negra y sucia salió de su interior. Miró a la cámara, y sonrío. Sabía que no podían verla.

Volvió a ponerse la capucha, y salió de la comisaría. Cinco minutos más tarde estaba de vuelta en su furgoneta. Tenía ganas de llegar a su hogar.

***

07.18 a.m.

Naia y Marisa se habían ofrecido a llevarlas a la comisaría. Su Prius estaba aparcado allí. Todo había sido muy precipitado.

Durante el trayecto, Ariel observó a través de la ventanilla tintada del vehículo cómo la ciudad iba poco a poco despertando. Unas señoras mayores hacían cola a la puerta de un supermercado, esperando a que levantasen la valla y las dejasen entrar. ¿Por qué madrugarían tanto? Varios bares llevaban ya abiertos un buen rato. Se fijó en uno. Su cálida luz invitaba a desayunar tranquilamente antes de poner rumbo al trabajo.

Giraron en la glorieta de la plaza del Rey. Cada vez que pasaba por allí miraba el edificio del Barco. Su curiosa forma, similar a la proa de un navío, dotaba a aquel anaranjado edificio modernista de ladrillos de una personalidad arrebatadora. Siempre se había preguntado cómo sería vivir allí, y también se preguntaba por qué casi nadie reparaba en él. Una vez se acercó a la tienda de abajo. Era de color verde, y poseía unos faroles blancos decorados con motivos florales, como los que cubrían sus ventanas. Parecía parte del universo de Boris Vian. Había estado mirando durante cinco minutos el escaparate, pero le dio vergüenza entrar, y acabó caminando calle abajo.

Sacudió la cabeza para despojarse de esos pensamientos. En todo ese rato, el coche había alcanzado ya la comisaría. Naia aparcó el coche en el espacio reservado para agentes, y se dispusieron a entrar.

Un hombre salía del interior murmurando. No estaba contento por el trato recibido. Ariel no le prestó demasiada atención.

El vestíbulo estaba bastante despejado. Incluso el agente que se suponía debía estar encargándose de la vigilancia desde la garita se había tomado unos

minutos libres para conversar con la chica de información. No se sabía su nombre, a pesar de que la veía a diario. Era una de esas personas que pasan desapercibidas. Peinado común, nombre común, forma de ser común... Se dirigía ya al piso de arriba cuando la sorprendió su voz.

—¿Inspectora? —Ariel se giró.

—¿Sí?

—Hay una carta para usted.

Se acercó al mostrador, y la mujer le ofreció un sobre algo ajado. En él se podía leer, escrita con una caligrafía casi medieval, la palabra «Inspectora». Ariel torció el gesto. No se acostumbraba a que se refiriesen a ella por su rango.

—¿Cómo sabes que es para mí?, aquí sólo pone «Inspectora». No hay ni nombre ni apellidos.

La mujer del mostrador se mordió el labio nerviosa.

—Bueno... si gira el sobre...

Ariel la miró con las cejas arqueadas, pero obedeció. Sintió que sus manos se entumecían, y casi dejó caer el papel al suelo. Dibujado a tinta, y con un detallismo increíble, ahí estaba su rostro. Era ella, de eso no había duda. El autor del retrato había captado sus facciones a la perfección. Su nariz tan coqueta, sus ovalados ojos con las largas pestañas, las cejas, siempre tan expresivas, sus carnosos labios... y el pelo negro. Se lo había dibujado más largo y algo ondeado. No le quedaba mal. Se asustó y se apoyó en el mostrador. Dejó allí el sobre.

—¿Quién te ha dado esto? —preguntó algo agitada, y mirando fijamente a la mujer, que se acobardó.

—No... no lo sé... una mujer, creo...

—¿Cómo que creo?, ¿no la has visto?

—N... no... estaba atendiendo a un hombre por un siniestro en un coche... y c...creo que estaba detrás. —Ariel no dejaba de mirarla, y la mujer comenzó a temblar mientras intentaba comprender por qué era tan importante eso—. No me he fijado... pero tenía el pelo largo... o eso creo.

Ariel buscó a Naia con la mirada. Estaba al lado de Marisa y Verónica. Ambas tenían la boca entreabierta en señal de sorpresa.

—Este sobre es una prueba. Tratadlo como tal. Necesito que se analice.

Naia asintió, y con mucha velocidad, se agachó para abrir el maletín. Se puso unos guantes, y extrajo un sobre de plástico hermético. Corrió hacia el

mostrador, y deposito el sobre cuidadosamente en él. Subió con Marisa al laboratorio.

—¿Hace cuánto?

—¿El qué?

—Hace cuánto ha estado aquí.

La mujer miró el reloj digital de su muñeca y arrugó la frente mientras realizaba unos cálculos mentales básicos.

—Menos de diez minutos.

—*FUCK*!

Salió corriendo a la calle, a sabiendas de que no iba a encontrar a nadie ya. Una ráfaga de viento empujó su cabellera contra su cara. Se la apartó. Volvió al edificio.

—Las cámaras —le dijo a Verónica—. Vamos a mirar la grabación, ya.

Verónica asintió. El corazón de Ariel iba a mil por hora. Esa era la sensación que debía tener un condenado a la espera de un veredicto. Corrieron a la sala de seguridad. Basurto estaba dentro, manteniendo una animada conversación sobre los partidos de la fase de grupos de la Champions con un agente de bigote blanco y flequillo lamido que se parecía un poco a Santa Claus. Se alegró al verlas y las saludó con la mano.

—¡Hey, hey, hey!, ¡buenos días, compis!

Ariel no podía pensar cómo responder de forma educada, y se limitó a hacer un resumen básico y preciso de lo sucedido.

—El sospechoso ha estado aquí hace menos de diez minutos, necesitamos la grabación de las cámaras de seguridad —lo escupió como un robot. Basurto abrió la boca.

—Joder. Dale, dale, Enrique —le dijo a Papa Noel.

La sala era oscura, y en ella había doce monitores de plasma anclados en la pared. La comisaría tenía muchas más cámaras que televisiones había allí, pero cada monitor tenía varias asignadas. La luz verdosa que emanaban se reflejaba en la cabeza rapada de Basurto.

—¿Cuál te pongo? —dijo Santa con una voz afable.

—Vestíbulo y exterior.

Tecleó. En los monitores centrales apareció un plano cenital que mostraba la entrada a la comisaría. Estaba vacía. No se podía ver la garita, pero el tiro de cámara enseñaba perfectamente a la gente que entraba y salía. Nadie en esos momentos. Ariel se apoyó en el respaldo de la silla. Una persona entraba en

plano. Su respiración se cortó. La capucha de la sudadera negra que llevaba les impedía ver su cara.

—*Fuck, fuck, fuck*!

Daba tímidos y cortos pasos para subir los escalones, y de vez en cuando giraba la cabeza hacia la derecha para mirar a la garita.

—Pero ¿quién cojones estaba en la garita? —preguntó Basurto.

—Amado —respondió despectivamente Santa.

—No me digas más.

La persona de la sudadera entraba en el edificio. La cámara cambió. Ahora mostraba una panorámica perfecta del *hall*. En el mostrador, la mujer hablaba por teléfono mientras un hombre movía la boca de forma muy agresiva. Ariel le reconoció, era el que se había cruzado esa mañana al llegar. Eso la situaba aún más cerca en el lapso de tiempo del sospechoso. Observó con detenimiento todos los movimientos de aquella figura fantasmagórica que la cámara había registrado. Se quedaba quieta unos segundos, como si estuviese repasando su plan, y de pronto comenzaba a caminar. Tres pequeños pasos. Su mano derecha se adentraba en el bolsillo de la sudadera. Cuatro pasos más. De pronto se paraba en seco, y bajaba la cabeza. Parecía que la mujer le decía algo sin mirarle. La figura asintió, pero poco después extraía de su bolsillo el sobre y lo colocaba sobre la mesa. Entonces retrocedió, y se situó justo en frente de la cámara. De pronto bajo la cabeza, y comenzó a deslizar poco a poco la sudadera.

—Pero ¡¿qué hace?!, ¡qué se la quita! —exclamó exaltado Basurto, agitando sus musculosos brazos en el sentido de los monitores.

La capucha cayó hacía atrás, dejando suelta una melena negra larguísima. La sala quedó en silencio, como si los corazones de los cuatro hubiesen dejado de latir a la vez. La figura miró a la cámara. Tenía un rostro.

—Pero ¿qué cojones es eso?

Su cara colgaba. Estaba cosida a partes. Su boca estaba demasiado abierta, y a través de ella se podía ver más piel, y las cuencas de los ojos estaban vacías, en su lugar había dos hoyos negros.

Tenía un rostro, sí, pero no era el suyo. Era una máscara.

***

09.38 a.m.

Ariel observaba en el monitor del ordenador la repetición de las imágenes una y otra vez. No podía ver la cara de la figura bajo esa máscara, pero sabía que se estaba riendo. Ella sabía lo que llevaba puesto, aunque Amaro se negaba a darle crédito hasta tener pruebas más sólidas. ¿Qué clase de prueba podía haber más sólida que una imagen? Era una cara. La de alguien. Había pedido autorización para realizar una búsqueda digital en el archivo de imágenes de la policía basándose en los patrones de ese rostro, pero le había sido denegada. Se sentía impotente.

Masticó un chicle de clorofila que le refrescó la boca y le despejó la nariz. Analizaba cada uno de los movimientos de esa figura. Eran extraños, como si estuviesen coreografiados. Verónica había salido de la sala a fumar. El ambiente estaba muy tenso.

No dejaba de darle vueltas al dibujo del sobre. Era un retrato perfecto. ¿Cómo podía haberla dibujado tan bien? Era normal que estuviese asustada. Un torbellino de temor se había adherido a su estómago y no se desprendía de ella. Tenía la sensación de ir a trescientos kilómetros por hora en una montaña rusa. ¿Y sí ese psicópata la había estado observando? Había salido de fiesta por Llanas, y allí se había visto por última vez a Sara Castillo... María Recio vivía en una zona cercana, por la que ella había pasado también...

Se reclinó en el asiento y se mordió el labio. Pensaba y pensaba. Y una intuición horrible no dejaba de bombardear su cabeza. Naia entró en el despacho.

—Ariel, ya tengo los resultados preliminares del análisis del sobre. La luz ultravioleta ha revelado varios trazos que han sido posteriormente borrados, nada interesante, pero también muestra diferentes niveles de absorción de luz por zonas... Utilizó al menos tres tipos de tinta distinta para hacerlo. Cuando pueda observar en profundidad la fibra te diré más. Estamos analizando y comparando la caligrafía también, pero... aun así, lo más llamativo es el material del que está hecho el sobre...

—¿A qué te refieres?

—Es... piel... —Ariel puso un gesto cercano a una nausea y se tapó los ojos con las manos—. Es como la vitela... ¿Sabes lo qué es?

—No.

—Es un tipo de pergamino que se fabrica con la piel de becerros.

—Dios... ¿crees que es piel humana?

—Está tratada de tal manera que es difícil de decir. Ya has visto el tacto, parece papel. Necesito hacerle más análisis.

—¿Qué había dentro?

Naia se acercó a la mesa, y dejó encima una pequeña bolsa hermética de plástico. En su interior, una fotografía con los bordes blancos. Ariel la cogió y observó detenidamente. Reconoció inmediatamente lo que mostraba: el cadáver que habían encontrado esta mañana en la arboleda, con el fuego alrededor. La composición era magnífica, como si se tratase de una obra de arte. El cuerpo se arrastraba por el suelo, intentando huir de las llamas, que ya habían quemado parte de su torso, por eso estaba pintado de negro. La cara vendada y ensangrentada... las extremidades retorcidas... y el rojo de las llamas envolviendo el ambiente.

—¿Es una polaroid? —preguntó, aunque era obvio.

—Ajá —afirmó Naia—. Parece tomada poco antes de que llegasen los bomberos. Ese cabrón es escurridizo.

—Lo es... —susurró Ariel apretando los labios mientras Naia salía de la sala —. ¡Naia! —gritó. La chica se dio la vuelta—. ¿Podría llevarle una muestra de la piel del sobre a la forense? —Naia asintió.

***

10.01 a.m.

Había sido más fácil llegar al depósito que la primera vez, dado que ahora ya conocían el camino. Avanzaron por el frío pasillo que conducía a esa sala en la que la muerte era rutina. Verónica no quiso entrar al saber que, seguramente, Soledad estaría a mitad de trabajo. Ariel lo comprendió.

Efectivamente, la forense estaba de espaldas a la puerta, sentada en una silla con ruedas, demasiado pequeña para ella, puesto que la mitad de su cuerpo se encontraba fuera de la misma. La camilla colindante estaba cubierta por una sábana blanca.

—Hola, Soledad —dijo Ariel desde la puerta, temerosa de que no se hubiese percatado de su presencia.

La forense se giró sobre sí misma y escrutó a la inspectora con el ceño fruncido. Pronto en su cara se dibujó un conato de sonrisa.

—Uy, qué pronto vienes. ¡Aún ni me he puesto con la otra!

Se levantó del asiento para recibirla, y dejó al descubierto la cabeza. Estaba ahí, observándolas con los ojos tristes. Le había abierto ya el cráneo, así lo denotaba la línea que recorría su frente. El aspecto era terrorífico.

—No, no te quiero meter prisa con las autopsias...

—Mejor, porque desde luego estas son peliagudas... Mira, ¿la chica de la cabeza?, otra vez sin cerebro. Me refiero a que se lo han extirpado, no a que fuese algo corta. Yo eso no lo puedo juzgar por que no la conocí. —La risa de cerdito. Ariel no reaccionó a ese macabro comentario—. Sin embargo, la piel está tratada algo diferente. El cadáver anterior presentaba una sequedad extrema, debida a la acción del polvo bórax, que lo había acabado deshidratando, pero este... está suave, muy delicado... —Acarició la mejilla—. Le ha inyectado de nuevo pintura blanca y otro tipo de líquido. Lo tienen que analizar, pero vamos, que es líquido de embalsamar. Te lo digo yo ya por lo que reluce esta piel...

—Le tiñó el pelo, ¿verdad?

—Sí, se le ve la raíz rubia. Y también se lo cortó. Las puntas tienen un acabado muy basto. No entiendo por qué lo haría...

—Yo tengo mi hipótesis. Creo que está imitando algo, y es algo que conozco, pero no doy con ello. —Ariel se llevó la mano a la frente.

—Quizá si te enseño el otro cadáver te aclares.

—No lo creo... Te quería preguntar sobre un tipo de material.

—Mira, así me tomo un descanso.

Se quitó los guantes de látex y los desechó en una papelera. Después de lavarse las manos, se dirigió a su mesa, y sacó una naranja del cajón. Le ofreció un gajo a Ariel, que obviamente, declinó.

—Se trata de la vitela.

—Bueno, me tienes que concretar, porque hay dos tipos, la de piel y la vegetal.

—La de piel.

—Es muy curioso. La gente se lleva las manos a la cabeza, pero lo que muchos no saben es que la piel se ha usado como pergamino durante muchísimos siglos. Es interesante la historia de la vitela. En la Edad Media era un material que gozaba de gran prestigio, para manuscritos, pintura... de todo, de todo.

—¿Cómo se fabrica? —se apresuró a preguntar antes de que las divagaciones de aquella mujer se alargasen.

—Mmm. —Masticaba un gajo de Naranja que Ariel pudo observar cómo se deslizaba por su garganta —. Se suele hacer con la piel de becerros. Suave como el culito de un bebe. Primero se lava, y luego se trata con cal varios días para que termine de soltar el pelo. Luego se esquila el vello que pueda quedar. De hecho, a veces se pueden observar los folículos pilosos en el lado externo, junto con las cicatrizaciones que el animal pudiese tener. A veces se muestra también lo que se llama «veteado», que es el patrón de la red de venas del becerrito.

Ariel asintió mientras intentaba apartar esa horrible imagen de un pequeño bebe de vaca siendo descuartizado. Ya hacía años que no comía animales, y la empatía que sentía por ellos era mucho mayor que la que sentía muchas veces por los humanos.

—¿Se podría hacer con piel humana?

—Que pregunta más curiosa. Sí, supongo que sí, pero con mucho más cuidado, claro... La piel es mucho más fina.

Ariel sacó del bolsillo de su pantalón una pequeña bolsa. Dentro de ella, un pedazo de apenas tres centímetros que Naia había extraído del sobre. Se lo ofreció a Soledad.

—Esta mañana hemos recibido esto en la comisaría —explicó—. Un sobre, y en su interior una fotografía de la escena del crimen. Lo han entregado en persona.

Soledad agarró la muestra sin dejar de mirar a Ariel.

—¿En persona?

—Sí, mientras estábamos en el paseo de la Isla. Naia ha hecho unos análisis al sobre, y ha descubierto que está fabricado en piel.

Soledad torció el gestó, tiró las cascaras que restaban de la naranja a la basura, y se volvió a enfundar unos guantes. Extrajo de la bolsa el trocito del sobre, y lo colocó bajo un microscopio binocular bastante aparatoso en el que Ariel no había reparado antes. Realizó varias operaciones para ajustar la lente, y estuvo mirando a través de él más de tres minutos. Un rato después por fin emitió algunos sonidos incomprensibles.

—Oh... mmm... aha... sí, sí...

—¿Qué sucede?

—Podría ser piel humana —dijo sin aparatar la vista—. La piel del becerro recién nacido suele ser muy blanca, y esta presenta un tono oscuro,

posiblemente debido al exceso de melanina... y se puede ver algo difuminada la marca de una red venosa en la membrana...

Miró a Ariel con una cara parecida a la de un búho desorientado, y se colocó las gafas.

—Te he traído una copia de la fotografía.

Le entregó un folio en el que habían ampliado e impreso la imagen de la polaroid a todo color. Soledad abrió la boca y los ojos exageradamente, y se reclinó en el asiento, alejando la imagen con sus pequeños brazos como para intentar apreciarla mejor. Silbó como si admirase lo que veía.

—Vaya... es impresionante... es como estar viendo una pieza de Marina Abramovic... o de Hirst... Es impresionante...

—Tengo la hipótesis de que está intentando crear arte a través de los cuerpos.

—No es descabellado. Y no sería el primero. Hay una gran colección de artistas que han creado arte a partir de la muerte... ¿Te suena el nombre de Gunther Von Hagens? —Ariel negó con la cabeza—. Bueno, muchos le conocen como el Doctor Muerte, un mote un tanto desafortunado. Es un científico y artista que desarrolló el método de la Plastinación. Es un proceso muy complicado, pero, así resumido, consiste en, primero inyectar formalina en las arterías para destruir las bacterias, después, bañar el cuerpo en acetona para extraer la grasa y los líquidos del cadáver y remplazarlos con un polímero, como caucho de silicona. Se lleva el cuerpo a una cámara de vacío, en la cual se extrae la acetona y, mediante ese mismo vacío, se le permite al polímero penetrar en todas las células del cuerpo. Luego ya se posiciona al cadáver en la postura que se desee con ayuda de agujas, cables, abrazadores... y, por último, el cuerpo se acaba curtiendo con la ayuda de luz, calor o gas.

—Pero ese proceso tiene que llevar bastante tiempo...

—Meses. Pero nuestros cadáveres no están plastinados; de hecho, conservan la piel. Eso en la plastinación casi nunca se hace. Esta busca mostrar la anatomía del cuerpo humano... Aquí nos está presentado cadáveres...

—En un contexto —terminó Ariel.

—Eso es.

—El escenario del teatro... la arboleda en llamas... la cabeza en la silla...

—Exacto. Es como cuando Andrés Serrano retrató los cadáveres de aquella morgue... o como las *écorchés* de Honoré Fragonard.

—¿*Écorchés*?, como de... ¿desollar?

—Sí. En pintura es la representación de una figura anatómica desollada para mostrar sus músculos y órganos. Honoré Fragonard lo llevo a otro extremo... Era anatomista, así que las pudo realizar con cuerpos reales. Su técnica para preservar tan perfectamente esos cadáveres no se descubrió hasta la ola de calor de 2003. Al parecer, las inyecciones vasculares de la piel se derritieron puesto que no usaba cera, como habían hecho previamente otros como Jean-Joseph Sue, sino sebo de oveja, cuya grasa se fundía a una temperatura mayor a veinte grados. Después barnizaba los cuerpos con resina de alerce y creo que trementina veneciana, lo que evitaba los ataques de insectos como los derméstidos.

—Los derméstidos... otra vez.

—¿Eh? —Soledad arrugó su achatada nariz.

—Nada, nada... ¿Tienes ya los resultados de los líquidos que habían inyectado al cadáver?

—Deberían estar para esta semana... pero ya sabes... las cosas de palacio van despacio. —Rio.

—¿Te puedo molestar un minuto más?

—Claro. —Sonrío. Ariel sacó el móvil del bolsillo y buscó en la galería. Una vez hubo encontrado lo que buscaba, pulsó *play* y le entregó el teléfono a Soledad.

—Son las imágenes de la cámara de seguridad de la comisaría. Quiero que me confirmes una sospecha.

Soledad se levantó las gafas para ver mejor. La secuencia se reflejaba en sus ojos. Aquella figura entraba con movimientos casi de ballet.

—Mmmm... qué curioso...

—¿El qué?

—Mira. —Pauso el vídeo—. Si lo comparas con el hombre que está en el mostrador, es bastante alto. Ese señor tendrá una estatura normal de adulto, en torno a un metro setenta.

—Sí. Me lo he cruzado esta mañana en la puerta, y era más alto que yo.

—Sin embargo, vuestro sospechoso se levanta por encima de él... Es como si fuese o muy alto... o un... bueno, lo puedo decir aquí que no nos oye nadie... un gigante.

—Era mucho más grande que Sara Castillo. Es un dato que ya había comentado.

—Sí... debéis tenerlo en cuenta.

Ariel asintió y Soledad reanudó la reproducción del vídeo. La figura se alejaba, bajaba la cabeza, se quitaba la capucha, de la que salía la mata de pelo negro sucio, y miraba a cámara con esa mascara impertérrita. La imagen se congelaba ahí. Soledad tenía los ojos exageradamente abiertos, al igual que la boca, y las cejas, arqueadas.

—Bueno, se completa el rompecabezas —dijo.

—¿A qué te refieres?

Se levantó de la silla sin soltar el móvil y se dirigió a la camilla que estaba cubierta con la sábana.

—Vamos a comprobarlo.

Destapó la cara, cubierta aún por esa venda con la mancha roja en el centro. El cuerpo estaba colocado de lado, con las extremidades rígidas marcando sus grotescas formas bajo la sábana, cuyo sobrante colocó cuidadosamente sobre los hombros de la víctima, dejando cubierto el resto del cadáver.

—Mantén el vídeo parado ahí —le pidió.

Acto seguido, palpó con los dedos el vendaje de la nuca. De esta sobresalían tres grapas, que anclaban el tejido a la piel. Cogió unas pinzas de la mesilla, y las acercó a las grapas. Agarró una de ellas con la punta de las pinzas, y tiró. Le costó bastante, pero poco a poco, los dientes de la grapa salían del cráneo. Eran largos, de más de cuatro centímetros, y rectos, por lo que Ariel dedujo que habían atravesado el hueso. Le llevó más de diez minutos y mucho esfuerzo extraer las tres grapas. Ariel llegó a atisbar incluso unas gotas de sudor en la frente de la forense. Las colocó en una bandeja de metal, donde dejó también las pinzas, y sacó un taco de plástico, que puso bajo el cuello del cadáver. Este estaba tan rígido que se levantó parte del cuerpo. Un trozo de la venda se había soltado, marcando el inicio. Soledad comenzó a tirar suavemente de ella, dando vueltas con el tejido alrededor de la cabeza. Ariel sabía que estaba en lo cierto, y que Soledad pensaba lo mismo que ella. Había por lo menos dos metros de venda. Poco a poco, algo comenzó a vislumbrarse tras el fino material, sin llegar a distinguirse del todo. Parecía una superficie rocosa. La venda estaba a punto de terminarse... unos pocos centímetros más...

No había rostro. Una calavera escrutaba el lugar a través de sus cuencas vacías. Nada de piel recubría la osamenta, que estaba completamente limpia. Sus dientes destacaban bajo el orificio nasal. Grandes como los de un can, y muy estropeados. El color de los que no estaban rotos era marrón, y al esmalte

se había adherido una capa de sarro negro. Soledad miró a Ariel, que no parecía sorprendida por el hallazgo.

—Lo sospechabas, ¿verdad? —Ariel asintió ante esa pregunta—. Yo también.

Soledad hurgó en el bolsillo de la bata, que sonaba como si dentro tuviese una cacharrería. Ariel se fijó en que los bolsillos de ambos extremos estaban muy abultados, y le sorprendió que no se rompiesen debido al peso. Al fin Soledad extrajo de él una lupa, y la aproximó a la dentadura de la calavera.

—Más o menos cuarenta años —separó la mandíbula— y mala vida. Tiene rotos el primer y tercer molar del maxilar superior... ambos incisivos centrales... y el segundo premolar y tercer molar del inferior. Aparte de una descalcificación notoria en todas las piezas, fíjate en las manchas que presentan los incisivos. No se puede decir que esta persona tuviese mucha higiene bucal, porque había desarrollado una gingivitis terrible... Hay restos de placa muy extendidos, y se le han caído los dos caninos superiores.

Volvió a llevarse la mano al bolsillo, esta vez acertó a la primera, y sacó un pequeño espejo como el que usan los dentistas. Lo introdujo en la cavidad bucal y lo colocó tras los incisivos inferiores.

—Buf, buf, buf, ¡San Pito Pato!, ¡mira, mira!

Ariel obedeció y se acercó. En el espejo se reflejaba la parte posterior de los incisivos, marrón completamente, y cubierta de manchas negras. Soledad apartó el espejo.

—Y qué de caries —comentó—. Esta persona no ha conocido un cepillo de dientes.

—Quizá no ha tenido acceso a él —respondió Ariel.

—¿A qué te refieres?

—Puede que no tuviese hogar... que viviese en la calle. Esta mañana me fijé en sus manos. Faltaban varias uñas, y esta dentadura... es sólo una teoría...

—No, no... tiene mucho sentido. Lo que está claro es que hay muchas posibilidades de que la máscara que se ve en el vídeo...

No hizo falta que terminase la frase.

***

12.32 p.m.

Verónica entró en una cafetería cercana para pedir un café. Ariel había preferido quedarse en el coche. Estaba absorta mirando la pantalla de su móvil. Había buscado en Google información sobre la plastinación. Las fotografías eran muy ilustrativas. Varios cuerpos, en diferentes posiciones, pretendían llevar una vida normal. Todo sería muy común, de no ser por la ausencia de piel, que dejaba a la vista músculos y órganos, e incluso, en algunos casos, los huesos. La radio emitía de vez en cuando algún aviso. No hizo caso. Volvió a la barra del buscador y escribió: «Honoré Fragonard, *Écorchés*».

La página se cargó mostrando diversas figuras ajadas. Una de ellas montaba en un caballo del cual sólo quedaban músculos y huesos. El personaje de encima la observaba con unos ojos redondos que le atribuían un aura de locura. Aquellos cadáveres se parecían algo más a los que habían encontrado. Había animales, e incluso bebés. La puerta del coche se abrió, y Ariel bloqueó el móvil.

Verónica se sentó. Entre sus manos llevaba unos vasos desechables con una tapa de plástico. El aroma del capuchino invadió el pequeño espacio.

—Café para mí, y té verde para ti.

Se lo ofreció a Ariel, que agradeció el detalle. El vaso ardía, así que lo apoyó en el asiento, justo entre sus piernas.

—¿Te suena la leyenda del Sacamantecas?

—Claro. —Rio Verónica—. Soy de Álava.

—Pero te hablo de la leyenda, del cuento.

—Pues... era un hombre que asesinaba a mujeres y niños, ¿no?

—Sí, y les extraía la grasa corporal para fabricar productos... cremas y ungüentos.

—Joder, Ariel, me vas a fastidiar el café.

—Perdona —la miró avergonzada—, es que le he estado dando vueltas a algo... En España hay muchas leyendas de este tipo... el Sacamantecas... el Tío Saín... el hombre del saco... el tío Camuñas... y todos tienen algo en común...

—¿Qué mataban niños?

—No... que extraían la sangre y la grasa de los cuerpos.

—Pero eso son leyendas urbanas... a mí siempre me hablaban del Sacamantecas para que volviese pronto a la baserria. —Verónica intentó beber del café. Aún humeaba.

—Pero esas leyendas están basadas en sucesos reales, y no sólo eso, sino que además han ocurrido crímenes posteriores que las han dado más fama.

—Juan Díaz de Garayo... —comentó en voz baja Verónica.

—Por ejemplo. El Sacamantecas de Vitoria. Casi todos allí le conocéis. Asesinaba a mujeres y las mutilaba.

—Joder...

—Pero no es el único. Manuel Blanco Romasanta, el hombre lobo de Allariz. Mataba a mujeres y niños, y con su grasa hacía...

—Cremas... —prosiguió Verónica.

—Eso es. O el crimen de Gádor.

—No lo conozco...

Ariel se percató de que los ojos de su compañera estaban muy abiertos, expresando a su vez curiosidad y temor. Bebió algo del té, aún caliente, como queriendo preparar la garganta para la historia que iba a contar.

—En 1910, cerca de Almería, un hombre de unos cincuenta años, apodado el Moruno, estaba enfermo de tuberculosis. Tenía cargas familiares, y en esa época que el padre muriese podía suponer la ruina para la familia. Un día se levantó tan enfermo que su mujer lo llevó a un pueblo cercano, Gádor, donde residía una curandera llamada Agustina Rodríguez. Esta, al verlo así de mal, acudió a la única persona que, según ella, podía salvarlo. —Hizo una pausa para dar otro sorbo del té. Respiró—. Francisco Leona, el barbero del pueblo... alguien del que cada vez que se hablaba era para contar algo horrible. Este les dio una solución: debía beber la sangre recién extraída de un niño mientras las mujeres le restregaban por el pecho las tripas del mismo... o mejor dicho...

—Las mantecas...

—Aha. Les cobró tres mil reales. Esa misma tarde, un niño de apenas siete años, Bernardo, acompañaba a su madre a lavar la ropa. Este se escapaba bastante. Leona y otro cómplice, no recuerdo el nombre, lo vieron, y decidieron que debía ser él. Uno lo entretuvo mientras el barbero le tapaba la boca con un pañuelo impregnado de cloroformo. Lo metieron en un saco y lo llevaron a un cortijo. Allí estaban todos esperando. Cuando el niño despertó lloraba llamando a su madre, pero Leona le dejó inconsciente a golpes. Le tumbaron en dos mesas, y decidieron no anestesiarle para que, al moverse este, el caudal de sangre fuese mayor. Le hicieron un corte en la axila izquierda con una navaja muy fina, de las que tenía el barbero, para rajar las arterias principales... cuando el niño volvió a despertar...

—Dios mío... —Verónica se había llevado las manos a la boca.

—Metieron la sangre en una olla, le echaron algo de azúcar, y el Moruno la bebió. Después Leona abrió en canal al pobre chico. Una herida limpia en la boca del estómago. El Moruno cogió las vísceras, y ayudado por su mujer, se las untó por el pecho, mientras el crío miraba horrorizado. Se resistía a morir. Al final se acabó desmayando. Leona y la curandera llevaron el cuerpo a un barranco, donde lo enterraron. Dicen que aún respiraba. La mujer le aplastó la cabeza dándole varios golpes con una piedra hasta matarlo.

Se hizo el silencio en el coche. Verónica tenía la boca abierta y los ojos húmedos. Ariel la miró. Supo que había sido demasiado explicita.

—Joder... Ariel... ¿por qué sabes todas estas cosas?

—Pues... —la pregunta le hizo sentir algo incómoda—, no lo sé. Podría inventarme una respuesta, pero... siempre me han fascinado los crímenes de esta índole... la historia negra del mundo... cosas que han sucedido, y que nadie quiere saber... pero es necesario recordar si no queremos que se repitan...

—Pero... esa maldad tan extrema... no es lo común, Ariel.

Ariel volvió a beber. El contenido ya estaba frío, y el sabor era asqueroso. Miró a Verónica. Sus labios rosados competían con sus mejillas, algo apagadas. Se dio cuenta de que estaba pálida.

—En Utrera vi el mal. Lo miré a los ojos. Vi cómo ese mal puede poseer a la gente... manipularla... hacerla matar. —Era la primera vez que hablaba con alguien que no fuese su psicóloga de esto. Su voz era firme—. Giancarlo Coruggio. —Se atrevió a decir su nombre en voz alta meses después—. Una de las personas más horribles que... —Notó como sus cuerdas vocales se agarrotaban—. Estuve a punto de morir, Verónica. Mató a mi compañero... a mi amigo... Alejandro Manjón... uno de los seres más bellos que he conocido... una persona que vio una luz en mí que yo jamás había sido capaz de ver.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Verónica acarició su mano, y la agarró con firmeza.

—Por mi culpa —continuó, ya con la voz quebrada—. Cada noche pienso en él, y deseo que hubiese sido yo la que ocupase su lugar. Yo no tengo nada aquí. Nada. Él...

Ariel temblaba y sollozaba. Verónica se lanzó a abrazarla. El suave tacto de sus manos y su olor la reconfortó.

—Ariel... no puedes torturarte así... Tu intentaste salvarlo, joder...

—Tengo pesadillas. Cada vez que consigo dormir veo cosas horribles. Repito esa noche una y otra vez. Y veo los ojos de Coruggio... su mirada...

—No puede hacerte nada.

—Eso es lo peor. Ni siquiera está muerto.

—Es peor vivir así. Su cuerpo es su cárcel ahora. Consciente de todo, pero incapaz de hacer nada por sí solo. Un tío que se creía el Dios de esa gente, y que ahora necesita ayuda hasta para limpiarse el culo. —Ariel rio tímidamente —. Mira... sé que la vida es muy jodida a veces. Que hay momentos en los que parece que no nos podemos aferrar a nada... Tú dices que no tienes a nadie, y te voy a decir algo: te creo. Cualquiera que nos viese a las dos juntas pensaría que somos muy diferentes, y se equivocaría. Yo tampoco tengo a nadie... solo a mi amona.

—Venga ya —dijo Ariel mientras se secaba el húmedo rostro con un pañuelo.

—Sí. Cuando cumplí catorce mis padres se mudaron de Laguardia a Vitoria por trabajo. Me metieron a la Ikastola de Armentia a mitad de curso. Jamás encaje. Las niñas hablaban de mí, se burlaban... me pegaban... Yo me desarrollé muy rápido... a esa edad ya parecía una chica de dieciocho... Supongo que... no sé...

—Te tenían envidia. No seas modesta... sabes que eres preciosa. —Verónica se sonrojó.

—Lo has dicho tú. —Ariel rio—. Y los chicos... sólo querían follarme... Un día uno de ellos me siguió a casa y me acorraló en el portal... Me intentaba subir la falda... me daba besos en el cuello... Yo estaba paralizada de miedo, no podía reaccionar, no era capaz de moverme... Aún puedo sentir sus asquerosos labios... sus manos ásperas... —Se frotó el cuello asqueada—. No me atreví a contárselo a nadie. Me sentía sucia. Sólo quería llorar.

—Joder... lo siento Verónica...

Ariel recordó el suceso de Utrera. Revivió en su mente la imagen de la abstracta cara de uno de los guardias civiles. Un escalofrió de repulsión recorrió su espina dorsal.

—Pero... decidí no quedarme parada. Mi amona me daba todos los meses veinte euros de propina... Tenía bastantes ahorros, así que decidí invertirlos. Busqué por el barrio algo que me ayudase a superar el miedo, y encontré un gimnasio muy pequeñito dónde enseñaban Krav Maga. Me apunté, y empecé a entrenar todos los días por la tarde sin que nadie lo supiese. No es que fuese muy buena, pero yo me sentía bien. —Sonrió, y su rostro dibujó un gesto un tanto melancólico—. Tres meses después ya sabía hacer algunas cosillas.

—¿Y qué pasó?

—Un día por la mañana, en el pasillo de la Ikastola... sentía que todos me miraban. No entendía nada. Murmuraban... No hice caso, pero, en el recreo, lo oí: el chico que me había seguido había estado comentando... inventándose cosas de mí. Que era una buscona... que me había acostado con él... que le había hecho de todo... Fui a buscarle. Estaba con sus amigos. No le dio tiempo a sonreír. La primera patada en el estómago le dejó sin respiración. El primer puñetazo en la mandíbula se la partió.

—*Wow. That's my girl.*

—Sí... pero me expulsaron. Mis padres se pusieron del lado del instituto. Querían hacerme pedirle perdón a ese hijo de puta. ¡Perdón! —Verónica se mordió enfadada el labio—. Sólo querían que me readmitiesen para no buscar otra Ikastola a mitad de curso. Me volví a casa de mi amona, a Laguardia, y, ahí es cuando decidí que quería ser policía. Quiero limpiar este mundo de personas de mierda como ese tío.

Ariel sonrió. Le sorprendió que Verónica se hubiese abierto tanto con ella, y comprendió que aquella noche en el bar no quisiese hablar del tema.

—Eres muy valiente, Gaztelua.

—Y tú, Bloom. Y eres un pibón, joder, a ver si te lo empiezas a creer. —Ariel rio—. Perdona, he sonado a machito de barra de bar.

—Está bien. —Sonrió—. Yo también quiero que el mundo sea un lugar algo mejor. Es una utopía... pero no está mal intentarlo.

—Por eso hay que parar a este *deabrua*.

—¿Qué significa?

—Demonio.

De pronto, el cerebro de Ariel hizo una extraña conexión. «Demonio». Sacó su móvil.

—*Fuck*...

—¿Qué pasa?

—La maldad. Está claro que detrás de estos crímenes hay una mente retorcida... con talento para matar...

—Sí, pero, ¿qué pasa?

—¿Recuerdas la pintada en la catedral?

—Claro.

—Había una frase escrita... Decía «Hay una bestia en el hombre que debe ser ejercitada, no exorcizada». —Le mostró la foto del móvil. Estaba ampliada,

y mostraba perfectamente el libro que sujetaba el Cristo Pantocrátor.

—¿Qué crees que quiere decir?

—Es una frase de Anton Szandor LaVey, el papa negro.

—¿Eso existe?

—Sí. Y quiere decir exactamente eso. Que no debemos coartar nuestros impulsos, por muy terribles que sean... que hay que fomentarlos... ¿Y si eso es precisamente lo que está haciendo nuestro asesino? La puesta en escena... la delicadeza... el detallismo...

—¿Crees que fue él quien hizo la pintada?

—Así es. Creo que es una persona culta, con un gran conocimiento de arte... literatura. Está preocupado por la composición, la armonía... Quizá esté intentando recrear algo...

—¿Cómo qué?

—Como las leyendas de las que hemos hablado. El Sacamantecas... No lo sé.

—Quizá tenga algo de místico... —murmuró Verónica.

—No descarto nada ya... pero está claro que hay algo que se me escapa... un patrón... algo... Si consiguiese averiguar qué es lo que quiere recrear... *Fuck*!

—*Fuck*! —repitió Verónica. Ariel la miró desconcertada—. Me hace gracia que lo digas en inglés.

—No me gusta en castellano. Me parece una palabra horrible. Además, por mi apellido, imagino que mi padre podría ser inglés.

—¿Imaginas?

—Ya te lo dije, no sé nada de él, ni me interesa. Si mi madre nunca ha querido hablar de esa persona, tendrá sus motivos... y yo los respeto.

—Nah... tú no tienes cara de inglesa... pareces más del este... Una muñequita rusa.

Ariel rio, y arrancó el motor. La radió se encendió. En una emisora local sonaba *Flaws*, de Bastille. El coche salió del parking en dirección a la comisaría. Los edificios se difuminaban a través de la ventanilla. Verónica se fijó en el perfil de Ariel, y sonrió. Pensó en que le gustaba su nariz.

***

13.16 p.m.

La verja amarilla lucía resplandeciente bajo el brillante sol del mediodía. Tras ella, un pequeño chalet de ladrillos anaranjados y dos plantas, frente al cual se amontonaban los hierbajos de un jardín bastante descuidado, decorado con gnomos de caras satíricas y algún que otro farolillo blanco. El pie de la imagen dejaba poco a la imaginación: «ÚLTIMA HORA: PRIMERAS DECLARACIONES DE LA MADRE DE MARÍA RECIO»; podía leerse en unas letras blancas impresas sobre fondo rojo. La periodista decía algo a cámara, aunque no le dio tiempo a terminar. Tras ella surgió el inconfundible pelo verde de Susy. Llevaba unas gafas de sol marrones que le cubrían gran parte del rostro. A su lado, y sujetándola como podía, un hombre de gesto brusco, poco y canoso pelo, y vestido con una camisa de cuadros a la que le faltaba más de un botón. El sonido de los *flashes*. Las luces. El escenario perfecto. Un enjambre de micrófonos se acercó a la boca de la mujer. Estaban todos los canales. Ella gesticuló exageradamente.

—Gracias a todos por estar aquí —dijo en un impostado hilo de voz—. Sólo queremos lo que es justo. Justicia para mi pequeña... mi ángel. —Elevó la mano al cielo.

—¿Es cierto que la policía ya está tratando el caso como un homicidio y no una desaparición? —preguntó atropelladamente una voz de hombre.

—¿Ya se ha identificado uno de los cuerpos encontrados esta mañana como el de María? —añadió otra.

Ariel bebió un sorbo de la botella de agua que había comprado en la máquina.

—Parece que ella este disfrutando con toda esa atención —comentó Verónica.

—Lo está haciendo.

Ambas observaron el bochornoso espectáculo en el monitor del ordenador. Este acabó con un teatral desmayo de la madre. Amaro entró en la sala. Su frente estaba sudada, y su respiración era tan agitada que su pecho se elevaba exageradamente con cada bocanada de aire.

—Joder... ¿lo habéis visto? —Ariel asintió. Amaro se dejó caer en un sillón —. ¿Quién ha filtrado a la prensa que es un caso de homicidio? ¡Aún no tenemos ni la autopsia, aunque sepamos que es María! ¡Tengo al fiscal encima, joder! —Los pelos de su bigote se movían hacia arriba y hacia abajo, y acababan penetrando por los orificios de su nariz cuando inspiraba.

—Puede que alguien haya visto la escena del crimen...

—No... hemos sido muy cautos. Ya ha salido un artículo en *Burgosdigital*, y da demasiados detalles.

Ariel tecleó en el ordenador. Efectivamente. La página web del diario se jactaba de la exclusiva que tenían entre las manos. En una tipografía algo barroca, un titular en mayúsculas daba paso a un artículo plagado de fotos.

OLA DE CRÍMENES EN BURGOS

Tras el espantoso hallazgo del cuerpo sin vida de Sara Castillo, horriblemente mutilado, y en una dantesca escena digna de una novela de terror hace un par de días en el Teatro Principal, la sociedad burgalesa ha amanecido hoy de nuevo conmocionada por el hallazgo de dos cadáveres. Sobre las seis de la mañana, una vecina alertó a los bomberos a causa de unas llamas en el paseo del Arlanzón. Nada hacía presagiar la tragedia.

Cuando estos llegaron, se encontraron gran parte de una de las arboledas de la orilla del río ardiendo, en lo que parece fue un incendio provocado por algún tipo de combustible. Pero sin duda, el hallazgo más macabro, fue el de un cuerpo. La víctima, aún no identificada, se encontraba en una extraña postura, arrastrándose por el suelo como si aún albergase algo de vida. Su torso había sido cubierto de pintura negra, y su cara había sido vendada. *Burgosdigital* ha tenido acceso a una fotografía en exclusiva que les mostramos a continuación. Pero el horror no acabó ahí. La policía encontró a pocos metros, en el paseo de la Isla, la cabeza de la joven María Recio, hasta ese momento desaparecida.

De nuevo, el asesino ha hecho gala de su demencia, construyendo una estructura de madera similar a una silla sobre la que ha colocado...

Ariel dejó de leer, y bajó a toda prisa hasta el final del artículo. Unas fotos algo borrosas mostraban los cadáveres.

—Hay que hacer que esto desaparezca.

—El fiscal ya está informado. Es cuestión de horas que tiren el blog, pero el daño es irreparable... Las fotos ya están en todas partes.

Amaro suspiró, y se frotó los ojos. Ariel barrió la pantalla con la mirada buscando el nombre del periodista que había escrito esa basura. «Eduardo Ferrandís». Al lado del nombre, un retrato del mismo. Pinchó, y reconoció la cara del fotógrafo con el que había hablado unas semanas atrás, frente a la catedral. Este intentaba parecer interesante frunciendo el ceño mientras mordía la patilla de sus gafas. Su pelo negro rizado parecía grasiento incluso en fotografía, y las marcas de acné de su cara serían imposibles de borrar por el mejor *software* de edición del mundo.

—Necesito todo lo que podamos encontrar sobre Eduardo Ferrandís —dijo.

—¿Por qué? —preguntó inquisitiva Verónica.

—Porque vamos a ir a hacerle una visita

***

13.46 p.m.

No les costó demasiado dar con la dirección de las oficinas de aquel periódico. La habían encontrado en una sección del mismo que invitaba a los lectores a ponerse en contacto con ellos.

Aparcaron frente al enorme edificio de pisos situado en la avenida de Castilla y León. Lo único destacable de aquel amasijo de cemento era el pequeño letrero que se atisbaba, no sin dificultad, en la tercera planta. «BURGOS DIGITAL». El portal estaba abierto, así que decidieron entrar. Subieron en un ascensor que parecía recién instalado, y el metálico sonido que emitió al frenar les indicó que se encontraban ya en su destino. No necesitaron buscar mucho, pues, nada más abrirse las puertas, pudieron leer frente a ellas la placa colgada en la pared, junto a la entrada de una casa. De nuevo «BURGOS DIGITAL». Verónica pulsó el botón del timbre, y este graznó horriblemente. Se escucharon unos pasos que frenaron en seco. Esperaron unos segundos, y Verónica volvió a llamar. La entrecortada respiración podía oírse a través de la madera de aquella puerta.

—Eduardo, puedes fingir que no estás y hacernos volver dentro de una hora con una orden de registro, o puedes abrirnos ahora y ahorrarte el bochorno.

Fue Ariel la que habló. Un gruñido dubitativo desde dentro de la casa, y por fin, las llaves girando. El hombre las escudriñó de arriba a abajo. Su rizado pelo negro caía grasiento por su cabeza, sobre la cual parecía que se había posado un enorme calamar con atisbos de petróleo del Prestige en sus bulbosas extremidades. Sus gafas de pasta negra estaban empañadas por el sudor, y en los cristales se hacían presentes las huellas de los dedos. Las marcas de acné eran terribles, sobre todo en la zona de la barbilla. Parecía asustado.

—Buenas tardes, soy Ariel Bloom, inspectora de la...

—Sé quién eres —respondió. Su voz era grave y algo gangosa, cómo si su garganta estuviese repleta de mucosidades—. Hablé contigo frente a la

catedral.

—Lo recuerdo. Entonces también sabrá qué hacemos aquí.

—Mis fuentes son anónimas.

—Dejan de serlo cuando comprometen una investigación policial. ¿Podemos pasar?

Las miró dudoso, y finalmente se hizo a un lado. El estrecho pasillo estaba lleno de cuadros con blasones y figuras de dudoso gusto, ancladas mediante tornillos al gotelé de la pared. Ariel observó las puertas de los laterales. Una pequeña cocina y un baño de menos de dos metros cuadrados. Llegaron al salón, que hacía también a veces de dormitorio. Un ordenador de torre trabajaba a toda potencia, y de sus mecanismos emanaba un ruido que recordaba al que un avión emite al despegar. La estancia era pequeña. Su mobiliario consistía en una mesa, una silla, varias estanterías repletas de fotocopias y cuadernos, una corchera con muchos recortes de periódicos, en la que destacaban las fotografías que habían publicado en el artículo esa mañana, y un sofá-cama, cubierto por una tela naranja. Les indicó que se sentaran en él. Obedecieron. Eduardo se acomodó en la silla frente al ordenador, y dio un sorbo de una taza de café. Los posos rosados que quedaron en sus labios le hicieron pensar a Ariel que el líquido que contenía era otro muy diferente.

—Queremos ser breves. Como ya sabe, lo que tenemos entre manos no es un caso al uso.

—¿Y qué puedo hacer yo por vosotras? —Se limpió el sudor de la frente con la mano de una camisa.

—Lo primero, borrar el artículo.

—Ni de broma. ¿Sabéis las visitas que estoy teniendo?, lo que me puedo embolsar en publicidad este mes no es ninguna broma.

—El fiscal está informado, y dispuesto a emitir una orden de embargo de su blog. Yo le doy la opción de colaborar y que eso no suceda. —Eduardo la miró con la boca abierta. Sabía que no tenía escapatoria.

—De acuerdo... —dijo finalmente.

—Gracias. Creo que es obvio también, pero necesitamos saber quién le facilitó esas imágenes.

El corazón de Eduardo se disparó. Latía tan fuerte que casi podían oír su música.

—No puedo hacerlo... eso sí que no.

—Esas imágenes están bajo secreto de sumario. Es un delito publicarlas. Estamos en mitad de una investigación, y haciéndolo ha puesto en peligro la misma, y quién sabe si a alguna persona. Suelo ser muy cautelosa, pero se lo aseguro, es mejor que nos diga usted quién ha sido a que lo descubramos nosotras.

—No puedo ayudarlas. Lo siento. Borraré el artículo ahora mismo, pero... lo que me piden es imposible.

—De acuerdo. —Ariel se levantó—. Es cuestión de tiempo.

—Lo siento...

El hombre estaba aterrado. Comprendió que la visita había terminado, y las condujo de nuevo a la puerta. Ariel y Verónica salieron de la casa, y esperaron pacientes al ascensor bajo la atenta mirada de Eduardo. Este por fin llegó.

—Una última cosa. Necesito las fotografías del día de la catedral. Mándelas a la comisaría indicando que son para mí.

El hombre asintió, y la puerta se cerró. El ascensor comenzó su descenso.

—Estaba acojonado... —dijo Verónica—. ¿Quién crees que puede haber sido?

—Ningún civil tuvo acceso a la escena... allí sólo estábamos bomberos y policía. Es alguien de dentro del cuerpo.

—¿Por qué lo crees?

—Porque estaba acojonado.

***

17.12 p.m.

Desde la filtración de la noticia, todo había sucedido a contrarreloj. Preguntas, llamadas, acusaciones... y trabajo. Apenas habían tenido tiempo de comer; de hecho, Ariel no había ingerido nada en prácticamente todo el día. Su estómago rugía, pero lo acallaba. Se había reunido con Amaro para que solicitase al juez que aprobase la investigación del teléfono de Eduardo. Amaro se mostraba opuesto a pinchar ningún teléfono a no ser que fuese estrictamente necesario, por lo que Ariel tuvo que detallarle muy bien todas las sospechas que albergaba. Horas después, la autorización había llegado.

Naia y Marisa se habían puesto a trabajar enseguida, encerradas en la sala de informática. Ariel no alcanzaba a comprender la mitad de cosas que hacían.

Sus dedos se movían rápidamente por los teclados, escribiendo a gran velocidad en una pantalla cuyo contenido variaba constantemente.

—Había oído hablar del SITEL pero nunca he terminado de entender cómo funciona —comentó Verónica en voz baja.

—Vamos a solicitar la información del teléfono de Eduardo y a iniciar un seguimiento. Dentro de poco tendremos el registro de mensajes y llamadas, y después de iniciar el seguimiento, podremos grabarlas y almacenarlas —aclaró Naia, que siguió tecleando.

—¿El registro está ya disponible? —preguntó Ariel.

—En cuanto terminemos la solicitud y la procesen, lo estará.

El móvil de Ariel sonó en ese mismo momento.

—¿Ariel? —La voz sonó robótica a través del pequeño altavoz—. Tengo ya los resultados de la autopsia. Mando una copia a comisaría, pero me gustaría que te pasases para comentarte un par de cosillas... ¿puedes estar aquí sobre las seis?

—De acuerdo. —Colgó—. ¿Cuánto tardáis en terminar con esto, más o menos?

—Pues dependemos de Madrid, pero no creo que más de media hora.

—Genial. Verónica y yo vamos al hospital. Estoy pendiente del móvil para cualquier cosa.

—Guay.

Naia no apartaba la vista del ordenador. Ariel salió de la sala algo abrumada, y bajó las escaleras seguida por Verónica. Ya alcanzaban la puerta del parking cuando una voz las sorprendió.

—¡Inspectora! —Era la misma agente de esa mañana. Estaba aún algo avergonzada—. Tengo otro sobre para usted. De parte de un tal Eduardo Ferrandís.

Le tendió un paquete blanco tamaño A3. Ariel se lo agradeció, y lo agarró con firmeza. Una vez llegaron al Prius, lo metió delicadamente dentro de la guantera. Giró la llave, y el coche arrancó, pero lo dejó en punto muerto.

—He quedado con Soledad a las seis —dijo mirando a Verónica—, pero necesitaba unos minutos. ¿Te enfadas mucho si nos tomamos un descanso y vamos a comer algo rápido?

—Para nada. —Rio—. Empezaba a pensar que no necesitabas comer. Eso explicaría ese tipazo.

Ariel se ruborizó, y metió primera.

—Nos acercamos al hospital y tomamos algo en algún bar. Estoy muerta...

—Normal.

***

17.21 p.m.

—Soy yo.

Eduardo se apoyaba en la pared. Las gotas de sudor que se deslizaban por su frente caían al suelo, estallando y dibujando extrañas manchas. Jugueteaba nervioso con el cable del teléfono.

—¿Desde dónde me llamas?

—Desde la casa de mi madre.

—¿Has cantado?

—No... pero están encima. Joder... si me cierran el blog...

—Cállate. Tú no hagas nada, y déjame a mí. Y no me llames más.

Silencio.

***

17.25 p.m.

Tras un par de vueltas a la manzana, por fin encontraron una terraza en la que sentarse. El lugar no era del todo bonito: un par de mesas metálicas algo húmedas por el frío, y sillas patrocinadas por una marca de cerveza. Verónica pidió otro capuchino y Ariel una tila.

—¿Por qué no te gusta el café?, a mí me da la vida. —Verónica encendió un cigarro que sacó del paquete que guardaba en el bolsillo de la camisa.

—No es que no me guste... Soy una persona muy nerviosa, y la cafeína me afecta.

—¿En qué sentido?

—Un verano venía de hacer la compra con unas bolsas, y al llegar a casa me noté rara. Fui a beberme un vaso de agua y me temblaban las manos...

—Pero sería por el peso, ¿no?

—Sí, pero me asusté, y dejé de tomar cafeína. Ya sé que sueno paranoica.

—Un poco. ¿Eres hipocondríaca?

—No lo sé. Supongo. Tengo mis manías.

—¿Por ejemplo?

—Llevar siempre encima un botecito de gel desinfectante.

—Bueno, eres limpia. Eso está guay. —Absorbió el humo del cigarrillo y lo expulsó por la boca. Sus labios habían dibujado una «o» perfecta. El humo se desvaneció entre sus cabellos pelirrojos.

—Verónica... ¿te puedo preguntar algo?

—Claro.

—¿Tú crees que soy... borde?

Casi se atragantó con el café.

—¿Por qué preguntas eso?

—No lo sé... últimamente tengo la sensación de que eso es lo que proyecto... malas vibraciones.

—A ver... tú no eres borde, estás de duelo. —Fumó—. Acabas de salir de algo muy jodido, el fin de una reacción, el caso de Utrera, tu amigo... y ahora este caso. Al final son mil cosas. Es normal que eso afecte a tu capacidad de socializar, pero yo te he visto tratar con la gente, y me pareces super dulce.

—Gracias... —Ariel se ruborizó—. Es algo... que me está matando. Sentir que soy un fantasma. Que estoy aquí sin estar, como si fuese un robot que sólo vale para hacer un trabajo...

—Y para bailar. No te olvides de esa noche.

—Shhhh.

Ambas rieron. Apuraron sus bebidas y pagaron la cuenta. Aún quedaban un par de minutos para las seis.

—¿Y no echas de menos Álava?

—Gehiegi. Todo es un poco diferente.

—¿Has dejado a alguien allí?

—A la amama, y a mi mejor amiga, Leire.

—¿Sois amigas desde hace mucho?

—Poco... tres años. Ella es de un pueblo al lado de Bilbao. Se mudó a Vitoria para ir a la uni. Yo la conocí de fiesta, pero se ha convertido en imprescindible. No sé qué haría sin ella. Hablamos a diario... Es una pasada tener a alguien así en tu vida... que se preocupe por ti y te quiera incondicionalmente.

—Que guay... —Ariel jugueteó con sus zapatos.

—Y tus amigos qué, ¿cómo son?

—Inexistentes. ¿Vamos?

Se levantó. Verónica se quedó algo descolocada, pero la siguió.

***

17.50 p.m.

Recorrieron el laberíntico complejo por sus afilados pasillos hasta llegar a la morgue. Esta vez Verónica decidió entrar. La sala las recibió con una exhalación de aire frío. Soledad frotaba con insistencia sus dientes con un cepillo de color verde flúor junto a una de las pilas adheridas a la pared. Su boca estaba repleta de espuma blanca, y cuando las vio, abrió tanto los ojos que parecía haber sufrido un ataque epiléptico.

—¡San Onofre! ¡Qué puntualidad!

Se lavó las manos, y sacó de una caja de cartón azul unos guantes de látex negros que se adaptaron a la forma de sus pequeñas manos.

—¿Te pillamos en buen momento? —preguntó Ariel.

—Sí, sí. Me estaba tomando un descanso. Tengo un libro muy interesante a la mitad... *Perceval o el cuento del Grial*, de Chrétien de Troyes. Seguro que habéis oído hablar de él. Todos los libros posteriores de caballerías beben de este. La pena es que quedó inacabado... pero eso le dota de un misterio aún más dulce. —Mantuvo la «e» unos segundos. Por fin continúo—. En fin. Acercaos —dijo mientras se acomodaba en la mesa—. Ya tengo los análisis de la sustancia que encontré dentro del cuerpo de Sara Castillo. Formaldehído. Cómo ya os dije, líquido para embalsamar. Eso sí, mezclado con una composición de pintura acrílica de un color verde musgo. No me lo invento, esa es la denominación de esa tonalidad en concreto. Es muy curioso, la verdad.

De pronto, Soledad se levantó de la silla, cómicamente pequeña bajo el tamaño de su cuerpo, y avanzó hasta situarse al lado de una de las camillas.

—Entonces ¿la muestra que extrajiste de la cabeza de María tendrá la misma composición?

—Sospecho que sí. Variando la tonalidad de la pintura, claro. Pero es interesante que usase líquido de embalsamar después de secar el cuerpo de esta manera. Sara estaba completamente ajada, casi se podía ver a través de su piel... Sin embargo, en el caso de María, ha intentado mantener una textura suave... porosa...

Tiró de la sabana, dejando al descubierto el horrible cadáver que habían encontrado aquella mañana. Su cuerpo yacía ahora boca arriba. El torso permanecía negro, pero con unos profundos cortes que lo abrían, dejando a la

vista su vacío interior. El inexistente rostro vaciaba su inocua mirada hacia el techo. Ariel se percató por primera vez de que aquel cuerpo no tenía piernas. Miró a Soledad aterrada. Esta rio.

—Ya viste que tenía dos pares de brazos. Le había extirpado las piernas y colocado en su lugar dos brazos. Estaban cosidos con hilo de cobre, y atravesados por los mismos alambres que tenía Sara, para que mantuviesen la posición.

—¿Son los de María?

—Así es. He comparado una muestra de ADN con otra de la piel de la cabeza, y son idénticas. No hay duda.

—¡Joder! —exclamó Verónica—. ¿Y qué has hecho con esos brazos?

—Los he almacenado junto a la cabeza. Supongo que la familia querrá el cuerpo completo cuando la incineren o la entierren. De momento, vamos por fascículos. —Risa de cerdito. Miradas incómodas.

—Tampoco tenía órganos, por lo que puedo ver.

—Efectivamente. Ningún órgano, al igual que Sara. Ni en torso, abdomen, cabeza... nada. De nuevo un procedimiento quirúrgico exquisito. No sé qué materiales tendrá, pero como ya te dije, sabe perfectamente lo que se hace.

—¿Alguna pista de a quién puede pertenecer este cuerpo?

—Por la dentadura, y el estado de la cutícula de las uñas, tengo que apoyar tu teoría de que era una persona sin hogar. Pero además está esto. —Soledad levantó el brazo derecho del cuerpo. Este estaba tan rígido que la sensación de que iba a partirse en cualquier momento invadió los pensamientos de Ariel. Señaló con el dedo índice varios puntos diminutos en la piel.

—¿Son pinchazos de aguja? —preguntó Ariel.

—Así es. Yo diría que era una persona toxicómana. No lo puedo confirmar porque, una vez más, no hay restos de fluidos en el cuerpo a parte del líquido y la pintura, pero estas heridas no las ha podido hacer nuestro asesino.

—No. Es metódico.

—Exacto.

—¿Sabemos cómo murió?

—Me alegra que lo preguntes. —El rostro de Soledad se iluminó—. En este caso, sí. Presenta una fractura en las vértebras C1 y C2. Coloquialmente, le rompió el cuello.

—No tiene sentido, ¿no? —Verónica habló desde detrás. Ariel y Soledad la miraron extrañadas.

—¿Por qué lo crees? —le preguntó Ariel, dedicándole a la vez una cálida sonrisa. Era la primera vez que Verónica se atrevía a hacer una valoración delante de ella en algo referente al caso. Sintió un extraño orgullo.

—Hasta el momento, siempre ha tenido mucho cuidado. —Se acarició los codos con las manos—. ¿Por qué elegiría una manera tan brusca de asesinar a alguien?

—Puede que no tuviese pensado matar a esta persona. Quizá estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado —contestó Ariel—. Quizá tenía la fisionomía perfecta.

—¿A qué te refieres? —Soledad la miró con curiosidad.

—Si está imitando algo... creando algo... puede que elija a sus víctimas en base a las cualidades anatómicas que quiere plasmar. A lo mejor se fijó en esta persona de casualidad, y esta era la forma más rápida de obtenerla.

—Pero por el vídeo que tenéis de la comisaría... no es que parezca una persona muy fuerte.

—Ni está tampoco —dijo Ariel señalando el cadáver—. Supongamos que verdaderamente era una persona con problemas de adicción a las drogas. ¿Quién nos dice que estaba despierta cuando la mató?

—Cierto. Muy cierto. —Soledad se frotó la cabeza. Su cabello blanco se despeinó, haciéndola parecer un Gremlin—. Y la pintura... es obvio que hay un interés artístico. Fijaos en su abdomen. No he sido capaz de limpiar ese tinte negro. Esta adherido a la piel. El pigmento es totalmente opaco.

—¿Qué hay de la cabeza de María?

—Poco. La piel presenta un estado de conservación perfecto. La ha tratado como si fuese una escultura. Presenta un corte limpio en el cuello, realizado *post mortem*. No hay heridas, tampoco hay órganos, y tampoco fluidos.

—*Fuck*...

—El pelo está teñido, como tú ya apuntaste.

—¿Por qué? —preguntó Verónica.

—Porque está imitando algo. Y no entendemos el qué.

***

19.21 p.m.

El equipo al completo se había reunido para escuchar los avances del caso. Ariel permanecía de pie en medio de aquella sala, bajo la atenta mirada de

Amaro, Verónica, Marisa, Naia, Basurto y Gómez. Este último apenas se había dejado ver desde la discusión con Naia.

Había expuesto todo lo tratado con Soledad en el hospital, y se disponía a hablarles de la línea de investigación que pretendía abrir cuándo la amarga voz de Gómez la interrumpió.

—Vamos, que no tienes nada.

Ariel se quedó petrificada. Observó la pecosa cara del sujeto. Sus cejas se arqueaban, siguiendo la dirección establecida por sus secos labios, para formar una expresión de burla.

—¿Perdona? —se atrevió a decir.

—Perdonada —respondió insolentemente—, pero no tienes nada. Una autopsia que nos dice que no hay nada claro, y un par de hipótesis bobas.

—La autopsia es muy reveladora.

—Sí, y tanto. ¿Por qué los cuerpos no tienen órganos? ¿Por qué esas puestas en escena? ¿Lo sabe, inspectora?

—Es nuestro trabajo averiguarlo. —Ariel temblaba nerviosamente. A pesar de todas sus experiencias, aún se sentía insegura cuando alguien la cuestionaba así.

—Estas reuniones son de carácter informativo —aclaró Amaro—. Venimos a trabajar, y tenemos que remar todos en la misma dirección. Esto no es una lucha de egos.

—Yo solo digo que nuestra inspectora ha dejado escapar al asesino esta mañana... —Ariel enmudeció. Todas las miradas se clavaron en Gómez.

—¿Por qué no cierras la boca, imbécil? —le espetó Naia.

—Okay, nigga —soltó él, imitando el gesto de la cremallera en sus labios.

—¡Mira, gilipollas, te voy a partir la cara de payaso que tienes!

En un momento, una reunión de trabajo se convirtió en el patio de un instituto de secundaria. Naia se había levantado de su silla, y dedicaba sonoros improperios a Gómez y a su familia, mientras Marisa la agarraba, y este reía. Amaro estaba completamente desubicado, y Basurto se sujetaba el puño para no partirle la cara a su compañero. De pronto, una voz emanó de la oscuridad.

—¡BASTA! —Verónica, visiblemente enfadada, había decidido ponerse de pie—. Tú vales más que este payaso, al que no vemos el pelo por la comisaría —dijo dirigiéndose a Naia—. Y tú no le tienes que demostrar nada a nadie. Para eso has llegado sola hasta dónde estás. —Ahora le hablaba a Ariel—. Así

que termina de hablar. Y si tú no tienes nada que aportar —apuñaló a Gómez con la mirada—, cierra la puta boca.

Se hizo el silencio. Durante unos instantes, nadie habló. Ariel le agradeció a Verónica su intervención con la mirada, y se aclaró la voz.

—Bueno...

—Corramos un «estúpido» velo —dijo Basurto, que se aseguró de que todo el mundo supiese que ese adjetivo calificativo estaba dedicado a Gómez.

—Gracias... Lo que os comentaba. El estado de la dentadura del cuerpo y las marcas de aguja en su brazo derecho nos hacen sospechar que nuestra victima puede tratarse de una persona toxicómana, por eso me gustaría que comprobásemos si en los albergues de la ciudad han registrado alguna baja estos días.

—Hecho —dijo Marisa sonriendo a Ariel.

—Gracias. ¿Alguna novedad con el teléfono de Eduardo?

—Ya está pinchado —habló Naia, algo afectada—. De momento nada. Sólo una llamada a Telepizza.

—Bien. Cualquier cosa, informadme, ¿vale? —Asintió—. ¿Habéis encontrado algo sobre la estructura en la que estaba la cabeza de María?

—Está fabricada a mano, a partir de madera de nogal, y trabajada con mucho detalle... pero no aporta nada. No hay huellas, ni fibras, ni ningún tipo de material que arroje algo de luz —aclaró Marisa.

—De acuerdo —contestó Ariel, algo afectada—. Pues de momento, esto es todo.

Todos se levantaron. Ariel fue la primera en salir. Se encerró en el cuarto de baño. Accionó el grifo, y empapó su rostro con agua fría. Una lágrima cayó por su mejilla sin saber muy bien por qué. Cerró los ojos. Cuando los abrió, vio su cara reflejada en aquel espejo. Era guapa, pero se sentía horrible. Miró el móvil. Cero notificaciones. Estaba sola. Perdida. El día había sido demasiado largo. Sintió un pinchazo en el estómago. Tenía hambre. Esa noche cenaría pizza. Le daba igual todo.

El pomo de la puerta giró. Contuvo la respiración, se secó las lágrimas, y la abrió. Verónica le dedicó una sonrisa. Ella se la devolvió.

***

21.32 p.m.

Se había encerrado en la habitación del hotel con una enorme pizza de queso vegano. La caja emanaba un delicioso olor que hizo que de su boca casi se escapase la saliva. Abrió una lata de San Miguel, destapó el portátil, y navegó por internet pensando en qué ver. Se decidió por *Tenebre*, de Argento, uno de sus favoritos.

La hipnótica banda sonora de Goblin sonó a la vez que aparecían en la pantalla los créditos de inicio de la película. Ariel fabricó un asiento apoyando la almohada contra el cabecero de la cama, y se tumbó con la caja de pizza sobre su vientre y la lata de cerveza al alcance de la mano. Ese era para ella el plan perfecto. Desconectó de la realidad unos segundos, pendiente de la trama. Un novelista estadounidense viajaba a Roma para presentar su nuevo libro, y se veía envuelto en la búsqueda de un asesino que imitaba la novela a la hora de matar. Cada bocado de la pizza era reconfortante, sobre todo cuando notaba el queso, aún caliente, fundirse dentro de su boca.

Su móvil se iluminó. Una notificación de Instagram. Era un mensaje de Alba. Sintió un pinchazo, y pensó en cómo reaccionar. ¿Lo miraba ya o dejaba pasar un tiempo para no parecer una loca? Decidió esperar. Un minuto. Dos. No era capaz de concentrarse en la película. La puso en pausa y desbloqueó el móvil. Entró en la conversación.

Hi

Acompañado de un emoji sonriente. Ariel estuvo unos instantes pensando en la respuesta más adecuada. «*hello»,* escribió y permaneció a la espera. «qué tal estás?», contestó Alba casi al instante.

cansada... tu?

same. Acabo de volver de la biblio, tengo examen pasado mañana.

entonces no debería distraerte!

pero es que me apetece hablar contigo.

Ariel se levantó de la cama nerviosa. Ahora mismo ya nada le importaba.

***

03.33 a.m.

Avanzó por aquel estrecho hueco. Estaba muy oscuro, pero iba preparada. Sería incapaz de perderse en aquel entramado. La antorcha iluminaba las rocosas paredes, que supuraban agua y musgo. Muchos insectos habían encontrado en aquellos túneles el sitio perfecto para establecer su residencia.

Acarició la pared con la mano, y sintió como esta le devolvía la caricia. Miró. Un orondo ciempiés apoyaba cada una de sus patas sobre la superficie pustulosa. Esperó a que terminase su recorrido, y retomó el suyo.

El túnel bifurcaba en cuatro direcciones: izquierda, derecha, arriba y abajo. Debía descender. Apoyó sus pequeños pies en las hendiduras de la roca. Unas piedrecitas se desprendieron y cayeron al vacío. Bajó más de cincuenta metros, y encontró otra bifurcación. Esta vez debía seguir de frente. Apeó la antorcha junto a una esquina. Al fin y al cabo, era tan sólo un accesorio, pues su visión estaba más acostumbrada a las tinieblas de la noche que al fuego del día. Introdujo su cuerpo en el pequeño espacio, y se arrastró por él. La mochila que cargaba a sus espaldas lo ralentizaba, pero dentro de ella estaba todo el material necesario. Sentía en su cara las telarañas. Decidió probar suerte y abrir la boca. Quizá alguna se dignase a entrar por su propia voluntad. La tierra y el polvo manchaban su traje. Poco le importaba.

En un momento dado, el túnel llegaba a su fin. Cualquiera que avanzase un poco más se precipitaría a un agujero dentro del cual una horrible muerte le esperaba, pues el suelo del mismo contenía varios pares de afiladas y oxidadas lanzas apuntando hacia arriba. Giró su cuerpo para quedar boca arriba, y golpeó con los nudillos la piedra. Hueco. Era allí. Escuchó atentamente unos instantes antes de decidirse. Tenía que estar segura de no había nadie. Hizo acopio de todas sus fuerzas, y empujo la roca. El polvo que se desprendió le entró en los ojos y en la boca, secando aún más su lengua. Poco a poco la piedra cedía. Empujó más, y consiguió apartarla, dejando un hueco rectangular por el que cabía perfectamente. Recobró el aliento. El fuerte olor a incienso se hacía cada vez más y más presente. Apoyó las manos en el hueco, e hizo un esfuerzo para salir. Se tumbó en el suelo de mármol, mientras tanteaba con sus manos el interior de la mochila en busca de la máscara de piel. Cuando la encontró, se la puso. Era muy incómoda... aún olía a acrílico, y el pelo se le metía en los ojos y en la boca, pero era la adecuada para una acción tan terrenal. Se incorporó. Miró a su alrededor. Un baúl de roble y un armario. Una mesa de mármol. Crucifijo de oro. Sagrario. Custodia. Cáliz. Varias sotanas de color esmeralda. No le interesaba nada. Buscó la puerta. La abrió. La nave se alzó ante sus ojos. Era estrecha, y alargada. No tenía apenas decoración. Quizá en la simpleza del templo residía su belleza.

Los bancos destinados a los feligreses apuntaban directamente a la figura. Esta se encontraba de pie, frente al retablo de alabastro. En él descansaban

varios santos que desconocía. No tenía tiempo para pararse a observar. Sabía muy bien lo que buscaba. En una de las paredes, un Cristo crucificado lo miraba desde las alturas con tristeza. Se acercó a él. La estructura era perfecta. Los troncos de madera estaban ensamblados mediante clavos. Cristo se aferraba a las esquinas sujeto por ellos. Buscó en la mochila. Tenía preparado el martillo. Buscó los salientes. Tendría que hacer varios viajes para transportar todo. Iba a ser un largo proceso. No le importaba.

Dio el primer golpe. El Cristo tembló, y uno de sus brazos quedó libre. El clavo cayó, y su metálico sonido reverberó por la bóveda. Se movió a la izquierda. Otro golpe. Sólo quedaban los pies. Necesitó varios golpes de martillo. Por fin, el Cristo se precipitó contra el suelo, partiendo un banco por la mitad. Las astillas inundaron la superficie de piedra, y la cabeza del mismo rodó varios metros. Ahora la cruz estaba libre.

Se relamió, y notó el tacto de la piel de la máscara. Introdujo de nuevo la mano en la mochila, y asió el mango de madera del serrucho. Los oxidados dientes metálicos del mismo parecieron sonreír cuando por fin lo extrajo.

9 de noviembre - 08.32 a.m.

Benigna caminó rauda a través de la estrecha calle. La luz del día aún no era suficiente para arrojar algo de brillo en aquella penumbra. El suelo estaba resbaladizo por culpa del rocío de la mañana, y resbaló un par de veces.

Se había levantado a las seis de la mañana para prepararle el desayuno a Nadia. Aunque su madre vivía con ellas, no quería que su hija fuese una carga para ella. Estaba cansada de los continuos comentarios sobre cómo debía educarla... sobre cómo su trabajo no era el adecuado... Estaba harta.

Había besado a la niña en la frente antes de irse, deteniéndose para olerla. El suave perfume que emanaba de sus cabellos la reconfortaba. Quería pasarse todo el día con su pequeña... pero nunca podía.

En la calle de Santa Águeda se alzaba la iglesia, del mismo nombre. Vetusta, pero con un encanto especial. Tan céntrica, pero tan escondida. Frente a la puerta, varios sacerdotes clamaban al cielo. Observó sus trajes negros. Parecían un montón de cucarachas agitando las patas. Seguramente habían llegado desde la archidiócesis. Al fin y al cabo estaba al lado.

No le gustaba la iglesia. No había bautizado a Nadia, decisión que su madre seguía criticando seis años después. Los curas se dispersaron al verla llegar.

—Buenos días. ¿Don Amadeo Ballesteros?

—Yo soy.

Un cura enjuto alzó levemente la voz. Su espalda estaba encorvada, tanto que sus manos casi podían tocar el suelo. El pelo era completamente blanco, pero para nada escaso. Tras unas gafas ovaladas se escondían unos ojos traslucidos, casi blancos. Su arrugada piel formaba un amasijo en su cara que antojaba difícil la tarea de adivinar cómo había podido ser ese rostro en su juventud.

—Soy la inspectora Benigna Blanco, de la policía local. Nos han dado un aviso de expolio, ¿no es así?

—¡Una desgracia!, ¡Una blasfemia! —bramó.

—¿Me puede detallar qué ha pasado?

—La cruz... la cruz ha desparecido... y nuestro Cristo... nuestro... —Su voz se apagó hasta casi desaparecer.

En ese momento el rostro se iluminó. Benigna entrecerró los ojos, molesta. Desde un lateral Eduardo Ferrandís observaba a través de su cámara. Les sonrió.

—¿Podemos verlo?

***

09.12 a.m.

—Buenos días, belleza.

Verónica sonrió mientras cruzaba la puerta. Ariel se ruborizó ligeramente. Estaba ensimismada repasando el dossier del caso, y observando las fotografías. Ese puzle estaba incompleto.

—Buenos días.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna. Eduardo no ha llamado a nadie desde ayer...

—Sí, tenía pinta de tener una vida muy triste. —Ariel rio tímidamente—. ¿A qué le estas dando vueltas?

—A lo de siempre. Llevo toda la noche intentando encontrar similitudes entre las puestas en escena y algo que conozco... pero nada.

—Estas de buen humor hoy, ¿eh?

—¿Yo? ¿Qué dices?

—Sí —Verónica sonrió inquisitiva—. ¿Qué pasó anoche?

—No sé... nada especial...

—Eres muy buena policía, pero mientes fatal.

***

18.00 p.m.

Underneath the arches, We dream our dreams away,
Underneath the arches, On cobblestones we lay.
Back to back we're sleeping, Tired out and Worn,
Happy when the daylight comes creeping, Heralding the dawn.

La música crepitaba a través del viejo tocadiscos. En la mesa, el cuerpo sin cabeza yacía de espaldas. La figura sujetaba un cincel con sus repugnantes manos. Medía matemáticamente las distancias. La finura de la piel le permitía contar perfectamente las vértebras. Colocó el cincel en la mitad de la espalda,

ajustándolo en un pequeño hueco. Con su mano derecha agarró el oxidado mazo. Respiró con excitación, y golpeó. Tres veces. Por fin el hueso cedió. El sonido, parecido al de un tablón de madera rompiéndose, rebotó por las abovedadas paredes de vieja piedra.

Volteó el cuerpo para dejarlo boca arriba. Tenía que quedar perfecto. Sólo había una oportunidad. Fijó el torso a la tabla con la ayuda de un cinturón. Bajo el vientre había dibujado con el bisturí un pequeño recorrido para facilitar la operación. La verdosa dermis estaba ya muy ajada. Había mutilado los pechos, y había cosido la piel. Los brazos estaban destrozados. Les faltaban trozos de carne, y se podía ver parte del húmero y de las articulaciones del derecho. No iba a darles uso a las piernas, pero había mutilado los genitales. No los soportaba.

Se colocó en frente del descabezado cuerpo, y lo agarró de los pies. Uno, dos, tres. Tiró. Hizo falta muchísimo esfuerzo, pero poco a poco, la piel empezó a ceder. El cuerpo se partió por la mitad, rajando el vientre, y expulsando a la figura contra la pared, con las piernas aún en las manos. Cayó de bruces, golpeándose la cabeza. Una gota de sangre brotó de su cráneo. Dejó caer las piernas. Se incorporó de nuevo. El vientre ahora estaba ajado. La piel colgaba como si fuese cuero viejo, destrozada, dejando a la vista el vacío interior del mismo.

Se dirigió al armario. El pestilente olor que emanaba del mismo advertía peligro. Lo abrió. Los órganos ya se habían empezado a descomponer, expulsando líquidos amarillentos y negruzcos.

Dos ratas mordisqueaban el corazón. La miraron asustadas. Las agarró, y se las acercó a la cara. Apretó con fuerza. Las ratitas forcejeaban, intentando escapar. Sus agudos chillidos se intensificaban a medida que la figura apretaba más y más. Pronto el chillido se apagó, y una mezcla de sangre y excrementos se escurrió desde su mano al suelo. Las arrojó al mismo. Cogió con delicadeza el corazón, y limpió sus sarrosos dientes con la lengua antes de morderlo. Clavó en él sus colmillos. Una explosión de líquido negro cayó al suelo, junto a las ratas.

Se agachó al percatarse del papel amarillento que sobresalía por debajo de la fresquera. Era un dibujo de la policía. Uno de tantos. Lo observó con ojos curiosos. Necesitaba volver a ver a esa mujer. Mordió de nuevo el corazón. El líquido resbaló por su mamola, deslizándose por su cuello y perdiéndose en el interior de su ropa.

La orquesta de Henry Hall entonaba desde el vinilo *If ever a heart was in the right place*. Irónicamente macabro.

***

17.32 p.m.

Había leído el informe de las autopsias más de cien veces, comparado las fotografías que le había mandado Eduardo, cotejado datos. Nada. No tenía sentido.

Las pestañas se le cerraban frente al ordenador. Apuró los últimos posos del poleo menta, que ya estaba frío y asqueroso. Verónica tecleaba en su móvil a toda velocidad. Ariel se fijó en su blusa. Era de color esmeralda, y contrastaba con su anaranjada melena, creando un contraste perfecto. De pronto, la pantalla del ordenador se fue a negro. El reflejo de su cara la sobresaltó. Se observó. Deslizó su mirada desde sus verdosos ojos hasta sus carnosos labios, pasando por su fina nariz. Se atusó la negra melena y sonrió. La pantalla volvió a encenderse. Verónica estaba de pie frente a ella y la miraba riéndose.

—Sólo hay que apretar este cable. —Ariel miró al suelo avergonzada—. ¿Me vas a contar qué pasó anoche?

Se refugió en el ordenador. Había consultado el periódico de Eduardo varias veces al día, pero no había publicado nada interesante. De pronto la página se actualizó.

—Mira —dijo Ariel.

ROBO Y VANDALISMO EN LA IGLESIA DE SANTA ÁGUEDA

La pequeña iglesia ha sufrido el expolio de una de sus reliquias: un crucifijo de principios del siglo XVIII ha desaparecido, mientras que, la talla del Cristo que estaba adherida a él ha sido destrozada frente al altar.

Burgosdigital ha tenido acceso al escenario de este vergonzoso suceso, y les ofrece en exclusiva varias fotografías.

Este acto vandálico llega tras las recientes pintadas a la catedral y la oleada de asesinatos que tienen atemorizada a la ciudad, y en jaque a la policía, que sigue sin avanzar en la investigación.

Ariel dejó de leer. Deslizó la página para observar las fotos. El cuerpo desnudo de la talla había estallado contra el suelo, dejando restos de polvo blanco por todas partes. Un cura entrecerraba los ojos en otra instantánea, mientras que la policía que estaba a su lado miraba con furia a la cámara.

—Es Benigna, ¿no? —comentó Verónica.

—Sí.

Ariel apretó sus labios y arqueó las cejas.

—¿En qué estás pensando?

—Las pintadas de la catedral... y ahora un expolio en una iglesia, en medio de todo esto. No es casualidad. —Extendió sobre la mesa una foto. El Cristo Pantocrátor las miraba con los ojos rojos—. Otro Cristo destrozado. Puede ser una estupidez, pero...

—Ya. ¿Llamamos a Benigna?

—Sí, pero espera un momento.

—¿Qué vas a hacer?

—Buscar el horario de misas de Santa Águeda.

***

19.30 p.m.

Era una de esas tardes de otoño ideales para dar un paseo. Los árboles habían dejado caer las pocas hojas que les quedaban, y sus ramas se enmarañaban en busca del cielo, creando esqueléticas figuras. El cielo daba paso de los tonos

ocres de la tarde a los azules oscuros. Desde las chimeneas de las casas emanaban columnas de humo que se desvanecían al alzarse, pero cuyo olor prevalecía en el ambiente, creando una atmósfera encantadora.

Bajaron las empedradas escaleras para encontrarse con la iglesia. La gabardina color *latte* de Ariel encajaba perfectamente en el entorno otoñal. Verónica llevaba un abrigo de lana rojo. Para ser del norte era mucho más friolera. Habían visitado a Benigna en la comisaría. No tenían ninguna pista sobre el robo. La iglesia no disponía de sistema de seguridad, pero además la puerta no estaba forzada. Barajaban la hipótesis del robo de llaves.

La arqueada puerta estaba entreabierta. Del interior emanaba una cálida luz naranja y un canto eclesiástico. Ariel la empujó y los goznes chirriaron. Entraron. La iglesia estaba bastante llena. La estrecha nave tenía dos hileras de bancos. Las siete primeras filas estaban ocupadas. Hacía algo de frío. Ariel le hizo un gesto con la mirada a Verónica, y ambas se sentaron en el último banco del lateral derecho, al lado de una señora mayor. Esta las miró afablemente.

Desde el altar, el cura oficiaba la eucaristía, alzando la forma ante sus feligreses, y bebiendo del cáliz dorado. Pronto, varias personas se levantaron para comulgar.

—No os he visto nunca por aquí —afirmó la mujer. Llevaba un jersey de lana azul oscuro al que se le habían formado bastantes pelotillas, y el blanco pelo recogido con una pinza negra.

—Somos policías —le dijo Verónica.

—¡Ah!, estáis aquí por eso... ya me parecíais muy jóvenes y muy guapas. —Rio en voz baja—. Al menos habéis venido a trabajar. Yo vengo todos los días y jamás he visto la iglesia así de llena. Todos estos han venido a cotillear. Míralos, ni se saben el *Tantum Ergo*.

De pronto la mujer se puso a cantar una nueva canción mientras la gente tomaba la comunión. A Ariel le sorprendió la suave voz de aquella anciana. Aguantaron los quince minutos que le quedaban a la ceremonia con impaciencia. Los cantos, el olor, el latín y el ambiente la transportaron al Palmar. Unas notas de órgano precedieron el solo de voz de uno de los monaguillos, que entonó con bastante acierto el *Panis Angelicus*. Ariel cerró los ojos. El rostro de Coruggio invadió su mente. De repente solo veía sangre. Alejandro en sus brazos. La sonrisa.

Verónica la miró. El labio de Ariel temblaba, al igual que sus parpados.

—Hace bastante frío. Con lo que dejamos en el cepillo podían poner la calefacción —comentó la señora al verla.

Verónica la sonrió. Se acercó a Ariel y le susurró en el oído.

—¿Te encuentras bien?

Ariel abrió los ojos y respiró sobresaltada.

—Sí... gracias.

—Te resulta difícil venir a un sitio así, ¿verdad?

Asintió con la cabeza. En ese momento todo el mundo comenzó a darse la mano, y tras unas breves palabras del cura que nadie escuchó, los feligreses, con sendos abrigos y ropajes de alta marca, se dirigieron a la salida.

El cura apagaba unos cirios en el altar. Ariel y Verónica se acercaron a él atravesando el pasadizo que se formaba entre los bancos. Mientras caminaban observaban las paredes, tan solo decoradas con un par de cuadros. Uno de ellos mostraba la coronación de la Virgen, y otro a algún santo que desconocían repartiendo limosna entre los pobres. Los góticos arcos se perdían en el techo. Había algo de bonito en esa sencillez.

—Buenas tardes. Soy la inspectora Ariel Bloom, de la policía nacional. Esta es mi compañera Verónica Gaztelua.

El enjuto cura la miró detrás de sus transparentes lentes. Sus ojos eran tan blancos que casi podías ver el interior de su cráneo.

—Hola, hola —saludó con una voz plomiza—. Ya ha estado una chica aquí esta mañana... no creo que yo les sirva de mucha ayuda... Además, estoy muy cansado...

—Tranquilo —se apresuró a decir Ariel—. Sólo queremos ver dónde se encontraba el crucifijo.

—Ah... eso sí os lo puedo decir... Estaba ahí... en ese lateral. No se puede decir que tuviese mucho valor... pero... pero...

El cura se dejó caer en uno de los bancos. Su sotana morada se levantó por efecto del aire como si de una lona se tratase. Ambas se acercaron a la pared. Una diferencia de color dejaba claro que esa era la posición original del objeto. Se podía entrever perfectamente la forma de la cruz.

—¿Cómo estaba anclado a la pared? —preguntó Ariel.

—Por unos clavos... bastante gruesos a decir verdad.

—Esto tiene por lo menos cuatro metros de altura —le comentó a Verónica.

—¿Cómo lo ha podido sacar por la puerta?

—O eran varias personas, o por piezas.

El cura ahogó un grito que las sobresaltó a ambas.

—¿Dónde está el Cristo?

—Se han llevado los restos a Valladolid. No creo que se puedan restaurar.

—¿Quién tiene copias de las llaves de esta iglesia?

—Sólo yo. Ya me lo ha preguntado la chica esta mañana. Y no me las ha robado nadie. Las llevo siempre atadas al cinturón, ¡diablo!

La «o» final rebotó en la cúpula, y su eco permaneció entre ellos unos instantes. Ariel miró el suelo y observó una pequeña marca de barro. No le servía de nada. Agradecieron al cura su paciencia y salieron del templo.

—Estamos como antes. *FUCK*!

—Bueno... ¿qué pensabas, que ibas a encontrar aquí la prueba que le diese la vuelta a todo?

—No. Pero algo... cualquier cosa. Estoy completamente perdida.

—No puedes mantener este ritmo de trabajo... ni de vida Ariel. Ya te lo he dicho. Necesitas relajarte. ¿No te gustaba correr?

—No tengo tiempo.

Se apoyó en la pared de piedra. Varios sacerdotes caminaban con por la pequeña placita vestidos de negro y con libretos en la mano, dirección a la archidiócesis. Verónica sacó de su bolsillo el paquete de tabaco y se llevó un cigarrillo a sus labios. La llamarada del mechero la reconfortó. Aspiró el humo.

—No puedes pasarte el día pensando en el caso.

—Están muriendo personas, Verónica.

—Lo sé, pero no eres un robot, joder. Te involucras demasiado en todo. Aún tienes secuelas de lo de Utrera. —Ariel la miró lentamente abriendo exageradamente los ojos—. Perdona —se apresuró a decir.

—Llevo meses yendo a terapia. Ya lo sabes.

—¿Sigues?

—Apenas. Siento que hablo para mí. Que a mi psicóloga no le interesa nada de lo que le cuento.

—A veces es bueno hablar para ti misma. —Volvió a llevarse el cigarro a la boca.

—Y que te escuchen. A mí me cuesta mucho abrirme.

—Lo sé. Tienes la mente llena de cosas. Necesitas despejarla para poder pensar claro.

—¿A qué te refieres? —inquirió Ariel mirándola con curiosidad.

—¿Has conocido a alguien?

—No... claro que no. —Se sonrojó intentando disimular una sonrisa que acabó convirtiéndose en una arcaica mueca.

—Te lo vuelvo a decir, mientes fatal. —Rio y apagó el cigarrillo en la suela de su zapato—. Te niegas ser feliz porque no dejas de pensar en tu ex. Te estás aferrando a un recuerdo y a la esperanza de que vuelva y todo sea perfecto. *Spoiler*: la vida no es perfecta Ariel. Si has conocido a alguien y te gusta, sigue tus instintos. Lo que tenga que ser será. Haz tu vida.

—Es fácil decirlo...

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Pues... —la pregunta la pilló desprevenida—. Supongo que ir al hotel... repasar el dossier...

—¿Otra vez? Vente conmigo.

—¿A dónde?

—Al gimnasio. Tengo clase a las ocho y media. Te lo vas a pasar genial.

—No, no... no me gustan mucho los gimnasios... A mí me gusta hacer deporte sola...

—Vamos a bailar. Venga, porfa —insistió.

Ariel intentó improvisar una excusa. Se quedó bloqueada al ver la pedigüeña cara de su compañera. Pronto estaba siguiendo a Verónica sin saber muy bien el destino.

***

20.23 p.m.

De pronto se encontraba sentada en una de las sillas situadas en los laterales de la clase. La estancia era grande. Suelo de tarima bien pulida, techo alto con fluorescentes que irradiaban una cálida luz, y las paredes repletas de espejos. El reflejo de Ariel se repetía una y otra vez, como si estuviese en una de esas atracciones de feria. Desentonaba allí. Verónica le había dicho que esperase mientras se cambiaba, y ella había obedecido sin rechistar. Un montón de chicas ataviadas con ropa deportiva conversaban entre sí sonrientes, y de vez en cuando le dedicaban una mirada furtiva. El olor del aula era una mezcla entre Reflex y perfume que resultaba extrañamente adictiva.

Ariel se refugió en el móvil, pero no le dio tiempo a distraerse demasiado: Verónica por fin atravesó la puerta. Vestía un mono de deporte negro ajustado,

que se adecuaba perfectamente a su cuerpo. Unas líneas moradas decoraban el conjunto y marcaban su increíble figura. Estas trepaban por las piernas hasta los brazos, donde el tejido era algo más trasparente. Se había pintado los labios de púrpura, y puesto sombra de ojos del mismo color. Sonrió.

—¿Te has maquillado? —Observó tenazmente Ariel.

—*Sure, baby*. Ya me vas conociendo. —Rio.

En ese momento, una mujer atravesó aquel salón saludando alegremente. Tendría poco más de veinte años. Mirada jovial, pelo largo recogido en una coleta, y estatura algo corta. Saludó a Ariel y le preguntó que si era su primer día. Ella contestó cortada que había venido a acompañar a una amiga. El resto de chicas de la clase ya se habían puesto en posición, rodeando a Verónica.

La mujer agarró un mando de una mesita.

—Bueno chicas, *Smalltown Boy*.

Todas se agacharon. Verónica se quedó de pie. La mujer pulsó un botón del mando, y a través de unos altavoces comenzaron a sonar los primeros compases del hit de Bronski Beat. Verónica movía la cadera y acariciaba con las manos exageradamente su cuerpo, mientras gesticulaba con la cara, mordiendo coquetamente sus labios. Las mujeres que la rodeaban empezaron a levantarse paulatinamente del suelo. La percusión entró fuerte, y todas bailaron al ritmo de una coreografía demasiado complicada para cualquier ser humano, en la que entraban en juego casi todas las extremidades del cuerpo. Ariel intentaba comprender lo que estaba viendo. Una de las mujeres agarró a Verónica por la espalda, y esta se elevó unos centímetros, acercando sus rostros, para después deslizarse hasta el suelo.

Run away, turn away, run away, turn away, run away.

Verónica se acercó hasta donde estaba sentada Ariel, y le acarició la cara, invitándola a unirse al grupo, Ariel se limitó a sonreír. Esta le guiñó un ojo y volvió a integrarse en la coreografía.

Fueron más de cinco los minutos que duró el baile. Cuando la música llego a su fin, todas aplaudieron. Verónica bebió de una botella de agua, y corrió a sentarse junto a Ariel.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó emocionada.

—Pues... la verdad, no sé muy bien qué decir. No sabía que bailabas tan bien. Ha sido increíble.

—¡Muchas gracias! Siempre me ha encantado bailar. Es super guay desconectar así de toda la mierda. Deberías probarlo. —Ariel rio

condescendientemente—. ¿Te quedas a la siguiente?, es la que estamos preparando esta semana.

Ariel asintió.

—Bueno chicas, seguimos. ¡Posiciones! —gritó la monitora.

Todas volvieron a colocarse. La mujer pulsó el botón. Sintetizadores. Violines. Ariel dejó de respirar. Se le erizó la piel. Reconoció la canción desde la primera nota: *I just died in your arms tonight*. No lo podía creer. Cerró los ojos. La vio de nuevo. Zoe se acercaba a ella en aquella discoteca. Estaba preciosa. La luz azulada las envolvía. Zoe la miraba con esos ojos de los que se había enamorado nada más ver. Casi podía olerla. Tocarla. El tiempo iba demasiado lento. La gente de a su alrededor había desaparecido. Sus rostros estaban a centímetros. La acarició. La piel suave. Se acercaron más aún. Sentía su respiración. Su corazón latía muy rápido. Unieron sus labios y la volvió a sentir. Así tenía que haber sucedido. Una lágrima se deslizó por su mejilla.

Abrió los ojos. Salió corriendo del aula. Nadie se dio cuenta. Buscó los servicios, y se encerró en uno de ellos. Contuvo la respiración intentando no hacer ruido al llorar. La echaba demasiado de menos. Se sentía imbécil por creer que sería capaz de superarla. Ahogó un grito, y se tapó la boca con la manga. Estuvo allí más de diez minutos. Por suerte no entró nadie.

Cuando logró recomponerse medianamente, abrió la puerta de aquel cubículo. Se miró en el espejo. Su rostro estaba rojo. Se secó las lágrimas con papel, y se retocó el pelo. Respiró hondo, y decidió salir a la calle. Atravesó el oscuro pasillo del gimnasio. Se asemejaba a un hospital, lleno de salas y de sonidos de aparatos. No se cruzó con nadie, y estaba a punto de alcanzar las escaleras cuando una voz conocida pronunció su nombre de manera interrogativa. Se giró extrañada a pesar de haber reconocido aquel dulce sonido, que sonaba casi a música. Alba la miraba desde el otro extremo del pasillo. Vestía un kimono blanco, atado con un cinturón del mismo color atravesado por una raya amarilla. Su pelo negro estaba recogido en un moño, dejando su cara despejada. Sus almendrados ojos se arqueaban mostrando algo de desconcierto. Ariel se acercó a ella.

—Hola Alba. —Se fijó en sus rosados mofletes. Era evidente que había estado haciendo ejercicio.

—¡No sabía que venías a este gimnasio! —exclamó, aunque tímidamente, mientras jugueteaba con el cinturón.

—Oh, no, no. He venido a acompañar a una amiga, nada más. Lo que no sabía es que eras karateka. —Sonrió. Alba se tapó la cara con las manos avergonzada.

—Sólo llevo unos meses. Mis padres creen que es buena idea que me distraiga de los estudios.

—¿Tus padres?

—Sí, ya sabes... —Expulsó aire por la boca a modo de queja—. Bueno, ¿qué tal todo? Hacía mucho que no te veía.

—Bueno... hasta arriba de trabajo. Me han arrastrado aquí para ver si podía desconectar un poco, pero ha sido peor.

—¿Y eso?

—Buff. No te quiero dar la chapa, Alba.

—No digas bobadas. —Le dedicó un gesto afable.

—Quizá pienses que soy rara... pero yo conecto muchísimo con ciertas sensaciones... sobre todo con los olores o con la música. Puedo estar genial, y de pronto oler un perfume, una fragancia, o algo que me recuerda a una persona o a un momento concreto, y hundirme... o más bien quedarme estancada en ese momento. Y con las canciones muchas veces la sensación se acentúa. Hay melodías... canciones que escuchabas en un momento determinado con alguien, que significan o significaron muchísimo para ti... y volverlas a oír puede destrozarte... y eso me ha pasado. —Alba la observaba con los ojos muy abiertos—. Piensas que estoy loca —dijo Ariel, que de pronto sentía que le sobraban los brazos, y no sabía qué hacer con ellos. Metió las manos en los bolsillos de sus *jeans*.

—¡No, no! ¡A mí también me pasa! Cuando cocino muchas de las recetas de mi abuela... el olor...

—Lo sé. —La mirada de Alba se había tornado vidriosa. No hacía falta ser detective para darse cuenta de que el tema la afectaba.

—¿Y qué es lo que ha pasado? —preguntó con un hilo de voz, dulce, suave.

—Oh... ha sonado una canción que significa mucho para mí, y que me ha recordado a alguien que fue muy importante. Y, te voy a ser sincera: he tenido que salir del aula, y he estado encerrada en el baño llorando un buen rato. —Ariel disimuló el dolor con una forzada sonrisa, y se acarició el cuello buscando algo de contacto físico.

—Un chico, ¿verdad?

—No. Una chica.

—Oh. —Alba formó un círculo con los labios—. Perdona.

—No pasa nada, qué bobada.

—Las rupturas son una caca. Por eso yo nunca he estado con nadie. —Ambas rieron—. Bueno, debería volver a clase. Se supone que he ido al «baño». —Entrecomillo la última palabra con ayuda de sus dedos—. Adiós Ariel. —Sonrió mientras agitaba la mano en señal de despedida.

—Oye... —Alba se dio la vuelta al instante—. ¿Te apetece quedar algún día?

Ariel notó como el estómago se le encogía mientras formulaba la pregunta. Alba dibujó en su rostro una cálida sonrisa. Sus mejillas se sonrojaron aún más.

—Me encantaría.

La observó desaparecer por el pasillo. Una sensación eléctrica invadió su cuerpo, subiéndole por las piernas y desapareciendo en sus manos.

—Ahora entiendo lo que te pasa...

Se giró sobresaltada. Verónica se reía mientras la miraba con un gesto cómplice.

—*Shut up*... —dijo Ariel avergonzada.

***

23.41 p.m.

El sudor empapaba la almohada. Había intentado distraerse trabajando, pero la presión en el pecho iba en aumento. No había respondido ninguna llamada a su móvil, le había dicho que no lo hiciese.

El somier crujió bajo su peso. Se levantó de la cama. El pequeño apartamento se le echaba encima.

Se sirvió un vaso de agua del oxidado grifo de la cocina. Miró por la ventana. La calma ciudad se había teñido de azul y naranja. La avenida de Castilla y León estaba repleta de coches aparcados, pero ninguno en movimiento. Vació el vaso y se sentó en el sofá.

La inspectora había sido clara. Podía perder el periódico. El proyecto de su vida. El sudor descendió desde los alborotados rizos negros de su cabeza hasta sus labios. Se lo limpió con la palma de la mano. La pantalla de su teléfono parpadeó en la mesilla. Lo agarró. Buscó en sus contactos. Ariel Bloom. Tragó aire.

***

23.42 p.m.

Ariel estaba tumbada en la cama. Había puesto en Spotify el aleatorio, y llevaba una hora escuchando a Lady Gaga.

Su móvil vibró. No conocía el número. Paró la música y descolgó.

—¿Quién es?

—¿Inspectora? —La voz de Eduardo sonó nerviosa—. El topo. Andrés Gómez. Su compañero. —Colgó.

***

23.43 p.m.

Basurto reía a carcajadas mientras leía *El Jueves*.

—¿Puedes callarte? —le espetó Gómez, que estaba concentrado en la pantalla de su ordenador.

—Estamos de guardia. No me amargues.

La comisaría estaba prácticamente vacía. Sólo había luz en esa sala.

—No lo entiendo. ¿Por qué tenemos que comernos nosotros todas las guardias y esas dos están durmiendo?

—Porque tú no trabajas ni la mitad que ellas.

Gómez arrugó el gesto. El ordenador de Basurto emitió un estridente sonido acampanado, y este tecleó.

—Voy a mear —dijo mientras se levantaba.

Gómez ni le miró. Cuando por fin se quedó solo en la sala entrecerró los ojos y se dispuso a intentar dormir unos minutos. El móvil de Basurto empezó a vibrar. Esperó hasta que paró. Volvió a comenzar. Esperó. De pronto, un horrible sonido, como el de una cerveza descorchándose, salió de los pequeños altavoces. Ese sonido se repitió cuatro veces. Gómez se levantó asqueado, dispuesto a reventar el móvil contra el suelo. Miró la pantalla. «Ariel Bloom, dos llamadas perdidas». Varias notificaciones de WhatsApp acompañaban el mensaje. Intentó desbloquear el móvil sin acierto. Apretó sus secos labios. Miró el ordenador. Sólo un idiota como Basurto podría haberse dejado el WhatsApp web abierto. Así era. Varios mensajes de su mujer, alguno de un grupo de futbol sala, uno llamado «cuñaos». Y Ariel Bloom. Entró en la conversación.

Eduardo ha confesado. El que está filtrando la información es Andrés. No le digas nada, pero no dejes que salga del edificio.

Una sensación de asfixia le invadió. Cerró la pestaña, cogió el móvil de su compañero y lo reventó contra el suelo. Corrió al despacho contiguo. Buscó en la mesa de Ariel. Necesitaba el dossier del caso. La inspectora había cerrado con llave el cajón. Buscó algo. Cualquier cosa. Tiró al suelo todo lo que había en la pulida superficie de madera. Notaba cómo la sangre fluía a través de las venas de su frente. Su pecoso rostro se había afilado. Eso, sumado a su alborotado pelo, le había conferido el aspecto de un duende enrabietado.

Se acercó deprisa a la mesa de Naia. Esta estaba presidida por un osito de peluche rosa de pocos centímetros. Bajo él divisó un *pendrive*. Lo agarró rezando para que contuviese información relativa al caso, aunque no sabía si eso le iba a valer para algo. Si le habían pillado, ni su padre podría ya protegerle. Escuchó unos pasos. Era Basurto. Salió de la sala intentando aparentar calma, a pesar de su agitada respiración y su horrible aspecto.

—¿Dónde vas?

—A fumar.

—Si tu no fumas.

—¡Bueno, pues a que me dé el aire, hostias, joder!

—Vale, vale, chico.

Basurto se quedó mirándole con cara de circunstancias. Si no fuese su compañero habría aplastado de un golpe a ese retaco.

Gómez bajó las escaleras, y en cuanto alcanzó la puerta, comenzó a correr. Escuchó gritar a Basurto. Corrió como nunca lo había hecho. Dobló la avenida Cantabria, y giró en la calle Calzadas. Corrió por en medio del húmedo suelo de la calzada. No había ni un alma. Estaba a punto de alcanzar el cruce con la calle Salamanca.

De repente, una fuerte luz lo cegó. Escuchó el sonido de unos desgastados frenos. No pudo gritar. Sintió un golpe en la cabeza y todo se fue a negro.

***

Golpes. Ruidos metálicos. Dolor. Hedor.

La cabeza le iba a estallar. Un sabor a óxido había invadido sus papilas gustativas. Estaba helado. Intentó abrir los ojos. Todo era oscuridad. No podía moverse, pero, sin embargo, lo hacía. Su cuerpo se balanceaba de un lado a

otro, chocando con paredes y bultos de diversas texturas. El suelo estaba empapado de un líquido viscoso y maloliente. Le dolían las muñecas. Las tenía inmóviles, juntas. Fuerte golpe en la cabeza. Cesó el balanceo. Estaba dentro de un vehículo que acaba de detenerse. No podía escuchar nada.

Las puertas del fondo se abrieron, a pesar de lo cual seguía sin poder ver. Agudizó su oído. Un zumbido incesante lo atravesaba. Escuchó una especie de jadeo. Una luz iluminó su rostro. Se detuvo unos breves instantes en él, pero pronto dirigió sus blancos rayos hacia el suelo. Ahogó un horrorizado grito al ver qué era aquello que le rodeaba: sangre y restos de carne putrefacta. Se vomitó encima.

Miró sus muñecas. Era alambre lo que las ataba. Intentó zafarse de él, arrancándose parte de la piel. El portador de la linterna entró entonces en la furgoneta. Estaba a pocos centímetros de él. Apestaba a humedad. No quería mirarle. Tenía miedo. Unos tristes ojos negros, hundidos en una superficie blanca le observaron. Era una máscara. Una sensación de calor que pronto se transformó en frío empapó sus pantalones. Se había orinado.

Estaba en presencia de la figura. No podía gritar, ni hablar. Todo su cuerpo se hallaba entumecido. Se limitó a observar cómo aquel asqueroso ser destapaba el bulto que tenía al lado. La tela blanca se deslizó, dejando al descubierto un torso decapitado, muy ajado, sujeto mediante dos clavos, que atravesaban las palmas de las manos, a una cruz.

Miró el exterior. La vista se le había acostumbrado algo a la oscuridad. Pudo distinguir una de las puertas de la muralla. No pensó. Se incorporó. La figura no tuvo que esforzarse. Gómez resbaló con el espeso líquido que cubría el metálico suelo y cayó al asfalto. No pudo cubrirse la cabeza al llevar las manos atadas. La sangre se filtró a través del alquitrán, formando un charco aún más oscuro. Su pupila se dilató. De pronto, ya no respiraba.

10 de noviembre - 02.30 a.m.

Amaro aguantaba el rapapolvo de Ramón Andrés. Era el comisario jefe. Todos le conocían. Alto. Bastante pelo para pasar de los sesenta. Tres líneas en la frente debido a su eterno gesto de enfado. Cejas pobladas. Nariz chata. Ojos cansados. Labios secos.

Ariel y Basurto esperaban en el pasillo. La puerta estaba cerrada, pero parecía temblar debido a los temibles bramidos del comisario. No se escuchaba responder a Amaro. Ariel imaginó la escena como si de un cuadro de la etapa oscura de Goya se tratase: un gigantesco monstruo a punto de engullir a un pequeño individuo.

Varios agentes se habían desplegado por la ciudad para buscar a Gómez. Verónica había acudido hasta su domicilio, pero no había nadie, como era de esperar; tan solo un gato maltés con mucha hambre, al que había dado de cenar.

Basurto apenas era capaz de articular palabra. Ariel le había tranquilizado. Tarde o temprano Gómez aparecería. Era imposible que se hubiese dado a la fuga, y menos aun siendo el hijo del subinspector general.

Los gritos del hombre cesaron por un instante, y la puerta se abrió. Amaro emergió del interior, despeinado, y con el labio tembloroso, sobre el que se agitaba su bigote de una extraña forma. Les indicó con un gesto cansado que pasasen. Ambos obedecieron sin mediar palabra. Ariel se colocó frente a la mesa. El comisario estaba de pie, mirando a través de la ventana. Varios limpiadores fumaban a las puertas del centro comercial.

—Amaro me lo ha explicado —comenzó a hablar—, pero al parecer soy bastante estúpido, porque no consigo comprender cómo puede escaparse una persona de una comisaría estando su compañero al lado. —Su voz se había alzado hasta casi gritar.

—Basurto estaba solo, comisario. —Se atrevió a responder Ariel—. El fallo ha sido mío al apresurarme.

—¿A qué te refieres?

—Le llamé por teléfono porque sabía que estaba de guardia con Gómez. Al no responder le escribí un mensaje, señor.

—Ese capullo lo leyó mientras estaba en el servicio... —farfulló Basurto, que había apoyado sus muchos kilos de musculatura en la pared.

—¡Me importa tres cojones! —bramó dándose la vuelta, dirigiéndoles por primera vez una furiosa mirada—. ¡¿Sabéis el escándalo que supone esto?! ¡Un agente filtrando información de un caso en el que, para colmo, estáis atascados! ¡Nos pueden llover demandas de las familias de las víctimas, y con razón!

—No había motivos para sospechar de uno de los nuestros, comisario —afirmó serena Ariel.

—Inspectora. Voy a repetírselo lento. Me-da-igual. —Gesticuló con la mano, como si Ariel fuese estúpida—. Tenemos que taparlo. —Miró a Amaro —. No puede filtrarse, ni salir en ninguna parte. Hay que tratarlo como un operativo secreto. Ese mierdas es hijo de Rafael Gómez. Es un puto escándalo lo miremos por donde lo miremos.

—¿Qué sugieres? —preguntó Amaro mientras se peinaba el plateado cabello, algo sudado.

—Hay que sacar algo que lo eclipse. ¿Tenéis algún sospechoso de los asesinatos?

—No. —Ariel dirigió al suelo su mirada.

—Joder. ¿Nada? ¿Qué cojones pasa aquí? ¿Trabaja alguien o qué?, ¡hostia puta!

—Sí, trabajamos las 24 horas, comisario, y no le permito que lo dude.

Un arrebato de valentía salió de la garganta de Ariel. Sintió una incómoda vibración en el pecho, y al instante se arrepintió de haber hablado así, y más aún cuando Ramón Andrés clavó su hosca mirada en ella.

—Tenga cuidado, inspectora, porque está usted colgando de un hilo. —Se dirigió a la puerta—. Si dentro de dos días no hay un avance significativo en el caso, me veré obligado a relegarla de este. ¿Me ha entendido? —No esperó respuesta—. Buenas noches.

La puerta se cerró detrás de él. Amaro y Basurto habían enmudecido. Le pareció que este último iba a decir algo, pero salió del despacho antes.

La presión en el pecho iba en aumento. Una daga se clavaba en sus pulmones y apretaba hasta casi asfixiarla. Bajó las escaleras tan rápido que se tropezó. Mordía su labio inferior con ira. Necesitaba gritar. Salió a la calle y lo hizo. El chillido resonó entre los edificios, y se perdió en las alturas, desvaneciéndose en el oscuro aire nocturno. Se sentó en el bordillo de la acera.

Si hubiese fumado, ese se antojaba como el momento perfecto para llevarse un cigarrillo a la boca. Se cubrió la cara con las manos, y frotó sus parpados con fuerza, hasta que el negro de su visión se transformó en coloridos destellos luminosos. Escuchó unos pasos tras ella. Reconoció a Amaro por el olor de su perfume. Este se sentó a su lado.

—Estamos bien jodidos.

Sacó un cigarro del bolsillo de su camisa y lo encendió. Ariel miró sorprendida.

—Pensaba que no fumaba.

—Y no lo hago. —Le guiñó un ojo—. No te preocupes... perro ladrador, poco mordedor.

—¿A qué te refieres?

—A Ramón. Es un buen tío.

—Lo disimula bien.

—Entiéndelo. Sólo es un eslabón de la cadena, como tú, y como yo. —Dio una calada—. Desde arriba sólo se interesan por los avances. No comprenden cómo funciona una investigación, por eso se encargan de todo el tema burocrático.

—No tengo nada, Amaro. En dos días estoy fuera.

—No digas bobadas. Vete a casa, y duerme. Si hay alguna novedad de Gómez, yo te llamo, pero necesitas descansar. Todos lo opinamos.

Ariel agradeció las palabras tranquilizadoras. Más aún agradeció estar sola dentro del Prius. Encendió la calefacción. No se acostumbraba a un motor tan silencioso. En Radio 3 Leonard Cohen cantaba *You want it darker*, una canción perfecta para aquella neblinosa noche.

Sin casi haberse dado cuenta, una espesa capa del fenómeno atmosférico había cubierto el ambiente. Miró el móvil. Estaba reventado de notificaciones por el tema de Gómez. Las ignoró. Entró directa a Instagram. Zoe. Una fotografía sonriendo. Salió de allí. Alba. Otra foto sonriendo. Bloqueó la pantalla. Arrancó. Decidió dar una vuelta. No quería dormir. Avanzó y avanzó. Cuanto más se estrechaban las calles, más deslumbraban los faros. Un gato negro se cruzó delante de ella. Frenó. Giró a la izquierda, siguiéndolo. Una enorme cuesta. Se encontraba en el corazón de la ciudad: calle Felipe de Abajo. Un montón de casas antiguas. Paredes de ladrillo que habían vivido tiempos mejores, comercios que parecían llevar años cerrados, a pesar de estar funcionando puntualmente cada día a primera hora. El gato corría delante de

ella, como queriéndola mostrar algo. Continúo tras él. No conocía esa parte de la ciudad.

Pasó por delante de un enorme hotel. Cuatro estrellas. Pensó que muy probablemente era bonito por dentro y que tendría piscina. La voz de Cohen la estaba adormeciendo poco a poco.

Despertó. Frenó el coche. Se bajó. Las pálidas luces que emanaban de la parte delantera del coche iluminaban el arco de San Martín. Frente a este, en pleno centro, se alzaba una cruz de madera. Sujeto a ella, un torso sin cabeza, cuyas manos se aferraban al pulido material mediante clavos. La piel, ajada, era verde, y estaba rasgada como si de cuero se tratase. Los brazos estaban faltos de partes, y se veían los huesos. Las costillas se marcaban como si no hubiese piel que las cubriese. No había piernas. Un reguero de sangre llegaba hasta el suelo, bañando y marcando la madera. Ariel se quedó petrificada. No podía apartar la mirada. El gato se sentó a su lado, y arqueó su cuerpo. Ella cerró los ojos. No había descanso.

***

04.46 a.m.

—¡A ver, por favor! ¿Nos apartamooooos?

Soledad se abría paso entre varios agentes que charlaban en torno al cordón policial. Su grisáceo pelo corto estaba completamente alborotado, como si hubiese metido los dedos en un enchufe. Por debajo de su chaleco, su inseparable bata blanca, bajo la cual asomaban los trazos de una camisa que parecía de pijama, arrugada y apretujada bajo la presión de la cremallera. Sus labios apretados mostraban enfado, y sobre su chata nariz, las gafas de pasta, algo sucias, se empañaban con cada resoplido. En su mano derecha llevaba sujeto un maletín metálico enorme. Se había parado, y el corrillo se despejó como si de Moises ante las aguas se tratase. Amaro la esperaba junto a Ariel. Se quitó el sudor de la frente y salió a recibirla.

—Buenas noches, Soledad.

—Por decir algo. ¡A ver!, ¡No es plato de buen gusto que te saquen de la cama para ver un cadáver! —Esbozo una extraña sonrisa—. Aunque no estaba dormida, por suerte. Estaba repasando la biografía de Max Ernst. Ayer volví a ver *La edad de oro* y me entró curiosidad. Un señor muy curioso... se alistó en el

ejército alemán... ¡Bemoles! —Enmudeció sorprendida al contemplar la escena del crimen.

Aquel torso, a pesar de no tener cabeza, les observaba desde las alturas. La composición era tenebrosa. La boca del arco parecía engullir en la negrura aquella figura, iluminada solo de vez en cuando, por los destellos del *flash* de la cámara de Naia. Soledad se quitó las gafas, y las limpió con uno de los pliegues de la bata que intentaban escapar de la prisión del chaleco.

—Tiene pinta de ser él —comentó Amaro—. Mismo *modus operandi*. La puesta en escena es asquerosa. Repulsiva. No te puedo dar más datos de momento. Lo encontró Ariel —la señaló con la mirada —de casualidad, y menos mal. Imagina el panorama si lo llega a ver algún transeúnte por la mañana.

—A ver, ¡¿callamos?! —Amaro cerró la boca de pronto—. Me estás bombardeando a información y no me dejas ni pensar. —Se acercó a la cruz —. Lo primero, ¿cómo puede transportar alguien este armatoste hasta aquí, y colocarlo sin que nadie lo vea?

—Estamos faltos de personal, ya lo sabes.

—Pero bueno, ¿cuánta gente tiene que morir para que hagan algo los de arriba?

—No seas frívola. —Soledad fulminó a Amaro con la mirada.

—Seré muchas cosas, pero frívola no. Cada semana me llega al depósito un cadáver nuevo destrozado. Creo que la frivolidad la dejé en la universidad, el mismo día en el que abrí a mi primer muerto.

Se acercó al cuerpo ante la atónita mirada del policía, que no entendía muy bien lo que la forense había intentado expresar con aquel discurso. Extrajo una linterna del bolsillo de la bata, lleno de objetos que lo hinchaban como un cojín, e iluminó el torso.

—El pigmento de la piel vuelve a ser verde... está deshidratado... sin órganos. Claro que es el mismo asesino, pero era obvio. Este lleva muerto tiempo. Ha vuelto a tratar el cuerpo con los mismos productos... Cuando haga la autopsia lo veréis. Los mismos.

Enfundó sus manos en unos guantes de látex color azul mientras sujetaba la linterna con la boca. Acarició la piel casi fascinada, en un gesto que, por habitual que fuese para la forense, horrorizó a Ariel.

—Fíjate. Es como tocar un cacho de cecina. Es cuero.

Iluminó más arriba, y arrugó el gesto con curiosidad.

—¿Qué pasa?

—Pues que lo ha disimulado muy bien, pero este cuerpo tuvo senos. Fijaos, hay marcas de sutura bajo la areola...

—Y le falta la cabeza —añadió Ariel—. ¿Podría ser el cuerpo de María Recio?

—Eso estaba pensando, pero los brazos de María estaban en el cuerpo de la arboleda. Cotejaré el ADN de todas formas. ¿La cruz es...?

—La que robaron en Santa Gadea. Si te fijas, la han reensamblado.

Ariel le mostró una foto en el móvil de la cruz original. La que se encontraba ante ellas tenía forma de «T», y marcas de sierra en los laterales.

—¿Por qué tendrá forma de «T»? —preguntó Amaro.

—Es la cruz commisa. O cruz de tau. —Ariel se adelantó a Soledad, que ya estaba abriendo la boca.

—¿Qué?

—Es un tipo de cruz. La evolución de la simplex, que no dejaba de ser una estaca enorme en la cual los romanos dejaban morir de hambre a los reos, y la anterior a la immisa, que es la más famosa por ser en la que supuestamente crucificaron a Cristo. Esta de aquí en concreto era muy usada por ser más sencilla de preparar. —Ariel se apartó el negro cabello de la cara—. Pero, al no tener un travesaño arriba, no se podía poner el nombre del reo, ni su motivo de castigo.

—¿Por qué sabes todo esto? —preguntó Amaro asombrado.

—Me gusta la historia de las religiones. Me hace reafirmarme en mi ateísmo, pero me parece fascinante.

—A mí también —comentó Soledad—. Este tipo de cruz también la usan los franciscanos. Esta muy relacionada con San Antonio Abad... Es curiosa la historia...

—Pero irrelevante, me temo, Soledad —cortó Amaro—. La pregunta es: ¿por qué la ha usado aquí?

—La tau fue muy usada por la Iglesia como símbolo de conversión —dijo Ariel—. Pero no creo que tenga nada que ver. Si está imitando una escenografía, posiblemente el objeto apareciese tal cual en la obra original, pero puede que lo haya querido dotar de un significado más profundo. No se podía poner el motivo del castigo ni el nombre sobre la cruz, como he dicho antes... —Se frotó la frente—. Quizá ese sea su objetivo. Quitarle valor a la víctima para dárselo a la obra...

»Es horrible, pero tiene sentido. Tenemos que partir de esta base: para el asesino esto es arte. No le importa el nombre de la víctima, no le importa su vida... tan sólo es un anexo más a su obra. Quitándole el nombre la despoja de su identidad. Quitándole la cabeza la despoja de sus rasgos... No lo sé... —Se había quedado sola hablando.

—Tiene mucho sentido, Ariel —concedió Soledad—. Es un análisis muy profundo para venir de una policía. —La sonrió—. Mirad esto. —Iluminó la madera—. Está cubierta de sangre, y llega hasta el suelo.

—¿Es del cuerpo? —volvió a preguntar Amaro.

—Puede, pero hay que analizarla.

—Pero, está en la escena del crimen, ¿no? Suponemos que será de la víctima.

—Hombre, ¡mira en qué condiciones esta este cuerpo! —exclamó soledad —. Si tú rajas un cadáver que lleve unas horas muerto, ¡no te va a salir la sangre a borbotones! —Rio con su acerdada risa. Nadie más lo hizo—. Imagínate este, que lleva semanas seco. Si es de la víctima se la extrajo hace tiempo. Además, el color es muy rojizo, y se ha adherido a la madera de forma superficial. La sangre tendería a absorberse en este material por su densidad. Está mezclada con pintura. Dejadme un rato y os digo cosas.

Ariel y Amaro obedecieron. Este se reunió con el resto de policías. Naia colocaba en el suelo unos indicadores. Ariel la dedicó un gesto afable, y se dirigió hacia a su coche. Se apoyó en el capó y miró el móvil. Las manos le temblaban tanto que se le cayó al suelo. Le costó encontrarlo en la oscuridad. Palpó la grava, y una humedad recorrió los poros de sus dedos. Pensó que era un charco de agua. Agarró por fin el teléfono y desbloqueó la pantalla. El brillo de esta iluminó sus manos. La derecha estaba roja. Se asustó. Dirigió la luz hacia el suelo, y vio un charco de sangre. Retrocedió intentando no pisarlo.

—Naia. ¡Naia! —gritó. Esta vino corriendo al verla—. Señálalo. Que no lo toque nadie.

Se acercó a Soledad. Estaba agachada, mirando el interior del torso. Se sobresaltó al ver a Ariel.

—¿Qué pasa?

—Hay un charco de sangre ahí mismo. ¿Puedes tomar una muestra?

Esta asintió abriendo mucho los ojos. Ariel la condujo al punto exacto, en el que Naia ya había colocado unas balizas. Soledad se arrodilló de una forma bastante cómica. Sus rodillas apenas podían sostener todo su peso, y casi cayó

al suelo encima del charco. Extrajo de su bolsillo delantero una especie de bastoncillo que se encontraba dentro de un bote transparente, parecido a una probeta, y lo sumergió en el charco. Chasqueó la lengua.

—Esto es reciente. La forma del charco lo deja bastante claro. No hay salpicaduras. Alguien se ha dado un golpe aquí, probablemente en la cabeza... y por la cantidad de sangre que hay... me extrañaría mucho que siguiese vivo.

—Joder —soltó Naia.

—¿Cuándo crees que ha sucedido?

—Las superficies porosas como esta tienden a absorber los líquidos pronto... Sin embargo, aquí no es el caso... Puede que haya pasado hace menos de una hora.

—*Fuck*... ¿es mucha la pérdida de sangre?

—Míralo... Es un buen charco.

—A lo mejor no tiene nada que ver con esto... —comentó algo tímidamente Naia.

—¿Un charcazo así al lado de una escena del crimen? Las casualidades pueden existir, pero yo no creo en ellas —dijo Soledad.

—Yo tampoco —sentenció Ariel.

***

09.21 a.m.

Dejó que el negruzco líquido se deslizase por su garganta. Había aprendido a tolerar el café. No le quedaba otra. Notó cómo, después de casi un día entero despierta, sus movimientos eran lentos. Le dolía la cabeza.

—¿Algo sobre Gómez?

—Nada. —Verónica respondió desde el quicio de la puerta en el que estaba apoyada—. Su móvil no da señal desde ayer, y nadie le ha visto por ninguna parte.

Ariel frotó sus párpados con suavidad, un gesto que ya se había convertido en manía. Deslizó el dedo índice por el *trackpad* de su portátil. La pantalla se iluminó, y mostró una foto de su perro. Abrió la carpeta con las fotos del caso. Las observó una a una de nuevo: el teatro con la bailarina, la víctima de la arboleda, la cabeza de la isla... y el torso en el arco. Las miró con calma, perdiendo la noción del tiempo. Su teléfono sonó.

—¿Ariel?, ¿Puedes pasarte por aquí? Tengo algo que te va a interesar.

Respondió afirmativamente a la llamada de Soledad. Pronto, tanto ella como Verónica se encontraban dentro del Prius rumbo al hospital. La forense se había encerrado allí tras su inspección de la escena del crimen y llevaba horas trabajando. La encontraron junto a la puerta del depósito, engullendo una naranja del tamaño de un melón. Después de esperar a que se lavase los dientes y las manos, les condujo a la camilla sobre la que había colocado el torso. La luz de las lámparas hacía que el color verdoso de la piel resplandeciese como si fuese un neón.

Soledad se dio la vuelta, y de pronto apareció con la cabeza de María Recio en las manos, en una imagen digna de un mal sueño. Verónica apartó la mirada mientras Soledad la colocaba con suavidad encima de la metálica superficie. La inclinó, mostrando la base del cuello.

—Fíjate en el corte. Es perfecto —comentó mientras acariciaba—. Tan perfecto que la cabeza puede quedarse de pie por si sola. Si miras esta vértebra puedes ver que está completamente rasa. Sin embargo, observa el torso. Le han arrancado la cabeza de cuajo. —Apoyó la cabeza de María, y les indicó que se agachasen para ver de cerca el corte del torso—. Y lo han hecho tiempo después de morir la persona. El trabajo es basto, zafio... Hay marcas de rotura en la piel, que estaba ya seca en el momento de la decapitación.

—Entonces no son la misma persona —apreció Ariel.

—No. Además, como ya te dije, estos brazos son los originales de la víctima. Qué cosas nos llegamos a plantear a estas alturas, ¿verdad?

—Pues tenemos una víctima sin identificar.

—Así es. He tomado muestras por si acaso.

—¿Sabes la edad?

—Voy a realizar un análisis óseo, pero así de primeras, te digo que joven. No más de veinte años.

—Joder... —susurró Verónica.

—Y mujer, como ya te dije. De todas formas, tengo algo para ti. —Abrió una pequeña nevera que tenía muy a mano. El frío de su interior formo una nube. Extrajo un bote—. Esta es la muestra de sangre que encontramos en la escena. Me gustaría que Naia la cotejase con vuestra base de datos...

—¿La has analizado?

—Sí. Y quiero asegurarme del resultado.

—¿Por qué?

—Porque coincide con una muestra que tenemos en nuestra base. Andrés Gómez.

***

11.21 a.m.

Efectivamente, la muestra coincidía. La sangre era sin lugar a dudas de Gómez. La fotografía del agente estaba en todas partes. El telediario del canal 24 horas había hecho de esa la noticia del día. Amaro había ordenado la activación de un plan de máxima urgencia, que sabía que no iba a dar resultados. Todos se esperaban lo peor.

Ariel daba vueltas al caso. Ahora tenían una víctima sin identificar. Eso cambiaba bastante las cosas. Verónica la miraba curiosa mientras jugueteaba con su cabello. Se levantó de la silla y se dirigió al laboratorio, dejando a esta perpleja.

Naia y Marisa se encontraban inmersas en el trabajo de análisis de la cruz. La estructura de madera ocupaba casi toda la sala.

—Naia, ¿me puedes ayudar un momento?

La chica clavó sus nacarados ojos en ella. La luz azulada del laboratorio hacía que su piel pareciese de ébano. Se levantó las gafas y asintió.

—Claro, ¿qué necesitas?

—Todas las denuncias que tengamos por desaparición de los últimos tres meses.

—¿Y eso?

—El torso... pensábamos que podría ser el cuerpo de María, pero no. Soledad cree que es una mujer de poco más de veinte años.

—Joder.... vale, espera un momento. —Se colocó frente a un ordenador y tecleó con muchísima rapidez. Esperó al menos un minuto—. Qué puta mierda de *software*. Asco de Windows.

Ariel sonrió.

—Supongo que no habrá muchas...

—Así es. Tenemos diez denuncias por desaparición. Resueltas ocho de ellas. Sin resolver dos... —Frunció el ceño—: Gervasio Palacios, un señor de ochenta años de Tubilla que no volvió a casa el viernes... y Doina Ardelean.

—¿Cuál es su edad? —Ariel se acercó a la pantalla.

—Veinticuatro. Lleva dos meses desaparecida.

—*Fuck*. ¿Y por qué no lo he visto hasta ahora?

Naia se encogió de hombros. La fotografía de la chica relucía en la pantalla. Tenía un rostro precioso. Sus enormes ojos azulados se clavaron en Ariel, que la miró. Tenía el pelo castaño, muy largo, una nariz pequeña, y unos carnosos labios. Su mirada parecía algo triste.

—Es muy guapa —apreció Naia. Ariel asintió y se dirigió a la puerta.

—Gracias Naia.

Corrió a su ordenador, e imprimió el cartel que mostraba los datos de Doina, y marchó al despacho de Amaro, casi sin dejar a Verónica preguntarle qué pasaba.

Entró sin llamar. Amaro, Ramón Andrés y otro hombre que no conocía se encontraban en medio de lo que parecía una acalorada discusión. Enmudecieron al verla.

—Ariel... no es buen momento —dijo Amaro.

—Siento la interrupción, pero esto es importante.

—Créame joven, que este asunto lo es más.

El hombre desconocido era el que hablaba. Alto, delgado por la cintura, pero gordo por las piernas. Su pelo blanco estaba recortado de tal manera que parecía que fuese un peluquín. Tras unas gafas rectangulares se escondían unos ojos severos.

—Te presento a Rafael Gómez. Es el comisario principal. Andrés es su hijo, ya lo sabes...

Amaro realizó un gesto con la mirada invitándola a salir.

—Encantada —respondió sin mirar—. Pero tardo un minuto. Es sobre el torso.

—Déjala que hable —irrumpió Ramón—. ¿Son novedades?

—Podrían serlo.

Amaro inspiró, y accedió a que hablase.

—La víctima podría ser una chica joven. Poco más de veinte años. Al principio creímos que podría tratarse del cuerpo de María Recio, pero Soledad ha confirmado que no es así.

—Entonces no está identificada, ¿no?

—Así es. Según los primeros resultados de la autopsia, la víctima llevaba tiempo muerta. Así lo indica el tejido cutáneo, por lo que he comprobado las denuncias por desaparición interpuestas los tres últimos meses, y tenemos un perfil que encaja: Doina Ardelean.

Dejó el cartel sobre la mesa. Los tres hombres lo miraron. Ramón fue el primero en decir algo.

—¿Entonces?

—Entonces me gustaría saber por qué en ningún momento, ni cuando las otras víctimas estaban sin identificar, ha salido a la luz este nombre.

—Ese caso esta archivado. Falta de pruebas —soltó con frialdad Rafael.

—¿Cómo?

—Sí. Se realizaron un par de interrogatorios a la familia. Apenas hablaban español. —Rio—. No se encontró nada. Son unos rumanos que viven en el G4 —lo dijo con desprecio—. Estos casos de perfil bajo apenas interesan.

—¿Perfil bajo? —repitió Ariel atónita.

—No es igual de impactante que desaparezca una chica española, sana, deportista, como Sara Castillo, a que desaparezca una rumana, o una búlgara, o incluso una gitana. Estos casi nunca trascienden a los medios.

—Estoy flipando. No me puedo creer lo que estoy oyendo. —Ariel apretaba los puños. Amaro le indicaba con la mirada que se calmase.

—Pensamos que la chica se habría ido fuera de casa a buscarse la vida —siguió hablando Rafael, cuya cara poco a poco se había transformado en la de un ácaro, o al menos ese símil había hecho Ariel en su cerebro—. Al final, ya sabéis que muchas de estas chicas acaban en...

No le dejó acabar la frase. Salió de la sala, y cerró la puerta con tanta fuerza que sintió cómo la pared temblaba. Una mujer que caminaba con unas fotocopias se llevó tal sobresalto que las dejó caer. Verónica estaba apoyada en la pared con la cara desencajada por el susto. Ariel tenía los ojos cerrados. Intentó respirar manteniendo la calma. Una lágrima se deslizó por su mejilla. Verónica no sabía qué hacer, y se limitó a observarla en silencio. Ariel sollozaba. Se sentía débil e indefensa. Verónica decidió acercarse, y la rodeo con sus brazos hasta darle un abrazo. Estuvieron así un rato. Cuando por fin se separaron, Ariel le dio las gracias. Verónica le restó importancia al gesto.

—¿Dónde vamos?

—A ver a los padres de esta chica.

De vuelta al coche. Esta vez en silencio. Ariel condujo a través de los bloques de edificios recién construidos, y aparcó entre dos coches en la calle Doctora Felisa Martínez. Allí según indicaba el informe, se encontraba la vivienda. Era un bloque de pisos rodeado por una verja, dentro de la cual se

encontraba un pequeño parque. Llamaron al timbre, y una voz femenina les respondió.

—¿Quién es?

—Hola, soy la inspectora Ariel Bloom, de la policía nacional. ¿Podemos pasar?

Tras unos momentos de duda, la puerta emitió un gruñido metálico y se abrió. Caminaron entre el asfalto y el césped hasta llegar a la puerta. Una vez dentro, tomaron el ascensor hasta llegar al último piso. Una chica de unos dieciocho años esperaba en la puerta. Tenía el pelo negro, con mechas verdes. Llevaba un pendiente en forma de cruz invertida. Su rostro era pálido. Ariel se fijó en su camiseta. «*Bring Me The Horizon*». La chica se quitó los auriculares al verlas. Tenía la música tan alta que se podía apreciar.

—¿Venís por Doina?

—Así es.

Se apartó de la puerta para dejarlas pasar. La casa estaba bien. Decorada con gusto. Desde el recibidor alcanzaron a ver el salón, unas escaleras que subían a un piso superior, y dos puertas. Todos los muebles eran blancos. La chica les invitó a sentarse en el sofá. Estas obedecieron mientras ella abría una puerta y se perdía tras ella.

—Qué bien huele, ¿no? —apreció Verónica.

—Frutos rojos. El favorito de Zoe.

—Joder, Ariel.

Frente a ellas se encontraba la televisión, colocada sobre una tela blanca de encaje, con adornos azules y rojos. En los armarios que la rodeaban estaban colocados, a modo de adorno, varias vasijas de cerámica típicas del país, y dos muñecos de madera vestidos con el traje regional. Anclada a la pared, una foto de la familia. Ariel se acercó. Estaba tomada años antes. La chica que les había abierto la puerta tenía el cabello rubio en la imagen, pero su rostro no había cambiado. Estaba vestida con una falda de flores y una camisa blanca. A su lado, su madre, muy sonriente. Llevaba sobre la cabeza unas gafas de sol que actuaban a modo de diadema, sujetando su rizado pelo. El padre era alto. Vestía una camiseta gris, sobre la que caía su melena. Mostraba cansancio en el gesto, pero sonreía. Sus manos estaban apoyadas sobre los hombros de Doina. Esta arrugaba la frente debido al sol, que se reflejaba en sus ojos, dotándolos de un color vivo, casi como si fuesen unos ojos de verdad, y no una impresión en papel.

—Es de hace cuatro años. —Ariel se giró, y vio que la chica estaba tras ella —. Es en nuestro pueblo: Sfântu Gheorghe. Mis padres ya vienen.

Se volvió a poner los auriculares y subió las escaleras con desidia. A través de una de las puertas escucharon unas palabras que no entendieron en un tono algo elevado. Cuando esta se abrió, apareció tras ella la mujer de la fotografía, su rostro era afable, pero denotaba cansancio. En sus finas facciones habían hecho mella los años, creando ciertas arrugas de expresión. Reconoció en su rostro el de Doina. Sus labios, finos y de un rosa que casi era blanco, estaban algo pelados debido al tabaco. Iba descalza, cosa que le llamó la atención a Ariel. Detrás se situó el marido. Ya no tenía melena, sino el pelo corto y canoso, y una barba de varios días. Las bolsas bajo sus hundidos ojos denotaban cansancio, y la rojez de los mismos, días sin dormir. Caminaba algo encorvado, apoyando su mano en la cadera. Verónica y Ariel se levantaron del sofá.

—Buenos días, soy Ariel Bloom, inspectora de la policía nacional. Esta es mi compañera, Verónica Gaztelua.

—Hola. Yo soy Sorin. Ella es mi esposa, Crina. —Su voz sonaba áspera, con un leve acento del este.

Les estrecharon las manos a los dos. Y se volvieron a sentar. La mujer les ofreció beber algo, y estas lo declinaron amablemente.

—Perdón por aparecer así un domingo... Estamos aquí por Doina —comenzó Ariel—. Imagino que estarán furiosos y descontentos por la labor policial en la investigación, y tienen todos los motivos para sentirse así.

—La policía no ha hecho nada. Yo he hablado con ellos mucho y dicen que Doina se marchó. No. ¡No! —Era la primera vez que hablaba la madre. Su voz, dulce, con un acento mucho más marcado, se quebró a la mitad.

—¿Cuándo fue la última vez que la vieron?

—Hace más de dos meses. El 6 de septiembre —respondió el padre, acariciando su canosa barba, que produjo un áspero sonido—. Hemos hablado ya de esto con *polisía*.

—Lo sé... y siento las molestias. ¿La vieron aquí, en su casa?

—Sí. Preparó la comida para todos, y se marchó con sus amigos por la tarde. No volvió.

El padre se llevó las manos a la cara. La madre comenzó a llorar. Ariel sintió una horrible sensación de impotencia.

—¿Notaron algo diferente en ella esos días?

—No. Es una chica muy responsable.

—¿Tenía pareja?

—No.

—¿Trabajo?

—No.

—¿Aficiones?

—No lo sé.

—Se pasaba muchas horas en su habitación delante del ordenador —espetó la madre, cuyo acento denotaba su nerviosismo—. Hablaba con gente en internet. Yo le decía que eso no es normal para una chica de su edad, que tenía que salir... conocer personas de verdad... —Se echó a llorar de nuevo.

—*Destul. Nu e vina ta* —le dijo el padre.

—*Da, este. Fetiţa mea...*

Sorin abrazó a Crina.

—¿Han tocado algo de su habitación?

La madre la miró. Sus ojos estaban rojos.

—*Nu. Totul este... scuze*. Todo está igual.

—¿Podemos echar un vistazo?

—Sí... es arriba... a la derecha. Yo no puedo entrar.

Asintieron, y subieron por las escaleras de madera. Alcanzaron a ver la cocina en su ascenso, cuya ventana daba paso a unas vistas portentosas de la ciudad. La pared estaba llena de retratos familiares, casi desde recién nacidas las niñas hasta el presente. Había uno de un cumpleaños. Doina y su hermana estaban riendo, llenas de nata, mientras metían las manos dentro de una tarta. Tendrían menos de cinco años. El corazón de Ariel se encogió en un puño.

Cuando llegaron arriba, se encontraron con un pasillo algo estrecho, decorado con el mismo gusto que la planta inferior, en el que había tres puertas. Según les habían indicado, la de la derecha era la correcta. Ariel la empujó delicadamente. Un olor a rosa se expandió rápidamente. La habitación era de color blanco. Las estanterías estaban repletas de libros y peluches. Había una mesa con un portátil, al lado del cual se encontraba un tomo de la saga *Crepúsculo*. Todo estaba decorado con fotografías de películas y series. Ariel reconoció a Angel y Spike, de *Buffy cazavampiros*, a Edward Cullen y a las vampiresas de *Van Helsing*.

A través de una ventana entraba un sol radiante. Frente a ella estaba la cama, sobre la cual un sonriente murciélago de peluche las observaba.

—Parece que tenía fijación por los vampiros —comentó Verónica.

Ariel hojeó los libros de la estantería: *Varney el vampiro*, *Carmilla*, *Déjame entrar*, *Lestat*...

—Sí. —La voz de la hermana las sobresaltó. Estaba en la puerta, observándolas—. Mis padres no tenían ni idea de la vida de Doina.

El altísimo volumen de los auriculares les permitía a todas escuchar *Follow you*, de Bring Me The Horizon.

—¿Y por qué esa fijación? —preguntó Verónica.

—Por mi abuela. Ya os he dicho que somos de Sfântu Gheorghe. Hay muchas historias de vampiros. Bueno, es Transilvania. Toda la historia de Vlad Ţepeş... la han desvirtuado hasta convertirlo en la leyenda de hoy.

—¡Joe!

—¿Qué? —le preguntó Ariel a Verónica, ante esa exclamación.

—Nada, nada... es sólo...

—Que le parece un tópico —respondió la hermana. Verónica enmudeció —. Rumanos y vampiros, ¿no?

—No, no... no es eso...

—No es un tópico —dijo Ariel—. Cada uno es dueño de sus creencias.

La hermana agradeció la apreciación.

—Me llamo Helena —dijo, frotándose el cuello algo avergonzada.

—Encantada, Helena. —Sonrió—. Tus padres nos han dicho que el día que desapareció Doina había quedado con unas amigas.

—Doina no tenía amigas, como yo. Éramos siempre ella y yo. Sólo hablaba con sus amigos del foro de literatura. Ya lo investigaron. Nadie de allí le hizo nada. Son todos unos *geeks*.

—Ya... ¿Y te había comentado si había conocido a alguien?

—Bueno... —Helena se rascó la cabeza, dejando a la vista un tatuaje de Jack Skeleton en su codo—. Había visto algo. —La luz solar incidió en su melena, acrecentando el color verde de las mechas.

—¿A qué te refieres?

—Doina iba mucho al cementerio. Le gustaban mucho las iglesias y esos rollos. No es que fuera católica, pero decía que esos sitios le transmitían paz.

Se marchaba allí a leer. Estaba obsesionada con un panteón... —Apretó sus ojos intentando pensar—. Una noche vino muy tarde... muy emocionada.

—¿Por qué?

—Se había quedado dormida, y habían cerrado con ella dentro. No podía salir y estuvo dando vueltas un rato, buscando ayuda. Me dijo que se había apoyado en una pared del panteón con la idea de pasar la noche allí, y que escuchó unos ruidos dentro. Se acojonó, pero se asomó. Me contó que vio cómo una de las losas se deslizaba, y que del suelo salía alguien... pero no pudo describirme sus rasgos... Dijo que era muy ágil, y que vestía de negro... Apenas le pudo ver la cara. Se quedó allí unos instantes y se volvió a meter en el agujero del suelo.

Verónica tenía los ojos muy abiertos, como si le acabasen de contar una historia de terror.

—¿Qué hizo Doina?

—Esperó, y entró dentro del panteón. Movió la losa, y se metió en el agujero. Un rato después, sin saber cómo, apareció en un portal del centro.

—¿Y tú la creíste? —preguntó Verónica.

—Doina jamás mentía —respondió fríamente Helena—. Al día siguiente volvió para buscar a ese ser. No regresó.

—¿Por qué no contaste esto a mis compañeros, Helena?

—Se lo conté... pero ellos no son como tú. Yo noto que tú me estás creyendo. Tú eres diferente.

Ariel la miró sin saber que responder.

—¿Sabes cuál era el panteón?

Helena se encogió de hombros.

—No...

—¿Cuál crees que llamaría la atención de tu hermana?

—El más bonito...

Sus ojos se humedecieron. Evitó mirar a Ariel, así que dirigió su vista a la ventana. El sol los atravesó, resaltando su precioso color. Ariel le dedicó un compasivo gesto.

—¿Por qué no te creyeron? —preguntó.

—No creyeron que Doina hubiese visto a un vampiro.

Después de la conversación, bajaron las escaleras acompañadas por Helena. La madre estaba en la cocina, removiendo una cazuela.

—*Ce le-ai spus? Despre vampiri? Prostie!*

—*Lasa-ma!*

Helena subió corriendo las escaleras.

—Perdonad. Son raras. Todas esas tonterías de vampiros... ¿queréis un poco de borsch?

Verónica dijo que no, pero Ariel asintió. La mujer sirvió un plató de aquella humeante sopa color carmín.

—¿Qué es? —preguntó Verónica.

—Sopa de remolacha. Riquísima —respondió Ariel.

—¿Un poco de nata? —dijo la madre. Ariel asintió.

—¿Por qué creé que lo de los vampiros es mentira? —inquirió mientras removía con la cuchara.

—Locuras. Mi madre estaba convencida de que había visto uno de niña... *lucruri prostesti*. Los rumanos somos muy supersticiosos... Doina quería ser una vampiresa. Yo quería que se dejase de chorradas de niños. Ya era mayor para esas tonterías. Tenía que crecer y hacer su vida.

Ariel comió agradecida el resto de la sopa. Estaba riquísima. Agradeció el detalle, y se dispuso a levantarse.

—¿De dónde es usted? —le preguntó Crina de pronto. Había encendido un cigarro, cuyas cenizas arrojaba en una taza de café.

—De Aranda. Una ciudad aquí al lado. ¿Por qué?

—Pero... su padre o su madre no son de aquí, ¿verdad?

—No tengo padre, pero mi madre sí. ¿Por qué lo pregunta? —Sonrió.

—Tiene los rasgos muy finos... muy bonitos... No son rasgos de aquí... ¿Su padre era del este? —expulsó el humo con mucha clase.

—Nunca le conocí... pero no lo creo...

Crina arrugó la frente pensativa. Se despidieron de ella. Bajaron en silencio hasta el coche. Una vez dentro, Verónica fue la primera en hablar.

—Yo también lo pensé cuando te conocí.

—¿El qué?

—Que tenías cara de rusa. —Ariel rio.

—¿Y eso que significa?

—Nada, pero lo pensé.

Ariel pisó el acelerador, y el coche salió a la carretera.

—¿Dónde vamos?

—Al cementerio.

—No te habrás creído esa tontería del vampiro, ¿no?

No contestó.

El Cementerio de San José estaba al lado de la carretera. Era enorme. Un muro de piedra blanco delimitaba el terreno. Aparcaron junto a unos contenedores que estaban apoyados en un abeto. Verónica se bajó del vehículo. Ariel sacó el móvil, y le escribió un mensaje a Naia.

Envía las muestras de ADN que tengamos de Doina Ardelean a Soledad para que las coteje, por favor.

Verónica golpeó la ventanilla. Ariel abrió la puerta y salió del coche. Se apoyó en el capó, y respiró.

—¿Te pasa algo?

—No me gustan los cementerios. Nunca me han gustado. Me agobian.

—¿Por qué? —Rio Verónica.

—Porque no me gusta sentir que estoy rodeada de muerte... de tristeza... La idea de que los cuerpos de unas personas que antes tenían una vida... pareja, amigos... lo que sea, permanezcan encerrados de por vida y bajo tierra... me horroriza.

—Una vez leí que un tío colocaba cámaras dentro de los ataúdes y que la gente pagaba para ver cómo se descomponían los cuerpos.

—Gracias por entenderme, Verónica.

Ariel caminó hacia la entrada mientras su compañera reía. La entrada, construida sobre sendas piedras rectangulares y flanqueada por dos pequeños edificios anexos estaba conformada por tres enormes arcos ornamentales, bajo los cuales se encontraban unas puertas cubiertas por una verja metálica negra, siendo la del medio la más grande. El aspecto era lúgubre, a la par que imponente. Sobre ellos se podía leer «CEMENTERIO MUNICIPAL DE SAN JOSÉ». Ariel se dispuso a empujar la puerta. No se abría. Golpeó varias veces. Nada. Miró la hora en su móvil. Ya era la una. Se apoyó en la pared resignada, y se puso sus gafas de sol redondas.

Verónica aprovechó para encenderse un cigarrillo, sentada en uno de los maceteros, desde el cual una esquelética planta extendía sus ásperas ramificaciones. El sonido de los metálicos goznes la hizo sobresaltarse. Una llave giró varias veces sobre sí misma, y por fin, la puerta se abrió. Tras ella apareció un hombre de pelo pobre y con cara de susto. Sus rectangulares ojos estaban clavados en Ariel. Con una mano sujetaba la puerta, y con la otra un *walkie*. Ariel miró su uniforme: era de color azul oscuro, camisa clara, y plaquita identificativa ovalada con las letras rojas. «Vigilante de seguridad».

—Está cerrado —dijo el hombre con una voz de lagarto.

—Es la una —respondió desde el fondo Verónica.

—Hora de almorzar.

—Policía Nacional —zanjó Ariel enseñando la placa—. ¿Podemos pasar?

El hombre abrió la boca y se hizo a un lado.

—¿Ha ocurrido algo?

Ariel y Verónica cruzaron el umbral. La imagen produjo escalofríos a la primera. Cientos, quizá miles de sepulturas, en fila, formando calles y calles, pasillos y pasillos. Las paredes que la rodeaban estaban llenas de nichos. Dirigió la mirada al suelo e intentó respirar ante la sensación de agobio que poco a poco se apoderaba de su cuerpo.

—Estamos buscando un panteón —dijo de forma seca.

—¿Cuál en concreto? —respondió con una sonrisilla ridícula aquel hombre.

—Oiga, esto va por zonas, ¿no? —preguntó Verónica. El hombre asintió —. Pues díganos por dónde quedan los panteones y márchese a comer su bocadillo.

—A ver, a ver, que esto no funciona así. Si quieren les acompaño, pero denme un momento.

El hombre marchó corriendo hacia la garita, ubicada dentro de la casona de piedra que habían visto al entrar. Ariel estaba a punto de hiperventilar. Verónica agarró sus hombros, e hizo que la mirase.

—Hey, no pasa nada, ¿vale?

—Lo siento. Soy ridícula. No sé por qué me afecta tanto esto.

—Bueno, a mí me pasa lo mismo en el depósito y tú allí estas como pez en el agua. Tú piensa en tu *crush* y verás cómo se te pasa. Imagínala haciendo kárate... —Verónica dibujó en su rostro una sonrisa cómplice.

—Calla. —Rio Ariel, mientras su compañera imitaba algún movimiento de aquel deporte de manera ridícula.

—Señoras. Esto es camposanto. Un poquito de respeto.

El vigilante había vuelto. Ahora llevaba un manojo de llaves, y, efectivamente, un bocadillo envuelto en albal, del cual asomaba una grasienta longaniza.

—Perdón —dijo Ariel.

El segurata dio un mordisco al bocadillo, salpicando de grasa su camisa.

—¡Joder! —susurró—. Venga, síganme.

Comenzaron a caminar. Una nube había cubierto aquel frío sol, y lo había llenado todo de oscuridad. El color grisáceo se extendía en la explanada, cubriendo de una fina capa de niebla todo aquello que dotaba al lugar de aquella lugubridad.

La poca luz que lograba pasar de la algodonada capa nubosa chocaba contra el mármol negro de las sepulturas, sobre las cuales se reflejaban los cipreses en su inmensa altura. Algunas de las losas tenían parte de los nombres incompletos. Sobre otras yacían ramos de flores, secas ya. Vestigios del día de todos los santos.

Una sensación de soledad recorrió la espalda de Ariel, que sin darse cuenta se había acercado bastante a Verónica. Observó el suelo. La piedra estaba algo agrietada. Sobre ella yacían restos de las pequeñas piñas de los árboles. De entre las baldosas emergían briznas de hierba que intentaban escapar de su agobiante prisión subterránea.

Varias sepulturas estaban directamente ubicadas sobre las zonas de césped. Eran más antiguas que el resto. Muchas simplemente tenían marcado el año del deceso.

—Cuando estuvieron aquí los franceses decidieron sacar de las iglesias las lápidas. De ahí viene este cementerio —comento el vigilante.

Ariel no hizo mucho caso. Alzó la vista, y contempló cómo aún quedaban metros y metros de camino entre muertos. Volvió a mirar al suelo. Tan sólo estaba en el centro de una de las muchas filas que allí se emplazaban. El segurata giró a la derecha, y avanzó por un camino en el que los brazos de los árboles se unían, formando una suerte de viaducto. La atmósfera allí era más fría aún. Las ramas formaban extrañas formas en su unión, similares a manos de otro mundo.

Por fin salieron de aquel agujero. Un grupo de estatuas las recibieron. Ángeles ataviados con largas túnicas, cruces de piedra... Al final del camino había una extraña fuente de tres pisos, de la cual emanaba un agua verdosa. Tras ella, se alzaban unos rocambolescos muros de piedra musgosa, de entre los cuales surgía como una boca de afilados dientes una verja de color negro. A ambos lados de la misma, dos encapuchadas estatuas de al menos dos metros ofrecían una tétrica bienvenida. El vigilante dio otro bocado del engrudo que llevaba envuelto en albal, y meneó el manojo de llaves. La más pequeña era la encargada de abrir. Cuatro vueltas. Un chirrido. Dentro.

El camino era de loseta, rodeado de hierba y hojas muertas. A ambos lados del mismo había árboles de distinta clase, pero con un cariz oscuro en común. Un par de pasos más adelante, el primero de los panteones se hacía ya visible. Su sólida estructura rectangular sostenía una cúpula de color negro sobre la cual se erguía una cruz blanca. Las piedras del mismo lloraban un líquido negro que se incrustaba en la pared como si fuese alquitrán.

El paisaje era muy similar según avanzaban metros. Más y más pomposos panteones en cuyo interior descansaban los restos corpóreos de gente adinerada.

—¿Qué buscan en concreto? —La pregunta les pilló de sopetón.

Frenaron en seco. No sabían que buscaban. El segurata engulló los restos del bocadillo, y se guardó el grasiento envoltorio en el bolsillo del pantalón.

—¿Alguno de estos panteones tiene más de una planta? —preguntó Ariel.

—¿A qué se refiere? —El vigilante se rascó la cabeza.

—Sótano... pisos... cosas así.

—No. Yo eso no lo he visto nunca, vamos. Ni aquí ni en ninguna otra parte. —Se olió las manos y las frotó contra la chaqueta para limpiarlas, en un gesto que asqueó a Verónica—. ¿No saben lo que buscan?

—Buscamos un panteón de aspecto gótico, recargado, y supongo que en mal estado. De los más antiguos que haya.

—De esas características... —El vigilante hizo un gesto con la mano, y emprendió el camino.

Anduvieron bastantes minutos por un pedregoso sendero en el que el barro era tan húmedo que se asemejaba a arenas movedizas. Todo estaba lleno de maleza. Los árboles estaban sin podar, y las plantas habían crecido a su libre albedrío, enmarañando con sus afiladas hojas y espinas cualquier atisbo de paisaje. Varias cruces de hojalata oxidada estaban desperdigadas por el suelo.

—¿Cómo está esto así? —preguntó Verónica.

—Esta es la zona más antigua. Fosas comunes y gente sin descendencia. Nadie viene por aquí.

—¿Y aquí hay un panteón?

—Ahí al fondo. —Señaló.

Efectivamente, entre la penumbra de la niebla, se vislumbraba una estrecha edificación. Poco a poco, la visión se fue despejando.

El panteón se levantaba en un solitario llano rodeado de barros negros y enredaderas secas. Medía poco más de dos metros. Un arco pinacular

decorado con flores otrora lustrosas, hoy apagadas, marcaba la entrada. Bajo él se situaba una puerta blanca, muy estrecha, cuya parte superior estaba formada por cruces resarceladas, y la inferior por finos travesaños metálicos tras los cuales se colocaba una opaca vidriera de tonos púrpuras, rojos y azulados. Sobre la puerta, una ventana redonda, y más arriba, una cercha de piedra, cuyo pináculo apuntaba al cielo, al igual que los dos pináculos laterales, sujetos por unos pequeños arbotantes, sobre los cuales crecían cuatro pequeñas columnas blancas, encargadas de sujetar la estructura. Una enredadera caía desde ellas, llegando hasta la hendidura situada en la pared, dentro de la cual, una estatua reposaba. Representaba a una mujer. Tenía la melena larga y blanca, y vestía una túnica de seda. El trabajo del escultor era tan bueno que la tela parecía real. No tenía cara. La erosión del agua la había borrado, dejando como resultado a un fantasmal ser sin rostro. Su homóloga en el otro lateral había desaparecido. Del centro de la nave surgía un cimborrio similar a los de la catedral, que dotaba al complejo de casi dos metros de altura más.

Ariel observó los laterales del panteón. La piedra de la pared supuraba agua. La acarició. Estaba helada. Al igual que en el resto de panteones de la zona, el paso del tiempo y las heladas de la ciudad habían hecho que una gruesa capa de musgo negro se adhiriese a la roca. Miró hacia arriba. En la pared había un rosetón, y más arriba, cerca del techo, una serie de siete huecos. Tres de ellos contenían bustos: un hombre, una mujer y una niña. Las facciones eran preciosas, pero a la vez terroríficas. La mirada de la mujer era triste. La del hombre severa. La de la niña, inocente. El resto de huecos estaban vacíos.

Ariel se acercó a la puerta. No podía ver nada a través del cristal. Le pidió al vigilante que abriese. Este la miró con incredulidad.

—Yo no tengo esta llave.

—¿Cómo que no? —preguntó Verónica.

—No. Esto está abandonado, ¿no lo ven? No hay copia de llaves.

—Alguna llave tiene que haber... una copia de las escrituras... algo —dijo Ariel en un hilo de voz.

—Nada.

—¿Quién paga por esto?

—Nadie. Esto es propiedad del ayuntamiento... Valor histórico, ya sabe.

—¿De quién es este panteón? —clamó la inspectora, ya impaciente.

—De los Armilar.

Ariel torció el gesto. Buscó a Verónica con la mirada para saber si ella sabía algo. Negó con la cabeza. Al ver el vigilante que no tenían ni idea de lo que ese apellido significaba, decidió seguir hablando.

—Una de las ultimas familias nobles de la provincia. Tienen una leyenda bastante famosa por aquí —comentó escuetamente.

—¿Y cuál es? —Intentó sonsacar la pelirroja.

—Buf... sé que acabaron muy mal... El pueblo se reveló contra ellos... pero tendrían que hablar con alguien de más edad...

—Gracias.

Ariel se dio la vuelta, e intento inútilmente mirar a través de la puerta. Sus ojos se encontraron con su reflejo. Estaban perdidas una vez más.

De vuelta en el coche, Verónica se atrevió a preguntar qué debían hacer ahora. No tenía ni idea.

***

18.54 p.m.

—No podemos solicitar eso al juez ahora Ariel. —La voz de Amaro sonaba apagada, desganada.

Estaban sobrepasados. Todos llevaban tiempo sin descansar bien. A la investigación por los crímenes se había unido la desaparición de Gómez y el escándalo por la filtración de documentos que el mismo había provocado. Había decidido llamar a Amaro para intentar convencerle de algo que sabía que iba a ser difícil. Y así estaba resultando.

—¿Por qué?

—Estamos hasta arriba, y no puedo pedirle que nos autorice a un levantamiento en un panteón en base a un testimonio que ni sabemos si es real, ni si está relacionado con nuestro caso.

Esa frase hirió a Ariel. Ella había creído a Helena. Sabía que ese era el panteón. Sabía que podía haber algo dentro.

—Está relacionado con una chica desaparecida —respondió fríamente.

—Ariel, sabes que quiero ayudarte, pero necesito algo más. Dame algo más.

Colgó. Se tumbó encima de la cama y ahogó un grito. Las piernas le pesaban. Volvió a levantarse, y comenzó a dar vueltas por la habitación. Se pasó las manos por la cara, tirando de su negra melena hacia atrás. De pronto,

empezó a golpearse la cara con las palmas de las manos. Se sentía inútil. Estúpida.

Entró en el baño y cerró la puerta. Apoyó la espalda en la fría baldosa y se deslizó poco a poco por ella. Notó las hendiduras de la misma clavándose en su columna vertebral. Cuando llegó al suelo desbloqueó el móvil, que aún seguía caliente entre sus manos. Su WhatsApp estaba reventado de mensajes. Tenía varias llamadas perdidas de Soledad, y una de Naia. No quería hacerlo, pero lo hizo. Zoe. Abrió la conversación de ambas. Habían hablado por última vez el 13 de agosto. Su cumpleaños. «Muchas felicidades, Ariel». «Gracias, bonita!», había respondido, intentando transmitir confianza, seguridad en sí misma... que todo estaba bien. Mentiras. Intentó ver la foto de perfil de Zoe. No le aparecía nada. Intentó mirar su estado. Nada tampoco. Se puso nerviosa. ¿Estaba bloqueada? Casi podía respirar. Agarró el móvil con fuerza, y de pronto lo lanzó contra la pared. La pantalla se partió por la mitad, mostrando una imagen fija de píxeles verdes y morados junto a un haz de luz. Se tumbó en el suelo y comenzó a llorar. Las lágrimas saladas llegaron a su boca, mezclándose con su saliva. Estaba derrotada.

***

22.12 p.m.

Había conseguido salir del hotel a duras penas. Se arrastró hasta la calle Laín Calvo, donde no le quedó otra que comprar un teléfono nuevo en una tienda de reparaciones regentada por una pareja asiática, tras afirmar estos que su móvil no tenía arreglo ya. Después compró unas porciones de pizza en Iseo, y volvió a la habitación.

Dejó el teléfono configurado, y levantó la tapa de su Mac. Mientras engullía una de las porciones, tecleó «Armilar» en Google. Nada. «Armilar Burgos». Tampoco.

El móvil comenzó a vibrar. Buena señal, ya funcionaba. Era un mensaje de soledad.

Cotejadas las muestras. El cuerpo pertenece a Doina.

Se le heló la sangre. No pudo comer más. Tiró los restos de porciones de pizza que quedaban en la papelera. Tendría que comunicar el fallecimiento a la familia.

Intentó cerrar los ojos. Fue inútil. Pasó la noche en vela.

11 de noviembre - 10.00 a.m.

La imagen de aquella familia destrozada iba a perseguirla toda la vida. La madre y el padre de Doina se abrazaban, llorando desconsoladamente. Helena, su hermana, permanecía sentada en el sofá. Por sus mejillas caían unas lágrimas finas como el cristal que se perdían en la palidez de su piel. Ariel tuvo que contenerse para no llorar también. Había engullido un ansiolítico esa misma mañana en ayunas. No quería tomar pastillas, pero la situación la desbordaba. Había robado ese paquete de casa. Su madre tenía varios intactos desde hacía años.

El aroma a frutos rojos del ambientador de aquella casa la estaba mareando. Apretó sus puños. Juró para sí misma que encontraría al causante de todo ese dolor.

Aconsejó a la familia que no viesen el cadáver, que se quedasen en la memoria con los momentos más felices junto a Doina. No les sirvió de consuelo. El padre gritó algo en rumano, tan fuerte que de su boca salieron despedidos varios perdigones de saliva. Ariel se limitó a decir que lo sentía mucho.

Cuando consiguió salir al pasillo del edificio rompió a llorar. Permaneció unos instantes así, hasta que consiguió calmarse, y caminó hasta el ascensor. Escuchó la voz de Helena.

—¡Espera!

Corría hacia ella. El sonido que provocaban sus enormes botas reverberaba en los estrechos muros. Ariel se secó las lágrimas.

—Helena... ¿estás bien?

—¿Encontrasteis el panteón?

Helena había clavado sus felinos ojos en ella. En la oscuridad del pasillo, la poca cantidad de luz que llegaba a aquel corredor se había acumulado en su rostro, resaltando de nuevo las verdosas mechas y los finos rasgos.

—Sí, pero necesito pruebas para que me autoricen a investigarlo.

—Las encontrarás.

Helena sollozó, y se limpió la mejilla con la manga de la sudadera negra, que le quedaba extremadamente larga. De pronto se acercó a Ariel y la abrazó.

—Gracias por creerme.

Ariel se quedó muy cortada, pero le devolvió el abrazo. Una vez estuvo de vuelta en el coche, Verónica le preguntó qué tal había ido. Había preferido entrar ella sola para comunicar la noticia, y su compañera lo había comprendido. Emprendieron el camino a la comisaría mientras le hacía un resumen de los momentos vividos escasos instantes atrás en la vivienda. La ciudad se ponía en marcha poco a poco aquel lunes. Ariel acarició el volante. Sabía que iba a ser otro día de mierda.

***

00.34 a.m.

Acarició con sus ajadas manos la lacerada cara de aquel hombre. A toda instancia, su rostro era similar al de un insecto.

Hacía un frío terrible. La humedad encontraba paso a través de las paredes de la abovedada sala. La roca sangraba agua. De vez en cuando un par de gotas caían en el suelo, estallando en mil pedazos. Le resultaba divertido.

Estaba en silencio. Necesitaba parar. La ciudad ya estaba paralizada, y empezaba a ser peligroso el actuar. Acarició el pelo de aquel pecoso rostro. Lo reservaría para más adelante. De momento estaba feliz.

Dejó caer la cabeza, que rodó por el suelo hasta que encontró freno en el pie de un mohoso armario. Quedó boca arriba, con los ojos abiertos, y una temerosa expresión dibujada. Del cuello sobresalían un par de vertebras y de tendones. Ya lo puliría.

Tenía ganas de pintar. Aquel bello rostro no se había ido de su mente. Aquella inspectora de policía.

Odiaba el silencio. Rebuscó en el pequeño hueco. Entre los restos de papel, pintura, y recortes, apareció aquello que anhelaba: un pequeño disco de vinilo negro, muy estropeado. Lo colocó, y dejó que comenzase a girar. La grabación era pedestre, de muy mala calidad, y apenas podían reconocerse las variaciones de Witold Maliszewski. Cogió con suma delicadeza la paleta, y un par de pinceles, y se situó frente al caballete. Ante sus ojos se alzaba la figura desnuda de la inspectora de policía. Era majestuosa. Humedeció la pintura, y repasó el rosado color de su rostro.

Las ratas la observaban desde la madriguera. Sus irritantes chillidos hacían que se sintiese la vida. Y es que cada vez que arrebataba una alargaba la suya.

Acarició sus sarrosos y afilados dientes con la lengua. Se cortó. Saboreó la sangre. Todo iba bien.

12 de noviembre

Nada.

13 de noviembre

Nada.

18 de noviembre

Nada.

22 de noviembre

Nada.

28 de noviembre

Nada.

1 de diciembre

Nada.

10 de diciembre

Nada.

16 de diciembre

Algo.

Las semanas habían pasado lentas. No había ni rastro de Gómez, ni de crímenes. Por primera vez en mucho tiempo el ritmo de trabajo en la comisaría era fluido. Nadie lo creía. La gente sonreía como si todo hubiese acabado. Ariel y Amaro no lo toleraban. Ese ambiente de relajación sacaba a ambos de sus casillas. Parecía que todos hubiesen olvidado la gravedad de los hechos investigados. Parecía que nadie quisiese saber nada de aquello.

Aquella mañana se presentaba eterna, como todas. Ariel repasaba las pruebas, las imágenes y el dossier una vez más. Se lo conocía de memoria. En todo ese tiempo se había encerrado en sí misma. Apenas hablaba con nadie. Por las noches se quedaba mirando el techo hasta dormirse. Lograba conciliar el sueño durante dos horas escasas. Después pensaba en Zoe. Pensaba en ella todo el día. También pensaba en Alba. Habían hablado un par de veces más desde la última vez que la vio, en su clase de karate. De pronto todo se había enfriado. Se sentía estúpida.

Soñaba con Doina. Pensaba en sus últimos momentos de vida. En su sufrimiento. La imagen de aquella familia... de Helena... de tantas muertes... No podía más.

Naia había colocado un pequeño reno de peluche sobre su mesa. Casi era Navidad. Llevaba más de un mes sin ver a su madre y a su perro. Se había olvidado de todo completamente.

Verónica había colaborado durante ese finde semana, ayudando a colocar un abeto de plástico y varios motivos ornamentales. A Ariel le encantaba la Navidad, pero no tenía sentido el decorar... no tenía sentido el poner nada alegre en una comisaría en la que se estaba investigando sin ningún éxito a un asesino en serie.

Necesitaba respirar. Se dirigió a las escaleras. Una voz la frenó.

—Ariel.

Era Amaro. Esta se dio la vuelta inmediatamente.

—¿Sí?

—Te necesito en el cementerio. Ya.

—¿Ha pasado algo? —Su corazón comenzó a latir más rápido.

—Bueno... —Amaro se acarició la barbilla. El sonido estremeció a Ariel—. El vigilante de seguridad cree haber visto algo esta noche...

—¿Dónde?

—En el panteón del que me hablaste hace un mes. —El corazón de Ariel ya no latía—. Puede que no sea nada, pero quiero fiarme de ti. Tenemos que agarrarnos a cualquier cosa. Si sacas algo de ahí...

—Puede que nos autoricen, ¿no?

—Eso es.

—Voy para allá.

La increíble velocidad que alcanzó para llegar lo antes posible al camposanto dejó a Verónica anonadada y amarrada al asiento. Ventajas de ser policía, nadie la iba a multar. Aparcó entre dos arbustos, tras los cuales eran visibles algunas de las lápidas más antiguas, ya corroídas por el tiempo, y se apresuró a entrar. Su compañera aún no había salido del vehículo cuando Ariel ya saludaba al vigilante. El cabello negro, algo canoso y escaso de este se encontraba aplastado, debido a la presión sobre su cabeza que ejercía una gorra horrible que ahora portaba en la mano.

Realizados los horribles formalismos, emprendieron la marcha. Ariel preguntó qué había sucedido. Aquel hombre era parco en palabras, ya lo había comprobado en su otra visita, y era preciso ir al punto del asunto con él.

—Hoy estaba de noche. Somos dos, Moncho y yo, y le cambié el turno porque tenía algo. No sé el qué, me da igual. —Disimuló un bostezo de mala manera—. Estaba en la garita cenando, y me apeteció dar una vuelta para hacer la digestión.

—¿A qué hora?

—Serían las cuatro de la mañana.

—Buena hora para cenar —apreció sarcástica Verónica. El vigilante clavó en ella su dura mirada.

—Toda la noche aquí, pasando frío... pues uno hace hambre. Si quiere puede quedarse y lo comprueba. —Ariel rogó con la mirada a su compañera que no hablase más. Esta obedeció—. Además, a esas horas ponen pelis buenas en la tele. Ayer echaban una de esas de ese que era gordo, que repartía unas hostias... —Sorprendentemente el hombre se había soltado, y ahora hablaba más de la cuenta.

—Entonces se fue a pasear —le cortó Ariel.

—Eso es. Me gusta irme por esta zona porque está más cobijada. —Agachó la cabeza y accedieron al lúgubre sendero que conducía a los panteones—. Y justo aquí, escuché un ruido. —Frenó en seco junto a uno de los panteones. Ariel casi chocó con él.

—¿Un ruido? —repitió

—Sí.

—¿Puede describirlo?

—Como de picar piedra, ¿sabe?, así con un pico. —Agarró con sus manazas una azada invisible y comenzó a emitir una horrible onomatopeya—. ¡Clonk, clonk!

—Vale, vale... —rogó la pelirroja. Volvieron a andar.

—Naturalmente fui a ver qué coño era eso. Estaba muy oscuro, aquí a la noche no hay iluminación. Prendí la linterna y caminé con cuidado hacia el sonido. Cuando notaba que oía más, tiraba *p'alante*. Así hasta que llegué aquí.

Sin haberse dado cuenta, habían llegado hasta el panteón de los Armilar. Era como una catedral en miniatura. El rostro del hombre se paralizó. Ariel pudo apreciar que incluso temblaba un poco.

—¿Vio algo?

—Sí... no. No lo sé. No sé si vi algo... o algo me vio a mí —respondió nervioso.

—¿A qué se refiere?

—Bueno... —Miró temeroso hacia la puerta. Las frías rejas de esta le devolvieron la mirada—. El ruido venía de dentro. Me asusté. Apunté con la linterna a la vidriera y de pronto paró. Yo casi podía respirar del miedo. Todo se volvió silencio. Me acerqué un poco más y escuché... un jadeo.

Estaba completamente pálido. Una gota de sudor se resbaló por su frente, a pesar de lo fría que era la mañana. Casi no se atrevía a hablar.

—Algún animal... —volvió a comentar Verónica. El vigilante ni la miró.

—No. No era un animal. Tampoco era humano. Venía de arriba... de encima de mí... Dirigí la linterna a la pared... y entonces lo vi, en ese agujero... un rostro... no... —Su rostro se desencajó.

—Tranquilo —dijo Ariel.

Dirigió su mirada hacia el agujero. Era una vidriera redonda de la que ya se había percatado la otra vez, de pequeño tamaño y situada justo encima de la puerta.

—Pero ahí no hay ningún agujero —afirmó Verónica.

—Quizá se abra desde dentro —zanjó Ariel, mirándola severamente—. ¿Qué es lo que vio?

—No lo sé. Era una cara... infantil... pero llena de heridas... deforme... Estaba apoyada ahí, aferrándose a la piedra con sus garras... unas manos puntiagudas... como ramas de árboles... unos dientes... sucios...afilados... y unos ojos... inexistentes.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Ariel. Verónica sonrió.

—¿Pudo verlo bien?

—No. No aguante la mirada. Pero lo recuerdo. Me observaba con ira... como dispuesto a saltar encima de mí en cualquier momento... Su boca rezumaba un líquido negro... Salí corriendo. Pensé que me estaba dando un corte de digestión. Me encerré en la garita, y no me he atrevido a volver hasta esta mañana para ver si era verdad. Si había visto algo...

—¿Y qué le ha hecho confirmarlo?

El vigilante miró al suelo.

—Esto.

Unas salpicaduras oscuras habían estallado sobre las escasas baldosas que rodeaban el panteón, cuyos alrededores consistían en tierra, suciedad y maleza. Ariel se agachó. Las manchas parecían sangre, pero eran muy oscuras, casi negras. Se levantó poco a poco, y sus ojos se encontraron de frente con la pequeña estatua sin rostro. Las gotas habían caído sobre ella, deslizándose por la piedra blanca, y dibujando una lagrima de sangre en aquella cara ausente de ojos. Cerró los suyos y ahogó un suspiro.

Tras tomar unas muestras, y agradecerle su tiempo a aquel hombre, que se quedó apoyado en la puerta de la garita, algo afectado, emprendieron su camino al coche.

—Bueno, pues ya estaría —expresó en voz alta Verónica.

—¿A qué te refieres? —respondió Ariel mientras se colocaba sus redondas gafas de sol de cristales oscuros.

—¿Te has tragado eso?

—¿El qué?

Caminó más rápido mientras se abrochaba uno de los botones de la cazadora vaquera de color negro que llevaba. Era muy fina para el frío burgalés, pero a ella no le importaba.

—Pues todo ese rollo que nos ha contado. —Rio—. Muchas horas aquí solo, me parece a mí. —Expulsó estas últimas palabras mientras realizaba un

gesto con el dedo, poniendo de manifiesto la locura que, sospechaba, ese hombre padecía. Ariel frenó en seco.

—De verdad, Verónica. ¿Puedes dejar ese rollo un puto momento?

Verónica se quedó mirándola, sin saber cómo reaccionar.

—¿Perdona?

—Sí, esa forma de hablar, tratando a todos los que no piensan como tú como si fuesen imbéciles. —Se quitó las gafas para mirarla a los ojos.

—No sé a qué te refieres.

—Ya has dejado claro que no crees en nada más que lo que tus manos puedan tocar, pero respeta a los que sí lo hacen, joder. Es muy triste que alguien te abra su corazón y tú se lo destroces.

—¿Todo esto es por ese tío?

—Por favor, reaccionaste igual cuando Helena nos habló del panteón. Las mismas caras. Los mismos gestos. ¿Sabes cómo se sintió ella?

—¿Qué pasa?, ¿qué crees en estas cosas? —espetó sarcástica.

—Da igual lo que yo crea. Pero tú no eres quién para juzgar a nadie. ¿Sabes lo que había en el Palmar? Gente cegada por la fe, capaces de cualquier cosa por defender unos ideales estúpidos, ridículos. Capaces de matar, ¿te enteras? Esas son las creencias que hacen daño, las putas religiones. Que venga una chica a decirnos que cree en vampiros no le hace daño a nadie, pero tú la juzgas. ¿Quién eres tú para juzgarla? ¿Qué coño has visto tú? Vale ya, joder. No eres mejor que ella.

Ariel respiró. Verónica permanecía callada. El viento arrastró varios de sus anaranjados cabellos dentro de su boca. La inspectora se puso las gafas y continuó el camino hacia el coche, buscando en el bolsillo sus llaves.

—¡No, no soy mejor que ella! —gritó—. Pero sí soy mejor que tú. En meses no has hecho ningún avance, y encima dejas que te afecte todo. ¿Qué clase de policía eres tú? —Ariel se detuvo. No la miró. Verónica continuó hablando—. Estás aquí para resolver esto, no para hacerte amiga de una pava gótica. A lo mejor lo que pasa es que te la quieres follar, a ver si así olvidas de una puta vez a tu ex, que vaya tela, hija...

Ariel dejó de respirar. Verónica enmudeció. Intentó acercarse mientras la primera abría la puerta del Prius.

—Ariel...

—Sube al coche.

—Lo siento... me he calentado.

—Sube al puto coche.

Obedeció. Miró a Ariel. Los rayos de sol que atravesaban el limpio cristal del coche chocaban contra su pálida tez, que los absorbía. Intentó decir algo, pero no fue capaz. El coche salió del aparcamiento como una bala.

Ariel llevaba su móvil conectado a la ranura de USB. Subió el volumen de la música casi al máximo para amortiguar el espantoso silencio, casi dramático, que se respiraba dentro del vehículo.

Aske zarete, libre, Zuen kaiola erraldoietan.
Dena eros daiteke, zuen kaiola erraldoietan.
Hala ere kexu zara, zure kaiola erraldoi horretan.
Katez alda dezakezue... Zuen kaiola erraldoietan
(Estáis en libertad, libres, en vuestras jaulas gigantes,
Todo se puede comprar, en vuestras jaulas gigantes...
Aun así tú te quejas, en tu jaula gigante...
Podéis cambiar de cadenas, en vuestras jaulas gigantes...)

Las guitarras de los Berri podían escucharse desde fuera.

—¿Puedes bajar el volumen?

Fingió no escucharla. Condujo hasta la comisaría a casi más velocidad de la que había ido al cementerio. Cuando llegó al parking, no entró. Frenó en seco, dejando la marca de los neumáticos en el asfalto.

—Baja.

—Ariel...

—Baja.

Volvió a obedecer. Casi no le dio tiempo a cerrar la puerta. Arrancó. La pelirroja se quedó allí mirando, en frente de la comisaría, sin saber muy bien qué hacer, mientras observaba cómo el Prius encaraba la rotonda y se perdía por una calle. Ariel lloraba dentro de él. Golpeó el volante varias veces mientras gritaba. Intentó cantar para relajarse, pero no tenía voz. Se limitó a llorar. Lo hizo hasta que llegó al hospital. Aparcó, y apagó el motor. Permaneció sentada, llorando en silencio, casi ahogándose con sus propias lágrimas. Desconectó el móvil. Volvió a buscar a Zoe en Instagram. No había nada. Lo bloqueó. Ahogó un gemido y alzó la vista. Un hombre de unos cuarenta años la miraba. Sintió como la juzgaba a través de sus gafas cuadradas.

—¡¿QUÉ?! —le gritó.

El hombre siguió su camino murmurando algo. Ariel se limpió la cara con las mangas y salió del coche. Varios celadores que se encontraban fumando la miraron. Uno de ellos coqueteaba con una enfermera, así que, por suerte, no le hicieron mucho caso. Subió por las interminables escaleras hasta adentrarse en el complejo hospitalario. El laberinto de pasillos ya no era tan impresionante como la primera vez que estuvo allí. Sí lo era el compendio de ruidos y voces que emanaba de todos los rincones. Olía a café y a medicamentos.

Descendió hasta el sótano. El ambiente se enfriaba poco a poco. Un doctor hizo ademán de preguntarle quién era, pero esta mostró la placa sin ni tan siquiera mirarle, acallando sus dudas.

Una vez llegó al depósito, entró sin llamar. Dos de las camillas estaban ocupadas por los cadáveres de un señor y una señora, ancianos ya. Las arrugas de su rostro se acrecentaban bajo los cansados ojos del varón. La señora dibujaba en sus labios una tímida sonrisa.

—¡Bueno! ¿Cómo tú por aquí?

Ariel se volvió hacia la voz, algo sorprendida. Soledad se encontraba en su mesa. Casi se la veía. Gracias a su pequeña estatura, su cara apenas sobresalía del tablón de madera. Estaba tapada por un grueso tomo, algo polvoriento y muy viejo, que sujetaba con una mano, mientras en la otra sostenía un libro algo más pequeño. Los títulos eran poco o nada atractivos: *Manual de bacteriología* de Francisco Soria Melguizo, podía leerse en las finas letras azules del grueso; *Mendelismo y evolución*, E.B Ford, se apreciaba en el pequeño.

—Hola, Soledad. ¿Molesto?

—Tú nunca. Estaba aquí repasando unos libros viejos que me he encontrado por casa...

—¿De dos en dos?

—Sí, así ahorro tiempo. Cuando me satura uno me paso al otro, y viceversa. —Rio acerdádamente. Colocó los libros abiertos sobre la mesa, ejerciendo presión con la cubierta para no perder la página—. ¿Qué necesitas? —No se levantó.

—Vengo del cementerio...

—Buen lugar. ¿De cuál de ellos? —Limpió sus pequeñas gafas con el vaho que expulsó de su boca.

—San José.

—¡Ah!, curioso, curioso. Tiene muchas historias, y mucha historia. A mí me gusta ir por allá de vez en cuando a merendar. Antes iba con mis hijos... ahora

parece que lo encuentran algo lóbrego —comentó haciendo un gesto con la boca—, así que me voy yo sola. ¿Y qué ha pasado allí?

—Uno de los vigilantes afirma que ha visto algo extraño esta noche en uno de los panteones. Hemos encontrado esto.

Sacó la muestra de su bolsillo y se la ofreció a la forense. La había colocado cuidadosamente en el interior de un tubo que posteriormente había cerrado en una bolsa de plástico. Soledad apoyó su panza sobre la mesa para alcanzar la bolsa, y la observó con curiosidad, poniéndola al contraluz de la lampara de su escritorio.

—Vaya...

—¿No te parece muy oscura para ser sangre?

—Bueno... es muy espesa... pero puede ser por un exceso de glóbulos rojos. Pero el color... es casi como si estuviese coagulada...

—¿Puedes mandarla a analizar?

—Sí, claro. Ya lo sabes.

—Gracias.

—¿Y dónde estaba?

—En uno de los panteones... el de los Armilar.

Soledad la miró sorprendida.

—¿Los Armilar?

—Sí. ¿Te suenan de algo? —Ariel hizo ademán de sentarse en una de las sillas, pero Soledad se levantó.

—He leído sobre ellos. Eran una dinastía bastante importante. Esas familias nobles que poco a poco caen en desgracia. Hicieron bastante dinero durante la época de la inquisición... Fueron benefactores de la iglesia, y financiaron muchos de los proyectos de la misma... De esa época hay algo de información sobre el patriarca, el duque Juan de Jonás. Al parecer tenía afición por los aparatos de tortura... Llegó a diseñar alguno, y luego vendió sus patentes a la Iglesia. Hay quien afirma que la pera fue un invento suyo.

—¿Pera?

—Sí... un artefacto con forma de pera, de ahí el nombre. Se introducía en la boca... vagina... ano. Una vez dentro, se abría, desplegando púas de metal...

—Joder... —La imagen le revolvió el estómago.

—Así es. Este estaba obsesionado con la historia de Erzsébet Báthory, ya sabes... La leyenda dice que el pueblo le temía porque secuestraba a la gente de la calle... a los pobres... y se dedicaba a torturarlos por diversión... No hay

mucha más información de ellos. Hay una línea de descendencia extraña. Te puedo decir que tenían muchísimas propiedades en la ciudad: casas, palacetes... e incluso templos. Cuando se proclama la primera república huyen del país temiendo represalias por parte del pueblo, al no valer nada sus títulos... pero acaban volviendo, muchos años más tarde... con Alfonso XIII ya reinando, en 1928. De todas formas, las cosas habían cambiado... El pueblo ya no les tenía respeto... y pasó lo que pasó.

—¿Qué pasó?

—Gjj. —Soledad acompañó la onomatopeya con una representación gráfica, deslizando su dedo índice por el gaznate.

—*Fuck*... ¿sabes algo más?

—No... eso poco. No es una historia que me haya llamado mucho la atención... Hay bastante de leyenda en ella. Pero existen varios códices de la época de Juan de Jonás y mucha hemeroteca, registros de la ciudad... Tienes todas las copias en la biblioteca del principal. ¿Te gusta el tema?

—Es interesante...

Ambas permanecieron en silencio, dedicando una sutil mirada a los cadáveres de los ancianos, que reposaban sobre la mesa.

—Matrimonio —comentó Soledad—. Intoxicación por monóxido de carbono ayer, en una residencia... Los hijos les van a demandar... aunque no debían ir mucho a verlos. La mujer tenía Alzheimer. Los encontraron abrazados en la cama esta mañana. Juntos hasta el final.

Ariel los observó. La sonrisa de la mujer adquirió un cariz diferente. Un aluvión de pensamientos amedrentó su cabeza. Pensó en Zoe. «Juntas hasta el final». Se lo había dicho una vez. Cerró los ojos conteniendo una lágrima mientras sentía cómo su garganta se cerraba, provocando una extraña sensación de dolor.

Se despidió de la forense, y emprendió el camino hacia el coche. Condujo en silencio. Aparcó en la avenida del Cid, al lado del toro. Ya eran las tres. Su estómago rugió. Llevaba días alimentándose de basura. Se acercó a pie hasta Gaia, uno de los pocos vegetarianos de la ciudad. Para llegar hasta allí cruzó por la calle de la Paloma, y pasó por delante de la catedral. El restaurante se ubicaba en el bajo de un edificio. Entró, y una camarera morena la condujo a una solitaria mesa de color morado. La decoración era diversa y multicolor. Pidió el salmorejo de manzana reineta, el arroz pilaf, y una moussaka. Esperó en silencio, mientras daba un sorbo de la helada cerveza. No quería pensar en

nada. Se dejó llevar por la voz de Hindi Zahra, que cantaba *Broken ones* a través de los altavoces situados en el armario junto a ella.

Cerró los ojos. Todo era una mierda.

Is there anybody who can tell me where do broken ones go?
Maybe there's a place, instead of running...
Maybe there's a way instead of nothing."
(¿Hay alguien que pueda decirme a dónde van las personas rotas?
Quizá haya algún lugar, en vez de correr.
Quizá haya alguna una manera en lugar de la nada.)

***

18.09 p.m.

Había descansado un par de semanas. Iba siendo hora de volver a crear.

Avanzó por el longo pasillo casi de puntillas, como si estuviese bailando. En sus descalzos pies podía sentir el frío de la losa. Sus largas y puntiagudas uñas se clavaban en la piedra, y crujían al rozarla.

Pronto tendría que salir a cazar. Ya no quedaba comida en el armario, y el hambre y la sed habían hecho que los barriles se vaciasen antes de lo previsto, y habían mermado también la colonia de ratas. Tan sólo quedaba un bebé, demasiado pequeño para ser nutritivo.

Una vela iluminaba y ahumaba la pared con el incesante baile de su chispeante llama. Se dejó caer en la destrozada silla de madera, otrora lustrosa. La caoba dibujaba formas florales, ya desgastadas. Miró la estancia. Todos los inservibles aparatos permanecían ahí almacenados. Nunca habían llamado su atención.

Muchos años atrás se había encerrado dentro de la doncella. Era tan pequeña que los clavos apenas la atravesaron, pero sí hicieron mella en sus manos y piernas, y le regalaron sendas cicatrices bajo los parpados. La observó. Siempre había sentido fascinación por la forma de aquel metálico rostro, que lloraba o gritaba en silencio.

Se levantó de la silla, y se dirigió a la estancia del final del pasillo. El olor a humedad se acrecentaba, mezclado ahora con el de los químicos usados. En el suelo había un agujero lleno de polvos blancos. Sumergió la mano, y tanteó hasta encontrar lo que buscaba. Agarró fuerte del cuero cabelludo, y extrajo la

cabeza. El rostro se había secado, como era de esperar, y ya presentaba la tonalidad buscada. Sonrió, y por sus afilados dientes deslizó la traslucida baba.

Era hora de crear.

***

18.33 p.m.

—Hola... ¿historia de Burgos?

La bibliotecaria le indicó con un escueto gesto que accediese a la sala contigua. Caminó pisando la suave moqueta entre mesas llenas de estudiantes y libros, ajena a las miradas. Una pequeña puerta daba acceso a esa sala. La atravesó. Todo a su alrededor consistía en estanterías metálicas repletas de libros de muchos tamaños que luchaban entre sí por destacar. El material de las baldas debía ser robusto para soportar tanto peso.

Sentada en una mesa junto a la entrada, se encontraba una mujer algo rellenita y de rasgos toscos ocultos tras unas enormes gafas de pasta. Tecleaba en el ordenador, y estaba absorta escuchando algo con unos auriculares bastante pasados de moda. Ariel no quiso importunarla, y esperó frente a ella hasta ser atendida. Esto sucedió exactamente minuto y medio después.

—¿Qué busca? —dijo con una voz de cafetera.

—Historia de Burgos.

—Época en concreto. —No usó un tono interrogativo. Se ajustó las gafas y la observó de arriba a abajo.

—Medieval, si hay algún escrito sobre la Inquisición, y sobre la nobleza de la ciudad. Y crónicas.

—¿De la misma época? Difícil.

—No... de los años treinta.

—Los primeros los tiene al final del pasillo. Hay una copia de un par de códices sobre Inquisición. También puede consultar un tomo de finales del siglo pasado: *Genealogía de la nobleza de la ciudad*. Ahí va a encontrar nombres que seguramente le resulten conocidos: el duque de Frías, Diego Gómez de Sandoval y Rojas, el conde de Castilfalé... Y respecto a las crónicas... hemeroteca. Hay ejemplares del *Diario de Burgos* de la época. Los puede consultar en el archivo digital si mete usted las fechas. ¿Algo más?

—No, no... más que suficiente.

Le agradeció a la mujer la información, y esta volvió a hibernar dentro de los auriculares.

Avanzó hasta el lugar en el cual se encontraban los escritos medievales. Era una estantería llena de grandes tomos de interesantes títulos y portadas. Uno de ellos mostraba bajo unas grandes e inteligibles letras a unos trovadores que emitían sonidos a través de sus pequeños laúdes. Aunque era una fotocopia, se apreciaban perfectamente los dorados tonos de los ropajes de aquellos pequeños individuos. Le costó mucho encontrar algo relacionado con la Inquisición. Ninguno de esos grandes códices le decía nada... Sí lo hizo un pequeño libro, muy mal copiado y ensamblado, cuyo título narraba *Historia de la Inquisición Española*, en una portada blanca, sin ningún tipo de grabado. Lo agarró sin mucho ánimo.

El tomo sobre la genealogía de la nobleza fue más sencillo de alcanzar. Se encontraba solo, casi marginado, en una pobre estantería que apenas albergaba un par de periódicos. Era grueso. Sopesó que tendría más de mil páginas. Lo agarró fuerte con ambas manos. Pesaba, así que lo inclinó hacia su pecho, y salió de la sala, sin que la mujer se dignase a dirigirle ni tan siquiera una compasiva mirada.

Cargó con los libros hasta una de las pocas mesas libres. La biblioteca estaba llena. Imaginó que muchos estudiantes estarían con los finales de ese trimestre, y se sintió como una vieja a pesar de tener apenas un par de años más que muchos de los chicos que allí se encontraban.

Encontró hueco en el centro de la sala, justo en la intersección que creaban los pasillos de mesas y moqueta. Depositó los libros cuidadosamente, ante la atenta mirada de una chica de rasgos asiáticos, que garabateaba unos apuntes mientras escuchaba música a través de unos auriculares sin cable. Se quitó la chaqueta, peinó su melena, y se sentó. Le entró una enorme pereza al observar de nuevo aquellos libros. Abrió el referente a la Inquisición. Un largo prólogo ponía en situación al lector. Se lo saltó. También obvió más de cien páginas que hablaban de los inicios de la Inquisición en España.

Llegó a uno de los apartados, cuyo encabezado narraba «El Edicto de Gracia». Las primeras líneas impresas sobre el áspero papel amarillento llamaron su atención.

«El Edicto de Gracia supuso el primer paso de las posteriores visitas de los inquisidores a núcleos de población rural. Al llegar a alguno de estos pueblos, apartados de la vida más urbana que se desarrollaba en las grandes ciudades

del negro, los inquisidores se presentaban ante las autoridades competentes, y posteriormente, acudían a los oficios. Al acabar el sermón, el inquisidor, sujetando un crucifijo, hablaba a los deudos, y les hacía jurar que colaborarían con el Santo Oficio a la hora de luchar contra la herejía. Posteriormente se leía el Edicto de Fe, una relación de todas las creencias y conductas heré...»

Paró de leer. Pasó las páginas. Muchas de ellas contenían interminables anexos que la conducían a otras obras relacionadas. Se sentía formar parte de la ESO otra vez. Leyó otro encabezado, por lo menos cincuenta páginas después: «El Edicto De Fe».

«En 1500 se consideró que los edictos de gracia ya habían cumplido su función, y se sustituyeron por el de fe. La principal diferencia entre ambos era qué, mientras que en los primeros se invitaba a la persona que considerase haber incurrido en una herejía a buscar perdón, sin recibir castigo a cambio, estos segundos invitaban a la denuncia de todos aquellos que se pensaba eran culpables de los delitos que aparecían en una enorme lista.

Estos edictos se solían leer una vez al año, en cuaresma...»

—Vamos, que te podía denunciar quien quisiera... —comentó Ariel para sí misma.

Se frotó los ojos en un gesto que ya era casi un tic, y siguió pasando páginas, hasta encontrar un interesante título: «La problemática en Castilla la vieja».

«Tras el fallecimiento de Fernando de Valdés y Salas, dan comienzo una serie de problemas en ciertas zonas del reino de Castilla. Los inquisidores Vallisoletanos afirmaban que los viajes a otros lugares de la comarca eran excesivos, y justificaban las reiteradas ausencias en sendas cartas enviadas al tribunal, que nos han llegado hasta el día de hoy. En una de ellas, al pedir el tribunal explicaciones por las ausencias en las visitas a la ciudad de León, el inquisidor Bramón se justifica hablando del exceso de trabajo, y afirmando que esas visitas si se han producido, pero que no se han notificado debido a la pérdida de las cartas por parte del corregidor de aquella ciudad.»

Se pasó las manos por la melena, exasperada ante la cantidad de información inútil que estaba procesando sin saber muy bien por qué. Avanzó entre hojas y hojas de datos y más datos caligrafiados en forma de diminutas letras, hasta que, de casualidad, algo llamó su atención.

«Fue curioso el caso de Burgos; más concretamente, de varios de los pueblos englobados dentro de la hoy provincia. Tras el auto de fe de Logroño,

la Inquisición centra como uno de sus objetivos principales el acabar con las prácticas de brujería. Tras la quema de muchas de las brujas de Zugarramurdi, que ya hemos comentado en el capítulo previo, llegan rumores al tribunal de la presencia de un aquelarre en el pequeño pueblo burgalés de Cernégula, en la merindad de Río Ubierna, muy cercana al páramo de Masa.

El inquisidor principal, Félix de Marcada, solicita la presencia inmediata de un inquisidor en la ciudad. El problema aparece cuando se le notifica que en Burgos no hay inquisidor desde la muerte de Sáez de Valdibia, el último en ocupar el cargo. Ninguno de los inquisidores de Valladolid accede a encargarse de la tarea, y es uno de los nobles de la ciudad quien se ofrece a visitar el pueblo, Juan de Jonas Armilar. En una práctica muy poco común, de Marcada accede, al ser este noble uno de los principales benefactores de la iglesia católica en Burgos, habiendo cedido varios de sus terrenos para ordenes, y propiciando y financiando la construcción de diversos conventos, por desgracia hoy desaparecidos, en la comarca. También es un dato de interés la especial afición que Armilar profesaba hacia el instrumental usado por el Santo Oficio, llegando el mismo a diseñar uno de los más cruentos artefactos que un servidor ha tenido el horror de estudiar: la pera de la angustia.

Armilar se desplaza hasta el pueblo, y según algunas de las crónicas de la época, entrevista a varios de los residentes del mismo, que son reticentes a decir nada, hasta que este les pone una saca de dinero bajo la mamola. Allí le hablan de una charca donde las supuestas brujas se reúnen para realizar sus aquelarres. Tras visitar la enorme charca, cuyas aguas son de procedencia fluvial, y a la que adornan apenas un par de árboles sin ninguna hoja, hace llamar a varios de sus sirvientes, que se presentan allí un sábado.

Por la noche, consiguen dar caza a cinco mujeres, que son transportadas en una calesa hasta el palacio de Armilar, en Burgos. Poco sabemos de lo sucedido en el interior de aquellos vetustos muros. Sólo sobrevive una de ellas, y lo hace en unas condiciones penosas. La joven, llamada Leonor de Arévalo, sufrió heridas en la cara de las cuales nunca se recuperó, llegando a deformar su mandíbula, y haciéndola perder un ojo, que le fue extraído. Sus piernas fueron amputadas, según Armilar, para que no pudiese volar nunca más encima de su escoba.

El escrito que nos ha llegado narra, siempre que nos fiemos de la palabra del noble, cómo Leonor de Arévalo confesó haber participado en el denominado “Sabbat”.

Estando una mañana en la villa, labrando, vio como por encima del agua del río se le acercaba un hombre enorme, de piel negra y ojos de fuego, muy bien vestido con la piel de varias reses. El monstruo le preguntó si sería suya, a lo que ella contestó afirmativamente. Este sopló, y fue transportada al Sabbat, donde pudo ver a un enorme macho cabrío, con el que mantuvo incestuosas relaciones, a cambio de las cuales le enseñó miles de secretos mágicos.

Según Armilar, la mujer pasó un año realizando horrendas prácticas, tales como levantar los cadáveres del cementerio para alimentar el fuego con los huesos. Fuego que también alimentaba con su propia sangre, para así invocar al demonio Berit.

Esta supuesta bruja fue entregada a su familia, que la dejó morir de hambre en la calle. De qué pasó con los cuerpos de sus compañeras no tenemos la más mínima certeza.

En los, suponemos, horribles interrogatorios a los que Armilar sometió a aquellas mujeres en su palacio, le hablaron de una gruta cercana, en Ongayo, Suances.

Allí se reunían las brujas de Cernégula para realizar sus ritos y conjuros. Este se presenta allí con sus deudos, y secuestra a tres mujeres, dos jóvenes y una de avanzada edad, que son transportadas de nuevo a Burgos.

Los cruentos métodos del noble llegan a oídos del tribunal, que decide enviar a uno de sus inquisidores para que supervise lo que allí está sucediendo.

Alonso de Salazar y Frías, un sacerdote e inquisidor nacido en Burgos, vuelve a su ciudad natal. En ese momento se encontraba en Urdazubi, visitando las montañas navarras tras la cacería de brujas que había producido el proceso de Zugarramurdi. Este había sido de las pocas voces críticas contra el proceso, negando la existencia de brujas, y afirmando que el mismo solo se basaba en la ignorancia, la venganza y la sed de sangre. El tribunal le había enviado a recorrer aquellas inhóspitas montañas recabando información sobre aquellos aquelarres, de los cuales nunca pudo encontrar pruebas sólidas.

Frías llega a Burgos en 1613, y realiza sendos interrogatorios a las mujeres captadas en la gruta por Armilar. En su informe al consejo recoge lo siguiente:

"Las mujeres, de nombre Marta Ojanca, Elvira Ruiz y Flora Zamón, presentan un estado deplorable. La primera de ellas, y la más anciana, al contar con casi ochenta años, ha sido torturada con diversos objetos que jamás había visto. Sus dedos han sido mutilados, al igual que su nariz. Las piernas presentaban fracturas debido a los golpes con un mazo, y apenas podía hablar.

Elvira había sido presa de la Dama de Hierro, falleciendo desangrada al poco de llegar yo. Las manos de Flora, de catorce años habían sido atravesadas por veinte ardientes clavos, y sus pies estaban anclados al suelo mediante un enorme hierro que atravesaba las plantas. Sus labios habían sido quemados con hierro candente, y su cara estaba llena de laceraciones.

No encontré delito alguno en ellas. Eran simples campesinas que trabajaban en una mina de carbón cercana. Así se lo habían hecho saber a Armilar, que las ha torturado durante días.

Lo que encontré en su palacio es digno del horror más absoluto. Un compendio de instrumentos creados para dar rienda suelta a sus sádicos placeres. Los cuerpos de las mujeres ajusticiadas anteriormente por él permanecían expuestos en uno de los pasillos de ese extraño complejo, empaladas por la vagina, y perfectamente conservadas. No logro descifrar cómo lo ha hecho. Pero lo más perturbador es que el cuerpo de una de ellas estaba lleno de marcas de dientes.

Las piedras del suelo están llenas de manchas rojizas, de trozos putrefactos de carne, de los cuales las ratas dan buena cuenta.

Esta barbarie ha de acabar. Voy a conducir a estas dos mujeres a su villa, y a entregar el cadáver de la pobre Elvira a su familia.

Armilar no puede seguir ostentando el cargo. Una persona así no puede formar parte del seno del catolicismo. No he atisbado el menor signo de perdón en él. Sus ojos... su afilada sonrisa... me da miedo. Sugiero la inmediata excomunión del noble. Ustedes no son capaces de imaginar el horror que se vive aquí".»

Ariel dejó de leer. Casi no podía respirar. Miró a su alrededor. Uno chicos la observaban y comentaban algo. Se levantó de la silla, y salió al pasillo.

Caminó por el azul recorrido hasta llegar a la máquina de café. Introdujo dos monedas de veinte céntimos, y esperó a que la tila estuviese lista. Mientras observaba el vapor que emitía el grifo al expulsar el hirviente líquido marrón, escuchó cómo a través de una torre de sonido situada en la esquina, al lado del banco en el cual unos esqueléticos ancianos charlaban elocuentemente, sonaba Adeste Fideles. Agarró la infusión con cuidado de no quemarse —y aun así lo hizo— y se dirigió a la ventana con forma de ojo de buey.

Las aniñadas voces que entonaban el villancico la transportaron a tiempos más felices. Miró a través del cristal. Ya era casi de noche. El azulado cielo pasaba a ser negro, y la ciudad se teñía de naranja. Esa misma semana se había

inaugurado el alumbrado navideño. El puente rebosaba alegría gracias a las bonitas guirnaldas de colores cálidos, y frente al Museo de la Evolución se había instalado una enorme caja roja con forma de regalo que hacía las delicias de los niños.

El cristal de la ventana estaba húmedo por el frío. Se acercó demasiado, y notó cómo el agua se pegaba a su bonita nariz. Dio un sorbo de la infusión, que aún era lava, y miró su móvil. Tenía varios mensajes de Verónica. En todos le pedía disculpas. No los abrió. Bebió otro sorbo y volvió a la biblioteca. La chica asiática se había ido, y ahora se encontraba ella sola en la mesa.

Decidió buscar más información sobre Alonso de Salazar. No tuvo éxito. La bibliotecaria le indicó que probase suerte en el archivo municipal. Abatida, hojeo rápidamente los libros que se encontraban cercanos a los códices. Le llamó la atención una portada negra, desde la cual una triste mujer ataviada con ropajes sedosos de color esmeralda miraba al suelo: *Las brujas y su mundo*, Julio Caro Baroja. Lo agarró.

Volvió a sentarse. Reservó aquel curioso volumen para más tarde, y comenzó la investigación del tomo sobre los nobles. Ante ella se desplegaron cientos de nombres, gráficos, letras diminutas y árboles genealógicos. Estaban ordenados por orden alfabético. Obvió la sobredosis de información que habría supuesto comenzar a leer por el principio. Las 1233 páginas de las cuales constaba aquel libro pesaban en sus manos. Aparecían en él todas las familias de alta alcurnia que constaban en los escritos de la ciudad, y un breve resumen sobre su historia. Buscó por la «A». Pasó las hojas, hasta que frente a ella apareció un deteriorado retrato: *ARMILAR*.

Un rostro delgado, pálido e imberbe sonreía. Por su cara caían los mechones negros, que formaban una espesa melena. Tapaban sus pequeños ojos azabache, los cuales clavaban la mirada en el espectador. Sus finísimos labios escarlata escondían tras ellos una dentadura recta, casi perfecta. Su delgadez era enfermiza. Vestía una pechera negra con bordados naranjas, de la cual sobresalía el enorme cuello de encaje de una camisa de seda. Sujetaba un báculo afilado, en cuya punta relucía un rosado rubí. Escrito con letras doradas, su nombre —Juan de Jonás Armilar— y el año de nacimiento y muerte, 1570 - 1668. A Ariel le llamó la atención que aquel hombre hubiese vivido casi cien años. En el retrato no tendría más de veinte. Bajo la imagen, una breve biografía.

«Poco se sabe de la genealogía de los Armilar. Los primeros datos que tenemos de la existencia de esta acaudalada familia son los referentes a Juan De Jonás. Desconocemos su lugar de nacimiento, el nombre de sus progenitores, o el origen de su fortuna.

En 1589 se tiene constancia de la compra por parte de Armilar de los terrenos que hasta ese momento albergaban el convento de San Onofre, en los montes de Villatoro. Este lo remodela y convierte en su residencia particular. Gracias a su buen ojo para los negocios, y a sus conocimientos en ciencia (llegó a diseñar varias patentes de aparatos posteriormente usados por la inquisición) aumenta su riqueza, adquiriendo más terrenos de la ciudad, y fundando sendos conventos. Suya fue la pionera idea de la construcción de varias barriadas, cuyos alquileres alimentaban sus ya enormes arcas.

Contrae matrimonio con Bianca de Narváez, hija de Henrique de Narváez, importante comerciante de telas de la época. Con ella tiene tres hijos: un varón, Martín Armilar, y dos mujeres, Cecilia y Jimena. Las niñas no alcanzan los diez años, muriendo debido a una deficiencia sanguínea, pero la estirpe continúa con Martín (1590-1680)»

Ariel volvió a sorprenderse por la anómala cantidad de años de vida del hijo para aquella época.

«La familia gozaba de salud económica, pero no social. Se habla de temor hacia ellos. De hecho, su apellido se convierte casi en impronunciable. Las desapariciones de jóvenes en las barriadas siembran la sospecha en el populacho, reticente con los quehaceres de Armilar tras los asesinatos cometidos en pos de la Inquisición, y el enfrentamiento público que mantuvo con el inquisidor burgalés Alonso de Salazar.

En 1668, Juan de Jonás fallece debido a la misma deficiencia sanguínea que había enterrado a sus hijas años atrás.»

La página siguiente representaba el árbol genealógico de la familia. Ariel deslizó su dedo por el rugoso papel, acariciando cientos de nombres en aquel laberíntico escrito, y buscando los descendientes más recientes de Juan de Jonás. Tres nombres cerraban la lista: Jacobo Armilar (1892 - 1931), Dasha Armilar (1900 - 1931), y Vanya Armilar (1929 - 1931).

Leyó.

«Tras la proclamación de la primera república, unos Armilar que, habían visto cómo sus ingresos se mermaban debido a las malas gestiones, huyen del país temerosos de las posibles represalias del pueblo, en su contra por causa de

su despótica actitud. Así, en 1873, se refugian en Bender, Moldavia, dónde son acogidos por los Dragnea, una dinastía ya en las últimas, cuyo palacio se encontraba en el interior de la fortaleza de Tighina.

Ambas familias habían sido socias de negocios durante años. Guzmán Armilar y su esposa, Juliana, dan a luz a su hijo Jacobo allí. La mujer fallece en el parto. El padre vive hasta 1912.

Jacobo se enamora de la hija de los Dragnea, Dasha. Los padres de esta ven con buenos ojos la unión de ambas familias, así que se casan en 1917 en la catedral de la ciudad. Tras la muerte de los padres de Dasha se trasladan durante unos años a Hungría, concretamente a Visegrád, donde los Dragnea poseían un castillo a orillas del Danubio. Allí pasan diez años, en los que, según cronistas de la época, se suceden desapariciones de muchachas en los pueblos cercanos a Pest, siempre en torno a la fecha de Walpurgis. Algunos estudiosos han relacionado estas desapariciones con las acaecidas medio siglo antes en las barriadas Burgalesas. El ambiente en la pequeña ciudadela empieza a ser irrespirable, y Jacobo, decidido a proteger a Dasha, embarazada de su primogénito, decide volver a España, donde aún conservaba las ruinas de lo que había sido residencia de su familia hasta 1873, San Onofre.

Llegan a Burgos en diciembre de 1928, y en la noche del 31 de diciembre, cuando las campanas ya replicaban anunciando el año nuevo, nace el hijo del matrimonio. No sabemos con certeza el sexo, dado que el nombre que le dieron, Vanya, sirve para ambos en la lengua rumana.

Jacobo hablaba castellano gracias a su padre, pero Dasha no. Esta podía expresarse en rumano, húngaro, polaco y ruso. Nunca se integra en la sociedad de la época. Se encierra en los vetustos muros de aquel palacio, casi derruido, y se esmera en cuidar a su bebé. Apenas salían de San Onofre durante el día. Era a partir de las horas de tarde cuando Jacobo acudía al salón de recreo del Teatro Principal, y al círculo de la unión, donde ponía en orden sus negocios.

En 1930, tras las inundaciones sufridas en Burgos, varias familias pudientes acogen en su casa a personas de la ciudad que han perdido su hogar. Jacobo ve una oportunidad de negocio, y rápidamente compra varios solares que habían quedado destrozados, e intenta venderlos por mucho más. El pueblo no ve con buenos ojos ese vil acto, e intentan asesinar al matrimonio en una de las raras ocasiones en las que se dejaron ver juntos en el exterior, la noche del 27 de octubre de 1930. Este conato de atentado se salda con la muerte de Teodosio Lucas, artífice del mismo, y de su hijo Martos. Ambos aparecen

desangrados a orillas del Arlanzón, con sendas heridas en muñecas, cuello y vientre.

Pocos meses más tarde, el 16 de abril de 1931, tras la proclamación de la Segunda República, un grupo de cuarenta personas, entre las cuales se encontraban familiares de los Lucas, y varios miembros de respetadas familias, irrumpen en San Onofre con sed de venganza contra los Armilar. Estos habían desaparecido de aquel lugar, pero una lavandera da aviso de haber visto a la pareja y a su bebé en los alrededores del castillo de Burgos, huyendo.

Nadie fue capaz de saber cómo llegaron allí en tan poco tiempo en su inútil huida, pero finalmente son apresados por unos zíngaros que dormían en aquella zona, y entregados a la multitud, que los asesina decapitándolos, colgando sus cabezas de las murallas del castillo, y dejándolas secar al sol. Les sobrevivió la criada, Jacinta García, oriunda de Villalmanzo, a través de la cual nos ha llegado la historia.

Curioso es cómo, siempre según testimonios de la época, varias personas atestiguan que las cabezas de Dasha y Jacobo adquirieron un color negro y una porosa textura, parecida a la ceniza, al estar expuestas al sol.

Tras la muerte del matrimonio, la alcaldía de la ciudad derriba San Onofre, manteniendo la iglesia que albergaba en su interior, conocida hoy como la de El Salvador, que a día de hoy sigue siendo lugar de culto, y que se levanta sola, en medio de un páramo que, durante siglos, albergó lo que fue la residencia de una de las familias más prolíficas de la provincia.»

Ariel frotó sus ojos de nuevo. Bajo el texto habían maquetado una foto en tonos sepias. Estaba escaneada, y los rebordes de la misma presentaban quemaduras. En ella aparecían tres personas: Jacobo, Dasha, y el bebé, en brazos de esta.

Jacobo era alto, delgado, con las facciones finas, casi femeninas. Sus cabellos eran rubios, y su delgadez extrema. Apenas tenía cejas, y sus ojos eran potentes; traspasaban el papel. En sus labios, casi inexistentes debido a su finura, se dibujaba un gesto serio, apoyado por la línea de su mandíbula. Dasha era igual de alta que él. Su clara melena llegaba hasta el suelo, fusionándose con su vestido blanco. Su apariencia era casi etérea. Tenía unos rasgos muy finos y delicados. Era bella, pero su gesto, severo, y agarraba con firmeza al crío, al cual no se le veía la cara. Los ojos de Dasha clavados en el bebé, cuya mano intentaba alcanzar la fina nariz de su madre.

Cerró el libro, y estiró los brazos. Salió fuera. Ya acostumbrada al sabor del café, introdujo los cuarenta céntimos en la máquina, y pidió uno con sabor a avellana. El líquido marrón cayó en el vaso, que estaba decorado con motivos navideños. Un reno con un gorro de Papa Noel rojo y una nariz del mismo color la sonreía. Las Ronettes cantaban *Sleigh ride*. Ariel entonó el estribillo mientras volvía al interior de la biblioteca. Cogió los libros y su abrigo y se sentó frente a uno de los ordenadores situados en la zona de los periódicos. Una etiqueta sobre el mismo indicaba que era el adecuado para acceder a la hemeroteca. La carcasa, de plástico azul, casaba con los colores del resto de la sala.

En la pantalla aparecía el periódico del día. En él se hablaba de la reforma del Plantío, y de los pocos avances con respecto a la investigación que ella misma llevaba. Cerró aquella página. Ante sus ojos apareció un buscador, en el cual podía leerse «Introduzca palabras clave». Tecleó. «ARMILAR». Sólo aparecieron seis resultados.

EL CORREO DE BURGOS

18/4/1932

EL AYUNTAMIENTO TERMINA CON LOS TRAMITES PARA LA DEMOLICIÓN DE SAN ONOFRE

La propiedad estaba abandonada desde el fallecimiento de los Armilar. Ahora el suelo pasa a ser de dominio público. La iglesia del interior se mantendrá para culto...

No le interesaba. Todos los demás titulares se referían a asuntos relacionados con la demolición de aquel lugar. Tan pocos resultados para una familia con tanta historia... Pensó que era demasiado extraño. Volvió a teclear. «INUNDACIONES». Aparecieron más resultados.

DIARIO DE BURGOS

5/6/1930

INUNDACIÓN EN BURGOS

Los burgaleses que habían observado la pasada madrugada cómo llovía jamás pudieron imaginar que, unos kilómetros al norte, una crecida de los ríos Vena y Pico provocada por la acumulación de agua iba a trastocar el día.

Todas las tiendas abrieron hasta que por la plaza de Prim comenzó a deslizarse un torrente de agua, llegando hasta la plaza Mayor, uniendo ambas en un enorme lago.

Todos los locales sufrieron tremendas inundaciones, con el agua alcanzando una altura de 1,78 metros, llegando la misma hasta nuestras oficinas.

Las autoridades locales decidieron actuar rápidamente, y, con la ayuda de picos y palas, intentaron bajar, en vano, el caudal.

A las 11.15 se habían cavado dos zanjas en el paseo de El Espolón para permitir que el agua pasase al Arlanzón.

El líquido transparente destrozó locales y viviendas a su paso, que acabaron con parte de sus interiores rotos y cubiertos de lodo.

Varias de las familias más pudientes de la ciudad han comenzado una recaudación de fondos para ayudar a los desfavorecidos...

Cuadraba con la crónica de los Armilar, pero seguían sin mencionarles. Jugueteó con su melena, pensativa. De pronto, abrió la boca en señal de sorpresa, y tecleó «DESAPARICIONES». Cientos de resultados, los últimos referentes a la actualidad. Descendió hasta llegar a 1929.

DIARIO DE BURGOS

30/4/1929

CONTINÚA DESAPARECIDA LA JÓVEN ROSALINDA MATEO

La muchacha fue vista por última vez cerca de su domicilio, en Gamonal de Río Pico. Acudió entrada la noche a unos lavaderos cercanos cargada con ropa de cama, y desapareció sin dejar rastro. La familia insta desesperadamente a cualquiera que pueda tener información para que se ponga en contacto con ellos...

El siguiente titular que hablaba de desapariciones era de apenas un mes más tarde, el 26 de mayo de 1929.

DIARIO DE BURGOS

26/5/1929

DESAPARECE EN SAN CRISTÓBAL UNA MENOR

Juana de Pablo, de trece años, no volvió a casa el pasado martes.

La niña trabajaba en una casa cercana a la suya, ayudando a un matrimonio con los quehaceres del hogar. Según el testimonio de estos, a las ocho de la noche le pagaron el montante correspondiente al día trabajado, y Juana marchó a casa.

Los vecinos se muestran preocupados con otro caso de desapariciones tras la de Rosalinda Mateo, en el cercano municipio de Gamonal...

Ariel apretó los labios. Acarició la fría superficie del ratón para deslizarse en aquel archivo. De 1929 hasta 1931 había dieciséis artículos que hablaban de mujeres desaparecidas. Los imprimió todos. La vetusta máquina emitió un horrible chillido al encenderse que provocó que varios de los presentes en la biblioteca girasen la cabeza. Ariel se tapó la cara con los brazos, y dejó caer su cabeza sobre la mesa, cerrando los ojos para descansar unos breves minutos. Estuvo a punto de quedarse dormida cuando una dulce voz la trajo de nuevo al terrenal mundo de los vivos.

—Boo.

Ariel miró asustada. Los almendrados ojos de Alba la observaban con timidez. Sintió un pinchazo en el pecho, y le costó reaccionar.

—Alba... qué susto.

—No sabía si eras tú. —Rio juguetona mientras se acariciaba el cuello—. Hace tanto que no nos vemos...

Ariel la observó avergonzada. Alba vestía un jersey verde oscuro de lana que le quedaba muy grande y unos ajustados vaqueros negros. Su pelo estaba suelto, y su sonrisa, siempre presente.

—Ya... lo siento... Ha sido un mes asqueroso...

—Tranqui... todas tenemos nuestras cosas. —Se miraron en silencio—. ¿Puedo sentarme?

—Claro.

Ariel le ofreció la silla que estaba a su lado, y esta la aceptó. La impresora seguía escupiendo hojas y hojas bajo la severa supervisión de una de las bibliotecarias.

—¿Qué haces por aquí?

—Documentándome sobre algunas cosas...

Alba echó un rápido vistazo con el rabillo del ojo a los libros, que Ariel se apresuró a tapar.

—¡Guau, brujas! Qué guay, ¿no? No pensé que te interesasen estos temas...

—Bueno... —Se ruborizó—. Estoy con algo...

—A mí me flipa todo esto. Hay un montón de leyendas super chulas en Burgos sobre el tema... pero cada vez que hablo todos me miran raro. —Se mordió el labio inferior en un adorable gesto mientras jugueteaba con sus deportivas—. Perdona, ¿te estoy molestando?

—No, no... para nada. —Rio—. ¿A qué leyendas te refieres?

—Buff... hay muchas... —hojeó los titulares de los periódicos que salían de la impresora—. ¿Estás investigando las desapariciones de los años treinta?

—Estoy documentándome... ¿las conocías? —preguntó con curiosidad.

—Nos hablaron de ellas en clase de historia. ¡Mira!, ¡una de las leyendas tiene que ver con estas! ¿Quieres que te la cuente?

—Claro.

Ariel no podía dejar de mirar a Alba. Tenía ganas de abrazarla. Alba comenzó a hablar.

—A ver si me acuerdo bien, porque hace más de un año que nos lo contaron. —Frunció el ceño—. En 1929 creo, hubo una especie de plaga en la ciudad... no sé cuál era la enfermedad. El caso es que murió mucha gente, y los médicos no sabían cuál era la causa... Entonces apareció por la ciudad una mujer que aseguraba que con los ungüentos que ella fabricaba podía curar a las personas. Decía que estaban hechos con grasas de animales y plantas. Curó a muchos, pero su llegada coincidió con la desaparición de varias niñas de la ciudad, así que muchos la acusaron de bruja, porque años antes en un pueblo había pasado algo parecido... que habían matado a un niño para curar a alguien...

—El crimen de Gador...

—¡Sí!, ¿cómo lo sabes? —Ariel le hizo un gesto quitando importancia, y Alba siguió hablando—. Bueno, pues muchos vecinos decidieron que era ella la culpable, así que la ataron de pies y manos y la arrojaron por el pozo del castillo...

—Madre mía...

—Sí... pero lo peor fue que eso no solucionó nada. Hasta 1931 siguieron desapareciendo niñas... y nunca se las encontraba... pero un día apareció el cadáver de una de las chicas debajo del puente de San Pablo. Estaba completamente pálida, y tenía marcas de dientes en las muñecas y en el cuello. Nunca se encontró al culpable, pero mucha gente dice que fue obra de un... vampiro. —Alba miró a Ariel esperando una reacción que no encontró—. Pensaba que me ibas a llamar loca con lo del vampiro.

—Para nada...

—¿Crees en los vampiros?

—No... sí... no sé. Creo que hay gente muy mala en el mundo.

La impresora frenó su exhausta operación, y en una última arcada, expulsó una hoja más. Ariel miró a su alrededor. La gente se levantaba de sus asientos,

y poco a poco, la biblioteca se iba vaciando. La oronda bibliotecaria se acercó a ellas. Era la primera vez que Ariel la veía de pie.

—Las nueve menos diez. Vamos a cerrar.

—¡Ay! —espetó Alba—. Voy a por mis cosas. ¿Me esperas?

—Claro.

Ariel se levantó y se puso la chaqueta. Agarró las hojas de la bandeja de la impresora, y, doblando un folio, las agrupó todas. Después las metió entre las tapas de los libros, y los apretó contra su pecho, para que no se cayesen. La bibliotecaria le ofreció una bolsa de tela por dos euros que esta abonó encantada con tal de no cargar con todo eso en las manos por la calle. Se dispuso a salir de la sala para esperar a Alba fuera.

Comenzó a caminar. Unos adolescentes vestidos de chándal y con cara de haber dormido mucho la observaron. Uno de ellos apuraba las ultimas gotas de una lata de Monster, que arrojó a la papelera.

—¡Vaya culazo, pibón!

Sus compadres le rieron aquel lascivo comentario. Ariel hizo ademán de frenarse, pero se contuvo. Una vez fuera, se apoyó en la pared, y saco el móvil del bolsillo. Verónica le había escrito un par de veces más. No abrió los mensajes. Pensó que quizá estaba siendo demasiado dura con ella, pero aun así no respondió. Tuvo tentaciones de buscar a Zoe en Instagram, pero desechó aquella posibilidad al ver aparecer a Alba, envuelta en su parka gris, una mochila azul oscuro y una enorme bufanda cubriéndole el cuello. Estaba adorable. Ambas sonrieron.

—¿Nos vamos?

Ariel asintió.

—¿Y tus amigas?

—Están abajo ya. Han visto que estaba contigo.

Ariel se ruborizó de nuevo. Anduvieron juntas hasta el ascensor en silencio, y en silencio descendieron también. El sonido de la metálica caja al deslizarse lentamente por el hueco provocaba en ambas una extraña sensación de incomodidad.

—¿A qué te referías con eso? —comentó Ariel de pronto.

—¿Con qué?

—Con que tus amigas han visto que estabas conmigo.

—¡Ah!, pues... —Alba dirigió su mirada al suelo y volvió a juguetear tontamente con sus pies—. Que sabían que iba a estar un ratito hablando

contigo, así que han bajado antes. De todas formas, ellas acaban mañana los exámenes.

—¿Y tú?

—A mí me queda historia del arte. Lo tengo el 19... justo antes de las vacaciones.

—Vaya...

El ascensor por fin llegó al suelo entre estrepitosos quejidos. Las puertas se abrieron, dejándolas ver la madera azul que recubría el mármol de la pared del teatro. La puerta de cristal se había empañado por dentro, haciendo presente el frío del exterior. Junto a ella se apiñaban un chico y una chica que compartían un cigarro.

Fuera, el frío se acentuaba, cortando la cara de Ariel, que como siempre, iba poco abrigada. La iluminación navideña estallaba en todo su esplendor. Los árboles del Espolón habían sido decorados con cintas de luces doradas que se unían entre sí a través de sus ramas, dibujando un precioso túnel que invitaba a los transeúntes a atravesarlo. Ambas las observaron.

Ariel miró a Alba. Las cálidas estrellas se reflejaban en su iris como chispas dejadas por fuegos artificiales. Esta se percató de la mirada, y se la devolvió. Por un instante permanecieron así, hasta que la voz de unas chicas llamó su atención. Las amigas de Alba estaban sentadas en el muro que bajaba al Arlanzón. Alba se acercó, y Ariel se quedó rezagada, reticente. Miró cómo hablaban, y cómo de vez en cuando Alba se daba la vuelta. Las conocía de aquella noche de fiesta, pero para nada las recordaba así. Todas reían, y compartían los regalices que extraían de la bolsita que la más alta de todas sujetaba entre las manos. Poco después Alba volvía mientras el grupo de chicas emitía un sonido acabado en «u» para el sonrojo de esta. Se despidió con la mano, y Ariel la imitó.

—¿Dónde vamos? —preguntó Alba.

—No lo sé. T me has seguido. —Rio Ariel.

Caminaron juntas bajo las luces. El olor de las castañas asadas las hizo detenerse frente al arco de Santa María. Ariel decidió comprar un saquito que ambas compartieron. Le hacía gracia ver lo fácilmente que Alba pelaba las castañas, y cómo sus finos dedos blancos se manchaban con los restos de cenizas. A ella le costaba abrirlas, y muchas de ellas acababan en la papelera, mal mordisqueadas.

Tras atravesar el arco, llegaron a la plaza del Rey San Fernando, donde se había dispuesto un mercadillo navideño. A Alba se le iluminó la cara.

Hablaron y rieron mientras visitaban los puestos. Uno de ellos vendía vino de especias y crepes. Ariel pensó en invitar a Alba, pero le dio vergüenza, y desechó la idea.

Para cuando llegaron a la plaza Mayor, lo único que quería era sentarse en un bar y beber algo. El entusiasmo de Alba por todo lo relacionado con la Navidad era contagioso, y esta no pudo disimular su felicidad al ver las diversas atracciones infantiles montadas en el cubículo de la plaza, entre las que destacaba un nevado poblado navideño, una pequeña noria, y un tren.

La plaza estaba cubierta por un techo de luces doradas, al igual que en el paseo, y, desde abajo, parecía un cielo estrellado. Sobre un escenario, el coro del conservatorio entonaba *Noche de paz*. Eran más de sesenta personas creando preciosas armonías con sus voces.

Ariel le preguntó a Alba si le apetecía entrar en algún bar. Esta accedió. Acabaron en el interior del café España, decorado también con motivos navideños. De las verdes y opacas lámparas colgaban cadenas de luces. Las fotografías de músicos de jazz habían sido rodeadas por lucecitas aún más pequeñas, al igual que la tapa del piano de pared, y sobre la barra, una flor de pascua y varios lazos anunciaban la inminente llegada de las festividades.

El local estaba casi vacío, así que se acomodaron en una de las mesas del fondo, bajo la atenta mirada del pastor alemán de los dueños, que se había despatarrado en el suelo.

Ariel se pidió un tinto, y Alba optó por un café con leche. La estilosa camarera se lo sirvió en la mesa, acompañado las consumiciones con un platito relleno de pequeñas pastas caseras.

La mesa era muy acogedora, al igual que el resto del local. A Ariel le gustaban los locales oscuros, y ese sitio la había conquistado desde siempre.

Aunque llevaban hablando más de una hora en la calle, de pronto parecía que el tema de conversación se les había acabado. Ariel dio un sorbo de su copa de vino, y Alba sopló sobre su taza de café, abriendo un pequeño agujero en la espuma de la superficie.

—Duke Ellington —comentó.

—¿Qué?

—La música... Duke Ellington. *Melancholia*.

—¿Te gusta el jazz? —le preguntó sorprendida Alba.

-Me gusta... casi todo. ¿Por?

—¡No te pega nada!

—¿Y qué me pega? —Rio.

—Pues... no lo sé, la verdad. —Removió el humeante café con la cucharilla, y bebió—. ¿Y a mí?

—¿A ti? —Ariel se llevó la mano a la mamola, y pensó—. Te pega ser diferente.

—¿Y eso es bueno?

—Eso es maravilloso. —Vació media copa mientras miraba cómo Alba sonreía. La línea de su boca resaltaba sus mejillas, sobre las cuales nacían unos hoyuelos encantadores.

—Gracias... —Se refugió en su café.

—¿Sabes qué canción sonaba la primera vez que te vi?

—No...

—*Pensiero stupendo*.

—No tengo ni idea de qué es eso.

—Es gracioso si piensas en la letra.

—¿Por?

—Por nada... —Ariel se sintió algo estúpida. Bebió lo que quedaba del vino.

—Ariel...

—Dime.

—¿He hecho algo para que te enfades?

Se atragantó.

—¿Por qué dices eso?

—No hablas conmigo desde hace un mes... No sé...

—No... *fuck*. —Frotó sus ojos—. No tengo excusa, lo sé, pero he estado hasta arriba...

—No, tranquila. Sólo quería saber si estaba todo bien.

«¿Lo estaba?»

—Lo está.

Alba la sonrió, y bebió lo que quedaba en la taza. Rebañó los espumosos bordes con la cucharilla, y la lamió en un gesto adorable.

—Voy a pedirme otra copa, ¿quieres algo?

—No... yo debería irme ya a casa, que mis padres estarán esperando.

—Joe, que eres mayorcita ya...

Alba la miró extrañada. Ariel decidió acompañarla un rato. Vivía en un piso en la avenida del Cid. El portal era enorme, al igual que el edificio. Alba sacó las llaves de la mochila.

—Bueno... pues es aquí.

—Sí...

Introdujo la llave en la cerradura mientras Ariel pensaba en que decirle. La giró lentamente.

—Ya nos veremos... supongo.

Ariel se acercó, y le dio un beso en la mejilla. Estaba caliente.

—Nos veremos.

Ambas se ruborizaron. Ariel se dio la vuelta y comenzó a caminar. De pronto se giró.

—Alba.

—¿Sí? —dijo esta casi al instante.

—Te va a parecer raro que te lo pregunte ahora, pero... ¿recuerdas el nombre?

—¿De quién?

—De la chica... la de tu historia... la que apareció muerta.

—Lo que te va a parecer raro es que lo recuerde. Martina. El apellido ya...

—Gracias... —Sonrió.

—Ariel...

—¿Sí?

—No dejes que pase tanto tiempo la próxima vez que nos veamos.

El corazón de Ariel comenzó a palpitar exageradamente.

—No lo pasará.

Alba volvió a sonreír, y se perdió tras la puerta de cristal. Ariel se quedó allí parada hasta que las luces del portal se apagaron. Sonrió. Sacó el móvil del bolsillo, y se puso los auriculares. *Cold*, de Dover. Escribió a Verónica.

No pasa nada. Mañana nos vemos. Lo siento.

Comenzó a caminar. Observó cómo una pareja se comía a besos en un bar y por primera vez pensó en Alba y no en Zoe. De pronto, ya no tenía frío.

Don't hold on to them,

Don't you fall for them...

'Cause they won't be here forever...

Don't do today what you can do tomorrow.

I'm not cold anymore, I have learned...

You better go and take with you all of your sorrow... Let it out.
(No te aferres a ellos,
No te enamores de ellos ...
Porque no estarán aquí para siempre ...
No hagas hoy lo que puedas hacer mañana.
Ya no tengo frío, he aprendido ...
Será mejor que vayas y te lleves todo tu dolor ... Déjalo salir.)

***

23.54 p.m.

La humeante chimenea escupía crepitantes chispas. La vara de metal estaba apoyada en la piedra mientras su redonda punta adquiría un color anaranjado, casi traslucido.

Permanecía apoyada sobre los oscuros listones desgastados de la mesa de madera, ajena a todo... ensimismada en su trabajo.

La cabeza la observaba con las cuencas vacías. La fina nariz aguileña descendía por la azulada piel. Ya estaba a punto.

Se acercó la chimenea, y agarró el candente metal. Lo sacó de entre las llamas, y calma, volvió a acercarse a aquella mesa. La redonda punta de la vara, cuya textura ya era similar a la de la lava, dibujaba en el metal un pequeño rostro ovalado y formas serpenteantes. La había tallado a mano. Agarró el cuello de la cabeza con su decrepita mano izquierda, mientras dirigía la vara con la derecha. La apretó contra la frente. De la piel comenzó a emanar humo y un apestoso olor mientras se quemaba bajo el yugo del hierro. Lo inhaló, y en sus ajados labios se dibujó una sonrisa.

***

23.55 p.m.

Ariel se quitó las deportivas y se tiró sobre la cama de la habitación con la ropa de calle puesta. Estaba cansada. En su mano aún permanecían las fotocopias que había impreso en la biblioteca.

Cerró los ojos unos instantes. Pensó que quizá debía cenar algo. Buscó en la mesilla de la habitación, y encontró una Granny Smith, la cual se llevó a la

boca después de frotarla contra su camiseta. El ácido dulzor de la manzana la empalago gratamente.

Desabrochó el botón de sus *jeans*, y los empujó hasta que quedaron colocados por debajo de sus rodillas. Se recostó contra el cabecero de la cama antes de quitárselos del todo, y agarró las fotocopias. La extensión de esos dieciséis artículos era superior a las veinte páginas. Los ordenó basándose en las fechas de publicación, y los empezó a leer. Había tenido tiempo de estudiar los dos primeros en la biblioteca, así que los apartó, y se centró en los posteriores.

3/7/1929

FAMILIA DE LA NIÑA MARTA
LA BUSCA EN CARDEÑADIJO

Los padres y abuelos de la menor la buscan en el pueblo natal de su madre. Se creía que podía estar durmiendo en un chamizo propiedad de unos tíos, pero, tras registrar la zona, no se ha encontrado rastro de la chica, que cuenta con quince años de edad.

Recordemos que, con esta, se cumplen dos semanas desde que Marta desapareciese tras regresar a casa la noche del día 20 de junio, después de visitar en su domicilio a una amiga con la que había pasado el día.

24/8/1929

NUEVA DESAPARICIÓN EN LA COMARCA

Los vecinos de Ibeas de Juarros buscan desde hace dos días a la pequeña Sandra Martín, de doce años.

Los padres de la menor afirman que fue secuestrada en su casa mientras ellos cenaban con unos amigos con motivo de las fiestas del municipio.

La Guardia Civil afirma que esta nueva desaparición no tendría nada que ver con las acaecidas estos pasados meses en Burgos, al encontrarse el municipio a varios minutos de distancia de la capital, teoría que no comparte la familia de la niña, que suplica al autor de los hechos que la devuelva sana y salva.

2/11/1929

DESAPARECE MENOR EN SU VIVIENDA

La madrugada de 31 de octubre desapareció en su propia habitación Herminia Fernández, de seis años.

Su madre acudió tras escuchar unos ruidos, y encontró la ventana de la vivienda abierta, y la cama vacía, mientras sus cuatro hermanos dormían

plácidamente.

El domicilio, un bajo situado a la entrada de la ciudad, ha sido registrado por la Guardia Civil, que ha encontrado unas pequeñas manchas rojas que hacen presagiar lo peor a la familia, que ve como su hija se ha sumado a la ya larga lista de menores desaparecidas en Burgos este último año.

Ariel apoyó las hojas sobre su vientre y respiró con los ojos cerrados. La cabeza le daba vueltas. ¿Cómo era posible que esas desapariciones hubieran quedado en el olvido? Frotó su cara, y se levantó de la cama para servirse un vaso de agua.

En la pequeña nevera tenía guardadas unas latas de San Miguel y varias botellas de agua mineral. Nada para comer.

Paseaba por la habitación ataviada solamente con la camiseta de vestir y su ropa interior. Bebió de una de las botellas ya empezadas, y volvió a tumbarse. Se sumergió en la lectura de otro de los artículos.

6/11/1929

LA GUARDIA CIVIL DETIENE AL CELADOR DEL HOSPITAL MILITAR COMO PRESUNTO CULPABLE DE LAS DESAPARICIONES

Tras meses de cávalas e investigaciones, los agentes se personaron ayer en el domicilio del acusado.

El hombre, Emilio Páramo, de treinta y siete años, habría sido denunciado por varias enfermeras del complejo.

Una de ellas, que responde a las iniciales J.G.R, afirma que Emilio tenía un comportamiento extraño, y que estaba obsesionado con las mujeres, siendo cliente habitual de varios locales de alterne.

En su casa se encontraron hachas y cuchillos, que él afirma, usa para trabajar en el campo.

La sorpresa llegó cuando, en una de las habitaciones de la inmunda vivienda, se hallaron ropajes pertenecientes a Herminia Fernández, la niña desaparecida el 31 de octubre. Concretamente encontraron un camisón y unas enaguas, ambos con manchas de sangre.

El detenido afirma que no sabe cómo ha llegado eso allí, ante la desolación de la familia, que clama justicia.

El hombre ya ha ingresado en prisión, pendiente de la resolución final del caso.

12/12/1929

EJECUTADO EL CELADOR
TRAS SER DECLARADO CULPABLE

Ayer tuvo lugar a puerta cerrada la ejecución de Emilio Páramo, asesino de las menores desaparecidas.

El hombre ha mantenido que es inocente hasta el último momento, llegando a afirmar que las pertenencias de la niña Herminia habían sido colocadas en su casa por una de las enfermeras del hospital donde trabajaba.

Su deceso se produjo a las ocho y tres minutos de la tarde, tras ejecutar el verdugo la pena de garrote vil, dictada por el juez Ayuso.

Ariel abrió su portátil y googleó el nombre del celador. Un par de páginas escaneadas en un blog de historia de la ciudad mostraban algunas imágenes del mismo. Un hombre alto, calvo, con las cejas muy pobladas y la nariz chata, de cuyos entrecerrados ojos emanaba una horrible rabia, era sujetado por dos guardias civiles, que hacían todos los esfuerzos posibles para contener a aquella enorme persona. Vestía una ceñida camiseta interior llena de manchas y agujeros, de la cual surgían dos gruesos brazos repletos de vello.

Ariel volvió a la fotocopia y buscó el nombre de la enfermera. Lo subrayó con un bolígrafo, e introdujo las iniciales en la búsqueda. Tan solo encontró una copia del mismo artículo que acababa de leer.

Bebió otro sorbo de agua, y decidió sumergirse en otro de los artículos. La fecha de este era unos meses posterior a la ejecución del celador.

30/6/1930

DESAPARECIDA JÓVEN EN BURGOS

Ayer Burgos se vestía de gala para el inicio de los Sampedros, pero este comienzo de fiesta ha quedado empañado por la desaparición de Adela Basilio, de diecinueve años de edad, residente en Villalonquejar.

La joven volvía a casa tras las festividades, así lo aseguran sus amigas, que se despidieron de ella en el paseo de El Espolón, pero nunca llegó a alcanzar su destino.

Una nueva desaparición sacude la ciudad poco después de la condena y ejecución de Emilio Páramo...

1/10/1930

NUEVA DESAPARICIÓN

Los padres de Emilia Prado, de dieciséis años, han denunciado ante la Guardia Civil la desaparición de su hija, hace una semana, en la zona de San Ámaro.

El matrimonio, residente en el mismo lugar, afirma que Emilia jamás ha estado tanto tiempo fuera de casa.

El temor es mayor a sabiendas de que más de medio año después, aún no hay noticias de Adela Basilio.

Ariel permaneció pensativa, sin saber muy bien qué pensar. Comparó las fechas de los artículos. Había siete meses entre estas dos últimas desapariciones, y otros cuatro con la siguiente.

Agrupó los papeles restantes encima de la cama, dejando solo visible titular y fecha. Los leyó todos de una pasada.

26/2/1931

MENOR DESAPARECIDA EN LOS ALEDAÑOS DEL RÍO VENA

3/3/1931

DESAPARECE NIÑA EN SU DOMICILIO DE LA CIUDAD

12/3/1931

NUEVA DESAPARICIÓN DE MENOR PONE EN PIE DE GUERRA A LOS VECINOS DE LA CIUDAD

20/3/1931

ALERTA MÁXIMA ANTE NUEVA DESAPARICIÓN DE ADOLESCENTE. EL AYUNTAMIENTO PLANTEA EL TOQUE DE QUEDA

1/4/1931

LA INESTABILIDAD DEL PAÍS IMPIDE LA APLICACIÓN DEL TOQUE DE QUEDA MIENTRAS UNA NUEVA DESAPARICIÓN ALERTA A LOS VECINOS DE VILLATORO

3/4/1931

HALLADO EL CADAVER DE LA MENOR DEL RÍO VENA EN EL CAMINO DE REHOYO Y LOS LLANOS

12/4/1931

MACABRO HALLAGO BAJO EL PUENTE DE SAN PABLO: APARECE MUERTA Y CON HORRIBLES HERIDAS LA JOVEN DE VILLATORO

Ariel apartó estos últimos de la hilera de papeles, y los leyó con atención.

3/4/1931

HALLADO EL CADAVER DE LA MENOR DEL RÍO VENA EN EL CAMINO DE REHOYO Y LOS LLANOS

La menor desaparecida junto al río Vena ha sido encontrada hoy por un pastor en el camino de Rehoyo y los Llanos. Desnuda y oculta entre los árboles, la joven presentaba varias heridas en las muñecas, vientre y cuello, similares a mordeduras. La Guardia Civil afirma que han sido producidas *post mortem* por algún animal de la zona.

El artículo presentaba una foto: un cuerpo inerte estaba cubierto por una manta, de la cual sobresalía una mano blanquecina y lo que parecía una húmeda melena. Se apreciaba una herida en la muñeca, pero la poca calidad de la instantánea no le permitía observarla bien. Rodeó el artículo con el bolígrafo, y leyó el siguiente.

12/4/1931

MACABRO HALLAGO BAJO EL PUENTE DE SAN PABLO: APARECE MUERTA Y CON HORRIBLES HERIDAS LA JOVEN DE VILLATORO

Unos paseantes han amanecido con el mayor de los horrores en el cuerpo tras descubrir el cadáver de Martina Asúntegui, la chica de dieciséis años desaparecida en Villatoro hace unos días, horriblemente mutilada. La belleza que otrora portó la joven le había sido completamente arrebatada. Su cara, destrozada por lo que parecen mordiscos, mantenía un espantoso gesto de terror, según declararon a este diario los testigos. Al igual que la chica del río Vena, tenía heridas en las muñecas, que le habían sido devoradas, dejando sus manos colgando directamente de los tendones. El cuello, amoratado y con restos de sangre, presentaba mordeduras en ambos lados.

La Guardia Civil ha visto cómo su teoría de los animales se ha desmoronado en apenas unos días, mientras la tensión en el pueblo crece.

Los vecinos claman justicia, y, concretamente, en la zona de Villatoro, la familia de la menor ha declarado que no tendrá problema en ejercer su propia ley si la autoridad no actúa contra aquellos que denominan "Los Vampiros de Burgos".

Al ser cuestionados por estos supuestos vampiros, el padre de la joven ha respondido que todos saben quién son.

Una fotografía, más espeluznante que la anterior, aparecía en el lado izquierdo del papel. Reconoció el puente de San Pablo. Los guardias civiles trataban de cubrir el cuerpo de la joven, pero, a pesar de sus esfuerzos, el fotógrafo había conseguido captar parte de su cara. Sus ojos estaban blancos, y sus mejillas habían desaparecido tras una enorme herida que dejaba a la luz músculo y sangre. En el cuello los mordiscos llegaban hasta las vértebras, y de sus labios brotaba un espeso líquido oscuro.

Ariel dejó de mirar. Alba tenía razón, la chica se llamaba Martina... y en el artículo se mencionaba a unos vampiros.

La siguiente desaparición en la ciudad se producía treinta años más tarde. Ya no había más noticias. Ariel se pasó las manos por la negra melena, abrumada por toda esa información, y tecleó en el portátil.

«VAMPIROS DE BURGOS». Ningún resultado. Era increíble. Volvió a los folios. Nada tenía sentido.

Las iniciales de la enfermera permanecían subrayadas. ¿Por qué habría denunciado al celador? y, ¿era culpable de las desapariciones anteriores de verdad, o sólo había sido una víctima?

Volvió a levantarse del mullido colchón y se dirigió al baño, móvil en mano. Necesitaba despejarse. Accionó el grifo de la ducha, de la cual empezó a emanar un agua fría, que poco a poco se fue tornando caliente, como indicaron los vahos que salían de la cebolla. Ariel se quitó la camiseta y la ropa interior, y puso algo de música. La guitarra de Gary Lightbody, de Snow Patrol, tocaba *A dark switch*.

Bailó desnuda por la habitación usando el móvil como micrófono, y meneando su negro cabello al son de la batería. Se miró en un espejo, y de pronto el móvil vibró. Era un mensaje de Alba.

¿Me invitarás a un amaretto estas Navidades?

Ariel gritó sonriente, y se metió bajo el agua mientras cantaba la canción. ¿Qué coño le pasaba? No tenía ni idea. ¿Le gustaba? Tampoco tenía ni la más mínima idea.

17 de diciembre - 09.30 a.m.

Entró en la comisaría con una infusión en la mano derecha y una carpeta con las fotocopias en la mano izquierda. Dejó todos aquellos trastos sobre la mesa, y acudió directa a la mesa de Naia. Esta acababa de colgar del perchero el abrigo, y la miró con una sonrisa dibujada en sus carnosos labios.

—Buenos días preciosa. ¿Qué necesitas?

—Habló de guapas. —Ariel le guiñó el ojo, y Naia rio—. Necesito que me busques a una persona, pero solo tengo las iniciales. ¿Es muy difícil?

—Es complicado... ¿Quién es?

—Una enfermera que trabajaba en el hospital militar en 1931. —Ariel le tendió la fotocopia del artículo.

—Hostias... ¿no tienes nada más? —Negó con la cabeza—. Lo voy a intentar, pero no te prometo nada.

Ariel le agradeció la ayuda, y volvió a su escritorio. Sacó todas las fotocopias y las esparció por la mesa. Al lado permanecía, en una gruesa carpeta de bordes negros, todo el archivo del caso. La abrió también. Releyó varias veces los titulares, aunque ya los conocía de memoria gracias a la intensa lectura de la noche anterior.

—Hola...

Alzó la mirada para descubrir los vidriosos ojos de Verónica, que la observaban desde la altura. En sus manos llevaba un pequeño paquete envuelto en papel de regalo rojo, con dibujos de galletas de jengibre. Ariel sonrió y se levantó.

—Hola Verónica. ¿Qué tal estás?

—Bueno... quería disculparme...

—No hay nada por lo que disculparse. Te pido yo perdón por mi reacción. Es verdad que he estado muy abstraída estos días por mis historias personales, pero te prometo que se ha acabado.

Verónica la abrazó aliviada. Ariel pudo apreciar el olor a melocotón de su anaranjado cabello.

—Gracias. —Se separaron—. Te he traído esto.

—¿Qué es? —preguntó Ariel sorprendida.

—Ábrelo.

Le entregó el paquete, y Ariel comenzó a desenvolverlo con cuidado. El papel rojo daba paso a una caja negra con dibujos de crucifijos y ataúdes. En su interior, una muñeca de Reagan, con la cara lacerada, el pelo alborotado y el camisón lleno de manchas verdes, la sonreía.

—Pero Vero... ¿cómo lo has sabido?

—Sé que eres fan de las pelis de terror... así que me he ido a lo seguro... ¿Te gusta?

—Me encanta. Qué vergüenza, jo.

—No seas boba.

Rieron. Ariel dejó avergonzada la cajita sobre la mesa.

—¿Qué tienes aquí? —le preguntó Verónica.

—Mira. —Señalo los papeles—. He estado investigando sobre la familia del panteón. Al parecer fue una de las familias más importantes de la ciudad durante muchos años... pero tienen una historia un tanto oscura.

—¿A qué te refieres? —dijo mientras se apoyaba en la mesa. Ariel le dedicó una mirada profunda.

—Juan de Jonás Armilar es el que aparece primero en el árbol genealógico. No hay datos de cuándo llega a Burgos, pero sí hay crónicas que hablan de él como un hombre déspota y cruel. Al parecer diseño varios aparatos de tortura que luego utilizo en los procesos contra las brujas de la Inquisición.

—Joder... ¿y cómo sabes todo esto?

—Hay cartas de la época de un inquisidor burgalés, Alonso de Salazar y Frías, denunciando a Armilar. Básicamente en ellas cuenta que el palacio que se había construido era una mansión del terror en la que torturaba a aquellas mujeres.

—Es horrible... pero no entiendo qué tiene que ver con nuestro caso.

—Espera —le dijo Ariel—. Armilar construyó unas barriadas en la ciudad para alquilar viviendas, y en esa zona comienzan a desaparecer mujeres, siempre jóvenes. Estuve investigando la descendencia de este hombre, sobre la cual hay muy poco escrito. Los últimos en el árbol genealógico son Jacobo Armilar, su mujer, Dasha, y un bebé llamado Vanya.

—Pero esos nombres son como rusos... —apreció.

—Los padres de Jacobo se exiliaron en Moldavia en la Primera República. Allí nace Jacobo, que se casa con Dasha. Después estos se marchan a vivir a un pueblo cerca de Budapest, y se cuenta que allí no fueron muy bien recibidos.

—¿Por qué?

—Adivina. Porque empiezan a desaparecer varias mujeres del lugar. Pero ahora viene lo más interesante. Vuelven a España en 1928, y permanecen aquí hasta su muerte, en 1931.

—¿Cómo mueren?

—Los vecinos. Jacobo había intentado hacer negocios con la desgracia de las inundaciones de la ciudad, comprando varias viviendas que habían quedado destrozadas por una miseria, y vendiéndolas por mucho más. Uno de los afectados y su hijo intentan asesinar a Jacobo, pero los que acaban muertos son ellos. Cuando se proclama la Segunda República el pueblo decide tomarse la justicia por su mano... —Ariel se pasó el dedo por el cuello simulando una decapitación.

—Que se jodan —murmuró Verónica.

—Ahora mira esto. —Señaló las fotocopias de los artículos. Verónica los observó detenidamente—. La primera desaparición se produce en 1929, y la última en abril de 1931, un par de días antes de la muerte de los Armilar.

Verónica abrió los ojos exageradamente.

—No entiendo, Ariel.

—Allá donde iba un Armilar desaparecían mujeres. ¿No lo ves?

—Pero aquí dice que condenaron a un hombre.

—Estoy segura de que fue una artimaña. Tengo a Naia investigando a la enfermera que acusó a ese celador. Además, mira, hay muchas más desapariciones posteriores a la muerte de ese hombre. ¿No lo entiendes?

—No, no lo entiendo.

Ariel se apoyó en la ventana.

—Es evidente que los Armilar estaban detrás. Las pocas víctimas que aparecieron lo hicieron con heridas en varias partes del cuerpo, entre ellas el cuello. ¡Si hasta se hablaba de los vampiros de Burgos! —exclamó agitando los brazos.

—Vale, muy bien, pero estos titulares son de 1931. ¿Qué tiene que ver con el caso actual?

—¿Recuerdas lo que dijo el vigilante del cementerio?

—¿Qué había visto a alguien en el panteón de esta familia?

—Exacto. ¿Y si queda alguien? Los únicos cuerpos de los que hablan las crónicas son de los de Jacobo y Dasha, no hay ni rastro del bebé.

—Ariel, no te montes películas. —Rio—. Eso es imposible. Ese niño tendría ahora casi cien años.

—¿Sabes cuántos años vivió Juan de Jonás? —Verónica negó con la cabeza —. Noventa y ocho años. ¿Y su hijo Martín? —Volvió a negar—. Noventa. En el siglo XVI.

—Joder... ¿Qué cojones dices?

—Que estoy segura de esto, y que tenemos que entrar en ese panteón. Doina vio a una persona, y el vigilante también. Nuestras victimas aparecen desangradas, igual que las de Jacobo.

—Me va a explotar la cabeza, Ariel.

—Imagínate a mí.

—¿Por dónde empezamos?

—De momento necesitamos saber quién era esa enfermera, y si estaba relacionada con los Armilar. Y ahora nos vamos al archivo.

—¿A qué?

—A buscar todo lo que podamos sobre Salazar y Frías.

El archivo municipal se encontraba en la calle Fernán González, en el palacio de Castilfalé, un precioso edificio renacentista cuyas paredes habían albergado miles de historias. Aparcaron en los aledaños y caminaron hasta aquel lugar de altos muros y puertas decoradas con sendos blasones.

Tras identificarse en la entrada, un hombre menudo y miope les indico que todo el archivo estaba digitalizado, y que podían consultarlo en una sala anexa, llena de ordenadores.

Había que estirar el cuello para poder ver entero el magnífico techo blanco, del cual colgaba una lámpara de araña fabricada en cristal y con exquisitos adornos debajo de cada uno de sus brazos.

La sala tenía varios sillones de terciopelo verde situados junto a las ventanas, al lado de unas pequeñas mesas de caoba, sobre las cuales se disponían diversas esculturas. A través de los ventanales penetraban los rayos de sol, que se perdían en el interior de las gruesas cortinas color esmeralda. Verdaderamente era un palacio.

Se sentaron frente a uno de los ordenadores. Verónica se mostró algo desilusionada tras desechar la idea de sumergirse entre libros antiguos que ya se había fraguado en su cabeza, mientras que Ariel analizaba algo abrumada la belleza de aquel lugar.

La pantalla del PC mostraba un motor de búsqueda parecido al de la biblioteca. Ariel tecleó el nombre y los apellidos del inquisidor. Ante sus ojos se desparramaron cientos de resultados. La mayoría de ellos eran

transcripciones de plenos en el ayuntamiento y diversas oratorias. No le servían. Intentó afinar algo más la búsqueda añadiendo «Armilar» al cóctel. Bingo. Tres resultados: eran cartas de Salazar y Frías enviadas al tribunal; una de ellas ya la había leído en la biblioteca. Hizo clic en la siguiente.

Ante la negativa de este tribunal a actuar contra a Armilar, pese a la información recopilada y enviada por mi persona, paso a detallar con más detalle algunos de los horribles actos que este hombre ha cometido en nombre de la Iglesia:

Su palacio, construido anexo a la iglesia de San Onofre, alberga en su interior una colección de instrumentos que harían temblar al hombre más valiente.

En uno de los pasillos que ha construido en el subsuelo, son ya tantos los cadáveres que es imposible no pisarlos al caminar.

Los restos putrefactos emanan tal olor que haría enfermar a las ratas. La sangre se ha adherido a la piedra, que ha pasado a ser oscura.

Es imposible que todos estos cuerpos sean posteriores al encargo de este tribunal. Sospecho que Armilar lleva años asesinando impunemente.

En otra de las estancias hay excavaciones en el suelo, varios huecos que este ha rellenado de salitre, o una sustancia similar. En ellos sumerge los cadáveres de aquellas mujeres que considera más bellas, logrando así conservarlas. Varias de ellas decoran los pasillos, atravesadas por sendas estacas que las aferran al suelo.

Creo firmemente que este tribunal ha errado una vez más. El verdadero mal no son las supuestas brujas que ustedes han mandado asesinar. El verdadero mal es el verdugo.

—Joder —dijo Verónica tras leer la misiva—. Pero qué coño es esto.

—Ves las similitudes, ¿verdad? —Ariel la miró a los ojos, que mostraban terror.

—Sí... la sal...

—Igual que en la actualidad.

La siguiente carta era la respuesta del tribunal a Salazar.

Estimamos oportuno el pedirle que cese en su insistente acoso contra el duque de Armilar.

No se ha hallado prueba alguna de estos hechos que usted nombra en su misiva, por lo tanto, sus acusaciones han quedado desestimadas.

Le recordamos que Armilar es uno de nuestros mayores benefactores.

Si continúa adelante, nos veremos obligados a ordenar su traslado a Santesteban. Esta vez definitivo.

No estaba firmada. La respuesta a la misma aparecía en un anexo de color rojo. Ariel pinchó sobre el link, y ante ella se desplegó un breve texto.

Observo que las corruptelas que ya denuncié hace años siguen hoy vigentes. No cedo ante sus amenazas, señorías. Nunca seré cómplice de la muerte de ningún inocente. A día de hoy sigo rezando e intentando redimirme de la barbarie de Zugarramurdi, ordenada por ustedes, los mismos que denuncian a cualquier mujer por hechos no constatados, los mismos que anteponen el castigo a la verdad, y que no son capaces de ver al asesino al que protegen.

Armilar ha hecho de la sangre su alimento, y del dolor su diversión.

Voy a denunciarle ante el pueblo. La Iglesia tendrá que decidir de parte de quien está.

Así mismo, pongo de manifiesto la perturbadora imagen que tuve el horror de presenciar durante mi vigilia de la pasada noche en el palacio del duque.

A las tres de la madrugada salí de la alcoba al escuchar unos desgarradores gritos que provenían del suelo. La construcción subterránea es tremendamente enrevesada, y, por lo que he podido averiguar, gracias a los escritos del archivo de la catedral, podría tratarse de la red de túneles...

—¿Qué pasa?, ¡dale a la siguiente página! —exclamó Verónica.

—No hay más.

—¿Qué?

Ariel se levantó de la silla, y se acercó a la mesa, sobre la cual el mohíno hombre había colocado un misal que estudiaba con detenimiento.

—Perdone. —El señor la miró desconcertado, apretando sus ojos—. ¿Puede que haya un error en el sistema? Uno de los documentos está incompleto, no sé si podríamos ver el original.

—¿Año?

—1613.

—¿Referente a... ?

—Es una carta de Alonso de Salazar y Frías.

El hombre ni se inmutó y comenzó a teclear en un enorme teclado que tenía a su izquierda. Ariel se sintió incomoda en su presencia. Este comenzó a expulsar aire por la boca, moviendo los labios tontamente en un exasperante gesto, a la vez que entonaba una melodía que anticipaba una mala noticia.

—De esa época hay varios documentos extraviados. Concretamente los referentes a ese señor que me nombran y a la Inquisición.

—*Fuck* —murmuró Ariel.

—¿A qué se refiere con extraviados? —preguntó Verónica desde su asiento. El hombre se reclinó para verla.

—Esos documentos tienen más de cuatrocientos años, señorita... pero no son los únicos que han desparecido sobre este tema.

—¿Qué quiere decir?

—A la Iglesia no le gusta que se le recuerde todo lo que hizo aquellos años... Todas estas cartas estaban antes en el monasterio de Valbuena, en Valladolid, bien custodiadas... pero, mire usted por donde, la mayoría de los informes de inquisidores no han llegado a nuestros días, y si lo han hecho, ha sido de mala manera...

—¡Joder! —exclamó Verónica, que se había acercado hasta la mesa, y miraba al señor desde arriba.

—Con la Iglesia habéis topado. —El hombre torció el gesto—. Aquí se ha transcrito todo lo que tenemos... Si está incompleto es que la carta original estaba así. Lo siento, señoritas.

Tras agradecerle su tiempo a ese señor, salieron del edificio.

Ariel caminaba abatida. Verónica le preguntó si le apetecía un café, y esta negó con la cabeza, sin embargo, accedió a acompañarla. Estaban justo en las traseras de la catedral. La mañana de diciembre era heladora.

Caminaron hasta una taberna cercana, dentro de la cual, los parroquianos habituales apuraban sus chatos de vino mientras discutían sobre deporte. La barra estaba decorada con espumillón rojo algo desgastado, y un Papa Noel se abrazaba a una botella de vino junto a la caja registradora.

El café de Verónica se convirtió en un botellín de cerveza por arte de magia. Ariel estaba sumergida en sus pensamientos. Todo empezaba a tener sentido, pero a la vez, no tenía ninguna lógica. Su intuición la había llevado a ese punto, pero no sabía cómo seguir.

En la televisión del bar, una presentadora comentaba con uno de sus tertulianos la oleada de crímenes burgalesa. El camarero subió el volumen. Bajo el nombre del tertuliano aparecía un subtítulo: «Experto en criminología». Ariel suspiró.

—No tiene ni puta idea la policía, joder —bramó un anciano en cuya mano un vaso de orujo bailaba al son de su Parkinson.

—¿Y tú sí? —le preguntó sarcástico el camarero.

—Lo que habría que hacer es empezar a dar hostias.

Ariel salió del local, cuya atmósfera le resultaba agobiante, y se apoyó en la pared. Observó la Llana de Afuera desde las alturas. Siempre le había gustado esa plaza. Las vistas de la catedral desde allí eran inmejorables. Se acercó hasta ella, y acarició su fría piedra.

Su teléfono comenzó a vibrar.

—Hola Naia. ¿Tienes algo?

—Sorprendentemente sí. —Su voz mostraba excitación—. A ver, he conseguido una copia de la plantilla del hospital militar en 1929.

—¿En serio? —Ariel sonrió sorprendida.

—Sí. Ha sido fácil... Gracias a Dios ahora está todo digitalizado, y había unos justificantes de sueldos, que me han llevado a los contratos, y uno por uno he conseguido establecer quiénes trabajaban allí.

—No te quites merito, eso es increíble. —Ariel pudo notar como Naia se ruborizaba, a pesar de no poder verla.

—El caso es que, cotejando las iniciales que me pasaste, hay una coincidencia: Jacinta García Romero. ¿Te suena el nombre?

—*Fuck*... me suena muchísimo.

—He buscado lo que he podido, y he descubierto que falleció en 1987, en Villalmanzo, pero le sobrevive una hija: Raimunda Montes. Está ingresada en la residencia Los Sauces, en Fuentelisendo.

—Naia, te quiero. Eres increíble.

—Qué cosas me dices...

—Una cosa más... ¿puedes buscarme que se sabe sobre la muerte de Alonso de Salazar y Frías?

—¿Quién?

—Un inquisidor.

—¿Y para qué quieres eso?

—Una intuición...

—Qué cosas más raras me pides...

Naia rio, y Ariel colgó el teléfono. En ese momento Verónica salía del bar.

—¿Qué pasa?

—Vamos a mi hotel, necesito comprobar una cosa, y después nos vamos de viaje.

—¿A dónde?

—Fuentelisendo.

—¿Y dónde está eso?

***

12.21 p.m.

La carretera estaba nevada. En la radio del coche Fleetwood Mac interpretaba *Smile at you*. La tétrica melodía de la canción abrazaba a la niebla y el frío del camino, convirtiéndose en una extraña aliada de los mismos.

Verónica conducía, y Ariel repasaba una y otra vez los libros que había cogido de su habitación, buscando alguna pista que no encontraba.

—¿Qué lees tanto? Vas a quedarte ciega.

Verónica se había puesto unas gafas de sol redondas, muy similares a las de Ariel, en las cuales se reflejaba el blanco destello de la nieve.

—Algo. Tengo una sensación extraña.

—Tú y tus sensaciones. A mí esas cosas no me pasan. —Rio—. Por cierto... le hace falta un repasito a la habitación del hotel...

Ariel no escuchaba. Estaba sumergida en el libro sobre la nobleza de la ciudad, releyendo por enésima vez la historia de los Armilar. Sus ojos se detuvieron en uno de los últimos párrafos de la página: «Les sobrevivió la criada, Jacinta García, oriunda de Villalmanzo, a través de la cual nos ha llegado la historia».

Sus manos temblaron ligeramente.

—Lo sabía. Sabía que había leído ese nombre.

Verónica apartó brevemente los ojos de la carretera para mirar a su compañera.

—¿Qué pasa?

Leyó la frase en voz alta, recalcando el nombre.

—Jacinta García.

—Podría ser otra con el mismo nombre, ¿no?

—Verónica, ¿cuáles son las posibilidades de que dos mujeres, nacidas en el mismo pueblo, y de la misma edad, se llamen igual?

Verónica asintió y dejó de hablar. Ya habían atravesado Aranda, y encaraban la carretera de Valladolid cuando una señal les indicó la entrada al pueblo.

—Joder... es que esta lejísimos de Burgos.

Un letrero luminoso, apagado en ese momento, deseaba felices fiestas a los vecinos. No había nadie en la calle. Ni tan siquiera un coche.

Aparcaron junto a la iglesia, y bajaron del vehículo. La nieve había formado una densa capa blanca sobre el techo, dotando al antiguo edificio de un particular encanto. Según el GPS, la residencia se situaba a escasos metros de la plaza mayor.

Caminaron por las vacías calles, dejando el rastro de sus huellas sobre el helado suelo. El frío calaba los huesos.

En el centro de la plaza se había colocado un abeto decorado con bolas doradas y cadenas de luces. Tras él se encontraba el ayuntamiento, y a su lado, un bar. Verónica preguntó a la camarera, una señora rubia ya entrada en años, dónde quedaba la residencia. Esta les indicó algo que la navegación vía satélite ya les había dicho, pero sirvió como excusa para que Verónica se tomase un café ante la impaciente mirada de Ariel.

Minutos después, subían por una empinada calle, cuyo final conducía a unos pequeños jardines vallados. Sobre la verja negra podía leerse en grandes letras plateadas «Residencia Los Sauces».

Tras tocar el timbre, enseñar la placa a la pequeña cámara de seguridad que colgaba de uno de los postes, y explicar qué hacían allí, pudieron entrar.

El camino asfaltado atravesaba la descuidada zona ajardinada. Los árboles no habían sido podados, y sus hojas se pudrían sobre el suelo. Los setos necesitaban ser recortados, pues hacía tiempo que habían perdido la forma, y, de entre las baldosas, surgían verdes ramas que las empujaban y descolocaban, creando unos peligrosos desniveles.

El exterior del lugar era un aviso de la decadencia del interior. La recepción estaba helada, y apestaba a caldo rancio. Un único fluorescente servía de lámpara, iluminando tan solo la mesa tras la cual atendía un enfermero de guardia. Al final del vestíbulo se situaba un pasillo oscuro, y al lado del mismo, un pequeño árbol de Navidad barato, vagamente decorado con unas cintas cuyo color hacía tiempo que se había perdido, solicitaba la jubilación y el agradecimiento por los servicios prestados.

—Buenos días —Las saludó el enfermero.

Era joven. Sus facciones marcadas se ocultaban bajo una barba de tres días que escondía también unos finos labios. Su mirada era profunda y amable. Llevaba un grueso abrigo polar sobre la bata.

—Buenos días —respondió Verónica, algo coqueta.

—¿Por qué necesitan hablar con Raimunda? —preguntó este cortante, de pronto, sin mediar palabra. Ariel le respondió de la misma manera.

—Creemos que su testimonio podría ayudarnos en un caso que estamos investigando.

—¿Su testimonio? —repitió él escéptico—. Raimunda lleva aquí seis años. No tiene familia. No entiendo cómo puede ayudar en la investigación de un caso actual.

—¿Y quién ha dicho que sea actual? —preguntó con sorna Verónica.

El enfermero cerró la boca algo desconcertado.

—¿Hay algún motivo por el cual no debamos hablar con esta mujer? —dijo Ariel—. Alguna enfermedad...

—Bueno... la señora tiene algo de demencia senil, pero es normal, son noventa y ocho años... A veces dice cosas muy extrañas.

—¿De qué tipo?

—Tétricas. Cosas tétricas. Habla de sangre... de violencia. Se altera mucho.

—¿Toma algún medicamento?

—Bastantes. Anticoagulantes... analgésicos... algún tranquilizante... Muchas noches tenemos que ayudarla a dormir...

—¿Tiene pesadillas?

—Grita. Es bastante... jodido de ver.

Se ofreció a acompañarlas a la habitación de Raimunda. No se imaginaban la estatura del chico mientras estaba sentado en aquella silla, por eso les sorprendió que midiese casi dos metros cuando se levantó.

Caminaron tras él por el oscuro pasillo, en compañía del hilo musical que emanaba de unos viejos altavoces colocados en el techo. Un coro de niños cantaba *Ya vienen los reyes magos*, acompañados de una guitarra, una zambomba y una pandereta. El sonido era malo, y los altavoces lo distorsionaban, logrando que sonase casi demoníaco.

A ambos lados del pasillo se situaban las puertas de las habitaciones. Todas estaban abiertas. Ariel observaba su interior según pasaba. En una de ellas un anciano de pelo gris permanecía de pie, justo en el medio, observando. Su boca estaba abierta, y de ella emanaba una traslucida y espesa baba. En su bata azul se dibujaba una mancha de orín en la zona de la entrepierna. En otra de ellas, una mujer permanecía sentada en una silla, mirando a través de la ventana, sin ningún interés, y con los brazos caídos, casi tocando el suelo. En la de enfrente, otro anciano, calvo, bajito y extremadamente delgado, se cagaba

en Dios mientras lanzaba al suelo un libro de crucigramas, y en la de al lado, una mujer muy mayor y tremendamente gorda lloraba y gemía tanto que había conseguido que sus gafas se empañasen. La alegre melodía del villancico se tornaba terrorífica unida a la imagen de aquella pobre gente.

Ariel bajó su mirada, y decidió centrarse en el vaivén de sus deportivas durante el resto del trayecto.

—Hace mucho frío aquí, ¿no? —preguntó Verónica al enfermero.

—Se jodió la calefacción hace dos semanas... pero la junta no nos da un puto duro.

—Joder...

Alcanzaron el final del pasillo, y penetraron en una de las últimas habitaciones. No había casi mobiliario: una mesa, un sillón, una lampara y una tele. Una enorme ventana dejaba ver el nevado monte que se ocultaba en las montañas. Las copas de los árboles dibujaban sendas formas gracias a la levedad de la nieve. Al lado de la ventana se situaba una cama articulada, sobre la cual una mujer permanecía tumbada. Tenía una larga melena blanca que le caía por los delgados hombros. Los finos labios estaban algo secos. Sobre ellos nacía una respingona nariz que daba paso a unos ojos blancos en los que casi quedaba un ápice de vida. Su rostro apenas tenía una arruga que no fuese de expresión. Era como si esa mujer no hubiese sonreído en la vida. El respaldo estaba reclinado, y la delgada espalda de aquella señora era una pieza más de aquella cama.

—Raimunda, tienes visita —comentó el enfermero, que se acercó a ella para cambiarle la bolsa de suero del gotero. Esta no reaccionó.

—Hola, Raimunda. Soy la inspectora Ariel Bloom —dijo dulcemente—. Esta es mi compañera Verónica Gaztelua. Nos gustaría saber si sería posible hacerle algunas preguntas.

—¿Qué queréis? —Su voz sonó tan fina que apenas podía oírse. Era un susurro.

Verónica se estremeció. El enfermero se había sentado al lado de la cama, y acariciaba la mano de la anciana.

—¿Podrías hablarnos de tu madre?

Los ojos de la mujer aumentaron su tamaño de repente, y su mano se aferró con fuerza a la del enfermero.

—Mamá... mamá... ¡Mamá! —Fue un grito casi infantil—. ¡Yo no tengo madre!

El propio enfermero se había asustado, y Ariel observó cómo intentaba zafarse inútilmente de aquella huesuda mano.

—Raimunda... eres hija de Jacinta García, ¿verdad?

—Ella me parió, pero yo no soy su hija. —La mujer se mordió el labio inferior. Su imperturbable rostro mostraba ahora odio.

—¿A qué te refieres?

—Yo no soy su hija. ¡NO LO SOY!

El enfermero gritó, y consiguió liberar su mano. La mujer le había clavado las uñas, haciéndole sangre.

—¡Joder! —exclamó Verónica.

—¡La estáis alterando! Esto no ha sido buena idea. ¡Marchaos! —les gritó el chico mientras se lavaba la herida en un grifo.

—¿Y quién es su hijo? —continuó Ariel, ajena al escándalo.

—El mal.

Raimunda la miró a los ojos sonriendo. Se mordía con tanta fuerza el labio que había logrado arrancarse parte de la carne, y un hilillo de rosada sangre caía por su mentón. Su mirada, a pesar de la sonrisa de sus labios, expresaba terror.

—¿A qué te refieres?

—A ella. Nunca bebí de su leche, pero ella sí. Lo hizo durante años. Clavaba sus dientes en los pechos de mi madre y bebía de su sangre. Estaban llenos de mordeduras, pero ambas sonreían. Yo no les valía. Me querían matar. ¡Me querían matar! ¡¿Lo entiendes?!

Se levantó de la cama y caminó hacia Ariel. La bata se enganchó en la mesa y cayó al suelo, dejando al descubierto su ajado cuerpo desnudo. Estaba escuálida. A través de su piel se adivinaba la posición de cada hueso... de cada vena.

—¿Quién te quería matar?

—Ella creía que eran su familia... ella lo creía, y siempre los protegió. ¡Antes que a mí! ¡Que a su hija!

Ariel retrocedió ante el inminente contacto físico con la mujer.

—¡¿De qué coño habla?! —gritó Verónica.

—Les dio todo. Les dio a padre. Y me habría dado a mí. Cuando ellos ya no estaban, ella la alimentaba... la cuidaba... y cuando no le quedaba sangre le dejaba morder mis muñecas.

Ariel sitió la pared en su espalda. Raimunda estaba enfrente de ella, y le mostraba sus muñecas. Estaban llenas de cicatrices de lo que parecían pequeños dientes. De los ojos de la anciana brotaban lágrimas que se mezclaban con la sangre del mentón, aclarándola más todavía.

—Pude huir... pude huir... pero ella siguió... ella siguió...

—¿De quién hablas, Raimunda? —Ariel trató de disimular el miedo. Verónica había huido a la otra punta de la habitación—. Dímelo, por favor.

—Del mal. Hablo del mal. Ellos eran el mal. Ella es el mal.

—¿Quién es el mal?

—¡VANYA!

Gritó tanto que las ventanas parecieron temblar. Verónica se tapó los oídos. Raimunda se abrazó llorosa a Ariel mientras seguía gritando. Su voz se había roto, y ya no era humana, era un grito animal. De pronto, llegó el silencio.

El enfermero clavó una jeringuilla en el cuello de la anciana, que a los pocos segundos caía dormida en sus brazos. Este la acostó en la cama y la tapó. El corazón de Ariel latía como nunca.

—Os tenéis que marchar. Ya.

Obedecieron. Verónica estaba en *shock*, y no pudo articular palabra durante todo el camino hacia el exterior. Eran ya las tres y media.

Volvieron al bar. Ariel pidió una botella de agua, y Verónica una ginebra. No la juzgó. Entendió que era lo que necesitaba para poder despertar de ese trance.

Comieron en el silencio del salón, solamente roto por el concurso que emitía la televisión.

Cuando volvieron al coche, el reloj de la iglesia anunciaba las cuatro y media.

Ariel decidió conducir al observar el estado en el que se encontraba su compañera. Lo hizo en silencio. La idea de parar en Aranda y poder abrazar a Budy y a su madre era tentadora, pero la desechó. No quiso ni poner la radio.

—Joder... —dijo por fin Verónica.

—Tranquila —le respondió Ariel.

Conducía lento por aquella resbaladiza carretera. Las condiciones meteorológicas eran horribles. Tardaron hora y media en llegar a Lerma. El sol ya se escondía cuando pasaron el pueblo. Ariel se desvió de la autovía, tomando la salida de la derecha.

—¿Qué haces?

—Quiero entrar aquí.

El letrero blanco y negro señalaba que se encontraban en Villalmanzo. En la misma entrada del pueblo se alzaba la imponente iglesia. Una chica joven paseaba a un pomerania. Ariel bajó la ventanilla y le preguntó dónde se ubicaba el cementerio. Esta se lo indicó muy amablemente. Lo encontraron enseguida.

Aparcó junto a unas eras. Era ya muy de noche. Verónica prefirió quedarse en el coche. Las Adidas de Ariel se apoyaron en el suelo, sobre un enorme montón de nieve. Notó cómo sus calcetines se empapaban.

Observó el cementerio, que se alzaba ante ella. Era pequeño, tanto, que casi parecía un huerto, y estaba rodeado por un muro de piedras. Empujó la verja, que chirrió, y escuchó unas ancianas voces entonando una canción de misa. Un corro de seis personas se congregaba alrededor del cura, justo al final de la última calle del lugar. Este decía unas palabras en latín mientras dos hombres vestidos de negro introducían un féretro en el hueco del suelo. Odiaba los cementerios.

—¿Puedo ayudarla?

Se sobresaltó. Un hombre mayor, con una prominente barriga, vestido con un mono azul, sobre el cual se había echado una gruesa chaqueta de lana, estaba de pie tras ella. Su alborotado cabello era grisáceo, y bajo él, unas gruesas cejas de color negro dibujaban sobre sus ojos una constante expresión de enfado. En su boca llevaba un palillo que rumiaba con desdén, moviéndolo de un lado a otro.

—¿Quién es usted?

—El que se encarga de tener esto limpio.

Ariel pegó un rápido vistazo al lugar. El suelo era de tierra, y sobre él nacían oxidadas cruces torcidas. Junto a los muros había varias lápidas, y una pared con un par de hileras de nichos. Las flores de las lapidas estaban mustias, y de los bloques de espuma verde, empapados de agua, brotaba un desagradable olor.

—Estoy buscando a una mujer... Jacinta García.

El hombre abrió sus ojos sorprendido.

—Esa no está aquí. —Escupió el palillo—. Esto es Camposanto.

—¿A qué se refiere?

—No quiero hablar, y usted parece lista como para entenderme.

—¿Y dónde está enterrada?

—Ahí fuera, en la fosa común... pero si de mi dependiese estaría en las cochiqueras.

Ariel salió del lugar, escoltada por los cantos del coro de ancianas.

La fosa común ni siquiera estaba señalizada. Habían aparcado sobre ella.

La noche se les echó encima. Escuchó un ulular, y el revolotear de un murciélago. Le siguió con la mirada. Este ascendió hasta el campanario de la iglesia y se perdió en la oscuridad.

Suspiró.

***

03.34 a.m.

Las porosas piedras atrapaban el sonido del órgano, soltándolo en una exhalación, y provocando esa horrible reverberación. Las notas del *Pasacalles y fuga en do menor* de Bach se amontonaban en la sala, y se distribuían por el complejo de pasillos. El vinilo crepitaba. La figura bailaba a su son.

Hacía frío. Daba igual. Sus descalzos pies dibujaban círculos en el suelo con sus pasos, dejando restos de su traslucida piel sobre la mohosa superficie.

Caminó por el pasadizo, que se estrechaba poco a poco, y atravesó la oxidada verja que separaba las estancias. Varios candelabros sostenidos sobre una montaña de cera iluminaban un lienzo, en el cual un apuesto hombre, vestido con frac negro y sombrero de copa, abrazaba a una mujer, cuyo rostro pálido apenas era visible tras su larga melena, tan rubia que casi era transparente. Estaba ataviada con un vestido de seda blanca, y sus ojos, carentes de vida, pero arqueados en una triste expresión, se encontraban con los del bebé que sostenía en brazos, arropado entre una fina tela de encaje.

Había trabajado en esa pintura durante años. Fue su primera obra. Bajo ella, en un hueco de la pared, reposaban dos cráneos. Se agachó y los besó con delicadeza, dejando reposar sus destrozados labios sobre el hueso unos instantes. Una lágrima cayó de su ojo derecho, resbalándose por la ajada piel, y desapareciendo entre las heridas.

Volvió al pasillo. Siguió el rastro de la música.

De las paredes colgaban trozos de cadenas que chocaban con la sucia piedra. Apenas había luz en la sala en la cual sonaba el vinilo. Miró hacia el techo, y dejó caer su ropa. La capa negra envolvió sus pies, dejando al descubierto su cuerpo desnudo. Era horrible: delgado, lleno de llagas, pústulas,

heridas... El cuerpo de una anciana. Sus piernas estaban repletas de varices que dibujaban ríos azulados bajo la piel. Esa piel de serpiente, transparente y verdosa. Acarició sus pechos. Entre ellos una malformación había creado un relieve que parecía formar un agujero. Sus ásperas manos recorrieron aquel asqueroso cuerpo.

La única vela, colocada al lado del agujero de la pared que servía de puerta, proyectaba su sombra sobre un enorme lienzo en el cual un alado esqueleto ofrecía un papel a un bebé, que lo firmaba mientras su madre, ataviada con una corona de flores, lo sujetaba.

Su figura era tan delgada que parecía fabricada con alambres.

De pronto, comenzó a correr, con una sorprendente agilidad. Apoyó sus manos en el suelo, y avanzó como una veloz araña, a cuatro patas, hasta que, finalmente, se abalanzó sobre la madriguera. Algunas de las ratas chillaron y lograron huir. La más gorda no tuvo tiempo. Su cuerpo estalló en la afilada mordida, dejando restos de sangre y vísceras en el aire, cayendo sobre el desnudo cuerpo, creando un mordaz riachuelo de color bermellón. Masticó, y tragó. Saboreó la sangre. La de rata no era tan sabrosa, pero era un sucedáneo.

Se tiró por el frío suelo. Los restos de papeles se pegaban a la sangre. Uno de ellos se adhirió a su pecho. Lo recogió. El rostro de aquella policía que ella misma había dibujado. Pensó en ella. Pensó en su dulce sangre.

Rio. Rio en silencio, y gritó, pero de su garganta sólo salió aire, y un sonido roto y oxidado.

20 de diciembre - 18.46 p.m.

Habían necesitado tres días para recopilar toda la información existente de Jacinta García, y no era mucha.

Naia consiguió acceso a la base de datos del ayuntamiento, y logró recuperar la vida laboral y académica de esa mujer, un logro asombroso, partiendo de que aquellos documentos tenían más de cien años. También había averiguado que se desconocía que había sido de Salazar y Frías. No había cartas posteriores a las que Ariel y Verónica habían encontrado en el archivo, y no se sabía cuándo ni cómo había muerto.

Ariel también había necesitado tres días para convencer a Amaro. Cuando acudió a él después de la visita a la residencia de Fuentelisendo notó cómo cada palabra de lo que le contaba estaba siendo cuestionada. No quiso solicitar el acceso al panteón de los Armilar, pero sí aprobó que siguiese adelante con esa línea de investigación.

Había convocado una reunión de urgencia esa misma tarde, a la cual acudirían Ramón Andrés y Rafael Gómez. Este último se había dejado ver muy a menudo por la comisaría desde la desaparición de su hijo, la cual parecía no preocuparle mucho. Ramón, por su parte, atosigaba a Amaro a llamadas, preguntando por los avances del caso. Los tenían encima las 24 horas.

Era la primera vez que Ariel expondría su teoría sobre los Armilar. Caminaba nerviosa por el pasillo, refugiándose en el móvil. La sala de reuniones poco a poco se iba llenando. Naia, Marisa y Basurto fueron los primeros en llegar y en tomar asiento. Después lo hicieron Amaro y los comisarios. El primero le dedicó una comprensiva mirada, mientras los otros dos pasaban de largo. Sólo faltaba Verónica.

Ariel compró una botella de agua en la máquina, tan solo por matar el tiempo. Volvió a mirar el móvil, y sin saber muy bien por qué, escribió un mensaje a Alba.

¿Qué tal el examen? Tengo ganas de verte.

Tal vez lo hizo por los nervios. Tal vez porque le apetecía.

Verónica apareció por el fondo del pasillo cargada con la gruesa carpeta dentro de la cual se amontonaba el dossier del caso. Le guiñó un ojo a Ariel.

Esta respiró, y acarició la puerta de cristal con sus finos dedos. Un empujón y estaba dentro.

—Buenas tardes a todos —dijo mientras caminaba hacia la pared, sobre la cual se proyectaba ya la presentación que había preparado—. Todos sabemos por qué estamos aquí, así que me voy a permitir ir al grano.

—A ver si es verdad... —El comentario jocoso salió de la boca de Rafael Gómez.

Ramón fingió una arcaica risa de hiena. Ariel los ignoró.

—Bien, como ya saben, los recientes hallazgos referentes a este caso nos han puesto sobre alerta, y nos han hecho abrir una nueva línea de investigación, la cual estoy segura, está directamente relacionada con los asesinatos. —Ariel agarró un pequeño mando que yacía sobre la mesa, y pulsó el botón del centro. En la pared se dibujó el retrato de Juan de Jonás—. Juan de Jonás Armilar. Noble Burgalés. No voy a incidir mucho en su figura, pero sí en sus actos.

»Acusado por el inquisidor Alonso de Salazar y Frías de secuestrar, torturar y asesinar a cientos de mujeres jóvenes, con las cuales cometía actos barbáricos. —La proyección mostró horribles grabados de la época—. Por desgracia, las cartas de Salazar no han llegado completas a nuestros días, y se nos hace imposible el imaginarnos el alcance de las fechorías de este hombre, pero del testimonio del inquisidor podemos deducir que Armilar pudo llegar a cometer canibalismo, o algo parecido con aquellas mujeres. —Naia y Marisa no disimularon un gesto de horror—. Lo curioso es que, en uno de los escritos, Salazar y Frías afirma que a las víctimas que consideraba más bellas, las sumergía en unos pozos llenos de sal para conservar intactos sus cuerpos.

—Perdone, inspectora, pero creo que me estoy perdiendo algo —interrumpió Rafael—. ¿Qué coño tiene que ver esto con el caso que nos concierne?

—Los cuerpos de nuestras víctimas, al igual que las de Salazar, presentan un estado de conservación similar al disecado. Todos habían sido tratados con polvo bórax, y se les había inyectado formaldehído, glutaraldehído, metanol y pintura. Está todo en el informe de la forense, si es tan amable de leerlo. Tiene una copia ante usted. —Verónica sonrió ante el comentario de Ariel—. Continúo. Después de consultar el árbol genealógico de Armilar, nos dimos cuenta de que finalizaba en 1931, con tres últimos descendientes de la familia: Jacobo, su esposa Dasha, y su hija Vanya.

»No quiero extenderme, porque ya lo he desarrollado en mi informe, que también pueden consultar. —Clavó su mirada en Rafael, que le dedicó su sonrisa de ácaro—. Pero, al igual que Juan de Jonás medio siglo antes, cuando estos llegan a la ciudad comienzan a sucederse diversas desapariciones; doce, en concreto, en un periodo de menos de tres años. Un hombre fue condenado por estas desapariciones: el celador del hospital militar, denunciado por una enfermera. Pero, tras su ejecución, continúan las desapariciones, y, es más, se intensifican. De las doce niñas desaparecidas sólo se encontraron los cadáveres de dos, llenos de mordeduras en muñecas, cuello, rostro y vientre.

—Qué horror —suspiró Amaro.

—Los vecinos de la ciudad deciden entonces ejercer justicia, y asesinar a los que ellos consideraban los verdaderos asesinos: el matrimonio Armilar.

—Genial... —Rafael volvió a hablar—. Bonita lección de historia... pero... ¿y? —Ariel se mordió el labio, tanto, que se hizo daño.

Apretó los puños y respondió:

—De nuevo, al igual que nuestras víctimas, esos cadáveres aparecieron desangrados. Los burgaleses llamaban a los Armilar «Los vampiros de Burgos».

—Vale, pero muerto el perro... se acabó la rabia, ¿no?

—Puede que ese perro del que usted habla no muriese. —Rafael ahogó un bostezo—. Como ya he dicho, una enfermera fue la que denunció al celador condenado por las desapariciones. Hemos hecho una búsqueda, y gracias a Naia hemos averiguado que se trata de Jacinta García, criada de los Armilar en aquella época. —Ariel esperaba una reacción en los ojos de los comisarios que no llegó—. Naia, si eres tan amable...

Naia se levantó, y le acarició el hombro, un gesto que ella agradeció tremendamente. Le cedió el mando. En la pared se proyectaba ahora una fotografía color sepia, en la que una mujer entrada en carnes, observaba con hosco gesto a los presentes. Llevaba el pelo recogido en un moño, y encima de su nariz, unas pequeñas gafas ocultaban sus ojos. La boca era pequeña, y sus labios parecían retener un amargo líquido que provocaba su desagradable mirada.

—Jacinta García Romero, nacida en Villalmanzo en 1900, hija de Pedro García, un pastor, y su mujer, Flora Romero. No tenemos datos sobre su infancia, y todo lo que he encontrado es referente a su vida laboral y académica. En 1922 se casa con Antón Montes, un soldador de la ciudad, y

fruto de ese matrimonio, nace su hija Raimunda. Viven en Salamanca un par de años, donde consigue sacarse la titulación de enfermera en 1925, y ese mismo año comienza a trabajar aquí, en Burgos, en el hospital militar. —Naia paseaba por la sala mientras caminaba. Accionó el mando, y la foto cambió. Ahora mostraba a la plantilla del hospital, en una colorida imagen—. Permanece allí hasta enero de 1930, un mes después de la ejecución del celador.

»Al parecer, llevaba ya un año compaginando su trabajo de enfermera con otro, haciéndose cargo de Dasha, la mujer de Armilar. Esta debía sufrir algún tipo de enfermedad degenerativa, y precisaba cuidados constantes. Trabaja allí hasta el asesinato del matrimonio, en 1931. Entonces vuelve al hospital, y se queda hasta su jubilación, en 1967. Curiosamente, en ese periodo de tiempo, el director del centro, Amadeo Calvo, denunció en varias ocasiones la desaparición de varias bolsas del banco de sangre del hospital... desapariciones que cesan en el 67...

—¿Qué coño insinuáis? —preguntó Ramón, inclinándose sobre la mesa.

—Nosotras no insinuamos —corrigió Naia—. Investigamos.

Los labios de Ramón formaron una «o», pero Ariel fue más rápida.

—La hija de Jacinta aún está viva. Pudimos visitarla en la residencia en la que permanece ingresada, en Fuentelisendo... —Cogió aire—. La mujer sufre algo de demencia senil... pero aun así...

—¡¿Qué?! —gritó Ramón. Amaro le hizo un gesto con la mano.

—Nos dijo que su madre, efectivamente, protegía a los Armilar, y que se hizo cargo de su hija, Vanya, tras el asesinato de estos. Es más... nos dio detalles que os aseguro me gustaría no haber oído.

—¿Cómo cuáles?

—Como que Jacinta alimentaba a Vanya con su propia sangre, dejando que mordiese sus senos para beber, y que cuando no podía darle más, obligaba a Raimunda a ofrecer su cuello y sus muñecas a Vanya para que pudiese beber su...

—Pero ¡¿qué cojones estáis diciendo?! —Rafael se levantó, y Ramón le imitó—. ¡Qué cantidad de estupideces! ¡Estamos investigando a un asesino en serie, no escribiendo una novela de vampiros! —Su pelo se alborotó. Recolocó sus gafas, que se habían torcido durante el griterío.

—Por favor, no he terminado de hablar —respondió educadamente Ariel.

—¡Ni falta que hace! ¡Meses de investigación para que venga esta a decirnos que una niña, la hija de un matrimonio que lleva muerto casi cien años, es la que está detrás de los crímenes! ¡Vamos, no me jodas!

—Ya no estaríamos hablando de una niña, sino de una mujer... de noventa años.

—¡Mejor me lo pones! ¡Una vieja! —Cogió su gabardina, que colgaba del respaldo del asiento, y comenzó a vestirse—. Mi hijo está desaparecido, y me hacéis perder el tiempo así.

Ariel, que seguía con los puños apretados, siguió hablando sin darle la atención que este demandaba.

—Hace un par de días acudimos al cementerio de San José después del aviso del vigilante. Este afirma que vio una figura que no parecía humana observándole desde el panteón de los Armilar. Encontramos unas gotas de una sustancia oscura que mandé analizar. Soledad me ha dado hoy los resultados: es sangre, con una alta concentración de fibrinógeno.

»Parece ser que eso deriva en una coagulación muy rápida, o en la formación de trombos, de ahí el color oscuro de la misma. De todas formas, Soledad ha encargado un análisis genómico para asegurar una sospecha que le ronda por la cabeza. —Ariel miró a Rafael y Ramón, que habían cesado en su ademán de huida, y la atendían—. Lo interesante es que en ese mismo panteón perdemos el rastro de Doina Ardelean. Su hermana afirma que siguió a alguien hasta el interior de la construcción. Desde allí accedió a una especie de túnel que la llevó a un portal del centro de la ciudad. Volvió a intentarlo una segunda vez... y ya sabemos cómo acabó.

—Hemos investigado a los Armilar en el catastro —añadió Naia—. Todas sus propiedades han sido destruidas para construir encima, exceptuando dos: la iglesia de El Salvador, y un edificio abandonado en la calle Barrantes.

—Es mucha casualidad, Rafa —comentó Amaro suavemente, mientras el inspector volvía a sentarse.

—¿Qué sugerís? —preguntó.

—Vamos a visitar el edificio de Barrantes, a ver si encontramos algo —afirmo Ariel—, y después vamos a ir al panteón. Sospecho que puede haber una red subterránea que conecte varios puntos de la ciudad. En las cartas de Salazar y Frías ya hablaba de construcciones bajo el suelo de San Onofre.

—Perfecto. Quiero estar informado a cada momento. ¿Entendido?

Ariel asintió. Rafael le tendió la mano, y esta se la estrechó, algo asqueada. Amaro acompañó a los hombres a la puerta. Pronto la sala se vació.

Naia recogía los cables del proyector, mientras Ariel, apoyada en la mesa, observaba la fotografía del personal del hospital, aun reflejada en la pared.

—Esta foto... es extraña...

Ariel se acercó. Quince personas, de las cuales tres eran hombres, y el resto mujeres, posaban delante de la lóbrega fachada del hospital militar, cuya puerta de madera parecía una enorme boca a punto de engullirlos. Se fijó en Jacinta, en uno de los laterales, con el arcaico gesto siempre presente.

—¿A qué te refieres? —preguntó Naia.

—No es nítida... y es muy colorida para la época. Aún no existía la fotografía en color.

—Claro, es que no es una foto, es una pintura.

Ariel clavó sus ojos en Naia, incapaz de disimular su gesto de sorpresa. Algo en su cabeza se activó.

—¿Tienes la original?

Naia asintió, y se dirigió a la silla en la cual se había sentado durante la reunión. Sobre la mesa descansaba una carpeta de plástico verde transparente. La abrió, y extrajo de ella varios papeles. Tras varias intentonas, encontró lo que buscaba: un sobre tamaño A4. Se lo entregó a Ariel, que lo abrió cuidadosamente. En sus manos estaba la copia original de la pintura. Era un folio desgastado, y algo pesado. Efectivamente, se trataba de un dibujo hiperrealista, coloreado a la perfección. Lo acercó a su rostro. La técnica era tan perfecta que parecía realmente una fotografía.

—¿De dónde ha salido? —preguntó.

—Del edificio del hospital. Bueno, ahora es la facultad de salud de la UBU, pero, ya me entiendes.

—¿Estaba allí?

—Sí, colgada en uno de los pasillos. Tienen un pequeño museo de la historia del centro.

Ariel observó muy detenidamente la pintura. Su mirada se detuvo en el borde derecho inferior. Tres pequeñas letras, tan pequeñas que apenas eran visibles si no se buscaban.

—¿Cuándo te ha llegado?

—Esta mañana. No la he mirado mucho, la verdad... Simplemente la he escaneado para la presentación. ¿Pasa algo?

—Mira.

Naia se acercó curiosa, y se colocó a su lado. Ariel indicó con el dedo.

—J. C. R. —leyó—. Jacinta García Romero... O sea que lo pintó ella. Qué curioso, ¿no?

—Muy curioso.

Naia guardó la fotografía en la carpeta, y salió de la sala. Ariel se quedó allí sola. Pensativa.

Caminó hacia la ventana. Un par de copos de nieve caían desde el cielo, desintegrándose en el aire, y convirtiéndose en agua al tocar el suelo. Las farolas se encendieron, y con ellas la iluminación navideña del centro comercial de al lado. Su reflejo en la ventana la observaba. Acarició sus mejillas.

—¿Nos vamos?

Se giró asustada. Verónica la esperaba en la puerta, sonriendo. Ariel asintió. Tenía una extraña sensación en su estómago.

***

19.30 p.m.

La calle Barrantes se encontraba prácticamente en el centro de la ciudad, a pocos metros de la iglesia de Santa Águeda. A ambos lados de la vía se alzaban árboles, cuyas ramas estaban iluminadas por guirnaldas doradas, que reflejaban su cálido color en las preciosas fachadas de las casas. Estas habían sido construidas siguiendo unos criterios estéticos marcados por el ayuntamiento. No querían pisos modernos en la zona, así que las viviendas eran unifamiliares.

Buscaban el número 3. Ese era el edificio de los Armilar. Se trataba de una vivienda abandonada, así que supusieron que no sería muy difícil de encontrar. Pasaron al lado de la iglesia de las Salesas, una construcción neogótica que, a ojos de cualquier persona, podría pasar por un edificio mucho más antiguo. Verónica observó su alta torre, bajo la cual se disponía un atrio con un enorme rosetón y dos estrechas ventanas.

—¿No te recuerda al panteón? —Rio.

Ariel sonrió con displicencia. El número 3 se encontraba al final de la calle, en la intersección que desembocaba en la plaza Castilla. Era un edificio viejo, y algo destartalado, de estilo modernista. Dos columnas, decoradas con motivos animales, tales como lagartos y serpientes, rodeaban la puerta, que medía al

menos dos metros, y cuya madera, pintada de verde, estaba bastante desgastada. La pintura se había levantado, y había restos de la misma por el suelo.

La pared había pasado por tiempos mejores. Las piedras imitaban lo que parecían las escamas de un dragón. Algunas estaban arrancadas. Los grafitis habían hecho mella. Varias firmas ininteligibles cubrían partes de la superficie, y los listones que tapiaban las ventanas de la planta baja.

El edificio era el más alto de la calle: tres pisos, y lo que parecía una buhardilla. En el segundo, dos estrechos balcones sobresalían. Los barrotes blancos de la barandilla del de la izquierda colgaban, creando un inminente peligro para el que pasase por debajo. En el tercero destacaba una terraza, con unos exquisitos adornos florales en la piedra que la cubría. El techo era ovalado. No alcanzaban a ver desde abajo lo que, pensaron, era una especie de cúpula de ladrillos azules. Ariel acarició la puerta. Notó el tacto de la húmeda madera en su piel. Empujó. Por supuesto, estaba cerrada.

La propiedad era ahora del ayuntamiento. Tras pedir los permisos previos, el juez había autorizado la inspección del lugar, y se les había entregado una copia de las llaves. Ariel la buscó en su abrigo. Llevaba con la mano dentro del bolsillo desde que habían salido del coche. Era tremendamente escrupulosa con lo que llevaba encima, y le gustaba sentir el tacto del metal en los dedos para asegurarse de que no había perdido aquellas llaves. Las introdujo en la muesca de la cerradura, y giró. Estaba oxidada. Le costó bastante poder completar el trazado, pero por fin, la puerta cedió, y ambas se sumieron en la oscuridad.

***

19.28 p.m.

Estaba hambrienta. Era pronto para encontrar algún animal en los viaductos, y ella lo sabía. Aun así, caminaba por ellos.

El nauseabundo olor de las cloacas se acrecentaba a esas horas de la tarde. Entre el negro riachuelo que bañaba sus pies flotaban restos de heces, comida, servilletas, y todo tipo de despojos. Los pisaba sin importarle. Puede que todos esos años oculta hubiesen hecho mella en sus sentidos. Por una parte, Vanya no había desarrollado el sentido del gusto, ni el del olfato, pero por otra, su visión era casi perfecta en la oscuridad.

Aprendía rápido. Jacinta siempre lo decía. Le había enseñado a leer, escribir, e incluso, a cosas más terrenales, como conducir... pero lo más importante: le había enseñado a pintar. Gracias al arte le había dado una voz... aquella que no tenía, pero que ahora gritaba muy alto.

Toda la ciudad había oído su voz. Todo el mundo.

El espeso líquido se pegaba en sus pies, metiéndose entre sus dedos y por debajo de sus uñas. Caminó metros y metros, pegada a las paredes, esperando el más ligero movimiento para atacar. De pronto lo recordó: aún tenía alguna de las latas que había robado meses antes en la buhardilla. Hacía semanas que no pasaba por allí, y tenía un montón de bocetos a medio terminar.

El conducto se estrechó, y giró a la izquierda. De frente. Derecha. Izquierda. Izquierda. Casi un kilómetro. Ya estaba allí. Palpó la pared en busca de los salientes de metal, y se encaramó por ellos. Tocó el techo, y la piedra se movió encima de la palma de las manos. Su desfigurado rostro se encontraba ya en la sucia y oscura despensa. Saltó con una agilidad sublime, y su cuerpo se deslizó al interior de la estancia. El polvoriento suelo se llenó de agua y restos de la podredumbre que arrastraba en los pies.

Caminó sobre sus pies y manos, como una horrible tarántula. Su cuello se movía de un lado a otro, girando casi ciento ochenta grados, analizando el lugar. Lo conocía de sobra. Se había criado allí. Las escaleras de madera conducían a la planta superior. Las subió sigilosamente.

Pasó por el portal, y acarició la escalera de mármol por la que ascendió al primer piso. No se detuvo en ninguna de las plantas, pues todas estaban vacías. Continuó en su subida hasta llegar a la buhardilla. Un halo de luz penetraba a través de los recortes de periódico que cubrían la ventana. Corrió hacía allí, y lo tapó. Odiaba la luz.

El suelo estaba repleto de bocetos sin acabar, raspas y restos de animales. Se arrodilló y comenzó su búsqueda. Junto a un armario había una maloliente montaña de botes. Uno de ellos era una redonda lata de atún en aceite. Estaba abierta, y el moho había formado una capa negra sobre la superficie del pescado. Se la llevó a la boca. El brillante aceite cayó por su mamola, machando su sudadera negra, en la cual se pegaron trozos de moho.

Mientras comía, agarró uno de los bocetos del suelo. Era uno de los primeros retratos que había hecho de aquella policía. Sus enormes ojos miraban con preocupación. Pensó en el cuadro que había terminado hacía ya más de un mes, y que presidía una de las mejores estancias de su lóbrega

residencia. En él, aquella policía se mostraba desnuda, en toda su majestuosidad, con un precioso cuerpo, suave... liso... totalmente diferente al suyo. Estaba enamorada de ese rostro. Necesitaba ese rostro porque odiaba el suyo. Quería esa piel, ese cuerpo perfecto.

Gritó en silencio. Aire. Lanzó la lata y el boceto. La primera chocó contra la pared, dejando una mancha más en el ya de por si estropeado papel. El segundo cayó a sus pies. Se incorporó de un salto. De pronto no quería estar allí. Se sentía enferma.

Corrió hacia las escaleras, y las bajó de tres en tres. En el piso de debajo de la buhardilla se encontraban lo que otrora fueron habitaciones. A través de la penumbra se hizo paso hasta llegar a un cuarto que se encontraba al final del pasillo. Entró en él. Esa era la única planta en la que casi todo permanecía intacto. Era complicado el transportar los muebles desde ese piso hasta la calle, así que se habían conservado en sus ubicaciones de origen.

El cuarto era grande. Una enorme cama con dosel acumulaba polvo gris entre sus sábanas. A su lado, un tocador sobre el cual quedaban botellas de perfume de cristal con adornados dosificadores, espejos, peines... y a la derecha, una estantería llena de libros. Con aquellos libros había aprendido todo. Alzó su cuello, provocando un crujido en sus vértebras, y observó el cuadro que ella misma había pintado años atrás. El serio gesto de Jacinta mostraba esta vez una sonrisa. Cogida de su mano, una pequeña niña rubia: ella.

Sintió cómo una lágrima brotaba y se deslizaba por su cuarteada mejilla. De pronto, escuchó un crujido, seguido por un estruendoso golpe. Se acercó a la pared, y apoyó su oreja derecha en ella. Unos tosidos la pusieron sobre alerta: alguien había entrado.

***

19.32 p.m.

En el interior todo era oscuridad.

Un apestoso hedor había encharcado los pulmones de ambas, provocando a Verónica unos ásperos tosidos que Ariel intentó reprimir. Sacó una pequeña linterna de su bolsillo, y su compañera hizo lo mismo. La luz amarilla dejó a la vista un recibidor tremendamente destrozado. El papel de las paredes estaba mohoso y arrancado, haciendo que los detalles florales dibujados en él

quedasen completamente irreconocibles. Frente a ellas se alzaba una preciosa escalera de mármol. La barandilla imitaba la forma de una rama sobre la cual la escultura de una serpiente exquisitamente trabajada acomodaba su largo cuerpo, girando sobre sí misma. La cabeza del reptil las miraba con sus pequeños y blancos ojos. En el lateral izquierdo, un enorme cuarto, repleto de cajas y muebles que impedían el acceso al mismo.

Ariel apoyó su pie derecho en uno de los escalones, y comenzó a subir.

—¿Qué haces? —preguntó Verónica—. Puede que sea peligroso.

—Es mármol... y hemos venido a esto.

La piedra estaba mojada, e increíblemente resbaladiza. Era lo bastante escrupulosa como para no apoyarse en el pasamanos. Llegaron a un piso con una distribución sorprendente. Se trataba de una sala enorme. En el centro se situaba una mesa de proporciones similares, sobre la cual había restos de piedra. Ariel iluminó el techo, y pudo observar cómo una lámpara de araña se aferraba al mismo ayudada por una cadena que estaba a punto de soltarse.

Frente a la mesa, una chimenea vacía.

—Sería el comedor —comentó, y caminó por la estancia.

Sus pisadas reverberaban. A través de los listones que cubrían las ventanas penetraban unos anaranjados halos de luz que teñían su rostro y las paredes.

—Da casi más miedo sin muebles.

Ariel asintió. Una puerta blanca conducía a otra habitación. La entornó, y se detuvo en seco, pues un agujero en el suelo impedía el acceso. Apuntó con la linterna, y pudo apreciar los restos de lo que parecía un horno y una pila. Volvió a cerrar la puerta.

—Aquí no hay nada interesante. Vamos a probar suerte arriba.

Volvieron a emprender la subida. Tampoco encontraron gran cosa en la segunda planta. Lo que parecía una sala de juegos había sido devorado por el paso del tiempo. Un billar francés yacía, partido por la mitad en el suelo, rodeado por los cristales de varias botellas rotas. En otro cuarto encontraron un sillón, rajado por la mitad, y un armario sin puertas, dentro del cual habían anidado cientos de cucarachas. Nada más. Estaba claro que el edificio había sido pasto del expolio. La majestuosidad de sus muros apenas se correspondía con los objetos que quedaban dentro de él.

La tercera planta era la más distinta. Un longo pasillo, con el suelo cubierto por una alfombra roja con bordados negros, reunía a sus lados varias puertas. En las paredes colgaban retratos. Caminaron por él, deteniéndose en cada uno

de los cuadros. Ariel reconoció el rostro de Juan de Jonás, el de su hijo, y el de varios descendientes de los Armilar que había visto en aquel libro. Uno de los óleos reproducía la misma imagen de Jacobo, Dasha y Vanya que tantas veces había observado ya.

—Es muy extraño —le comentó a Verónica.

—¿El qué?

—Que estos retratos sigan aquí tantos años después... Mira el resto de plantas... apenas quedan muebles.

A medida que avanzaban se asomaban dentro de las habitaciones. Todas vacías. El olor a humedad se acrecentaba según alcanzaban el final del pasillo.

Dos de los cuartos sí estaban amueblados, los situados justo al final, que se encontraban enfrentados entre sí. Decidieron entrar al de la derecha: una cama con sendos barrotes de hierro y sin colchón, una estantería repleta de libros y una mesa de madera. El suelo estaba lleno de muñecas de porcelana. Ninguna estaba entera. A varias les faltaban las cabezas, los brazos, las piernas... Verónica se agachó para recoger una del suelo. Era una horrible Mariquita Pérez. No tenía ojos; alguien se los había arrancado. Su cuello estaba lleno de mordiscos, y parte de la cabeza estaba aplastada. Un agudo sonido salió de dentro del cráneo del juguete, y por el hueco del ojo izquierdo, una rata asomó su nariz. Verónica gritó y lanzó la muñeca al suelo. La porcelana se partió en mil pedazos.

Ariel se acercó a la mesa. Estaba llena de papeles arrugados. Desdobló uno: era un precioso dibujo. Mostraba una rosa, pintada a carboncillo, al lado de la cual, una mariposa monarca extendía sus alas. El resto de papeles mostraban dibujos de características similares: animales, insectos, flora...

En la estantería encontró tomos viejos escritos en un idioma que no entendía, pero cuyos grabados dejaban bastante claro que se trataban de libros sobre historia del arte. Había reproducciones de la obra de Cezanne, Matise, Degas, Goya, Velázquez...

El cuarto situado enfrente poseía una cama mucho mejor. Tenía un dintel, y bajo este, unas sabanas, grises debido al polvo, pero de una seda excelente. Otra estantería estaba repleta de libros de la misma temática. Ariel agarró uno. La portada era *La jirafa en llamas*, de Dalí. En el interior, obras de Magritte, Picasso, Chagall, Ray, Frida Kahlo...

—Mira —dijo Verónica.

Su linterna apuntaba directamente a un enorme cuadro. Ambas reconocieron el rostro de Jacinta. Agarrada a su mano, una pequeña niña rubia, de preciosas facciones y pálida tez. Era la viva imagen de Dasha.

—¿Vivieron aquí?

—Es posible... al menos algunos años. Esto lleva cerrado desde 1940.

Ariel tomó una foto con el móvil. Sólo quedaba un piso por visitar: la buhardilla. Emprendieron el camino.

***

19.58 p.m.

Observó desde la altura. No lo podía creer. Era ella. Había soñado con ese rostro durante meses, y ahora estaba allí, a tan solo unos centímetros. Apoyó sus pies en el quicio y se encaramó con agilidad a la pared. No le resultaba difícil.

Las dos mujeres caminaban por el pasillo a un ritmo pausado, como si les diese miedo que, de un momento a otro, el suelo pudiera ceder y venirse abajo. Las seguía desde el techo. Sus afiladas uñas se clavaban como las garras de un halcón en la piedra, y sujetaban todo su peso. No hacía ningún ruido, pero tenía que contener sus impulsos. Desde que había visto a la policía la boca le chorreaba. Las chicas alcanzaron el final del pasillo. Esperó detrás. En la sombra era invisible. Giraron a la izquierda, allá dónde la escalera se estrechaba. Iban a subir a la buhardilla. Los nervios poseyeron a Vanya. Iban a ver los retratos. Iban a saber que había estado allí. Tenía que evitarlo.

Esperó a perderlas de vista, y se deslizó por las escaleras hacia abajo.

Las calderas se encontraban en el mismo cuarto por el cual accedía desde las catacumbas al edificio. Varios bidones de combustible se apilaban al lado de un armario de metal. La mayoría estaban vacíos. Rebuscó, y encontró dos cuyo contenido rebasaba la mitad. Desenroscó el tapón, y comenzó a derramar el amarillento líquido por el suelo, dibujando un círculo. Volvió a las escaleras, y fue volcando el contenido a medida que subía. Sabía que en la habitación de Jacinta había paquetes de cerillas. Era una fumadora compulsiva, y ella misma las había usado para encender las velas de su casa. Encontró un paquete en el cajón de la mesa. El primer bidón estaba ya vacío. El segundo daría para menos metros. Corrió hacia la buhardilla, y permaneció junto a la puerta de

entrada. Las escuchó hablar. Empapó el suelo, se metió en la boca la cerilla, y trepó por la pared.

***

20.00 p.m.

—¡Joder! ¡Qué puto asco!

Verónica tapaba su nariz y boca con la palma de la mano. El olor era completamente desagradable. La sala estaba repleta de huesos de pequeños animales, latas de conservas podridas, y manchas de suciedad. En una esquina se acumulaban las doradas latas, del interior de las cuales salía un moho negro que se extendía por toda la superficie, haciendo parecer al montón un peludo monstruo.

El techo era alto, muy alto, y efectivamente, se trataba de una cúpula. No había lámpara. Tampoco decoración. Un armario, y un caballete, situado en el centro de la sala eran todo.

Ariel caminó hacia el caballete. Un crujido sonó bajo su pie izquierdo. Observó horrorizada el cuerpo mutilado de un gato. No tenía cabeza, y su pelo se escondía bajo los huesos, mientras unos pequeños bichos se daban un festín a su costa.

—*Fuck*!

Se apartó corriendo, y notó cómo la amarga bilis subía por su garganta. Intentó no mirar.

Alumbró el caballete. Sostenía un lienzo. No estaba terminado. Unos sucios colores marrones y oscuros dibujaban una enorme cabeza, cuyo cráneo tenía forma de pulmones, sujetos entre sí mediante hierros e imperdibles. Bajo uno de los ojos se desgarraba un párpado, que mostraba la asquerosa musculatura. El otro ojo era blanco, ciego. Sólo quedaban los dientes superiores, bajo los cuales se alzaban unos hierros que creaban una jaula en la cual permanecía encerrada una húmeda lengua que nacía de una metálica base. Desde una roca cercana de la cueva en la que la escena tenía lugar, una silueta desnuda observaba.

—¡Qué grima!

—Es una copia de una obra de Otto Rapp: *El deterioro de la mente a través de la materia*.

—¿Y tú cómo sabes eso? —preguntó sorprendida Verónica.

—He visto una foto en un libro abajo. —Rio—. Está muy bien. Es casi idéntica.

Se acercó a la ventana. Estaba tapada por recortes de periódico color salmón y tapas de libros. Ariel se fijó en las fechas de los recortes, todas eran de principios de los ochenta. La tapa de uno de los libros llamó su atención. Era de un color escarlata hipnótico, y estaba en el centro. La arrancó, dejando un hueco en la ventana. Era una biografía de Anton LaVey, así lo indicaban sus letras negras. Miró aquella cubierta pensativa.

—¿Qué pasa?

—Hace unos meses hicieron unas pintadas en la catedral...

—Sí, lo recuerdo.

—Ya te hablé de una frase de Anton LaVey, el mismo de este libro: «Hay una bestia en el hombre que debe ser ejercitada, no exorcizada». Lo tengo grabado.

—Sí, también lo recuerdo... pero aún no termino de entenderla.

—Lo mismo que te dije hace unos meses... Supongo que es una forma de justificar algún comportamiento... Quizá los asesinatos de los Armilar... o quizá nos estaba avisando.

—¿Sigues pensando que fue la misma persona?

—Vanya —respondió cortante—. Y sí. También tengo grabada en la memoria la cabeza de gato que apareció ensartada en la catedral ese mismo día, y es mucha casualidad que aquí este la mitad del cuerpo del pobre animal.

—Joder... joder...

Verónica se movía nerviosa. A través del hueco de la ventana entró una fría ráfaga de viento. Ariel se asomó. La luz de las farolas cegó sus ojos brevemente. Desde esa altura se obtenía una panorámica excelente de la calle. Varios feligreses hacían cola para entrar en la iglesia de al lado.

Volvió al interior. En la estantería quedaban un par de libros, similares a los que ya había visto abajo. Uno estaba dedicado en su totalidad al periodo negro de Goya, y los otros eran antiquísimos manuales de medicina, pertenecientes a Jacinta, imaginó.

—Ariel. —Verónica se había quedado atrás. Le sorprendió su voz. Era débil —. Tienes que ver esto.

Sostenía en sus manos varios papeles de diferentes tamaños. Ariel cogió uno de ellos. Se sobresaltó al verse a sí misma. Sus delicadas facciones, perfectamente dibujadas, desde sus preciosos ojos a su nariz, pasando por los

carnosos labios, a los cuales el trazo había dotado de una sensualidad terrible. Su negra melena era mucho más larga. Caía por su espalda, y se desvanecía en el aire. Su gesto era triste.

Tembló.

—¿Dónde los has encontrado? —preguntó temerosa, con un hilo de voz.

—En el suelo... toma. —Le entregó el resto de los dibujos.

Mostraban a Ariel en diversas posturas, con diversos gestos. En muchos de ellos estaba desnuda, en otros lloraba, y en algunos se abrazaba a una mujer cuyo rostro jamás se veía.

—Joder... —dijo.

—Es ella. Te mandó un dibujo a la comisaría, ¿te acuerdas?

—¡¿Cómo no me voy a acordar, Verónica?! —gritó asustada—. Lo siento —se disculpó al momento—. Perdón... es solo que... esto es demasiado.

—Tranquila... lo entiendo perfectamente.

Verónica acarició el hombro a Ariel, que le agradeció el gesto de cercanía. Se llevó la mano al bolsillo.

—Voy a pedir que vengan un par de unidades. Es muy probable que en el sótano haya un acceso a algún conducto. Este es el edificio por el que apareció Doina, o sea que podría llevarnos al panteón... y puede que Vanya haya estado hace poco aquí.

—Mira... —Verónica señaló el suelo. Su linterna iluminaba un rastro de barro y agua—. No son nuestras, ¿verdad?

—No... no lo son.

Siguieron el rastro con la linterna. Este se perdía bajo la puerta.

Permanecieron en silencio, sin saber qué hacer. Ariel tanteó su pantalón en busca de la pistola, y la agarró con firmeza. Verónica se juntó a ella. Estaba temblando de miedo. Ambas linternas apuntaban a la puerta, como esperando que algo pasase. De pronto, escucharon el sonido de una gota.

Silencio.

Nadie se atrevía a decir nada.

Otra gota.

Un charco negro se estaba formando poco a poco en el suelo. Era un líquido espeso... sucio.

Otra gota. Cayó del techo.

Ariel deslizó temblorosa su linterna por la pared, buscando algo que no quería encontrar. La luz hizo que unos ojos centelleasen sobre ellas. No

pudieron reaccionar. Un rostro las miraba desde la altura. La piel de la cara parecía putrefacta: estaba cubierta de heridas, pústulas y rasguños que dejaban a la vista los músculos. Los ojos, de un amarillo intenso las observaban silenciosos. Apenas tenía pelo, y el poco que tenía era largo, tan largo que casi las rozaba, y prácticamente transparente. Aquella piel no era normal... era casi verde.

Vestía de negro, y estaba de espaldas, sujeta al techo, a cuya superficie se aferraba clavando las uñas de sus manos y pies. Su delgadez era extrema. La cabeza, inclinada para poder verlas, en un ángulo casi imposible. Sus afilados y sarrosos dientes, envueltos por unos ajados y sanguinolentos labios, sujetaban lo que parecía un palo.

Todo sucedió en menos de unos segundos. Verónica gritó, y dejó caer su linterna. La figura se movió rauda, como una veloz araña, por el techo, clavando sus uñas y arrancando parte de la piedra, que caía hacia abajo, manchando de blanco la cara de Ariel. Esta sacó la pistola, y amagó un par de disparos. Era imposible acertar, pues era mucho más veloz. La figura cayó al suelo, y quedó de pie frente a ellas, iluminada solo por la linterna de Ariel. Se la arrancó de las manos de una patada.

Todo era oscuridad.

Ariel temblaba. No podía ver nada. No podía arriesgarse a disparar. Escuchaba los sollozos de Verónica, y una agitada respiración. Contó hasta tres. Una sensación de caliente humedad se pegó en la parte de atrás de su cuello. Esta iba acompañada de un horrible olor. Estaba tras ella. Lo notaba. Apretó la pistola.

Le pareció escuchar algo, pero no era un sonido humano... era una voz rota... sin voz. De pronto, un rápido fogonazo iluminó el horrible rostro, que estaba a centímetros de ella. Ariel se echó hacía atrás. La cerilla cayó al suelo, y un círculo de fuego la envolvió. No sabía qué hacer. Miró a Verónica, que se había caído, e intentaba levantarse inútilmente. Agarró su mano, y consiguió ponerla de pie.

El olor a gasolina era penetrante, y el humo negro llenaba rápidamente la habitación. Las llamas consumían las paredes, los cadáveres, el cuadro... El aire que entraba por la ventana avivaba el fuego, que crecía, alcanzando grandes alturas.

Miró a la puerta. Vanya sonreía entre las llamas. Los colores rojos y negros parecían sus aliados. Su rostro aterrorizaba a Ariel. Sonrió, y se perdió entre el

humo. Buscó a Verónica.

—¿Puedes andar?

—Corre.

—No te voy a dejar aquí. Agárrate a mi espalda. Hay que darse prisa, el suelo se puede venir abajo en cualquier momento.

Verónica obedeció. Apenas tenía fuerzas, y estaba mareada. Se aferró a Ariel, que cargó con ella haciendo un enorme esfuerzo. Cogió carrerilla, y milagrosamente logró atravesar el circulo de fuego. La habitación era pasto de las llamas, no había nada que hacer.

Miró las escaleras. El fuego se enredaba en el lateral izquierdo de las mismas. Se pegó a la pared, y le indicó a Verónica que hiciese lo mismo. Bajó rápidamente, apretando su espalda contra la fría piedra, que creaba una extraña atmósfera frente al abrasador calor. Las escaleras estaban resbaladizas, y el cegador reflejo de las llamas sobre la pulida superficie dificultaba la visión. Cuando alcanzaron el piso en el que se encontraban las habitaciones, este estaba ya irreconocible. El techo de madera se había venido abajo, y al derrumbarse había formado un agujero en el suelo por el cual penetraban lenguas de fuego rojas. Debían bajar más deprisa si querían evitar el fatal desenlace.

Una sombra corrió entre las cortinas de humo, emergiendo desde el final del pasillo, y atravesando a toda velocidad las llamas. Pasó junto a ellas. Ariel disparó inútilmente, pues era demasiado veloz. Intentó correr, pero no podía abandonar a Verónica. La envolvió con sus brazos y bajó los peldaños restantes con mucha dificultad.

En el segundo piso, las llamas entraban por el agujero del techo, comiéndose las paredes. No había tanto fuego, pero en unos minutos el panorama sería desolador. Ariel no se paró a observar, y continuó su descenso. Consiguió llegar al primer piso, que aún era ajeno al humo y a las llamas. Las escaleras estaban húmedas, muy húmedas. Sospechó que Vanya podía haberlas cubierto de combustible, así que intentó pisar en las zonas secas. Fue inútil. Resbaló, y ambas cayeron. Los peldaños se clavaban en su espalda como afiladas rocas. Intentó agarrar a Verónica, pero no pudo. Esta se golpeó la cabeza en uno de los gruesos barrotes de la barandilla, y quedó tendida en el suelo al llegar al portal.

Ariel se dolió. Sentía los golpes en su musculatura. Temió haberse roto algún hueso, pero no dudó, y corrió hacia Verónica. Su anaranjada melena se

teñía poco a poco de color borgoña. Intentó parar la hemorragia con sus manos. Se quitó el abrigo, y lo colocó en el suelo, apoyando sobre él la cabeza de su compañera. Tanteó su cuello en busca de pulso. Ariel temblaba. Notó el bombeo de la sangre por la carótida. Suspiró aliviada. Sus ojos se habían llenado ya de lágrimas.

Sintió cómo alguien la observaba.

Se dio la vuelta, incorporándose. La oscuridad del portal aún no había sido perturbada por el fuego. No vio nada. Ya no tenía la linterna. Agarró con fuerza la pistola, e intentó escuchar. El sonido de la madera ardiendo, expulsando aire, y muriendo se acercaba poco a poco. Un suave jadeo procedía de una puerta, justo tras ella. Avanzó muy lentamente, controlando sus pisadas. Estaba a escasos metros. La puerta estaba abierta, pero todo era negro tras ella. La presencia del jadeo era cada vez más intensa. Casi podía notar el putrefacto aliento en su cara.

De pronto, cesó. Todo fue silencio. Sintió un golpe en el pecho. El horrible rostro emergió de entre las sombras, empujándola con una fuerza sobrenatural. Ariel cayó al suelo. Observó cómo Vanya se perdía en la oscuridad de nuevo. Se levantó como pudo, y atravesó la puerta. Pudo reaccionar al ver que aquello eran unas desvencijadas escaleras de madera. Oía golpes, pero no veía nada, hasta que una cegadora luz lo iluminó todo. El suelo se encendió como por arte de magia. Las llamas eran azules, y poco a poco cobraban un cariz verdoso.

En el centro, Vanya sujetaba un paquete de cerillas. Ariel la observó a contraluz. Era espantosa. Su cara se asemejaba a la de una putrefacta calavera. En su calva se marcaban venas y moratones, y de esta brotaban pelos sin sentido, formando una tétrica melena que llegaba hasta el suelo. Reía, mostrando unos afilados dientes entre amarillos y negros, en los que el esmalte hacía tiempo que había pasado a ser tan solo sarro. Señaló con un huesudo dedo una zona de la habitación. Ariel miró, y vio un viejo sistema de calderas, oxidado y arcaico, que ocupaba gran parte de la sala. El fuego se acercaba poco a poco a él. Volvió a mirar a Vanya. Había desaparecido.

Las escaleras de madera ya habían prendido, y se convertían en ceniza bajo sus pies. Corrió hacia arriba. Las llamas alcanzaban ya el recibidor, casi rodeando a Verónica. Ariel se tapó la boca con la camiseta para no respirar el humo, y corrió hacia su compañera. Intentó rodearla de nuevo, pero no podía con aquel peso muerto. La agarró de las piernas, y tiró de ella, arrastrándola

por el suelo. Notaba cómo sus pulmones se quemaban al inhalar ese cargado aire, y cómo sus ojos se secaban por el calor. Casi podía ver, pues la negrura del humo había envuelto todo con su espesa manta.

Comenzó a toser. La puerta estaba casi allí. Se estaba mareando. Apenas tenía ya fuerzas. Agarró la metálica manilla, que quemó su mano, y dejó caer su cuerpo sobre ella. La puerta se abrió. La bocanada de aire avivó las llamas.

Sacó a Verónica del interior. Varias personas se habían congregado en torno al edificio al ver el humo. Corrieron a ayudar a Ariel, que apenas podía hablar. Entre dos hombres auparon a Verónica y la colocaron sobre el asfalto. Unas mujeres entradas en años grababan todo con el móvil.

—¡APARTEN! —Ariel gritó con una voz afónica. Notaba el sabor del humo en su garganta—. ¡LA CALDERA! ¡APARTEN!

Un agudo griterío ensordeció sus palabras. El sonido de una explosión, seguido de una nube de fuego, precedió la caída del edificio. Los ladrillos volaron por los aires, alcanzado a varios coches, cuyas alarmas chillaron al instante. Un humo negro y gris envolvió todo.

La gente comenzó a correr.

Ariel no aguantó más. Sus ojos se cerraron, y cayó al suelo.

22 de diciembre - 10.20 a.m.

«¡4972!»

«¡Treinta mil euros!»

«¡4972!»

«¡Treinta mil euros!»

«¡4972!»

«¡Treinta miiiiiiiiiiiil eeeeeeurooooooos!»

Las chillonas voces perturbaron su descanso. Abrió los ojos con dificultad. Todo era blanco a su alrededor. Unos fluorescentes espantosos la cegaban. Se miró las manos. En su muñeca, una vía la conectaba a una bolsa de suero. Alzó la vista buscando el origen de esas espantosas vocecillas. En la televisión, los niños de San Idelfonso anunciaban que había llegado la Navidad.

—¡Ariel! —Su madre estaba a su lado, llorosa—. ¡Ariel!, ¡Oh, Dios mío!

La abrazó. Ariel no entendía nada. Se encontraba bien. Su madre olía a flores frescas. Aún tenía en la nariz el horrible hedor del humo. Recordaba todo a la perfección, pero, aun así, su madre le volvió a explicar cómo había acabado en el hospital.

—¿Dónde está Verónica? —preguntó preocupada.

—Está en la habitación de al lado. Estable... está bien, pero ... —Ariel se incorporó de la cama—. ¡Ariel, no hagas el tonto! ¡No debes moverte de aquí!

Ariel hizo un gesto con la mano. Agarró la barra que sostenía el bote de suero, y se lanzó al pasillo. Notaba el frío atravesando la fina bata que le habían colocado. Una enfermera la miró con curiosidad, pero no la detuvo. Entornó la puerta de la habitación, temiéndose lo peor.

—¡Joder!

Fue lo primero que escuchó. Verónica estaba sentada en un sillón, con una bata igual a la suya, bebiéndose un zumo de naranja y siguiendo por la televisión el sorteo de la lotería con un par de decimos en la mano. Vio a Ariel, que la observaba llorosa desde la puerta. Sonrió y corrió hacia ella, abrazándola como si fuese la última vez que pudiese hacerlo. Ariel, que no solía mostrar afecto jamás en público, la rodeo con los brazos, y apoyó su cabeza en los hombros de Verónica.

—De milagro... —le dijo ella.

—De milagro... —repitió—. ¿Recuerdas algo? —le preguntó mientras se acomodaba en la cama. Verónica volvió al sillón.

—La recuerdo a ella.

Su gesto palideció. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Ariel. Ese horrible rostro volvió a su memoria de pronto, como si, en un extraño mecanismo de autodefensa, su cerebro hubiese intentado borrarlo. Se llevó la mano a la cabeza. Un punzante dolor recorrió su frente. Las imágenes de los retratos que había encontrado... los restos de animales muertos... y aquel fuego abrasador.

—¿Te encuentras bien?

Ariel se frotó los ojos y se obligó a sonreír.

—Sí... pero, son demasiadas cosas. —Verónica la sonrió. Ella lo hizo de verdad—. ¿Sabes algo de la comisaría?

—¿Y estás pensando en eso ahora? —Rio—. Amaro ha estado aquí varias veces... Supongo que vendrá él para decírtelo.

—¿Decirme el qué?

—Bueno... —Se mordió el labio—. Ya no estamos en la investigación.

—¿Qué? —Ariel se levantó de la cama sobresaltada.

—Sí... nos van a dar unos días de permiso...

—Pero, ¡¿por qué?!

—Porque casi morimos, Ariel —respondió seria.

—No tiene sentido. Somos nosotras las que hemos encontrado a Vanya... las que hemos descubierto todo lo de los Armilar...

—No seas humilde. Has sido tú. Pero esto es peligroso, Ariel... Mira cómo hemos acabado por actuar solas...

—*FUCK*!

Ariel salió de la habitación a toda velocidad. Su bata ondeaba al son de sus pasos.

—Pero ¿adónde vas?

No hubo respuesta. Volvió a su habitación.

—Mamá, ¿me has traído ropa?

Su madre estaba ocupada leyendo una gruesa novela, la miró con preocupación.

—Claro... en la maletita del armario. —Ariel ya estaba buscando antes de que su madre acabase la frase. —Pero ¿qué vas a hacer?

—Nada, no te preocupes. No puedo hacer nada hasta que no me den el alta, de todas formas.

Encontró un pantalón de chándal y una sudadera negra. Se puso todo por encima de la bata, se arrancó la vía, y salió al pasillo.

—Ariel, ¡haz el favor!

—Ahora mismo vengo.

Corrió hasta el ascensor, intentando evitar ser vista. Una vez dentro del pequeño cubículo, pulsó el botón que la transportaba al subsuelo. Silenciosamente, el aparato de hierro se deslizó. Allí al menos hacía calor. Cuando las puertas se abrieron, dejaron a la vista el pasillo que conducía a la morgue, completamente vacío. El eco de los pasos de Ariel resonaba según avanzaba. Empujó la metálica puerta de hierro, y encontró a Soledad concentrada dibujando con un bisturí unos cortes sobre el torso de un cadáver. Llevaba unas enormes gafas con una pequeña linterna de luz incorporada, que ella misma había pegado con cinta aislante gris, y que aumentaban el tamaño de sus ojos, haciéndola parecer un sapo. Miró a Ariel sorprendida.

—¡Hombre! ¡La enferma imaginaria!

—Bueno, tanto como imaginaria...

Soledad rio.

—Es una obra de Moliere —aclaró—. ¿Qué tal te encuentras? —Dejó el bisturí sobre la mesa y tapó el cuerpo con una sábana—. Subí a verte ayer, pero te tenían entre mantitas.

—Sí... me he despertado hace un rato. Al parecer inhalamos mucho humo.

—Ya me he enterado. Estáis en todos los periódicos. No dicen vuestros nombres, claro, pero no hace falta ser un lince.

—Nunca entendí esa expresión...

Ariel se arrepintió al momento de pronunciar esa frase cuando Soledad comenzó a hablar.

—No hace falta ser un lince para saber que un zorro es más inteligente que una lombriz, pero hay que serlo más que un lince para saber lo que eso significa, si es que significa algo... —Caminó hacia su mesa, mientras se quitaba los guantes, que se estiraron como un chicle, y los tiró en la papelera—. Hay cuatro especies de lince... Es un animal muy interesante... extremadamente interesante. Nuestro pobre lince ibérico, que es endémico de esta península... pero a mí el que más me gusta es el canadiense. Tiene una fisionomía fascinante.

Soledad abrió el cajón, del cual extrajo una de sus exageradas naranjas. La partió por la mitad con cuchillo, y lamió la húmeda herida.

—¿Sabemos algo de los análisis? —la interrumpió Ariel. Soledad detuvo el movimiento de brazo que llevaba la naranja a su boca.

—Sabes que no debo decirte nada... —Ariel abrió la boca para protestar—. Y también sabes que yo no sigo ordenes de nadie. —Sonrió—. Me parece una soberana estupidez que Amaro haya decidido apartarte del caso para protegerte cuando ya estás metida en esto de hoz y coz...

Ariel asintió mientras la forense rebuscaba entre los desperdigados papeles de su mesa. Hacía frío en aquella sala. Estiró las mangas de su sudadera para cubrirse las manos.

— Bueno —prosiguió Soledad—, ya sabes que después del primer análisis de la muestra de sangre que trajiste yo tuve una corazonada... y estaba en lo cierto.

Le tendió un sobre a Ariel. De su interior extrajo un documento de laboratorio con un montón de dibujos, nombres extraños y letras

—Mejor si me lo traduces...

Soledad rio intensamente.

—Disculpa. Por el color de la muestra, sospeché que la persona podría padecer algún tipo de enfermedad, y encargué a mi amiga Charo, que dirige una clínica en Girona, un análisis genómico, que es, básicamente, coger la muestra de ADN, secuenciarla, y buscar si hay algún tipo de mutación... y, sorpresa. Efectivamente, sumado a la enfermedad de Von Willebrand que ya habíamos detectado en el primer análisis, han encontrado una mutación de una enzima que interviene en la formación del grupo hemo de la hemoglobina.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que la persona a la cual pertenezca esta muestra padece Porfiria. —Ariel frunció el ceño—. Es una enfermedad hereditaria.

—¿En qué consiste?

—Hay varios tipos de la misma: la aguda, que afecta al sistema nervioso, y la cutánea, que afecta a la piel, como su nombre indica. Esta en concreto es la más rara de todas, la porfiria eritropoyética congénita. —Mordió la naranja. El zumo se resbaló por su barbilla, y se apresuró a limpiarse con la manga de la bata.

—¿Cutánea? —Ariel abrió los ojos exageradamente.

—Sí. Los pacientes suelen presentar fotosensibilidad, edemas y eritemas en la piel, ampollas, piel muy frágil, casi como si fuesen de papel... y cambios en la pigmentación de la misma. Hay algunas personas que han quedado

destrozadas... han perdido las falanges... partes del rostro... sus dientes han cambiado de color... No es agradable de ver.

—Joder... corresponde perfectamente.

—¿Con quién?

—Con Vanya.

—¿Quién? —Soledad torció el morro.

—¿A qué edad se manifiesta?

—Dependiendo. Suele ser tardía. De hecho, el nombre correcto de la cutánea es porfiria cutánea tarda. Puede empezar a desarrollarse en torno a los cincuenta años... pero también puede afectar a los recién nacidos.

—Una persona que sufra este trastorno no podría estar expuesta a la luz del sol, ¿verdad?

—Ya te he dicho, son fotosensibles. Si es muy agudo el caso lo mejor sería que evitasen la exposición, efectivamente. El sol podría quemar su piel. Son casi como...

—Vampiros.

***

22.00 p.m.

Las luces de la habitación estaban ya apagadas. Laura dormía en el sillón situado junto a Ariel, con un libro entre las manos. Amaro había acudido a visitarla aquella tarde, y durante casi una hora, habían discutido acaloradamente sobre el caso. Ariel quería seguir a bordo. Tenía todo el derecho a hacerlo... era su caso. Lo había dado todo. Sin embargo, su superior opinaba que era demasiado peligroso. El operativo estaba ahora en sus manos, y ella debía tomarse unas vacaciones forzosas. «Disfruta de las Navidades», le había dicho.

Ariel estaba furiosa. La televisión estaba puesta en silencio. Unos duendecillos verdes danzaban alrededor de un árbol de Navidad. No le estaba haciendo ningún caso. Al día siguiente le darían el alta, y volvería a Aranda para pasar la Nochebuena.

Sabía que no iba a dormir, así que escuchaba música. *Those nights*, de Bastille.

Apenas había mirado el móvil. Tenía varios mensajes de Alba. La pobre no se había enterado de nada de lo sucedido. Había respondido a su último mensaje.

un 9!! yo también tengo ganas de verte.

Ariel amplió su foto de perfil. Sonreía, marcando sus adorables hoyuelos. Estaba en línea.

Hola.

Escribió. A los pocos segundos, los dos *ticks* se tiñeron de azul. «Escribiendo». Se sintió estúpida por ponerse nerviosa.

Hola!! dónde estabas?

No lo creerías hahaha.

Por?

Porque he tenido una de esas experiencias
que te hacen replanteártelo todo.

A qué te refieres?

A que necesito verte.

Alba tardó un rato en responder. La luz blanca del móvil se reflejaba en la cara de Ariel, acentuando su nerviosismo en la oscuridad de la habitación. Estuvo a punto de responder el mensaje.

cuando quieras. Tengo muchas ganas de
estar contigo, la verdad.

Ariel sonrió estúpidamente, y rio en voz baja. Su madre se despertó, y la miró mientras se desperezaba.

—Bueno... —dijo riendo.

—¿Qué?

—Tu cara.

—¿Qué le pasa?

—¿Quién es?

—¡Mamá!

Ariel rio y le lanzó un cojín. De pronto se sentía feliz.

24 de diciembre - 22.00 p.m.

—Voy a pasar la Nochevieja en Burgos.

—¡¿Qué?!

Ambas estaban en la cocina. Ariel daba los últimos retoques a su pastel de seitán, justo antes de meterlo en el horno. Su madre decoraba con grosellas la cobertura de chocolate negro de un pastel.

—Pues eso... que pasaré allí la Nochevieja.

—Pero, ¿con quién? Tus tíos nos han invitado a su casa... no puedes hacerles ese feo.

Ariel se sirvió una copa de vino tinto.

—Mamá... soy mayorcita ya. Me apetece tener un año diferente, para variar. —Bebió de la copa.

—La Navidad es para estar en familia.

—Tú lo has dicho, la Navidad.

—Estás muy diferente, Ariel. —Abrió la nevera, y sacó un bote de nata con el que dibujó unos círculos sobre la tarta.

—No te entiendo, la verdad.

—¿Qué dices?

—Llevas meses diciéndome «Ariel, tienes que superar a Zoe», «Ariel, tienes que sonreír»... y todas esas bobadas... y cuando conozco a alguien que me hace sentir bien...

—Yo no quiero que nadie te haga daño.

—No te has dado cuenta, ¿no?

—¿De qué?

—De que es la primera vez que digo el nombre de Zoe sin llorar en meses. Y eso no lo ha conseguido nadie. Ni Esperanza, ni tú, ni yo.

—Ariel...

—Mamá.

—Es tu decisión, cariño. Es sólo que me da pena que no estés aquí esa noche.

—Bueno... —Se acarició la melena—. Técnicamente me voy antes...

—¿Qué?

—Sí. Me iré el 29. Verónica está sola en Burgos, y me da pena...

—¿Y yo qué?

—Son cuatro días... después me tienes aquí hasta Reyes... prometido. —Budy ladró. Le lanzó una zanahoria que el perro cazó al vuelo—. Además...

—Ah, espérate que hay más.

—Me apetece un cambio de look. Hemos quedado para ir juntas a...

—¡La peluquería! Bueno mira, eso me gusta. ¿Qué te quieres hacer?

—No mamá. A tatuarnos.

Su madre casi dejó caer la bandeja de los polvorones.

—Ariel...

—Llevo tiempo queriéndolo.

—¡Mira, no quiero saberlo! —Ariel rio—. ¡Tú sabrás que haces! Madre mía... pero ¿quién eres?

—Pues una marginada, mamá.

Le dio un abrazo, y ambas rieron.

29 de diciembre - 17.00 p.m.

Aparcó el coche en el exterior, en las eras de una calle cercana. No le gustaban los parkings, aunque no sabía muy bien el motivo.

Había reservado un pequeño apartamento hasta el día 1 de enero. Verónica le había propuesto el quedarse en su piso, pero necesitaba tiempo para ella. Sacó del maletero la maleta, y se encaminó hacia el edificio, situado en un oculto rincón de la calle Avellanos.

El apartamento era espacioso, decorado con gusto. El salón, la habitación y la cocina se encontraban en harmonía en la misma sala, iluminada por el radiante sol que penetraba a través de la enorme cristalera que daba al exterior. Todos los muebles eran de color blanco, al igual que las paredes, el sofá, la colcha...

Dejó la maleta en el suelo, cerró con llave, y se acercó andando hasta un supermercado, donde se entretuvo en comprar cosas que no necesitaba, pero las cuales le apetecían.

A Ariel siempre le habían encantado los supermercados. Muchas veces pensaba en abandonar el cuerpo y dedicarse a trabajar en uno de ellos, lejos de asesinatos y violencia.

Paseó por los pasillos. Todo estaba decorado de acuerdo con la época del año. Del techo colgaba espumillón dorado y guirnaldas del mismo color. Los carteles indicaban que las «uvas de la suerte» estaban de oferta. A través de la megafonía sonaba *Una pandereta suena*. Ariel tamborileó con los dedos el manillar del carrito y canturreó la primera estrofa. Lo había llenado hasta arriba de *snacks* dulces y salados, fruta, algo de verdura, y los ingredientes necesarios para poder hacer sus famosas pizzas artesanales. Era el momento de ir a por lo importante. Frenó en el pasillo de las bebidas. Un anciano agarraba con desdén varias botellas de sidra, mientras su mujer le exigía que cogiese alguna más «por si acaso».

Ariel se paseó por allí, observando las botellas de alcohol.

No tenía planeado invitar a nadie a casa... pero nunca se sabía, y era muy indecisa. Agarró un paquete de San Miguel, una botella de syrah, una de amaretto y cuatro de sidra con sabor a frambuesa. Se sintió una alcohólica, así que decidió dejar tres de las botellas de sidra.

—*Hello, beautiful lady.*

La voz de Alba la sorprendió, y se dio la vuelta al instante.

—¡Hola! —la saludó sonriente.

—Estás a tope, ¿eh? —le dijo mirando el carrito. Ariel algo avergonzada lo tapó como pudo con su cuerpo.

—Estos días... ya sabes...

—Tranqui, nosotras hemos venido a lo mismo.

Se percató de que todas sus amigas estaban detrás, junto a un carrito cuyo contenido se basaba en botellas de Pepsi, cartones de vino y bebidas de colores chillones. La saludaron, y cuchichearon divertidas.

—Madre mía...

—Es para la fiesta de Nochevieja. —Rio—. ¿Al final vas a venir?

—Bueno... no lo sé. Me da algo de vergüenza.

Alba torció el gesto cómicamente.

—No me seas así... Pensé que tenías ganas de estar conmigo.

Ariel se ruborizó. No esperaba que fuese tan directa.

—Y las tengo... pero soy bastante tímida. ¡Ya me conoces, Alba!

—Yo también lo soy, pero contigo eso no me importa.

Ambas se miraron a los ojos. No necesitaban verse los labios para saber que estaban sonriendo. Alguien gritó entonces el nombre de Alba.

—Tengo que irme. Hablamos estos días, ¿vale?

—Vale...

Alba se despidió, y Ariel la observó perderse entre la multitud. Sin darse cuenta, la sonrisa seguía dibujada en su rostro.

***

23.54 p.m.

Se acurrucó en la fría losa. Sintió cómo el vello de la piel se erizaba. Todo se había trastocado por completo, y ahora debía tener mucho cuidado a la hora de actuar.

¿Cómo podían saber quién era? Nada tenía sentido. Si habían investigado a Jacinta y tiraban del hilo podrían descubrirlo todo.

Pensó en la furgoneta. Tenía que deshacerse de ella. Era de las pocas cosas útiles que aún quedaban de Jacinta, pero era arriesgado. El vehículo era viejo y

pesado, y no daba mucho más de sí. Pensó en quemarlo. No era una mala opción, pero aún tenía que resolver muchas más cosas.

Se levantó de un salto, y se dirigió hacia la alacena. La madera a punto de pudrirse no albergaba ya alimento alguno. Recordó la textura seca de su último corazón, y su estómago se revolvió.

En la última balda, una caja de madera permanecía cerrada. Su tamaño era considerable. La cogió con delicadeza.

Esa noche resolvería ambos problemas.

***

00.23 p.m.

Ariel dormitaba en el sofá. Se había zampado unos nachos, y disfrutaba de una cerveza mientras veía en la televisión *Willy Wonka y la fábrica de chocolate* enfundada en su navideño pijama, en cuya camiseta un pug con un gorro de Santa Claus ladraba un «*Merry Xmas*!».

Los ojos se le cerraban poco a poco. Estaba cansada. Dio un trago de la San Miguel. Estaba ya caliente. Sacudió la cabeza con desagrado, y la apoyó encima de la mesa. Gene Wilder la sonreía desde la pantalla. Tanteó con la mano en busca de la bolsa de gominolas, que no encontró, sin apartar la vista de la película.

El barco de Wonka se adentraba en el túnel tras la cascada de chocolate. Una sucesión de estridentes colores, acompañados de una música chillona, se reflejaron en el rostro de Ariel, hipnotizándola poco a poco.

De pronto, sus ojos se cerraron. Estaba dormida.

—¿Quién eres?

La voz sonaba lejana. Amarga. No veía nada.

—¿Cómo que quién soy? Ariel —respondió algo confusa.

Sentía sus manos moverse. El frío viento se colaba entre sus dedos.

—No. ¿Quién eres?

Sintió la voz más cerca.

—Soy Ariel —volvió a responder, poniendo énfasis en su nombre.

Durante un momento, todo fue silencio.

—No. —Escuchó el susurro junto a su oído.

Sus ojos se abrieron de pronto. Frente a ellos, una maraña de delgadas ramas se entrelazaba abrazándose, tapando la luna llena, que brillaba en el

negro cielo.

Estaba tumbada en el suelo, rodeada por una neblina grisácea. Todo era hojarasca seca, y puntiagudas hierbas que se clavaban en las palmas de sus manos. Reconoció un oscuro bosque. Una extraña música sonaba y se perdía en el ambiente. Era una flauta de madera, acompañada de una especie de pandereta y un tambor.

Se levantó. Una enorme hoguera se alzaba en el centro de la explanada. Su altas llamas tocaban la copa de los árboles, e iluminaban un lago tras ella. A su alrededor, un grupo de mujeres bailaban desnudas, realizando extraños gestos con los brazos, alzándolos en el aire, y volviendo al suelo, desde el cual lanzaban tierra.

El movimiento de sus cuerpos era hipnótico. Algunas de las mujeres eran jóvenes, con la piel tersa y suave, y otras eran ya ancianas, con cuerpos más demacrados. Todas tenían largas melenas que rozaban casi sus talones. Entonaban un canto en un idioma desconocido. Sus voces al unísono sonaban desagradables, chillonas, pero extrañamente atrayentes.

Ariel se asustó, y se escondió tras uno de los árboles.

Una chirimía se unió a la melodía procedente de instrumentos invisibles. El rojo del fuego comenzó a tornarse púrpura, y poco a poco se convirtió en negro. Las mujeres comenzaron a arrojar tierra al interior de la hoguera. Esta, lejos de caer al suelo, flotaba en el aire, dejando entrever una extraña figura. Cuánta más tierra echaban, más nítida se volvía la forma. Su cabeza era alargada, y de ella sobresalían dos enormes cuernos que se enroscaban formando puntiagudas caracolas.

Ariel caminó hacia atrás, atemorizada. Dos manos acariciaron su cuello.

—No temas. —Era una voz dulce.

Miró, y encontró un virginal rostro rubio, precioso. No fue capaz de decir nada. La mujer sonrió, y comenzó a caminar. Ariel la siguió sin poder resistirse. El corro de mujeres se abrió a su paso. Todas la sonreían. La chica rubia se hizo a un lado, y entonces pudo ver con claridad aquello que había surgido de las llamas, ahora ya extintas: sobre dos pezuñas negras se levantaban unas fuertes y peludas piernas de animal, que desembocaban en un musculoso torso humano, en el que ya no había tanto pelo. De la espalda brotaban dos enormes alas con plumaje negro. Observó los gruesos brazos. Tatuadas a fuego en ellos, dos palabras: «*Solve et Coagula*».

Intentó disimular su temor cuando alzó la vista para ver el rostro. Una barba negra precedía la cabeza de un macho cabrío. Sus dientes eran afilados y amarillentos, y sus ojos rojos parecían estar inyectados en sangre. En su frente se dibujaba un pentagrama invertido.

Ariel intentó huir, pero un montón de manos la agarraron, y comenzaron a despojarla de su ropa mientras ella gritaba e intentaba resistirse inútilmente.

Pronto estaba desnuda frente a la peluda criatura. Las manos la empujaron al suelo. Ariel observó las caras sonrientes de las mujeres. Dos rollizas ancianas se tumbaron junto a ella, y comenzaron a acariciar sus senos con sus ásperas manos.

Ariel comenzó a llorar.

La chica rubia besaba su cuello, y susurraba en su oído:

—Tranquila. Estás preparada.

Otras dos mujeres agarraron sus tobillos, forzándola a abrir sus piernas. El macho cabrío comenzó entonces a acercarse. Medía más de tres metros. Ariel intentaba patalear mientras observaba cómo aquel horrible ser se tumbaba sobre ella.

—La sangre —dijo con una voz grave, casi ininteligible—. La sangre es dónde yace todo.

—¡¿Qué?! —preguntó ella aterrada, mientras de sus ojos se deslizaban ya unas pesadas lágrimas.

—Tu sangre, Ariel.

—¿Quién eres? —preguntó la chica rubia.

Ariel enmudeció, y sintió cómo el negro pelo del animal acariciaba su vientre. Gritó.

Abrió los ojos asustada. Estaba empapada en sudor. Su corazón latía tan rápido que parecía que iba a salirse de su pecho. Estaba aterrorizada.

Miró a su alrededor. No había nadie en el salón, teñido de azul por la luz que emanaba del televisor, en el cual un presentador canoso desgranaba las cualidades de un reloj de oro macizo. Miró la hora en el móvil. Eran las cuatro de la mañana.

Se levantó del sofá y dio la luz. ¿Qué coño acababa de soñar?

Abrió el armario, y extrajo un paquete de café. Volcó los granos molidos en la cafetera. Las manos le temblaban, y gran parte del café cayó a la encimera.

El sudor empapaba su ropa haciéndola sentir frío. Sabía que ya no iba a dormir esa noche.

Observó la cafetera, esperando el sonido del agua hirviendo. La horrible sensación no desaparecía.

30 de diciembre - 11.24 a.m.

El móvil llevaba vibrando ya un buen rato. Le costó abrir los ojos, pero lo hizo. Al final se había quedado dormida viendo un concierto de música clásica.

Notaba su boca seca. La taza aún tenía café, frío ya. Le apetecía agua.

Cogió el móvil. Tres llamadas perdidas de Verónica. Comenzó a vibrar de nuevo. Descolgó.

—¿Sí? —dijo mientras se frotaba la cara.

—Ariel, ¿te has dormido? Estoy aquí abajo.

—*Shit*... ya abro.

Se acercó a la puerta y apretó el botón del timbre. Sonó un zumbido eléctrico.

Le dolía la cabeza. Era incapaz de olvidar la imagen de aquellas mujeres bailando... de ese monstruo... de sus palabras.

Un golpeteó la devolvió al presente. Abrió la puerta. Tras ella apareció Verónica, enfundada en un entallado abrigo verde esmeralda sobre el cual destacaba su pelo, cubierto en parte por una boina de lana.

—¡Qué frío! —exclamó—. ¿Qué hacías? —preguntó mientras entraba.

—Perdona... he tenido una noche mala...

—Ya veo, ya... —dijo observando los restos de comida y las latas de cerveza —. No sé cómo lo haces para tener ese cuerpazo comiendo así.

—¡Ni que comiese así todos los días! —protestó—. Me doy una ducha y vamos.

—Pero date prisa. Tenemos la cita a las doce.

Ariel se encerró en el cuarto de baño mientras Verónica se acomodaba en el sofá. Accionó el grifo de la ducha, y dejó que el agua empapase su cabello y su rostro. En su mente aún resonaban esas palabras: «¿Quién eres?».

Cerró los ojos y escuchó un chillido. Cuando los abrió, estaba cubierta en sangre. El agua se había transformado en un espeso líquido rojo que manchaba las baldosas blancas de la pared y el cristal. Notaba el sabor a hierro en la boca. Unos brazos la agarraron sacudiendo sus hombros. La chica rubia la miraba. Su cabello se le pegaba a la ensangrentada cara, deformada ahora. Su boca estaba desencajada, y caía hasta su pecho, dejando a la vista un negro

agujero con cientos de pequeños dientes afilados. Los ojos eran negros y grandes. Ariel intentó gritar, pero no pudo.

—Tu sangre, Ariel —dijo la mujer calma.

Ariel cerró los ojos. Al abrirlos, se encontró sola en el habitáculo. El agua era cristalina. Se tocó el cuerpo nerviosa en busca de sangre. No había nada.

Un golpe en la puerta hizo que se sobresaltase.

—¡Qué no llegamos!

Agarró una toalla y salió de la ducha.

***

13.18 p.m.

Verónica observaba mientras se volvía a poner la camiseta. Su costado lucía ya dos flores de color rojo rodeadas de espinas. Ariel se tumbó en la camilla del local. La tatuadora agarró su muñeca izquierda.

—Vamos poco a poco, que es tu primera vez —dijo sonriendo—. Primero voy a hacerte una línea fina, para que te familiarices con la sensación, y después seguimos.

Ariel asintió. Poco a poco la aguja comenzó a penetrar en su piel, dejando un rastro de fina tinta tras de sí. La mano de la tatuadora se movía con arte, y pronto los inconexos trazados comenzaron a dar forma al dibujo que le había llevado. Una pareja se besaba encerrada en el interior de un reloj de arena, del cual poco a poco caían unos finos granos que se transformaban en las líneas de una máquina de la verdad. Bajo ellos, unas letras daban sentido al conjunto: «*Denbora da poligrafo bakarra*.».

Sonrió.

***

17.34 p.m.

El sol se resistía a esconderse todavía.

Conducía envuelta en su sudadera negra. La capucha tapaba casi por completo su rostro. En el asiento del copiloto yacía su mochila. Había decidido guardar la máscara en el interior por si las cosas se torcían. No debería ser así.

En el suelo, la caja rebotaba cada vez que las ruedas del viejo vehículo pasaban por encima de un bache. La había envuelto en papel de periódico que ella misma había pintado de rojo. El conjunto estaba coronado por un lazo fabricado en el mismo material. Parecía un regalo de verdad.

Primero dejaría la caja en la comisaría, y después se desharía de la furgoneta. Los planes se habían precipitado, pero necesitaba actuar.

Los rayos de sol chocaban en sus manos, envueltas en sendos guantes de lana negra. Notaba el ardor sobre la piel.

Se detuvo en un semáforo. Dos ancianos cruzaban despreocupados, sin importarles lo más mínimo el atasco que estaban formando. No podía permitirse llamar la atención, pero en su mente sólo pensaba en atropellarlos. La furgoneta ya era demasiado vistosa de por sí debido a su vejez como para encima armar ese escándalo.

Parecía llevar parada una eternidad cuando por fin los dos hombres llegaron al otro extremo de la calle. Aceleró. Todo estaba lleno de coches. Era la víspera de Año Nuevo... aunque a ella no le importaba.

Solamente cuando llegó a la comisaría se dio cuenta de lo absurdo del plan. Su última visita al edificio había sido planeada al detalle, sin ningún margen de error. Miró los seis coches de policía que estaban aparcados delante, con sus respectivos catorce agentes charlando vivazmente a la puerta. Había aminorado el paso mientras pensaba qué hacer. Podía abrir la ventanilla y lanzar el paquete, pero se arriesgaba a iniciar una persecución que no podía ganar.

Pisó el acelerador, y un humo negro invadió la cabina. Condujo por la calle mientras su cerebro trabajaba a toda máquina. Nunca se había atrevido a salir de día con el coche... Se sentía segura en la oscuridad de la noche, donde el mundo de los humanos desaparecía, y tan sólo algún insensato se atrevía a amenazar el reino de las sombras.

La calle se estrechaba poco a poco. De pronto, su ojo izquierdo captó algo que llamó su atención: en la plaza de la Libertad tres hombres ataviados con rocambolescos trajes dorados saludaban desde un escenario a una multitud de niños que gritaban enloquecidos. A la izquierda del escenario, un gigantesco saco albergaba en su interior cientos de paquetes envueltos en papel de regaló.

Frenó en seco, y aparcó la furgoneta en doble fila. Una mujer maldijo desde el coche de atrás. Vanya bajó del vehículo y la miró a los ojos. La mujer enmudeció al ver aquel rostro.

Abrió la puerta del copiloto, y agarró temblorosa el paquete. Caminó abrazada a él, abriéndose paso entre la multitud. Nadie le prestó atención. Todas las miradas estaban pendientes de los imitadores de los magos de oriente. Esquivó a unas orondas ancianas, y sintió cómo sus llagas se dolían al apretarse contra ellas. Estaba nerviosa, y sólo tenía una oportunidad.

Bajó los brazos para coger impulso, y lanzó el paquete, que cayó en el interior del saco. Sonrió, pasando la lengua por sus marrones y afilados dientes. Corrió a la furgoneta, y arrancó.

Veinte minutos después se perdía en el interior de un frondoso bosque. Frenó. Miró a su alrededor. Durante unos instantes acarició el desgastado cuero que envolvía el rudimentario volante. Varias partes del mismo habían desaparecido, dejando paso a una aureola metálica. Se quitó los guantes. Sus heridas manos buscaron en el tacto del metal las huellas de la que había sido su madre. Había pasado una eternidad, pero pensaba en ella a diario. Sentía que esa oxidada furgoneta era de las pocas cosas que ataban a Jacinta al mundo terrenal... pero sabía que, por mucho que le doliese, no podía quedársela después del episodio de la casa.

Quitó el freno de mano y dejó el coche en punto muerto. La gravedad hizo su trabajo. Abrió la puerta mientras la furgoneta se deslizaba por la ladera. Cayó a la helada hierva, y observó cómo el vehículo rodaba. Patinó sobre la fina capa de hielo de la laguna, que pronto se resquebrajó. La boca negra engulló el coche, y sintió como una lágrima se deslizaba por su rostro.

***

17.44 p.m.

—¡No puedo creerme que haya dejado que me convenzas! —Verónica se quejaba de forma infantil mientras caminaban entre el barro del cementerio. Las deportivas de Ariel se hundían en el fango que habían provocado las nevadas y las heladas de los días anteriores.

Si de normal el camino era ya deprimente, el suelo encharcado y los reflejos de las huesudas ramas de los árboles sobre el agua marrón aportaban el toque lúgubre que le faltaba a aquel lugar.

—No lo entiendo Ariel, de verdad. ¿Es necesario esto?

—Te he dicho que podías esperar en el coche.

—Es que no entiendo qué pretendes encontrar.

No respondió. Ella lo sabía muy bien. Había saludado en la entrada al vigilante, que ya conocía de sobra sus rostros, y no necesitaron comentarle a dónde iban. Este se había limitado a decirles: «Ya conocéis el camino».

Los últimos esbozos de maleza dejaban paso al oscuro panteón. La construcción era aún más impactante con el contraluz del rojo atardecer. La fina torre puntiaguda trepaba por el aire hasta atravesar el cielo, señalando el sol, que ya se escondía tras las montañas.

—¡Ariel! ¿Hola? ¡Estoy aquí!

Verónica gesticulaba exageradamente. En sus gafas de sol se reflejaba el edificio. Se las quitó, pues ya hacía rato que habían dejado de ser necesarias. Ariel caminaba hacia la puerta, casi ensimismada. Se dio la vuelta al escuchar a su compañera.

—Pero ¿por qué estás tan nerviosa?

—Porque no te entiendo. Estamos apartadas del caso, tanto tú como yo, y después de lo que pasó, creo que es lo mejor.

Su cabello lucía aún más rojo gracias a aquella luz.

—¿Me estás diciendo que después de llegar hasta aquí, nos vayamos como si nada?, ¿es eso?

—No, Ariel. Te estoy diciendo que dejemos trabajar a Amaro.

Ariel expulsó aire por la boca, emitiendo un extraño silbido.

—Verónica... te lo pido por favor. Sólo quiero comprobar algo.

—¡¿El qué?!

Ariel se acercó a ella. Notó que su respiración era agitada, y le acarició la cara para calmarla. Su piel era tan suave como la seda. Los ojos verdes, escondidos bajo sus características cejas, mostraban miedo. Sintió cómo la evitaba con la mirada, como si le diese vergüenza establecer contacto visual desde tan cerca.

—Vero. No pasa nada. No hay nadie aquí.

—Cómo puedes no tener miedo... después de ver... después de lo que vimos... —Miró al suelo mientras hablaba, en un hilo de voz.

—No quiero que malinterpretes lo que voy a decir... pero... siento fascinación, Verónica.

Por fin alzó la vista. Su frente se arqueó, haciendo que sus cejas adquiriesen una postura cercana a la sorpresa.

—No entiendo. ¿Fascinación?

—Sí. Quiero decir... ya sé que suena horrible, pero siento que esta historia... Dios, ¡no sé expresarme! —Acompañó la exclamación de un gesto de exasperación con los brazos—. Estamos hablando de siglos de crímenes... de una familia que podría haber sido parte de un relato de Lovecraft... del último eslabón... Una mujer de más de noventa años con una agilidad que no he visto jamás... joder... —Se pasó las manos por la cara—. Claro que tengo miedo... joder estoy acojonada... y necesito que acabe esta pesadilla ya. Necesito pararlo. Lo prometí.

—¿A quién?

—A la hermana de Doina. Puede parecerte una tontería... pero yo soy así. Han muerto un montón de chicas inocentes... con toda la vida por delante, joder...

Verónica la abrazó. Ariel estaba al borde del llanto, pero consiguió reprimir sus lágrimas.

—Estamos tan cerca...

Se separaron, y ambas se miraron.

—¿Qué crees que hay dentro del panteón?

—Doina siguió a Vanya hasta el interior, y según su hermana, apareció en un edificio del centro. Creo que ese edificio podría ser la casa de la familia.

—Pero eso está a muchos kilómetros de aquí.

—Lo sé, pero cuando estuvimos en aquel edificio, después de que te desmayases, perseguí a Vanya hasta una especie de sótano, donde estaba la caldera. Allí perdí su rastro. Se desvaneció ante mis ojos.

—No lo entiendo... Es imposible, Ariel.

—No lo es. Puede que haya una especie de túnel que conecte ambos lugares... y quién sabe si alguno más.

—¿Cómo cuáles?

—La iglesia de Santa Águeda, por ejemplo. Eso explicaría cómo pudo entrar dentro. Podría haberse estado moviendo todo este tiempo sin que nosotras nos diésemos cuenta... sin ser vista... casi como una rata.

—Joder...

Ariel asintió y se acercó a la puerta. Acarició el frío hierro, y la empujó. Lógicamente estaba cerrada.

—No esperarías que estuviese abierta, ¿no? —preguntó sarcástica Verónica, que ya se había situado a su lado—. Aparta.

De un codazo rompió el opaco cristal que se situaba tras el estrecho hueco dejado por los barrotes. Los trozos de vidrio sonaron al estrellarse contra el suelo, dejando en el aire una curiosa nube destellante. Se sacudió los que habían quedado sobre la lana de su abrigo, e introdujo la mano en el interior, buscando la cerradura. No la encontró.

—Bueno, lo he intentado —dijo Verónica. Ariel la miró algo abatida.

—No quiero pedirle las llaves al de seguridad... Si llama para dar parte estamos jodidas.

—Lo estamos igual, mira la que he preparado. —Rio Verónica—. Tienes muchas ganas de entrar ahí, ¿no?

Ariel asintió. Verónica hizo un gesto con la mano, y tanteó el terreno en busca de algo. Unos minutos después había agarrado una piedra blanca.

—¿Qué haces? —preguntó Ariel asustada.

—Ya da igual todo.

Corrió hacia la puerta, y estrelló la piedra contra el pomo. Cinco brutales golpes después la pieza cedía, y los goznes chillaban anunciando que ya podían pasar. Verónica se sacudió el polvo y se miró preocupada las uñas.

—Están intactas, menos mal. Me ha costado una pasta la semipermanente.

Ariel rio, y se colocó frente a la entrada. Un hedor a humedad se hizo presente en sus fosas nasales. Respiró, y empujó la puerta.

***

17.45 p.m.

—¡Si te has portado bien no tienes que preocuparte!

La peluca le daba mucho calor. Santi había aceptado el trabajo porque necesitaba el dinero para comprar los regalos de Navidad de sus hijos. Llevaba casi un año en el paro. Era cruelmente sarcástico que interpretase a un Rey Mago. La niña rubia que estaba sentada en su regazo aceptó los caramelos que le ofrecía y volvió corriendo con sus padres.

—¡Ho, ho, ho!

—Eso es Papá Noel, imbécil —le espetó Melchor.

—Perdona... gilipollas —dijo esto último murmurando.

Reconoció a su mujer en la fila. Esta le saludó. El siguiente era su hijo pequeño, Manu. Corrió hacia él. Por suerte estaba irreconocible. Clavó sus enormes ojos en su padre, que le aupó.

—¡Baltasar!, ¿eres tú de verdad?

—Claro Manu, ¿quién voy a ser si no?

—¿Y cómo sabes mi nombre? —preguntó el crío dubitativo. Era muy listo.

—Porque yo lo sé todo, y lo veo todo. ¿Qué quieres de regalo, hijo?

«Ups», pensó. Por suerte la palabra pasó desapercibida.

—La Play 5 y el FIFA.

«No me jodas», volvió a pensar Santi.

—Bueno, bueno, ya veremos eh... de momento vamos a ver qué tenemos por aquí...

Hizo un gesto, y una chica vestida de paje sacó del enorme saco un paquete rojo, y se lo pasó a otro paje que estaba a su lado. El paquete rondó por varias manos hasta que llegó a las de Santi.

—¡Mira que envoltorio más curioso!

El paquete estaba envuelto con papel de periódico que había sido pintado de rojo. Los guantes que llevaba eran de una tela sintética barata, y sus manos estaban tiesas del frío. Era extraño cómo sudaba por culpa de la peluca, pero a la vez se estaba helando.

El paquete se le cayó, y una cola de niños se abalanzó sobre él.

—¡Eh, que no es para vosotros!

Pero un niño gordo ya había comenzado a rasgar el envoltorio.

—Hay que joderse... qué malcriados.

El interior del panteón era impresionante. Desde fuera nadie podía adivinar que ese pequeño edificio albergaba en su interior un espacio tan enorme. La cúpula que se alzaba en lo alto dibujaba una escena que podría ser obra del mismo Miguel Ángel. Un ángel con las alas negras sometía a unas mujeres que estaban arrodilladas ante él. Sus facciones estaban desfiguradas, y sus ojos inyectados en sangre. De su mano colgaba un ramillete de cabezas humanas. Unas pechinas con detalles florales sujetaban la cúpula. A través de las vidrieras entraban los últimos rayos de luz del día, que teñían las paredes de rojo, haciendo parecer que todo el conjunto estaba manchado de sangre. En el centro del marmolado suelo se situaba un sepulcro de piedra blanca.

Ariel se acercó. Sus pasos resonaron por toda la sala.

La piedra estaba algo desgastada, pero reconoció al instante aquella figura: Juan de Jonás Armilar observaba el techo desde su lecho, con los ojos abiertos y una macabra sonrisa en el rostro. El blanco del mármol dotaba a su piel de unas características más tenebrosas todavía. La escultura estaba vestida como

si de un rey se tratase, con capa, corona, y una espada entre los brazos. A sus pies, pintado en madera, el blasón de la familia: unos lambrequines adornaban la escena, en la cual una especie de serpiente rodeaba a una mujer, apretando su cuerpo. El rostro de la dama mostraba resignación. La serpiente no tenía cara, simplemente poseía una boca circular, parecida a una ventosa, repleta de dientes en forma de cuerno. La visión era horrible.

—Mira.

Se giró al escuchar a Verónica. Esta señalaba a una pared, en la cual se situaba una abertura que les había pasado desapercibida. La atravesaron.

—Joder, no se ve nada.

Su compañera sacó su móvil, e iluminó con la linterna. Ariel hizo lo mismo con la que guardaba en el bolso. La luz resaltó la atmósfera polvorienta del pasillo. Las motas bailaban bajo el haz. En las paredes sendas velas esperaban a ser encendidas.

El recorrido se estaba haciendo interminable. Descendieron por unas musgosas y resbaladizas escaleras varios metros, y por fin llegaron a una sala mucho más grande que la anterior. La luz apenas alcanzaba el fondo de la misma. El olor a humedad era insoportable.

Verónica se acercó a uno de los candelabros que colgaban de la pared, y le dio fuego con el mechero. La mecha estaba húmeda, y le llevó varios intentos encenderse. Repitió el proceso con varias velas. Al rato, la sala estaba algo más iluminada. En el centro de la misma, se alzaba una enorme escultura de la serpiente del escudo. Su cuerpo parecía fabricado en una especie de cemento grisáceo, desgastado ya por la humedad, y que se había tornado oscuro y musgoso. Medía al menos seis metros, y casi alcanzaba el techo. La boca en forma de ventosa parecía gritar, dejando a la vista aquella horrible dentadura circular tan afilada. No tenía ojos. La humedad atravesaba los poros de la piedra, y dotaba de vida a aquel horrible monstruo, cuyo cuerpo se desplegaba a lo largo de toda la sala.

—Una lamprea —comentó Verónica.

—Muy adecuada...

Las paredes estaban repletas de cuadros que mostraban a varios de los miembros de la familia. Bajo ellos, sepulcros que albergaban los restos. La sala tenía más de ocho metros de largo.

Ariel sentía una presión en el pecho. No le gustaba aquel lugar.

Los sepulcros estaban colocados en orden cronológico. No le interesaban los primeros... quería llegar al final. Caminó bajo las paredes negras. Del techo caían gotas de agua. Era como estar dentro de una de las bodegas de Aranda...

Observó los cuadros. Eran hiperrealistas, parecían fotografías. En ellos se mostraba a cada uno de los Armilar en poses heroicas, casi ridículas.

En un momento dado los cuadros se convirtieron en fotos de verdad. Se estaba acercando al final. Ya no había sepulcros, sólo losas. Pero entonces lo vio. Casi como una aparición, un último sepulcro se alzaba en el último tramo del lugar. El trabajo escultórico era impresionante. Una mujer yacía tumbada. Su cara era suave, bella... triste. Los ojos cerrados daban paso a una respingona nariz bajo la cual unos finos labios esbozaban una leve sonrisa. Su larga melena llegaba hasta sus pies, cubriendo parte de sus ropajes. La tela estaba tan lograda que casi parecía real. A su lado, y dándole la mano, un hombre. Sus facciones eran andróginas, y su melena también era larga. Ariel los reconoció: eran Jacobo y Dasha.

Acarició la piedra. Fría y suave.

En la pared se situaban varias pinturas. Se acercó a verlas. Eran retratos. En uno de ellos Dasha y Jacobo se besaban. En otro se observaba un precioso paisaje montañoso con un castillo en medio, bajo el cual se podía leer «Visegrád», y en otro, un pequeño bebé sonreía. Miró la firma. «J. G. R». Jacinta García Romero. Los habría pintado ella, por encargo de Dasha. Todo iba adquiriendo sentido poco a poco.

Buscó a Verónica con la mirada. Esta seguía mirando la estatua de la lamprea. A su lado era diminuta.

—Ariel... vámonos. No me gusta este sitio. —Sonó casi como una súplica.

Quiso contestarla, pero de pronto, escuchó un agudo sonido. Se quedó quieta. Intentó agudizar su oído. Verónica fue a hablar, pero la mandó callar con la mano. Ahí estaba otra vez. Se agachó. Se sentía incómoda a los pies del sepulcro de Dasha y Jacobo. Parecía que el sonido venía de cerca.

Apoyó la palma de sus manos el suelo. Estaba húmedo y sucio, y sintió cómo se adherían en ellas la tierra y el musgo. Apuntó con la linterna en la oscuridad, y entonces unos pequeños ojos rojos se clavaron en ella. Una rata echó a correr dando gritos. Trepó por el sepulcro, y desapareció en su interior. Ariel observó pensativa.

—Ayúdame.

Verónica se acercó dubitativa, frotando sus brazos.

—¿Qué pasa?

—Tengo un presentimiento.

Ariel se colocó tras el sepulcro, y agarró la tapa con fuerza.

—¿Qué coño haces?

—Ayúdame a empujar.

—No. ¿Vas a abrir eso? No, Ariel, ni de puta coña.

—Por favor... creo que no hay nada. Los cuerpos de Dasha y Jacobo nunca se encontraron... sólo aparecieron sus cabezas.

—Joder, *sólo*. Cómo estén ahí dentro te mato, Ariel. Y lo digo enserio.

Verónica se apoyó en la losa, y ambas comenzaron a empujar. Les costó menos esfuerzo del que creían, y no calcularon bien. La losa se deslizó, cayendo al suelo. La escultura de Dasha y Jacobo se partió en varios pedazos, dejando una nube de espeso polvo en el ambiente.

—Joder...

La nube se fue aclarando poco a poco.

—Mira.

Efectivamente, el interior del sepulcro estaba vacío. Ariel apuntó con la linterna. En el negro hueco se adivinaban unas bastas escaleras de piedra, a través de las cuales corrían varias ratas en busca de la oscuridad.

Ariel puso un pie en el interior.

—¿Vas a bajar? —preguntó asustada Verónica.

—Sí.

—No, esto sí que no. No tienes ni idea de lo que hay ahí, joder. Vamos a llamar a Amaro.

—Verónica... ve al coche. Sin en una hora no sabes nada de mí, le llamas.

—Ariel...

—Tengo que hacerlo.

No hubo más discusión. Se adentró en la penumbra de aquel descenso. La voz de su compañera pronto fue tan solo un eco.

El niño gordo jalaba el paquete, y rasgaba con desesperación el papel que lo envolvía. Santiago observaba atónito la escena, con su propio hijo entre sus brazos.

—Pero vamos a ver, ¿no tiene padres este crío o qué? Un poquito de educación, por Dios. ¡Carbón te voy a dejar el día 6, macarra!

El niño hacía caso omiso. En su rostro se reflejaba la obsesión. Sus rollizas mejillas envolvían una boca babeante manchada de chocolate.

A través de la megafonía un insufrible coro infantil cantaba *Arre borriquito*. El griterío de los niños se mezclaba con la música.

El gordo ahora se peleaba con otros dos para ver quién se quedaba el paquete.

—¡Hay regalos para todos, niños! —gritó Baltasar.

—Hay que joderse. Esto no vale cuarenta euros.

El gordo, como si de un *quarterback* se tratase, se abrió paso con el paquete apretado bajo su sobaco, y se tiró al suelo. Por fin metió su grasienta mano en el interior. La música era insoportable. Acarició algo suave. Sonrió de forma bobalicona e introdujo desesperadamente su otra mano para sacar del interior su regalo. Tiró, y de pronto todo el mundo enmudeció. El niño sujetaba entre sus manos una desfigurada cabeza humana. Una histérica mujer gritó, y todo el mundo comenzó a correr. El niño gordo empezó a llorar y dejó caer la cabeza, que rodó por el suelo hasta quedarse mirando a los ojos al hijo de Santi. Este se los tapó como pudo.

—¡Que alguien llame a la policía, joder!

Arre borriquito, vamos a Belén.

¡Que mañana es fiesta y al otro también!

—¡Y quitad esa puta música, hostias!

La profunda oscuridad la había engullido. No sabía cuántos metros había descendido ya. Hacía rato que el paisaje era el mismo: un túnel de piedra y unas sucias y peligrosas escaleras. Ya ni siquiera había telarañas.

La humedad atravesaba su ropa, empapando su cuerpo. Tenía frío. Las mohosas paredes supuraban un agua negruzca. Escuchaba ecos, sonidos extraños, gotas de agua. No identificaba nada.

Sus manos se aferraban a la pared. Las mangas de su abrigo estaban ya sucias. No le importaba.

Iluminó las escaleras con la linterna. Una rata corrió entre sus pies. Se apartó para dejarla pasar, y resbaló, cayendo estrepitosamente durante varios metros.

Intentó protegerse la boca. Se golpeó el codo y la espalda, y sintió cómo impactaba contra un frío y acuoso suelo. Notó un hormigueó bajo su cara. La linterna había quedado a su lado. Se incorporó e iluminó el suelo, para horrorizarse al descubrir que había ido a caer sobre una hilera de largas lombrices. Ariel gritó. Varias de ellas se habían pegado a su rostro y a su ropa. Se las sacudió frenéticamente. Sintió un asco tremendo.

Un vomitivo hedor se hacía cada vez más presente en el ambiente. Miró a los lados, y observó cómo se encontraba en un extraño túnel construido en piedra. Divisó que ese pasillo bifurcaba en dos direcciones. Escuchó algo parecido a una cascada, y decidió seguir ese sonido. Tomó la salida de la izquierda.

El pasillo se estrechaba poco a poco, y pronto se topó con una pared. El sonido procedía de detrás de la misma. Pegó la cara. El hedor se acentuaba. Palpó la pared, y descubrió un saliente en la piedra. Lo empujó, y notó cómo una de las losas cedía. La piedra cayó al otro lado, dejando un hueco por el que apenas cabía. Lo intentó y lo consiguió.

Al otro lado de la pared se encontraba un angosto pasillo lleno de tubos y con el suelo repleto de agua. Comprendió que era parte de la red de alcantarillado. Sacó el móvil para avisar a Verónica, y, tal y como sospechaba, vio que no tenía cobertura. Ya le daba igual todo, así que puso un pie en el suelo, y sintió cómo la sucia agua atravesaba sus Adidas y empapaba sus calcetines.

Caminó durante varios metros esquivando los restos de heces y de animales muertos que flotaban en el oscuro líquido, y tapándose la boca y la nariz con las mangas del abrigo. Poco a poco se acostumbró al olor. Se encontró con otra bifurcación, y eligió un pasillo más ancho que tenía orillas.

Por fin salió del agua. Sus calcetines eran repulsivamente marrones. Ariel estaba asqueada, pero no pensaba volver atrás. Siguió caminando, durante al menos, media hora. Todo eran pasillos. Unos más estrechos, otros más cortos, y algunos sin salida. Empezó a agobiarse. Llegado un punto, no sabía dónde estaba, ni como retroceder.

Intentó pensar. Se apoyó en la pared, y descendió lentamente hasta el suelo. Respiró por la nariz, y expulsó el aire por la boca, mientras intentaba en vano relajarse canturreando una canción.

De pronto, sintió como algo correteaba por su mano. La miró. Un escarabajo se abría paso sobre ella, seguido de otros tantos. Apuntó con la linterna. La hilera de insectos era enorme. Se sacudió al escarabajo de la mano, y decidió seguirla. Alguna vez había escuchado que los escarabajos sentían fascinación por la luz. Seguramente era mentira, pero su instinto la invitaba a seguirlos.

La hilera de los negros bichos avanzaba metros y metros, hasta girar a la izquierda, en otro pasillo que olía todavía peor. Observó cómo trepaban por la

pared, y se introducían por uno de los huecos de la misma. Escuchó un crujido bajo sus pies. Estaba pisando varios huesos de animal. Se echó hacia atrás.

Iluminó con la linterna el final del pasillo, o al menos lo que ella sospechaba que era el final, pues este parecía no tener fondo, y descubrió una pila de huesos de roedor flotando en el agua. Había cadáveres recientes. Algunos de ellos tenían mordiscos. Sintió pánico, y miró desesperadamente a su alrededor. No había nadie allí. El sonido del agua la estaba mareando.

Palpó la pared a la altura en la cual las cucarachas desaparecían. De nuevo, otra piedra sobresalía. Intentó tirar de ella, y casi se rompió las uñas. La piedra cayó entre sus pies, y no se rompió, pero dejó a la vista un estrecho hueco, por el cual solo cabía tumbada. Ariel era claustrofóbica, y no se había dado cuenta hasta ese momento.

—*Fuck*... *FUCK*! No puede ser... joder, no puede ser...

Le temblaban las manos. Sabía que no tenía otra opción. No sabía dónde estaba. Tampoco sabía a dónde llevaba ese pasadizo. Sintió que iba a morir allí.

Se metió la linterna en la boca, e hizo de tripas corazón. Introdujo su cuerpo como pudo dentro de aquel estrecho hueco, aplastando a varias cucarachas con el vientre. Tuvo que deshacerse del abrigo para poder entrar. Guardó en los bolsillos de sus *jeans* el móvil y la cartera, y lo volvió a intentar. Notó cómo la afilada piedra se clavaba en sus senos, y se dolió. No sabía cómo reptar. Intentó mover las piernas, pero el espacio era demasiado pequeño... Era imposible.

Las cucarachas comenzaron a pasar por encima de sus brazos. No podía sacudírselas. Estaba inmovilizada. Tampoco podía gritar, si se le caía la linterna de la boca estaba perdida. Además, ¿de qué iba a servir? Cerró los ojos, y se acordó de un juguete que tenía cuando era pequeña: un horrible soldado que reptaba ayudado de sus codos, y una manivela, por supuesto. Decidió imitarlo. Apoyó los codos en la piedra, y comenzó a moverse. Le dolían. La camisa se rasgó, y los dejó al desnudo. Sintió cómo la piedra los rajaba como si fuese un cuchillo, pero no le importó, porque había conseguido avanzar algo. Reptó durante metros y metros. El conducto se desviaba, y tenía que elegir entre tres direcciones: izquierda, derecha o de frente.

Las cucarachas caminaban por el pasillo de la izquierda, y ella decidió hacer lo mismo.

Según avanzaba, el polvo y la suciedad se adherían a su rostro, que los almacenaba sobre el sudor, que estaba actuando como una capa de pegamento.

La cara le picaba. La linterna se estaba quedando sin pilas. No sabía qué hacer. Todo era igual. Sentía que estaba atrapada en una tumba de piedra.

Encontró otra bifurcación. Luego otra. Otra. Había avanzado kilómetros. De pronto, notó cómo una ráfaga de aire refrescaba su rostro. Miró hacia los lados. Las cucarachas trepaban por la pared del estrecho conducto, de menos de un metro de alto, y entraban en un agujero del techo. Intentó alcanzarlo con las manos. No pudo. Estaba en punto muerto. No podía moverse ni para delante, ni para atrás.

El agobio la invadió, y paralizó su cuerpo. Comenzó a temblar, y las lágrimas brotaron. Apoyó la cabeza en el suelo, y cerró los ojos. Pensó en su madre, en Zoe... en Alba. Se imaginó abrazándola. Viéndola una vez más. No iba a morir allí. Gritó, y la linterna cayó de su boca. Una sensación de adrenalina recorrió todo su cuerpo. Apoyó los codos, ya magullados, y consiguió avanzar unos centímetros, los justos para poder introducir la cabeza en el agujero. Con la mamola apoyada, hizo fuerza con el cuello, y consiguió sacar una mano. Después la otra. Después las piernas. Estaba fuera. Se tumbó en el suelo y respiró.

Estuvo así unos instantes. Llegó incluso a reírse. De momento había salido de allí. Decidió recuperar la linterna. Volvió a introducir la mano en el agujero, y la asió con fuerza. Se levantó. Nunca había valorado tanto el poder estar de pie.

Iluminó el lugar. Se trataba de un estrecho pasillo de piedra. Las rocas de la pared eran afiladas. Algunas tenían agujeros debido a la filtración del agua. Recordó aquella lección de Soledad sobre la fuente del paseo de la isla. Todas aquellas piedras parecían tener ojos y boca. Eran similares a cráneos humanos. Estaba rodeada. Se agobió. Ahora sí que se sentía dentro de una de las bodegas de Aranda.

Avanzó unos metros. Pronto encontró el mismo dilema: este también bifurcaba en tres direcciones. Sin saber muy bien por qué, siguió de frente, y comenzó a correr.

Pasaron varios minutos, y seguía avanzando sin rumbo. De nuevo se encontraba perdida. Otra bifurcación. Observó bien las tres opciones. Entró en el pasillo de la izquierda. Caminó algo despistada. De repente, sintió cómo bajo su pie derecho no había suelo. Iluminó, y descubrió una fosa de más de tres metros de profundidad en la cual cientos de puntiagudos hierros anunciaban una muerte segura. Se echó hacia atrás y cayó en el suelo. No

alcanzaba a distinguir bien, pero parecía que entre el amasijo de hierros oxidados había restos óseos. Se estaba quedando sin aire.

Volvió sobre sus pasos, y regresó a la bifurcación. No quería seguir de frente, así que miró a la derecha. Notó cómo el terreno se elevaba levemente. Entró en el pasillo, con los nervios a flor de piel. Efectivamente, la elevación se hacía cada vez más y más presente. Unas desgastadas escaleras la recibieron, y la se abalanzó sobre ellas. Era difícil andar. Sintió el sonido del viento. La roca se estrechaba. Todo era oscuridad.

De pronto, el ascenso culminaba. No había nada allí. Un húmedo techo. Ariel gritó. Golpeó el techo con los puños, y descubrió que no era piedra. La tierra cayó sobre sus ojos. No lo podía creer. Comenzó a escarbar. Sintió cómo el húmedo barro penetraba bajo sus uñas. Tenía frío. Estaba empapada. Daba igual.

La tierra cedió, cayó sobre ella, dejando a la vista un agujero. No sabía si era otra sala. Todo estaba oscuro, pero olía a naturaleza. Dio un salto, y consiguió agarrarse con las manos. Tocó la hierba. Poco a poco su cabeza se deslizó. Estaba fuera. Consiguió sacar el cuerpo, y se tiró sobre la colina. Respiró el aire fresco. Lo hizo como si nunca antes hubiese respirado.

Estaba congelada. La camisa, otrora blanca, se había convertido en un trapo sucio de color marrón que se pegaba a su vientre por culpa de la cantidad de agua que la tela había atrapado.

Su móvil comenzó a vibrar. La cobertura había vuelto. Tenía dieciséis llamadas de Verónica. Miró a su alrededor. Ya era de noche. Se encontraba en medio de un pinar. No tenía ni idea de qué sitio era aquel. Abrió la aplicación de mapas. Pronto mostró su ubicación: paseo del Abad Maluenda. Amplió el mapa. «Carretera del Castillo». No podía ser.

Caminó con sus últimas fuerzas. Los frondosos árboles dejaban paso a un caminito. Lo atravesó. Divisó unos destellos dorados que centelleaban sobre un fondo color púrpura. Era la ciudad. Estaba en lo alto. ¿Hasta allí había llegado? Alcanzó un mirador, y se sentó en un banco. Bajo ella, se alzaban las majestuosas ruinas del castillo.

Su móvil volvió a sonar. Verónica.

—¡¿Ariel?! ¡Dios mío! ¿Dónde coño estás? Estaba muerta de miedo, joder...

—No te lo vas a creer... pero estoy en la otra punta de la ciudad.

—Por favor, apártense. Estamos trabajando.

Benigna había sido la primera en llegar al lugar. Estaba de ronda por la zona, a escasos cinco minutos. Su coleta, más apretada que nunca, alisaba su frente. Sabía que su hija estaba allí, y sólo esperaba que no hubiese visto nada de lo que acababa de pasar.

Había ordenado acordonar la zona, y sus compañeros habían obedecido raudos. Estaban a la espera de que se presentase la nacional con todo su operativo: forense, inspectores, la policía científica...

Amaro aparcó en doble fila, y salió del vehículo junto a Basurto. Aquello era un caos. Todos los adornos habían caído al suelo. La gente, desesperada, los había arrasado en una huida hacia ninguna parte. Un abeto de cartón se desintegraba en el suelo, y el agua que arrastraban las baldosas absorbía su color, tiñendo de verde la piedra. Un montón de bolas de Navidad habían sido pisoteadas, y sus afilados fragmentos estaban desperdigados por todas partes, al igual que su purpurina, que se pegaba en los zapatos del inspector. Encima del escenario, los tronos de los Reyes habían caído al suelo, entre piruletas de cartón piedra y paquetes de regalos con los envoltorios rasgados.

Amaro no saludó a nadie. Estaba ya sudando. Subió los escalones con velocidad. Sus mocasines, dorados ya por efecto de la purpurina, pesaban. Un rápido vistazo a las suelas delató que también estaba arrastrando una cantidad ingente de confeti multicolor. Se lo sacudió como pudo, y respiró.

Buscó con la vista aquello que no quería encontrar. Sus ojos hicieron contacto visual con dos cuencas en las que debería haber otro par de ojos. No los había. Dos repugnantes montones de vísceras carmesí salían de ellas y caían por las inertes mejillas. La boca, recta, tenía hileras de sangre que se escapaban de entre los finos labios. El color de la tez era azulado, casi verdoso. Estaba calva.

Se arrodilló.

—¡San Pito Pato! ¿Otro?

La inconfundible voz de Soledad lo trastocó. Miró hacia atrás, y descubrió la oronda figura de la forense, cargada con el maletín metálico, que observaba con la boca abierta. Su pelo gris, tan corto, y más alborotado que nunca. El chaleco, sujetando una camisa naranja que ofendería la vista de cualquiera. Se aproximó a él.

—No lo has tocado, ¿no?

—No... por supuesto que no.

—Así me gusta. —Un *flash* iluminó la escena. Naia se disponía a tomar varias fotos. Soledad frunció el ceño—. ¡¿Esperamoooos?! —exclamó.

Se aproximó a la cabeza, tanto que su nariz casi rozó la del cadáver. Comenzó a chasquear la lengua mientras se frotaba la mamola. Murmuraba. El sonido estaba sacando a Amaro de sus casillas.

—¿Qué pasa? —preguntó intentando disimular su irritación.

—Mira la frente. Qué curioso.

Obedeció. La piel presentaba una concavidad por encima de los ojos. Tenía la forma de una cara ovalada, con fina nariz, ojos sin relleno y boca. Bajo ella, había dibujadas unas serpientes, y en la propia frente del dibujo, otro rostro en miniatura pintado de blanco y rodeado por un círculo.

—¿Qué mierda es esto?

—Parece hecho con... un hierro. Como la yerra de las vacas.

—Joder...

—Qué curioso... qué interesante... Es de una perfección exquisita, casi artística.

—¡Joder, Soledad!

Se levantó, dejando trabajar a la forense. La musculosa figura de Basurto se acercó a él.

—Jefe, la inspectora de la local está hablando con el tío del niño que ha encontrado la cabeza.

Amaro asintió, y se dirigió hacia allí. Conocía a Benigna. Era una buena profesional. Charlaba, de forma bastante violenta con un hombre gordo y de pelo pobre. Poco a poco reconoció de quién se trataba.

«Lo que faltaba», pensó.

—Inspectora, buenas tardes.

—Buenas tardes, comisario. Este es Sandro Benavente, exagente de la local, puede que le conozca. Su sobrino es quién ha extraído la cabeza.

—Sí, le conozco...

Sandro observaba con sus pequeños ojos. Las manos le sudaban, y la frente también. Su aspecto denotaba dejadez: barba de tres días, legañas, un abrigo roído, las cejas despeinadas... Parecía que acabase de levantarse de la siesta.

—Bueno, sí, lo ha encontrado mi sobrino, pero ya está, joder. No sé qué queréis que os cuente.

Amaro sintió su aliento. Apestaba a orujo.

—¿Cómo ha sido? —preguntó Benigna.

—A ti no te respondo —dijo él tajante.

—Responde —le espetó severo Amaro. Su semblante era muy serio.

Sandro tenía sus ojos clavados en Benigna. La observaba con furia. Al ver el rostro de Amaro, decidió obedecer.

—Pues no lo sé, joder. Al tío que hacía de Rey Mago se le ha caído un paquete y el chaval lo ha cogido sin ninguna maldad. ¿Quién iba a saber que eso estaba dentro?

—¿Nada más?

—No...

—Perfecto.

Le dieron la espalda. El observó atónito.

—¿Alguien ha visto de dónde ha salido ese paquete?

—No —dijo Benigna—. He hablado con la chica que iba vestida de paje. Dice que los regalos son donaciones anónimas. No se comprueba el contenido.

—¡Joder!

—En estas cosas se confía en la buena voluntad de la gente, Amaro.

—Lo sé... perdona. —Se secó el sudor—. Estoy hasta arriba con este caso. No puedo más. Lo siento, Benigna.

—Te entiendo. No pasa nada. —Le sonrío.

La luz de las farolas y de la iluminación navideña se mezclaba formando una diáspora de colores naranjas y rojos.

Estaba mareado. Se apoyó en uno de los escalones, y cerró los ojos. ¿Es qué esto no iba a acabar nunca?

***

21.05 p.m.

Verónica había acompañado a casa a Ariel.

Apestaba. La suciedad del alcantarillado y de los pasadizos había hecho mella en la ropa, que era ahora inservible. La metió en una bolsa de plástico y decidió arrojarla en la basura más tarde.

Habían conversado largo y tendido sobre lo que había encontrado allí abajo. Ariel estaba excitada, casi era capaz de formar una frase coherente. Verónica se mostraba reticente a creerse toda esa locura. ¿Una red de pasillos subterránea?

Efectivamente, era una locura, pero había estado allí. Vanya había estado allí. Podían incluso haberse cruzado. No lo creía, pues estaría muerta.

Se encontraba sola en el piso. Necesitaba descansar. Tenía el cuerpo lleno de magulladuras. Estaba deseando meterse bajo la ducha. Accionó el grifo, y esperó a que el agua se calentase. Cuando el cálido vapor inundó la estancia decidió que era buen momento para entrar.

El agua caía con poca presión y se deslizaba por su figura. El blanco plato de cerámica se convirtió poco a poco en marrón. La tierra se desprendía de su cuerpo. Su piel se tornó rosada debido a la alta temperatura del agua. Frotó su pelo con dedicación. Se había enredado, y estaba pegajoso por culpa del barro y la suciedad. Pasó más de veinte minutos bajo el agua, disfrutando de la espuma del gel y del champú. Olía a frambuesa y caramelo. Al rato, se envolvió en la toalla, acudió al salón, y se sirvió una copa de vino. Bebió, y abrió el portátil. Realizó una búsqueda rápida, la cual esperaba no arrojase ningún resultado.

«Pasadizos subterráneos Burgos». Primer resultado: «¡Visite las bodegas de Aranda de Duero!». Especificó: «Pasadizos subterráneos cerca del castillo, Burgos». Sorpresa: «El misterio de los subterráneos del castillo».

Durante siglos los subterráneos del castillo han seducido a propios y extraños. Muchas son las personas que han perdido la vida intentando arrojar luz a uno de los misterios más fascinantes de nuestra ciudad.

¿Hay una red de túneles bajo Burgos? ¿Está la catedral conectada al castillo?

Descendiendo por la escalera de caracol los más de sesenta metros de profundidad del pozo, encontramos una enorme puerta de hierro, tras la cual, muchos han perdido la cabeza intentando encontrar la salida del laberinto que esta esconde.

Pasadizos, galerías llenas de trampas que esperan pacientes a todo aquel que ose realizar la búsqueda de ese legendario tesoro...

Poca certeza, más allá de las aventuras descritas por el general Centeno, un Sevillano obsesionado con el castillo que dedicó su vida a buscar una explicación al porqué de esos túneles...

No tiene sentido que, a día de hoy, no se haya destinado apenas dinero para la investigación de lo que es uno de los misterios arqueológicos más grandes y desconocidos del país.

El artículo finalizaba así. Ariel frunció el ceño, y volvió a beber de la copa. Apenas había más información. Otro par de páginas venían a explicar lo

mismo.

Buscó de nuevo. Nada. ¿Cómo era posible?

Entró en la web del castillo. «Visite los subterráneos». Reservó dos plazas para el día siguiente a las once.

Bebió de nuevo, la copa estaba ya vacía, y sintió cómo su estómago rugía. Aún llevaba la toalla, y nada de ropa. Acudió a la habitación, y buscó en la maleta. Pronto estaba vestida con unos ajustadísimos *jeans* negros, una camisa blanca con diversos estampados bastante góticos que su madre odiaba, y una gabardina beis, que ya era su prenda inseparable. Se colocó los auriculares, y a través de ellos The Beloved comenzó a cantar *Sweet harmony*.

Bajó por las escaleras. Una ráfaga de aire frío la alcanzó cuando abrió la puerta de la calle. Su pelo aún estaba húmedo. Un montón de gente caminaba cargada con bolsas de tiendas de ropa. El frío calaba la piel, pero aun así, las terrazas estaban llenas. Se oían risas y voces.

Subió el volumen de la música y se dejó llevar. Casi bailaba al andar. Movía la boca entonando las palabras del estribillo:

Let's come together, right now, oh yeah, in sweet harmony

(Unámonos todos, en este momento, en dulce harmonía)

Le encantaba esa canción.

Pasó al lado de unos niños que esperaban su turno junto a su madre para comprar castañas. Una pareja se comía la boca al lado del cruce que daba a la calle San Lorenzo. Bajó por allí. Las luces de Navidad iluminaban todo de color oro. Le gustaba.

Por un momento no tenía ninguna preocupación. Sentía el olor a tabaco, humo, cerveza. La ciudad estaba sumida en un contagioso ambiente de alegría. Movía la cabeza al ritmo de la música. En la pizzería había una larga cola de gente que había tenido la misma idea que ella. Esperó pacientemente, y de pronto notó cómo unas cálidas manos acariciaban su rostro.

Se dio la vuelta sobresaltada. Alba sonreía. Vestía un abrigo rosado que resaltaba sus preciosas mejillas, llenas de vida. Su melena se movía al son que marcaba el viento, haciéndola parecer una obra de arte, o al menos, a los ojos de Ariel. Rio.

—Tenemos que dejar de vernos así...

Ariel se quitó los auriculares, pero la música seguía escuchándose levemente.

—¡Alba!, ¡qué susto, por favor!

Alba observó su rostro. Por un momento había olvidado la herida en la mamola y los rasguños.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó asustada.

—¿Esto?, nada, tranquila... gajes del oficio... ¿Qué haces aquí?

—Pues he venido con mi amiga Mara. Tenemos cena hoy todas juntas. —Sus ojos emitían un cálido halo de luz—. ¿Y tú?

—Pues voy a comprarme una pizza...

—¿Cenas sola?

—Sí, eso parece. —Sonrío. Notó cómo Alba miraba el suelo, algo avergonzada. Sus mejillas se tiñeron de rojo—. ¿Qué pasa?

—Nada... no es nada.

—¡Hola!

Una tercera voz surgió del tumulto. Era una chica alta, rubia y estilosa. Su cabello acababa en una coleta, de sus orejas colgaban anillos dorados, y vestía un abrigo negro de pelo.

—Esta es mi amiga Mara... Ariel.

—¡¿Eres Ariel?!, ¡¿la famosa Ariel?! —Ariel la miró algo asustada—. ¡Guau! ¡Alba sólo habla de ti! —Le plantó dos besos. Sus labios eran finos y fríos.

—¡Cállate tía! —exclamó Alba casi susurrando.

—¿De qué hablabais?

—De nada... simplemente decía que iba a coger la cena.

—¡Ah, como nosotras! Tenemos cena de grupo.

—Ya, ya me ha dicho Alba...

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —preguntó Ariel ante la insistente mirada de la chica—. Yo ceno sola.

—¡No!, ¡¿en serio?! Pero ¡es Navidad! —casi gritó.

—Bueno. —Ariel rio—. He venido a pasar unos días con una amiga, pero hoy necesitaba descansar. —Se dio cuenta de cómo Alba observaba sus ojos. Al descubrir su mirada, apartó la vista.

—¿Y por qué no cenáis juntas?

El comentario de Mara paralizó a ambas. Nadie se esperaba esa salida. Ariel titubeó.

—Mara, tía...

La chica rio con fuerza.

—Va, nosotras nos vemos todos los días... ¿Vosotras cuanto os veis?

—Poco —admitió Alba mordiéndose el labio inferior.

—Pues ya está, tía. Es perfecto... y muy romántico. —Golpeó con el codo a su amiga mientras reía.

—Tía, cállate, ¿no?

—¡Siguiente! —gritó una estridente voz.

Mara se dio la vuelta. En el mostrador, un hombre uniformado agitaba las manos invitándola a acercarse para que realizase su pedido.

—¡Mi turno! ¡Pasadlo bien *babies*! —Comenzó a caminar—. ¡Ah, por cierto!, vendrás a la fiesta de mañana, ¿no? —Se dirigía a Ariel. Esta no supo muy bien que decir.

—No sé...

—Todo depende de esta noche, supongo, ¿no? —Rio—. *Bye*! —Se despidió lanzando un beso con la mano, y dejó allí a ambas, observando en silencio.

—Lo siento... Mara es un poco loca. Ya lo has visto —se justificó Alba.

—Tranquila.

—Si no te apetece que me quede me puedo ir a casa... No te sientas obligada...

Un rayo de tristeza atravesó sus ojos. Su precioso rostro enterneció a Ariel.

—No me seas boba... Me apetece mucho estar contigo.

Alba sonrió.

Un rato después ambas se dirigían hacia el apartamento, con dos cajas de pizza en la mano, y un paquete de patatas gajo.

En la calle la gente reía. Ariel lo hacía por dentro.

***

22.25 p.m.

Soledad se había arremangado las mangas de la bata. Otra noche en vela. No le importaba; en casa iba a estar despierta igual, leyendo o viendo alguna película. Le gustaban las antiguas, preferiblemente en blanco y negro. Las visionaba, y después pasaba días estudiándolas, leyendo sobre ellas y analizándolas. No había dejado de estudiar nunca. Era forense, pero, a pesar de contar con cincuenta y ocho años, hacía sólo tres que se había licenciado en Historia, y ahora estaba a punto de terminar un doctorado en Historia del Arte. Dos títulos más que sumar a la larga colección de ellos. A ella eso le daba igual, sólo le interesaba aprender.

Había ejercido como médico de familia tras la universidad. No le gustaba. Había enseñado Biología en un instituto. No le gustaba. Descubrió su pasión a los treinta, y desde entonces no había abandonado la morgue. Por sus manos habían pasado miles de cadáveres. Normalmente no tenía que hacer ninguna autopsia. Normalmente no se hallaban cuerpos así. En todos estos años no había presenciado los niveles de horror, crueldad, y, sí, perfección de este caso. Le fascinaba cómo alguien podía llegar a hacer algo así. Una crueldad casi matemática, científica. Los cuerpos podían ser parte de un libro sobre su campo. Los cortes... la extracción de los órganos... el embalsamamiento... Todo estaba hecho con una terrible dedicación.

Los fluorescentes de la fría sala temblaban. Ella estaba acostumbrada al olor... ese hedor indescriptible que sólo alguien que trabaja en un depósito puede comprender... ese olor a muerte que a muchos de sus compañeros repugnaba. Ella era inmune.

Muchas veces se sorprendía hablando con los cadáveres. Su marido mostraba poco interés por toda su sabiduría, así que se despachaba a gusto allí, hablando sola. No estaba loca, a pesar de que muchos de sus conocidos lo pensaban. Tan sólo era demasiado inteligente para un mundo tan obtuso.

Los guantes de plástico azul envolvieron sus rechonchas manos, desprendiendo un fino polvo blanco. La cabeza yacía sobre una mesa. Soledad se sentó en una silla roja, y se colocó unas enormes gafas negras de cuyos laterales emanaba una luz proyectada por una linterna que ella misma había pegado con cinta aislante.

La piel azulada se volvió verdosa bajo la luz. El trabajo era el mismo que en los cuerpos anteriores. El tacto era suave, casi de porcelana. Se acercó a las cuencas. Las vísceras que emanaban por ellas procedían del interior. Acarició la frente. Ese rostro blanco, grabado a fuego en el centro de la misma la obsesionaba. Deslizó sus dedos hasta la boca. Los labios estaban sutilmente cosidos para que no se despegasen. Tenía una mueca inerte, inexpresiva, totalmente terrorífica, casi como si ese rostro nunca hubiese estado vivo, como si se hubiese resignado a aceptar su destino, como si fuese un trozo de plastilina esperando a ser moldeado por las manos de su ejecutora.

Había tomado un par de muestras de las vísceras para intentar analizarlas.

El cráneo era rodeado por una fina hendidura. Cogió la sierra. El caso es que esa cara le recordaba tremendamente a alguien. Accionó el botón, y la circular cuchilla comenzó a girar. Atravesó la carne y penetró el hueso, dejando

en el ambiente un desagradable polvo blanco. No tuvo que dar la vuelta entera, alguien lo había hecho ya antes que ella. El cráneo cayó como si fuese la tapa de una lata, dejando a la vista el interior. Un amasijo sanguinolento se almacenaba en los óseos muros. Era un puré visceral, rojizo. La sangre cayó, empapando sus guantes. Comprendió que no era suya. No podía ser suya. Tomó una muestra, la precintó, y la guardó en su bolsillo. No había cerebro. Ya se lo esperaba.

Tapó la cabeza con una manta blanca, y subió al laboratorio. No dejaba de darle vueltas. Había visto ese rostro antes.

Nunca usaba el ascensor, siempre iba por las escaleras. La gente se sorprendía de que una mujer con semejante masa corporal decidiese no ahorrarse el esfuerzo, pero ella ni se lo planteaba.

Llegó sin aliento. La camisa naranja que asomaba bajo la bata que a su vez apretaba el chaleco de abrigo que llevaba puesto la estaba haciendo sudar. Nunca le había importado la vestimenta. Durante una época se preocupó por su pelo. Llegó a llevarlo largo, teñido de rojo, pero su volumen le hacía parecer una seta. Se lo cortó, y dejó que el gris de las canas invadiese toda su cabeza, y hasta ahora. Las pocas ocasiones en las que se maquillaba se limitaba a pintarse los labios de rojo, ni más ni menos. Lo hacía cuando iba a ver a su hijo jugar al voleibol. El resto de madres la evitaban, pensaban que era una pesada, una rara, siempre cargada de bolsas con objetos de lo más peculiares y libros antiguos. Le daba igual. Encontraba toda la compañía necesaria en ellos. En ellos, y en las naranjas, su fruta favorita. Siempre llevaba un par de ellas encima, en sus abultados bolsillos, repletos de cosas sin conexión aparente entre sí.

Saludó con la mano a una enfermera, y cerró la puerta. Colocó la muestra en la nevera. Necesitaba tomarse un descanso. De su otro bolsillo extrajo una mandarina, que comenzó a pelar con ansia.

Había colocado el periódico del día esa misma tarde allí. La noticia principal continuaba siendo la desaparición de Gómez. Era un payaso. Ella lo sabía bien. Todos lo sabían bien. Miró la foto. El policía sonreía con su cara de ácaro. Miró sus ojos. Las cuencas sangrientas volvieron a su memoria.

Se apoyó en la mesa. Se metió la mandarina entera en la boca, y palpó su bata en busca del móvil. Tecleó rápido. A los pocos segundos la voz de Amaro le preguntaba si había encontrado algo útil haciendo la autopsia.

—A Andrés Gómez —respondió ella.

***

22.32 p.m.

Quedaba un último trozo de pizza sobre la mesa. Las patatas gajo habían desaparecido ya.

Los altavoces del Mac reproducían aleatoriamente una de las listas de Spotify de Ariel. Esta reía. Alba también. Estaba preciosa, vestida con su jersey verde oscuro y sus *jeans*. Su rostro se había tornado algo rosado debido al calor del interior del apartamento.

Ariel se sirvió otra copa de vino, y le ofreció a Alba, que la rechazo educadamente.

—Vaya ritmo llevas...

—Bueno... la vida a veces es muy asquerosa para soportarla sobria.

—Qué misteriosa eres, Ariel. —Rio. Ariel bebió de la copa.

—Tú también. Apenas sé nada de ti, y aquí nos tienes a las dos. —Se reclinó en el sofá.

—¿Qué quieres saber? —preguntó ella coqueta.

—No sé... por ejemplo... grupo favorito.

—Cantante. Lennon Stella. ¿Te pongo una canción? —dijo algo tímida.

—Claro.

Tecleó y pronto comenzó a sonar un piano.

—Se llama *Golf on TV*. Me encanta la letra.

—¿Me la cantas?

Alba se sonrojó al instante.

—¡No! —exclamó tapándose el rostro con las largas mangas del jersey—. Qué vergüenza...

—¡Va!, hazlo por mí, porfa...

Alba rio, y miró a los ojos de Ariel. Un cosquilleo recorrió su estómago al verla. Comenzó a entonar tímidamente.

—I keep getting overwhelmed when I talk about us out loud... 'Cause I want you and only you... It's simple as you want me too... (Sigo abrumándome cuando hablo de nosotras en voz alta ... Porque te quiero a ti y solo a ti ... Es así de simple, como tú también me quieres...)

Ariel sonrió bobamente. Alba volvió a taparse el rostro.

—Qué mal lo estoy pasando ahora mismo...

—¿Es lo que sientes? —dijo Ariel.

—¿Qué sientes tú?

—Que me gusta estar contigo.

—A mí también.

La canción llegó a su fin, y el aleatorio hizo honor a su nombre reproduciendo *Glamazon* de RuPaul a continuación. Ariel se levantó del sofá como un resorte.

—Lo siento, pero no puedo estar sentada con esta canción.

Alba rio. Ariel dio otro sorbo de su copa. Notaba cómo el alcohol poco a poco iba haciendo mella en su cuerpo, relajándolo y haciéndola sentirse estúpidamente contenta. Comenzó a bailar, realizando afeminados gestos con las manos y exagerados movimientos con las manos. Pronto el salón se convirtió en una pasarela donde ella era la reina. Desfilaba por ella mientras movía los labios cantando las palabras de la letra, y derrochando sensualidad.

Alba apenas daba crédito, y reía mientras observaba cómo Ariel se atusaba el pelo y la señalaba invitándola a unirse. Esta se negó entre risas.

Ariel se acercó y se tiró al sofá al acabar la canción.

—¡Guau!, ¡no tenía ni idea de que te iba este rollo!

—Hay muchas cosas que tampoco sabes de mí. —Expulsó aire.

—Por ejemplo... ¿perros o gatos?

—¿Por qué elegir?

—Comida favorita.

—Salmorejo.

—Rarita. ¿Canción?

Ariel se señaló el tatuaje.

—*Poligrafo bakarra*... No la conozco.

—Inculta.

—¡Oye! —Alba rio y le tiró un cojín. Eels cantaba *I'm going to stop pretending that I didn't break your heart*. Se acercó al tatuaje—. Qué guay... —Miró a la pareja abrazada dentro del reloj de arena—. Sois tu ex y tú, ¿verdad? —Ariel se atragantó.

—Es un recordatorio. Hay que vivir cada momento y nunca dar nada por sentado. Todo puede acabarse de un momento a otro.

Alba asintió.

—Me gusta. Es una gran verdad.

Ariel notó cómo la cabeza comenzaba a darle vueltas. Apoyó la copa en la mesa.

—¿Te encuentras bien?

—¿Eh? Oh, sí... mejor que nunca, de hecho.

—¿Y eso por qué?

—Porque estás aquí conmigo.

—Ariel...

Los ojos de Alba se tornaron algo llorosos. Ariel se acercó, tanto que su nariz chocó con la de ella. Podía oler su afrutado perfume. Acarició suavemente su sedoso pelo. Alba sonrió, y ella también. Giró levemente la cabeza, acomodando sus labios, que estaban a punto de rozarse con los de ella. Cerró los ojos, y de pronto sintió un pinchazo en el estómago. El rostro de Alba se transformó en el de Zoe. Pudo ver con claridad sus ojos, su sonrisa.

Se echó hacia atrás. Alba la miraba desorientada. No podía creerlo. Cuando pensaba que todo iba bien, ahí estaba Zoe, otra vez. ¿No iba a ser capaz nunca de pasar página?

Sintió cómo su corazón se encogía, e hizo un esfuerzo sobrehumano para no romper a llorar. De repente todos los momentos vividos juntas se amontonaban en su cabeza y no dejaban espacio para nada más. Eran como un tren penetrando un estrecho túnel. Las piezas estallaban y atravesaban todo su cuerpo. Temblaba.

—¿Qué pasa? —se atrevió a preguntar Alba.

—Lo... lo siento. Es solo que creía que era capaz... pero necesito ir más despacio... Lo siento mucho, de verdad...

—No pasa nada.

La abrazó, y sintió cómo el pecho de Ariel subía y bajaba rápidamente. Estaba llorando. Acarició su pelo mientras se tumbaban en el sofá.

—Gracias, Alba...

—Tranquila...

Permaneció así unos minutos. Al poco, la respiración fue calmándose. Se había quedado dormida sobre su pecho.

Un montón de pensamientos acudieron al cerebro de Alba, siendo el más persistente «¿Qué haces aquí?». Observó el rostro de Ariel. Era preciosa. Quería besarla. Descendió la vista para ver su tatuaje. La muñeca descansaba bajo su cabeza. La pareja del reloj de arena parecía burlarse de ella. Una lágrima cayó por su mejilla, y se perdió en el negro cabello de Ariel.

La música seguía sonando.

You see I never thought enough of myself,
to realize that losing me could mean something like the tears in your eyes...
And I want to tell you I'm sorry, and it's too late to start,
but I'm going to stop pretending that I didn't break your heart...
(Lo ves, nunca pensé tanto en mí mismo
como para darme cuenta de que perderme podría ser el significado de algo como las lágrimas de tus ojos...
Y quiero decirte que lo siento, y que es muy tarde para volver a empezar,
pero voy a parar de fingir que no te rompí el corazón.)

***

02.43 a.m.

Recorrió los sucios pasadizos. Allí, en la oscuridad, mandaba ella.

Había sido un día largo, y estaba exhausta. Las pústulas de su piel se pegaban a la lana de su ropa, escociendo, doliendo. Estaba a punto de desfallecer. Caminó entre las húmedas y mugrientas piedras; sólo necesitaba andar un poco más y estaría en casa. Empujó la roca de la pared, y reptó por el hueco. Respiró. Ya.

Cerró los ojos unos instantes. Todo le dolía.

Volvió a colocar la roca, y se apoyó en ella. No quedaba nada en el armario. Los barriles de sangre estaban ya vacíos. No podía salir a cazar. Sabían quién era. Era peligroso. Se arrastró por el asqueroso suelo hacia el tocadiscos, y sus huesudas manos dejaron caer la desgastada aguja sobre un abollado vinilo que giraba. La *Suite para marimba* de Alfred Fissinger hizo su macabra entrada en escena. La música la reconfortó. Vanya fue poco a poco incorporándose.

El pasillo principal conducía a su zona de trabajo, la maravillosa estancia abovedada. El agrietado techo de mármol, sujeto por suntuosas columnas de capiteles corintios, el mural que mostraba a los putrefactos cadáveres en la oscura llanura, la figura encapuchada, su aura de fuego... y el sol incidiendo sobre ella, quemándola.

Se dolió de sus heridas mientras releía aquella inscripción: «Si tu corazón está herido, el mío sangra con el tuyo».

Nada había sido en vano. Acarició el lienzo que mostraba a la chica policía. Pasó su mano por su desnudo cuerpo. Su perfecta piel contrastaba con sus

asquerosas manos putrefactas. Pensó en aquella mujer. Pensó en el fuego que la rodeaba en el edificio. Pensó en sus ojos, y en el miedo que había visto reflejado en ellos cuando vio su rostro... su horrible rostro.

Una enfermiza rabia se apoderó de ella. Sintió como su sangre burbujeaba, recorriendo sus venas y aprisionando su cerebro. Con un rápido movimiento, rasgó el lienzo, ayudada de sus afiladas uñas.

El cuerpo decapitado de la policía colgaba de la madera. Estaba muerta. Era imposible que estuviese viva.

La *Marimba* resonaba en las paredes.

Corrió a la estantería. Estaba negra por culpa de los restos humanos. Palpó la madera, y encontró lo que buscaba. Agarró con firmeza el libro, y lo extrajo. La portada mostraba una fotografía de un hombre serio, cruzado de brazos, que permanecía sentado en lo que parecía un estudio. Vestía un jersey holgado, flequillo recto, gafas de pasta, y gesto asqueado. Tras él se alzaba un lienzo: una cara con tres ojos, seis orificios nasales y una boca negra inexpresiva. En su frente, un orificio de bala, y, a la derecha, una cruz. A los lados, todo pinceles, botes de pintura, y obras a medio completar. Acarició el rostro del hombre. Sólo él la entendía. Sólo él era capaz de reflejar todo aquello que estaba en su cabeza... todo el dolor... el tormento...

Una lágrima mojo la portada. Abrazó el libro.

Nada había sido en vano.

***

10.05 a.m.

La luz del sol se posó en los párpados de Ariel. Abrió los ojos poco a poco, molesta. Un olor a café se mezcló con un apetitoso olor a comida recién cocinada, que a su vez se mezcló con el sonido de un órgano de rock. Se frotó los ojos y arrugó la naricita, intentando asimilar lo que pasaba. Le dolía la cabeza. Vio las copas de vino, y el abrigo de Alba sobre una de las sillas blancas.

El giraluna dormía de día huyendo del sol...

El giraluna giraba y miraba de frente a la luna...

El giraluna con petalos blancos un día escapó.

Distinguió la voz de Marc Ros. Se desperezó y se levantó como pudo del sofá. Tenía la boca seca. Escuchó una dulce voz que se unía a la de Marc. Alba

estaba de espaldas a ella, frente a la encimera. El horno estaba encendido.

Ariel se acercó sin hacer ruido, y le dio un abrazo. Esta la miró con sorpresa.

—¡Uy!

—Gracias por quedarte —le susurró Ariel, y le dio un delicado beso en el cuello. Alba acarició su mano.

La cafetera empezó a emitir un desagradable gorgorito que hizo que el abrazo finalizase antes de lo que a ambas les habría gustado.

—¿Café?

Ariel asintió.

—Es increíble pensar que hace unos meses lo odiaba, y ahora lo necesito para vivir...

—Suele pasar. —Rio.

—¿Qué cocinas?

—Frittata. ¿Te gusta?

—Si la has hecho tú, seguro que sí.

Los mofletes de Alba volvieron a llenarse de color.

—Por cierto, te he cogido el portátil, espero que no te importe...

—No... —Ariel pensó en todos los archivos del caso que tenía desperdigados por carpetas del escritorio, y cruzó los dedos para que no los hubiese visto—. Pero ¿cómo has adivinado la contraseña?

-No lo he hecho... Se quedó toda la noche con la música puesta y el cargador, y no se ha bloqueado. Es que Virgina me ha pedido los apuntes de Historia del Arte...

—¿El día 31 de diciembre?, joder —Ariel rio y dio un sorbo del café.

—Soy la empollona oficial... —Se encogió de hombros. Su melena castaño oscura caía sedosa por su pecho—. Y llevaba encima el *pendrive* con todo lo de clase.

—Eres adorable.

—Gracias... Bueno, se los voy a mandar mientras termina de hornearse eso, ¿vale?

—Guay, así veo que estudias.

—¿A qué te refieres? —preguntó Alba mientras introducía el *pendrive* en la ranura USB.

—Pues ya sabes... Qué carrera. Algo de Historia del Arte, porque siempre estás hablando de ella. —Rio.

—Mmm, no. —En la pantalla se desplegaron varios pdf: «Inglés», «Lengua y lit.», «Fundamentos del arte»—. Quiero decir, estudio el bachillerato de artes, sí, pero no sé.

—¿Bachillerato? —Ariel se atragantó con el café.

—Claro. Segundo de bachillerato.

—Pero ¿cuántos años tienes?

—Diecisiete —respondió Alba sorprendida—. Dieciocho el 31 de mayo.

—¡Joder! —Ariel se levantó—. ¿Es en serio?

—Claro... pero, ¿qué creías?

—No sé, que tenías mi edad... que ibas a la universidad.

—Pero qué importa eso. Tú tienes veintitrés. Sólo me sacas...

—¡Seis años! Joder...

—Ni que hubiésemos hecho algo, Ariel. No entiendo esta reacción.

—Soy policía.

—¿Y?

—Eres menor.

—Cumplo dieciocho...

—En mayo. Ya lo has dicho.

—No te entiendo, de verdad.

Ariel apoyó la cabeza en la mesa y froto su pelo. Un agobio recorrió su cuerpo. Alba parecía ajena a todo, seguía inmersa en los apuntes. Miró con el rabillo del ojo. «¿Diecisiete años? ¿En qué coño estás pensando, Ariel?».

El título del pdf mostraba en Arial Black las palabras «TEMA 17, SURREALISMO». Alba descendía para comprobar que todo estaba en su sitio.

—¿Te encuentras bien?

—Sí... no sé. —Ariel alzó la cabeza—. Es que es todo un *shock*, ¿sabes?

—Pero, ¿por qué? —Alba la miró a los ojos, casi rogando. Había pena en ellos. Había miedo.

—No sé, Alba. Eres menor.

—Ya lo has dicho.

—Ey...

—Tú me has cortado antes.

—Cierto.

—Eso es una bobada Ariel. Soy lo bastante inteligente para tomar mis propias decisiones, porque, por si no te has dado cuenta, me... —enmudeció

de pronto.

—¿Qué?

—Nada. No es nada. Voy a terminar con esto.

Ariel iba a insistir, pero algo llamó su atención. Alba bajaba a toda prisa por el pdf, y las letras y las imágenes se veían borrosas.

—¡Espera! —Alba se apartó del ordenador asustada.

—¿Qué pasa?

—¿Puedes subir un poco?

—Claro... pero... ¿qué pasa?

Subió varias páginas. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Ariel, que se acercó a la pantalla para ver mejor. La pintura, reproducida a pequeña escala, mostraba a una bailarina de ballet. A través de la piel verdosa se apreciaban todas sus cavidades venosas. Su cuerpo estaba seco, y lleno de cicatrices. Una pasaba por su vientre como un insecto de mil patas, y otra por su abdomen, rajando sus pechos. Todo eran cortes, puntos de sutura. Estaba tan delgada que sus extremidades eran casi huesos. Tan solo vestía unas bragas amarillas de las que sobresalía la tela de un tutú. Su cara estaba desprovista de rasgos humanos. La boca cosida, formando una H y una X. No había ojos, y una tela cosida a la piel tapaba medio cráneo. De su única oreja colgaba un pendiente en forma de aro.

Sintió que estaba a punto de vomitar el café. Pensó en Sara Castillo. Pensó en la biblioteca. Era ella. Estaba ahí delante. La tenía delante. Comenzó a temblar. Tuvo que apoyar la taza para no derramar su contenido.

—Ariel... ¿estás bien? —preguntó Alba preocupada.

—¿De quién es esta obra?

Alba la miró extrañada, frunciendo el ceño.

—De un pintor polaco. *Zdzisław Beksiński.*

—¿Puedes googlearlo?

Alba asintió. Escribió el nombre con cuidado de no equivocarse en ninguna letra. Abrió Google imágenes. De pronto, todas las víctimas estaban ante ella. La bailarina, los dos cuerpos de la arboleda, la cruz...

Todas las obras eran de una crudeza extrema, y observarlas era como adentrarse en una horrible pesadilla.

Ariel se puso a los mandos del portátil, y amplió varios de los cuadros, los correspondientes al caso. El cuerpo negro, con cuatro delgados brazos

similares a las patas de un gallo y la cabeza vendada, con el blanco de la tela solo perturbado por una mancha roja en medio, se arrastraba por lo que parecían las ruinas de una ciudad que ardía a sus espaldas en un paisaje postapocalíptico.

El fuego de la arboleda acudió a su memoria. El cuerpo en medio del caos. Soledad quitando poco a poco el vendaje para descubrir que su rostro había sido arrancado... que había sido usado de mascara por Vanya...

Cerró esa imagen. La siguiente apareció de la nada. Un pálido rostro sin cuerpo estaba sujetado por una tela de encaje sobre una gran silla cuyas talladas patas creaban extrañas formas. El respaldo era similar a un espejo, pero dejaba ver el fondo, una bahía negra, oscura, cuyos colores parecían preceder a la tormenta. El rostro tenía difuminados los ojos y la cabellera, que era negra, y un gesto de pena. Pensó en la cabeza de María Recio. Por eso había teñido su cabello.

Todos los cuadros mostraban espantosos paisajes, rostros desfigurados, pesadillas, horror, terror, pánico... Ariel había estado dentro de esas pesadillas. Las había vivido en primera persona. Sintió cómo una huesuda mano le agarraba el corazón y se lo apretaba, causando un tremendo dolor en su pecho. Estaba temblando, aún más todavía.

Cerró el ordenador de golpe, ante la atónita mirada de Alba. De pronto, el horno comenzó a pitar. Ambas se dieron la vuelta, y observaron cómo un negro humo se escapaba por las rendijas de la puerta de este.

***

10.50 a.m.

Se había vestido con una cazadora vaquera bajo la cual llevaba una camiseta blanca *oversize* que caía por sus piernas, tapando parte de sus *jeans*.

Aparcó el coche al lado de la terraza del bar, cuya barra consistía en una caseta de madera similares a las que se ponen en los puestos ambulantes. Había dejado a Alba en su casa, que seguía impresionada, y había recogido a Verónica en la suya. Esta vestía un largo abrigo color vino abotonado, sobre el cual volvía a resaltar su melena naranja, y unas grandes gafas de sol de pasta negra que tapaban parte de su cara, pero que hacían destacar sus rosados labios.

Ariel la puso al día dentro del vehículo. Hablaba y hablaba sin parar. Verónica nunca la había escuchado articular tantas palabras seguidas.

Le mostraba en la pantalla del móvil varias de las obras de Beksińskii, las correspondientes a los crímenes y alguna más. Verónica arrugaba el gesto con desagrado.

—¿Has hablado con Amaro?

—Sí, le he llamado esta mañana y le he contado todo.

—¿Y?

—Nada. Dice que gracias, pero que no puede seguir algo que, según él, no deja de ser una pista muy floja.

—¡¿Floja?! —exclamó Verónica—. Pero ¡si es la puta puesta en escena! ¡Llevamos meses tras esto!

—Lo sé. —admitió Ariel—. Estaba extraño... como agobiado.

—Tendrá que ver con lo de ayer.

—¿Qué pasó?

—¿No te has enterado? —Ariel negó con la cabeza—. Hay mucho misterio alrededor, pero parece ser que encontraron otro cuerpo... bueno, más que un cuerpo... otra cabeza.

—No jodas... ¿dónde?

—Esto es lo mejor: salió de uno de los regalos que estaban repartiendo los Reyes Magos en la plaza de la Libertad. Se la encontró un chaval.

—Joder... joder... —Ariel se frotó el rostro—. ¿Se sabe quién es?

—No sé nada más. Me lo contó ayer Naia...

—Madre mía, Vero... ¿y por qué no nos han informado?

—Porque estamos de baja.

—Estoy hasta el coño. De la baja, del caso, y de todo ya.

Ariel se bajó del vehículo, y cerró la puerta con fuerza. Verónica la siguió.

—No te pongas así...

El sol se reflejaba en las gafas de Verónica, y hacía que su pelo pareciese fuego.

—Estoy harta de todo.

Ariel golpeó una piedra con el pie, mandándola lejos.

—¿Qué te pasa?

—Que todo lo que me rodea es... joder. ¡¿Por qué nunca puede salirme nada bien?!

Se puso sus gafas de sol redondas para ocultar sus ojos, que se estaban tornando vidriosos. Estas se deslizaron por su fina nariz, dejando a la vista una lágrima que brotaba de ellos.

—Ariel... ¿ha pasado algo?

Se acercó a ella, dubitativa sobre si debía abrazarla o no. Verónica sabía que Ariel no era muy amiga del contacto físico, pero aun así se arriesgó, y le dio un abrazo. Sintió una curiosa sensación al oler su dulcemente afrutado perfume, y apretó el fino cuerpo de su compañera contra el suyo.

Ariel comenzó a llorar. El abrazo se prolongó durante casi un minuto. Cuando este hubo terminado, se limpió las lágrimas con las mangas.

—Pensaba que me estaba volviendo a enamorar, Vero...

—¿De la chica esa?

—Alba. Sí.

—¿Y qué ha pasado?

—Pues que no supero a Zoe. No puedo. La veo en todas partes.

—Bueno... tienes que darte tiempo. Cada ruptura es un mundo. Tú tomate las cosas con calma, y no te pongas plazos... Al final es lo peor que puedes hacer.

—Hay algo más... —Ariel la miró nerviosa.

—¿Qué? —preguntó algo asustada.

—Tiene... diecisiete años.

Verónica rompió a reír.

—Joder, pensaba que iba a ser algo horrible.

—Y lo es. Es menor.

—Venga ya, Ariel. ¿En serio? —Hizo un gesto con la mano.

—No te rías.

—Es que eso es una bobada. Vamos a ver, ponlo en perspectiva... Los padres de mi amiga Leire, mismamente, él tiene cincuenta y seis y ella sesenta y cinco.

—Bueno... no son tantos años.

—Nueve años. Tú te llevas seis con Alba, lo que pasa que como sois tan jóvenes las dos la diferencia parece mayor, pero no lo es. Si tuvieseis diez años más no te parecería tanto...

—Joder... pero, aun así, es menor.

—Tiene diecisiete, ya es mayorcita. Si me dijeses que tiene catorce, pues lo primero te detenía ahora mismo. —Ariel rio—. Pero es que está a punto de

cumplir los dieciocho. Yo no veo el drama. Si esta chica es la única que te ha hecho sentir que puedes seguir adelante después de la ruptura... no me lo pensaba. Además, pegáis mogollón.

—¿Tú crees? —Ariel sonrió bobamente.

—Sí. Sois preciosas las dos. —Le guiñó el ojo—. Venga, vamos a ver tus pasadizos, que se nos hace tarde.

Ariel asintió, y comenzaron a caminar. Sintió cómo una sensación de felicidad le invadió el pecho. Las palabras de Verónica la habían reconfortado. Volvió a sonreír.

El olor de los pinos que se alzaban majestuosamente en el bosque de al lado penetró por su nariz, y agudizó sus sentidos. Para llegar al castillo tenían que subir una empinada cuesta que ofrecía una majestuosa vista de la ciudad desde la altura. La naturaleza rodeaba aquel cerro, consiguiendo transportar a cualquiera que pasase por allí a otra época... a otro mundo de fantasía.

Las curiosas escaleras ascendían junto a la muralla, entre las piedras de la cual crecían ramas y diversa vegetación.

El pedregoso camino pronto las condujo a una pasarela de madera flanqueada por dos casetas, tras las cuales se alzaba majestuosa una enorme puerta en el centro de la muralla. La atravesaron para acceder al conjunto.

Era un día caluroso para ser diciembre. El sol calentaba e iluminaba como si fuese verano.

Las ruinas del interior mostraban lo que se adivinaba había sido una majestuosa construcción. La extensión del patio de armas era enorme, y sobre su suelo brotaban piedras que otrora habían formado parte de los muros de las estancias del lugar. Dos recintos amurallados concéntricos delimitaban el castillo. La muralla interior estaba acompañada de varias torres, de planta circular algunas, y rectangular otras, que se alzaban a los laterales, siendo guardianas impertérritas de la ciudad. Otra muralla de menor altura rodeaba el exterior del terreno, ideada para dificultar los ataques de las épocas pasadas, complementando su eficacia con otros elementos defensivos, como un foso o la propia topografía del lugar.

Unas vallas acompañadas de unas flechas les indicaban el recorrido de la visita. Caminaron por la muralla, paseando tranquilamente mientras se deleitaban con las deliciosas vistas del entorno.

Ariel apoyó sus codos en la piedra. El viento atusó su negra melena mientras observaba desde la altura la ciudad. La catedral destacaba maravillosa

en el centro, rodeada por casa, calles, y edificios, que, vistos desde allí, eran más bonitos todavía. Podía verse con claridad el final de la ciudad y la composición de la misma. Un verde escudo natural la rodeaba. Respiró. Pronto llegaron a un moderno pabellón recientemente construido. Una guía esperaba allí, acompañada por un grupo de lo que parecían turistas franceses. Eran tres: un hombre de cabello cobrizo, barba y prominente barriga, su esposa, y su hija pequeña, una niña con los cabellos dorados, mueca traviesa y largas trenzas. La guía era relativamente joven. Su pelo oscuro acababa en una corta coleta. Las saludó, y les preguntó si formaban parte de la visita de las once. Ariel respondió afirmativamente.

—Pues ya estamos todos. Si os parece, vamos a comenzar.

La guía les entregó unos cascos de plástico que tuvieron que ponerse en la cabeza. Verónica dudó, pues no quería estropearse el pelo, pero acabó accediendo tras ver el gesto de Ariel.

—Es por seguridad. Vamos a descender por unas galerías en las que hay riesgos de desprendimientos.

—Sí, sí, tranquila.

El turista mayor observó las magulladuras en la cara de Ariel, y está agachó la cabeza algo avergonzada. El casco llevaba una linterna incorporada. La guía encendió la del suyo, y les indicó que hiciesen lo mismo. Comenzó a hablar.

—Nos encontramos ahora mismo en lo que es el epicentro del castillo. La parte más interesante de su conjunto: las escaleras, el pozo, y las galerías subterráneas. —Hablaba de forma monótona, probablemente cansada de haber repetido ese mismo discurso durante años varias veces al día.

—Debe ser super interesante... Se la nota muy emocionada —susurró socarrona Verónica. Ariel ahogó una risa.

—La profundidad del pozo es de 62 metros, y está rodeado por una escalera de caracol formada por seis tramos distintos entre sí, comunicados por pasillos y galerías, que reciben luz a través de unas pequeñas ventanas. La finalidad de este era proporcionar agua a los habitantes del castillo, y protegerlos en caso de asedio. Su fábrica es de piedra de sillería, probablemente labrada entre los siglos XII y XIV.

»Hablamos ahora de las galerías: están abiertas a una profundidad de seis y diez metros, y hay quien dice que tienen su origen en las minas y contraminas construidas con motivo de los asedios. Las más antiguas se remontan al siglo XV, ya que se excavaron durante el sitio de 1476. Por su parte, las escaleras

concluyen en una puerta que permite la entrada al fondo del pozo para realizar labores de mantenimiento.

La guía repitió lo mismo en francés. El matrimonio y su hija emitían varios «ohh» en señal de sorpresa a medida que la explicación avanzaba. Cuando acabó de hablar, Ariel levantó la mano en un gesto infantil que le recordó al instituto.

—¿Qué haces? —preguntó Verónica—. No jodas que eres la típica que pregunta en las visitas guiadas...

—Sólo hoy, lo prometo. —Le sonrió Ariel. La guía miró, y aceptó resignada su pregunta—. Hola... bueno, yo quería preguntar algo un tanto extraño. ¿Podrían estar relacionadas las galerías con el convento de San Onofre?

—Tendrás que especificar algo más —dijo la guía con una parsimoniosa displicencia.

—He leído en alguna parte que cuando Juan de Jonás Armilar adquirió el convento de San Onofre y construye lo que posteriormente fue el palacio de su familia, ordenó diseñar unas galerías subterráneas.

—¿Dónde lo ha leído? —preguntó la guía frunciendo el ceño.

—Creó recordar que en algún escrito de Alonso de Salazar y Frías —mintió con humildad. Se sabía de memoria cada dato biográfico de los Armilar y de Salazar y Frías.

—Bueno, es imposible de saber. Hay mucha leyenda en torno a los Armilar, y mucho desconocimiento. Fue una de las grandes familias de la ciudad, pero han quedado en el olvido; de hecho, esa iglesia que mencionabas ya ni siquiera se llama así...

—Lo sé —respondió Ariel algo molesta.

—Tendrías que informarte allí, pero, en lo que a mí respecta, jamás he oído mencionar algo así.

Ariel asintió y se conformó con la respuesta. Unos minutos después, los seis descendían por una estrecha galería de piedra. Las luces de sus cascos teñían los porosos techos de amarillo. Las rocas les observaban silenciosas con petulantes y mortuorios gestos. Olía a humedad. A bodega.

Todo era similar al lugar en el que Ariel había estado la tarde anterior. Todo formaba parte del mismo complejo. La visita descendió unos metros por la ya famosa escalera de caracol, y se detuvo en una de las galerías. La guía comenzó a hablar. El pasillo bifurcaba en varias direcciones. Ariel se acercó sin escuchar a la chica, y dobló la esquina, perdiendo al grupo de vista. Su corazón latía

nervioso. A pesar del silencio del lugar, ella creía oír un sonido parecido al de un riachuelo. Apoyó la cabeza en la roca. Susurros. Gritos ahogados. Cerró los ojos y vio sangre. Volvió a sentir a las mujeres de su pesadilla. ¿Eran brujas? Abrió los ojos asustada. La guía estaba frente a ella.

—¿Le importaría volver con el grupo? La visita es cerrada. Es peligroso caminar sin saber dónde se va —le espetó todo esto con una sonora severidad.

—Sí... perdón.

Volvió a unirse a Verónica y los turistas.

—¿Dónde estabas?

—No lo sé...

—Como decía, antes de esta interrupción. —La guía clavó sus feos ojos en Ariel—. Hay mucho terreno sin descubrir aún. Muchas de las galerías contienen trampas, por lo que investigar es una hazaña peligrosa. El misterio envuelve estos pasillos, que han albergado historias que, muchas veces, nos cuentan sus propias piedras a través de firmas, como por ejemplo este misterioso nombre grabado en esta roca: Vanya. —Ariel y Verónica contuvieron la respiración—. ¿Quién era? ¿Fue habitante de este castillo? ¿Cómo llegó aquí abajo? Sólo lo podemos imaginar. Espero que les haya gustado la visita. Si son tan amables, síganme hasta arriba.

Ariel se acercó a la piedra, y acarició la firma con las yemas de los dedos. No podía creerlo. Vislumbró el infantil rostro de Vanya, y de pronto, la deformada cara de la mujer que había estado a punto de matarla.

—Sin separarse, por favor.

No le quedó más remedio que alejarse.

***

12.23 p.m.

No le fue difícil aparcar en el páramo sobre el cual se alzaba imponente la ermita de El Salvador de Villatoro. El barrio, otrora municipio, contaba con más de mil habitantes, pero ninguno de ellos estaba en la calle. Ariel pensó que muchos habrían bajado al centro para ultimar los detalles de la cena de Nochevieja.

Bajaron del coche. El sol incidía sobre la pendiente, recortando la figura del vetusto edificio. Dos campanas se alzaban en lo alto de una cuadrangular torre de piedra. Anexa a ella, se encontraba una tapia que daba paso a un pequeño

cementerio, y, en el lado contrario, unos muros que guardaban la puerta de acceso al convento.

Caminaron por la colina de hierba. Ariel se quitó las gafas de sol para observar bien el entorno. El aire era puro y cálido. A través de la verja de hierro, podía verse el pequeño claustro, que se encontraba cerrado. Golpeó con los puños la puerta, sin obtener respuesta.

Verónica se asomó al cementerio, esperando encontrar a alguien allí. No hubo suerte. El edificio parecía desierto.

—Bueno... ¿qué hacemos? —preguntó.

—No lo sé. No tengo ni idea —contestó abatida Ariel.

—¿Qué esperabas encontrar?

—Algo... alguien. Supongo que es ridículo.

—¿Buscaban algo?

Una desvencijada voz las sobresaltó. Ambas se dieron la vuelta para descubrir a un pequeño párroco que se escondía tras la puerta. Su cabeza estaba coronada por una capa de níveo pelo. Tenía un rostro afable, cuyas pequeñas gafas dotaban de una comicidad no buscada.

—Oh, hola, buenos días —habló Ariel educadamente—. Nos gustaría saber si es posible ver la iglesia.

—Oh, bueno, verán. —El curilla se quitó las gafas y dejó que el vaho de su boca empañase los cristales para posteriormente frotarlos con la sotana—. No hay visitas. Es un templo de culto... Además, tampoco viene nadie a verla. Ahora mismo estaba pasando la fregona.

—Vaya... qué lástima. ¿Y no podría hacer una excepción? —preguntó con coquetería Verónica.

—Bueno... —El curilla la miró de arriba a abajo—. ¿Por qué tienen tanto interés en entrar?

—Estamos haciendo un trabajo para el insti. —Se apresuró a mentir Verónica—. Trata sobre los conventos más antiguos de la provincia, y este es de los más antiguos. Perteneció a una familia de nobles.

—Señoritas —le interrumpió el cura—, me temo que les han informado malamente. Esta parroquia apenas cuenta con trescientos años.

—Oh.

Verónica enmudeció, y Ariel observó al párroco con el ceño fruncido.

—No es posible —le dijo—. Este terreno era de la familia Armilar. ¿No había aquí un palacio?

—No, no... por Dios. Ojalá. —El cura rio con una amarga desgana.

—¿No es esta la antigua ermita de San Onofre? —insistió ella.

—¡Ah!, no, no... qué confusión. Esa ermita existió hace muchos años, es cierto, pero se derrumbó para construir un monasterio en el siglo XV. Están buscando el monasterio de Nuestra Señora de Fresdelval. Está muy cerca de aquí.

—¿Se puede visitar? —preguntó con ansiedad Ariel.

—No, no... es propiedad privada... pero además está en ruinas. Es peligroso andar por ahí. ¿Quieren colaborar con la iglesia católica? Nos viene bien algo de dinero para el cepillo.

—No le hace falta a la iglesia que colaboremos con ella —respondió sarcástica Verónica.

Se despidieron del cura, que murmuró algo en voz baja, y volvieron al coche. Ariel se apoyó en el volante.

—No entiendo nada. En aquel libro se mencionaba explícitamente esta iglesia —dijo con resignación.

—Bueno, los libros se equivocan.

—No deberían.

—Sí si buscan ocultar algo.

—¿A que te refieres? —Clavó sus acaramelados ojos llenos de curiosidad en Verónica.

—Monasterio en ruinas, propiedad privada, y encima dice que es peligroso andar por allí. ¿No te han entrado unas ganas terribles de ir a verlo?

—Sí. Si esa era la residencia de los Armilar tenemos que ir. —Le lanzó el móvil—. Busca la dirección en el GPS, porfa. —Arrancó el Prius y salió al camino que daba al monte—. Por cierto... ¿estamos haciendo un trabajo para el insti? —dijo socarrona.

—Ha colado, ¿no? Pues shhh.

Ambas rieron. El navegador les indicó que se encontraban a escasos once minutos del monasterio. Pronto la tierra del camino se fue tiñendo de verde, y el coche fue engullido por una frondosa naturaleza. Estaban en el medio de un bosque. Las huesudas ramas de los árboles arañaban las ventanillas y el chasis, produciendo un molesto ruido. Poco a poco, las opacas hojas ocultaron la luz del sol. Los árboles inclinaban su espalda más y más, hasta casi formar un túnel. En una curva el camino terminaba de volverse intransitable, y decidieron

bajarse y continuar a pie. Se caminaba bastante mal, puesto que el suelo estaba lleno de maleza, tierra y raíces.

—Parece que hace siglos que nadie pasa por aquí —observó Verónica. Ariel asintió—. Oye... ¿qué pasaría con Salazar y Frías?

—Ya lo sabes. No hay registros sobre su muerte... es todo un misterio.

—Si Armilar era tan horrible como me lo has pintado... crees que pudo… —Se pasó el dedo por el cuello.

—Sí, lo creo. Es imposible que una figura así de importante desaparezca sin dejar rastro. Ya viste las cartas del tribunal, Armilar tenía contactos muy poderosos dentro de la Iglesia. A lo mejor ni lo asesinó él.

—¿A qué te refieres?

—Si Armilar era un gran benefactor del catolicismo, un escándalo como ese podía herir de gravedad los fondos de la Iglesia. No creo que les interesase que un simple inquisidor tirase de la manta...

—Joder Ariel...

Ariel se encogió de hombros.

—Estamos hablando de una de las instituciones más crueles, sanguinarias y déspotas de la historia de la humanidad. Una mancha más de sangre en el currículum de la Iglesia es como una lágrima en el océano.

—Qué poético.

—Ya ves.

La vista se fue aclarando, y entre las ramas y hojas alcanzaron a vislumbrar las primeras piedras de aquel majestuoso edificio. Era como un cuento: unos preciosos a la par que ruinosos muros nacían desde el suelo, de manera fantástica, y crecían hasta alcanzar una considerable altura, desde la cual observaban a través de sus góticas ventanas.

El monasterio estaba construido a los pies de un monte que parecía abrirse por la mitad para estrecharlos. Las paredes que formaban la nave de lo que en otros tiempos había sido la iglesia eran pasto de los líquenes y el verdín, que se pegaba a su piedra lamiendo su belleza. El conjunto era verdaderamente enorme. Apenas alcanzaban a vislumbrarlo bien por causa de la maleza que crecía indómita en los alrededores. Ante ellas se encontraba la portada de acceso a la iglesia, de estilo renacentista, que chocaba con el gótico del resto del edificio. La puerta de madera era enorme, y estaba podrida y desvencijada. Sobre ella crecían sendos arcos coronados por escudos heráldicos y tres figuras, una de las cuales estaba desaparecida, y el resto, severamente dañadas.

Dos columnas la enmarcaban, y por ellas se aupaba libremente una enredadera, que las abrazaba como si fuese una serpiente.

—Joder. ¿Estamos en Hogwarts? —Rio Verónica.

—Ya te digo...

Ariel se acercó a la puerta. La madera se había tornado negra por causa del exceso de humedad. La acarició, y sintió el agua en sus manos. Empujó un poco, y escuchó cómo los goznes se lamentaban. La humedad había hinchado la madera, haciendo que rozase con el suelo, y dificultando la tarea de abrir.

Verónica apoyó sus manos y la ayudó a empujar. Finalmente, la puerta cedió, y pudieron acceder al interior de la nave. El suelo era una extensión de la naturaleza. Todo estaba plagado de hierba, que crecía con desorden por todas partes. Trepaba por las paredes, se abrazaba a los muros y acariciaba las manos de ambas. El techo había desaparecido, y sobre sus cabezas tan solo se mantenían en pie los arcos que habían servido de sujeción al mismo. Varios árboles habían encontrado en la sombra de los muros un buen lugar para echar sus raíces, y se apoyaban en ellos con resignación. Era difícil caminar. En el lado derecho, una obertura en la piedra daba paso a otra dependencia del monasterio. Avanzaron hasta ella, y tras atravesarla, sus ojos se llenaron de asombro: un majestuoso claustro se conservaba prácticamente intacto. Se componía de dos pisos superpuestos, articulados por galerías con unas impresionantes arquerías agudas. Esas mismas galerías estaban llenas de luz. Parecía mentira que, a pesar de años de abandono, aquel claustro se encontrase en ese estado. Las ventanas estaban compuestas de columnas apuntadas con motivos florales, y coronadas por enormes rosetones. A través de ellas se veía el patio, devorado por la hiedra y la dejadez. En el centro del mismo, un pozo cubierto completamente de verdes hojas se mantenía inmóvil.

Caminaron en silencio por los pasillos sin saber muy bien qué era lo que estaban buscando. Sus pasos resonaban, interrumpiendo el eterno silencio y la soledad del lugar.

—Puedo imaginármelo aquí perfectamente —dijo Ariel.

—¿A quién?

—A Armilar. Esta era su casa. Este es el verdadero San Onofre.

—¿Qué es lo que buscas, Ariel?

—No creo que lo encuentre. —Miró a Verónica—. Los pasillos subterráneos. Ahí es donde torturaba a esas mujeres. Tienen que estar

conectados con los del castillo... con los del panteón del cementerio... Joder, hay un universo ahí debajo.

Verónica se apoyó en el pozo. Observó los altos muros y las ventanas del segundo piso, tapadas por enredaderas y plantas.

—No sé...

—¿El qué?

—Me resulta muy difícil de creer todo esto. Suena a fantasía. ¿Una red de pasillos subterránea?

—Has estado en el castillo. Los has visto.

—Ya, pero...

—Las catacumbas de Roma, las de Paris. ¿Sigo?

—Ariel...

—¡Joder, Verónica! —gritó irritada—. ¡Yo he estado ahí dentro! ¿Se te ha olvidado lo que viste ayer dentro del panteón? No me puedo creer que me vengas con esto ahora.

—Ariel, yo también estoy sobrepasada.

—Pues entonces espera aquí.

Ariel comenzó a andar, dejando atrás a su compañera. Salió del patio del claustro, y entró a la nave anexa al mismo, separada de este por una sala que si conservaba el techo. Las marcas en la pared dejaban claro que había sido víctima del expolio durante estos años. Al lado, otro patio aún más grande que el anterior la esperaba. También había sido dominado por la maleza. Lo rodeaba una nave con dos pisos. Un enorme árbol extendía sus brazos por todas partes, dejando poco espacio para el paso, pero dotando al lugar de una belleza inconmensurable. Ariel se aupó a sus ramas, y trepó como pudo hasta el segundo piso. Apoyó las manos en la pulida y fría piedra, y se dejó caer al interior de un pasillo. Tan solo escuchaba el susurrar del viento y el canto de los pájaros que volaban en libertad por el cielo.

Avanzó unos metros. Al lado derecho, varias puertas daban paso a lo que en otro tiempo habían sido las celdas de los monjes. Supuso que, derruida la residencia de Armilar, el lugar había sido utilizado por alguna orden monástica. Asomó la cabeza en alguna de las habitaciones para encontrar tan solo maleza.

Desde el piso superior se apreciaba mejor el monte que rodeaba al enclave. Era precioso. Caminó hasta el final de la galería, y entró a una amplia sala. Una enorme chimenea la observaba desde debajo de un polvoriento y desgastado escudo heráldico. Sacó el móvil de su bolsillo, y procedió a iluminar el relieve.

La lamprea abrazaba mortalmente a la horrorizada mujer. Era el escudo de los Armilar. Lo acarició, y un chillido taladró sus oídos, haciéndola retroceder unos pasos. Le pareció escuchar unas extrañas voces, unos llantos, unos suspiros. Una ráfaga de aire provocó que las gruesas ramas del árbol del patio se agitasen violentamente. Ariel volvió a interesarse por la chimenea. Las piedras que la conformaban eran muy distintas al resto, de un color blanco inmaculado, como si no hubiese sido usada nunca. No había marcas de hollín, ni negrura en las paredes.

Introdujo su cuerpo en el interior. Se horrorizó al descubrir un enorme avispero colgando de la roca, que por suerte estaba abandonado. Palpó la piedra, y notó cómo la parte superior de la misma tenía dos hendiduras. Se agarró a ellas y se aupó. En el estrecho hueco destinado a la evacuación del humo había un agujero de forma rectangular. Iluminó, y vio que aquel extraño pasaje daba a un pasillo oculto construido dentro. Se arrastró por él. Pronto pudo ponerse en pie. Todo estaba lleno de telarañas que se pegaban a su rostro y a sus labios. Escupió asqueada, y se sacudió la ropa. La luz de su móvil teñía las paredes de un candente color.

El estrecho pasillo desembocaba en una escalera de caracol tallada en la roca. Los escalones eran pequeños, y le costó más de un resbalón bajar por ellos. Descendió varios metros, mientras una angustiosa sensación se apoderaba de ella. Sentía cómo mil manos invisibles la agarraban y acariciaban. Escuchaba voces perdidas entre las paredes... ecos de un pasado. Por fin, la mareante escalera finalizó. Una sala, tan grande que la linterna del móvil no era capaz de iluminar, se levantó ante sus ojos. Estaba vacía. No había nada más que piedra mohosa y olor a humedad. Dio un par de pasos, pero notó como bajo su pie derecho tan sólo había aire. Deslizó la mirada al suelo, y descubrió un enorme agujero, lleno de escombros y suciedad. Agudizó la vista, pero no era capaz de distinguir nada entre tantas sombras. ¿Continuaba el pasadizo ahí?

Su móvil comenzó a vibrar. Era Verónica. Decidió volver, al fin y al cabo, ese derrumbamiento le impedía hacer nada más en aquel extraño lugar. Subió rauda, algo agobiada sin saber muy bien por qué. No consiguió quitarse esa áspera sensación de encima, ni tan siquiera cuando se deslizó de nuevo por el hueco de la chimenea, y volvió a sentir la luz del sol sobre su suave piel. Corrió a la balconada de piedra, y usó de nuevo el árbol como escalera, aferrándose a su corteza, cubierta de una musgosa superficie. Llegó al suelo.

—¿Dónde te habías metido?

—¡Joder! —Ariel se dio la vuelta para descubrir a Verónica de pie tras ella —. ¡Qué susto!, *fuck*!

—Tía...

Verónica la observó. La ropa y el pelo de Ariel estaban sucios, llenos de telarañas y polvo. Ariel se dio cuenta e intentó limpiarse como pudo.

—Qué asco...

—¿Dónde estabas?

—He encontrado un conducto que lleva a una galería bajo tierra, pero todo está derrumbado.

—¿Entonces?

—Entonces no podemos hacer nada más aquí.

—¿Estás enfadada? —preguntó Verónica con un apagado tono de voz.

—No... siento haber reaccionado antes así... pero, joder Vero. Fíate de mí.

—Lo hago, jefa. —Le guiñó el ojo.

—No me llames así.

Ambas rieron y emprendieron el camino de vuelta al coche, dejando el majestuoso monasterio a sus espaldas, con sus vetustos muros observando como las figuras de ambas volvían a desaparecer entre la maleza. Ese momento tan sólo había sido un pestañeo en los cientos de años de historia del lugar.

El viento atravesó los huecos de las piedras, provocando un silencioso aullido. Todo volvía a ser silencio.

***

14.00 p.m.

Su pecho se elevaba de arriba a abajo al compás de su respiración. Los ojos estaban cerrados, y la cabeza apoyada sobre el sucio colchón. Todo su cuerpo descansaba. Estaba desnuda. Los huesos se fundían con las cicatrices, dibujando un extraño mapa sobre aquella piel de ajado papel.

Se estaba quedando sin fuerzas. Llevaba días sin comer. Deshacerse de la furgoneta le había supuesto un esfuerzo demasiado grande, y colocar la cabeza, un horrible estrés. Nunca trabajaba sin premeditación, pero las circunstancias lo habían provocado.

En sus manos descansaba el volumen que reunía la vida y obra de Beksińskii. Su único amigo. Su confesor. La única persona que la entendía, igual que ella le entendía a él. Su aliento atravesaba los afilados y amarillentos dientes, haciéndolos silbar. Los escasos cabellos que caían de su cabeza, grises y largos, cubrían malamente sus pechos y llegaban hasta sus pies. Una gota de agua se precipitaba a su lado desde el techo. Una hilera de cucarachas caminaba sobre su vientre. El cosquilleo de sus patas hizo que Vanya abriese los ojos. Su estómago rugió. Tenía hambre.

Miró a su alrededor. Se levantó, y caminó por las estancias buscando un alimento que sabía no iba a encontrar. Las garrafas estaban negras, la sangre se había secado y su tono se había adherido al plástico. Propinó una patada a una de ellas y gritó.

En la estancia principal, el retrato de la policía permanecía aún en el caballete, colgado, decapitado, privado de vida. Se acercó y se agachó ante él. Estaba muerta. ¡Muerta! Deslizó su áspera lengua sobre el lienzo.

Hoy saldría a cazar.

***

18.34 p.m.

Como era de esperar, no había nadie en la biblioteca; de hecho, le sorprendió que estuviese abierta el día de Nochevieja. Ariel se encontraba delante de uno de los ordenadores, consultando la historia del monasterio de Fresdelval. El único sonido que se escuchaba en la enorme sala era el rápido teclear de sus dedos, y los impacientes sorbos de la bibliotecaria, que observaba a la policía con recelo y sin ningún reparo en ocultar sus ganas de irse a casa.

Poco había escrito sobre el monasterio. Parecía que el edificio hubiese sido pasto del más horrible de los olvidos. Efectivamente, el libro consultado anteriormente erraba en sus datos sobre Armilar. San Onofre se encontraba en Villatoro, sí, pero no era la iglesia del lugar, sino aquel enorme monasterio, que había sido renombrado de aquella manera a posteriori.

«Fresdelval fue fundado sobre los cimientos de lo que era una ermita consagrada a la Virgen María, que existía desde tiempos del rey Recaredo. En el siglo XIV, durante el reinado de Juan I de Castilla, el culto a la imagen de la Virgen de Fresdelval recibe un renovado impulso al crear Pedro Manrique el Viejo, Mayor de Castilla y señor del valle, una cofradía que aunó a los lugares de Vivar, Burgos, Quintanilla y algún que otro pueblo en aquella iglesia.

Años después el lugar, debido a la dificultad de su acceso, fue abandonado, y no es hasta 1589, cuando es adquirido por un noble de la zona, que se realizan obras de ampliación. El lugar fue renombrado como "San Onofre", y paso de ser una pequeña iglesia, a ser un gran palacete que sirvió de residencia privada durante años a una pudiente familia de la zona.

Posteriormente, varias órdenes monásticas hicieron intención de vivir allí, desistiendo en su cometido a los pocos meses por las dificultades geográficas.

Los últimos habitantes del lugar fueron los descendientes directos de aquella familia. En 1931 el ayuntamiento se hace con los terrenos, y derriba el palacete, dejando tan sólo la estructura del monasterio, renombrado de nuevo "de Fresdelval". El lugar permanece en estado de ruina. En la década de los sesenta, fue malvendido a un inversor privado, y a día de hoy, ha sido declarado zona roja, debido a su evidente estado de ruina.»

Ariel se mordisqueó el dedo. ¿Quién era aquel inversor privado? Todas sus sospechas recaían sobre Jacinta. Apuntó el dato en una libreta para intentar consultarlo en el registro municipal. Poco más iba a encontrar sobre aquel extraño lugar, y un nombre le daba vueltas en la cabeza desde aquella mañana. Tecleó en Google *«Zdzisław Beksińskii»*. Pronto la sonriente imagen de aquel hombre de ralo pelo cano y gafas de pasta marrones se reflejó en la pantalla. Accedió a su Wikipedia.

«Zdzisław Beksińskii (Sanok, Polonia, 24 de febrero de 1929 - Varsovia, 21 de febrero de 2005) fue un pintor, fotógrafo y escultor polaco. Ejecutó sus dibujos y pinturas de un género que él mismo llamó barroco o gótico. El primer estilo es dominado por la representación del horror. Los mejores ejemplos vienen de su periodo de realismo fantástico, cuando pintó imágenes distorsionadas de un ambiente surrealista y de pesadilla. El segundo estilo es más abstracto, con las características principales del formalismo.»

Le interesaba conocer su obra. ¿Por qué Vanya sentía esta obsesión por él? ¿Qué había detrás? Deslizó su dedo por la ruleta del ratón.

«*Beksińskii* nació en un pequeño pueblo al sur de Polonia, al que regresa tras estudiar arquitectura en Cracovia, para trabajar como supervisor de construcción, algo que detestaba. Paralelo a ese trabajo, comienza a interesarse en la fotografía, la escultura, y la pintura, y empieza a trabajar creando diversas esculturas en materiales tales como plástico o metal, y a realizar fotografías inspiradas en el surrealismo francés, mostrando temas que serían luego recurrentes en su obra, como rostros deformes, lúgubres paisajes... en estas fotografías juega con las luces y las sombras. Aparecen ya temas que desarrollaría mucho más tarde, como muñecas mutiladas con el rostro arrancado, personas sin facciones o con la cara envuelta en vendajes...

Posteriormente decide centrarse en la pintura, creando obras de arte abstracto, hasta que, en los años sesenta, comienza lo que el mismo denominó su "período fantástico", durante el cual crea obras perturbadoras en las que

muestra un horrible mundo post apocalíptico en el que confluyen escenas de muerte, putrefacción, paisajes repletos de huesos, figuras deformes...

Son pinturas extremadamente detalladas, donde muestra su exquisita precisión y perfeccionismo.

"Deseo pintar de la misma forma como si estuviese fotografiando los sueños".

Beksińskiii afirmaba que sus trabajos eran indescifrables; en su opinión, estos guardaban un tema optimista e incluso humorístico. Siempre decía que desconocía el significado de sus obras, y que no estaba interesado en las interpretaciones que de estas se pudiesen derivar, por lo cual jamás las puso nombre.

"Lo que importa es lo que aparece en tu alma, no lo que ven tus ojos y lo que puedes nombrar".

A finales de los noventa, la desgracia comienza a rodear su vida. Su esposa, Zofia, muere en 1998, y un año más tarde, durante las fiestas navideñas, su único hijo, el popular presentador de radio y periodista musical *Tomasz Beksińskii* pone fin a su vida, siendo su padre el descubridor del cuerpo.

Incapaz de aceptar esa muerte, colgó un sobre en la pared de su habitación en el cual podía leerse "Para Tomek, en el caso de mi fallecimiento".

El 21 de febrero de 2005, *Zdzisław Beksińskii* fue encontrado muerto en su apartamento, víctima de diecisiete puñaladas, proporcionadas por Robert Kupiec, hijo del conserje de su edificio, que lo asesinó al no querer el pintor prestarle dinero.

A pesar de ser la obra de *Beksińskii* perturbadoramente horrible, su personalidad era agradable, tendiente a disfrutar de una buena conversación y con un enorme sentido del humor. Modesto y muy tímido, siempre señaló a la música como su fuente de inspiración, negando que el cine y la literatura tuviesen ninguna influencia sobre su obra.

"La realidad existe en alguna parte, pero la traducimos a nuestro propio idioma. Solo vemos ilusiones".»

El artículo daba paso a una galería de los horrores, en la cual putrefactos rostros, cuerpos deformes, sangre, vísceras, insectos y huesos se mezclaban en las pinturas del polaco. Ariel reconoció los correspondientes a los asesinatos, que ya había visto aquella mañana junto a Alba.

Frotó sus ojos, y apuró los restos de la infusión de menta, que ya estaba asquerosamente fría. La bibliotecaria señaló el reloj de su muñeca, invitándola

a marcharse. Se levantó de la silla, le dolían las extremidades. Recogió todo lo que estaba desperdigado en la mesa, y caminó hacia el mostrador. La pálida mujer la escrutó con ojos impacientes.

—Perdone... ¿podría consultarme si tienen algún libro sobre surrealismo? —preguntó Ariel con dulzura.

—Muchos. —La amarga voz fue seca y cortante—. ¿Alguien en concreto?

—*Beksińskii* —dijo Ariel, imaginando que aquella era la pronunciación correcta de aquel extraño apellido. La bibliotecaria la miró dubitativa.

—¿Me lo puede deletrear? —Reconoció con un evidente rubor en las mejillas.

Así lo hizo Ariel. Los rechonchos dedos bailaban sobre el teclado. La canosa mujer arrugó la nariz.

—Qué curioso... lo hemos tenido en algún momento, porque aparece en el archivo, pero ya no. Alguien se lo quedaría. Qué asco de gente.

Ariel le agradeció su tiempo, le deseó feliz Año, a lo que esa mujer respondió con una opaca sonrisa, y salió del lugar pensativa. Tenía claro dónde estaba aquel libro.

Caminó cabizbaja por el enmoquetado pasillo, donde el olor a café y papel antiguo se mezclaban, creando una acogedora atmósfera. Descendió en el ascensor, y cuando por fin estuvo en la calle, sintió cómo el frío viento quemaba su delicada tez. El aire iba acompañado de unos finos copos de nieve, casi invisibles, que no llegaban a cuajar, pero que aportaban a aquellas últimas luces de la tarde una belleza impresionante. Avanzó por el paseo del Espolón. Aún no se había encendido la iluminación navideña. En las terrazas, muchos disfrutaban de las últimas horas que le quedaban al año, desafiando al frío con cervezas y copas de vino.

Buscó el móvil en su bolsillo para poder refugiarse en Spotify. Un golpeteo en el cristal de la chocolatería Ibáñez se perdió entre el murmullo del gentío. Soledad la llamaba desde el interior, pero Ariel, con la vista clavada en la pantalla, permanecía indiferente a todo lo que pudiese suceder a su alrededor. La forense había apretado sus rechonchas manos sobre el escaparate, dejando impresa su forma. Decidió salir a su búsqueda. Unas arpías que apuraban un café la miraban con descaro. Ni tan siquiera se puso el abrigo, marchó a la calle corriendo.

—¡Ariel!

No podía seguir el ritmo de las ágiles piernas de la inspectora. Verla intentar correr era todo un espectáculo. Dentro de sus manoletinas rojas se apretujaban sus pies, que intentaban torpemente sujetar el peso de su cuerpo. Un señor avisó a Ariel de que una mujer la llamaba, y esta se giró bastante desconcertada. El desconcierto aumentó cuando se encontró con la imagen de la forense, apoyada sobre sus rodillas, intentando recuperar la respiración.

—¡Soledad! Perdona, no me he dado cuenta... iba con los auriculares.

—¡Jesús! ¿A qué volumen los llevas?

—Pues... me gusta llevar la música alta.

Soledad se reincorporó.

—Os vais a quedar sordos. Ya lo veréis.

—Bueno... —Ariel no supo muy bien que responder.

—¿Tienes algo que hacer?

—Pues hasta la hora de cenar, nada.

—Te invito a un zumo.

Ariel aceptó, y ambas procedieron a entrar en la cálida chocolatería. Las arpías comentaban lo grosera que les había parecido aquella mujer.

Ariel observó la curiosa vestimenta de Soledad. Estaba claro de que no tenía ningún tipo de ojo para la moda: bajo un chaleco de lana verde oscuro llevaba puesta una camisa rosa con unos enormes botones blancos. La camisa era tan larga que caía por sus piernas, tapando sus pantalones; sin embargo, las mangas le quedaban cortas y justas.

Se sentaron en la mesa que había ocupado la forense antes, sobre la cual descansaban un montón de papeles, el periódico del día, y una novela de un autor desconocido para Ariel. Un camarero les tomó nota: Soledad quiso un zumo de naranja natural, y Ariel, para no destacar, pidió una manzanilla.

—¿Qué tal todo? —rompió el hielo. Soledad hizo un gesto extraño con sus labios.

—Hasta arriba. Ya sabrás lo de la cabeza. Bueno, se supone que no te puedo decir nada, pero vamos, tú eres la única que ha hecho algún avance en la investigación. Si es por estos que se han quedado a cargo... No me lo tomes a mal, Basurto es muy buen chico, pero de inteligencia, lo justo para acabar el día... y ahora, claro, con esto de que hayan asesinado a un policía pues...

—¿Cómo?

Ariel la miró con sorpresa. Soledad le devolvió la misma mirada.

—¡Uy! ¡Qué despiste! ¡Pensé que lo sabías! La cabeza pertenece a Gómez.

—Joder...

—Imagínate cómo está el panorama. De todo menos bonito.

—Soledad. —El camarero volvió con las bebidas. Ariel esperó para continuar a que terminase de colocarlas en la mesa—. ¿Te suena el nombre de *Zdzisław Beksińskii*?

—No. —Sorbió el anaranjado líquido—. ¿Debería?

—Mira.

Ariel realizó una rápida búsqueda en el móvil, y se lo entregó. Las horripilantes imágenes de los cuadros desfilaron ante los cristales de las gafas de la forense.

—San Pito Pato... son ellas —comentó con un hilo de voz—. ¿Cómo...?

—De casualidad. Pero ahí tenemos lo que Vanya está replicando.

—¿Quién?

—Vanya Armilar.

—¿Cómo? —Soledad casi gritó.

—Ahora te lo explico todo bien.

La forense volvió a posar sus ojos sobre la pantalla del móvil.

—Jesús... San Pito Pato... San Onofre... —Se quitó las gafas y frotó sus ojos —. Te va a sonar algo frívolo... pero son fantásticos... la técnica... los colores... el trazo... Es como ver una pesadilla.

—Lo sé. Yo también lo pienso. Y desde luego ha conseguido recrearlos a la perfección.

—Sin duda. —Amplió uno de los cuadros, en el cual una cabeza mutilada yacía en el suelo con vísceras saliendo por sus cavidades oculares—. Gómez.

—Dios...

—¿Me puedes contar de que va eso de Vanya Armilar?

Ariel procedió a relatar toda la historia. Desde los encuentros de Juan de Jonás con Salazar y Frías pasando por toda su descendencia, hasta llegar a Jacobo y Dasha... los asesinatos de mujeres que rodearon su vida... y Vanya, su hija. Le contó cómo Jacinta la había escondido y criado como si fuese su propia hija tras la ejecución de sus progenitores. Cómo a ojos del mundo Vanya Armilar estaba muerta.

Cuando terminó su relato, tenía la boca seca, y la forense la observaba con incredulidad.

—¿Tienes alguna idea de por qué lo hace? —Se limitó a preguntar.

—Sí, tengo una teoría. —Ariel observó la manzanilla. De pronto la idea de beber se le antojaba repugnante—. El cuadro en el que estaba retratada la plantilla del hospital había sido pintado por Jacinta. Cuando fuimos a su casa encontramos muchísimos volúmenes sobre Historia del Arte y varios cuadros. Supongo que Jacinta enseñó a Vanya a pintar para sacarla del letargo que suponía el estar escondida del mundo.

»Puede que Vanya encontrase ahí una manera de expresarse... quizá es su forma de ser escuchada. ¿Recuerdas las pintadas de la catedral? —Soledad asintió—. Estoy segura de que ella fue la autora. Grabó una frase de LaVey, el papa negro: «Hay una bestia en el hombre que debe ser ejercitada, no exorcizada». —Soledad arqueó las cejas—. Creó que Vanya quiere mostrar que el dolor forma parte de la vida, que todos tenemos una parte de maldad que intentamos reprimir, y que precisamente no deberíamos controlar nuestros impulsos.

—¿Tú piensas así?

—Creo que hay algo de razón. Todos tenemos impulsos que reprimimos, pero si lo hacemos es precisamente por preservar el bien común. Si todos fuésemos matando a cada persona que nos cae mal...

—Nos quedaríamos solos... no estaría mal.

—Hay algo más.

—¿Más?

—Me hablaste de la porfiria.

—Efectivamente. Los análisis de las muestras que trajiste mostraban que esa persona padece esa dolencia.

—Una dolencia que muchos llaman la enfermedad del vampiro...

—¿A dónde quieres llegar?

Ariel se inclinó sobre la mesa.

—La historia de los Armilar está escrita en sangre. Juan de Jonás torturaba a mujeres, y hay constancia gracias a los escritos de Salazar y Frías. Que Jacobo y Dasha fuesen los autores de todos esos asesinatos es algo más difícil de probar, pero es obvio. Varios cadáveres aparecieron con heridas en el cuello... les habían extraído la sangre... ¿Te suena?

—Claro que me suena. Nuestras víctimas...

—…no tienen sangre —terminó Ariel.

—Pero Ariel... veo todo muy...

—Estamos hablando de una Armilar.

—Pero la sangre de los cadáveres no ha sido extirpada a sorbetones. —Soledad esbozó media sonrisa—. Se la han extraído con mucho conocimiento.

—Igual que los órganos. Tú misma afirmaste que la persona que lo hubiese hecho tenía nociones de medicina. Sabes que es muy probable que sea ella...

—Dios santo...

La forense se quitó las gafas y, expulsando un poco de vaho por la boca, las limpió ayudada de un pliegue de la camisa. Volvió a beber del zumo, algo nerviosa. La pulpa que vagaba sobre la superficie del vaso se pegó en sus labios.

—La hija de Jacinta nos contó que su madre amamantó a Vanya durante años... dejaba que mordiese sus pechos para beber su sangre.

—¡Por favor! Pero ¿qué es esto?

—Lo sé... Pero no me lo estoy inventando, Soledad.

—No, claro. Ya lo sé; de hecho, hay muchos psicólogos que consideran que somos vampiros. Nada más nacer lo primero que hacemos es mamar. Obtenemos la vida por la boca, succionando el líquido que nos proporciona otro ser humano. Era Freud el que decía que durante su primer año de vida un niño se encuentra en el estadio oral.

»Aprendemos que muchos de nuestros placeres llegan a través de nuestra boca... No es casualidad que nuestros labios sean una zona erógena. Karl Abraham fue más allá. Para él el estadio oral va desde el nacimiento hasta los seis meses, desarrollando después la fase sádica, en la que el niño, ya con dientes, tiene ganas de morder para succionar esa sangre blanca. No sé si todo esto se suena un poco aturullador.

—Para nada. Por favor. —Ariel jugueteaba con las manos—. ¿Puede que Jacinta intentase implementar los hábitos de los padres de Vanya en la niña?

Soledad se frotó la frente pensativa.

—Es muy probable. Quizá la mujer llegó a entender el desequilibrio de ese matrimonio, o más bien de la familia entera...

—Les admiraba.

—Posiblemente. Si es cierto que crio a su hija y nunca les delató...

—Incluso llegó a inculpar a un inocente para salvarlos...

—Y si la niña se acostumbró a beber sangre desde pequeña... Hay una leyenda en la tradición eslava: si un niño nace con dientes está destinado a ser un vampiro. Si Vanya aprendió desde pequeña a amar la sangre...

—Sumado a su enfermedad, que es la misma que tenía su madre.

—¿Cómo lo sabes?

—Según todo lo que he estudiado, Dasha tenía una salud muy débil, y necesitaba cuidados las 24 horas del día.

—¿De dónde era?

—Moldavia.

—Es muy curioso. —Frunció el ceño—. En el siglo XVI hubo una locura colectiva en las zonas de Serbia y Rumanía. Se denominó la fiebre del vampiro. Todo estalló después de los casos de Arnont Paole y Peter Plogojowitz, dos campesinos de la zona. Al parecer, después de muertos, en sus pequeños poblachos la gente comenzó a morir de manera sospechosa. Un médico se trasladó allí y vio que los aldeanos presentaban fiebres y muchos dolores. Ante la histeria colectiva, ordenó exhumar los cadáveres de aquellos dos hombres y los encontró incorruptos.

»Claro, ahora sabemos que un cuerpo enterrado en un ataúd de madera se descompone mucho más despacio en una tierra con un valor de pH 8 aproximadamente, y si encima la arcilla deja pasar poco oxígeno, pues el cadáver estará inmaculado, pero en la época, la gente se volvió loca. Pensaban que el vampirismo era una enfermedad que se transmitía, como una especia de lepra... Se publicaron estudios de lo más variopintos... Michael Ranfitius desarrolló una teoría que amplió luego Görres. Estos decían que un vampiro enterrado puede influir en el entorno de los vivos como un imán, vampirizando a las personas, llevándolas a perder el apetito, la energía... y finalmente, a morir, para acabar convirtiéndose en vampiros.

—¿Cómo sabes tanto de este tema? —preguntó Ariel impresionada. Para ella el cerebro de Soledad era una enciclopedia perfectamente ordenada, que contrastaba con el caos del exterior.

—Siempre me han gustado las curiosidades médicas. —Rio—. Pero la realidad es mucho menos interesante que la ficción. En aquella época se produjeron por la zona numerosas epidemias de rabia, que seguramente la gente relacionó con los vampiros; de hecho, se dice que el mito del ajo se debe a la sensibilidad olfativa de los enfermos de rabia. —Soledad insufló aire, y la nariz se le expandió, asemejándose al hocico de un cerdito—.

»¿Sabes que hubo un *Vampire Research Center* hace relativamente poco? —Ariel negó con la cabeza—. Lo fundó un parapsicólogo algo locuelo... Stephen Kaplan. Llego hasta a hacer una clasificación de los vampiros en tres grupos. Esto te va a interesar: los primeros son los que necesitan sangre para

sobrevivir, los segundos manifiestan una fijación psicopatológica por la sangre, y los últimos son las personas que quieren ser vampiros, porque encuentran en esas figuras la vida ideal. Ya sabes que cuando una persona se obsesiona con algo puede llegar a producir en su cuerpo incluso alteraciones... Toda esa gente con estigmas que afirman que es obra del altísimo y esas chorradas...

—Que me vas a contar...

—Ay, Palmariana. —Rio—. Pero en el tema de beber la sangre... siempre ha habido una creencia mística alrededor de ella. Al fin y al cabo, es lo que nos da vida. Sin sangre no somos nada. A lo largo de la historia, yo diría más, desde los principios de la misma, ha habido un culto enfermizo alrededor de la sangre... desde los sacrificios para los dioses de las civilizaciones antiguas... los baños de sangre... incluso la Inquisición, que no era más que sadismo disfrazado de culto... o más recientemente, los espeluznantes casos de psicópatas que bebían la sangre de sus víctimas... Haarmann, Verzini, Peter Kürten, Karl Denke, John Haigh, Jürgen Bartsch... todos ellos sentían fascinación por la sangre. Pensaban que les daba fuerza... que los revitalizaba...

—Como Vanya...

—Bueno, no lo sabemos. Desde luego Vanya ha extraído la sangre de los cuerpos, sí, y los órganos.

—¿Crees que...? —No pudo completar la pregunta.

—No sería la primera. Anda que no hay testimonios desde la antigüedad de personas que afirmaban que comerse los órganos de otras regeneraba los suyos y alargaba su vida. Es así de sencillo. Incluso todos los domingos en misa, millones de personas se comen el cuerpo y se beben la sangre de Cristo. ¿No es eso canibalismo? Al final todo se reduce a las ideas de cada uno... Podemos pensar que son enfermizas, pero al final, ¿cuántas personas han comido hoy carne de animal para comer?, ¿no es eso lo mismo?

—Lo es.

—Yo también lo creo. Cuando de pequeña te dicen: comete el filete que es muy bueno. Bebe la leche de la vaca, que necesitas calcio... Todo bobadas sin base científica más allá de los intereses económicos de ciertas empresas... pero te lo crees. Pues esta gente también piensa que comerse un corazón les alarga la vida, o que comerse un cerebro les hace más inteligentes.

—Muy cierto. —Ariel sonrió—. Por cierto... ¿el beber sangre puede derivar en alguna enfermedad?

—¿Lo preguntas por algo?

—Leí que tanto Juan de Jonás como varios de sus descendientes murieron a causa de una insuficiencia sanguínea.

—Bueno... nuestro cuerpo no está preparado para digerir la sangre, que tiene un alto contenido en hierro. El exceso del mismo puede provocar una hemocromatosis... y esto puede derivar un deterioramiento progresivo de órganos como el corazón... los riñones...

—Sin embargo, Vanya tiene casi cien años.

—¡San Pito Pato! ¿Quizá es una vampiresa de verdad?

—A estas alturas ya no descarto nada...

Ambas terminaron sus bebidas. Habían pasado más de una hora conversando. Ariel no pudo hacer nada para evitar que Soledad pagase la ronda.

Salieron a la calle, previa recogida de todos los artilugios que la forense tenía esparcidos por la mesa. La noche ya había caído, y la gente seguía celebrando el fin de año.

—No entiendo esto de celebrar la Nochevieja —comentó Soledad—. El año acaba aquí porque lo ha dicho el ser humano, pero es un día como otro cualquiera... El problema de los hombres es que se creen el centro del universo, y somos una hez de mosquito.

Ariel rio.

—Opino igual que tú. Aun así, feliz Año, Soledad.

—Feliz Año para ti también. ¿Tomás uvas? Es curioso el origen de esa tradición...

—No, tomo Lacasitos.

Ariel se apresuró a cortar la historia de la forense. Está rio. Se despidieron, y Ariel emprendió el camino hacia el apartamento que había alquilado. En sus auriculares Fools Garden cantaban *Closer*.

En las terrazas las sonrisas se dibujaban en los rostros, y el alcohol regaba el suelo. Las luces centelleaban en el cielo. Los niños jugaban. Aún tenía que maquillarse, vestirse, e ir a buscar a Verónica.

Cuando llegó al piso, puso la música en voz alta, y se sirvió una copa de vino. Rebuscó en la maleta. Tenía que encontrar el vestido que había escogido para esa noche.

Su móvil vibró. Alba.

Espero verte esta noche. Te quiero.

Ariel tembló, y se apretó el móvil contra el pecho. Al otro lado de la pantalla, una dubitativa Alba había esperado hasta el último momento para enviar ese mensaje, después de la noche anterior. Estaba sentada en el sofá, rodeada de sus primos pequeños, que la buscaban para jugar con ella. Esperó unos instantes la respuesta de Ariel. Al no recibirla, colocó con frustración el móvil boca abajo sobre la mesa de cristal, llena de aperitivos, y atendió a sus primos con un triste gesto. El móvil vibró, pero ya no lo escuchó. El cristal de la mesa reflejó el mensaje de Ariel.

Tengo muchas ganas de verte.

Ariel se lanzó a la cama sonriente. Había encontrado el vestido, y ahora sólo pensaba en Alba. De pronto la imagen de Zoe atravesó sus pensamientos. ¿Le felicitaría el año? La idea de recibir un mensaje suyo la heló y aterró.

Se lanzó a la maleta, y buscó su neceser. Dentro se encontraban un montón de útiles de maquillaje. No iba a permitir que Zoe siguiese impidiéndola seguir adelante. Avanzar. Ser feliz.

Bebió de su copa, y se desnudó poco a poco. Estaba preciosa. Corrió hacia el baño con la copa en una mano y el neceser en la otra. Se miró en el espejo, y sonrió mientras cantaba.

Don't be afraid, I'm not lonely,
I'm closer closer to my life.
Don't wait, I won't be lonely,
I'm closer closer to my life."
(No tengas miedo, no estoy sola.
Estoy cerca, muy cerca de mi vida.
No esperes, no estaré sola.
Estoy cerca, muy cerca de mi vida)

***

21.32 p.m.

Un rugido proveniente de su estómago se propagó por la estancia. Sus descarnadas extremidades asían su barriga intentando contener el hambre. Debía esperar. Necesitaba esperar. Había sido muy imprudente, y estaba nerviosa.

En un cavernoso hueco cavado en la roca descansaban sobre dos estacas sus dos máscaras, aquella que había hecho con la piel y el rostro de esa

horrible mujer, y su favorita, la que había inspirado en la obra de Beksińskii. Solo se la ponía en ocasiones especiales. Hoy era una de ellas.

Se acercó, deslizándose como una asquerosa araña por el suelo, arrastrando sus afiladas uñas por la húmeda roca. Acarició el yeso, del cual estaba hecha la careta. Su oscura palidez y su ausencia de rasgos resultaban impactantes.

Sonrió.

El crepitante vinilo reproducía con esfuerzo el *Nuages gris* de Franz Liszt.

Tenía la boca seca, y la piel de sus labios se agrietó al estirarse. No brotó sangre. La herida solo dejó a la vista una verdosa capa de musculo sobre su mentón. Acarició sus dientes con la lengua, tan deshidratada que parecía estar formada de esparto.

Agarró la máscara, y se acurrucó en el suelo. No le costó dormirse.

***

22.43 p.m.

La velada transcurría de manera agradable. Ariel se había presentado en casa de Verónica cargada con una bolsa llena de botellas de vino y diversos aperitivos que había cocinado: hummus, guacamole, un pastel de seitán, tofu marinado...

Se había decido por un mono de color negro. Dos tiras de tela caían por sus hombros, cubriendo sus senos, y llegando casi hasta su vientre, donde por fin se unían, y creaban una sola pieza, que hacía las veces de pantalón, siendo estos más holgados. El vestido era precioso, y resaltaba sus angelicales rasgos y su figura, dotándola de una delicada levedad. Verónica había abierto la boca exageradamente al verla.

—Guau... *ederra*. Estás preciosa Ariel.

Esta se sonrojó tontamente.

—Qué exagerada... tú también lo estás.

Verónica llevaba un vaporoso vestido de brillos dorado que dejaba al descubierto su espalda y sus brazos. La tela se enrollaba en su cuello, sobre el cual caía el anaranjado cabello. Se había maquillado de tal manera que parecía aún más bella, si eso era posible. Bajo sus espesas y características cejas, un ahumado rodeaba sus párpados superiores, dotando de intensidad el verde de sus ojos. Sonrió.

—Yo siempre. —Ambas rieron—. Pero tú vas a dejar a tu novia de piedra.

—¡Verónica! ¡No empieces!

Verónica le guiñó el ojo, y le indicó dónde podía dejar todo lo que traía. El pequeño apartamento estaba decorado con gusto. Pocas referencias navideñas, mas allá de un árbol con bolas blancas y negras, y varias tiras de lucecitas doradas que envolvían al lugar con su calidez.

La mesa de cristal se había dispuesto en el centro del salón. Sobre ella, sendas copas, cubertería y platos, y tan solo dos sillas.

Verónica descorchó una botella de vino mientras troceaba zanahorias en la cocina para poder untar el hummus y el guacamole. El pastel de seitán se gratinaba en el horno, donde el queso poco a poco adquiría una suculenta tonalidad tostada, y el tofu, acompañado de guisantes, espinacas y habas, se calentaba en el microondas. Ariel no quería oler a comidas en la fiesta posterior, y Verónica menos. Esta última llenó dos copas de vino, y le entregó una de ellas a Ariel.

—Por nosotras —dijo.

—¿Y eso? —preguntó risueña Ariel.

—Por habernos conocido. Solo por eso ha merecido la pena todo.

Ambas se abrazaron.

—Por nosotras —repitió Ariel.

Brindaron, chocando ambos cristales, que produjeron un centelleante sonido.

Verónica se acercó a la televisión, y encendió la barra de sonido que se situaba bajo ella. Pronto ETS cantaban *Zurekin Batera*.

La cena discurrió tranquila en la cálida atmósfera del salón. Las cadenas de lucecitas centelleaban acompañando las risas de ambas. La comida era exquisita, al igual que la compañía. Corrieron varios litros de vino mientras el reloj avanzaba, consumiendo poco a poco los breves instantes que le quedaban a aquel año.

A las doce menos cuarto, Verónica se dirigió a la cocina para llevar el postre a la mesa. La sosegada música cambió, y pronto la voz de Imogen Heap envolvió toda la estancia. Ariel se levantó, y sacó el móvil de su bolso. Alba no había respondido a su mensaje. Caminó cabizbaja hacia la cocina, sujetando temblorosa una copa de vino a la que apenas le quedaban un par de sorbos. Verónica trabajaba en la encimera, colocando varias piezas de fruta sobre una bandeja. La suculenta carne anaranjada de un mango se amontonaba en forma

de dados junto a varios trozos de papaya, kiwi amarillo, pomelo y manzana. Se dio la vuelta al verla entrar.

—¡Qué bien me vienes!, ayúdame a llevar esto a la mesa. —Le tendió dos pequeños cuencos de cristal. Uno contenía las doce uvas, y el otro, doce Lacasitos.

Ariel obedeció, y volvió al salón. Colocó encima de la mesa los cuencos con sumo cuidado, cuando notó que su móvil vibraba. Lo desbloqueó temblorosa. Cuando leyó aquel nombre, casi dejó caer la copa. Zoe.

Feliz Año Nuevo, Ariel. Espero que todas tus metas se cumplan y que seas muy feliz. Un abrazo!

Ariel se sintió desfallecer. Sus piernas no respondían, y se dejó caer en el sofá. Estaba temblando. Su respiración se había agitado tanto que parecía que su pecho iba a explotar. Podía sentir los latidos de su corazón. Podía sentir sus venas bombeando sangre. Un montón de pensamientos se amontonaron en su mente: ¿Por qué la hablaba ahora?, ¿era una manera de llamar su atención?, ¿seguía sintiendo Zoe algo por ella?

No sabía qué hacer. No era capaz de reaccionar. Intentó teclear. Todo lo que escribía le parecía demasiado. No pensó. Respondió.

Feliz Año Zoe. Espero que consigas todo lo que te propongas en la vida y seas muy feliz. Un beso.

El *tick* azul se iluminó al momento. Zoe lo había leído. Ariel vació su copa mientras esperaba su respuesta. En la pantalla superior, unas letras afirmaban que Zoe estaba escribiendo. De pronto, se apagaron. Se había desconectado.

Ariel observó la pantalla perpleja. Esta se volvió oscura, y reflejó su rostro, que quedó distorsionado por una lágrima que se deslizó desde su ojo hasta la cristalina superficie, explotando sobre ella. Un angustioso nudo oprimía su garganta. De repente solo era capaz de pensar en ella. En sus manos, sus labios, su rostro, su voz, su olor... En su mente se sucedían a cámara lenta escenas de todo lo que habían vivido juntas, como si de una película se tratase. Vio a Zoe a través del objetivo de su cámara. Vio aquel primer beso frente al coche casi destrozado. Vio su primera vez. La vio dormida a su lado.

Rompió a llorar. La letra de Imogen Heap encajaba de forma escalofriante con todo aquello que estaba sintiendo.

Whatcha say?, that you only meant well? Well, of course you did.
Whatcha say?, that it's all for the best? Of course it is.
Whatcha say?, that it's just what we need? And you decided this?

Whatcha say?, what did she say?
(¿Qué es lo que dices?, ¿qué sólo intentaste hacerlo bien?, claro, por supuesto.
¿Qué es lo que dices?, ¿qué esto es lo mejor? Claro que sí.
¿Qué es lo que dices?, ¿qué esto es lo que necesitamos?
¿Y eres tú quien lo decide?
¿Qué es lo que dices?, ¿Qué es lo que has dicho?)

Ariel intentó recomponerse antes de que llegase Verónica. Limpió sus lágrimas, rezando para que no hubiesen afectado al maquillaje, e intentó controlar su respiración. Su amiga apareció por la puerta con la bandeja de fruta y una botella de sidra.

—El mango está buenísimo. ¡La papaya, sosísima! —exclamó—. Y mira lo que tengo —dijo esto último canturreando, mientras señalaba la botella de sidra—. Sidrita natural de mi tierra, Álava. ¿Te pasa algo?

—No... ¿por qué lo dices?

—Parece como si hubieses llorado...

—No...

—¿Estás segura?

—Sí. Tranquila.

Verónica torció el gesto, pero no insistió.

—Pues venga, ¡vamos a brindar! —Llenó dos copas con el espumoso líquido, y le entregó una a Ariel—. Por seguir hacia delante. Porque nada ni nadie puede con nosotras. Porque no tenemos miedo de nada, y somos dueñas de nuestra vida. —Brindaron, y bebieron—. ¡Y por el amor! —Verónica se acabó la copa, y sonrió—. Quedan dos minutos. ¿Salimos al balcón?

Ariel asintió. Una helada ráfaga atravesó su vestido, acariciando su piel. La ciudad estaba en silencio. Las ventanas de los edificios colindantes estaban iluminadas, y a través de ellas podían verse las figuras de la gente. Muchas familias se juntaban en torno a la televisión. En otras casas, el panorama era más triste: gente sola, esperando a que diesen las doce para irse a la cama.

Verónica encendió uno de sus cigarrillos.

—Cierra los ojos, Ariel.

—¿Para qué? —preguntó esta extrañada.

—Para que puedas pensar. Piensa en todo lo que has vivido este año. En lo que has ganado... en lo que has perdido. En lo primero que quieres hacer este nuevo año. Pasa los últimos segundos que le quedan a esta década contigo misma.

Ariel rio tímidamente, pero obedeció. Dotan cantaba *Home* en los altavoces del salón. Ariel se apoyó en la pared de ladrillo, y poco a poco cerró sus ojos. Era increíble todo lo que había sucedido en apenas unos meses.

El rostro de Zoe fue sustituido por el de Alejandro. Sintió un pinchazo en el corazón. Una espesa bruma envolvió su mente.

Notó el humo del tabaco. Se aferró a la música que venía del interior. La bruma negra se fue volviendo claridad. Pudo vislumbrar un rostro. Los ojos de Alba la miraban con timidez. Observó sus rosadas mejillas, y sonrió. Escuchó unas campanas, y una explosión la hizo abrir los ojos. El cielo se había iluminado con miles de colores provenientes de unos fantásticos fuegos artificiales, y la ciudad había estallado en un estridente griterío.

Verónica la abrazó.

—Feliz Año Nuevo, Ariel. —Ariel la envolvió con sus brazos.

—Feliz Año, Verónica.

El móvil de Verónica comenzó a emitir sonidos. Descolgó para contestar las felicitaciones que le estaban llegando. Ariel sonrió y miró el suyo. Tenía dos mensajes. Se sorprendió al ver que el primero de ellos era de Baena.

Feliz Año, *zagala*! Te mereces todo lo bueno que pueda pasarte. Eres una persona magnífica, un ser humano excepcional. Conocerte, a pesar de las circunstancias, fue un regalo. Gracias a ti he conseguido seguir adelante, y avanzar por el camino correcto, día a día. Un beso de parte de toda la familia.

Había adjuntado una fotografía al final del texto. Era el salón de su casa, decorado con motivos navideños. Baena llevaba un sombrerito dorado y un matasuegras en la boca, y sonreía abrazado a sus dos hijas, que reían al observar sus pintas. Su mujer los miraba con dulzura.

Ariel sonrió al pensar en su amigo. Al pensar que, por fin, después de haberlo pasado tan mal, era feliz. Decidió llamarle un día de estos, y respondió efusivamente a su felicitación.

El otro mensaje era de su madre, que le enviaba una foto de Budy dormido en el sofá mientras veían las campanadas. Habló con ella por teléfono. Cuando colgó, Verónica seguía hablando en el interior del salón.

Ariel apuró lo que quedaba en su copa de sidra apoyada en la barandilla mientras observaba los fuegos artificiales. Su móvil vibró, y su corazón lo imitó al leer que el mensaje entrante era de Alba.

Sé que este último año no ha sido bueno para ti, pero, por mi naturaleza, me gusta intentar ver la parte positiva de las cosas. Todo lo que ha podido

suceder nos ha llevado al momento en el que estamos ahora, y, sólo por eso, estoy agradecida. Por poder haberte conocido. Espero seguir haciéndolo mucho tiempo. Feliz Año, Ariel.

Apretó el teléfono contra su pecho, y comenzó a reír. Cerró los ojos. Lo único que quedó en el ambiente era la música y el sonido de las explosiones.

Through the warmth, through the cold, keep running till we're there.
We're coming home now, we're coming home now
(Atravesando el calor y el frío, sigue corriendo hasta que estemos allí.
Es ahora cuando llegamos a casa.)

***

01.12 a.m.

Las calles se habían llenado ya de gente, sonidos, y aromas. Ariel y Verónica caminaban risueñas entre la multitud, que se había dado cita en los bares del centro para celebrar la llegada de un nuevo año. Ariel andaba amarrada a Verónica. El alcohol de la cena había empezado a hacer efecto, y se sentía más positiva que de costumbre.

Sonreía, reía, y pensaba en Alba. Su estómago era un nido de mariposas, que aleteaban alocadamente en el interior, provocándole un cosquilleo que se reflejaba en su cara.

Alba le había enviado una ubicación al móvil. No conocía la sala, ni la zona. Paseaban por la calle de la Paloma, afrontando la bulliciosa recta entre los cánticos de la gente, los besos y los bailes. El navegador se estaba volviendo loco intentando ubicar la dirección que Ariel había introducido.

—Pero ¿sabes a dónde vamos? —preguntó Verónica riendo.

—Ni idea. Sala Z. ¿Te suena?

—Tú eres la de la zona... yo no tengo ni idea.

Tropezó en una baldosa con sus afilados tacones, y casi cayó al suelo. Ariel se lanzó a por ella preocupada, y ambas comenzaron a reír estruendosamente.

—¿Y por qué no la llamas por teléfono?

—Joder, Vero... somos policías. ¿No vamos a ser capaces de encontrar un bar?

—Ya veo... te da vergüenzaaaa, te da vergüenzaaaaa —canturreó mientras clavaba divertida su dedo índice en el vientre de Ariel.

En esas, la flecha del navegador cambió de dirección, y les indicó que debían retroceder. Obedecieron apesadumbradas y volvieron sobre sus pasos, atravesando el bullicio de nuevo. Subieron por una estrecha callejuela, y fueron a parar a la calle Barrantes, que ambas conocían de sobra. Caminaron entre las vetustas viviendas, y entre el más absoluto de los silencios.

El hueco de color negro que había dejado el edificio de los Armilar al explosionar destacaba sobre la hilera de casas. El GPS les indicó que habían alcanzado su destino. Allí no había nadie. Ariel miró a su alrededor agobiada. Los talones le dolían por culpa de los tacones, y empezaba a tener frío.

—¿Nos ha engañado tu novia?

—No es mi novia... y no. Tiene que estar aquí.

Una pequeña tienda de ultramarinos era el único comercio abierto. El letrero luminoso de Alimentación Santa Águeda teñía la estrecha acera de piedra de un tono anaranjado. Estaba situada en el bajo de una antigua vivienda, junto a una gruesa puerta de madera que parecía sacada de un castillo medieval.

—Voy a entrar a pillar tabaco. ¿Me acompañas?

Ariel asintió. Hacía calor en el interior de la tiendecita. Una mujer de unos setenta años, rellenita, y con una afable cara las saludó. Se encontraba sentada tras el mostrador con una mantilla de encaje cubriendo sus piernas y mirando en una pequeña televisión la programación de Nochevieja. Un jovencísimo Miguel Bosé interpretaba *Fuego* en una reposición de Televisión Española, mientras la señora seguía la melodía tamborileando con los dedos de la mano y sonreía.

Todos los productos estaban dispuestos en sendas estanterías que formaban pasillos. Ariel caminó entre ellas, observando con detenimiento todo, mientras Verónica le pedía a la mujer sus ansiados cigarrillos. Ariel se acercó al estante de las gominolas, y agarró una bolsa de regalices rojos y un paquete de chicles de menta extra fuertes. Cuando llegó al mostrador, Verónica ya había salido a la calle. Le deseó feliz Año a la dependienta, que le dedicó una cálida sonrisa, pagó, y se marchó.

El humo del tabaco la golpeó en la cara según salía de la tienda. Verónica estaba apoyada en la pared, disfrutando de cada calada que daba al cigarrillo. Sonrió al verla.

—¿Me das un regaliz?

Ariel asintió, y le entregó la bolsa. Ambas se sentaron en el bordillo de la acera. Verónica llevó la mano a una bolsa de plástico en la que Ariel no había reparado, y sacó de ella una botella de vino.

—No tenían mucha variedad, pero... —Ariel rio.

—¿Y cómo lo abrimos?

—Observa.

Arrancó el envoltorio del corcho, y se quitó un tacón, colocando el culo de la botella en el interior del zapato. Uno, dos, tres golpes en la pared. El corcho salió despedido, y Verónica dio el primer trago. Le entregó la botella a Ariel.

—Haz un brindis.

—Se me dan muy mal estas cosas...

—Va, Ariel, ¡No me seas sosa! Estamos las dos solas.

—Bueno... por nosotras.

Bebió de la botella. El vino estaba tan malo que sabía delicioso.

—Ha sido un brindis cojonudo —dijo Verónica, al tiempo que cogía la botella, y daba otro trago. Tras una última calada, la llameante punta del cigarrillo se extinguió—. Qué mal sabor de boca me ha dejado. He tenido que coger tabaco corriente.

—¿Qué fumas tú?

—A mí me traen el tabaco de Italia, *carina*. —Ambas rieron—. Dame otro regaliz para quitarme el sabor de la boca.

—¿Quieres un chicle?, los acabo de comprar.

—¿Y por qué has comprado chicles? —Sonrió con picardía.

—Porque me gustan...

—O porque quieres besar a alguien. —Rio.

—¿Quieres el chicle o no?

Verónica asintió. Tras masticar un rato la goma, la pegó al corcho de la botella, y dio otro trago.

—Por la Nochevieja más rara de mi vida.

—¿Ariel?

Una voz emergió entre el silencio. Una chica altísima subía por la empinada calle, enfundada en un vestido dorado, sobre el cual destacaba su larguísima y ondulada melena rubia. Ariel la reconoció: era una de las amigas de Alba.

—Mara... hola.

—Pero... ¿qué hacéis bebiendo en la calle?

—Bueno... Alba me ha mandado una dirección, pero no encontramos el local.

—Joder... y Alba rayada porque no habías ido... ¡está aquí al lado!

—Hola, yo soy Verónica —dijo con un gesto desagradable.

—¡Ay, perdona! ¡Ni me había dado cuenta! Encantada. Mirad, seguidme, que os llevo.

Ambas se levantaron de la acera.

—Qué maja, ¿no? —susurró sarcástica Verónica. Ariel asintió.

—La verdad es que el sitio está super guay —siguió hablando Mara—. Es un rollo así muy *underground*... Casi nadie conoce el local, pero merece la pena, en serio.

Verónica puso los ojos en blanco.

Avanzaron unos metros en la oscuridad de la húmeda calle. Mara se paró frente a lo que parecía una fachada de un edificio abandonado. Era una casa de dos pisos muy antigua, construida en piedra, y en un estado cercano a la ruina. Todo estaba lleno de grafitis y suciedad. Ni siquiera tenía puerta, tan solo un estrecho agujero en el centro. Mara entró por él, y, ayudada por la linterna del móvil, comenzó a descender por unas lúgubres escaleras. Una melodía lejana poco a poco se fue acentuando. Al final de las escaleras, una puerta de metal anunciaba la presencia de una sala. Mara la abrió, y un halo de luz las cegó.

***

01.13 a.m.

La calle estaba repleta de gente. Vanya no sentía el frío de la heladora noche. Observaba, camuflada entre la multitud. Su amplia capa negra la envolvía, y provocaba las miradas de extrañeza de la gente, que la observaba con curiosidad. Le daba igual. Nadie sabía quién se escondía tras esa mascara blanca sin ningún rasgo. Muchos de los transeúntes se apartaban, atemorizados, al pensar que estaban en presencia de un desequilibrado mental. Era mejor así.

La noche era su aliada. Se movía en ella como una gota de lluvia en el aire, danzando entre las sombras, escondiéndose en la oscuridad. Su estómago rugía. Necesitaba alimentarse. Clavó sus afilados dientes en la fina carne de sus labios. No brotó sangre. Ya no tenía.

El ruido de los petardos, la música y las voces de la gente golpeaba sus tímpanos con insistencia. Una nauseabunda sensación invadía su cuerpo poco a poco. Se sintió desfallecer. Avanzó unos metros, y se apoyó en una pared, intentando recomponerse. Su mirada se había tornado vidriosa. Era como si una fina capa de terciopelo cubriese sus ojos, impidiéndola ver con claridad.

Un hombre se acercó para ofrecerle ayuda, y esta echó a correr. No tenía fuerza en las piernas. Necesitaba estar sola. Dejó atrás el gentío, y subió, casi sin aliento, hasta el callejón de las brujas. En la sucia tapia, llena de grafitis, había un agujero. Se introdujo por él, y se dejó caer al suelo. Sus extremidades no respondían. Todo aquello era una ruina. Los muros de los devastados edificios se sostenían gracias a oxidadas vigas que los abrazaban y empujaban. Era un laberinto de escombros y metal. Un gato negro se sentó frente a ella. Pensó en alimentarse de él, pero no era capaz de moverse. Descansaría un rato, e intentaría volver al centro. Sería fácil cazar a algún borracho. Pan comido.

El gato la observaba con curiosidad. Sus ojos verdes se habían clavado en los de Vanya. No se fiaba de ella. Ella tampoco de él.

Un instante después, el animal emitió un maullido, y se largó corriendo. Vanya detectó una voz cercana, canturreando una estúpida canción. Hizo acopio de todas sus fuerzas, y se escondió tras uno de los muros. Asomó con cuidado la cabeza, y vio a una oronda figura. Su mirada permanecía neblinosa, y no distinguía bien. El hombre seguía cantando, con una voz flemosa y debilitada por el alcohol.

—¿Por qué voy a creer yo en el amor?, si me traiciona y me abandona cuando mejor estoy...

Apenas era capaz de mantenerse en pie. Este se llevó la mano a la cremallera del pantalón, y la deslizó, dejando al aire un diminuto pene. Comenzó a orinar a través del agujero mientras reía.

Era demasiado fácil. Se ajustó la máscara, y salió al centro de la calle. El hombre ni se inmutó. Vanya dio tres pasos. Ahora le distinguía algo mejor. Pelo graso y rizado, cara machacada por el acné de la juventud, gafas pasadas de moda, algo de sobrepeso, y unos rasgos que nunca habían sido bellos. Reconoció su cara, le había visto con una cámara el día en el que pintó la portada de la catedral. Todo aquello parecía tan lejano ya.

El hombre seguía orinando. Vanya decidió esperar. Se quedó quieta, mirándole fijamente. Era como un ánima. Estaba situada en el centro de aquel derruido callejón, entre ruinas y brazos metálicos, ataviada con su vaporoso

atuendo negro, movido por el frío viento, y aquella mascara sin rostro. El hombre se sacudió las últimas gotas, y abrió los ojos.

—¡Joder! —exclamó. El orín salpicó sus vaqueros—. ¡¿Pero qué cojones haces ahí?! ¡¿Quién hostias eres?!

Vanya permaneció en silencio, observando.

—¿Y de qué coño vas vestido? —El hombre esperó una respuesta mientras cerraba la cremallera de su pantalón—. Puto friki. No tendrás nada mejor que hacer el día de Nochevieja que salir aquí a ver a quién asustas. ¡Cerdo! ¡Mirón de mierda!

Dio un paso hacia atrás, y tropezó con una piedra. Perdió el contacto visual con Vanya, y cuándo se recompuso, vio que esta ya no estaba allí. Se acercó al agujero de la tapia con recelo. No había nadie. Arrugó su chato rostro intentando ver mejor. Sus feas gafas cayeron sobre la punta de la nariz. Se las recolocó.

—Puto subnormal.

El hombre se giró para marcharse de allí. Cuando lo hizo, se topó con aquella máscara blanca de frente. No pudo reaccionar. Un metálico pinchazo ahogó su voz. Se llevó las manos al estómago, y al mirarlas, descubrió en ellas sus intestinos. No fue capaz de articular palabra. Cayó al suelo.

Vanya se arrodilló junto a él. Estaba hambrienta, pero esa sangre era tóxica, contaminada por el alcohol. El hombre había intentado inútilmente sujetar sus tripas, que se escapaban entre sus dedos. Ahora todo lo que quedaba de su mísera existencia eran un par de espasmos y un charco de sangre cobriza. Vanya paseó la daga por su cuello, y le asestó un corte certero. Un fino hilo de sangre brotó del agujero. Se levantó la máscara y bebió de él lo justo y necesario. Efectivamente, era mala sangre, pero sintió cómo, poco a poco, su corazón volvía a latir. Se levantó vigorizada. Tenía que aprovechar esa fuerza momentánea para cazar.

Abandonó al feo cadáver, y corrió calle abajo. Dos chicas vomitaban, una pareja se besaba en unas escaleras. Gente, mucha gente. Pasó por delante de Santa Gadea, y callejeó por las estrechas callejuelas en busca de un objetivo. La sangre la había excitado. Notaba cómo sus venas volvían a bombear, produciendo un sonido que la volvía loca. En su cabeza se mezclaban cientos de voces, músicas, palabras y sonidos. Estaba eufórica. Quería gritar, pero era incapaz.

Rio de forma silenciosa. Sintió el impulso de quitarse la máscara, al fin y al cabo, nadie la veía, pero se controló.

Subió por los escalones de la emparedada calle, y se escondió tras una pared. Había escuchado voces. Su visión poco a poco se iba recuperando. Una luz atravesó su pupila, aclarando la escena. Dos chicas estaban sentadas en la acera, frente a una pequeña tienda. Ambas bebían de una botella. Vanya sintió cómo su corazón aceleraba aún más el ritmo. Una mujer pasó a su lado, y ni siquiera la miró. De pronto, esa mujer charlaba con aquellas dos. Aprovechó la distracción para acercarse. Sus piernas fallaron. Ahora podía ver el rostro de ambas. La del pelo rojo le resultaba conocida... posó los ojos en la que estaba sentada a su lado. Su rostro la despertó del éxtasis. No podía ser. No. No podía estar viva. Sus preciosas facciones no engañaban. Pero, ¿cómo era posible?

Las mujeres comenzaron a caminar. Vanya decidió seguirlas con cautela. Se sumergieron en las profundidades de un edificio que parecía abandonado. Ella lo conocía bien. Esperó a que descendiesen por las escaleras. En la metálica puerta la música moría, y reverberaba. Había tenido suerte.

Se ajustó la máscara, respiró, y empujó.

***

02.00 a.m.

I'll take ya 'til ya all spun up,
turn you over baby 'til its never enough.
I'll take ya 'til ya all spun up,
and in love, into the night, like love, into the nightlife.
(Te llevaré hasta que todo gire,
te daré la vuelta hasta que nunca sea suficiente.
Te llevaré hasta que todo gire
y te enamores en la noche, como el amor, en la vida nocturna.)

La voz de Cyndi Lauper retumbaba por todo el local. Ariel apretó sus párpados, intentando que sus ojos se acostumbrasen a los destellos de luz estroboscópica. Todo parecía ir a otro ritmo. Luces. Neones. Música.

Poco a poco, las etéreas figuras se comenzaron a hacer visibles. Todos los rostros parecían iguales entre la neblina creada por el humo y la confusión. Verónica se acercó a ella.

—Joder, Ariel... ¿cómo no me has avisado?

—¿De qué? —preguntó confusa.

—¿De qué va a ser? ¡De qué es un baile de máscaras!

Observó los rostros con claridad. Todos estaban cubiertos por diversos tipos de máscaras. Las mujeres habían combinado sus vaporosos vestidos con máscaras blancas que cubrían solo sus ojos, realzando el conjunto de sus rasgos. Parecían flotar sobre la sala. Todas las máscaras eran blancas. Algunas tenían motivos dorados, plumas, o adornos. Los hombres, más básicos, se habían decantado por antifaces negros de mucha menor calidad.

Ariel buscó con la mirada a Mara. Esta ya se había cubierto el rostro con un antifaz de encaje negro muy sugerente. Les indicó que la siguiesen. Verónica se aferró a la mano de Ariel, y juntas caminaron entre la multitud. Se sentían observadas. Sus rostros destacaban entre la homogeneidad creada por las máscaras. Las rápidas ráfagas de luz se manifestaban en un extraño efecto óptico. Parecían formar parte de un zoótropo.

Mara saludaba a gente a la que seguramente no conocía. Un montón de perfumes se mezclaban en el ambiente, y se fusionaban con el aroma del alcohol, que impregnaba el suelo del lugar. Mara dio un grito, y corrió hacia un grupo de chicas que bailaban frente a la barra aferradas a sus copas al son de la canción de Cyndi Lauper. Por supuesto, todas iban ataviadas con sus respectivas caretas. Formaban un círculo casi impenetrable. Verónica tiró del brazo de Ariel, y ambas se acercaron a la barra.

Sin saber muy bien por qué, Ariel miró hacia el lado derecho, y descubrió que no eran las únicas que no iban disfrazadas. Alba estaba sentada, con cara de aburrimiento, removiendo con una pajita y con mucha desgana el rojo líquido de su bebida. El corazón de Ariel se aceleró. La observó con cautela. Vestía un ceñido vestido verde oscuro que se ajustaba a su cuerpo como si fuese un guante. Lo había combinado con unos pendientes que mezclaban el dorado con el esmeralda, el mismo tono que su traje. Su cabello estaba recogido, dejando caer sobre su cara varios mechones sueltos que coqueteaban con sus adorables facciones. Sus mejillas, rosadas. Sus labios, deliciosos. Su mirada, algo apagada. Verónica llamó la atención de Ariel.

—¿Qué te pido?

—¿Eh? —Se dio la vuelta algo confundida—. ¿Qué?

Verónica inclinó su cabeza para ver qué era lo que había hipnotizado a su amiga, y descubrió a Alba. La observó de reojo y sonrió.

—Ve.

—¿Qué?

—¿Qué va a ser? Ve.

—¿Segura?

Asintió. Ariel le agradeció el detalle con la mirada. La música cambió drásticamente. La sala entera se iluminó de verde mientras sonaba *Zolotye lepestki*, de Luna. Los láseres se abrían paso entre el humo, formando un hipnótico camino cuyo final era Alba, que observaba con desinterés el contenido de su vaso. Ariel la miró unos instantes más antes de saludarla.

—Hola.

Alba se giró. Sus pupilas se dilataron cuando sus ojos se encontraron con los de Ariel. Ambas sintieron ganas de abrazarse, pero no lo hicieron. Los perfectos labios de Alba esbozaron una sonrisa que resaltó sus adorables pómulos.

—Has venido... —dijo por fin.

—¿Qué te pasa?, pareces triste.

—No tenía ni idea de que había que traer careta. He quedado como una boba.

—Yo tampoco tengo careta. Podemos ser unas bobas juntas —soltó Ariel riendo. Alba sonrió—. ¿Qué bebes?

—*Sex on the beach*. —Ariel torció el gesto—. ¿Qué?

—Que eso es muy de adolescente. —Rio.

—¿Y tú?

Ariel miró al camarero, y le pidió un amaretto sin hielo.

—¡Y eso es de vieja! —exclamó Alba.

—¡Oye! —Ambas rieron. Alba bajó su mirada y jugueteó tontamente con sus manos.

—Pensaba que no ibas a venir...

—Nos hemos perdido un poco... pero estoy aquí.

Ariel sonrió, y al verla sonreír, Alba la imitó.

El camarero sirvió la copa, y Ariel dio un trago de la misma. Se sentía algo eufórica. Los sintetizadores atravesaban los altavoces invitándola a bailar. Sin saber muy bien por qué, agarró la mano de Alba, y le dijo «Vamos». Atravesaron la barrera de gente, que bailaba hipnotizada, sin prestar atención a su alrededor, y se colocaron en el centro de la pista. En una enorme bola de cristal rebotaba un rayo láser que iba cambiando de color, y salía despedido en miles de direcciones, penetrando en todos los recovecos posibles del lugar.

Alba se dejaba llevar con timidez, analizando a Ariel con sus enormes ojos. Esta soltó su mano, y comenzó a bailar. Cerró los ojos y dejó que la música poseyese su cuerpo. Se acariciaba la melena al ritmo de la canción. Alba sonrió, dio un trago de su cóctel, y la imitó. De pronto nada más importaba.

La llama se enciende, el corazón se ralentiza...

El tiempo se desintegra bajo el movimiento de tus manos.

Las luces estroboscópicas aumentaron su velocidad en los rápidos últimos compases de la canción, ralentizando sus movimientos. Ariel abrió los ojos, y miró a Alba, que bailaba sonriente. Sintió que su corazón se derretía. Volvió a cerrar los ojos, y Alba los abrió para observarla a ella. Vio cómo Ariel acariciaba su cara, acompañando con sus movimientos la melodía. Su pecho vibraba de emoción.

Un suave y envolvente sonido electrónico anunció el comienzo de la siguiente canción. Luna, de nuevo, cantaba *Letnie bul'vary*.

La iluminación de la sala pasó a ser cálida. Las paredes se tiñeron de colores rojizos y anaranjados mientras una nube de humo nacía bajo los pies de todos los que estaban en la pista que, paulatinamente, se iba vaciando debido a la irrupción de una música más lenta. Alba y Ariel se quedaron prácticamente solas, rodeadas por un par de parejas sin rostro que bailaban abrazadas. Ambas sonrieron.

—¿Por qué pensabas que no iba a venir? —susurró.

—No lo sé, Ariel...

—Lo único que me importaba hoy era estar contigo. Lo único que me importa es estar contigo.

La percusión hizo su aparición con suavidad, y Alba se ruborizó.

—Parecías preocupada el otro día...

—Lo sé, y lo siento. Es sólo... —Ariel apartó la mirada.

—¿Qué?

—Que hacía tiempo que no sentía algo así... Pensaba que no iba a volver a sentirlo... y me da miedo.

—¿Sentir el qué, Ariel? —Un hormigueo aprisionó el corazón de Alba. Ariel clavó su mirada en la suya.

—Estoy enamorada de ti, Alba.

De pronto todo se paralizó. El tiempo se había detenido. Todo el mundo se había quedado petrificado. Nadie bailaba, nadie se movía. Alguien había

descorchado una botella de champán, cuyo corcho flotaba en el aire, seguido por el dorado líquido. Una pareja se había fundido en un beso que ya era eterno. Otros sonreían. Otros lloraban. Nada importaba. Solo estaban ellas. Alba había contenido la respiración. Exhaló todo el aire que tenía en los pulmones en un pequeño suspiro. Observó los carnosos labios de Ariel. Observó su nariz, sus ojos.

—Y yo de ti, Ariel.

Una explosión estalló en el interior de ambas. Todo se movía de nuevo. El corcho del champán impactaba con el techo, y el líquido bañaba a varias personas. El beso de la pareja llegaba ahora a su fin. Las risas se acentuaban, los llantos cesaban. Ariel rodeó a Alba con sus brazos, acariciando su cintura, y apretando su cuerpo contra ella. Alba inclinó su cabeza, que ahora descansaba sobre el pecho de Ariel. Esta olió su cabello, y besó su nuca. Una sensación de felicidad recorría su cuerpo de abajo a arriba. Ambas giraban acompañando la música.

—¿Recuerdas la historia que me contaste? —preguntó Alba—. La del origen del amaretto. —Ariel asintió—. Aquella chica que se enamoró de ese pintor...

—¿Qué pasa con ella?

—¿Con qué se hacía el amaretto?

—Pues... con almendras... plantas...

—Y Albaricoque. Yo soy tu Albaricoque.

Alba la observaba con unos ojos preciosos. Ariel rio.

—Eres mucho más bonita que un albaricoque, Alba.

Sus rostros se acercaron hasta que sus narices se rozaron. Ambas se miraban a los ojos. Estaban tan cerca que podían respirarse. Ariel se mordió el labio con deseo, y giró la cara delicadamente. Alba hizo lo mismo. Sus labios estaban a punto de fundirse en uno.

De pronto, un chico tropezó, golpeando su espalda, y haciendo que estas se separasen. El chico quiso disculparse, pero se atemorizó ante las miradas de odio de ambas. La canción llegó a su fin. Las primeras notas del *Sorry* de Madonna flotaban en el ambiente.

Ariel se llevó el vaso a los labios para descubrir que estaba vacío.

—Voy a pedir. ¿Quieres algo?

Alba negó con la cabeza.

—Yo te espero aquí. —Sonrió—. No tardes.

—No lo haré.

Le lanzó un beso y caminó hacia la barra. Sentía tendencias homicidas hacia el imbécil que les había chafado el beso. Todo el mundo había vuelto a la pista, así que no le costó encontrar un hueco para poder pedir. El camarero le sirvió otra ronda de lo mismo.

Sintió que alguien la abrazaba por la espalda. Se giró algo sobresaltada, y descubrió a Verónica.

—¡¿Qué tal tía?! —exclamó.

—Fatal. Bueno, no, genial. Le he dicho que estoy enamorada de ella.

—¡Guau! —Aplaudió—. ¡Eso sí que no me lo esperaba! ¿Y ella?

—Pues... me ha dicho que también está enamorada de mi...

—¡No! —Ariel asintió ruborizada—. Pero, pero, pero... ¡esto hay que celebrarlo! —Alzó su copa para brindar con la de Ariel, derramando parte de su contenido—. Me alegro muchísimo por ti, de verdad.

—Gracias...

—¿Y por qué estás así?

—Porque estábamos a punto de besarnos, y nos lo ha estropeado un imbécil.

—Bueno tía, es cuestión de tiempo. No te agobies.

—Pero es que habría sido tan precioso... era el momento perfecto. Parecía que fuésemos parte de un libro...

—Que exagerada eres. —Vació su copa.

—¿Y tú que tal? No te quiero dejar sola...

—Tranquila... si venía a avisarte de que me voy...

—¡¿Te vas?!

—Sí... —Asintió. Enfrente de sus ojos flotaban bailarines los efluvios del alcohol, que teñían de rojo sus retinas.

—Pero ¿tú sola?

—No... con ese. —Señaló a un chico que vestía un traje oscuro con una corbata fina. Este saludó a Ariel con la mano, y ella le devolvió el saludo con la mirada.

—Quería avisarte para que no te preocupases... pero no creo que me eches de menos, ¿eh? —La golpeó con el codo cariñosamente y rio.

—Anda... pásalo bien.

—Y tú. Te quiero, preciosa.

Le dio un beso en los labios a modo de despedida, y corrió junto al chico. Este intentó acariciar el culo de Verónica, y ella le apartó las manos bruscamente. Ariel rio y les observó desaparecer entre la multitud.

No podía dejar de pensar en Alba. Agarró su copa, dio un tragó, y se sumergió de nuevo en la pista. Se sentía completa. Se sentía feliz.

***

02.01 a.m.

Un rayo de luz verde atravesó sus secas retinas, estallando en el interior de su iris, y cegándola por un instante. Un montón de sonidos se amontonaban en sus oídos. Sentía estar bajo una espesa capa de agua negra que la impedía moverse con soltura, escuchar con claridad, y ver con normalidad.

Una sensación de agobio se apoderó de todos sus sentidos. No era dueña de su cuerpo y, por ende, tampoco lo era de sus acciones. Dio un par de pasos en falso, intentando aclimatarse al lugar. Los rostros eran similares, y se deformaban bajo la extraña luz negra. Un sedoso humo se extendía por los pocos huecos libres que quedaban entre la gente, y ascendía hacia el techo buscando una salida.

Conocía el lugar, pero nunca había visto gente allí. Antes era un almacén de grano, y había estado años abandonado. Uno de los pasadizos conducía a él a través de una galería subterránea que desembocaba en el sótano del lugar. Siempre estaba tapada por escombros. Estaba confusa, desorientada, mareada. La cabeza le daba vueltas, y sus pulsaciones se habían acelerado. Aún sentía el regusto de la acida sangre de aquel hombre en sus negras encías. Tenía calor bajo el traje... Bajo la máscara.

Cerró los ojos, e inclinó su cabeza hacia el suelo, buscando algo de tranquilidad. Poco a poco, todo se fue aclarando. No distinguía la música... era demasiado diferente a lo que ella solía escuchar en el viejo gramófono. Tampoco entendía el porqué de aquellas extrañas luces que emergían de todas partes. La neblina se disipó, y ante ella se alzó un fantasmal baile en el que ningún bailarín tenía rostro. Las mujeres llevaban sendas máscaras blancas, y los hombres antifaces negros. Era perfecto, pasaría desapercibida... pero sería difícil encontrar a la policía.

Emprendió su camino. La simple idea de tener que atravesar aquel escudo de cuerpos físicos la asqueaba, pero no había otro remedio. Se abrió paso entre

los humanos. Sus sucios cuerpos rozaban el suyo. Notaba cada golpe en sus heridas, en su carne lacerada y llena de pústulas. La gente bailaba al son de una música que apenas tenía melodía, y a nadie le importaba nada más allá de su copa y su pareja.

El camino de carne se estrechaba poco a poco. Cada empujón era más doloroso que el anterior. La ropa se había adherido a las costras, y el dolor apenas dejaba que pensase con claridad. Un rodillazo de un engendro obeso le arrancó una enorme postilla que llevaba semanas cicatrizando en su costado. Vanya cayó al suelo, y se llevó las manos a la herida. Era incapaz de buscar venganza. Sería imposible identificar a aquel sucio personaje entre la marea de máscaras. Alguien pisó su mano, y notó cómo su dedo índice se quebraba bajo el guante. Con la mano izquierda sacó el puñal del bolso de la capa, y sin pensar, con un movimiento suave y preciso, dejó que la afilada hoja rebanase el tendón calcáneo del involuntario agresor. Este cayó al suelo sin que nadie se diese cuenta. Allí su mirada se encontró con los impasibles ojos de Vanya, que le observaba tras la careta. El hombre era un chico de no más de veinte años. No le dio tiempo a asimilar el dolor del primer corte, pues el puñal ya se había hundido en su aorta, impidiéndole articular palabra. Pronto su rostro fue aplastado por varios pies de personas que, ajenas al horror que acababa de tener lugar, seguían con su estúpido baile.

Vanya se puso de pie. De pronto, se sentía fortalecida. La nube de máscaras blancas era fantasmagórica, y estaba perdida en ella, o, al menos, eso creía. Distinguió tres rostros sin careta cerca de la barra del local: eran la policía, su amiga, y una tercera chica que no conocía. La policía conversaba con esa chica. Vanya se acercó apresuradamente, empujando a varias personas que prefirieron no recriminarle su comportamiento al ver su horrible máscara.

Su corazón latía cada vez más rápido. La policía había cogido de la mano a la otra chica, y se la había llevado al centro de la pista. Ambas bailaban y reían. Observó sus rostros, y sintió una venenosa envida que acentuó el amargo sabor de la sangre que había ingerido esa noche. Eran preciosas. Sus rasgos angelicales destacaban entre las máscaras blancas. Parecían haber sido pintadas por Bouguereau.

La música cambió, al igual que la iluminación de la sala. Una anaranjada luz, similar a un atardecer, la asustó. Por un momento pensó que sufría el constante peligro de la luz del sol. La pista comenzó a vaciarse. Miró hacia

atrás, y descubrió que, por suerte, aún nadie había descubierto el cadáver... pero era cuestión de tiempo. Necesitaba actuar rápido.

La policía y la chica estaban ahora abrazadas. Sus labios se habían acercado peligrosamente, y parecía que iban a besarse. Un borracho golpeó la espalda de una de ellas, haciendo que se separasen con brusquedad. De pronto, la policía dejó sola a su amiga. La música volvió a cambiar, y la pista comenzó a llenarse de nuevo. Era el momento. Se deslizó entre la multitud como un fútil espectro. Era ágil, mucho más ágil que cualquiera de los allí presentes. Su negra figura se movía entre el laberinto de cuerpos como una bacteria en el interior de un organismo. Esquivaba manos, roces, y poco a poco, se acercaba. Estaba casi allí. Era la única desenmascarada. Su mano acarició el bolsillo, del cual extrajo la fina jeringa. Casi podía olerla. Su cuello, tan sugerente. Sus labios, tan perfectos. El metal se hundió en su espalda, como los afilados dientes de un sucio insecto ávido de sangre, descargando el incoloro contenido con rabia. La chica se dio la vuelta. Vanya ya no estaba allí. La sensación había sido mucho más liviana que la picadura de un mosquito. La miró desde una distancia prudencial. Notó cómo la droga iba haciendo su efecto. Sus párpados cedían... sus extremidades temblaban... ya casi estaba. La chica cerró sus ojos, Vanya se acercó, y al instante, esta cayó en sus brazos, fundiéndose en un inerte abrazo. Vanya sonrió, y se aferró a ella con fuerza.

Ya era suya.

***

02.42 a.m.

Faces... You see a lot of people got two faces...
You must give your mind to all the faces...
They know the way to be the one...
Faces, for every time they got faces...
(Caras, verás, muchas personas tienen dos caras,
Debes dedicar tu mente a todas esas caras...
Ellos saben la manera de ser la única…
Caras, tienen una para cada momento...)

Ariel se abría paso entre la multitud mientras Clio cantaban *Faces*. La sala había sido inundada por un potente color rojo que marinaba con el azul de varios focos, convirtiéndose momentáneamente en morado. Sonreía aferrada a

su copa. La cabeza le daba vueltas, y notaba cómo el alcohol le provocaba una estúpida sonrisa que se había instalado permanentemente en su rostro.

Deambuló por la pegajosa pista, intentando acercarse al centro de la misma, justo donde Alba se había quedado esperándola. Solo el pensamiento de ella acentuaba esa sonrisa que tensaba sus labios. No estaba acostumbrada a esa sensación.

Los enmascarados bailarines la rodeaban, agitando sus extremidades en una fantasmagórica danza sin fin. Buscó con la mirada a Alba. Sólo alcanzaba a ver máscaras y más máscaras. Giró sobre sí misma, y una nausea recorrió su garganta. Su corazón se agarrotó en el interior de su pecho. De pronto, un sentimiento de pesadumbre se apoderó de ella. Se quedó paralizada. Alba no estaba ahí.

Frotó sus ojos, e intentó respirar. Estaba paralizada. Dejó caer su copa al suelo. El contenido manchó sus pies. Empujó a un hombre que bailaba delante de ella, intentando escapar de la pista. Las máscaras se movían como criaturas incorpóreas y terroríficas, flotando por todo el lugar y burlándose de ella. La luz roja era absorbida por la opaca superficie blanca de las mismas, dotándolas de un toque más extraño aún.

Siguió empujando a más personas que recriminaron su actitud. No importaba. No podía pensar. Tenía ganas de llorar.

Miró el techo intentando escapar de allí. En la bola de cristal el reflejo de miles de caras sin rostro se burló de ella. La observó fijamente. Había algo extraño allí. Bajó la mirada poco a poco. Entre la multitud, un rostro destacaba. Una máscara de porcelana, inexpresiva, con unos rasgos terroríficos y desdibujados la miraba desde la pared del fondo de la sala. Ariel frunció el ceño intentando vislumbrarla mejor. Tenía algo en sus brazos. Tenía a alguien en sus brazos. Gritó intentando llamar su atención. No podía pasar. No podía llegar a ella. La música taladraba sus oídos. De repente, un gritó enmudeció el lugar.

—¡AYUDA!

Todo el mundo dirigió sus miradas hacia la mujer que chillaba.

—Dios mío... está muerto.

El silencio fue seguido del escándalo. El pánico estalló. Todos comenzaron a correr. Las máscaras cayeron al suelo, siendo pisoteadas por cientos de suelas sucias y pegajosas que intentaban huir desesperadamente.

Ariel buscó aquel rostro de porcelana. Seguía mirándola mientras abrazaba a aquella chica, cuyo rostro quedó al descubierto cuando sus cabellos se apartaron del mismo por causa del movimiento del aire provocado por el tumulto. Ariel estaba petrificada. Era Alba.

Aunque aquella máscara era completamente inexpresiva, le pareció que sonreía con vileza. Envolvió a Alba en una especie de capa, y ambas desaparecieron tras una puerta de color negro. Ariel reaccionó, y comenzó a correr. Pisó las manos de un chico que había caído al suelo, resbaló por culpa de los hielos, trozos de vidrio y litros de alcohol que bañaban el suelo. Todo el mundo se agolpaba en la angosta puerta de salida.

Ariel avanzaba con dificultad hasta la puerta negra, y, cuando la alcanzó, la abrió de un golpe. No sabía qué esperaba encontrar tras ella, pero desde luego, no los servicios. La porcelana del suelo y de las paredes era del mismo color que la puerta: negra. Se trataba un baño unisex. Apestaba a orines. El suelo estaba plagado de restos de papel higiénico, que se habían tornado amarillos, y agua. La puerta se cerró tras ella. Sorprendentemente, todo era silencio allí. Tan solo se escuchaba el sonido de una gota de agua, que caía como bailando desde la punta de un grifo mal cerrado.

Observó el lugar. No sabía qué era lo que buscaba. Estaba claro que allí no había nadie. Todas las puertas de las letrinas estaban cerradas. Las abrió una a una dándoles patadas. Nada.

El estrecho pasillo la estaba agobiando. Se apoyó en uno de los lavamanos y cerró los ojos. Se los frotó, y notó una sustancia fría impregnándose en sus párpados. Se miró rauda en el espejo asqueada. Era sangre. Observó el lavamanos. Era la única pieza de color blanco en el oscuro conjunto. Distinguió unas pequeñas gotas de color bermellón en el borde del mismo. Se acercó. Sangre. Reciente. Aún estaban líquidas. Intentó acercarse algo más. Sus pies se tambalearon. Dirigió su mirada al suelo. Cargó el peso de un lado a otro de su cuerpo. La baldosa que tenía debajo estaba hueca. Se agachó. Intentó levantarla. Poco a poco, la piedra abandonaba su posición original, y sobresalía algo, pero era incapaz de moverla.

—*FUCK*! —gritó.

Buscó a su alrededor. Sus ojos se posaron sobre una papelera de metal. Corrió hacia ella y la agarró. Con todas sus fuerzas, descargó varios impactos sobre la baldosa, que empezó a resquebrajarse. Ariel estaba sudando, temblando, y casi llorando. Al quinto impacto, la baldosa se partió. Los trozos

cayeron por el agujero que había quedado al descubierto, y tardaron varios segundos en chocar contra el suelo. Era un hueco estrecho, por el que a duras penas cabía una persona. Se asomó. Todo era oscuridad.

Intentó agarrar el móvil para iluminar el hueco, pero sus manos estaban demasiado temblorosas, y este cayó al interior del mismo. Ariel gritó de impotencia.

Del interior del agujero emanaba un olor a podredumbre y humedad que se mezclaba con los orines del baño. Distinguió una pequeña y oxidada escalera de hierro. No lo pensó. Introdujo sus pies y dejó caer su cuerpo. Efectivamente, era demasiado estrecho. La afilada piedra rozó su espalda. Apoyó los pies en el hierro, e hizo lo mismo con las manos, que se mancharon con el óxido. Comenzó a descender. Era muy difícil hacerlo en completa oscuridad, y el metal estaba húmedo. No sabía cuántos escalones la separaban del suelo, pero suponía que muchos, basándose en el tiempo que habían tardado en caer aquellos trozos de baldosa.

Notó un cosquilleo sobre su mano derecha. Pensó que era causa de los nervios, pero la poca luz que quedaba en el lugar dejó a la vista un enorme ciempiés que se pavoneaba sobre sus dedos, acariciándolos con sus miles de patas. Ariel apartó la mano asqueada, perdiendo el equilibrio, y precipitándose al vacío. Su espalda se golpeó contra el pedregoso suelo. El impacto fue menor de lo que habría esperado. Sintió cómo la humedad calaba su vestido. Estaba sobre un charco. Palpó con las manos la piedra, intentando encontrar su móvil. Cuando lo hizo, descubrió que la pantalla se había partido por la mitad, dibujando en su rectangular superficie un nubarrón de píxeles verdes, negros y rojos. Por suerte, la linterna aún funcionaba. La encendió.

Un profundo abismo emergió ante sus ojos, que inútilmente intentaron penetrar en aquella densa oscuridad. La luz que emanaba de la linterna era demasiado débil como para iluminar más allá de unos pocos metros. No se distinguía prácticamente nada. El pasadizo estaba compuesto de piedras, húmedas y ennegrecidas que se amontonaban en las paredes cómo toscos cráneos humanos, observando a la desdichada policía.

Avanzó por el lugar durante varios minutos. Las ratas correteaban a su libre albedrío, paseando por encima de sus pies, y dándose sendos festines con apestosos trozos de carne putrefacta.

Un tramo de desgastados escalones se hundía en la oscuridad. Ariel se asomó, y le pareció distinguir en el interior un pequeño halo de luz. Apagó la

linterna. Aquella luz era de un color rojizo algo mortecino. No era constante, pues se apagaba y encendía cada pocos segundos. Forzó su mirada. No podía distinguir nada.

Decidió descender, en una tarea demasiado complicada, pues los peldaños eran estrechos, y el paso de los años había acabado por agredir la piedra de tal manera que había formado en ellos sendas irregularidades, haciendo que, bajar por ellos fuese como descender por una inhóspita montaña. Descendió cuidadosamente. Estaba empezando a espabilar después de todo el alcohol que había ingerido aquella noche, pero la cabeza aún le daba vueltas, y sus pasos eran inseguros. Se aferró con sus manos a la pared, pero no podía agarrarse a ella. Tenía miedo de caer a aquel abismo. Llegó al final del tramo con un temblor que se había apoderado de todo su cuerpo. No eran tantos los escalones, pero la oscuridad había hecho que los juzgase de tal manera.

Miró a su alrededor, intentando encontrar la procedencia de aquel resplandor que había llamado su atención minutos antes. No distinguía nada más allá de las húmedas y negras brumas. Agudizó su oreja en busca de un sonido, algo que le diese una pista sobre cómo continuar. Escuchó un aleteo, y un agudo grito que achacó a algún murciélago que morase por aquellos oscuros parajes.

De pronto, un ruido metálico captó su atención. Permaneció en silencio. El ruido volvió. Era un sonido sucio, oxidado, y débil. Parecía venir de detrás de una de las paredes de la caverna. Avanzó. El ruido era más audible según caminaba. Volvió a distinguir el resplandor. Efectivamente, provenía de una pequeña fisura en una de las paredes de piedra, justo al lado de un estrecho pasillo. Los tenues halos de amarillenta luz que salían del lugar no hacían más que dotar a aquella estrecha galería de un horror aún mayor. Era una especie de mazmorra, al lado de la cual se encontraban otras parecidas. Ariel avanzó con mucho cuidado. Un apestoso hedor proveniente de las alturas del lugar se introdujo por su nariz, y estuvo a punto de hacerla vomitar.

El pasillo desembocaba en una amplia sala con un abovedado techo, sobre el cual se reflejaban sendos rayos de luz azul. El techo era de mármol, y estaba lleno de grietas y humedades. Estaba sustentado por sendos capiteles, sobre los cuales se alzaba un horrible mural en el que un montón de cadáveres se descomponían en un oscuro paraje. De sus rostros brotaban gusanos e insectos, y sobre ellos, una encapuchada figura se alzaba.

Ariel alcanzó a leer una inscripción: «Si tu corazón está herido, el mío sangra con el tuyo».

Tembló. Estaba desarmada. Se pegó a la pared. Un afilado frío traspasaba su piel y congelaba sus venas.

Distinguió una parpadeante luz al final de uno de los angostos pasillos que salían de aquella sala. Ariel se escondió tras una roca. Una escuálida figura avanzaba en la penumbra. Su cuerpo era abominable. Tan delgado, escuálido, herido y traslucido que casi estaba privado de cualquier atisbo de humanidad. Era alta, mucho más alta que Ariel. Caminaba como una araña, moviendo todas sus extremidades al unísono. De su cabeza, casi calva, brotaban sin embargo varias hileras de cabello largo y desgreñado que caían hasta sus pies, ocultando su rostro por completo. De sus descarnados brazos colgaban unas delgadas manos que sujetaban lo que parecía un disco de vinilo. La repugnante criatura se perdió en el interior de una sala. Ariel observaba aterrorizada el violento espectáculo.

Una mezcla de repugnancia y compasión se apoderó de su mente. No era capaz de moverse. De pronto, una música comenzó a sonar. Distinguió la tétrica melodía tocada por flauta del *Syrinx L. 129* de Debussy.

La criatura volvió a salir. Se movía en la oscuridad con una soltura admirable, casi como si pudiese ver en ella. Estaba desnuda. Sus flácidas carnes eran pasto de las llagas, pústulas y heridas. Dos delgadas ubres caían petrificadas y arrugadas sobre su vientre, a través del cual casi se podían distinguir sus costillas y columna, que se abrazaban a la verdosa carne, casi arañándola. No había ninguna duda. Era Vanya, y tenía a Alba.

La criatura caminó por la sala abovedada, en dirección a Ariel, que permanecía oculta tras la repugnante piedra, al lado de la cual se situaba un enorme armario de desvencijada madera. Vanya serpenteaba hacia él, con sus escuálidos y largos miembros encadenándose entre sí como parte de un perfecto pero descompuesto engranaje mecánico. Su rostro pronto se encontraba a pocos centímetros del de Ariel. Casi podía oler su podrido aliento. De su boca emanaba un oscuro halo con cada exhalación. Su rostro seguía cubierto por los andrajosos y grises mechones de pelo sucio, pero tras ellos se vislumbraban unos ojos blancos, sin vida, y una cara plagada de ríos y afluentes venosos. La carne estaba seca, y se desprendía, dejando a la vista el músculo. Los heridos labios, de los cuales colgaban trozos de piel muerta,

rodeaban una boca negra, llena de dientes afilados repletos de sarro rojo y verde.

Vanya emitía sonidos parecidos a los de un animal. Movía su mandíbula mientras buscaba en el interior del armario. El traqueteo de sus huesos se mezclaba con el estruendo de cachivaches. Pronto, agarró un sucio maletín, y cerró la puerta de un golpe. Ariel se tapó la boca y la nariz con la mano, intentando controlar su respiración. El corazón le latía como si quisiese escapar, y de sus ojos brotaban pesadas lágrimas. Vanya se quedó en silencio, observando. Ariel estaba aterrorizada. La música era aliada, pues impedía que su respiración resonase en las cavidades de aquella tiniebla, pero también la hacía enfermar, pues dotaba al lugar de un aura mucho más espantosa.

Vanya escrutó con sus ojos blancos durante unos instantes el lugar, y, de pronto, corrió en dirección a Ariel. Esta se apartó, y consiguió esconderse tras un hueco que proporcionaba el astillado armario. El miedo se convirtió en momentáneo alivio cuando descubrió que la criatura no se había percatado de su presencia. Se había dirigido a una estancia situada tras la piedra, separada del lugar por una oxidada verja, e iluminada por varios candelabros cuya cera estaba a punto de desaparecer.

Vanya permanecía arrodillada en el suelo. Sobre ella se alzaba un lienzo. Un elegante hombre abrazaba a una pálida mujer de cabellos rubios y ojos sin vida, que miraban a los de un bebé que sostenía en sus brazos. Ariel los reconoció. Eran los Armilar. Eran los padres de Vanya. Esta acariciaba la pared. Ariel agudizó su mirada para descubrir cómo Vanya estaba besando dos ennegrecidos cráneos que reposaban en un hueco de la piedra. Los cráneos de sus padres.

La música cambió. Al Jolson comenzó a cantar *That haunting melody*. Vanya se alejó de aquella estancia, atravesando livianamente, casi en una danza, un pasillo repleto de trozos de cadenas que descansaban sobre la asquerosa piedra. Todo comenzaba a encajar en la cabeza de Ariel. Aquella era la guarida de Juan de Jonás. Estaba en el centro de la red de pasadizos. Estaba en el epicentro de la tortura. Aquellos muros habían observado la crueldad humana en su más descarada forma.

Siguió a Vanya desde una distancia prudencial. El sonido del crepitante vinilo y de la extraña voz que cantaba le producía escalofríos. Avanzó entre los oscuros huecos y las cavidades ojerosas de la piedra, que asistían impertérritas al espectáculo, observando con sorna y descaro.

Vanya era un insecto que, apoyado en todas sus afiladas extremidades, se movía por los recovecos del lugar de una manera escalofriante. Una anaranjada luz salía de una puerta excavada en la roca, flanqueada por dos mohosos cuadros que habían perdido todo su lustre. Vanya entró en el interior. Ariel permaneció unos instantes oculta en las nublosas tinieblas del pasillo. Unos metálicos golpes volvieron a sonar, provenientes del interior de la sala. Estos eran acompañados por unos gruñidos afónicamente agudos, que pusieron sus pelos de punta.

Caminó con muchísimo cuidado, y, poco a poco, la luz fue acentuándose. Cuando por fin alcanzó a ver el interior del lugar, tuvo que ahogar un grito. En ese mismo instante, el vinilo resbaló, y la música volvió a cambiar de forma drástica. Una especie de canto gregoriano rebotó por todas partes. *Ego sum Alpha et O*, parecía rezar. Ariel casi cayó al suelo. Volvió a llevarse la mano a la boca. Su respiración se había agitado, al igual que su corazón, que bombeaba la sangre por sus venas con tanta intensidad que hacía que la cabeza le doliese y sus manos temblasen.

La sala estaba iluminada únicamente por un par de cirios desgastados cuyas llamas luchaban por sobrevivir, tiñendo con su humo las paredes de negro, y coloreándolas con su misteriosa luz. De ellas colgaban varios horripilantes cuadros. En uno de los laterales descansaba un mugriento colchón que era ya amarillo, sobre el cual yacía una chica. Sobre el cual yacía Alba. Vanya rebuscaba en el interior del maletín, y pronto extrajo una especie de mordaza. Se arrastró por el suelo, y de debajo de la cama sacó un embudo cuyo plástico estaba pasado y descolorido.

Ariel notó cómo el cuerpo de Alba poco a poco recuperaba su vida. Sus manos se movían, y sus labios parecían intentar articular alguna palabra. Estaba atada a los hierros del camastro por una soga que inmovilizaba todo su cuerpo, y arañaba sus muñecas y tobillos con su áspera fricción. Vanya sonrió y clavó sus ojos de un blanco amarillento en los de Alba. Esta comenzó a gritar. Vanya agarró con fuerza su cráneo. Sus asquerosas manos cubrían toda la curvatura de la cabeza de Alba. La empujó con fuerza contra el colchón. Alba forcejeaba inútilmente mientras Vanya acercaba la mordaza a su boca.

La luz de las velas proyectaba contra la cavernosa pared la sombra de Vanya, desfigurando aún más su cuerpo, convirtiéndola en un enorme monstruo de color negro que vagaba con crueldad sobre la piedra.

Un impulso de rabia se apoderó de Ariel. Buscó cualquier cosa que pudiese utilizar como arma, y sus ojos se posaron en un montón de cristales rotos que había en el suelo del lugar. Agarró el más afilado, y entró sigilosamente en la sala. Alba luchaba con todas sus fuerzas. Ariel se acercaba poco a poco.

El escuálido cuerpo de Vanya era mucho más grotesco de cerca. Su piel era de un color que aún estaba por nombrar, y la textura de la misma era escamosa y llena de heridas. Vanya apretaba la mordaza contra la boca de Alba, de cuyos labios comenzaba a brotar sangre.

Ariel observó el cráneo de aquel monstruo, venoso, calvo a zonas, e irregular. Pensó en reventar contra su cabeza el cristal. Intentó que Alba no la viese, pero sus ojos encontraron los suyos. Ariel sintió cómo sus piernas flaqueaban ante el rostro de súplica de Alba. Vanya observó la cara de Alba, y de pronto, con una agilidad sorprendente, se giró, golpeando la cara de Ariel con sus afiladas manos. Esta cayó al suelo.

Vanya emitió un grito mudo, casi animal, y se abalanzó contra ella. Ariel intentó forcejear. La monstruosa criatura había acercado su macilento rostro a ella, mostrando unas facciones horripilantes, llenas de ira. Sus dientes eran como los de una lamprea, finos y afilados, dentro de una boca circular de color negro.

Vanya intentaba morder la cara de Ariel, mientras esta se defendía con dificultad. Su fuerza era increíble. Ariel golpeó los genitales de la criatura con su pie, y esta se dolió, cayendo al suelo. Se reincorporaron a la vez.

Buscó con la mirada el trozo de cristal, que había caído al suelo en el forcejeo. Se había roto en varios trozos mucho más pequeños, antojándose ahora un arma inútil.

Vanya empujó a Ariel, que cayó sobre el apestoso colchón, golpeando a Alba. El desnudo cuerpo de la criatura se arrastraba hacia ella. Le propinó una patada en el rostro, y esta se echó atrás. No podía soltar a Alba, tenía que conseguir inmovilizar antes a aquella mujer.

Saltó de la cama. Antes de que Vanya pudiese levantarse, pudo golpearla otra vez en la cara. Parte de su labio inferior se arrancó, y quedó colgando, mostrando sus sarrosos y afilados dientes. La ira de los ojos de la criatura se acentuó, y se lanzó contra Ariel, aferrándose a su cuello con ambas manos. A esta le costaba respirar. El tacto de su piel era como una lija, y su rostro conseguía aterrarla.

Sus brazos estaban libres, así que intentó alcanzar la cara de aquel monstruo. Vanya apretaba su cuello con una fuerza terrible, tanta que, Ariel pensó que se lo iba a partir. Alzó sus manos y arañó con sus uñas la cara de Vanya. Está chilló, pero de su boca sólo emanó un seco aire apestoso sin sonido. La seca piel se quedó atrapada bajo las uñas de Ariel, cuyo trazado dibujó heridas de guerra en la cara del monstruo, bajo las cuales asomó un conato de musculatura del color del musgo del que ni siquiera brotó una mísera gota de sangre. Vanya no cesó en su empeño, y aumentó aún más la furia con la cual se aferraba al cuello de Ariel.

Ambas se precipitaron al suelo.

Los sucios cabellos de Vanya cayeron sobre la cara de Ariel, introduciéndose en su boca. Su tacto era igual de desagradable que el del esparto. Apestaban a muerte. El rostro de Ariel comenzó a adquirir un color rojizo. Sus extremidades casi le respondían ya. Sentía un hormigueo en su cuerpo. Estaba a punto de perder el conocimiento. Unas chispas negras aparecieron frente a sus ojos, nublando su mirada. Se le estaba agotando el oxígeno. Solo era capaz de distinguir la horrible y demacrada cara de Vanya. Sus ojos blancos. Sus heridas. Su mortecino gesto. El trozo de labio colgando inerte bajo su afilada dentadura.

Intentó hacer acopio de todas sus fuerzas. No podía dejar a Alba a merced de aquel monstruo. Consiguió volver a acariciar con sus manos el rostro de su enemiga. Lo palpó, en busca de un punto débil, y lo encontró. Posó sus pulgares sobre los ojos abiertos, y los apretó con fuerza. Sus uñas se hundieron, rasgando las secas córneas. Vanya agitó desesperada su cabeza. Un líquido negro comenzó a brotar bajo ambas cavidades orbitarias, y cayó sobre la cara de Ariel, tiñéndola con aquellas espesas gotas. Estaban calientes y ácidas. Ariel casi sintió que quemaban su rostro.

Vanya soltó su cuello y se llevó las manos a la cara desesperadamente. Chocó contra una mesa al retroceder, y se golpeó contra la pared. El sonido del aíre saliendo de su laringe era horrible, como un grito mudo y seco.

Ariel estaba mareada. La cabeza le daba vueltas. Intentó ponerse en pie, pero era incapaz. Sólo podía escuchar el sonido de golpes, y el traqueteó de pasos. Su vista se aclaraba poco a poco. La monstruosa figura contorsionaba sobre su cuerpo, y parecía trepar por la pared. Frotó sus párpados, y cuándo los abrió, se dio cuenta de que en aquella sala tan solo estaban Alba y ella.

Se levantó con cuidado y se apoyó en la pared. Observó la habitación. El suelo estaba lleno de horrible material quirúrgico que había caído del maletín durante el forcejeo. Las piernas le temblaban. Agarró un escalpelo cuya cuchilla estaba algo oxidada, y se apresuró a mirar a Alba. Esta la observaba con miedo. De sus ojos caían lágrimas. A pesar de tener la boca descubierta era incapaz de articular palabra. Ariel sintió un pinchazo en el corazón y una tremenda sensación de lástima en su interior. Quería acercarse a ella, abrazarla y besarla... protegerla. Tenía que sacarla de allí. Y para ello, debía asegurarse de que Vanya no estaba en el lugar.

La sangre que había brotado de sus ojos había dejado un rastro de pequeñas explosiones en el suelo. Estas dibujaban una línea que llegaba hasta la cavidad que comunicaba con el pasillo. Ariel las siguió con cautela. Se asomó. El pasillo estaba oscuro. La tenue luz de los candelabros mostraba un sendero nada apacible entre las húmedas tinieblas. Algo que parecía ser *El rito de la primavera* de Stravinski reverberaba por todo el lugar.

Ariel miró el suelo. El rastro de sangre continuaba unos metros, pero desaparecía en medio del pasadizo. Se quedó allí unos momentos, aferrada al escalpelo, asegurándose de que Vanya no estaba allí. Estaba temblando de frío y de miedo. Creía oír voces donde solo había silencios. Su descompasada respiración se mezclaba con los asonantes latidos de su corazón, que poco a poco volvían a bombear sangre por su cuerpo.

Corrió hacia el sucio colchón sobre el que yacía Alba. Esta intentó hablar, pero no pudo. Ariel acaricio sus manos y comenzó a rasgar cuidadosamente y con ayuda del escalpelo la soga. Pronto los pies de Alba estaban libres, al igual que sus manos, en cuyas muñecas se había dibujado una línea rosada debido a los roces de la áspera cuerda. Ariel la abrazó, y acarició su cabello, suave, a pesar de todo lo vivido. Alba se aferró a ella y comenzó a llorar. Ariel besó su cabeza con ternura. Quería buscar unas palabras que la reconfortasen, pero no podía mentirla. No sabía si iban a salir vivas de allí. No sabía qué iba a pasar.

Alba clavó sus enormes ojos en ella. Ariel se derritió. Estaba enamorada. No soportaba verla así. Un terrible odio recorrió su espina dorsal. Deseó golpear a Vanya hasta matarla.

Acarició las mejillas de Alba, limpiando sus lágrimas. Esta hizo lo mismo con ella, apartando los restos de sangre de su rostro.

—Vamos a salir de aquí, ¿vale? —Alba asintió—. ¿Puedes levantarte?

—Me encuentro muy mal... estoy muy mareada...

—Te ha drogado. —Alba palideció—. No pasa nada. Pasa tu brazo por detrás de mi cuello. Yo te ayudo a caminar.

Alba obedeció. Deslizó su brazo, cuyo suave tacto reconfortó a Ariel. Esta acarició su mano y agarró su muñeca. Tras varios intentos, consiguió que se levantase. Alba apoyó sus temblorosos pies en el suelo. Las piernas le fallaron, y cayó al suelo. Ariel la sujetó antes de que impactase con la piedra. Sintió un tirón en sus cervicales, pero aguantó el dolor. Alba se recompuso, y volvió a ponerse de pie.

Dieron un par de pasos. Parecía que estaba aprendiendo a caminar. A Ariel la destrozaba verla así.

Llegaron a la cavidad. Alba la observó temerosa. Ariel sonrió para tranquilizarla, aunque en su interior una nube de pensamientos espantosos le provocaba un amargo cosquilleo en el estómago. En aquel rocoso pasillo imperaba la oscuridad, solamente atenuada por varias llamaradas mortecinas de los sucios candelabros. A Ariel seguía preocupándole Vanya. Si el rastro de sangre acababa allí, no podía estar muy lejos.

Uno, dos, tres pasos.

La música atravesaba todas las cavidades como el gélido viento invernal.

De las bocas de ambas salía vaho que espesaba aún más el ambiente. No veían nada. Ariel agarró uno de los cirios. No es que sirviese de mucho, pero era mejor que nada. Sintió que alguien corría tras ella. Se giró, y un sonido proveniente del techo, similar a unos arañazos, la puso sobre alerta. Miró hacia arriba. Algo reptaba por el techo a toda velocidad hasta perderse en las sombras. El miedo la invadió, pero intentó no contagiar a Alba, que parecía que poco a poco iba espabilando. Sus movimientos eran más acompasados, y sus piernas ya no temblaban tanto. Aun así, su brazo permanecía aferrado a la espalda de Ariel.

El pasillo era interminable. Las rocas observaban con sus arcaicos gestos. La atmósfera era tan húmeda y fría que el aire era prácticamente irrespirable. Los metros que recorrían se antojaban eternos. Caminaban entre salas oscuras en las cuales se apreciaban las formas de extraños objetos, de esculturas, cuadros...

—Ariel... —Alba habló con un hilo de voz—. Necesito parar...

—¿Te encuentras bien? —preguntó preocupada. Esta negó con la cabeza.

—Creo que voy a vomitar.

Se acercaron a la pared, y Alba se deslizó por ella hasta sentarse en el suelo. Ariel se arrodilló y le pasó la mano por la frente en una suave caricia. Una fina capa de sudor recubría la piel, bajo la cual la temperatura superaría fácilmente los cuarenta grados.

—Estás ardiendo. —Ariel entró en un estado parecido al pánico—. Quédate aquí.

Alba había entrecerrado los ojos, que presentaban un aspecto febril. Todo su rostro estaba tan pálido que se asemejaba al de un cadáver. Quería buscar algo que pudiese ayudarla a bajar la fiebre. Por el suelo tenía que haber algún trapo que pudiese humedecer para refrescar su frente.

Alba había caído en un estado cercano al letargo. Ariel caminaba por el pasillo, aferrándose al cirio y al escalpelo. Aquel conjunto de pasadizos era una ruina. Muchas de las piedras estaban carcomidas por las bacterias y el musgo.

Se adentró en una de las salas de los laterales. Un montón de cuadros se apilaban en el suelo. Su madera se había combado víctima de la humedad, y se encontraba medio podrida. Salió de aquella sala. Echó un rápido vistazo a Alba, que seguía en la misma posición. Entró en la sala de enfrente. Su abovedado techo consumía la luz de su cirio, cuya cera se resbalaba por su mano, abrasándola. La sala era aún más oscura que la anterior. No veía más allá de un par de centímetros por delante de su nariz.

Le pareció distinguir un rostro. Se echó hacía atrás y agarró con fuerza el escalpelo. Efectivamente, frente a ella había una cara. Podía distinguir unas deshumanizadas facciones: una boca abierta, como si estuviese gritando, una nariz, y unos ojos sin vida suplicantes. La llama parecía reflejarse en aquella espantosa tez, que sobresalía en la oscuridad.

Agarró fuertemente el escalpelo y se dispuso a defenderse en caso de necesitarlo. Se abalanzó contra aquella suerte de persona, pero su pie derecho no pisó en firme, y cayó al suelo. Notó cómo la suela de sus botines se había llenado de una desagradable arenilla, que sentía también en sus manos. Su pierna se había hundido casi hasta la rodilla. Iluminó con el cirio para descubrir un agujero en el suelo, en el cual se había sumergido. Este estaba lleno de un polvo blanco cuya textura era similar a la sal. Se apresuró a salir de ahí. El agujero era enorme, y muy profundo, y además no era el único de aquel lugar: varios hoyos similares estaban excavados en la roca, y tapados con tablones de madera.

Un pánico se apoderó de ella. Sintió que la piel le quemaba, que se le caía a trozos. Se sacudió los restos del polvo con la mano. Su pierna estaba bien. No le había pasado nada. Alzó la mirada, y descubrió que el adusto rostro seguía en la misma posición. Efectivamente, no era una persona. Un armatoste de más dos metros, cuyo cuerpo era similar a un ataúd, gritaba impertérrito mirando el techo. Su cuerpo estaba fabricado en hierro, al igual que su rostro. Los ojos y la boca eran la imagen de la eterna agonía.

Ariel había visto antes este aparato. Fue en unas vacaciones hacía muchos años en Santillana del Mar. Había visitado el museo de la tortura, y aquel objeto seguía grabado en su mente. Era una doncella de hierro. Recordó su interior, lleno de clavos oxidados, perfectamente colocados para evitar los órganos vitales de la persona, y mantenerla así viva mientras se desangraba agonizando. Se estremeció.

De pronto sintió que la sala se empequeñecía, que la atrapaba. Le faltaba el aire. Salió de allí corriendo. Tenía muchísimo frío.

La tela del mono era demasiado fina. Notaba su cabello húmedo. Sentía el vaho con cada exhalación. Volvió a acercarse a Alba. Le acarició la frente, estaba ardiendo. Apenas era capaz de abrir los ojos. Ariel intentó auparla, pero Alba no podía mover sus brazos. Se abrazó a ella como pudo, y en un esfuerzo sobrehumano consiguió levantarla. Su piel se tornó amarilla, y comenzó a vomitar. Ariel le sujetó la cabeza. De su boca salía un líquido transparente, similar al agua. Cuando terminó, Alba fue capaz de dar dos tímidos pasos. Se las apañaba como podía para sujetar tanto el cirio como a ella. La llama estaba en las últimas. Observó las manchas de sangre del suelo, que desaparecían justo frente a ellas. La llama se apagó, y la oscuridad las engulló.

Todos los sonidos se acentuaron. La estremecedora música parecía haberse ralentizado por efecto de la vejez del vinilo. Se oía lejana, pero con claridad. Los vinilos y las trompetas reverberaban por todos los recovecos de aquella cueva, creando un espantoso eco. Le pareció distinguir unas palabras en inglés.

Goodnight sweetheart, I'll be watching on you…

(*Buenas noches, cariño, estaré cuidándote*)

Podía notar su respiración y la de Alba, ambas agitadas. Los latidos de ambos corazones. A la música la acompañaba el sonido de las corrientes de aire, que las atravesaban, y un constante replique de gotas de agua, similar al sonido de una cueva... al fin y al cabo, era ahí donde estaban.

Todo era oscuridad. No se distinguía nada, pero no debían quedarse quietas. Ariel comenzó a caminar. Acarició el cabello de Alba para tranquilizarla, y tranquilizarse. Sus pies paseaban indecisos por el húmedo y afilado suelo. De vez en cuando, escuchaba crujidos. Pensó en los esqueletos de pequeños vertebrados que yacían en el suelo, y se estremeció. Buscaba algo, cualquier cosa a la que aferrarse para salir de allí.

El ambiente se hacía cada vez más y más pesado. Parecía que la densidad del aire estuviese afectando a sus pulmones, que eran incapaces de realizar una inspiración entera ante tan hediondo aroma.

En la oscuridad todo era más terrorífico. Sus sentidos se habían agudizado. Sentía el tacto de telarañas en su cara a medida que avanzaba. Estaba ciega allí. Pensó en Vanya. Se conocía a la perfección todos los recovecos de aquella adusta guarida. Jugaba con ventaja, y eso aterraba a Ariel.

Sintió una especie de neblina ante sus ojos. Era una visión similar a unos tímidos halos de luz. Decidió caminar hacia ellos. Agarró a Alba con fuerza, y anduvieron durante un largo trecho. La neblina se situaba a lo lejos, pero poco a poco parecía aclararse. Efectivamente, era una anaranjada luz que provenía de un candelabro, situado a la entrada de una sala. Ariel apoyó a Alba en el suelo. Acarició su rostro, y reparó en que aún tenía los regalices en el bolsillo. Sacó el paquete, y se lo entregó.

—Alba... dale un mordisco —dijo ofreciéndole un regaliz rojo—. Estás muy débil. El azúcar te va a sentar bien.

Alba la miró. Sus ojos, otrora llenos de vida, presentaban un aspecto lánguido y enfermizo. Con un enorme esfuerzo abrió su boca, lo justo para que Ariel pudiese introducir el dulce. Esta masticó con desgana, y dejó que sus párpados cubriesen sus ojos. Su mirada había aterrorizado a Ariel, quien, por primera vez, temió perderla. Acarició su mano con suavidad, y colocó entre sus dedos el paquete de regalices. Alba ni siquiera lo agarró. Besó su frente, y deseó no parar de hacerlo nunca.

Tenía miedo. Pánico. No sabía qué se iba a encontrar en aquella sala. La música provenía de allí. El sonido de aquella Big Band se antojaba odioso en ese contexto.

Separó sus labios de la piel de Alba, y se dirigió hacia la puerta. La visión se aclaraba poco a poco. Las piedras dejaban paso a una sala repleta de objetos variopintos. El suelo estaba lleno de latas, papeles, cuerpos casi momificados de ratas y pequeños animales... varios armarios almacenaban útiles de pintura...

botes, pinceles, lienzos enrollados cuyo papel se tornaba ya marrón, libros... Era una sala grande, demasiado grande.

Ariel volvió a aferrarse al escalpelo como si de aquel inánime objeto dependiese su vida... en cierto modo, así era. En uno de los laterales de la sala, el vinilo crepitaba con los últimos compases de la canción. Tras unos segundos de silencio, una alegre melodía comenzó a sonar. La letra decía que la vida comenzaba cuando te enamoras. Ariel lo encontró irónico.

Caminó temblorosa hasta el gramófono. Pensó que sería insensato parar la música, pues le daría una pista a Vanya, sabría que ella estaba allí. Tenía que estar ciega. La sangre que había brotado de sus ojos durante el forcejeo parecía decirle eso, sin embargo, no se fiaba.

Observó los estantes. Varios tomos sobre Historia del Arte, garabatos, dibujos inconexos... hojeó un bloc de pintura. Encontró reproducciones muy dignas de la obra de *Beksińskii*. Paisajes repletos de fuego, de muerte y destrucción. Vanya sentía una admiración insana hacia ese hombre. Una admiración que le había llevado a replicar... a homenajear su obra. Estaba ensimismada mirando aquellas espantosas pinturas cuando unos golpes la sorprendieron.

Lanzó el cuaderno contra el estante e intentó esconderse tras los restos de una podrida pianola que yacía junto a la pared. Los golpes se intensificaban. Era un sonido metálico horrible. Ariel sacó su cabeza con mucho cuidado de detrás del instrumento. En el otro extremo de la sala había otra entrada, por la cual, aquel cadavérico cuerpo caminaba. La desnudez de Vanya seguía impresionando a Ariel, que la observaba con pánico. Esta se arrastraba al centro de la sala con mucha dificultad. Por su yermo rostro caían dos lágrimas de sangre, que brotaban de sus ojos, hundidos y sin vida. Efectivamente, estaba ciega. Chocaba contra los objetos en un intento dantesco de mantener el equilibrio. Su extrema delgadez era similar a la de un esqueleto. Podría realizarse un perfecto análisis de sus huesos con tan solo mirarla. El monstruo era horrible. La luz del candelabro parecía no atreverse a iluminar aquella cara... aquel cuerpo...

Vanya abría la boca. Parecía gritar, pero de su interior solo emanaba un sonido cavernoso, similar al del viento en un acantilado. Ariel agarró el escalpelo, pero decidió no actuar, al menos de momento.

En el centro de la sala se alzaba un caballete con un lienzo a medio terminar. Este mostraba un esquelético caballo sobre un paisaje repleto de

fuego destrucción, a lomos del cual se aupaba una mujer, esquelética también, cuyo rostro cubría su larga melena. Esta abrazaba el cadáver de un bebé.

Vanya caminó con dificultad hacia el lienzo. Parecía llorar, a pesar de que ningún sonido emergía de aquella garganta. Ariel la observaba. Sus movimientos eran torpes, lánguidos... Se arrastraba como un insecto, con sus largas extremidades aproximándose a todos los rincones. Se quedó quieta frente al lienzo, como si supiese que estaba allí. Sus enromes y huesudos dedos acariciaron la pintura. Ariel observó cómo de los ojos de Vanya brotaba un líquido traslúcido. Eran lágrimas. Estas seguían el mismo recorrido que la sangre que había salido de los mismos hacía apenas un rato, que se antojaba ya eterno, mezclándose con ella, y creando un río color borgoña en sus descarnadas mejillas.

Su podrida carne apestaba desde la distancia. Por extraño que pudiese resultar, Ariel sintió pena. Le había arrebatado lo único que daba sentido a la penosa existencia de esa mujer. Sin vista jamás volvería a pintar un cuadro.

Sus piernas se estaban entumeciendo de aguantar en aquella posición, y en parte por causa del frío. Intentó moverse, y acabó resbalando, arrastrando con su pie una sucia lata oxidada. El ruido puso a Vanya sobre alerta. Clavó sus cuencas destrozadas en el lugar del cual había procedido el sonido. Ariel se recostó sobre la madera, e intentó permanecer calmada.

La melodía del vinilo se detuvo.

Contó hasta diez. Agarró el escalpelo y asomó la cabeza. Vanya ya no estaba allí. Escrutó la sala en su búsqueda, pero no había nadie. Pudo observar con fascinación lo que a todos los efectos parecían una especie de ruinas de una construcción religiosa. Una bóveda de medio cañón estaba dividida en tres compartimentos mediante arcos fajones de medio punto, los cuales daban acceso a salas en las que apenas quedaba nada más que piedra. De la bóveda brotaban grotescas raíces llenas de barro, que atravesaban la piedra y se esparcían por el techo, arañando el aire con sus horribles formas, y enredándose entre sí. La parte superior de la sala era un espantoso bosque de raíces huesudas y sucias. La visión era terrorífica, igual que el olor a humedad.

Una gota cayó sobre la cara de Ariel, que se percató de que el agua se filtraba por los recovecos de la roca.

Se levantó. El suelo estaba resbaladizo, lleno de un fango en el que hasta ahora no había reparado. Pensó que Vanya podía haber huido. Volvió a mirar el techo. Estaba tan cubierto por las raíces que la roca apenas era visible. Un

chorro de agua sucia resbalaba por el lateral de la pared, empapando todo a su paso. Había un hueco de menos de metro y medio, cuyos laterales habían sido invadidos por el musgo y el moho negro. La desgastada piedra parecía anunciar que anteriormente allí había habido una ventana, quizá una vidriera, por su puntiaguda forma. Si el agua caía de ahí, es que se filtraba por algún sitio, y era muy probable que ese sitio fuese un conducto del alcantarillado. Podía intentar llegar allí y buscar una salida. No tenía dudas de que ese lugar estaba conectado con los pasadizos del castillo, con el panteón de los Armilar, con el edificio de la calle Barrantes... con todo Burgos.

Vanya tenía toda la ciudad a su alcance. Se había estado moviendo con total libertad, como un insecto bajo tierra. Así había entrado en Santa Águeda. Así había conseguido adelantarse a todos sus movimientos. La red de pasadizos era inmensa. Sin conocerla, era prácticamente imposible entrar en aquel lugar y salir con vida. Recordó las fosas llenas de huesos y afilados hierros. Recordó el nauseabundo olor de los subterráneos.

Pensó en Alba. No podía dejarla allí sola mientras ella buscaba ayuda en el exterior. Vanya estaba ciega, sí, pero Alba estaba mucho más débil. Si aquel monstruo la encontraba... No podía dejar que eso pasase.

Pensó en una manera de llegar a aquel ventanuco con Alba. No estaba muy lejos del suelo... calculó que serían dos metros y medio de distancia. Si arrastraba varios muebles para subirse a ellos podría alcanzar algunas de las raíces que se habían aferrado a la pared y tal vez intentar trepar por ellas. Se dirigió al pasadizo en el cual había dejado a Alba. Desde la distancia, su cuerpo era aún más débil. La vislumbró yacente, con el paquete de regalices aún intacto en la mano, y los ojos cerrados. Ariel se quedó parada en el centro de la sala. El suelo poco a poco se iba llenando de agua. Sintió miedo. Tenía pánico de acercarse y comprobar que Alba ya no estaba allí, que lo único que quedaba de ella era su cuerpo.

De pronto, esta abrió los ojos con mucha dificultad. Los músculos de Ariel, que se habían tensado de manera involuntaria, se relajaron al observar cómo la mustia cara de Alba recobraba un halo de vida. Ariel sonrió y Alba la observó. De repente, la boca de esta se abrió, y sus ojos dibujaron una terrible expresión de horror. Había dirigido su mirada al techo. Ariel contuvo la respiración y ladeó su cabeza para mirar hacia arriba. De las sombras del bosque de raíces emergía algo parecido a una sucia tela de araña. Era pelo. Pelo gris. Flotaba en el aire, movido solamente por las constantes ráfagas de frío

viento. Casi rozaba su nariz. Pronto, distinguió unos huesudos y delgados brazos. Las afiladas uñas de manos y pies se clavaban en las raíces, afianzando así una extraña sujeción que parecía imposible. De la profunda oscuridad emergió el espantoso rostro de Vanya. Ariel no tuvo tiempo de reaccionar.

El monstruo caminó rápidamente, como una araña de mil patas, por el techo, y cayó sobre ella, precipitándola al suelo. Se golpeó la cabeza, y sintió un penetrante sabor a hierro bajo su lengua. Había perdido el control de sus extremidades, y el escalpelo se había resbalado de su mano. Vanya le propinaba golpes y arañazos en la cara. Ariel era incapaz de ver nada. Solo sentía los impactos de las afiladas uñas en su rostro. Cerró los ojos para evitar que se los rasgase.

Intentó agarrar las manos de Vanya, y esta le arrancó parte de la piel de la palma de su mano derecha. Ariel se dolió, y emitió un terrible gritó. Abrió los ojos, y descubrió el cetrino rostro de Vanya a muy poca distancia del suyo. Su demacrada cara era similar a la de una momia. Parecía increíble que fuese capaz gesticular sin romperse. Era como luchar contra un cadáver. Sus cuencas sin vida habían quedado destrozadas, dándole un aspecto a su cara de eterno enfado.

Podía oler su aliento podrido. Sus afilados dientes lanzaban dentelladas indiscriminadas intentando alcanzar la cara de Ariel.

El agua había inundado el suelo más de cincuenta centímetros. En ella flotaban ya latas, papeles, pequeños animales muertos... Ariel hizo un esfuerzo sobrehumano para liberar su brazo, y consiguió golpear a Vanya. Su frágil mandíbula se desencajó, y esta emitió otro grito mudo. No podía hablar. No era capaz de emitir ningún sonido humano. Ariel aprovechó el momento para propinarle otro golpe en el cráneo. Vanya se dolió mientras esta se giraba sobre sí misma para intentar alcanzar el escalpelo, que se había sumergido en la sucia agua.

El monstruo reaccionó, palpando con sus manos la cabeza de Ariel. Agarró con fuerza su melena, y esta gritó de dolor. Vanya dibujó una asquerosa mueca similar a una sonrisa. Levantó la cabeza de Ariel y comenzó a golpearla contra el suelo. El agua frenaba el impacto, que aun así no dejaba de ser importante. El sucio líquido penetraba por su boca y su nariz, ahogándola. Sintió cómo su frente estallaba contra la piedra. Sus ojos volvieron a nublarse.

Vanya agitaba la cabeza de Ariel con una furia desbocada. Parecía que su cuello iba a partirse de un momento a otro. Estaba indefensa. Estaba muerta.

De pronto, todo paró. Vanya soltó su cabeza, que quedó flotando en el agua. Ariel comenzó a toser, expulsando todo el líquido que había tragado. Reculó mientras su visión se aclaraba. Vanya se retorcía en el suelo, realizado dolorosos espasmos e intentando sujetarse la cara. Su maxilar inferior estaba colgando, se lo habían arrancado. La imagen era espantosa. La afilada fila de dientes superiores había quedado al descubierto, y bajo ella, su larga lengua se movía a toda velocidad, como una serpiente sin cabeza. Su cara era ahora como la de un grotesco rape.

Ariel no entendía qué podía haber pasado. Retrocedió, y su espalda chocó contra unas piernas. Al mirar arriba descubrió a Alba. Esta sollozaba, y sujetaba entre sus manos un candelabro. La había salvado ella, y no al revés. El huesudo cuerpo desnudo de Vanya se arrastraba por el suelo intentando ponerse en pie.

Ariel acarició rápidamente la cara de Alba, de cuyos ojos caían unas silenciosas lágrimas, y se apresuró a buscar en el suelo el escalpelo. La capa de agua ya le llegaba a los tobillos.

Se lanzó, sumergiendo sus manos. Su mono estaba ya empapado, y ella estaba muerta de frío. Palpó, y sólo encontró papeles húmedos, basura, cuerpos de ratones ya secos...

Vanya había conseguido ponerse de pie.

Ariel empujó el agua con sus manos. El escalpelo no aparecía. No tenía con qué defenderse... pero Vanya no se movía. Sólo veía su lacerada espalda... sus finas piernas... Estaba quieta, como en trance.

Se dirigió al magnetófono. Con una suavidad y precisión increíble para haber perdido el sentido de la vista, sacó de uno de los armarios un abombado vinilo, y lo colocó bajo la aguja. Unas armónicas voces comenzaron a entonar el *Benedixisti, Domine*, del Offertoria Totius Anni de Palestrina. Las voces se mezclaron con el sonido del agua, que era ya similar al de una cascada, e inundaron el lugar.

Ariel cesó en la búsqueda del escalpelo. No podía dejar de observar a Vanya. Esta se dio la vuelta, y comenzó a caminar. Ciega, llena de heridas y con su mandíbula colgando, se dirigía casi levitando, con movimientos suaves y ligeros, como si no hubiese sido herida, al pasillo. Pasó al lado de Alba, que se apartó horrorizada al observar la espantosa visión. El cuerpo desnudo, lleno de llagas... el cráneo casi momificado por el cual caían los largos mechones de

andrajoso pelo... la mandíbula colgando, la lengua... y los afilados dientes asomando como cuchillos. Ariel agarró a Alba, que sollozaba.

Vanya continuaba caminando. Llegó a la galería. Sus pasos se dirigieron hacia el final de la misma. Ariel y Alba la siguieron desde una prudente distancia. La galería desembocaba en la sala abovedada en la cual Ariel había estado antes.

Vanya despareció en el lateral derecho. Ariel aprovechó para correr hacia ella, mientras Alba se apoyaba en la pared para descansar. Encontró a Vanya arrodillada en la pequeña sala que antes había visitado, similar a una cripta. Sobre ella, aquel enorme cuadro en el que estaban representados sus padres y ella siendo tan solo un bebé, completamente irreconocible. Pensó que seguramente fuese la autora.

Vanya se levantó poco a poco. Palpó la pared buscando el hueco en el que yacían los mugrientos cráneos de sus padres. Los acarició, y volvió a besar. Suavemente los cogió entre sus brazos, y retornó a la galería. Ariel retrocedió. Vanya dio un par de pasos y se situó frente a ella. A pesar de no tener ya ojos la veía. La observaba. Ariel también a ella. No sabía por qué, pero la invadía un sentimiento de pena que en el fondo hacía que se sintiese culpable. Vanya era la autora de algunos de los crímenes más horribles que había visto en su vida, y que seguramente vería. Pensó en Doina, en su familia...

En las ajadas mejillas de Vanya se dibujaban unas lágrimas que se perdían en sus dientes. Acarició el rostro de Ariel con sus huesudas manos. Ariel le devolvió la caricia, y por un momento sintió la vulnerabilidad de aquella mujer.

De pronto, Vanya la empujó. Ariel cayó al suelo, y miró cómo Vanya se adentraba en la sala de la bóveda. Esta colocó los cráneos en el suelo. Unos rayos azules iluminaban el centro del lugar. Sobre los capiteles de mármol se alzaba aquel espantoso mural, en el centro del cual, un tragaluz había sido cubierto con una piedra redonda enorme, de más de tres metros, y pintada con los colores del sol, el cual incidía sobre la figura encapuchada, protagonista de la obra, que permanecía iluminada mientras el resto de cadáveres ardían.

Vanya se arrodilló. Palpó las baldosas del suelo, y, ayudada de sus largas uñas, levantó una que estaba algo hueca. Colocó las palmas de las manos sobre ella, y la presionó ligeramente. Ariel no entendía nada. De repente, la piedra emitió un rugido. Era como si el mecanismo de un ancestral reloj que llevaba miles de años sin funcionar comenzase a moverse de golpe. Vanya se levantó, y sonrió. El rugido envolvió toda la sala, y se mezcló con las voces del lejano

vinilo. El ruido cesó, y la piedra que tapaba el tragaluz comenzó a girar poco a poco, dejando que por primera vez en siglos los rayos del sol acariciasen las paredes de aquel lugar. Efectivamente, llovía. El agua entraba como si fuese una catarata en el lugar, con una fuerza y una bravura terribles, arrastrando todo lo que encontraba a su paso. Un pequeño temblor se fue intensificando a medida que la luz iba dibujando una esfera en el centro de la sala.

Los azulados rayos del amanecer bañaron a Vanya, dándole un color cobrizo a su piel. Esta alzó su vista al cielo, y levantó los brazos, formando una cruz, como si esperase que algo sucediese. Ariel observó su monstruosa y desfigurada sombra. Le pareció ver unas finas líneas brotando de su cuerpo. Miró a Vanya. De su piel empezaba a brotar un suave humo del negro más intenso que sus ojos hubiesen podido observar jamás. No podía ser.

Quiso acercarse y mirarla de cerca. El agua empezaba a inundar la galería, y el temblor dejó de ser ligero, y se convirtió en un horrible bramido. Unos pequeños cascotes cayeron de la cúpula, que se resquebrajó, partiendo el mural por la mitad.

Ariel dedicó una última mirada a Vanya. Esta sonreía con los ojos cerrados. La cúpula colapsó y se derrumbó sobre la sala, cubriendo con sus piedras todo lo que había en ella, y levantando una espesa nube de polvo.

Ariel comenzó a correr. Gritó para alertar a Alba, que ya se había puesto en pie. Las salas de los pasillos explotaban, llenándolo todo de polvo y escombros. Ariel corrió como no lo había hecho nunca. Agarró de la mano a Alba, a la cual el miedo a morir había dotado de una renovada energía.

La galería parecía no tener fin. Corrían mientras todo se derrumbaba, intentando evitar lo que a todas luces parecía una muerte segura. Avanzaron kilómetros. El corazón latía a toda velocidad, y los pulmones les dolían.

Una sala a la derecha desembocaba en una escalera. Ariel abrazó a Alba, y se lanzaron dentro. Los escombros sepultaron la puerta y llenaron el lugar de un polvo que dificultaba la respiración. Ariel seguía abrazada a Alba. Ambas yacían en el suelo. El polvo les provocó una tos seca y dolorosa, pero poco a poco se disipaba. Todo era oscuridad.

—¿Dónde estamos? —preguntó Alba sollozando.

—No lo sé...

—¿Vamos a morir?

Ariel besó la nuca de Alba. Pensaba en su madre, en su perro. Pensaba en la familia de Alba, aunque no la conociese.

El corazón le palpitaba a una velocidad de infarto. La cabeza le dolía. Estaba herida, cansada... aun así respondió con toda la seguridad que quedaba en su interior.

—No. Vamos a salir de aquí, Alba.

Alba se aferró a ella. Ariel acarició su cintura, y le besó la mejilla.

—No veo nada... tengo miedo. —Lloró.

—Tranquila... ¿tienes tu móvil? —Sus manos temblaban.

—No... me lo quitó...

—¿Un mechero?, ¿algo que pueda dar luz?

—No...

—*Fuck*... Aquí había una escalera...

—Sí... pero daba a una pared... me ha dado tiempo a fijarme.

—Joder... joder...

Los nervios empezaron a hacer mella en Ariel.

—¿Qué podemos hacer?

—No lo sé, Alba...

Estaban atrapadas en una tumba subterránea. Nadie sabía que estaban allí. La muerte era segura. De pronto, Alba pegó un chillido que hizo que Ariel se estremeciese.

—¡Joder!, ¡hay algo encima de mi mano!, ¡joder, quítamelo!

—¡SHH!

Ariel la mandó callar. Cuando el eco de los gritos de Alba cesó, acercó su oreja al suelo. Le pareció escuchar un crepitar similar a las llamas de una fogata. Algo correteaba por allí, y emitía pequeños sonidos agudos. Acarició la piedra con suavidad. Bajo sus dedos, distinguió un pelaje suave perteneciente a un animal de tamaño considerable.

—Es una rata.

—¡Ariel!, no... no, joder...

—Shh...

El animal corría de manera agitada, y de repente, desapareció. Tenía que haber un agujero. Ariel se arrastró por el suelo, palpando las paredes. Efectivamente, frente a ella, un pequeño hueco comunicaba con algún otro lugar.

—Hay un agujero en la pared. Tenemos que intentar cruzar por él.

—Ariel, ¡no! ¡No sabemos a dónde da!

—¿Y cuál es el plan? Nadie sabe que estamos aquí. Nadie va a venir a buscarnos. Si hay ratas es que estamos cerca de algún desagüe. Podemos intentar salir de aquí o resignarnos y esperar en esta sala hasta que muramos de inanición.

—Tengo miedo... —Alba volvió a llorar. Ariel la abrazó, y besó sus mejillas.

—Yo también. Pero no podemos rendirnos. Voy a pasar al otro lado. Agárrate a mi tobillo y no te sueltes, Alba. No lo hagas

Pensó que era muy probable que nunca más volviesen a ver la luz del sol. Pensó en todas las cosas que iba a perderse. Pensó en los labios de Alba. Pensó que esta estaba allí por su culpa. Jamás podría perdonarse el que le sucediese algo.

Ya había sentido la muerte de cerca hacía menos de un año. Su vida estuvo en las manos de Coruggio, que acabó arrebatándosela a Alejandro. Él había muerto por intentar salvarla. Ahora Alba iba a morir por su culpa.

Clavó sus uñas en el suelo y se arrastró por el estrecho hueco. Sentía las suaves manos de Alba en su tobillo. No podía ver nada, pero notaba la broza y las telarañas en su rostro. Pasó sus brazos por delante, intentando averiguar si el hueco tenía fondo. No podía hacer nada más que arrastrarse, con mucho esfuerzo y dolor. La piedra le raspaba los brazos y las piernas, y la abrazaba en un mortal gesto que atrapaba sus extremidades impidiéndole la ansiada libertad. Los segundos se le hacían horas, y los minutos años. Quería llorar, pero no podía dejar que Alba se derrumbase.

Siguió empujando.

Escuchó el agudo sonido de los gritos de las ratas. Ya había estado en una galería similar el día que bajó por el panteón. Eso la vigorizaba y aterraba a la vez. Las ganchudas patas de los roedores acariciaron sus dedos, provocando un cosquilleo en sus manos que se extendió por todo su cuerpo. Aplastó algo cuya textura era gomosa y viscosa, y prefirió no pensar en qué podía ser.

Un suave sonido se intensificaba con cada centímetro que avanzaban. Al principio le pareció ser algo similar a un silbido, pero poco a poco, el ruido se fue aclarando. Era una especie de grito que reverberaba por todas partes y se humedecía. Siguieron arrastrándose sin detenerse, en busca de ese sonido.

El tacto de la piedra se volvió frío de pronto. El material había cambiado, ahora estaban apoyadas en un metal frío, cuyo óxido y humedad se adhería a las manos. Había restos de agua empantanada en él que apestaba. La mano de

Ariel palpó el vació y se detuvo. El agujero acababa allí. Era incapaz de saber en la oscuridad la profundidad de ese sitio.

Buscó algo que pudiese lanzar, y encontró unos pequeños cantos amontonados en un lateral. Agarró uno de ellos, y dejó que se precipitase. Contó: uno, dos. Menos de dos segundos en tocar el suelo. El sonido fue acuático. La distancia no podía ser mucha.

—El tramo termina aquí —dijo—. El agujero desemboca en una especie de tubería. Voy a saltar.

—¡No!

—Alba... tenemos que hacerlo.

Alba se resignó a la realidad, y soltó el tobillo de Ariel. Esta se balanceó hacia delante, liberando su torso mientras apoyaba las palmas de las manos en el frío metal. Realizó un terrible esfuerzo para conseguir sacar sus piernas, y una vez lo hubo hecho, saltó al vacío. Se precipitó a un apestoso lago de fango en el cual quedó completamente sumergida. Agitó los brazos intentando salir a flote. El líquido era espeso y sucio, y, aunque no podía verlos, notaba los muchos cadáveres de animales que se podrían en él. Consiguió sacar la cabeza y respirar. El pelo se le había pegado a la cara, y había adquirido la textura del lodo.

—Alba, salta. Es un desagüe.

Alba obedeció. Ariel consiguió agarrarla del vestido en la caída, y la sacó a flote.

—¿Qué hacemos ahora?

Unos pequeños destellos de luz se reflejaban en uno de los laterales de lo que parecía una galería.

—Vamos a intentar nadar hacía allí.

La sustancia era tan espesa que costaba mucho moverse dentro de ella. Las atrapaba como unas algas con hambre. El agua apestaba a heces y muerte. Con cada brazada sentían el tacto de los cuerpos de ratas, insectos y quién sabe qué más.

Sus pies poco a poco fueron tocando fondo. Pronto apoyaron sus rodillas en una especie de cuesta, y sus cuerpos salieron por fin del agua. Descansaron un par de minutos sobre la fría losa. Ariel miró hacia arriba en la oscuridad. Unas gotas de agua caían del invisible techo, por el cual penetraba el tímido halo de luz.

—Estamos cerca de la superficie. Mira. —Las gotas de agua mojaron sus rostros—. Si seguimos caminando puede que encontremos una salida al alcantarillado.

—No tengo fuerzas...

—Apóyate en mí.

Ariel se levantó y le tendió la mano a Alba. Esta la cogió con esfuerzo. Estaba llena de barro y resbalaba. Acabó agarrándose de su codo para que ambas no cayesen. Aunque el agua ya no cubriese, seguía llegándolas por los tobillos. Caminar era complicado. La superficie era resbaladiza, y bajo el agua se había desarrollado una capa musgosa a la que era imposible adherirse. Ambas se apoyaban en las paredes del estrecho lugar. Parecían circulares, y por supuesto, sucias.

Hacía rato que no prestaban atención a los ruidos del ambiente. Entre todo el olor, la suciedad y la oscuridad, lo que menos les importaba eran los moradores habituales del lugar.

Ariel abrazaba con sus dedos la suave mano de Alba. Juntas caminaban hacia un infinito desconocido. De vez en cuando, unos rayos de luz se filtraban por el techo y permitían vislumbrar destellos de sus ojos.

Apretó su mano, y Alba le devolvió el apretón. Esta comenzó a entonar una melodía. Su dulce voz reconfortó a Ariel. Al principio susurraba, y pronto comenzó a tararear. Era una melodía melancólica, casi triste.

—¿Qué es?

—Oh —Alba se detuvo sorprendida—. Solo es una canción... me ha venido a la mente...

—¿Tiene letra?

—Sí...

—¿Me la cantas?

Alba respiró, y en un hilo de voz que poco a poco se fue transformando en un hermoso instrumento, volvió a cantar.

—*Me probé, contigo todos los disfraces que cosen los amantes, que ya no saben qué hacer... Recordé todos esos planes, que inventabas tan geniales, que a mí me cuestan hacer...*

—*¿Cómo clavé un millón de agujas? Una por cada excusa, que pude hacer crecer.* —La voz de Ariel se unió a la de Alba creando una armonía perfecta.

Alba la miró. Ariel también a ella.

—*No puedo controlar... no quiero cancelar las señales... Empiezo a preparar, no sé cómo enterrar esos instantes...*

De pronto, se dieron cuenta de que podían ver sus caras. Un círculo de luz se reflejaba en su piel y las iluminaba con claridad. Sintieron el agua de la lluvia, cuyo tacto nunca fue tan cálido. Sobre ellas, a una considerable altura, vislumbraron un agujero a través del cual la lluvia caía con delicadeza.

Miraron la pared. En la piedra había unas pequeñas hendiduras sobres las cuales descansaban una fila de peldaños de hierro oxidados que se elevaban hasta el techo.

Ariel miró a Alba. Está sonrió y asintió.

Comenzaron a escalar. El agua golpeaba sus caras con más intensidad según se acercaban a la luz. Unas hiedras caían desde el exterior. La luz empezó a cegar a Ariel. Esta apoyó su mano sobre la superficie, llena de plantas, y sacó la cabeza y el torso. Dejó caer su cuerpo al exterior, e inclinó su brazo, que fue agarrado por Alba. Tiró de ella. Ambas cayeron sobre un colchón de hierba verde.

Clavaron su vista en el cielo. Estaba cubierto de nubes grises que descargaban el agua contra ellas. No tenían frío. Ariel miró a su alrededor. Habían salido del interior de un pozo cuya piedra había dejado paso a una capa de enredaderas, hojas y hiedra. Estaban en el centro de un claustro que ella conocía. Los dos majestuosos pisos de galerías con sus arquerías agudas... las columnas apuntadas adornadas con motivos florales... estaban en Fresdelval. Estaban en el exterior. Comenzó a reír y volvió a tumbarse en el suelo.

Alba la miraba sonriente. La lluvia había empapado su melena y su rostro, y aun así estaba preciosa. Esta buscó con su mano la de Ariel, y la acarició con suavidad. Ariel se la cogió, y ambas entrelazaron sus dedos. Alba clavó sus preciosos ojos en los de Ariel. Cantó.

—*Empiezo a preparar... no sé cómo empezar a olvidarte.*

—No lo hagas —respondió Ariel, y posó sus labios sobre los de ella.

La lluvia se intensificó mientras ellas se fundían en un beso que ambas deseaban que fuese eterno.

Se miraron a los ojos. Estaban vivas.

1 de enero - 16.42 p.m.

Luz blanca. Eso era todo lo que distinguía. Los párpados le pesaban, y casi podía abrir los ojos. La cabeza le daba vueltas, causándole una desagradable sensación de mareo. Tenía frío. Apenas sentía sus extremidades. Poco a poco, las imágenes fueron aclarándose. Distinguió un fluorescente en un ángulo nadir. A través de una ventana se veía una hilera de edificios multicolor, colocados como fichas de dominó.

Miró sus brazos. En su muñeca, una vía la alimentaba con suero. Su piel estaba rozada, y algo irritada. Se encontraba cubierta por varias capas de mantas de pelo grueso.

Distinguió una melodía. Era un coro de niños. Cantaban *Carol of the bells*. La música venía de la televisión, en la que se proyectaba *Solo en casa*. Inclinó la cabeza.

Su madre dormitaba abrazada al *Réquiem por un campesino español* de Sender.

Ariel notaba sus labios secos, y apenas se sentía con fuerzas para hablar.

—Mamá... —Consiguió decir, con una voz ronca y apagada.

Su madre arqueó vagamente los ojos. En su rostro pronto se dibujó la sorpresa.

—¡Ariel!

La abrazó con delicadeza, besando su frente. Sus brazos la apretaban con fuerza, y Ariel se dejó perder en ellos.

—¡No me puedes hacer esto! —Sollozó su madre—. ¡Me vas a matar a mí!

—Mamá... estoy bien...

—No, no estás bien. ¡Casi mueres de hipotermia! —exclamó—. Cuando te encontraron apenas tenías pulso, cariño.

—Y... ¿Alba?

Era todo lo que quería saber. Lo único que le rondaba la cabeza.

—Está bien. Bueno, está dormida. Han venido sus padres a verla. Gracias a ella estás aquí.

—¿Cómo? —preguntó mientras su madre la arropaba.

—Te desmayaste. Fue ella la que consiguió llegar a la carretera y parar a un repartidor para que llamase a la policía. Ha sido muy valiente.

—¿Dónde está?

—En la habitación de al lado.

Ariel intentó levantarse. Sus amoratadas piernas le dolían, y fue incapaz de despegar la espalda del colchón. Laura se apresuró a acariciarle el rostro y a intentar tranquilizarla.

—Ariel... no hagas tonterías. Necesitas descansar. Necesitáis descansar.

Ariel intentó protestar, pero un terrible cansancio invadió su cuerpo. Sintió como sus párpados cedían a la fuerza de la gravedad, y finalmente, se durmió.

***

17.30 p.m.

Una voz la despertó del letargo. Hablaba de forma rápida y con seguridad con su madre, aunque más bien mantenía un monólogo, pues era ella la única que participaba en la conversación. Distinguió la curiosa figura de Soledad, que con sus pequeñas y rechonchas manos sujetaba una bolsa de basura azul agujereada llena de libros y periódicos viejos. Al ver cómo Ariel se despertaba, la forense soltó una amable carcajada.

—¡Nuestra Jeanne Baret!

—¿Quién? —dijo Ariel algo somnolienta.

—¡Ay, Ariel! ¡Un poquito de historia, por favor!

Laura sonrío y abandono la habitación, dejando a Soledad y Ariel a solas.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó la forense mientras se sentaba en el sillón y apoyaba la enorme bolsa en el suelo.

—Bien... la verdad es que bien. Me duele algo la cabeza, pero tengo ganas de salir de aquí.

—No seas impaciente... acabas de llegar.

—Lo sé... pero no le veo el sentido a estar tumbada. Hay muchas cosas que hacer.

—¿El qué? —Soledad arqueó las cejas—. Todo ha acabado ya... y de qué manera.

—¿A qué te refieres?

—¡Ariel! ¡¿A qué me voy a referir?! ¡A todo lo que pasó ayer! No se habla de otra cosa. ¿Sabes que en vuestra aventura subterránea hundisteis la plaza de los Castaños?

Ariel se incorporó algo asustada, y apoyó sus pies en el suelo. El tacto de la baldosa en su piel desnuda la hizo sentir un escalofrío.

—Soledad... tú no sabes lo que hay debajo de la ciudad. Todo está comunicado por una red de pasadizos ideada por Armilar. Vanya se ha estado aprovechando de ella para moverse...

—Lo sé —la interrumpió la forense—. Si no, ¿cómo puede ser que desaparecieseis en el centro de la ciudad y aparecieseis en Fresdelval?

—Vanya... no sé muy bien que pasó. —Sus labios estaban secos. El suero que estaba conectado a sus venas no calmaba su sed—. No lo entiendo.

—¿Qué recuerdas?

—La recuerdo a ella... recuerdo cómo el sol quemó su cuerpo... No sé si esto es posible, pero salía humo de su piel.

Soledad negó con la cabeza.

—Has estado sometida a mucha presión. Bien es cierto que la porfiria que padecía provoca una sensibilidad al sol... pero de ahí a lo que me cuentas...

—Tú no la viste —cortó Ariel—. No había nada humano en ella. Nada. Y aun así, sentí pena.

—¿Qué pasó ahí abajo? —Soledad se inclinó en el sillón mientras se acariciaba el mentón.

—Tenía a mi... a Alba. La tenía atada a una cama. Cuando llegué estaba a punto de meterle un embudo en la boca...

—La había drogado, supongo.

—Sí...

—Bueno, eso explica muchas cosas.

—¿Cuáles?

—Todos los cadáveres de este caso aparecieron desangrados, y, según tus averiguaciones sobre la familia Armillar, los miembros de esta habían desarrollado una obsesión enfermiza por la sangre. Más de una vez tú misma has pronunciado la famosa palabra: vampiros. —Soledad pasó las manos por su gris pelo, intentando peinarlo, pero despeinándolo aún más—. Encima, sufriendo de una enfermedad como la porfiria, puede que ellos mismos creyesen de verdad que lo eran.

—Puede que lo fuesen de verdad. ¿Cómo una mujer de casi cien años es capaz de moverse así?, ¿de luchar así?

—Bueno Ariel... todo eso son leyendas... cuentos. La realidad es que verdaderamente bebían sangre. Puede que creyesen que esta tenía propiedades curativas que podrían ayudarles con su enfermedad... Siempre ha habido mucha leyenda en torno a la sangre, ya lo sabes. El caso es que si Vanya

drogaba a las víctimas, no podía permitirse ingerir ella misma esa droga, esa sangre contaminada... por eso las obligaba a expulsar la droga. ¿Recuerdas el cuerpo de Sara Castillo? —Ariel asintió—. Tenía la boca destrozada. Siempre tuvimos la teoría de un forcejeo... de que habían introducido algo a la fuerza en su boca. Yo lo pensé en un principio, pero no me atreví a verbalizarlo sin pruebas... Claro que ahora tú me hablas de lo que has visto...

—Soledad...

—Disculpa. —Volvió a clavar sus ojos, que se antojaban vidriosos a través de las gafas, en Ariel—. Seguramente las obligaba a ingerir agua para forzar su esfínter y hacerlas expulsar mediante la orina esa droga, liberando así al organismo de la misma y permitiéndose extraerles la sangre ya limpia para luego consumirla.

Ariel se frotó los ojos.

—Joder...

—Estamos hablando de una asesina, Ariel...

—Era muda —dijo de pronto.

—¿Qué?

—No tenía voz —continúo Ariel—. No era capaz de emitir ningún sonido. Ayer, cuando luché con ella me di cuenta. No es que no supiese hablar... es que no podía. Quizá de ahí venía su obsesión con la pintura... con *Beksińskii*. Era una forma de expresarse... de tener una voz.

—Ariel... no puedes sentir compasión por ella. Te recuerdo que ha asesinado...

—Lo sé —la interrumpió—. No siento compasión. No sé lo que siento. Quizá pena. No lo sé. No sé qué coño me pasa.

—Ariel... —Soledad pensó en acariciarle el hombro, pero decidió no hacerlo.

—Ayer la dejé ciega. La quité lo único que tenía. Sin vista ya no era capaz de pintar... de observar... sin vista no tenía nada. —Ariel continuaba hablando.

Estaba sentada en la cama, y notaba cómo el frío atravesaba la fina bata que cubría su desnudo cuerpo. La forense la observaba con cautela, arrugando la nariz mientras se aferraba a la bolsa de libros.

—¿Qué pasó después?

—Se quitó la vida. No entiendo muy bien cómo... Recuerdo que me empujó para apartarme... recuerdo la luz del sol... humo... y cómo todo empezó a venirse abajo.

—Sí. Es lo que he intentado decirte antes. Al parecer todo el tiempo estuvisteis en el centro... al lado de la catedral. El hundimiento se produjo en la plaza de los Castaños, y ha dejado a la vista lo que parecen los vestigios de la iglesia de San Llorente, que se creía perdida; de hecho, se sabía de su existencia y de su localización gracias a algunos escritos del siglo XI, pero nadie se imaginaba que estaba ahí debajo...

—Era una bóveda altísima... pintada...

—Lo sé. Antes de venir aquí he estado en el lugar. Bueno, todo ha quedado reducido a escombros, pero aun así se distinguen varias columnas y algunos muros... Es increíble que eso haya estado debajo de nosotros todo este tiempo...

—Sí...

Ambas se quedaron en silencio.

—¿La han encontrado? —preguntó Ariel.

—Ahora mismo el lugar es un desastre... Entre la lluvia y el derrumbamiento está todo lleno de agua y de barro... pero es imposible que esté viva.

—Lo sé. Ella no quería vivir más.

El silencio volvió a espesar el ambiente de la sala. Soledad sonrió y decidió levantarse.

—Bueno, me tengo que ir ya. Me alegra ver que estás de una pieza, Ariel.

Ariel esbozó una tímida sonrisa.

—Gracias por venir a verme.

—No te olvides de tomar mucha vitamina C... y vitamina D, tú que puedes.

Su risa acerdada se escuchó mientras abandonaba la sala.

Ariel permaneció mirando la puerta. Se sentía inútil postrada en una cama de hospital. No tenía ni idea de cuándo iba a poder salir de allí, y esa zozobra la sumía en un estado de nerviosismo extremo.

Su madre asomó la cabeza.

—Voy a bajar a la cafetería a por un café.

—¿Puedes subirme una manzana o algo?

—No puedes comer solido aún, ya lo sabes...

—*Fuck*...

Laura se marchó. Ariel esperó pacientemente a que el sonido de la suela de sus manoletinas dejase de escucharse, y se levantó de la cama. Buscó por todas partes la bolsa con ropa que suponía que su madre había traído, y finalmente,

la encontró en el armario. Introdujo sus manos, y sacó de ella unas zapatillas de estar por casa. Se las calzó, agarró la percha de la cual colgaba la bolsa de suero, y salió al pasillo. Estaba desierto. El sonido de la nada solamente era interrumpido por el ruido de respiradores y de maquinaria médica.

Su madre le había dicho que Alba estaba en la habitación de al lado. Sus piernas temblaban al acercarse a la puerta. Se apoyó en el marco, y miró temerosa el interior de la estancia. Alba dormía sobre la cama, tapada con sábanas blancas. El sol iluminaba su angelical rostro, que se antojaba más bello que nunca. Ariel sintió de nuevo ese curioso hormigueo. Con mucho cuidado, entró en la habitación. En el sillón al lado de la cama estaban apoyados una novela negra con un marcapáginas a la mitad y unas gafas, por lo que supuso que la madre de Alba estaría allí con ella.

Observó a Alba. Había estado a punto de perderla. ¿Era buena para ella? La había expuesto a un peligro al que jamás tendría que haberse enfrentado de no haberla conocido.

Una lágrima se resbaló por su rostro.

El pecho de Alba subía y bajaba, y Ariel sintió un alivio tremendo al verla respirar. Se inclinó sobre ella, y besó su frente, con suavidad y delicadeza, llegando a respirar el aroma que se desprendía de su cabello. Acarició sus mejillas y salió de la habitación. Justo cuando iba a cruzar la puerta, escuchó unas palabras provenientes de los sueños más profundos de Alba:

—Ariel.

Sonrió, y volvió a su habitación.

2 de enero - 09.28 a.m.

A primera hora de la mañana, la doctora había visitado a Ariel para informarle de que el alta ya se estaba tramitando. Su madre había sido muy insistente en que la acompañase a Aranda para descansar, pero Ariel se había negado. Aún tenía cosas, muchas cosas que hacer.

Ambas se encontraban recogiendo los pocos enseres que su madre había traído. Ariel había aprovechado para ducharse, y vestirse. Llevaba sus *jeans* negros, más ceñidos que nunca, y una camiseta en la cual Nina Hagen guiñaba el ojo.

—¿Estás segura de que quieres quedarte? —preguntó su madre con preocupación, mientras la miraba con gesto apenado.

—Sí, mamá. En unos días bajo a Aranda, pero aún tengo un par de historias pendientes...

—Bueno, cariño. Yo voy a la estación de autobuses ya. Si necesitas cualquier cosa, lo que sea, a cualquier hora...

—Lo sé, mamá.

—¿Tienes dinero?, ¿necesitas?

—¡Mamá!

Ariel rio y la abrazó con fuerza. Unos instantes después estaba sola en la habitación. A Alba le habían dado el alta esa misma mañana, y aún no había hablado con ella desde aquella fatídica noche. Desbloqueó su móvil y le escribió un mensaje.

Hola. No sé cómo decirte esto, pero después de todo lo que hemos pasado creo que ya nada me importa. No hago más que pensar en ti, y quiero verte, si a ti te sigue apeteciendo verme. Te quiero mucho.

No había terminado de apagar la pantalla del móvil cuando una conocida voz hizo que mirase hacia la puerta.

—Te odio. ¿Tú sabes el susto que me has dado?

Verónica la observaba como si hubiese visto un fantasma. Vestía una gabardina verde oscuro que caía por sus piernas, deslizándose sobre sus botas de tacón negras. Apartó sus enormes gafas de sol para mirar a Ariel, y corrió a abrazarla. Ariel sintió que se ahogaba entre sus brazos.

—Pero ¡¿qué te pasa?! —Consiguió decir cuando se separaron.

—¡Que no me había enterado de nada! Ayer me pasé el día con una resaca horrible, tumbada en el sofá.

—Bueno, tampoco es que haya pasado nada...

—Joder que no. Vamos, te invito a desayunar y me lo cuentas todo.

Ariel no pudo decir que no. Seis minutos después estaban en un bar cercano. Verónica comía una tostada con mermelada, y Ariel bebía una manzanilla. Durante la primera media hora de la conversación le contó los entresijos de los pasadizos, su lucha con Vanya, y cómo esta había desaparecido bajo los escombros de lo que luego había resultado ser una iglesia. La segunda parte de la conversación versó sobre ellas.

—¿Y tú?, ¿qué tal con el chico ese? —le preguntó Ariel.

—Horrible —zanjó Verónica—. Vomitó en mi cama. ¡En mi cama! Le eché de casa a patadas, así que nada, a dos velas... Pero la que sí que está enamorada... eres tú, ¿no?

Verónica sonrió con sorna mientras observaba cómo el rostro de Ariel se teñía del color de la vergüenza.

—Bueno... puede ser...

—Joder que si puede ser. ¿Te estás viendo la cara?

Ariel rio.

—No sé tía. Ya sabes que soy muy insegura con estas cosas. No creo que yo pueda gustarle a alguien.

—Confirmado. Eres tonta. Pero ¿tú te has visto en un espejo? Eres preciosa Ariel.

—Bueno...

—Cállate. ¿Le has escrito?

—Sí...

—Pues ya está. Cuando te conteste quedáis y habláis todo lo que tengáis que hablar. Has tenido mala suerte, y sé que lo pasaste muy mal con Zoe, pero no por eso te puedes cerrar a vivir nuevas experiencias. Ariel, es muy bonito sentir y enamorarse, y más aún cuando es recíproco. Esta chica tiene mucha suerte, porque yo sé que tú lo vas a dar todo por ella.

»Es el momento de lanzarse a la piscina. Ya nos preocuparemos después de si hay agua o no, pero de momento, vive y disfruta de lo que te está pasando, y no te lo pienses todo tanto, que ese es tu problema. Dibujas tantos escenarios en tu cabeza que al final te pierdes en fantasías depresivas. Vale ya, tía. Eres una persona maravillosa, joder, y ella lo sabe, así que no hay más que hablar.

Ariel bebió de su manzanilla mientras observaba a Verónica. Sabía que tenía razón. Era el momento de vivir, de lanzarse al vacío. No tenía nada que perder, y sí mucho que ganar.

—Por cierto. —Su amiga interrumpió sus pensamientos.

—¿Sí?

—Naia me ha comentado que tenía que hablar contigo...

—¿Naia? ¿Y eso por qué? —preguntó arrugando la frente.

—No sé nada más. Sólo me ha dicho que era importante, y que prefería hablarlo en persona.

Verónica dio un sorbo de su café.

—¿Me acercas a comisaría ahora?

—Claro.

Ariel observó la calle a través de la mampara. El hielo se había asentado en las baldosas, tiñéndolas de blanco. Los coches circulaban en la carretera.

No sabía por qué, pero no se encontraba bien.

***

11.45 a.m.

En la comisaría el tiempo no había pasado. Entraron por la puerta trasera para evitar encontrarse con nadie y así tener que saludar y dar explicaciones de su aventura de la noche del 31 de diciembre.

Subieron por las escaleras dirección al laboratorio, en donde Naia se encontraba ensimismada frente a un monitor. Verónica decidió esperar fuera. Ariel golpeó la puerta de cristal con los nudillos. Naia le dedicó una cálida mirada y la invitó a entrar. Tras un largo abrazo y un breve resumen sobre lo acontecido con Vanya, Naia le pidió a Ariel que se sentase.

—Bien. Lo que te voy a decir no es fácil, y no sé cómo hacerlo...

—¿Qué pasa?

—Sabes que cada año nos tenemos que hacer varios análisis que pasan a formar parte de la base de datos del cuerpo, ¿verdad?

Naia se sentó también frente a ella. Cruzó las piernas, y sus pies apuntaron directamente hacia Ariel. La suavidad de su voz intentaba aparentar firmeza, pero un punto de nerviosismo se hacía notorio al final de cada sílaba. Ariel asintió.

—Y sabes que esos datos se comparan y cotejan con una base de datos internacional a nivel europeo en la cual hay registros de muchos casos que están siendo investigados y aún no se han resuelto.

—Claro, desde el asesinato de Yara Gambirasio la unión europea se puso muy seria con el tema.

—Y ahora se colabora con bases de datos en Asia y Estados Unidos, por lo tanto, tenemos disponibles millones de muestras de ADN y ARN.

—Sí, pero, ¿a qué viene esto?

Naia la observó pensativa, eligiendo con mucha cautela las palabras que estaban a punto de salir de su boca.

—Hay un banco correspondiente a todos los casos de desapariciones de menores. Muchas personas que llevan años buscando a sus hijos han colaborado proporcionando muestras de su propio ADN para que pueda cotejarse...

—Sí, pero aun así hay pruebas que están clasificadas, sobre todo ese tipo de casos...

—Lo sé, pero si una persona cede voluntariamente una muestra se puede utilizar para hacer un rastreo en la base de datos y comprobar si hay alguna coincidencia cercana.

—Ya. —Ariel empezaba a sentirse incomoda—. ¿Y ha pasado algo?

—Esta mañana nos ha llegado una notificación de una comparativa positiva desde un laboratorio en La Haya. Tenían unos resultados preliminares bastante esperanzadores gracias a una coincidencia entre dos muestras de la base de datos y comparando las secuencias específicas de los perfiles de ADN han podido confirmar el parentesco de ambas.

—Naia, me estás poniendo muy nerviosa. —Ariel sentía un bombeo constante de sangre que fluía por sus venas, provocándole un desagradable hormigueo en el estómago, y una creciente sensación de ansiedad en el pecho —. ¿Qué tiene que ver todo esto conmigo?

—Ariel... la muestra de ADN era tuya...

Ariel dejó de respirar. De pronto, se sentía incapaz de moverse.

—¿Qué quieres decir? —balbuceó.

—Que tu ADN coincide con el de una mujer de Kiev que lleva años buscando a su hija. La prueba es irrefutable... es tu madre biológica.

Ariel sintió una nausea. Miró a Naia con los ojos humedecidos y se levantó de la silla. Las piernas no le respondían. Pudo distinguir la voz de su

compañera preguntándole si estaba bien.

Salió al pasillo.

Lo veía todo borroso. Un montón de datos y preguntas se amontonaban en su cabeza, ralentizando su cerebro. Verónica la intentó sujetar, pero Ariel la apartó. Solo era capaz de distinguir ecos y metálicos ruidos amplificados.

Se apoyó en la pared. Iba a vomitar. Consiguió alcanzar la puerta del baño, y encerrarse con dificultad en uno de los cubículos. Vomitó el poco líquido que había ingerido, y apoyó su cabeza en el inodoro. La frente le ardía. No entendía nada. No era capaz de asimilar nada. De sus ojos brotaron unas lágrimas que se perdieron en su boca. Se la tapó intentando controlar los gemidos causados por el llanto.

—Ariel, ¿te encuentras bien? —La preocupada voz de Verónica atravesó las paredes del cubículo.

Ariel no contestó. Su amiga entornó la puerta. Observó a Ariel, que lloraba desconsolada sentada en el suelo. Verónica se sentó junto a ella, acarició sus húmedas mejillas, y la abrazó. El llanto de Ariel se intensificó mientras se aferraba con fuerza a Verónica.

—Todo va a estar bien —susurró su amiga.

Ella no era capaz de articular palabra.

Las luces fluorescentes parpadeaban.

Ariel cerró los ojos, y apoyó su cabeza en el hombro de Verónica mientras esta acariciaba su melena. Notó cómo su móvil vibraba. Poco a poco, fue capaz de volver a respirar. Pensó que para ella no existía la calma tras la tormenta.

***

19.13 p.m.

A pesar de ser enero, no era una tarde tan fría como podría esperarse en la ciudad. El viento había decidido tomarse un descanso y dejar de soplar, y el sol colaboró, dejando asomar sus cálidos rayos entre las nubes, a la creación un ambiente casi primaveral.

Ariel caminaba por la empedrada cuesta. Estaba nerviosa, muy nerviosa, tanto que era incapaz de controlar el temblor de sus manos, y menos aún de apaciguar el cosquilleo que le subía desde el estómago a la garganta.

El verde de la montaña poco a poco la absorbía. Había conjuntado sus *jeans* negros con unos botines y una chaqueta *oversize* del mismo tono, resaltando así el color de sus ojos.

Pasó por debajo de una especie de túnel formado por los brazos unidos de varios árboles, y se aproximó a su destino. La hierba del suelo se transformó en baldosa, y poco a poco el *skyline* de la ciudad se fue dibujando ante sus ojos: había llegado al mirador del Castillo.

Miró a su alrededor, y le sorprendió gratamente no encontrar a nadie allí. Quería privacidad. La necesitaba.

Buscó con su mirada algo que sólo ella conocía, y lo encontró: Alba estaba sentada en el centro del mirador. Su silueta se superponía en contraluz a las formas de la ciudad, en las que destacaba la imponente catedral. Vestía una sudadera que le quedaba algo ancha. Era de un color morado claro. Sobre sus hombros caía su melena castaña. Balanceaba sus piernas, enfundadas en unos vaqueros con rotos que los adornaban, algo nerviosa, mientras observaba el paisaje.

Ariel la miró unos instantes antes de acercarse, y sonrió. Dio un paso, y de pronto la distancia hasta ella se le antojó eterna. Por una parte, quería abrazarla, besarla... y por otra se avergonzaba de todo lo que había sucedido. La había puesto en peligro, y jamás podría perdonárselo.

Según se acercaba, los rasgos de Alba se volvían más claros. El sol era absorbido por su pálida piel, que brillaba, consiguiendo que fuese más bella si cabía.

Caminó intentando hacer el menor ruido posible, y cuándo estuvo a unos centímetros de Alba, respiró, y se dispuso a hablar.

—Hola... —Su voz sonó tímida.

Alba se giró, y Ariel sintió el impulso de abrazarla. No tuvo que resistirse mucho. Alba se levantó y la rodeó con los brazos. Sus cuerpos se fundieron en uno. Ariel acarició su cabello y respiró su esencia. Era dulce, afrutada. Permanecieron así unos minutos que no fueron suficientes para ninguna de las dos. Ariel besó su mejilla con suavidad, y ambas se sentaron.

—¿Qué tal estás? —preguntó.

—Bien... ¿tú? —La voz de Alba sonó más adorable que nunca. Ariel sentía que se le encogía el corazón con cada gesto que esta realizaba.

—Podría estar peor...

Fingió una risa. Ambas se miraron. Sus manos estaban paralelas, apoyadas en la piedra.

—Ariel... quiero darte las gracias... de no haber sido por ti...

—No —la cortó tajante. Alba la observó con sorpresa—. No digas eso. De no haber sido por mí jamás habrías estado en peligro. No me lo voy a perdonar nunca.

—¿Por qué eres siempre así?

—¿Cómo? —preguntó Ariel.

—Te niegas la felicidad. Siempre lo haces.

—¿A qué te refieres?

—A todo, Ariel. Estoy intentando agradecerte el estar viva, porque, sí, lo estoy gracias a ti, y tú me saltas con ese rollo autocompasivo... Siempre haces lo mismo.

—No es así, Alba.

—Sí lo es. ¿No quieres ser feliz?

Ariel jugueteó con sus manos evitando mirar a Alba. No respondió.

—Sientes que no eres suficiente, y no lo entiendo. Te pasó con Zoe, y te pasa ahora. —Ariel la miró sorprendida. Había dicho el nombre de Zoe. Pensó en contestar, pero no lo hizo—. Siempre que estás a punto de ser feliz te autoboicoteas. Buscas cualquier excusa ridícula para justificar que en el fondo tienes miedo, y no entiendo por qué. Como esa estupidez de nuestra diferencia de edad... Sabes que me da igual, Ariel, y sé que a ti también... No somos niñas. ¿Por qué te haces esto?

—Porque nunca soy suficiente para nadie.

Ariel miró a un lateral. Los rayos de sol se habían tornado naranjas, anunciando el inminente atardecer.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la verdad. —Sus ojos se tornaron vidriosos—. Siempre me pasa igual, Alba. Cada vez que intento hacer las cosas bien lo estropeo todo. ¿Sabes lo que hice la primera vez que me besó Zoe? Salí corriendo. ¿Sabes lo que hice cuándo tú y yo estuvimos a punto de besarnos por primera vez? Huir. Y odio mencionarla a ella, porque sé que te hace daño, pero tengo miedo... tengo mucho miedo, Alba. Lo he pasado muy mal, y te lo he hecho pasar muy mal a ti. Tú no te mereces eso. Te mereces a alguien que sea capaz de hacerte sonreír cada minuto del día... esa sonrisa tan preciosa que tienes...

Alba acarició la mano de Ariel, y la agarró con suavidad.

—Ariel... te quiero.

Ariel la miró a los ojos.

—Y yo a ti...

Alba limpió las finas lágrimas de Ariel, que habían brotado mudas de sus ojos. Acarició sus mejillas con delicadeza.

—Estoy enamorada de ti.

—¿Estás segura? —Alba asintió—. Vienen tiempos difíciles...

—Y yo quiero estar a tu lado... si me dejas.

Ariel sonrió. Miró a Alba a los ojos, y por un momento sintió cómo se sumergía en el mar de su mirada. De pronto, y por un instante, nada le preocupaba. Una sensación de vitalidad recorrió su cuerpo. Notó un cosquilleó en su vientre y un hormigueo en las palmas de las manos. Contuvo la respiración a medida que sus cabezas se acercaban. Sus labios estaban a escasos centímetros, y cuando notó el tacto de su piel, una explosión de fuego se desató en su corazón. La besó. Se besaron. Lo hicieron durante horas.

El naranja del sol se convirtió en un púrpura que poco a poco se desvaneció entre las vigilantes torres de la catedral y entre los árboles del bosque que las rodeaba, donde los últimos halos de luz que quedaban se perdieron en la frondosidad de la vegetación, dejando un rastro de fuegos fatuos como único testigo de aquel amor.

Ariel abrazó a Alba, y esta sonrió.

—Te amo... —dijo.

—Te amo —respondió Alba.

Esta buscó algo en los bolsillos de su sudadera. Ariel la miró con curiosidad mientras extraía de ellos unos auriculares blancos.

—Déjame tu móvil.

Ariel se lo entregó. No entendía nada. Alba conectó la clavija de los auriculares, y le entregó uno a Ariel mientras ella se colocaba el otro.

—Pon una canción al azar.

—¿Por qué? —preguntó Ariel riendo.

—Porque quiero capturar este momento para siempre.

Ariel sonrió. Pulsó el botón del reproductor de música, y un riff de guitarra anunció el comienzo de *Lemak, aingurak* de Berri Txarrak.

Alba apoyó su cabeza en el hombro de Ariel. Esta posó sus labios sobre ella, respiró, y la besó con suavidad.

La noche poco a poco se hacía presente, y en el cielo brotaban con timidez varias estrellas.

Ariel miró a Alba y apretó con delicadeza su mano. Sonrió y cerró los ojos. No importaba lo que tuviese que venir. Era feliz.

Hacernos con el pesado timón de nuestros miedos,
hundir el ancla de nuestros recelos,
y vivir a merced del viento: ser

Fin.

La pasión es el mínimo exigible
Gorka Urbizu, Berri Txarrak

Dedicado a todo aquello que hace que, día a día, tenga la voluntad de luchar por mis sueños, a pesar de la adversidad, del dolor y de ese viento, que casi siempre sopla de cara, dificultando el avance.

Ese todo es la música, la literatura... el arte. Sin él, el tedio que ya supone nuestra ridícula existencia sería aún mucho más cruel.

Dedicado al tiempo, que es el único polígrafo.

Y dedicado a Ariel, mi heroína.

Javier Cobo

Descubre tu próxima lectura
Si quieres formar parte de nuestra comunidad,
regístrate en **www.avanteditorial.com**
y recibirás recomendaciones personalizadas.

avant
editorial